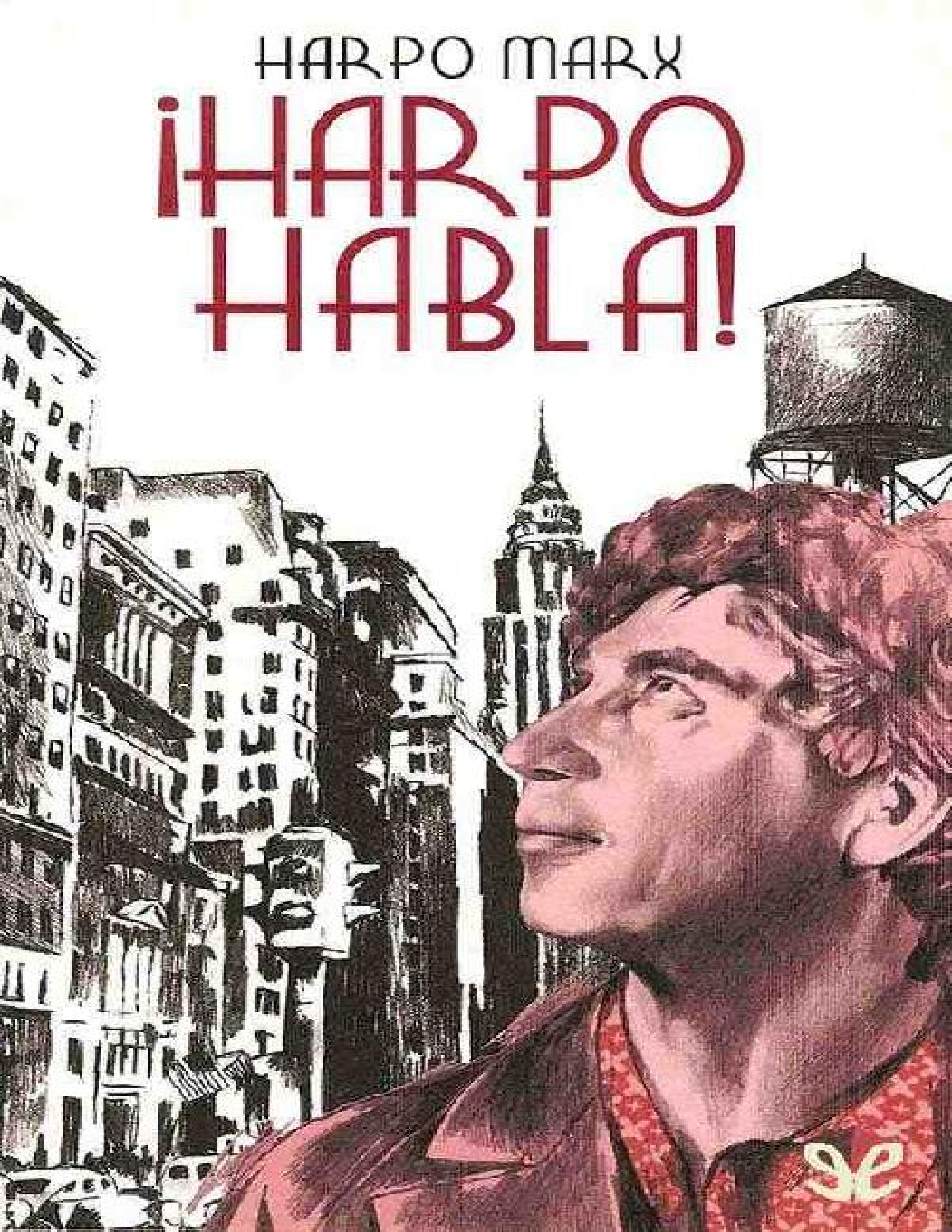
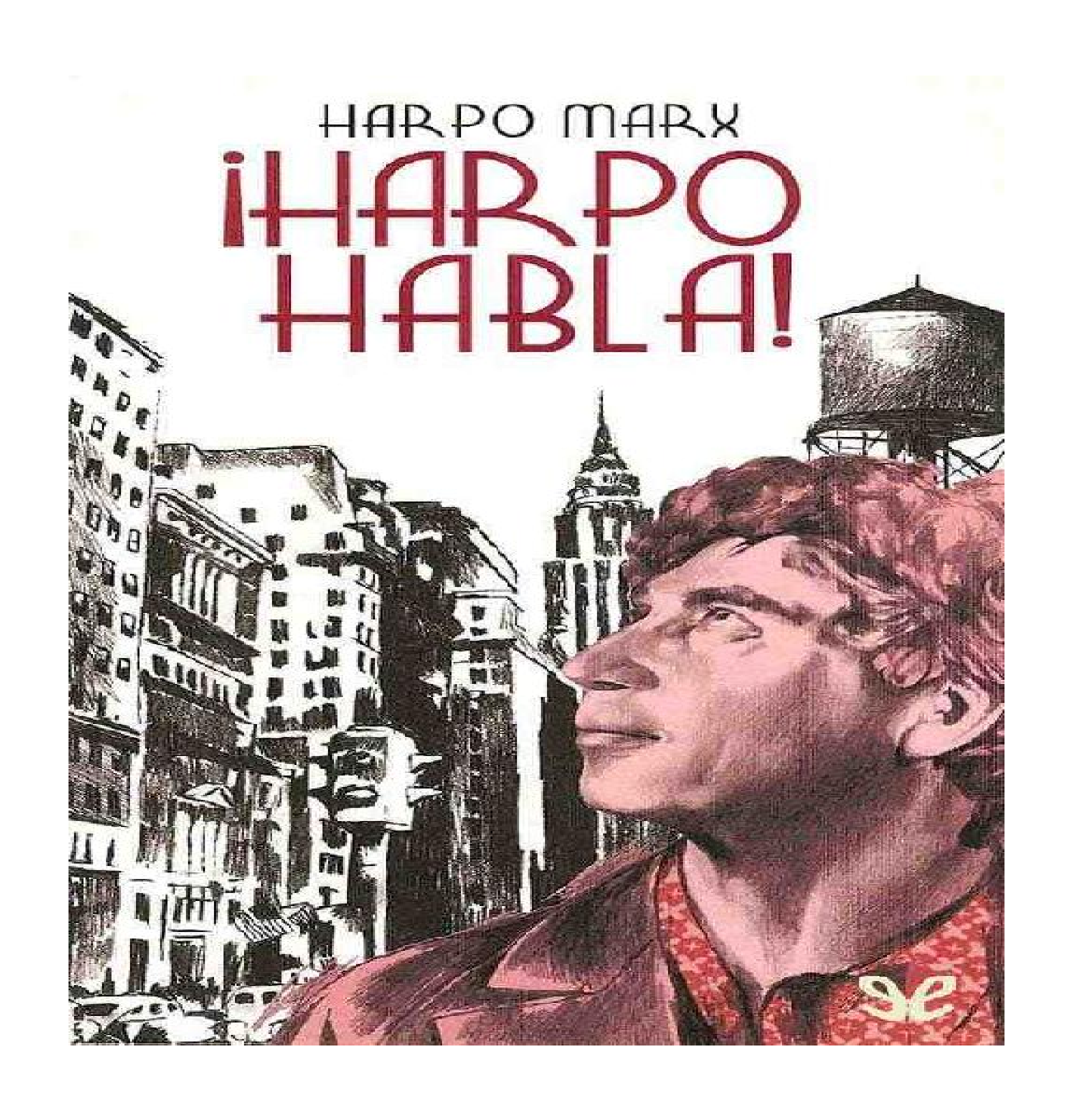

HARPO MARX
¡HARPO HABLA!


HARPO MARX
¡HARPO
HABLA!

«Ha llegado el momento para mí de echar a volar mi imaginación, tumbarme al sol, quitarme los zapatos y, por fin, hablar». Con estas palabras, Harpo Marx, el famoso hermano mudo, rompe su silencio en unas delirantes y conmovedoras memorias escritas con el inimitable sentido del humor de los hermanos Marx. Harpo relata en estas páginas su infancia en el Nueva York de principios de siglo, donde fue expulsado de la escuela y tuvo que aprender por sí mismo; la historia de su estrambótica familia; la precariedad de los inicios de su carrera artística, y el éxito en los años dorados de Hollywood. Una lectura inolvidable.



Harpo Marx

¡Harpo habla!

Con la colaboración de Rowland Barber

Ilustraciones de Susan Marx

ePub r1.0

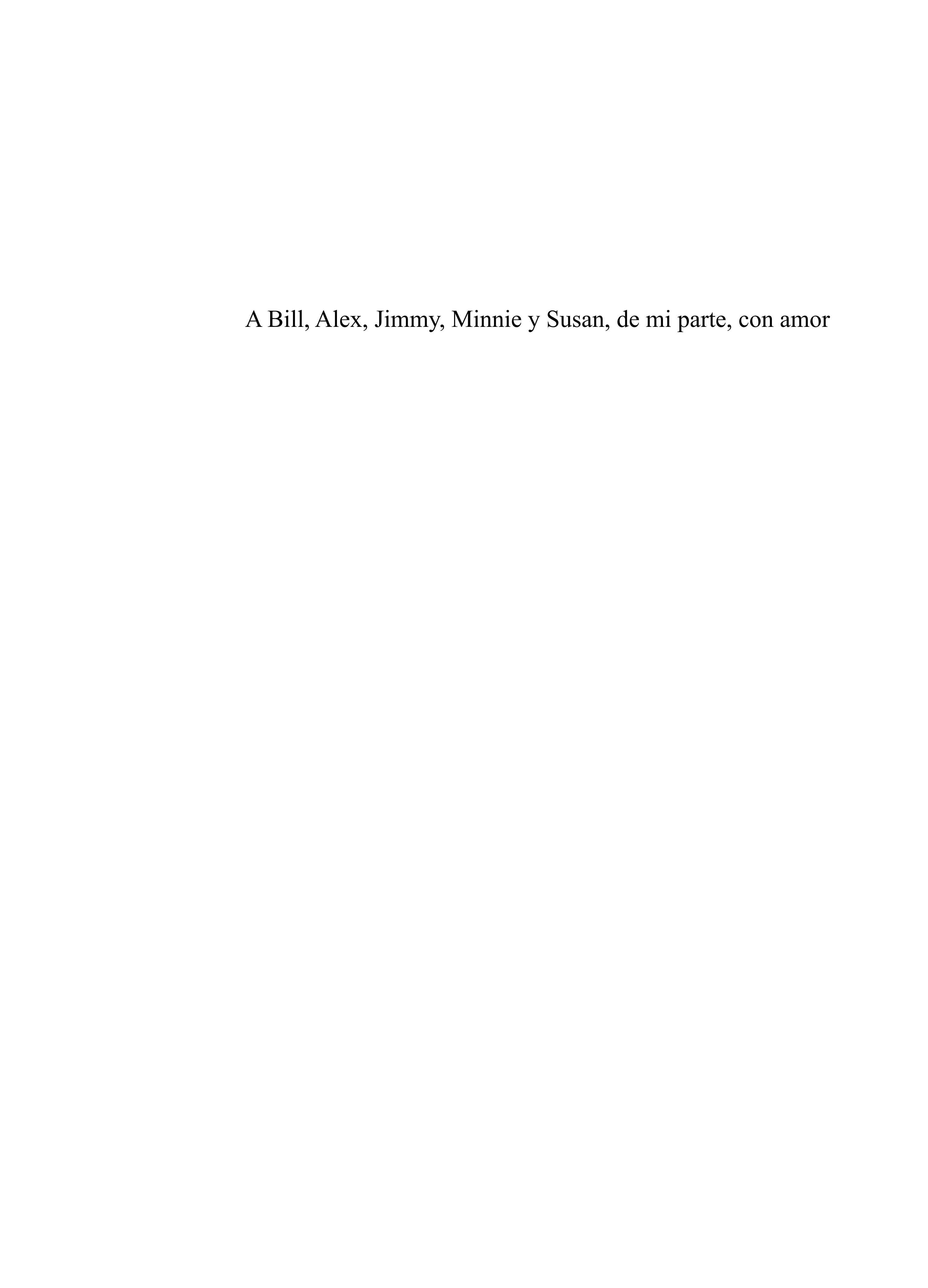
Titivillus 09.11.2021

Título original: *Harpo Speaks!*
Harpo Marx, 1961
Traducción: Paloma Villegas, 2010
Ilustraciones: Susan Marx
Con la colaboración de Rowland Barber

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1







A Bill, Alex, Jimmy, Minnie y Susan, de mi parte, con amor



I
CONFESIONES DE UN ARPISTA VARÓN



No sé si mi vida ha sido un éxito o un fracaso. Pero como no tengo ninguna prisa en convertirme en una de las dos cosas y dejar de ser la otra, y puesto que me tomo simplemente las cosas tal como vienen, me sobra mucho tiempo para disfrutar de la vida.

Lo que no soy ahora y no he sido nunca es una Celebridad. No me paran desconocidos en la calle para pedirme autógrafos. La gente no me reconoce sin mi disfraz. El público nunca ha oído mi voz. En este sentido, soy muy diferente de mi hermano Groucho, que es una auténtica Celebridad de catorce quilates.

No serviría de nada que os describiera mi aspecto; seguiríais sin reconocerme. ¿Habéis visto un hombre que responda a la siguiente descripción?

> Un poco por debajo de la altura promedio. Movimientos lentos y fáciles. Ojos, verdes. El pelo tal vez fue castaño en otros tiempos; ahora es demasiado escaso para saberlo. Piel tostada de jugador de golf. Ningún rasgo distintivo excepto, tal vez, las cejas, que generalmente están levantadas: podrían indicar azoro o curiosidad; es difícil decir cuál de las dos cosas. Poco perceptible en las reuniones sociales. Capaz de permanecer sentado en silencio con las manos en el borde de la mesa, sonriendo a la gente que pasa. De vez en cuando dice algo por la comisura de la boca, pero nadie puede oírlo. Edad indefinida. Podría ser más viejo de lo que parece, o prematuramente maduro.

Tal vez os parecerá que habéis visto a ese hombre. Podría ser el segundo por la derecha en la cuarta mesa de la foto de grupo de la Convención de Viticultores del Sur. Podría ser el tipo que dejasteis pasar en la cola de la caja del supermercado porque sólo llevaba dos plátanos y una caja de pastas de higo. Pero no sería yo. Me dedico a la viticultura, pero no voy a las convenciones. Me gusta comer, pero mi esposa Susan hace la compra.

Mi mujer también se encarga de cocinar, y le gusta coser, y pinta al óleo en los ratos libres. También estaba en el mundo del espectáculo, es cierto, pero lo dejó hace casi treinta años para casarse conmigo. Ninguno de nuestros cuatro hijos piensa siquiera en subir a un escenario. Sus respectivos intereses se refieren a la composición musical, la mecánica automotriz, los coches espaciales y los caballos. Tenemos tres perros, todos ellos cruzados.

Llevamos una tranquila vida campestre, o así era hasta que mi hijo Alex obtuvo el carnet de conducir y le hizo algo al silenciador de su viejo Ford que hace que suene como un avión a reacción.

Si algo es característico en mí, es la única cosa que el público no conoce: mi voz. Todavía hablo con el acento de la calle 93 Este de Nueva

York. Pronuncio mi nombre de manera que suena algo así como «Hoppo». Y cuando contesto el teléfono, no digo «Hola», sino «*¿Yah?*», como si siempre esperara escuchar algo interesante. Generalmente, así ocurre.

En este punto debo hacer una confesión. Existe un personaje que lleva el mismo nombre que yo y que *sí* es una especie de celebridad. Lleva una peluca roja y desaliñada y un impermeable harapiento. No puede hablar, pero puede hacer muecas imbéciles, tocar una bocina, silbar, soplar burbujas, guiñar los ojos y saltar tras las rubias y poner en escena toda suerte de charadas y prestidigitaciones. No le envidio a este personaje su fama y su fortuna… porque empezó sin talento alguno.

Si habéis visto alguna vez una película de los Hermanos Marx, ya sabéis cuál es la diferencia entre él y yo. Cuando persigue a una chica por toda la pantalla es Él. Cuando se sienta a tocar el arpa, soy Yo. En cuanto toco las cuerdas del arpa, dejo de ser un actor.

Este Yo empieza a sonar como un tipo un tanto aburrido, ¿no es así? Tal vez lo soy, pero he tenido la suerte suficiente, en cambio, de hacer muchas cosas que la mayoría de la gente nunca logra hacer.

He tocado el piano en una casa de putas. He sacado papeles secretos de Rusia clandestinamente. Me he pasado una tarde en un diván con Peggy Hopkins Joyce. He enseñado a toda una pandilla de gangsters a jugar al pincha-pellizca. He jugado al *croquet* con Herbert Bayard Swope mientras él tenía al gobernador Al Smith esperándole al teléfono. He apostado con Nick el Griego, me he sentado en el suelo con Greta Garbo, he cambiado fintas de boxeo con Benny Leonard, he cabalgado con el príncipe de Gales, he jugado al *ping-pong* con George Gershwin. George Bernard Shaw me ha pedido consejo. Oscar Levant ha tocado conciertos privados para mí a un dólar por la tirada. He jugado al golf con Ben Hogan y Sam Snead. He tomado el sol en la Riviera con Somerset Maugham y Elsa Maxwell. Me han echado del casino de Monte Cario.

Embriagado por mis triunfos en la mesa de *poker*, he desafiado a Alexander Woollcott a un torneo de anagramas y a Alice Duer Miller a un duelo ortográfico. He dado lecciones a algunos de los músicos más grandes del mundo. He sido miembro de dos de las más famosas Mesas Redondas que hayan existido desde tiempos del rey Arturo: me he sentado con las

mentes más privilegiadas y creativas en el Algonquin de Nueva York, en los años veinte, y con los más agudos ingenios profesionales de Hollywood en el Hillcrest.

(Más adelante en el libro algunas de estas actividades no parecerán tan impresionantes, cuando cuente la historia completa. Como qué estaba haciendo en el diván con Peggy Hopkins Joyce. Le estaba leyendo tiras cómicas).

La verdad es que no tenía derecho de hacer ninguna de estas cosas. No podía leer una nota de música. Nunca terminé el segundo grado. Pero me estaba divirtiendo demasiado para reconocer que era un advenedizo ignorante.

No recuerdo haber comido nunca mal. He comido en el comedor aristocrático de William Randolph Hearst en San Simeón, en Voisin's y en el Colony, y en los mejores restaurantes de París. Pero el sitio que mejor recuerdo, de los tiempos en que estaba crónicamente muerto de hambre, es un antro que se llamaba Max's Busy Bee (La abejita laboriosa de Max). En el Busy Bee, un bocadillo de salmón y pan de centeno costaba tres centavos por pie cuadrado, y por cuatro centavos más se podía comprar una tarta de fresa con un montón de nata encima y un vaso de limonada. Pero la comida más absolutamente deliciosa que jamás he disfrutado era la que preparaba el chef más inspirado que nunca conocí: mi padre. Mi padre necesitaba inspiración, porque tenía poco material con que trabajar.

No recuerdo haber dormido nunca mal. He dormido en villas de Cannes y Antibes, en la isla donde Alexander Woollcott tenía su refugio en Vermont, en las mansiones de los Vanderbilt y de Otto H. Kahn y en la cárcel de Gloversville, Nueva York. He dormido sobre mesas de billar, mesas de camerino, tapas de pianos, bancos de baños públicos, en cestos de retales y estuches de arpa, y de *cuatro en fondo en* la litera de arriba. He conocido el lujo supremo de dormitar bajo el sol de junio, en un prado, mientras el cordel de una cometa me hacía cosquillas en la planta del pie.

No recuerdo haber visto nunca mal teatro. He visto de todo, desde los vodeviles de Coney Island hasta el Teatro Artístico de Moscú. Si me

encuentro atrapado en un teatro y la obra empieza de una manera decepcionante, tengo una forma fácil de evitar verla. Me quedo dormido.

Mis únicos vicios —y los he superado todos con la edad— han sido el billar, el cróquet, el *poker*, el *bridge* y los caramelos de regaliz. Hace veinte años que no fumo.

La única mujer de la que he estado enamorado todavía está casada conmigo.

Mi único Problema Alcohólico es que el brebaje no me gusta demasiado.

Así que, ¿qué puedo confesar? Tengo en efecto una debilidad suficientemente grande como para escribir un libro sobre ella. Mi debilidad es la gente. Dado que nunca he seguido la ruta directa de ninguna parte a ninguna parte, he tenido tiempo de conocer y escuchar a mucha gente. En los años veinte, cuando todo el mundo hablaba al mismo tiempo, yo era uno de los pocos *oyentes* profesionales que había en circulación.

Me han preguntado: «Cuando usted frecuentaba a personas como George S. Kaufman, Marc Connelly, Harold Ross, Sam Behrman, Ben Hecht, Heywood Broun, F. P. A, Dorothy Parker, Ethel Barrymore, Benchley, Swope y Woollcott, ¿de qué diablos hablaba usted?». La respuesta es simple. Cuando estaba con gente como ésa, de nada servía hablar. Yo escuchaba.

Por alguna razón, todos ellos me aceptaban. Creo que era porque yo los aceptaba a ellos, no como Personas Muy Importantes o genios, sino como jugadores de cartas, ases del billar, fanáticos del *croquet*, adictos de los juegos de salón, narradores de cuentos o bromistas pesados: cualquier cosa que les divirtiera muchísimo cuando no estaban trabajando. Estas personas notables no son el tipo de gente que puede frecuentar el cómico de vodevil medio o el músico autodidacta. Es decir, no puede si obedece a la regla dorada del éxito y no haraganea ni divaga en la dirección equivocada. Gracias a Dios, yo obedecía a mis propias reglas y nunca fui a ninguna parte por la ruta establecida.

Si podéis seguirme por ahí —a través de los bares de mala muerte y las casas de empeño del East Side, el Orpheum Circuit[1], las fincas y burdeles de Long lsland, un barco casino en el río Ghio, un puesto de frontera en la

Unión Soviética y la Metro-Goldwyn-Mayer— entenderéis lo que quiero decir. Y comprenderéis a qué se debe mi gratitud.

Así pues, ha llegado el momento de echar a volar la cometa, tenderme al sol, sacarme los zapatos y recitar mi papel. «Los días de lucha han pasado», debería decir. «Puedo mirar atrás y decirme que no me arrepiento de nada».

Pero sí me arrepiento.

Hace muchos años un hombre muy sabio llamado Bernard Baruch me llevó aparte y me puso el brazo sobre los hombros.

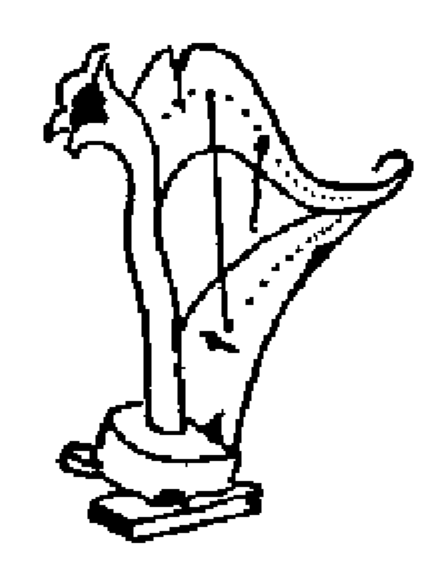
—Harpo, hijo mío —me dijo—. Voy a darte tres consejos, tres cosas que debes recordar siempre.

Mi corazón se aceleró y me puse rojo de expectación. Iba a oír la fórmula mágica para lograr una vida rica y plena, de labios del maestro en persona.

—¿Sí señor? —le dije. Y me dijo las tres cosas.

Me arrepiento de haber olvidado cuáles eran.

II
LA EDUCACIÓN DE MÍ MISMO



Circula por ahí la leyenda de que yo no fui mucho a la escuela. Por tanto, tal vez sorprenda a mucha gente oír la declaración siguiente, que es cierta: «Harpo oyó cátedra en el Hamilton College de Clinton, Nueva York, durante seis años; se le dio completa libertad para moverse por el colegio y fue celebrado como el alumno más joven que jamás asistiera a clases en la historia de tan venerada y antigua institución».

Bueno, más vale que diga toda la verdad. El Harpo que fue a la universidad no era yo. El Harpo que fue a la universidad era un perro, un caniche de color ciruela. Le fue ofrecido en adopción a un profesor por el alumno más famoso de Hamilton, Alexander Woollcott, autor de la

declaración citada. Me temo que la leyenda es cierta. No fui mucho a la escuela. La triste verdad es que nunca terminé el segundo curso.

Sin embargo, de alguna manera, he conseguido educarme a mí mismo. No soy el escritor ni el erudito que es, por ejemplo, Groucho Marx. No pretendo serlo. Pero puedo leer sin mover los labios y puedo seguir una conversación literaria bastante ágil sin desentonar demasiado. Puedo hablar de Monet, los primitivos americanos o Ravel y Debussy sin que nadie se sienta incómodo, ni siquiera yo mismo. Me gusta creer que estoy al día en política, problemas mundiales, la lucha por la integración racial o los problemas de los adolescentes de Estados Unidos. Trato de estarlo. Estas cosas son tan interesantes para mí como los coches, la ropa y los artilugios fiscales para algunos tipos que conozco, que fueron a la universidad en persona y no por poderes, bajo la forma de un caniche color ciruela.

No sé exactamente cómo conseguí, con los años, educarme. Sólo sé que ocurrió durante mi estancia en la Escuela Pública n.° 86 de la ciudad de Nueva York.

Al cambiar el siglo en 1900, la gente intentó empezar el nuevo siglo con borrón y cuenta nueva. Algunos olvidaron antiguas deudas. Algunos limpiaron su expediente cambiándose de nombre. Otros iniciaron una nueva vida dejando el *whisky* de centeno, las palabrotas o el rapé. La Junta de Educación de la ciudad de Nueva York lo hizo promoviendo a Adolph Marx al segundo curso.

Fue un gesto noble, pero no funcionó. El año y medio que se pasó Adolph Marx en el Segundo Curso fue un desperdicio de tiempo y de dinero de los contribuyentes todavía mayor que el año que había pasado flotando y soñando por el Primer Curso.

(Adolph es el nombre que me dieron cuando nací, en la ciudad de Nueva York, en 1893. Harpo es el nombre que me pusieron en una partida de póker veinticinco años después. En la misma partida, mi hermano Leonard se convirtió en «Chico», Julius en «Groucho», Milton en «Gummo» y Herbert se convirtió más tarde en «Zeppo». Esas agarraderas aguantaron firmemente desde el momento en que nos las atornillaron. Ahora es como si nunca hubiésemos tenido otros nombres. Así que a lo

largo de estas páginas nos llamaremos siempre Chico, Harpo, Groucho, Gummo y Zeppo).

De cualquier modo, mi escolaridad formal terminó a la mitad de mi segundo fracaso en el segundo curso, momento en que dejé la escuela del modo más directo posible. Me tiraron por la ventana.

Esto se debió a dos causas. Una fue un niño irlandés muy grande que había en mi clase y la otra otro niño irlandés más grande aún. Yo era el juguete perfecto para ellos, una víctima predestinada. Era pequeño para mi edad. Tenía una voz tipluda y chirriante. Y era el único niño judío de la clase. La maestra, una señora llamada *Miss* Flatto, había desistido ya de enseñarme nada. A *miss* Flatto le gustaba augurar, delante de toda la clase, que yo no llegaría a nada bueno. Era el único tema en que los chicos irlandeses estaban de acuerdo con *miss* Flatto y procuraban que su predicción se cumpliera.

De vez en cuando, cuando *miss* Flatto salía de la clase los irlandeses me levantaban y me tiraban por la ventana a la calle. Afortunadamente, nuestra clase estaba en el primer piso. La caída era de unos dos metros y medio: suficiente para un buen trancazo pero insuficiente para romperse ningún hueso.

Me recogía a mí mismo, me desempolvaba y volvía a la clase tan pronto como podía estar seguro de que la maestra había vuelto. Le explicaba a *miss* Flatto que había ido al lavabo. Sabía que si me chivaba recibiría algo peor que un súbito mutis por la ventana. Ella debía pensar que si yo no tenía sensatez suficiente para controlar mis órganos, menos aún la tendría para comprender la lectura y la escritura. Empezó a enviarle notitas a mi madre, todas con la misma advertencia: había que hacer algo para enderezarme o sería la vergüenza de mi familia, mi comunidad y mi país.

Por entonces mi madre estaba demasiado ocupada con otros asuntos para enderezarme al sistema de la escuela pública. Por ejemplo, parecía más urgente mantener a mi hermano mayor Chico fuera de las salas de billar que mantenerme a mí en las aulas.

De modo que mi madre nombró a un delegado para que conferenciara con *miss* Flatto. Fue una idea infortunada. El delegado fue el novio de mi prima Polly, que entonces vivía con nosotros. Vendía arenques por las

calles, en cubos de madera, gritando arriba y abajo por el barrio, «¡Aquí lo mejor, lo mejor aquí, lo mejor del mundo!». Naturalmente, apestaba a pescado, se le olía venir a una manzana de distancia.

Así pues, un buen día se presentó en medio de una clase, con los cubos de pescado y todo. No adelantó mucho en su conferencia con *miss* Flatto. Ella le echó una mirada y una husmeada, empezó a marearse y le ordenó que se largara de la escuela. Todos los demás chicos de la clase empezaron a soltar risitas tapándose la nariz, y *miss* Flatto no hizo nada para pararlos.

Yo supe que estaba muerto.

A partir de entonces los dos niños irlandeses me enviaban volando cada vez que podían, que era unas tres veces o cuatro al día, y *miss* Flatto me hacía quedarme en la escuela todas las tardes por salir de la clase sin permiso tantas veces. Todavía puedo ver su dedo agitándose ante mi nariz y la oigo decir: «Algún día te darás *cuenta*, jovencito, ¡algún día te darás *cuenta*!». Yo no sabía que quería decir, pero nunca olvidé sus palabras.

Polly rompió con su novio, en parte por haberse puesto en ridículo delante de mi clase. Esto me hizo sentir bastante mal. También me hacían sentir bastante mal mis rodillas y mis codos, con eso de ser volcado desde la ventana de la escuela con tanta regularidad.

De modo que un día soleado, cuando *miss* Flatto salió de la clase y yo fui prontamente disparado a la calle, me recogí del suelo, volví la espalda a la E. P. 86 y me fui directo a casa, y así terminó mi educación formal.

Este episodio tiene una ramificación interesante. De rebote, mi prima Polly aceptó a un sastre con el que pronto se casó, felicitándose por haberse librado de una vida que apestaba a pescado. Su marido continuó siendo sastre el resto de su vida. El vendedor ambulante de arenques al que había dado calabazas triunfó en una serie de negocios y murió muy rico.

Yo tenía ocho años cuando me lanzaron fuera de la escuela por última vez. Nuestra casa en esa época era un piso de un edificio situado en el 179 de la calle 93 Este, en el pequeño barrio judío comprimido entre los irlandeses por el norte y los alemanes por el sur, en Yorkville.

La casa del 179 fue el primer hogar verdadero que puedo recordar. Hasta que nos mudamos allí, habíamos vivido como gitanos, sin viajar muy lejos —de hecho, sin salir nunca del barrio— pero siempre en movimiento, atormentados y perseguidos por los avisos del desahucio, los embargos y los ojos penetrantes de los agentes del propietario. Los Marx eran pobres, muy pobres. Siempre teníamos hambre. Y éramos numerosos. Pero gracias al asombroso espíritu de mi padre y mi madre, la pobreza nunca nos deprimió ni encolerizó Mi recuerdo de mis primeros años es vago pero agradable, lleno del rumor de las risas y las canciones y lleno de gente querida.

Al parecer, cuanta menos comida teníamos, más gente teníamos que alimentar. Nadie se quejaba por ello. Simplemente trabajábamos un poco más y urdíamos más estratagemas para hurtar un hueso para la sopa o un balde de sauerkraut. Había diez bocas que alimentar cada día, en el 179: cinco chicos, de Chico hasta Zeppo; la prima Polly, que había sido adoptada como una hija más; mi madre y mi padre y el padre y la madre de mi madre. Gran parte del tiempo, la hermana de mi madre, la tía Hannah, también rondaba por allí. Y cualquier noche de la semana, cualquier número de parientes de ambos bandos de la familia podían aparecer, siempre imprevistos pero siempre bienvenidos.

Todo ello constituía una carga pesada para las espaldas de Frenchie, que era como llamábamos a mi padre, Sam Marx. Frenchie era el ama de la casa y la cocinera de la familia. También ganaba el pan. Frenchie era sastre de oficio. Nunca pudo tener su propio taller, y durante el día su mesa de cortar y su banco de coser ocupaban todo el comedor, y los retazos y retales rebosaban hasta la cocina. A las seis de la tarde suspendía cualquier cosa que estuviera haciendo, paraba en medio de una puntada, y escondía su profesión en el vestíbulo, materiales, herramientas, mesas y todo, y se disponía a la tarea de preparar la cena para diez u once, o dieciséis personas.

Semejante empresa habría sido desesperada para cualquier otra persona en el mundo, pero Frenchie siempre se las arreglaba para poner una comida en la mesa. Con las viandas era un auténtico mago. Con un par de costillitas, una col marchita, un puñado de hierbas para caldo, una bolsa de

castañas y un pellizco de especias, podía producir milagros. Dios mío, qué bien olía el piso cuando Frenchie, picando y sazonando, olisqueando y removiendo y probando, y siempre sonriendo y canturreando para sí, ponía la cocina a todo vapor.

Más tarde descubrí que Frenchie canturreaba y sonreía inspirado no tanto por su arte culinario, sino por la perspectiva de escaparse a jugar una partida de pinacle en el instante mismo en que acabara de engullir su parte de la cena. Frenchie era malísimo a las cartas, pero adoraba el juego y creía que era un jugador fantástico. Por desgracia, otro tanto podía decirse de Frenchie como sastre. También le gustaba coser y pensaba que era un buen sastre; pero era todavía peor que jugando a las cartas.

«Samuel Marx, Sastre de Trajes del Ramo Masculino», se autodefinía en sus facturas, valiente y soñadoramente. Frenchie era un hombrecito atildado y guapo, con brillantes ojos castaños y un rostro suavemente esculpido en torno a la sonrisa permanente de sus delgados labios, la cual hacía sospechar a los extraños que llevaba dentro de sí un secreto demasiado maravilloso para hablar de él.

Hasta en los tiempos más desastrados de su vida, logró mantener un aire de elegancia. Su bigote estaba siempre pulcramente recortado, su cabello fino y oscuro, impecablemente peinado. Si le daban la ocasión de exhibirlo, Frenchie tenía un gusto inmejorable en cuanto a la ropa y sabía cómo llevarla. El problema era que nunca dudó siquiera que podía hacer buenas prendas de vestir con esa misma facilidad. A decir verdad, era un juez excelente en cuanto al color y el material. Tenía una auténtica sensibilidad para las telas. Era algo instintivo, como su cocina. Pero Frenchie se fiaba también del instinto para medir un traje (nunca utilizaba la cinta métrica), para cortar un patrón (como uno de esos artistas de feria que recortan siluetas a pulso) y para coser las piezas de un traje (nunca se molestó en hacer pruebas).

Así pues, cuando Frenchie entregaba un trabajo terminado a un cliente, la familia esperaba su regreso temblando de miedo. ¿Volvería con el dinero o volvería con el traje? Más de la mitad de las veces volvía con el traje.

Periódicamente, cuando los trajes no pagados se amontonaban, Frenchie empaquetaba los rechazados, junto con una pila de sobrantes (llamados

lappas[2], en dos grandes maletas, y se iba, con un encogimiento de hombros y su eterna sonrisa, a venderlos de puerta en puerta en los suburbios. Al mismo tiempo, sin una palabra de queja, mi madre le daba un sablazo a su hermano Al y mi abuelo recogía el equipo desparramado bajo su cama y salía a las calles de Nueva York a reparar paraguas.

La vida se las arreglaba para continuar, incluso cuando Frenchie andaba por los caminos. Pero la cocina del 179 se convertía en un lugar frío e insípido hasta que él volvía a casa, con las maletas llenas de coles frescas y trozos de jamón en vez de los trajes y *lappas*.

En todos los días hambrientos y accidentados de mi infancia, Frenchie nunca dejó de trabajar. Nunca eludió la responsabilidad de ganar el pan para la familia. Se esforzó siempre cuanto pudo en el oficio que tercamente consideraba el que mejor podía hacer. Frenchie era un hombre cariñoso y amable, que aceptaba todo cuanto sucedía —la buena suerte y la tragedia— con el mismo humor dulce e inalterable. No tenía más ambición que la de vivir y aceptar la vida de día en día. Sólo tenía dos vicios: la lealtad hacia cualquier persona que llegaba a conocer (nunca tuvo un enemigo, ni siquiera entre los tahúres que lo desplumaban) y el pinacle.

No debería hablar mal de la lealtad de Frenchie. Eso fue lo que mantuvo a la familia unida, en resumidas cuentas. Frenchie había nacido en una parte de Alsacia-Lorena que se mantuvo leal a Alemania, incluso cuando Francia gobernaba la provincia. De manera que cuando la lengua oficial era el francés, en casa los Marx hablaban *plattdeutsch*, el alemán de las tierras bajas.

Cuando la familia llegó a América, gravitó naturalmente hacia los inmigrantes que hablaban el mismo dialecto. En el East Side superior de Manhattan (situado en la frontera con Yorkville, de la misma manera que Alsacia-Lorena estaba en la frontera con Alemania), surgió una especie de Sociedad del Plattdeutsch, no oficial pero sólidamente unida.

Cualquiera que hablara *plattdeutsch* era una buena persona para Frenchie y podía contar con su inconmovible confianza. Y puesto que Frenchie era uno de los pocos sastres de la ciudad que hablaban *plattdeutsch*, recibía, por puro sentimentalismo, muchos encargos que nunca había merecido. Si no hubiera sido por la lealtad mutua de Frenchie y

sus *compatriotas*, los hermanos Marx no podrían haber permanecido bajo el mismo techo el tiempo suficiente para llegar a conocerse bien y menos aún para ingresar juntos en el mundo del espectáculo.

La responsabilidad que le resultaba más ardua a Frenchie era la de disciplinar a la familia. No era un padre severo, no podía serlo por naturaleza. Pero nunca desistió de intentar cumplir ese papel.

Que me pescaran robando en alguna de las tiendas del barrio se consideraba un delito grave. (El delito para mí, por supuesto, no era robar sino dejarme pescar). El tipo al que había intentado robar me entregaba (otra vez la lealtad) no a la policía sino a Frenchie, para que me castigara.

Frenchie se chupaba los labios hacia adentro como si estuviera tratando de tragarse su sonrisa, fruncía las cejas, sacudía la cabeza y decía: «Hijo, poj lo que jas jecho voy a dajte. ¡Te voy a jompej todos los juesos del cuejpo!». Entonces me hacía desfilar hasta el vestíbulo, para que el resto de la familia no tuviera que presenciar la brutal escena.

Allí se sacaba del bolsillo un cepillo de ropa. «Muy bien, muchacho», decía, «¡Te voy a daj!». Sacudía el cepillo bajo mi barbilla y repetía, con los dientes apretados, «*¡Te voy a daj!*».

Aunque lo intentaba valerosamente, Frenchie nunca conseguía ir más allá de sacudir el cepillo bajo mi barbilla. Suspiraba y volvía al comedor, frotándose las manos con un gesto de triunfo para que la familia pudiera ver que se había hecho justicia.

No me habría dolido más si mi padre me hubiera roto todos los huesos del cuerpo.

De todas las personas a las que Frenchie quería y era leal, nadie era más diferente de él que Minnie Schoenberg Marx, su esposa y mi madre. Se ha escrito mucho sobre Minnie Marx. Se ha convertido en una leyenda del mundo del espectáculo. Y prácticamente todo lo que se ha dicho sobre ella es cierto. Minnie era una chica de consideración.

Era encantadora, pero su apariencia suave como la de una gacela podía llamar a engaño. Tenía el aguante de un caballo de tiro, el empuje de un salmón que lucha por trepar en una catarata, la astucia de un zorro y una

devoción por los de su sangre tan feroz como la de una leona. A Minnie le gustaba meter bulla, estar en el centro de las cosas, ya se tratara de cantar, contar cuentos o reírse. Pero en cierto modo esto también era engañoso. Toda su vida adulta, cada minuto de ella, estuvo dedicado a su Plan Maestro.

Minnie tenía la ambición suficiente para llevar a cabo cualquier plan que se hubiera trazado y energía sobrante para arrastramos a todos los demás consigo. Incluso en sus momentos más alegres estaba trabajando, planificando y urdiendo estrategias mientras contaba chistes y armaba jaleo.

El Plan de Minnie era simplemente el siguiente: llevar a su hermano pequeño y a sus cinco hijos al escenario y hacer que triunfaran. Empezó a trabajar en esa línea con el tío Al (que se cambió el apellido Schoenberg por el de Shean), y luego se dedicó, por orden, a Groucho, Gummo, yo mismo, Chico y Zeppo. Fue una empresa infernal. Lo que todavía la volvía más difícil era que solamente el tío Al y Groucho querían acceder al mundo del espectáculo de entrada, y Groucho, después de probar el gusto del escenario, quería ser escritor. Chico quería ser un tahúr profesional. Gummo quería ser inventor. Zeppo quería ser boxeador. Yo quería tocar el piano en un *ferry*.

Pero nadie pudo conmover la decisión de Minnie. Su Plan Maestro se llevó a cabo, por Dios que sí, hasta el último detalle.

Su relación con Frenchie, en los tiempos de mi infancia, más parecía una sociedad de negocios que un matrimonio corriente. Minnie era el Encargado del Exterior. Frenchie era el Encargado del Interior. Minnie peleaba con el mundo para realizar el destino de su familia. Frenchie se quedaba en casa, cosía y cocinaba. Minnie era el jefe absoluto. Tomaba todas las decisiones, pero a Frenchie esto no parecía molestarle.

Era imposible para cualquiera molestarse con Minnie. Era demasiado divertida. Minnie era la que mantenía nuestra vida llena de risas, de manera que apenas notábamos cuánto tiempo pasaba entre una comida y otra en los días en que estábamos sin blanca.

Nunca se nos ocurrió pensar que este arreglo entre papá y mamá fuese raro o antinatural. Éramos nosotros contra los elementos, y cada uno encontró su propia manera de sobrevivir. Frenchie se hizo sastre. Chico se

dedicó a los billares. Yo me dediqué a las calles. Minnie nos mantenía unidos mientras planeaba nuestro rescate.

La única tradición que había en nuestra familia era nuestra falta de tradición.

La madre de Minnie, Fanny Schoenberg, murió poco tiempo después de mudarnos a la calle 93, pero el abuelo Schoenberg siguió siendo un personaje en la familia hasta que finalmente presentó su dimisión a la vida a la edad de un siglo, en 1919. Por lo tanto, el abuelo no estaba clasificado como un Pariente. Era Familia.

Un Pariente era cualquiera que se llamara Schoenberg o Marx o que hablara *plattdeutsch*, que se presentase en nuestro piso a la hora de la cena y tuviese cómo efecto disminuir las porciones de nuestros platos. Muchos desconocidos de aspecto sospechoso se convirtieron en Parientes, pero nadie fue rechazado nunca.

El que era mejor recibido era el tío Al. Pocos años atrás, el tío Al era un planchador de pantalones que no podía conservar ningún empleo porque continuamente organizaba cuartetos y cantaba en horas de trabajo. Ahora, gracias a Minnie, su cariñosa hermana, su representante artístico, mánager personal y publicista, Al Shean estaba a la cabeza de los repartos de vodevil. Era nuestra Celebridad y desempeñaba el papel al máximo.

Una vez al mes, el tío Al venía a visitarnos, desembarcaba vestido con caros pantalones de franela y camisas de popelina, sombrero flexible y polainas a juego, y zapatos de diez dólares. Centelleaba de anillos y alfileres de corbata y emanaba aroma de colonia. Frenchie aprobaba los materiales del traje y la camisa del tío Al, chascando la lengua un tanto críticamente por el trabajo de sastrería, mientras el tío Al hablaba con el abuelo en alemán.

Luego Minnie cambiaba el idioma por el inglés y el tema por el de los contratos y las marquesinas. Después de un rato, el tío Al cedía a la insistencia de Groucho, que habría estado fastidiándolo sin descanso, y cantaba para nosotros. Esto era lo que Groucho había estado esperando durante todo un mes. Por fin, cuando se aprestaba a marcharse, el tío Al nos

daba una moneda nuevecita de diez centavos a cada uno de los chicos. Esto era lo que Chico había estado esperando durante todo un mes.

Cuando el tío Al nos daba su último adiós, en el pasillo, Chico ya estaba a dos manzanas de distancia, en los billares.

Conforme Al Shean se fue haciendo más famoso, aumentó su bono mensual a dos monedas de diez centavos en vez de una, y luego ascendió a la increíble cantidad de veinticinco por cabeza. ¡Todo un cuarto para cada uno! Cinco funciones en el cine del barrio. ¡Todo un juego de ruedas y ejes de carro de segunda mano! ¡Veinticinco centavos de mesa de billar!

Cuando yo me ganaba o agenciaba veinticinco centavos por mi cuenta, me sentía culpable si no ponía una parte en el fondo familiar, pero no ocurría lo mismo con el dinero del tío Al. Ese dinero era puramente para gastar, aunque la olla de la sopa estuviera vacía.

Aunque los Schoenberg ganaban en número y en capacidad verbal a los Marx en el sector de los Parientes, el lado de la familia que correspondía a Frenchie tenía su cuota de peces gordos. Por ejemplo, el primo Sam. Sam Marx tenía una casa de subastas en la calle 58, la zona de moda, cerca del Grand Army Plaza, y tenía influencia en Tammany Hall[3].

Al hermano pequeño de Sam, el primo Max, no lo tratábamos tanto. Era sastre de teatro y bueno en su oficio, así que Frenchie se resistía a hablar con él de la profesión y prefería mantenerse por encima de los temas prácticos. Yo pensaba que «Max Marx» era uno de los nombres más elegantes que podía tener un hombre, con la excepción casi exclusiva de «James J. Jeffries».

Cerca de la esquina de la calle 116 con Lenox Avenue, en Nueva York, hay —o había, hasta donde yo sé— un callejón llamado «Plaza Marx». Generalmente se cree que se llama así por el socialista Karl. No es cierto. Se llama así por el primo Sam. Cuando el primo Sam murió Tammany controlaba todavía la alcaldía de la ciudad, los nombres de las calles y otros asuntos de ese tipo.

Los elementos excéntricos por el lado de Frenchie venían aparentemente por pares. Mi padre soba hablar con misteriosa reverencia de dos tías abuelas llamadas Fratschie y Frietschie. Para mí, dos señoras que se llamaran Fratschie y Frietschie tenían que ser un par de trapecistas o un dúo

de baile. Pero no. Su número consistía en ser las dos gemelas más viejas de la historia de Alsacia-Lorena y en morirse el mismo día a la edad de ciento dos años.

Todavía más raras eran dos mujercitas, vagamente emparentadas con Frenchie, que venían de visita una o dos veces al año. Eran las únicas visitantes que yo recuerde que nunca se quedaban a cenar con nosotros. Permanecían en la cocina, donde hablaban con Frenchie en *plattdeutsch*, siempre muy bajo de manera que nadie más pudiera escuchar lo que estaban diciendo. Las dos llevaban faldas negras hasta el suelo y guantes blancos que jamás se quitaban. Cuando la estufa no estaba encendida se sentaban sobre ella. Cuando estaba encendida se quedaban de pie durante toda la visita. Se marchaban agitando la cabeza. Siempre que yo le preguntaba a Frenchie quiénes eran, simplemente sacudía la cabeza. Yo creo que venían a informarle de la muerte de algún pariente o conocido. Nunca le veía tan desesperado por llegar a su partida de cartas como después de que las dos mujercitas se marchaban. Las cartas eran el licor y el opio de Frenchie, su única forma de fugarse.

Así pues, de una manera u otra, a los ocho años había dejado la escuela y estaba libre. No sabía qué hacer conmigo mismo. Sólo una cosa era segura: nunca me acercaría de nuevo a la E. P. 86 ni me pondría al alcance del dedo movedizo de *miss* Flatto. La escuela estaba bien para Chico, que iba por el quinto curso y era un mago de la aritmética, y para Groucho, que conseguía sobresalientes ya en el primer curso, pero no para mí. Yo sólo sabía soñar despierto, asignatura por la que no daban punto alguno en el sistema escolar de Nueva York.

Mis padres aceptaron mi puesta en libertad como aceptaban todos los demás contratiempos de su vida: sin remordimientos ni lamentaciones. Minnie estaba demasiado ocupada edificando la carrera del tío Al para dedicarme mucho tiempo. Ella pensaba que de todas maneras había cumplido con su deber enviando a la escuela al novio vendedor de arenques de Polly. Frenchie aceptó la noticia de mi deserción con un encogimiento de hombros y una sonrisa de asentimiento. El encogimiento indicaba su

decepción. La sonrisa indicaba su placer; ahora yo podría ser su asistente en su siguiente «viaje de ventas» a Nueva Jersey.

Nunca lo supe con certeza, pero supongo que el funcionario encargado de los que hacían novillos tuvo que acudir a nuestra casa a buscarme. Si lo hizo, ya se lo que sucedió. Cuando llamó a la puerta, supusimos que era el agente del propietario que venía a cobrar el alquiler, y corrimos todos a nuestros escondites y nos estuvimos quietos y callados hasta que oímos alejarse sus pasos escaleras abajo.

En cuanto a mí mismo, nunca dudé de haber hecho lo más conveniente cuando me alejé de la ventana abierta de la E. P. 86 para no volver nunca más. La escuela estaba totalmente mal. No le enseñaba a nadie cómo existir día a día, que era la manera en que tenían que vivir los pobres. La escuela preparaba para la Vida —esa cosa que se encuentra en el remoto futuro—, pero no para el Mundo, que es lo que se tiene que afrontar hoy, esta noche, y cuando uno se despierta por la mañana sin la menor idea de lo que el día le traerá.

Cuando yo era niño realmente no había ningún Futuro. Luchar a lo largo de un lapso de veinticuatro horas era bastante difícil como para no tener que preocuparse por el siguiente. Podías reírte del Pasado, porque habías tenido la suerte suficiente para sobrevivirle. Pero en general sólo había un Presente por el cual preocuparse.

Otra de mis quejas era que la escuela enseñaba todo acerca de unas festividades que nunca podrías permitirte celebrar, como Acción de Gracias y Navidad. No enseñaba nada sobre los verdaderos días de fiesta, como el día de San Patricio, en que podías ver un desfile gratis, o el día de las Elecciones, cuando podías hacer una hoguera gigantesca en medio de la calle y los policías no se metían contigo. En la escuela no enseñaban qué hacer cuando te detenía una pandilla enemiga: cuándo correr, cuándo defender tu terreno. La escuela no enseñaba cómo recoger pelotas de tenis, cómo fabricar un patinete, viajar en los ferrocarriles elevados y los trolebuses, hacerse llevar por los carros repartidores, tener un perro, irse a bañar al río, conseguir un helado o una fruta, todo ello sin pagar un céntimo.

La escuela no enseñaba qué casas de empeño te daban la pasta sin preguntar de dónde habías sacado la mercancía, o cómo tirar en el billar o apostar en una partida de póker o dónde vender lo que rescatabas de la basura o cómo procurarse sitio para dormir en una sola cama con otros cuatro hermanos.

La escuela simplemente no enseñaba a ser pobre y vivir al día. Esto tuve que aprenderlo por mí mismo, lo mejor posible. En las calles yo era, de acuerdo con los criterios actuales, un delincuente juvenil. Pero según los criterios del East Side vigentes en 1902, yo me habría graduado con honores.

De alguna manera, a ratos en casa y a ratos fuera («fuera» significa cualquier lugar de la ciudad excepto nuestro piso), aprendí a leer. Mientras Groucho sudaba sobre frases del libro de texto como «Esto es un gato, ¡oh, mira el gato!» y «Penique ahorrado es penique ganado», yo dominaba el alfabeto y el vocabulario a través de oraciones como «Agua sólo para los caballos», «Billares Excelsior: un centavo la entrada», «Bar con tapas gratis; no se admiten menores», «No pisar el césped», y las palabras pintadas sobre muros y aceras por los chicos mayores, que no se pueden reproducir aquí.

Aprendí a leer la hora en el único cronómetro de que disponía nuestra familia, el reloj de la torre de la Fábrica de Cerveza Ehret, situada en la esquina de la Calle 93 con la Segunda Avenida, que podíamos ver desde la ventana del comedor, si el abuelo no había bajado la persiana. El abuelo, que era el último reducto de la religión ortodoxa de nuestra familia, con frecuencia utilizaba el comedor para decir sus plegarias y estudiar la Tora. En esas ocasiones, bajaba la persiana y teníamos que arreglárnoslas sin el reloj de la torre, con lo que el tiempo dejaba de existir.

Desde entonces, siempre he tenido la sensación de que cuando se bajan las persianas, o el sol desciende, o se amortiguan las luces de la casa, el tiempo se detiene. Tal vez por eso nunca he tenido dificultades para dormir y siempre me he levantado muy temprano. Cuando el sol sale y se levanta la

persiana, el reloj de la torre trabaja de nuevo. El tiempo vuelve y puede estar ocurriendo algo que me molestaría perderme.

Los día laborables, mientras Minnie salía a conseguir contratos para el tío Al, Frenchie trabajaba en su mesa de corte, Chico y Groucho estaban en la escuela y Gummo y Zeppo jugaban abajo en el portal, el abuelo y yo pasábamos muchos ratos juntos.

A veces me contaba historias de la Haggada[4], me sermoneaba con la Tora o trataba de enseñarme plegarias. Pero mucho me temo que su instrucción religiosa se parecía demasiado a las labores escolares para interesarme, y no tuvo más éxito conmigo que *miss* Flatto. Sin embargo, sin darme cuenta, hice un aprendizaje. Con el abuelo aprendí a hablar alemán. (Traté de enseñarle inglés a él, pero al final desistí).

Cuando se animaba y la persiana estaba levantada, el abuelo hacía números de magia para mí. Se sacaba peniques de la barba y de mi nariz y mis orejas, y me hacía practicar el truco de escamotear monedas. Luego llenaba su pipa y me hablaba de los tiempos en que él y *grossmutter* Fanny recorrían los *spas* y *music-halls* alemanes. El abuelo hacía de vetrílocuo y de mago, en la vieja tierra, mientras la abuela tocaba el arpa para que la gente bailara, después de la actuación de él.

No conocí bien a la abuela antes de su muerte, pero sentía que nunca estaba lejos, porque su vieja arpa estaba siempre en un rincón de la habitación del abuelo. Era un arpa mediana. Le faltaban las cuerdas. El arco estaba deformado. Lo único que quedaba de su antiguo barniz lustroso eran unos pocos copos de caspa dorada. Pero para mí era un objeto hermoso. Trataba de imaginarme cómo debía sonar cuando la abuela la tocaba, pero no podía. No había oído nunca tocar el arpa. Mi cabeza estaba llena de música de otro tipo: las canciones repetitivas del tío Al, las gaitas del día de San Patricio, los tambores y trompetas del día de las Elecciones, el armonio del carrusel de Central Park, las cítaras que se oían a través de las puertas batientes de las cervecerías de Yorkville, la concertina que tocaba el ciego del barco de excursiones de North Beach. Pero jamás había oído un arpa.

Podía imaginarme a la abuela con el reluciente instrumento en el regazo, pero en mis ensoñaciones, no se producía sonido alguno cuando sus manos pulsaban las cuerdas.

Tomé una decisión, una de las pocas que recuerdo haber tomado. Iba a conseguir un empleo y ahorrar dinero y llevar el arpa al taller de arpas y hacer que le pusieran cuerdas y descubrir por fin qué clase de música podía hacer.

Pero cuando finalmente obtuve mi primer sueldo, encontré formas más urgentes de gastarme la pasta. Habrían de transcurrir casi quince años antes de que pulsara mi primera cuerda de arpa. No quedé decepcionado. Era una emoción que valía la pena haberme reservado.

De cualquier manera, el abuelo me enseñó alemán y magia; fue por lo tanto mi primer maestro verdadero. Mi segundo maestro encauzó mi educación por caminos mucho más prácticos. Fue mi hermano Chico.

Mi hermano Chico sólo era año y medio mayor que yo, pero había progresado más de lo que su edad haría prever en cuanto al funcionamiento de este mundo. Tenía una enorme confianza en sí mismo, como Minnie, y como ella entraba a saco allí donde Frenchie o yo habríamos tenido miedo de aventurarnos.

Me sentía muy halagado cuando la gente decía que yo era la viva imagen de Chico. Supongo que lo era. Ambos éramos gambas en comparación con el tamaño medio de los langostinos del barrio. Eramos enclenques, pecosos, dotados de grandes ojos y melenas de pelo ondulado e indómito. Papá no se lucía más cortándonos el pelo que cortando la tela para un traje.

Pero el parecido terminaba en el corte de pelo. Chico era una especie de genio de las matemáticas, con una capacidad sorprendente para los números y la geometría. (Más tarde, adquirió habilidades con los cuerpos no geométricos también. Así se ganó el apodo de «Chico», que tendría que haber sido «Chicko» por la forma en que lo pronunciamos siempre)[5].

Chico tenía facilidad de palabra y verdadero talento para imitar acentos. En momentos de apuro podía hacerse pasar por italiano, irlandés, alemán o judío de primera generación, según lo que fuese más útil en el aprieto en que había llegado a meterse. Yo en cambio era dolorosamente consciente de mi voz tipluda, y no hablaba gran cosa. Para que Chico no me dejase

completamente a la sombra, me dedicaba a imitar gestos y copiar la forma en que caminaba la gente.

La imitación que más trabajo me costaba era la del propio Chico. Caminaba por la calle con paso firme, con la cabeza y los hombros hacia adelante, inequívocamente un joven que sabía a dónde iba. Practiqué la manera de andar de Chico durante horas. Pero nunca logré dominar su aspecto de total concentración. Simplemente, yo no lo tenía bajo el corte de pelo.

Cuando abandoné la E. P. 86 todavía veía muy poco a Chico. Rara vez venía a casa directamente de la escuela. Si aparecía para cenar, se esfumaba en cuanto había comido. Estaba realizando una importantísima investigación para ampliar su conocimiento de la aritmética de una forma útil. Estaba aprendiendo a apostar en las carreras de caballos y en el boxeo y a jugar al *poker*, al pinacle y al *klabiash*[6] haciendo de mirón en la trastienda de una tienda de puros de Lexington Avenue. Estaba estudiando las leyes de la probabilidad observando el juego de dados itinerante del barrio, que acampaba y desacampaba de sótano en tejado y de tejado en sótano, siempre un golpe de dados por delante de la policía. Y estaba estudiando las leyes de la física observando la acción y reacción de los sólidos esféricos en movimiento, en el Salón de Billar Excelsior del East Side.

Al cumplir los doce, Chico decidió que ya sabía todo cuanto tenía que saber sobre estas ciencias aplicadas y abandonó él también la escuela. También dejó de investigar, de hacer de mirón y observar, y se puso en acción. Desde entonces, nunca ha dejado de tomar parte en todo tipo de acción y nunca dejará de hacerlo el resto de sus días.

Chico era un buen maestro y con él yo era un discípulo aplicado. En poco tiempo me enseño a manejar un taco de billar, a jugar a las cartas y a apostar en los dados. Me aprendí de memoria las probabilidades de ganar un diez o un cuarto a uno o de hacer una escalera en el pinacle o en el *poker*. Aprendí principios básicos como «Nunca vayas contra las probabilidades a ningún precio» y «Nunca tires los dados en una manta». Aprendí a identificar a los ases del billar y a los tramposos, y a detectar los dados cargados.

Por desgracia nunca podíamos organizar actividades en casa. Frenchie estaba demasiado ocupado durante el día y en su partida nocturna no se admitían niños. El único juego que sabía el abuelo era el tute arrastrado. Tratamos de convertir a Groucho pero no lo logramos. A los ocho años Groucho ya iba camino de transformarse en un ratón de biblioteca, y miraba los juegos de azar por encima del hombro como una cosa ingenua e infantil.

No había más remedio que salir para conseguir actividades de las buenas. El problema era que se necesitaba dinero para practicar en un juego y más dinero para quedarse si la suerte le daba a uno la espalda temporalmente.

Para mí sólo había una solución. Teníamos que encontrar empleo y ganar algo de dinero.

Chico pensaba que era la idea más desquiciada que jamás había escuchado.

—No se *gana* la *mazuma*[7] —me dijo—. Uno se la *agencia*.

Nuestra primera empresa conjunta, para agenciarnos unos centavos para el billar y los dados, fue la Gran Bonanza de los Relojes de Cuco en 1902.

Toda su vida, Chico había tenido un talento notable para vender cualquier cosa. Él sedujo al productor que nos llevó por primera vez a Broadway y nos hizo famosos en todo el país. Fue Chico el que más tarde sedujo al productor —*living* Thalberg— que nos metió en las películas Grado A. Pero la primera transacción gloriosa de Chico empezó en una tienda de novedades de la calle 86 que estaba produciendo un montón de relojes de cuco en miniatura.

Estos relojes de cuco no teman cucos de verdad (los pájaros estaban pintados), pero tenían una genuina apariencia de la Selva Negra, daban la hora y se vendían sólo a veinte centavos cada uno. Teníamos entre los dos el dinero justo para invertirlo en el negocio, porque el tío Al había estado de visita la noche anterior y todavía teníamos nuestros diez centavos cada uno.

Chico compró un reloj. Nos dieron cincuenta centavos por él en una casa de empeños en la esquina de la Tercera y la 63. Treinta centavos de ganancia. Volvimos y compramos dos relojes, y los empeñamos por cincuenta centavos cada uno. Chico dijo que el negocio era demasiado bueno para que yo siguiera siendo un socio silencioso. Debía empezar a

empeñar relojes yo también. Así que allá me fui, con mi parte del inventario.

No me fue tan bien. Resultó que en todas las casas de empeño a las que iba, Chico ya había estado. Nos parecíamos tanto que los prestamistas pensaban que era el mismo niño que trataba de descargar más objetos mal habidos, y se negaban a tratar conmigo.

Chico dijo entonces que él se ocuparía de las casas de empeño, y que yo debía trabajar con la gente del barrio. Temprano por la mañana, cogí un reloj y reuní todo mi valor y me fui a la oficina de la fábrica de helados de la Tercera Avenida. El gerente era un tipo simpático que nos guiñaba un ojo cuando el dependiente escamoteaba porciones de helado para los niños. Parecía el cliente ideal.

—Vendo reloj de cuco —le dije al gerente, procurando sonar tan seguro de mí mismo como Chico—. Una ganga. Garantizado.

No sé por qué la palabra «garantizado» se me escapó. Seguramente me dejé llevar por lo que, para mí, era una explosión inusitada de elocuencia. Así que el gerente de la fábrica de helados quiso saber cuánto tiempo le garantizaba que funcionaría el reloj después de darle cuerda. Ante lo cual me oí decir, mientras empezaba a sudar:

—Ocho horas.

—Muy bien —dijo él—. Dale cuerda. Si de aquí a ocho horas todavía funciona te lo compraré.

Tiré de la cadena con que se le daba cuerda al reloj. Me puse en una esquina de la oficina, para no estorbar, con el reloj en la mano, esperando y rezando. Fue una torturante batalla de nervios. Cada vez que el gerente se volvía de espaldas, le daba a la cadena un tironcito para que el reloj mantuviera la cuerda. Alrededor de la hora del almuerzo, empezó a sospechar lo que yo estaba haciendo y me pescó con la mano en la cadena mediante una mirada rápida e inesperada. Cogió el reloj y lo colgó en la pared, sin una palabra.

A las dos y media, el reloj se apagó y murió. El gerente lo quitó de la pared y me lo dio todavía sin una palabra. Cuando salí corriendo de la oficina, pude oírle detrás de mí, palmeándose los muslos y riéndose a carcajadas.

Ésas fueron las horas más penosas que jamás había vivido, y las ganancias sumaban, en números redondos, cero. Volví a casa sólo para enterarme de que las ganancias netas de Chico en el tráfico de relojes eran de 11,10 dólares. Me dio vergüenza pedirle más que mis diez centavos originales. Pero Chico insistió en que yo aceptara la mitad del botín… con una condición. Lo tomaría prestado y lo doblaría para mí jugando a los dados.

Y que me muera si no lo hizo así esa misma noche. A la hora de irnos a la cama el capital de la Corporación Marx de Relojes de Cuco era de 29,90 dólares. Chico contó mi parte y me la dio. Nunca en mi vida había tocado tan fabulosa pila de pasta. Pero seguía sintiéndome fatal por el fiasco de la fábrica de helados y le devolví el dinero a Chico.

—Quédatelo —le dije—. Vuelve a doblarlo.

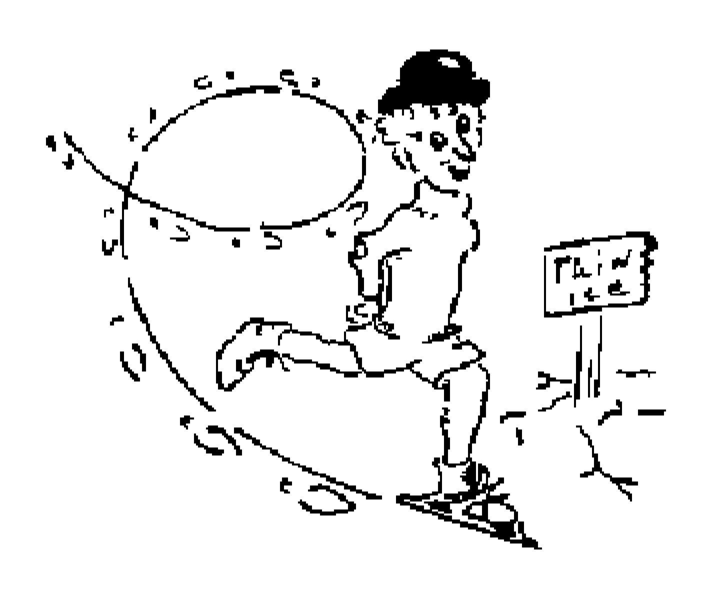
Al día siguiente perdió todo el lote en una partida de pinacle. Chico dijo que aquello debía servirme de lección. Tratar de reduplicar mi dinero era ir contra las probabilidades. Lástima que yo tuviera que aprender a las malas. La próxima vez no me pasaría.

Nunca recuperé mis diez centavos.

No había esperanzas de volver a tener dinero para gastar en el bolsillo hasta la siguiente visita del tío Al, para lo cual faltaba un buen trecho, hasta que las Fiestas hubieran pasado y el abuelo levantara la persiana y saliera de la sala de estar.

Tal fue mi educación básica en la Economía de la Libre Empresa.

III
A LA DERIVA EN LA DEMOCRACIA DEL ABUELO



En poco tiempo, mi hermano Chico se puso muy por encima de mi nivel como jugador de clase. Yo no sabía bastante ni tenía los nervios lo suficientemente fuertes para seguirle el paso.

Chico se había fijado una rutina; dividía su jornada de trabajo entre la tienda de puros y los billares, y se incorporaba a los juegos de dados itinerantes en su tiempo libre. Yo derivé hacia las calles.

La vida de la calle era una pavorosa carrera de obstáculos para un chico subdesarrollado como yo. Los obstáculos más duros eran los chicos de otras nacionalidades. El East Side superior se subdividía en manzanas judías (la

zona más pequeña), manzanas irlandesas y manzanas alemanas, con un par de Estados Italianos Independientes por añadidura. Es decir, que las traveseras quedaban subdivididas. Las avenidas norte-sur —la Primera, la Segunda, la Tercera y Lexington— pertenecían más a la ciudad que al barrio. Eran zonas neutrales. Pero la veda contra los extraños quedaba abierta en las traveseras.

Si te pescaban tratando de pasar por una manzana extranjera, lo primero que los irlandeses o los alemanes te preguntaban era:

—¡Eh muchacho! ¿Qué *callero* eres?

Aprendí que para ahorrarse tiempo y problemas lo mejor era decir la verdad. Confesaba que yo era un *callero* de la 93.

—¿Ah sí? ¿Qué manzana de la 93?

—La noventa y tres entre la Tercera y Lex.

Eso me identificaba definitivamente. Yo era judío.

Lo peor que podías hacer era huir de los *Calleros* de Otras Calles. Pero si no tenías nada que entregar a manera de rescate eras igualmente hombre muerto. Aprendí a no salir nunca de mi manzana sin alguna clase de soborno en el bolsillo: una vieja pelota de tenis, un carrete de hilo sin hilo, un penique, cualquier cosa. No costaba mucho comprar la libertad, lo importante era el gesto.

Todo ello formaba parte de la interminable lucha por el reconocimiento de los extranjeros en proceso de convertirse en norteamericanos. Todo chico irlandés que obligaba a rendirse un chico judío se veía forzado a pedir clemencia a un italiano, a quien le sacaba los bofes un niño alemán, a quien le hacía perder el resuello su padre por pelear en las calles, y que luego salía y le daba una paliza a un niño irlandés para restañarse las heridas. «¡Te voy a enseñar!» era la amenaza que se pasaban unos a otros, el irlandés al judío, el judío al italiano, y el italiano al alemán. Todos trataban de enseñarles a todos los demás, de arriba a abajo. Tal es todavía la imagen que me viene a la mente cuando escucho la expresión «educación progresiva».

No existía el personaje del «amable policía de guardia» en el Nueva York de aquellos tiempos. Los policías eran enemigos jurados. De la misma manera, los chicos de la calle, nosotros, éramos la mayor fuente de problemas para la policía. Individualmente y por pandillas, éramos

responsables de la mayoría de los pequeños robos y destrucciones de propiedad del East Side superior. Y como no podíamos permitirnos pagarles a los polis al estilo correcto, respetable y Tammany, nos cazaban, nos perseguían, nos atosigaban y cada vez que tenían oportunidad, nos sacudían a palos alegremente.

Una cosa, la única, que nos mantenía unidos a todos los chicos independientemente de la nacionalidad era nuestro sistema de alarma antipolis. Por mucho que detestase y temiese a la pandilla de Mickie o a la de Bohunk, nunca vacilaba en darles la alarma si veía que un policía se dirigía hacia su sector. Ellos hacían lo mismo por mí y por los demás *calleros* de la 93.

Los polis también tenían un sistema. Si un patrullero topaba con una pelea de pandillas o un juego de dados en un portal y necesitaba refuerzos de emergencia, golpeaba con su porra en la barandilla de metal de la esquina. Esto producía un estridente *boinnng*, que los policías de otras patrullas podían oír desde todos los puntos del distrito, y podían acudir corriendo de otras partes y rodear el punto de donde venía el estrépito.

Con el tiempo, tuve oportunidad de que los polis me sacudieran, me voltearan del revés, me masticaran y me patearan las espinillas, pero nunca me arrastraron. Esto puede parecer milagroso, si se tiene en cuenta toda la variedad de líos en que yo era capaz de meterme, pero no lo era. Mi tío Sam el subastador, no lo olvidemos, era un pez gordo en Tammany Hall. Los sobrinos de los miembros de la Organización no podían ser detenidos.

Por otra parte, los polis perseguían principalmente a las pandillas, que eran el blanco más visible, y yo no era un pandillero. Yo era un lobo solitario. Esto me convertía, a mi vez, en un blanco visible para las pandillas. Los pandilleros no toleraban a los solitarios. Me llamaban «raro»[8] y cosas peores. Hoy día, supongo, un chico como yo merecería la atención más especial de las autoridades. Me llamarían «inconformista antisocial» y cosas peores.

Así pues, mis placeres tenían que ser secretos. Ni siquiera podía tener palomas en el tejado de mi propia casa. Cada vez que instalaba una jaula con cebo, la rompían o la robaban. Deseaba desesperadamente un animalito. Una vez traje a casa un cachorrito perdido y le arreglé un nido en el sótano

del 179. Sólo lo tuve una semana. En cuanto se acostumbró a su nuevo hogar, se sintió contento y empezó a ladrar. Algunos chicos lo oyeron y prontamente me lo robaron.

El portero de nuestra casa, un anciano bávaro que sufría de callos y carbuncos, no estaba dispuesto a proteger a mis bichos. Tenía un pleito jurado con mi familia porque nuestros cubos de basura estaban llenos de agujeros. Cada vez que bajaban por el montacargas para que él los vaciara, refunfuñaba y maldecía y gritaba por el hueco del montacargas:

—¡Eh, allá arriba! ¡Eh! ¡Se salen!

Opté por pasarme largos ratos en Central Park, a cuatro manzanas hacia el oeste, ya que el parque era un país extranjero amigo. Era un territorio seguro para los lobos solitarios sin importar de qué calle fuésemos.

En los veranos rondaba los campos de tenis. Me encantaba observar el juego y siempre existía la posibilidad de agenciarme una pelota de tenis. En el invierno el parque no era tan acogedor, a menos que helara o cayera una buena nevada. Cuando había nieve me agenciaba un barreño en alguna parte («agenciarse» es una manera elegante de decir robar), e iba a deslizarme al parque. Era un placer arriesgado. Un barreño en buenas condiciones podía valer hasta cinco centavos en un chatarrero del West Side, y más de una vez los chicos mayores me sacaron el barreño de debajo y se lo llevaron.

Después de una helada, izaban la Bandera del Hielo en Central Park, para advertir a la ciudad que se podía patinar en el estanque. Nadie se sentía más feliz al vez la bandera que yo. Probablemente, patinando en un solo pie yo era el mejor de toda la ciudad de Nueva York.

Todo el equipo deportivo de nuestra familia consistía en un patín de hielo que había pertenecido a la abuela y que el abuelo conservaba como recuerdo, como la vieja arpa. Y así como el arpa no tenía cuerdas, el patín no tenía cordones. Tenía que improvisar las trabillas con cuerdas, bramante, viejos tirantes, gomas o lo que pudiera encontrar.

Me pasaba muchas horas en el estanque helado de Central Park, patinando a la pata coja por el borde del hielo con mi patín izquierdo. Me pasaba muchas más horas sentado en el suelo con el culo helado porque mis

pantalones no estaban acolchados, anudando y retorciendo y empalmando, en la interminable lucha por mantener el patín atado a mi pie.

Por extraño que parezca, el invierno presentaba para mí menos dificultades que el verano. Siempre podía encontrar algún sitio caliente en alguna parte cuando tenía frío. Pero cuando hacía calor en la ciudad, hacía calor en todas partes, y no se podía encontrar un sitio fresco.

El alivio era puramente temporal, como un trozo de hielo en la plataforma de carga de la fábrica de helados. Era una bendición empuñarlo e ir chupándolo, pero no duraba mucho. ¿Qué hacer entonces? Sólo se podía hacer una cosa: ir a bañarse al East River. Pero la forma en que teníamos que nadar, frente a los muelles, era agotadora, y no podíamos quedarnos mucho tiempo en el agua.

Siempre se puede reconocer a un chico que creció pobremente en el East Side si se observa cómo se comporta en el agua. Al zambullirse, empezará inmediatamente a bracear, como si estuviera apartando un objeto flotante invisible. Era la braza que había que usar al saltar al East River. Era la única manera de quitarse el agua sucia y la basura de la cara.

Una manera de distraerse del calor consistía en hacer anillos de crin. Solíamos colarnos en los establos de las cervecerías para cortar gruesos mechones de pelo de las colas de los caballos, y luego los trenzábamos para hacer anillos. Los anillos de crin no sólo eran llamativos accesorios que se podían lucir, tres o cuatro en cada dedo, sino que además eran negociables. Se podían canjear por canicas o botones de propaganda de Grover Cleveland, y eran muy útiles para pagar rescate cuando uno caía en la emboscada de una pandilla enemiga.

Luego, de repente, un verano, los anillos y las canicas se convirtieron para mí en cosas de niños. Descubrí cómo utilizar el sistema de transportes de la ciudad gratuitamente y dejé de estar preso en mi barrio. Mi vida adquirió nuevos horizontes. Yo, simple mortal, podía ahora avanzar y contemplar a los dioses en el Valhalla, es decir, a los Gigantes de Nueva York en los campos de polo.

Los tranvías eran la forma más fácil de viajar sin pagar. Simplemente había que saltar a la plataforma trasera cuando el tranvía ya había arrancado y despistar al cobrador. Si el cobrador lo pescaba a uno, había que saltar al suelo y volver a trepar en el siguiente tranvía que pasara. Era más deportivo colgarse por fuera del vehículo, pero se corría el riesgo de caer en manos de un policía.

Los trenes elevados eran más difíciles. No se podía subir en ellos sin darle un billete o tarjeta de transbordo al revisor de la plataforma de entrada. Eludir al revisor requería mucho ingenio y el uso de viejas tarjetas de transbordo, de las tarjetitas en que venía la goma de mascar (y que casualmente eran del mismo tamaño que los billetes), algunas falsificaciones notables y, para mí —gracias al adiestramiento del abuelo—, toda mi habilidad de prestidigitador.

Una vez al año, el ayuntamiento cambiaba su sistema de billetes y transbordos, para reducir el número de viajeros que no pagaban. Pero nunca encontraron un sistema que los chicos no pudiésemos resolver de alguna manera.

Así pues, ahora yo era un urbanita a carta cabal. En mis viajes descubrí, en el verano de 1903, cómo ver jugar a los Gigantes sin pagar. Era la única forma segura de vencer el calor en Nueva York. Cuando John J. McGraw y sus nobles guerreros se desplegaban en los *campos de béisbol*, todas las penas y lamentos de la afición leal se desvanecían, y el pecho se me ensanchaba de felicidad.

Yo era un aficionado leal pero naturalmente nunca habría podido pagar una entrada a los *campos de béisbol*. Entonces descubrí un lugar en el Coogan’s Bluff, un promontorio elevado situado detrás de los *campos de béisbol*, desde donde se tenía una visión perfecta del campo de juego. Bueno, una visión perfecta, sí, pero sólo de la pared exterior de la tribuna, una sección del graderío, y una estrecha y tentadora franja del campo de juego propiamente dicho.

Así, si he de ser sincero, yo no veía en realidad a los Gigantes. Veía a *un* Gigante: el jardinero izquierdo.

Cuando la pelota entraba volando o botando en mi ángulo del campo, veía auténtico *béisbol* de la liga grande en directo. El resto del tiempo —es decir, durante la mayor parte del juego— contemplaba a un hombre diminuto vestido con un uniforme blanco o gris que se mantenía inmóvil en un remoto trozo de césped.

Otros chicos coleccionaban retratos de los Gigantes como McGraw, McGinnity y Matthewson. Yo no. Yo era eternamente fiel a Sam Mertes, poco distinguido jardinero izquierdo, que era el único Gigante de Nueva York al que había visto jugar al béisbol.

Con el tiempo, llegué a perdonarle a Sam las largas horas que se estaba ahí esperando a que la acción se desviara hacia él. Debe haber sido tan frustrante para él, allá abajo en el campo, como para mí en la colina. Es fácil para los *pitchersy stop-shorts* lucirse. Tenían montones de oportunidades. Mi corazón estaba con ese tipo que terna poquísimas oportunidades, el tipo cuya esperanza y paciencia nunca se agotaban. ¡Te saludo, Sam Mertes! En cualquier Walhalla en que estés jugando ahora, ruego porque sólo vengan a batear grandes bateadores diestros y porque la bola navegue en dirección a ti tres veces en cada entrada.

Aunque yo me fugaba de él cada vez que tenía ocasión, mi barrio original no era lo que se suele llamar un arrabal infecto. Tenía también su dotación de gigantes, hombres y mujeres que pertenecían al Mundo Exterior, que traían brillo y expectación a las vidas del resto de los habitantes del East Side.

Una de tales luminarias era el señor Jergens, que dirigíala tienda de helados situada al volver la esquina de la Tercera Avenida. El señor Jergens fabricó y condujo el primer automóvil del barrio, un simpático y diminuto vehículo eléctrico. Cuando el cochecillo venía navegando por nuestra calle, los chicos mayores saltaban arriba y abajo y tiraban las gorras al paso del artefacto gritando:

—¡Búsquese un caballo!

Si al señor Jergens le molestaban los gritos de las multitudes, nunca lo dejó ver. Conducía sin alterar su rumbo, apoyado en el timón que sujetaba

con puño férreo, y atisbando el horizonte de la avenida Lexington como Cristóbal Colón en viaje hacia el Nuevo Mundo.

Yo fui uno de los pocos privilegiados del barrio que llegó a tocar el vehículo. El señor Jergens le había encargado un traje a Frenchie, y yo le acompañé a entregarlo. El señor Jergens me vio admirando el coche, en el callejón situado detrás de la heladería. Me sonrió y me prometió llevarme a dar una vuelta. ¡O dios mío, dios mío! ¡Había oído que el vehículo podía precipitarse por la colina de la cervecería a una velocidad de quince millas por hora!

Pero nunca conseguí ese paseo en el automóvil. Tras hacerme aquella promesa, el señor Jergens subió al piso de arriba y se probó su nuevo traje y pasaron años antes de que volviera a dirigirle la palabra a mi padre.

En nuestro barrio había dos auténticos aristócratas, el señor Ruppert y el señor Ehret, propietarios de las grandes fábricas de cerveza. La mansión de Jake Ruppert estaba en la esquina de la Calle 93 con Park Avenue. Para mí era un lugar fabuloso, principalmente porque el jardín de Ruppert contenía un fila de melocotoneros que una vez al año se cargaban de hermosísimos, deliciosos melocotones.

El jardín de Ruppert contenía también dos enormes perros guardianes que aguardaban en el interior de la cerca de alambre de púas, acechando a los mangantes de melocotones. Según el encargado de la casa de Ruppert, los perros eran más feroces si estaban siempre hambrientos. Esta teoría tenía sus desventajas. Yo generalmente me agenciaba una bolsa de grasa y trozos de carne en una carnicería; alimentaba a los perros hambrientos a través de la cerca hasta que se ponían amistosos y soñolientos, y entonces trepaba por encima de las púas y me llenaba la camisa de melocotones maduros.

Ninguna fruta puede compararse en dulzura con el fruto robado, que fue el único tipo que conocí hasta que me convertí, a la edad de once años, en todo un hombre trabajador.

En nuestra calle se producía un desfile espectacular todos los días laborables del año. La función se realizaba a las nueve de la mañana y se repetía a las seis de la tarde. Se trataba del paso del señor Ehret por la Calle 93, hacia la Fábrica de Cerveza Ehret y de vuelta a casa.

El señor Ehret viajaba en un deslumbrante carruaje negro, tirado por un tronco de corceles negros. Un lacayo y un cochero, con magníficos uniformes azul y oro, viajaban en lo alto del carruaje. La mitad este de nuestra calle descendía abruptamente hasta el East River, y cuando el carruaje del cervecero llegaba a lo alto de la pendiente, por la mañana, el cochero se ponía de pie, sacudía las riendas y los caballos se lanzaban colina abajo a todo galope.

Cuando pasaban ante nuestra casa, los caballos tenían los ojos desorbitados y el bocado cubierto de espuma, y los adoquines resonaban como yunques. Cuando volvían por la noche, luchando con la cuesta, se podía ver saltar las chispas de sus pezuñas poderosas.

Rayos y truenos. Pompa y esplendor. Gloria y magnificiencia. Me pregunto cómo un niño pobre que nunca ha visto a un cervecero viajar en carruaje a su fábrica de cerveza, que nunca ha temblado, presa de escalofríos vertiginosos, al levantarse el cochero para iniciar el galope cuesta abajo, puede saber que existe otro tipo de vida, la Buena Vida.

Gracias por el espectáculo señor Ehret. Gracias por los melocotones, señor Ruppert. Siento que nunca me haya gustado la cerveza.

Luego estaban los Habitantes de las Casas de Piedra. No eran tan ricos y poderosos como los cerveceros, pero creo que también contribuyeron mucho a mi aprendizaje acerca del mundo exterior.

Vivíamos en el lado de la Calle 93 ocupado por edificios de pisos, el lado norte. Frente a nosotros, en la acera sur, había chalets unifamiliares de piedra arenisca. No tenían las fachadas surcadas por horribles salidas de incendio como los edificios. Estaban decoradas con enredaderas y galerías llenas de flores.

Lo que ocurría dentro de esas elegantes mansiones era para mí imposible de imaginar, como la música del arpa. Mientras otros chicos se preguntaban por la vida en Marte o en la Luna, yo solía preguntarme por la vida al otro lado de la calle. Durante horas enteras, observaba ir y venir a los Habitantes de las Casas de Piedra. Había dos en particular a los que aguardaba y estudiaba con especial interés.

Una era una deslumbrante joven llamada Marie Wagner, famosa tenista de la época. Me dediqué a seguir a la señorita Wagner a los campos de tenis de Central Park, donde me convertí en su autodesignado recogedor de pelotas. Los campos no tenían cerca trasera, y yo echaba el bofe corriendo tras las bolas. Pero valía la pena. Por el trabajo de una tarde, la señorita Wagner me recompensaba con una pelota vieja.

No podía esperar ser propietario de una pelota de tenis durante más de un día o dos, antes de que me la arrebatara algún chico mayor que yo, así que siempre que la señorita Wagner me pagaba corría a casa y ejecutaba tantos botes como podía antes de que aparecieran los bandidos. Estaba celebrando una especie de Olimpiada individual, y competía contra mí mismo por los nuevos récords mundiales en Bote de Pelota de Tenis contra el Portón del número 179 de la Calle 93, Nueva York.

Alimentaba la esperanza de que, una tarde, yo todavía estaría botando y cogiendo la bola cuando la señorita Wagner volviera a casa. Entonces me vería desde el otro lado de la calle y se daría cuenta de que no estaba usando el trofeo que me había dado para alguna finalidad pueril y desagradecida. Mi estilo mejoraba a ojos vistas.

Pero nunca me vio en acción. Esto era una decepción repetida y cruel. Estaba perdidamente enamorado de la bella *miss* Wagner.

Siento tener que confesar que cuando fijé el Récord Mundial de Rebote de Pelota de Todos los Tiempos, 341 sin fallar una, no estaba usando una pelota de Marie Wagner. Para entonces me había convertido en un tipo bastante mundano. Todavía me demoraba alrededor de los campos de tenis en el parque, pero me había convertido en un profesional. Recogía pelotas para todos y para cualquiera, no por amor, sino estrictamente por el botín.

Mi otro ídolo de las viviendas de piedra era un caballero llamado mister Burns, abogado jubilado. El señor Burns era tan elegante como su casa. Cuando salía para su paseo diario por el Central Park llevaba un sombrero hongo, un traje tenuemente rayado de buen corte, guantes de cabritilla y estrechos zapatos de charol. Si brillaba el sol llevaba un bastón con empuñadura de plata. Si parecía que iba a llover, blandía un largo paraguas cerrado con empuñadura de plata.

Una vez le pregunté a Frenchie si el señor Burns era rico y famoso. Su respuesta me dejó desconcertado. Asintió y dijo, misteriosamente:

—Corte inglés.

Lo más asombroso acerca del señor Burns era, sin embargo, su elevación de sombrero. En la calle saludaba quitándose el sombrero ante todo el mundo. Incluso se lo quitaba para saludar a los niños. Yo solía apostarme en la esquina de la 93 con Lex, para aguardar a que el señor Burns emprendiera su paseo diario. Mientras se acercaba con su paso vivaz, camino del parque, siempre parecía no verme. Pero al pasar, se trasladaba sin falta el bastón o el paraguas de la mano derecha a la izquierda y se levantaba el sombrero.

Aquél era un momento fundamental y pleno en la vida de un lobo solitario y falto de amigos.

En mis ensoñaciones, sabía ya lo que sería encontrarse en la cúspide absoluta del éxito mundial. Yo bajaría por la Tercera Avenida con mi carruaje negro tirado por cuatro corceles negros, mordisqueando rojos y maduros melocotones del barril situado en el asiento de al lado. Al levantar mi sombrero hongo para saludar a la gente de la calle, a derecha e izquierda, les veía sonreír con gratitud, y podía oír al policía decir, mientras mantenía a raya a la multitud:

—¡Atrás, atrás! ¡Abran paso al señor Marx, famoso tenista y jardinero izquierdo y a su bastón con empuñadura de plata!

Si pasara ante un niño de cara pecosa y cabellera rebelde con anillos de crin en los dedos, le tiraría un melocotón y una pelota de tenis nueva. El chico diría:

—¡Dios le bendiga, señor! —y un grito se elevaría de la multitud, y el policía, sonriendo de oreja a oreja, me saludaría con la porra.

Saludé con el sombrero de nuevo, hacia el norte y hacia el sur, y ordené al cochero que iniciara el galope.

Por Navidad, los de las casas de piedra del otro lado de la calle resultaban todavía más remotos desde mi mundo de las casas de pisos.

Aparecían guirnaldas de acebo en las puertas y ventanas y por la noche se veían los árboles de navidad del interior, iluminados por cientos de velas.

La única cosa que yo recordaba que me había enseñado *miss* Flatto, en la E. P. 86, era la leyenda de Papá Noel. Me fascinaba, pero como era un joven escéptico, me decía a mí mismo que no debía ser más que un montón de necedades irlandesas. La única vez que alguien recibía regalos en nuestra familia era cuando el tío Al venía de visita o cuando Frenchie casualmente cobraba dos trajes de golpe.

Sin embargo, la noche del 24 de diciembre, un mes después de mi noveno cumpleaños, decidí darle a Papá Noel la oportunidad de hacer el bien. Colgué uno de mis calcetines en el patio de ventilación, sujeto debajo de la ventana. Yo me imaginaba que el cubo de ventilación era lo más parecido a una chimenea que teníamos en casa. Tal vez era incluso mejor. Había más sitio para que descendiera el gordo y jocundo sujeto.

El día de Navidad por la mañana, mi calcetín seguía vacío. No le dije nada a nadie. Estaba demasiado avergonzado de haberme portado como un niño pequeño.

Sin embargo, un año más tarde, cuando vi el acebo en las casas de piedra y las velas que iluminaban los árboles de Navidad, me tragué mi orgullo y volví a colgar el calcetín. Esta vez, para reforzar mi fe, le confesé a Chico esa noche lo que había hecho. Chico no se burló de mí, ni se sorprendió. Sabía todo sobre el tema de los calcetines de Navidad.

—Pero —me dijo—, tienes que calcular las probabilidades. Piensa cuántos cubos de ventilación hay en la Calle 93, sin contar los del resto de la ciudad. Papá Noel tiene que descender en cada uno de ellos en una sola noche. Luego piensa que ha de cuidarse de los irlandeses y los *bohunks*[9] y los italianos antes de llegar a los judíos. ¿Correcto? Así que, ¿qué probabilidades hay?

Chico estaba siendo sensato y convincente, como de costumbre. Con todo, era una cuestión de fe contra matemáticas. Una tercera llama de fe todavía ardía dentro de mí. Dejé el calcetín en el cubo de ventilación.

A la mañana siguiente, Chico me sorprendió. Llegó al calcetín antes que yo. Al encontrarlo vacío, se sintió decepcionado y furioso. Izó el calcetín y me lo lanzó.

—¿Cuándo vas a aprender? —me dijo—. ¿Cuándo vas a aprender que no se puede ir contra las probabilidades?

Entonces se puso todavía más furioso y me llamó algunas cosas poco fraternales. Se había levantado más temprano que nunca, y se acababa de acordar de que en los días festivos no abrían los billares hasta las doce.

Los únicos días de fiesta que compartíamos como familia eran las excursiones que hacíamos, una vez cada verano, a la playa. No podíamos permitimos ir hasta el océano, a Coney Island. Tomábamos el barco más barato en el muelle de la Calle 96, el que pedaleaba por la Puerta del Infierno hasta North Beach, en el Bronx.

En North Beach nos lo pasábamos en grande, tomando el sol y respirando el dulce aire de la libertad. En aquel sitio, ningún pariente gorrón o agente de la inmobiliaria o cliente descontento podía encontrarnos. Minnie contaba chistes y cantaba canciones con Groucho; Frenchie dormitaba sobre la arena, sonriendo hasta en el sueño, y Chico se alejaba en busca de aventuras. Se suponía que yo debía cuidar a Gummo y Zeppo, pero me escabullía a la primera oportunidad para ver si podía agenciarme una *Charlotte russé*[10] o un trozo de sandía de algún chiquillo más pequeño que yo.

Nuestro banquete de día de fiesta consistía en un montón de bocadillos de paté y queso con pan de centeno. El queso estaba verde y tan duro que para untarlo había que usar una rasqueta de pintor, pero era delicioso.

Alargábamos el día hasta el último minuto posible, y corríamos —con el resto de la muchedumbre— para pescar el último barco de vuelta a casa. Cuando la vieja bañera destartalada lograba entrar chapoteando en el East River, todos los pasajeros se encontraban asomados a la borda, inclinándose agotados hacia sus casas y el barco se ladeaba tanto que se podía sacar la mano para tocar la sucia espuma del río. Al atracar en el muelle, cuando por fin quedaba atado a los pilotes y lograba recuperar la horizontal, era como salvarse milagrosamente del naufragio.

El regreso a casa era siempre melancólico. Para la mayoría de los que nos encontrábamos a bordo, aquella excursión de un día representaba las únicas vacaciones que tendríamos en todo un año de duro trabajo y pobreza. El ciego que tocaba la concertina sabía que no quedaba ni un penique para

su taza de latón en toda la multitud, pero seguía tocando, y cantaba nostálgicas baladas italianas.

En el salón del barco había un piano, sujeto con tirantes de hierro al suelo. El teclado estaba cerrado con llave. El piano debía ser un residuo de los viejos tiempos en que el barco estaba lleno de pasajeros vestidos de franela y lino blanco y había una orquesta para bailar. Nadie tocó jamás el piano en nuestras excursiones, y ésa era para mí la parte triste del paseo.

Cada dos años gozábamos de un día de fiesta supremo, que no tenía nada de triste. No era un asunto familiar. Participaba todo el mundo. El niño más pobre de la ciudad tomaba parte al igual que el propio alcalde.

Era el Día de las Elecciones.

Meses antes, yo empezaba, como todos los demás niños, a reunir y almacenar combustible para la hoguera de las elecciones. Como había dejado la escuela, podía dedicar a la tarea muchas horas adicionales. Tenía un carro hecho en casa, una verdadera joya. La mayoría de los chicos engrasaban los ejes con sebo que pedían o sustraían de una carnicería, pero yo era más imaginativo. Yo sacaba auténtica grasa para los ejes de las ruedas de las carretas de cerveza y cubría el circuito comprendido entre la cervecería de Ehret, la de Ruppert y la de Ringling.

Acarreaba duelas, listones, tablas, tapas de cestos, viejas ruedas de carros, cualquier desecho que pudiese arder, y lo amontonaba todo en un rincón de nuestro sótano. Era la única tarea en la que el portero me echaba una mano. La hoguera del Día de las Elecciones era una tradición que nadie se atrevía a romper. Si uno era antihoguera uno era anti-Tammany y la vida podía volverse muy sombría sin la ayuda de la Organización. Peor aún, los polis se inventarían todo tipo de problemas para meterle a uno en ellos. Así que cuando se acercaba el Día de las Elecciones, no subían quejas por el montacargas acerca de los agujeros de nuestros cubos de basura.

La gran fiesta duraba treinta horas enteras. En la víspera de la elección, las fuerzas de Tammany marchaban arriba y abajo por las avenidas, a la luz de las antorchas, mientras sonaban los clarines y redoblaban los tambores.

Había cerveza gratis para los hombres, y petardos y yesca para los niños, y nadie dormía en toda la noche.

Cuando el Día propiamente dicho despuntaba, la ciudad entera suspendía todos los trabajos y se dedicaba a la vida social —se visitaba a sí misma, renovaba viejas relaciones, reavivaba antiguas discusiones— y votaba.

Hacia el mediodía, un cabriolé, cortesía de Tammany Hall, se detenía ante nuestra casa. Frenchie y el abuelo, vestidos con sus mejores galas (que sólo se ponían para asistir a las bodas, los *bar mitzvahs*[11] y los entierros), subían en él y se dirigían, al paso y con toda parsimonia, hasta el local donde estaban instaladas las urnas. Cuando el carruaje los traía de vuelta, permanecían en el cabriolé tanto como podían sin que el cochero llegara a enfadarse, saboreando hasta el último instante de su gloria mientras aspiraban sus puros gratuitos de Tammany.

Por fin, a regañadientes, descendían a la acera y Frenchie se permitía el magnánimo gesto de darle una propina al cochero. Los niños que miraban desde la calle y los vecinos que atisbaban desde las ventanas de los pisos altos quedaban adecuadamente impresionados.

Más o menos media hora más tarde, el cabriolé reaparecía, y Frenchie y el abuelo iban a votar de nuevo. Si el año era duro y un movimiento de Reforma amenazaba a la ciudad, los llevaban a votar por tercera vez.

Nadie parecía preocuparse por el hecho de que el abuelo no fuera en realidad ciudadano americano y no supiera leer ni escribir el inglés. Sabía en qué lugar de la papeleta tenía que poner su «X». Eso era lo importante. Además, el primo del yerno del abuelo era Sam Marx, un Pez Gordo de la Organización. El primo Sam tenía mucho que decir sobre el nombre que aparecía bajo la estrella negra de la papeleta. Y era él quien se encargaba de que enviaran el carruaje al 179 a la hora de la votación. Hombre de principios como era el abuelo, no terna más remedio que devolver la cortesía votando.

Entonces venía la Noche. Las calles se vaciaban de caballos, calesas y carros pequeños. Se detenía todo el tráfico que atravesaba la ciudad. A las siete empezaban a sonar los petardos para advertir que las mesas se habían cerrado. Toda una generación de chiquillos bajaba de los pisos aullando y

gritando, atropellándose para ir a encender sus hogueras. A las siete y cuarto, el East Side estaba en llamas.

Cuando nuestra hoguera de la Calle 93 parecía decaer, tirábamos una nueva carga de madera que sacábamos de otro sótano, y las llamas se elevaban de nuevo. Cuando mi montón ardía sobre las brasas, corría escaleras arriba para verlo desde la ventana del salón con el abuelo.

Era hermoso. Las llamas parecían saltar hasta el tejado del edificio. Con el reflejo, el muro de piedra arenisca del otro lado de la calle relucía como una muralla roja. El cielo se convertía en un inmenso telón escarlata. Y, desde todos los puntos de la ciudad, podíamos oír las campanadas de los carros de bomberos. Nuestra hoguera nunca se salió de madre el Día de las Elecciones, pero muchas otras sí.

Al abuelo le gustaba aquel espectáculo tanto como a mí, y le halagaba que yo abandonara a los demás chicos para subir a compartirlo con él. Acercaba su silla a la ventana y encendía la colilla de su puro, obsequio de Tammany.

—¡Ah, tenemos suerte de estar en América! —decía en alemán, aspirando profundamente el humo del puro que le daban por votar ilegalmente y levantando la cabeza para mirar las llamas que subían al cielo —. Sí, ésta es una verdadera democracia.

Yo no tenía la menor idea de sobre qué estaba hablando el abuelo, pero él era un hombre de mucha fe y cualquier cosa que dijera tenía que ser verdad.

Un bello día de primavera se produjo una revolución en nuestras vidas. Los Marx compraron un piano.

Yo saltaba de alegría cuando lo izaron por los aires hasta nuestro piso. No era más que un vapuleado piano vertical de segunda mano, pero para mí era el símbolo reluciente de todos los placeres de la buena vida, los placeres prohibidos del mundo exterior.

Muy pronto descubrí que nuestro piano no estaba destinado al placer. Minnie lo había comprado (cinco dólares de entrada y un dólar por semana) estrictamente para trabajar. Formaba parte de su Plan Maestro. El tío Al

estaba camino de la cúspide en el vodevil, y había llegado el momento para Minnie de dedicarse a su propia carne y sangre e iniciarnos en el sendero del éxito. Chico, que era el mayor, tenía que ser el primero.

Chico aprendería a tocar el piano. Luego, no sólo actuaría individualmente, sino que acompañaría a Groucho, que estaba convirtiéndose en un niño soprano bastante bueno. A continuación, los dos sobrinos seguirían a su famoso tío por la escalera de la gloria, bing bum bang.

En cuanto a mí, me temo que sólo entré a última hora en el Plan Maestro. No hace falta decir que yo era el único miembro falto de talento en la familia. Pero, para no ser un desastre total, tomaría lecciones de música de segunda mano. Chico debía pasarme todo lo que aprendiese de la maestra de piano.

La maestra era una robusta dama vienesa con bigotes. Ella y Chico se aborrecían, y Chico odiaba la música, pero cumplía con su deber. Nunca perdía una lección y practicaba todos los días, aunque el piano robaba ocho horas por semana al billar y al pinacle. Sin embargo, no se tomaba el tiempo adicional de pasarme sus lecciones a mí, como Minnie había planeado. Nunca me dejaban entrar en el salón cuando la maestra estaba allí, porque mi presencia habría aumentado la tarifa semanal de veinticinco a cincuenta centavos. De modo que lo que aprendí de piano, lo aprendí solo.

Como me di cuenta más tarde, había sido mejor así, porque la maestra de Chico tenía ciertas limitaciones. Sólo podía enseñar la mano derecha. Cuando tocaba, fingía los movimientos de la izquierda. Al principio, Chico preguntaba constantemente qué tenía que hacer con su mano izquierda, y la maestra le contestaba tajantemente:

—No te preocupes. Ésta es la mano en la que está la música —y subrayaba esta declaración con un fuerte golpe de su regla en los nudillos de la diestra del discípulo.

Así, Chico Marx se convirtió, a los trece años, en el mejor pianista de una sola mano de la ciudad de Nueva York. Bueno, el mejor pianista de una sola mano al este de la avenida Lexington y al norte de la Calle 59.

Totalmente autodidacta, yo estaba todavía en el estadio de un solo dedo. Pero trabajaba en el teclado como un desesperado, y seguramente volvía

locos a Frenchie y al abuelo. Luego llegó el día en que toqué el coro de «Waltz me around again, Willie». (Bailemos el vals de nuevo, Willie), versión para un solo dedo, todo seguido y sin un solo error. Aquélla fue la primera hazaña de mi vida de la que me sentí verdaderamente orgulloso. Ebrio de triunfo, dupliqué mi repertorio y logré picotear «Love me and the world is mine». (Ámame y el mundo es mío).

Mi carrera había empezado. En cuanto consiguiera utilizar ambas manos en ambas canciones, iba a solicitar el empleo de pianista en el barco de excursiones a North Beach. Pero, como se vería más tarde, el siguiente paso de mi carrera había de ser algo completamente distinto.

A la deriva por las calles, con la cabeza llena de hermosa música de piano para un solo dedo, me pescaron donde nunca me habría dejado pescar de haber estado en mis cabales.

Junto a la escalera que bajaba al sótano de la pastelería Goodkind, en la Tercera Avenida, había un montón de leña que el panadero vendía, a tres trozos por cinco centavos. Lina tarde, me encontraba de pie frente a la pastelería como un idiota relleno, y una pandilla irlandesa de la Calle 96 dio la vuelta a la esquina y me atrapó.

Los irlandeses dijeron:

—¡Eh, *sheenie*![12] ¡Mira detrás de ti!

Me volví, sin pensar, y me incrustaron de un empujón en el montón de leña. Con una avalancha de madera, rodé hasta el sótano de la pastelería, donde estaban los hornos.

El señor Goodkind explotó en medio de la escena, entre una nube de harina y furia, y me arrancó del montón de leña. Dijo que era un milagro que el local no hubiese sufrido daños. Me preguntó si tenía un empleo. Le dije que no. Me dijo que estaba mintiendo. Sí que tenía un empleo. Trabajaba para él. Era el nuevo Apilador de Madera y Clasificador de Tartas de la Pastelería Goodkind.

Cuando acabé de amontonar de nuevo la leña, me instruyeron en las obligaciones de un Clasificador de Tartas. Sacaban las tartas recién

horneadas del horno y las ponían sobre una larga mesa, por docenas. En la corteza estaba inscrito el sabor de cada tarta:

«M» de Manzana, «A» de Albaricoque, «C» de Cereza, etcétera. Yo debía clasificar las tartas según su sabor y ordenarlas en las estanterías de arriba.

Me puse diligentemente a trabajar, y desde luego era un trabajo calen, y fragante. Tener un empleo no era tan malo después de todo. ¡Por hacer esto me pagaban!

Mi paga, al final de una jornada de trabajo de nueve horas, fue de un *cruller*[13].

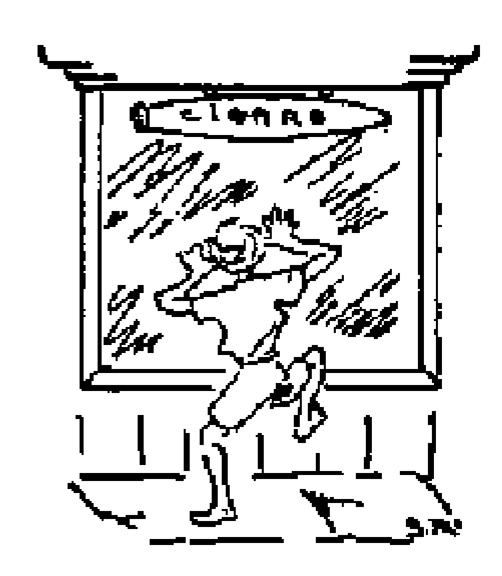
Le dije al señor Goodkind que dejaba el empleo. Tenía que conseguir un trabajo mejor pagado que la clasificación de tartas. Me preguntó si tenía una carretilla. Le dije que sí, una carretilla con los ejes engrasados con auténtica grasa para ejes.

—Muy bien, jovencito —me dijo—. Puedo conseguirte un empleo mejor. Mi amigo el señor Geiger necesita un chico de reparto para los fines de semana.

El sábado por la mañana me presenté con mi carretilla en la tienda de Lácteos & Frutos Secos del señor Geiger. Me contrataron al instante. Mi horario comprendía todo el sábado y los domingos hasta el mediodía. Mi paga consistía en una ciruela pasa por hora, que era todo un incremento en comparación con un *cruller* por día.

Así pues, a los once años ingresé en el ramo del reparto de huevos, tras dejar la profesión de clasificador de tartas. Mi educación elemental había terminado. Era un trabajador.

IV
ENTRA EN ESCENA UN PERSONAJE



El hombre que por primera vez me inspiró la idea de convertirme en actor fue un tipo llamado Gookie. Gookie no tenía nada que ver con el teatro. Liaba puros en el escaparate de una tienda de puros de Lexington Avenue.

Era la tienda en cuyo cuarto trasero se celebraban partidas de cartas y se hacían apuestas para las carreras, lo más parecido a un club social que teníamos en nuestro barrio. Era el hogar de Frenchie fuera del hogar y, junto con el salón de billar, también el de Chico. Dado que las apuestas nunca constituyeron para mí el tipo de obsesión que eran para Chico, no pasé

mucho tiempo en la trastienda. Donde yo me divertía más era en la calle, frente a la tienda.

Gookie trabajaba en una mesa baja, mirando a la Avenida a través del aparador. Era un hombrecillo apelmazado, con la piel como la de las hojas que usaba para liar puros, como si se hubiera vuelto de ese color debido a la sobreexposición al tabaco. Siempre llevaba una camisa rayada sucia y sin cuello, con puños de cuero y bandas elásticas. Lo mismo cuando estaba sentado a la mesa frente al escaparate que cuando hacía recados para los jugadores de cartas, Gookie siempre estaba gruñendo y refunfuñando para su coleto. Nunca sonreía.

Gookie tenía un aspecto ya bastante divertido cuando no estaba trabajando, pero cuando alcanzaba su máxima velocidad liando puros era un espectáculo digno de ver. Era maravillosa la rapidez con que se movían sus dedos regordetes. Cuando arrancaba, se perdía completamente en su trabajo, tan absorto que no tenía idea de la cara tan cómica que ponía. Su lengua sobresalía en forma de rollo, se le inflaban las mejillas y se le saltaban y entrecruzaban los ojos.

Yo me quedaba de pie delante de él y trataba de imitar la cara de Gookie durante quince o veinte minutos seguidos, utilizando el cristal del escaparate como espejo. Él estaba demasiado hipnotizado por su propio trabajo para advertir mi presencia. Por fin un día decidí que ya lo tenía perfeccionado: lengua, mejillas, ojos y todo.

Di unos golpecitos en la ventana. Cuando alzó los ojos grité:

—¡Gookie, Gookie! —e imité su mueca.

Debió ser una imitación bastante buena, porque se enfadó como el demonio y empezó a agitar el puño y a lanzarme maldiciones. Volví a dirigirle su mueca. Me puse los pulgares en las orejas y agité los dedos; eso lo enfureció de verdad. Gookie salió de la tienda hecho un basilisco y me persiguió por la Avenida. No era difícil correr más que aquel hombrecillo gordinflón. Pero lo suyo tenía mérito: nunca desistió en tratar de pescarme cuando me ponía a imitarle a través del cristal.

Se convirtió en una función diaria. A veces, el tipo que atendía el mostrador de la tienda avisaba a los jugadores de cartas que yo estaba otra vez dándole el espectáculo a Gookie en el frente. Cuando ellos

contemplaban mi actuación desde la puerta de la trastienda y Gookie les oía reírse, se encolerizaba todavía más.

Por primera vez, a los doce años, me gané una reputación. Hasta Chico empezó a respetarme. Chico presumía de mí siempre que aparecía alguien nuevo en los billares. Le comunicaba al recién llegado:

—Dale la mano a mi hermano. Es el chico más listo del vecindario.

Cuando el tipo alargaba la mano yo le lanzaba un Gookie, y todo el billar estallaba en carcajadas.

Yo no lo sabía, pero me estaba con virtiendo en un actor. Estaba naciendo un personaje frente al escaparate de la tienda de puros, el personaje que, con el tiempo, me llevaría muy lejos de las calles del East Side.

Durante muchos años, en todos los papeles cómicos o películas en que he trabajado, siempre he «lanzado un Gookie» por lo menos una vez. No siempre era premeditado, especialmente en nuestros primeros tiempos en el vodevil. Si sentíamos que el público se nos escapaba, que se revolvían en el asiento o arrastraban los pies en medio de nuestros chistes, Groucho o Chico susurraban, presas del pánico:

—¡SSSSSsssssssss! ¡Lánzame un Gookie!

El hecho de que pocas veces dejara de lograr una carcajada es todo un tributo al poseedor original de aquella cara.

El pequeño liador de puros era posiblemente el actor que mejor me ha dado la réplica en mi vida. Ciertamente, era el que me la daba con más seriedad. Si Gookie se hubiera venido abajo o hubiera sonreído sólo una vez, mi primer número cómico habría sido un fracaso y el resto de mi vida probablemente no habría dado material para escribir ningún libro.

Burlarme de Gookie era uno de los pocos placeres gratuitos que me quedaban. Con la edad, iba adquiriendo hábitos más caros.

Pasaba más tiempo en los billares, y el precio del billar había subido de un centavo por partida a cinco por dos. Eso era mucho dinero. Una tarde de billar costaba más de lo que generalmente lograba llevarme a casa después

de todo un día de agenciar, hacer recados y empeñar cualquier mercancía suelta que encontraba por ahí.

Pero lo que resultaba realmente caro era una Cena Especial en la Casa de Ostras de Fieste. Cenar en el Fieste era el lujo supremo de mi juventud. No es que allí la comida estuviera mucho mejor cocinada que la que había en casa… cuando la había. Ningún cocinero comercial normal podía competir con Frenchie. Pero la Especial de Fieste incluía cosas que Frenchie apenas habría soñado en poner en nuestra mesa: ostras de Greenpoint y almejas redondas en su concha, cangrejo a la diabla, eperlanos a la parrilla, patatas y cebollas fritas, un jugoso filete, bollos rehogados en mantequilla, tarta de manzana con un poco de queso fuerte y un café aromático con crema espesa y dulce.

Como decía, una comida así costaba realmente mucho dinero. Costaba veinticinco centavos.

Pronto aprendí cuál era la mayor dificultad para ahorrar dinero. No era la tentación, ni la falta de voluntad. Era Chico Marx. Chico podía oler el dinero. De nada servía guardar mis ahorros en casa, en cualquier lugar del piso. Chico siempre los encontraba, tarde o temprano.

Una vez pensé que había logrado despistarle. Vendí toda una carretilla de chatarra en el West Side, cosas que había seleccionado de un camión de mudanzas parado frente a una casa, en la Calle 90. El chatarrero me dio diez centavos en efectivo, que era lo máximo que había ganado nunca con un solo viaje.

Juré que esos diez centavos no irían a parar al bolsillo de Chico. Por una vez estaba seguro de que no sucedería, porque finalmente había encontrado el escondite perfecto. En nuestra habitación, el papel de la pared terna un pequeño desgarrón cerca del techo. Antes de que Chico volviese a casa esa noche, me subí en el tocador y metí mis diez centavos junto a la pared, bajo el papel desgarrado. Era un trabajo fino. Me fui a la cama con una gran sensación de seguridad.

A la mañana siguiente, cuando me levanté, el desgarrón del papel había aumentado de tamaño. Mis diez centavos habían desaparecido y también Chico. Era la única persona que yo conocía que podía oler el dinero a través

del papel de las paredes. Tal vez no tuviese oído para la música, pero tenía una magnífica nariz para las divisas.

Así aprendí que la única manera de proteger mi dinero era gastarlo tan pronto como lo ganaba. Y también aprendí a gastarlo en algo que pudiera comerme o usar totalmente, como una cena en el Fieste o una partida de billar. Mis posesiones no estaban más a salvo de las garras de Chico que mi dinero. Chico era un devoto seguidor de la máxima «Parte y comparte por igual».

La forma en que compartía mis pertenencias consistía en empeñarlas tan pronto como les ponía las manos encima, y luego darme la papeleta de empeño, que correspondía a mi parte.

Yo estaba creciendo. No me estaba haciendo mucho más alto, pero era mucho más caradura y sabio. Gané mi primera pelea. Le di una paliza a un niño de la casa vecina, el hijo de un detective, que era dos años mayor y quince libras más pesado que yo.

El más sorprendido fue él… aparte de mí. Nunca había tenido fama de matón. Era más conocido por mi habilidad para escabullirme y correr. Pero ahora sabía pelear.

También había progresado mucho en el mundo laboral. Desde el día en que caí en la emboscada del montón de leña de la pastelería y me ficharon en mi primer empleo, me habían contratado y despedido a una media de una vez por mes. Si un empleo no ofrecía posibilidades de diversión, soborno o pequeños hurtos, yo no tenía aptitudes para tomármelo muy en serio. Como una vez que me pasé toda la tarde entregando un pedido de un carnicero. Me aburría entregar pedidos de carne, así que tomé un atajo, con parada en los billares, el escaparate de Gookie, el portal de mi casa —donde fijé mi insuperable autorrécord de 341 botes de pelota de tenis— y, finalmente, de vuelta a la tienda, donde me despidieron.

Vender periódicos no era trabajo para mí. No había ganancias colaterales. Lustrar zapatos era una tarea ingrata. Vender chatarra estaba bien, pero vivías siempre bajo la amenaza de un ataque de las pandillas enemigas.

Si las cosas se volvían realmente desesperadas, podía empeñar unas viejas tijeras de sastre de Frenchie, recurso favorito de Chico. Mientras le

devolviese la papeleta de empeño, Frenchie no parecía preocuparse, y nunca me pedía los cincuenta centavos que me había dado el prestamista. Lo peor que podía pasarme era que Frenchie me agitase un poco su cepillo bajo la barbilla.

Nunca fui tan descarado como Chico agenciándome cosas de mi propia familia. Me sentía culpable, así que cuando Frenchie hacía las maletas para marcharse en un viaje de ventas, yo me presentaba voluntario como su asistente. Le ayudaba a llevar los paquetes de *lappas* y cuando Frenchie soltaba su pregón yo sostenía las piezas una por una, para que la gente las viera. Eso requería cierta habilidad, ya que tenía que sostener las telas de manera que el cliente no viese los agujeros y desgarrones. Supongo que la designación oficial de mi cargo sería Exhibidor de Lappas y Ocultador de Taras.

A veces, cuando las cosas se ponían sombrías y la familia se hallaba en bancarrota, yo hacía de asistente del abuelo. Debido a que la barrera del idioma era demasiado alta para él, el abuelo nunca trabajó en América como ventrílocuo o mago. Por alguna razón que desconozco, se dedicaba a reparar paraguas, de puerta en puerta, cuando necesitábamos dinero urgente.

En sus rondas, el abuelo llevaba siempre un estuche de herramientas y una lata colgada de un alambre. En la lata ponía brasas de carbón. Para que el carbón se calentara lo bastante como para soldar el hierro, había que avivar las ascuas dándole vueltas y vueltas a la lata. Mi cargo especial con el abuelo era el de Removedor de la Lata.

El negocio del abuelo como paragüero se hundió pocos años más tarde. La gente se dio cuenta de que podía comprar un paraguas nuevo por el precio que él cobraba por reparar el viejo. Yo lo sentí mucho. Darle vueltas a la lata era un trabajo en el que habría podido seguir permanentemente. Era divertido.

El empleo más corto que tuve jamás duró diez minutos. Me presenté como asistente de una señora italiana que tenía una charcutería cerca de la Calle 96, y me contrató en cuanto entré por la puerta. Luego me miró de arriba abajo, con sus grandes ojos fijos, y me pidió que la siguiera al almacén, que estaba en el sótano. Cuando me tuvo abajo, empezó a temblar

y a respirar fuerte y a hacer extraños ruiditos sibilantes. Temí que le diera un ataque al corazón.

La señora tenía en mente otro tipo de ataque. Me pidió que me diera prisa y me quitara la ropa. Empecé a desabrocharme la camisa, pensando que tal vez me iba a dar un uniforme. Pero ella no podía esperar. Me cogió la mano y la apretó contra sí, por todo el cuerpo y luego debajo del vestido. No podía soltarme. Nunca en mi vida he pasado tanto miedo.

Gracias a Dios, el timbre de la puerta de arriba sonó antes de que la enloquecida dama pudiera llegar más lejos. Me soltó la mano y volvió a la tienda. Yo sentía que mi mano había quedado contaminada. Estaba sucia, repugnante. Tenía que lavármela inmediatamente. La única instalación sanitaria de la tienda era un gran barril abierto de pepinillos en vinagre. Así que me lavé la mano en el vinagre y corrí escaleras arriba y nunca más me acerqué a aquel local.

Mi educación sexual fue directa, sin rodeos de ninguna especie y vividamente ilustrada. Aprendí mucho más sobre el tema y sus ramificaciones que la mayoría de los chicos de doce años. Pero el método tenía sus desventajas. Durante años no pude comer pepinillos.

A los trece años alcancé la edad viril de acuerdo con la fe judaica. Fui *bar mitzvah*. admitido como miembro adulto de la sinagoga. Esto no significaba, sin embargo, que tuviese que empezar a ir a la *shul*[14] todos los sábados. Celebrábamos los rituales por deferencia hacia el abuelo, a quien le habría dolido mucho que sus nietos no mostraran ese mínimo de respeto por su fe tradicional. Era lo menos que podíamos hacer.

Para la ocasión, Frenchie me hizo unos pantalones de sarga negra hasta las rodillas (elaborado con *lappas* invendidas) y me compró un bombín. Después de la ceremonia, me hicieron una recepción en el 179, con todo un despliegue de dulces, pasteles y vino. Esto, naturalmente, atrajo a los parientes y aquello se convirtió en toda una fiesta. Recibí cuatro regalos. El tío Al me dio un par de guantes. La tía Hannah, un par de guantes. La prima Sara, un par de guantes. (En mi fotografía de *bar mitzvah* llevo dos pares,

uno sobre el otro, y tengo el tercero en una mano). Minnie, Dios la bendiga, me regaló un auténtico reloj Ingersoll de un dólar.

Ocurrió lo inevitable. Tres días después de mi *bar mitzvah* mi reloj nuevo había desaparecido.

Se me llevaban los demonios. Un regalo no es lo mismo que algo que uno se ha agenciado. Seguí el rastro de Chico hasta una partida de dados y le pregunté dónde estaba. Me tendió la papeleta de empeño. Le di la papeleta a Minnie y ella recuperó el reloj para mí. Luego se me ocurrió una idea brillante. Le iba a dar una lección a Chico. Iba a hacer que mi reloj estuviera completamente a prueba de Chico, para que no pudiera de ninguna manera empeñarlo de nuevo. Le quité las manecillas.

Ahora el reloj era mío para siempre. Le daba cuerda fielmente todas las mañanas y lo llevaba conmigo a todas partes. Cuando quería saber qué hora era miraba el reloj de la Fábrica de Cerveza Ehret y me llevaba el mío a la oreja. Funcionaba de maravilla, y su tic-tac era un recordatorio constante de que, por una vez, le había ganado la mano a Chico.

Convertido en pianista (con un repertorio de dos piezas para un solo dedo) y actor (con un repertorio de una mueca cómica), empecé a prestar más atención al mundo del espectáculo.

Sam Muller, el sastre con el que se casó la prima Polly, tenía un taller en la Avenida Lexington, no muy lejos de la tienda de puros de Gookie. Durante un tiempo, Sam se encargó de hacer las libreas de los cocheros del señor Ehret, y solía exhibir uniformes de muestra en el escaparate. La tienda de Sam llegó a convertirse en todo un espectáculo, con los dos maniquís vestidos de azul y oro.

El Star, un teatro de melodramas de la Calle 102, le daba a Sam Muller dos entradas gratis a la semana por usar su colorida vitrina para colgar sus carteles. Cuando Sam no podía usar sus entradas nos las daba a Groucho y a mí. Vi las primeras obras de teatro de mi vida, y me encantaron.

Groucho, elegido por Minnie para seguir los pasos del tío Al, ya le había visto en escena y se sabía sus números y sus canciones de memoria. Yo decidí aceptar a Groucho como socio (como en otra época Chico me había

aceptado a mí, en la empresa de los relojes de cuco) cuando descubrí que algunas tiendas del vecindario estaban pagando un penique por gato. No recuerdo por qué lo hacían. Debía haber una plaga de ratones o escasez de gatos, o ambas cosas, ese año.

Así me convertí en empresario. Groucho y yo estrenamos una obra en nuestro sótano. Hacíamos el popular *sketch* del tío Al, «Quo Vadis patas arriba». Precio de admisión: un gato.

Fue mi primera actuación pública. Según recuerdo, ingresamos siete gatos en taquilla pero obtuvimos unas ganancias netas de sólo cuatro centavos. Tres gatos se escaparon. Bueno, así es el negocio del espectáculo.

Un lugar interesantísimo de la Tercera Avenida era el Viejo Lar y Jardín de la Cerveza. Detrás del bar había un auténtico jardín con un escenario al aire libre, donde ponían continuamente espectáculos durante el verano, con ilusionistas, grupos cómicos, músicos humoristas, cantantes tiroleses y bandas alemanas.

Y o solía colarme por la valla trasera para ver el *show* del Viejo Lar. A veces, cuando me pescaban, me echaban. Otras veces, me ponían a trabajar, cambiando los carteles del caballete en que se anunciaban los números del programa. No me pagaban por ello, pero podía ver el programa tres veces, de principio a fin. Mi número favorito en el Viejo Lar era el de las Hermanas Watson, que representaban un combate de boxeo cómico.

En aquellos tiempos, el boxeo no era un deporte como el béisbol. Era un espectáculo. Un combate por el título de los pesos completos era para mí el mayor espectáculo del año, mayor que el desfile de San Patricio, la fogata de las elecciones y las Hermanas Watson juntos. Y eso a pesar de que no había visto nunca un combate de boxeo.

Mi ídolo supremo era James J. Jeffries. La tarde en que venció a Jack Munroe, en San Francisco, permanecí en la acera con otros cuarenta chicos, frente a un bar de la Calle 90 esquina con la Tercera Avenida. Había un teletipo en el bar. El encargado hacía la crónica de la pelea golpe por golpe, según iba saliendo del teletipo, y algún cliente amable se ocupaba de repetir las noticias vitales a los chicos que estábamos fuera, en la calle.

Cuando Jeffries noqueó a Munroe en el segundo *round*, se elevó una sonora aclamación en el bar, y los cuarenta chicos nos pusimos en pie de

golpe y empezamos a bailar por la acera y a boxear unos con otros con fieros golpes dignos de un gimnasio. Volví a casa con un ojo a la funerala. No habría estado más contento ni más orgulloso si hubiera vuelto con la cinta de campeón.

Algo de lo que me dijeron en mi *bar mitzvah* sobre las Responsabilidades de la Edad Viril debió calarme hondo, porque a los trece años obtuve mi primer empleo serio, con salario y horario fijos y todo. Indirectamente, estaba relacionado con el mundo del espectáculo: hacía de botones del hotel Seville, en la Calle 28 Este. El Seville era entonces un hotel teatral de lujo.

Y o cubría tumos alternos de seis y doce horas, con doce horas libres entre uno y otro. Me pagaban doce dólares al mes, más dos comidas gratuitas durante el tumo de doce horas, y ganaba cincuenta centavos más a la semana por sacar a pasear al perro de Cissie Loftus. Cissie Loftus era una famosa estrella inglesa de *music-hall* y vodevil. No sólo eso, sino que era —pensaba yo— casi tan hermosa como mi madre Minnie.

No puedo recordar por qué me despidieron del Seville, pero por supuesto me despidieron. Mi siguiente empleo consistía en levantar bolos en la bolera del YMHA —Asociación de Jóvenes Hebreos— en la Calle 92 esquina Lexington. Mi salario no era ni la mitad de lo que ganaba como botones, pero el horario era mejor y todavía ganaba suficiente pasta como para cumplir con la misión que tenía en la vida por entonces. Esa misión consistía en convertirme en un Personaje del Barrio.

Dado que había fracasado considerablemente como estudiante, como pugilista, músico y tahúr, decidí seguir la senda de mi éxito con Gookie y dedicarme a producir risas. Así pues, me convertí en un Personaje.

El atuendo que lucía ahora por las calles del East Side constaba de un par de zapatos puntiagudos, pantalones largos que se estrechaban en los tobillos, un jersey rojo de cuello de cisne, un bombín y un orzuelo en el ojo derecho. Otros adolescentes estallaban por todos lados en espinillas y forúnculos, pero yo no. Yo estallaba por un solo sitio: el párpado inferior de

mi ojo derecho. No podía ocultarlo, así que acepté el orzuelo como parte del número.

En mi nuevo papel, empecé a rondar a los chicos mayores, hombres de diecisiete y dieciocho años. Hablaban principalmente sobre sexo. Específicamente, hablaban de sus hazañas de la semana, ejecutadas cada sábado en un local de Chinatown llamado la Posada Amistosa. Para mí estaba claro que tenía que bajar hasta la Posada Amistosa y «hacerlo». De otro modo, perdería toda posibilidad de lograr una posición en el sofisticado grupo que frecuentaba.

Además, también había ciertos impulsos masculinos que se agitaban en mí y exigían ser saciados. Y sólo costaba cincuenta centavos.

Así que allá me fui, una tarde de sábado, muy peripuesto con mis zapatos puntiagudos, mis pantalones ceñidos, mi jersey de cuello de cisne, mi sombrero y mi orzuelo. Tomé el tren elevado hasta Chatham Square y troté hasta la esquina de Mott y Hester.

La primera planta de la Posada Amistosa era un bar común y corriente. Las chicas trabajaban arriba. El negocio iba viento en popa aquel sábado particular y la cola de clientes para el piso de arriba atravesaba el bar, salía por las puertas batientes y llegaba hasta la mitad de la manzana por la calle Hester. Me puse al final de la cola. Era, muy claramente, el animal macho más pequeño y más joven de todo el panorama. Delante de mí había un polaco grandote de unos siete pies de alto y cuatro pies de ancho a la altura de los hombros. Yo sudaba a chorros tratando de parecer más alto. Sudaba tanto que apenas conseguía evitar que el medio dólar se me escapara del puño.

La cola avanzaba constantemente, y no demasiado despacio. Cada paso hacia adelante significaba que alguien había recibido el valor de su dinero en el piso de arriba y había salido de la Posada Amistosa por la puerta trasera.

Cuando por fin me tocó pasar al interior del bar y la luz me iluminó, un chulo recorrió la cola midiendo a los clientes con la mirada. Me vio y dijo:

—¡Lárgate de aquí, pequeñajo! ¿Quieres traerle mala fama a este lugar?

Salí huyendo del bar… Y volví a ponerme al final de la cola. Ya había invertido cinco centavos en efectivo en el viaje del tren. No iba a desistir.

Cuando volví a entrar en el bar, el chulo me descubrió y me echó fuera de nuevo. Volví a ponerme al final de la cola. La tercera vez, se dio por vencido, encogió los hombros y dijo, qué diablos, vete arriba si tienes que hacerlo. Yo pensé que sí, tenía que hacerlo.

Así fui avanzando en la cola, paso a paso, a través del bar y por las escaleras traseras. En lo alto de la escalera, una mujer gorda que fumaba un cigarrillo me dio una toalla, tomó mis cincuenta centavos y me dijo que entrara en la habitación número dos.

El umbral de la habitación número dos fue lo más cerca que llegué jamás de la tierra prometida. Dentro, una mujer desnuda yacía sobre una cama de hierro, con las rodillas levantadas y las piernas abiertas. Nunca le vi la cara. Dijo:

—¿El siguiente? ¡Venga, por amor de Dios!

Sólo le eché una mirada; dejé caer la toalla, corrí escaleras abajo y salí disparado por la puerta trasera del bar.

Dos de mis amigos, que ya habían hecho el viaje a la Posada Amistosa ese día, me esperaban en nuestro barrio. Estaba claro que me consideraban con un nuevo respeto.

—No está mal, ¿eh? —dijo uno de ellos.

Me bajé el sombrero sobre los ojos.

—No señooor —dije—. No está mal en absoluto… por cincuenta centavos.

Me alejé rápidamente, para que no descubrieran que todavía estaba temblando de horror.

Mis impulsos masculinos podían seguir reclamando satisfacción durante mucho tiempo antes de arrastrarme de nuevo a la tentación.

Groucho consiguió un empleo para después de la escuela y los fines de semana como recadero de la Compañía de Pelucas Hepner, en el distrito teatral. El trabajo de Groucho con las pelucas fue lo que me llevó a mi primera actuación memorable, una puesta en escena de la que aún estoy orgulloso.

Un día, Groucho trajo a casa una gran caja de Hepner, que tenía que entregar al día siguiente por la mañana. No pudimos resistir la tentación de abrirla. Dentro había una docena de pelucas de mujer, de todos los tonos de rubio, pelirrojo y castaño. Luego, por supuesto, no pudimos resistir la tentación de probárnoslas ante el espejo. Posamos y gesticulamos y reímos y pensamos que éramos un par de cómicos geniales.

Groucho dijo que era fácil para mí encamar a una señora porque ya tenía la voz de mujer, lo cual era cierto. Mi voz se negaba a cambiar. Esto me dio una idea.

—Préstame una peluca —le dije—. Me voy a divertir un poco con los Baltzer.

Los Baltzer eran los más chiflados de nuestros inemparentados Parientes. El viejo Baltzer, muy amigo del tío Al, era un fanático del pinacle, lo cual era normal. También era fanático de la higiene, lo cual no lo era. Tenía tal fobia a los gérmenes que sólo usaba el último trozo del rollo de papel higiénico.

Los Baltzer tenían dos hijas solteras. La hermana Emmy se había resignado a ser una solterona. Solía cortejarse a sí misma sentada en una mecedora, meciéndose y hablándose a sí misma mientras comía plátanos. La hermana Rosie era una dama de mejor ver, pero tampoco se casó nunca. Tenía «ideas avanzadas». Insistía en «probar al hombre» antes de consentir en comprometerse, pero ninguno de los que probó pidió su consentimiento jamás.

Mamá Baltzer era una mujer caprichosa que creía su deber proteger a sus «niñitas» de los peligros del mundo exterior, y ni Emmy ni Rosie —que debían andar por los treinta y tantos en aquella época— podían salir de casa sin su permiso.

Afortunadamente, Minnie no estaba en casa aquella noche, lo que me daba libre acceso a su guardarropa y sus cosméticos. Elegí una hermosa peluca rubia de la provisión de Groucho. El pelo estaba rizado en bucles en la frente y me caía hasta los hombros por detrás. Groucho me ayudó con los polvos y el colorete, me acolchó en los sitios adecuados, me introdujo en un vestido y me abotonó un par de botines de Minnie.

Luego, me siguió hasta la casa de los Baltzer, lo bastante lejos de mí para no delatarme, pero lo bastante cerca para ayudarme si surgían dificultades. En cuanto entré en el tranvía empezó la diversión. Cuando me levanté la falda para sacar el dinero para el billete (Minnie siempre llevaba el cambio en una bolsita sujeta a sus enaguas) el conductor me guiñó el ojo. Yo le devolví el guiño. Vi que le decía algo al guardafrenos al otro extremo del tranvía. Ambos me miraron y me guiñaron el ojo. Cuando avancé hacia allá para descender, el guardafrenos se me acercó furtivamente y sin mirarme me recorrió la espalda con ambas manos. Me aparté. Él me siguió y me palpó de nuevo.

Cuando el tranvía se detuvo, me dijo:

—¿Qué te parece, nena?

Yo agité los párpados y fruncí los labios; a continuación le tiré un Gookie y salté de la plataforma. Nunca en mi vida he visto una cara tan asombrada. Ahora yo tenía completa confianza en mi caracterización.

En el salón de los Baltzer se estaba desarrollando una partida de cartas cuando yo entré sin llamar. El viejo Baltzer jugaba con su padre, el abuelo Baltzer, el tío Al y un amigo del tío Al que había venido de Chicago. La hermana Emmy observaba el juego desde su mecedora.

Di un par de vueltas sicalípticas y dije que alguien me había dicho que allí había unos señores con ganas de divertirse un poco. El señor Baltzer, el tío Al y su amigo no sabían qué decir, pero el abuelo lo supo enseguida. Alargó la mano, me pellizcó la rodilla y me dijo que me sentara en su regazo.

La hermana Emmy, helada de horror, empezó a retirarse.

—Perdonad, perdonad, perdonad —dijo con voz desvaída y temblorosa —. Tengo que acercarme al fuego.

No había ningún fuego. Se aproximó a la puerta y escapó por ella para advertir a Mamá y a Rosie.

Oí las voces de las mujeres en la habitación contigua, chillando como tres gaviotas que luchan por un pez muerto. Yo me pavoneaba por la habitación, y asustaba al viejo Baltzer amenazando con besarle. Se sacó el pañuelo y se lo puso sobre la cara. Me imaginé el tipo de gérmenes que

debió pensar que le podía transmitir. El tío Al, que solía pinchar a su amigo a propósito de su fobia, me daba cuerda.

Yo estaba sentado en el regazo del abuelo cuando las tres damas irrumpieron en la habitación. Cuando me vieron instalado allí, volvieron a salir fuera inmediatamente. A continuación, se pusieron histéricas. Las tres juntas, Emmy, Rosie y Mamá, corrían por toda la casa, de habitación en habitación —todas menos el salón—, golpeando las puertas y gritando:

—¡Sacad de esta casa a esta prostituta! ¡Sacadla! ¡Sacadla!

Los gritos y aullidos fueron demasiado para el viejo Baltzer. Se levantó y dijo, a través del pañuelo, que iba a llamar a la policía si yo no me iba. Le saqué la lengua y le dije que adelante, que llamara a la policía. Salió corriendo del piso y atropelló a Groucho, que estaba observando la escena por una rendija de la puerta.

Entonces me quité la peluca. Cuando vieron que era yo, el abuelo Baltzer y el tío Al empezaron a reírse a carcajadas y a aullar, y cuando las mujeres oyeron esto gritaron y golpearon las puertas con más fuerza todavía.

El viejo Baltzer tenía espíritu deportivo y consideró que yo les había hecho una buena broma. Pero necesitamos dos horas para tranquilizar a Mamá, Emmy y Rosie, incluso después de que me vieran despelucado. Y durante las dos semanas siguientes, se sintieron demasiado indispuestas, con palpitaciones y ataques de nervios, para salir de casa.

Como dije antes, yo estaba orgulloso de mi actuación. Me había convertido en un personaje dentro de la familia.

Poco después de mi mascarada en casa de los Baltzer, Groucho hizo su debut en el escenario, cantando un solo en el «olio» que se presentaba en el entreacto del teatro Star. (El «olio» era un popurrí en el que todo el elenco, desde los tragafuegos y campanilleros hasta los niños sopranos, salían a ejecutar números cortos).

Así, Groucho se había convertido en un profesional. Yo, al carecer de talentos explotables, no figuraba todavía en el Plan Maestro de Minnie. Pero esto no me molestaba. No tenía el más mínimo deseo de subir al

escenario y actuar frente a ochocientas personas. La sola idea me daba escalofríos. Me bastaba representar el personaje que estaba inventando, en casa y en la calle, recogiendo carcajadas siempre que podía.

El hermano de Minnie, Harry, también era un tipo sin talentos, pero se moría por entrar en el vodevil. El tío Harry Shean no podía entonar ni la canción más simple ni bailar ni tocar instrumento alguno. Minnie y tío Al se devanaban los sesos tratando de idear un número para él. A Minnie finalmente se le ocurrió que podía ser ventrílocuo, como el abuelo en la Vieja Tierra. El abuelo se dedicó a entrenarle, pero el tío Harry no logró aprender a hablar sin mover los labios.

Entonces Minnie tuvo una segunda idea brillante. Pondrían a mi hermano pequeño Gummo, que era bajito para sus nueve años, dentro del caparazón del muñeco del tío Harry. Cuando el tío Harry manipulara la boca del muñeco, Gummo se encargaría de hablar. Aquello funcionaba de maravilla en los ensayos. A Gummo jamás se le olvidaba ni una línea.

Pero cuando estrenaron el número, se apoderó de Gummo tal terror del escenario que no pudo hablar, y por más que el tío Harry manipulaba los labios del muñeco, no salía de ellos sonido alguno. El público abucheó al tío Harry y tuvo que abandonar el escenario. Ese fue el fin de sus coqueteos con el mundo del teatro y, probablemente, el principio de la aversión de Gummo hacia el mismo.

Más o menos por entonces, Chico se convirtió en un pianista profesional de dedicación exclusiva. Prestaba al piano la misma atención que le había dedicado antes al billar y a los juegos de azar, y podía tocar más rápido y mejor —con su mano derecha— que ningún pianista a este lado del Carnegie Hall.

Chico hizo su debut en el vodevil como mitad del dúo «Marx y Shean». Su compañero era Lou Shean, el hermano de Polly. El primo Lou era un chico de aspecto corriente que llevaba gafas gruesas, pero podía cantar como el mejor. Durante una parte de su actuación, Chico acompañaba a Lou al piano con los ojos vendados. Resultó que ésta era la única parte del número que querían los empresarios. Muy pronto, el primo Lou abandonó totalmente y Chico siguió trabajando solo.

La primera vez que vi a Chico en el escenario fue en un teatro de la Calle 86 esquina a la Tercera Avenida. Para terminar, tocó las piezas que le pedía el público, con los ojos vendados y con una sábana sobre el teclado.

Todos se estaban haciendo famosos menos yo. Me puse a practicar en el piano en casa, como un loco. Conseguí tocar «Waltz me around again, Willie» con las dos manos, e inmediatamente me dediqué a trabajar en «Love me and the world is mine». Seguía deseando aquel empleo en el barco de excursiones.

Una vez más, ocurrió lo inesperado y cambió el curso de mi sinuosa carrera. Esta vez lo inesperado se encarnó en la persona de un extraño joven llamado Seymour Mintz.

V
BASTA DE CARAMELOS DE REGALIZ[15]



Uno de los apetitos más apasionados de los primeros años de mi vida (tenía muchos otros, pero ninguno tan devorador) era por los caramelos de regaliz. En el surtido de caramelos que daban entonces por un centavo no había más que uno de regaliz, y aquel único manjar no hacía más que intensificar mi avidez. Los surtidos de a un centavo eran escasos y espaciados para mí. Las vitrinas de caramelos en el East Side eran a prueba de ladrones, como las bóvedas de los bancos. Los caramelos figuraban entre las pocas cosas que no podía agenciarme. Si no había centavo, no había caramelos.

Siempre me prometía a mí mismo reservar para el final esa exquisitez que era el caramelo de regaliz, como un postre, pero nunca lo lograba. Era como la adicción a los cacahuetes, a los cigarrillos o a la pipa de opio. Uno nunca bastaba. Lo primero que haría cuando fuese rico, me juraba, sería comprar todos los caramelos de regaliz que pudiera comerme.

Cuando en efecto empecé a ganar bastante dinero, aquel deseo infantil había entrado en una cierta latencia. Me olvidé de él, es decir, me olvidé hasta una noche hace unos quince años.

Mi mujer Susan y yo íbamos al cine con Gracie y George Burns, en Beverly Hills. En el camino del aparcamiento al cine pasamos por una de esas tiendas de caramelos ultramodernas que venden caramelos pasados de moda en frascos de vidrio de los que había en las antiguas farmacias. Me detuve de golpe. Un sudor frío me inundó. Sentí que iba a darme un ataque. Mi vieja voracidad por los caramelos de regaliz había vuelto de pronto, después de cuarenta y cinco años. Me disculpé y entré en la tienda.

Salí con treinta dólares de caramelos de regaliz. Susan y los Burns me miraron extrañados, pero no hicieron comentario alguno. Esperaban a ver cuál sería el chiste. ¿Cómo podía explicarles que no había ningún chiste, sino la culminación de toda una vida?

¡Y qué culminación! ¡Caramelos de regaliz dulces, aromáticos, masticables y deliciosos, a puñados y siempre con muchos más de reserva! Tendré que dejar que mi amigo George acabe la historia, porque yo me quedé dormido en medio de mi orgía.

Debo advertiros que George Burns es propenso a caer en alguna pequeña exageración de vez en cuando, para lograr un efecto dramático, pero veamos su versión de los hechos:

> «Allí está Harpo, en medio del cine lleno, dormido como un tronco a mitad de la película. Tiene en el rostro una sonrisa de beatífica ebriedad y en el regazo una bolsa de caramelos de regaliz del tamaño de un saco de patatas: tras zamparse un par de docenas de ellos, ha perdido el conocimiento. Repentinamente, Harpo se agita en sueños. La bolsa se desgarra. Treinta dólares de caramelos de regaliz se desparraman por todo el local. ¿Saben ustedes cuántos caramelos

de regaliz se pueden comprar con treinta dólares? ¡Dios mío, qué cuadro! El público no sabe lo que está ocurriendo, sólo intuye que se ha producido alguna suerte de desastre. Gritan y aprietan a sus hijos en sus brazos y abren los paraguas. Empiezan a correr en estampida hacia la salida, pero resbalan al pisar los caramelos de regaliz y ruedan por los pasillos para quedar apilados allá abajo, como indios muertos. Pueden creerme: aquello fue peor que la inundación de Johnstown. Finalmente, se suspende la proyección y se encienden las luces; el gerente logra controlar el pánico mientras el personal de limpieza barre los residuos.

¿Y Harpo? Harpo durmió todo el tiempo. Como un tronco, con esa sonrisa ebria en el rostro. Al acabar la película Susan le despierta y él se da cuenta de que han desaparecido sus caramelos de regaliz, así que se vuelve hacia mí y dice que debería darme una buena por cometer un robo tan traicionero y sucio. ¡Comerme todos sus caramelos de regaliz mientras él veía la película! Luego se suavizó un poco: es imposible para Harpo seguir enfadado con nadie, ni siquiera conmigo, y me palmeó en el hombro.

—Está bien —dijo—. Te perdono, George. Ya había comido bastantes de todas maneras.

Traté de decirle lo que había ocurrido, pero no me creía; seguía repitiendo:

—Olvídalo, George. *Te perdono*.

Hasta el día de hoy, sigue creyendo que me comí su maldito costal de caramelos de regaliz».

Sólo diré que por lo menos una parte de la historia es cierta: realmente había comido lo suficiente, por una vez en mi vida. No me importa qué pasó con el resto de los treinta dólares de caramelos. Es un apetito que nunca más me molestará.

Creo que finalmente he logrado controlarme, pero durante mucho tiempo desde que empecé a tener pasta, sólo podía comprar las cosas en cantidades desproporcionadas. Compraba todo por cajas y al mayor, a

espuertas y por camiones. El jabón, las chinchetas o la sopa de cebolla deshidratada: todo.

Al principio de la guerra, Chico vino a darme un soplo valiosísimo: iban a racionar el licor. Corrí a una licorería que vendía al mayor y ordené botellas suficientes para llenar mi bodega. Cuando el soplo de Chico resultó ser cierto, me felicité. Luego empecé a pensar. No me gusta mucho el alcohol en ninguna de sus variedades. A la velocidad a la que yo lo consumía (unas tres copas ligeras por semana cuando venían visitas), había bastante en mi bodega para llegar al año 2.419 d. C. o hasta mis quinientos veinticinco años de edad.

Afortunadamente, se trataba de una mercancía y no fue difícil deshacerme de ella.

Supongo que esa forma excesiva de comprar era resultado, psicológicamente hablando, de la sensación de inseguridad que tenía de niño, cuando eran tan pocos los placeres «normales» de la infancia que podía disfrutar. Cuando finalmente me lo pude permitir no podía parar de compensarme por todas las cosas de que había carecido: comida y comodidades, pequeños lujos tontos, tiempo para jugar y la compañía de buenos amigos.

Hacia los catorce años ya podía mantener mi panza llena por mi propia cuenta la mayor parte del tiempo. Lo que más añoraba entonces era la compañía. El error de mis tiempos de lobo solitario me pasaba factura. Quería que alguien me aceptara. Quería gustar y que me gustaran. Quería amigos. Por esta razón, estaba dispuesto a creer cualquier cosa que cualquiera me dijera.

Yo era probablemente el bobo más crédulo que había en Nueva York, y eso era exactamente lo que el señor Seymour Mintz andaba buscando.

Seymour Mintz era un tipo pálido y delgado, de unos veinticinco años, que siempre tenía prisa. Hablaba y andaba a toda velocidad, a pasitos ligeros y trotantes. Y caminaba al bies, ladeado, como si no tuviera fuerza suficiente para ponerse derecho y pudiera volcarse si no seguía moviéndose.

Cualquier otra persona habría recelado de un tipo de aspecto tan raro. Yo no. En mi vida me había alegrado tanto de conocer a alguien.

Mintz había conocido a Groucho y Minnie en Atlantic City, donde Groucho estaba cantando entonces, y apareció una tarde en nuestro piso de la Calle 93 con una carta de presentación de Minnie. Me sentí muy halagado porque no había venido a ver a Frenchie, sino a mí.

Me preguntó a qué me dedicaba en aquel momento. Le dije que estaba libre. Entonces me preguntó si me gustaría participar en su negocio como socio de pleno derecho. Me dijo que podía ser necesario hacer un largo viaje, y que debía estar listo para marchar en cualquier momento. Eso era perfecto para mí, magnífico. Tan magnífico que no se me ocurrió preguntar en qué clase de negocio íbamos a ser socios.

—Tranquilo —dijo Mintz—. No hagas nada hasta que tengas noticias mías.

Y se fue, deslizándose calle abajo sobre un plano inclinado, como un velero sometido a una brisa continua.

Dos días más tarde volvió. Se había hecho imprimir tarjetas de presentación. Oh, eran tan impresionantes: Mintz & Marx. No recuerdo qué más ponía. Lo único que veía era mi nombre impreso.

—Haz la maleta —dijo Seymour Mintz—. Nos vamos por la mañana.

Aquel día Frenchie trabajó toda la noche para alargar la chaqueta de mi traje de *bar mitzvah* y hacerme un bonito chaleco rojo. Le pedí prestada una maleta al vecino de arriba. Tenía el cuero cuarteado y la cerradura forzada, y tuve que atarla con un trozo de cuerda de tendero, pero eso no importaba porque no terna nada que llevar en ella excepto una camisa que le birlé a Chico, un par de calcetines, una muda de la ropa interior larga de Frenchie y mi jersey de cuello de cisne.

Mi socio se presentó por la mañana, arrastrando una enorme maleta. Yo estaba listo desde al alba, y debo decir que mi atuendo era fantástico: chaleco nuevo, zapatos recién lustrados, sombrero hongo cepillado, el orzuelo como una flor. Todavía no sabía para *qué* estaba listo, pero sin duda sería el principio de mi fama y mi fortuna.

Lo primero que averigüé sobre la parte que me tocaba en el negocio fue que me correspondía cargar con ambas maletas. No me pregunté por qué.

Me tambaleaba con el peso, pero me tambaleaba hacia un mundo soñado. Por fin tenía un verdadero amigo, un socio.

Fuimos en tranvía de la Calle 93 a la 125, donde teníamos que tomar el tren. Al llegar a la Calle 125, Mintz me dijo que teníamos tiempo de comer un bocado antes de que el tren saliera.

—Siempre es bueno partir con una buena comida bajo el cinturón —dijo.

No se sabía la clase de comida que se podía encontrar en el campo. Así que entramos en un restaurante de Lenox Avenue.

—Pide todo lo que quieras y olvídate del precio —dijo mi socio—, Seymourt Mintz no es ningún tacaño.

Me zampé la mejor comida desde mi última cena en la casa de Ostras de Fieste: el Especial de Cinco Platos con Pollo, por cuarenta y cinco centavos. Cuando llegó el postre, Mintz se echó atrás en su silla, llamó al propietario y pidió que le mostrara una selección de puros. El propietario trajo cuatro o cinco cajas a nuestra mesa, pero a Mintz no le gustó ninguno. Demasiado vulgares. Le dijo al propietario que nos dejara y añadió que iría a una tienda de puros cercana a comprar un habano decente.

—Enseguida vuelvo —dijo.

Mintz salió trotando del local y yo me quedé esperando. Cinco minutos. Quince minutos. Media hora. Los camareros me echaban miradas aviesas. Una hora. El propietario se acercó y me trajo la cuenta. Expliqué que mi socio se había demorado con algún asunto de negocios mientras estaba fuera comprando un puro. Bien, dijo el propietario, podía seguir sentado allí quince minutos más antes de que empezara a cobrarme alquiler.

Pasó una hora más. No había señales de mi socio. El propietario se llevó nuestras maletas. Por lo menos se aseguraba de que yo no saldría corriendo en cualquier momento. Llegó gente, comieron y se frieron. Llegó la hora de la cena y pasó. Y o estaba enfermo de preocupación, no por la cuenta del restaurante, sino por Seymour Mintz y el gravísimo accidente que podía haber sufrido.

Los camareros empezaron a limpiar el local y a amontonar las sillas sobre las mesas vacías. Yo era el último cliente que quedaba. El propietario se acercó y me dijo:

—Bueno, ¿qué hacemos, muchacho?

Le dije que yo no tenía dinero, pero que mi socio llegaría en cualquier momento y se encargaría del asunto. Yo tenía fe. Le di al tipo una de nuestras tarjetas de presentación. Él resopló y la tiró al suelo.

Diez minutos más tarde volvió, con un poli. Veinte minutos más tarde yo estaba en chirona. Me arrojaron a una celda que contenía cuatro bancos de madera y doce borrachos. Me quité mi chaleco rojo nuevo, lo enrollé para formar una almohada y me acosté en el suelo. No sabía qué pensar, así que me dormí.

Temprano por la mañana, el guarda golpeó los barrotes con su porra.

—¡Arriba, holgazanes! —dijo—. Os vais a presentar ante el juez Duffy, así que más vale que os peinéis un poco y os pongáis guapos para Su Señoría.

Yo ya había oído hablar del juez Duffy. «El Viejo Duffy de los Treinta Días». Su reputación se había extendido por toda la ciudad. El tipo de justicia que le gustaba era la más expedita y la más dura. Sólo le echaba un vistazo a la parte de atrás de tu cabeza. Si llevabas el pelo cortado en redondo por detrás, según la última moda entre los chicos malos del East Side, te daba treinta días. Siempre treinta días, sin importar cuáles fuesen los cargos o la defensa. Durante años, si en un juego de póker uno sacaba tres dieces, decía que tenía «un juez Duffy».

Yo había insistido en que Frenchie me cortara el pelo en redondo antes de partir en viaje de negocios.

Naturalmente, cuando me hicieron ponerme en el banquillo, el juez leyó los cargos y dijo:

—Date la vuelta, Marx. Veamos qué clase de chico eres.

Mi corazón dejó de latir. Me di la vuelta. Y en ese momento, quién entró en la sala, corriendo al bies, sino Seymour Mintz. Mi fe se confirmó ¡El bueno de Seymour! Estaba furioso. Empezó a gritarle a todo el mundo. El juez tuvo que martillear fuerte para que callara. Seymour exigió que le dijeran quién se había llevado a su socio a la cárcel y de qué le acusaban. Cuando el juez se lo dijo, Seymour sacó un rollo de billetes, le pagó al hombre del restaurante y se me llevó de la sala.

En la estación compró dos billetes a Gloversville, Nueva York, y esta vez subimos directamente al tren. Cuando Seymour me rescató de las garras del juez Duffy, estaba demasiado agradecido para preguntarle dónde había estado mientras yo esperaba todo el día en el restaurante. Yo ardía de curiosidad, pero confiaba en mi socio ahora más que nunca. Seymour Mintz no podía hacer nada malo.

En Gloversville transbordamos del Central de Nueva York a una línea de tranvía, y viajamos hasta una pequeña ciudad situada a unas diez millas, en pleno campo. He olvidado el nombre de la población. Allí, Seymour nos inscribió en el único hotel, que era una especie de pensión glorificada, pero limpia y agradable.

Me dijo que esperara en el hotel mientras él atendía algunos asuntos urgentes en el vecindario. Al gerente le dijo:

—Dele a mi socio todo lo que le pida. Todo. Puede usted alquilar un caballo y un coche para él, para que pueda viajar un poco si lo desea. Yo volveré en uno o dos días y pasaremos cuentas.

Yo pensé: Si soy un socio de pleno derecho en Mintz & Marx, ¿por qué no le acompaño en las visitas de negocios? Pero seguía sin hacer preguntas. ¿Por qué debía mirarle el diente a un caballo y una calesa regalados? Aquello era vivir.

Pasó un día. Dos días. Yo estaba devorando tres magníficas comidas al día y haciendo turismo a todo tren. La esposa del hotelero, que me trataba muy maternalmente, me lavaba y me planchaba la ropa. Yo mismo era todo un espectáculo, viajaba por los alrededores en una calesa privada, luciendo mi chaleco rojo y saludando con el sombrero a los nativos, como habría hecho el señor Burns. Había un billar en el pueblo, pero yo sólo podía mirar el juego, ya que no tenía ni un centavo en el bolsillo. Eso era lo único malo. No había ningún diestro a la vista. Podía haber limpiado a los billaristas locales sin ningún problema. ¡Qué paraíso para Chico!

Al tercer día todavía no había señales de mi socio, y yo empezaba a inquietarme. Al cuarto día, la esposa del gerente parecía notablemente menos maternal. Tuve que pedirle prestada la plancha y plancharme los

pantalones yo mismo. Al quinto día, el gerente dejó de hablarme excepto para preguntar, con creciente suspicacia, qué le había pasado al señor Mintz. Yo trataba de evitarle. Incluso dejé de almorzar. De cualquier modo, las porciones que me servían se habían reducido a la mitad.

El hombre de la cuadra vino a cobrar el caballo y la calesa, y cuando le dije que no podía pagarle —que mi socio se encargaba de todos los asuntos financieros—, se peleó con el dueño del hotel, que en realidad era quien había pedido la calesa. El alquiler del coche se sumó a la cuenta de hotel de Mintz & Marx.

Pasó una semana, los siete días más largos que jamás he vivido. El dueño me trajo la cuenta y me dijo que le pagara o vería. Que no le iban a tomar el pelo un par de estafadores de la ciudad. No le impresionaban mis bonitas prendas de vestir ni mi charla sobre mi sociedad de negocios. Tenía que soltar 28,50 dólares, aquí y ahora.

Le dije cuánto lo sentía, pero que, simplemente, no terna un céntimo. El señor Mintz, le expliqué, a menudo se demora en sus visitas, pero siempre vuelve a pagar sus cuentas. El dueño no se dejó impresionar. Dijo que tendría que confiscar mis pertenencias. Entonces, cuando descubrió que mi maleta no contenía nada más valioso que un jersey de cuello de cisne y un par de calzoncillos largos, llamó al comisario.

El comisario me llevó a la cárcel más cercana, en Gloversville. Yo estaba desconcertado y descorazonado. Pero debo decir que aquello era mucho mejor que la cárcel de Harlem en que había dormido la semana anterior. Mi nueva celda estaba inmaculada, había un catre y un colchón mullido, y yo era el único inquilino.

A la mañana siguiente me despertó un terrible estruendo en la oficina del guarda. Mi primer pensamiento fue: «¡Dios mío, la gente del pueblo amotinada viene a lincharme!». Luego reconocí la voz que producía la mayor parte del ruido. Era Seymour Mintz que se quejaba a voz en cuello de la manera infame e indecente en que habían tratado a su inocente socio.

Seymour sacó su rollo de billetes y pagó mi fianza. Era libre de nuevo. Esta vez hice preguntas, muchas preguntas, pero Seymour simplemente no me dio ninguna respuesta. Estaba todavía demasiado enfadado con el dueño del hotel y el comisario, y refunfuñaba y maldecía todo el tiempo sobre el

escándalo que representaba la manera de ejercer justicia que tenían las gentes del interior.

Tomamos el tren y viajamos treinta o cuarenta millas, hasta otra población. Seymour nos inscribió en el hotel.

—Pásalo bien aquí, socio —dijo—. Yo volveré mañana por la mañana.

Antes de que yo pudiera protestar, se deslizó calle abajo y fuera de mi vista, cargado con su maleta e inclinado en un ángulo peligroso.

Aquello resultaba demasiado familiar. Estaba clarísimo que no iba a pasarlo bien tampoco en esta población.

Aquel hotel era más caro. Me instalaron en la habitación más grande, la única que tenía baño propio, y al cabo de tres días —sin rastro de Mintz, por supuesto—, la cuenta ya ascendía a quince dólares.

Esta vez me adelanté y le planteé una súplica al gerente. Le dije que mi socio me había dejado tirado un par de veces, permaneciendo fuera más tiempo del que pretendía, pero le pedí que no se preocupara porque el señor Mintz siempre volvía a pagar las cuentas. Sin embargo, esta actitud franca no mejoró las cosas.

—Este tipo de travesuras no me gustan nada —dijo el gerente—. Me pagas por los tres días que has estado aquí o llamo al alguacil.

Cuando llegó el alguacil, me puse el sombrero, recogí mi maleta y le acompañé obedientemente a la cárcel local.

El alguacil me permitió telefonear a Nueva York a cobro revertido, cosa poco corriente en aquellos tiempos. Llamé a la farmacia del barrio, en la esquina de la Calle 93 con Lex, y ellos llamaron a Minnie —que ya había vuelto de Atlantic City— al teléfono. Cuando le conté lo que había ocurrido, se puso furiosa. ¡Qué idea la de Frenchie de dejarme marchar por ahí con un sinvergüenza como Seymour Mintz! ¡Pero si se podía ver por su forma de caminar que no era una persona recta! Minnie había olvidado que Mintz me había cogido en su anzuelo gracias a una carta de presentación escrita por ella.

De cualquier forma, pidió prestado al tío Al el dinero para pagar la cuenta del hotel y mi billete de vuelta. Tres días más tarde estaba de nuevo

en casa. La firma Mintz & Marx quedó disuelta. Mi colección de tarjetas de visita se fue por el montacargas con la basura. Pasaría mucho tiempo hasta que volviese a ver mi nombre impreso.

También pasaría mucho tiempo hasta que averiguase la verdad sobre Seymour Mintz, para qué me había llevado consigo y qué hacía cuando desaparecía. En realidad fue Frenchie el que lo averiguó: se lo explicó el padre de Seymour, que vino para anunciar que ya no se haría cargo de las deudas de su hijo. Si alguien podía hacérselo saber a Seymour nos lo agradecería. El señor Mintz pensaba que Frenchie podía saber quién era el actual socio de su hijo. Al parecer había habido dos o tres más, desde mi jubilación.

La artimaña de Seymour consistía en lo siguiente: En la maleta llevaba muestras de pantalones y camisas para caballero, prendas elegantes de aspecto caro. Las mostraba a los dueños de las tiendas y tomaba pedidos a precios ridículamente baratos. Los precios que ofrecía eran difíciles de resistir, y no tenía dificultades para conseguir grandes pedidos y adelantos en efectivo. Estos adelantos eran los rollos de billetes que exhibió cuando vino a rescatarme en la oficina del juez Duffy y en las prisiones del interior del estado.

Por supuesto, aquellos pedidos nunca eran enviados. Por eso Seymour tenía que mantenerse en movimiento, y rápido.

Mi tarea a lo largo del trayecto consistía en servir de inconsciente señuelo. Después de dejarme caer en un hotel, Seymour recorría todas las pequeñas poblaciones de la zona, tomando pedidos y recolectando dinero a cuenta. Cuando pensaba que había agotado el territorio, volvía corriendo, rebosante de fingida cólera, para pagar mi fianza. Luego pasaba a la siguiente población, donde me inscribía en el hotel y se marchaba a ordeñar a una nueva serie de bobos.

Siempre aseguraba a los clientes que su socio, el señor Marx, estaba alojado en el hotel tal, trabajando en las entregas. Si lo deseaban, podían llamar al hotel, a cargo del señor Mintz, para verificar. Afortunadamente, nadie hizo ninguna averiguación mientras yo participé en la sociedad. Si alguien hubiera organizado algún follón, el señor Mintz habría puesto pies en polvorosa y el señor Marx habría sido el pagano.

Seymour había sido descubierto más de una vez, y cada vez su padre había tenido que pagar a los comerciantes estafados. Finalmente, el viejo Mintz se hartó y se negó a soltar un centavo más. Como resultado, la última sociedad de Seymour fue la mayor de su vida: tuvo por socio al estado de Nueva York. Cumplió dos años en la prisión estatal de Dannemora.

Todo aquel asunto me hizo mucho daño, pero no por el hecho de haber sido arrestado tres veces, ni por tener que devolver los veinte dólares que Minnie le había pedido al tío Al. Me dolía porque había perdido a un amigo, Seymour Mintz. La experiencia debería haberme hecho reflexionar y aprender a juzgar un poco mejor a las personas, su manera de ser y sus móviles. Pero mucho me temo que la única lección que saqué fue simplemente: «Nunca confíes en un tipo que anda al bies».

En los cinco meses siguientes me contrataron y me despidieron doce veces. Tampoco había aprendido ninguna lección sobre los negocios en mi viaje por el estado.

Mi primer empleo fue el de vendedor de cigarrillos en el Freundschaft Club, un local alemán de la Calle 79. Era un gran club privado, con salón de billar, cervecería, comedores y sala para jugar a las cartas, que ocupaba tres pisos. Lo llevaba un tipo bigotudo de cara colorada que se parecía al Káiser Guillermo, y así le llamábamos entre nosotros.

Yo hacía tumos alternativos de ocho y doce horas, por un salario de veinticinco centavos diarios más las comidas. También me iba bien entre las comidas: engullía nueve, diez o doce hamburguesas de una sentada. El jefe de cocina quedaba asombrado de mi capacidad estomacal. Solía apostar con otros miembros del personal sobre cuánto podía yo comer sin parar. Si íbamos a medias, yo podía devorar catorce hamburguesas sin ninguna dificultad en absoluto.

Como vendedor de cigarrillos, yo en realidad no vendía cigarrillos. Los entregaba a cambio de vales del club. Se suponía que los empleados no podíamos manejar dinero. Ésta era una idea deprimente, así que pronto puse remedio a la situación. Inauguré una línea empresarial colateral vendiendo cigarrillos a un precio menor que el que pagaban los miembros con los

vales. Pero mi negocio estaba condenado de antemano. Descubrí que al final de cada mes el Káiser hacía un cuidadoso inventario de las existencias y lo comprobaba con la venta de vales. Bueno, ya me preocuparía por eso cuando llegara el momento. Pero cuando llegó el momento no tuve nada de que preocuparme: ya no trabajaba allí.

Al terminar mi turno, una noche, me moría de hambre como de costumbre, así que me introduje en la cocina y me agencié un pollo asado. Para mi mala fortuna, el Káiser Guillermo entró en el ascensor cuando yo volvía. Rápidamente, oculté el pollo a mi espalda, metiéndomelo debajo de la camisa. Pero mi expresión sin duda me delató. El Káiser me agarró por un hombro y me hizo dar la vuelta. El pollo asado se me cayó al suelo, y aquél fue el fin de mi trabajo en el Freundschaft Club.

Mis siguientes dos empleos fueron en la industria de la confección, más al sur de Manhattan. Primero me contrataron como recogedor de retales. Mi tarea consistía en barrer todos los retales de la sala de corte y meterlos en grandes bolsas, que se pesaban al final del día. Al final de uno de aquellos días, una de las bolsas tenía un peso sospechosamente elevado. Se debía a que yo estaba dormido dentro de ella. Me despidieron.

Entonces me tomaron, en la misma calle, como repartidor de Edwards, Engel & Lefkowitz, otra casa de confecciones. Allí estuve mucho más tiempo: una semana y media. Por una vez, no me despidieron: dimití yo. Me ordenaron que entregara un monstruoso paquete de trajes al almacén Wanamaker's. Cuando llegué a Astor Place estaba tan exhausto que decidí quedarme allí y solicitar un empleo en Wanamaker's.

Sentí dejar el distrito de la confección. Acababa de inventarme un sistema para conseguir una comida completa por cinco centavos. Para ello, tenía que comer en un restaurante largo y estrecho a la hora punta, cuando el local estaba de bote en bote, como un vagón del metro a las seis de la tarde. Pedía una comida completa en una de las mesas del fondo, luego cogía la cuenta y luchaba por alcanzar una de las mesas del frente, donde pedía una pasta y un café. Pagaba la cuenta de esto último —cinco centavos —, y rompía la del almuerzo de lujo que me había zampado antes.

Aquel año, tenía que andarme con cuidado con lo que gastaba. Estaba pagando el dinero que Minnie había pedido prestado al tío Al, y daba casi

todo el resto de mi salario para el fondo familiar. Apenas me quedaba lo bastante para el transporte y cinco centavos diarios para cenar, más algún extra para comprarme un cucurucho de helado Horton.

Una vez perdí el dinero para el transporte y entré en una tienda de puros a pedir prestados cinco centavos. Le ofrecí al hombre del mostrador dejarle mi chaleco en prenda. Sin una palabra, se fue a la trastienda. Volvió con un chaleco exactamente igual al mío.

—Ya me dejaste colgado con éste hace seis meses —dijo—. Ni un centavo.

Era la vieja historia de siempre. El otro chaleco era el de Chico. Él había estado allí antes que yo.

Así que me dediqué por un tiempo a los grandes almacenes. Me despidieron de Wanamaker's cuando me pescaron jugando a los dados. Trabajé unos días para Stern's y también para Gimbel's. He olvidado por qué me despidieron, pero probablemente da lo mismo.

En la siguiente etapa de mi rápido ascenso como fracaso en los negocios, fui recadero del cajero de Siegel & Cooper's, una tienda que me atraía porque contaba con un ascensor. Sólo había viajado una vez en un ascensor.

Pensé que sería divertido subir y bajar todo el santo día y que le pagaran a uno por ello.

Cuando obtuve el puesto, una de las primeras cosas que me dijeron fue que los ascensores eran exclusivamente para los clientes. Todos los empleados teníamos que utilizar las escaleras traseras.

Sin desalentarme, me hice amigo del ascensorista, que parecía un tipo simpático. Lo era. Cuando descubrió lo que yo deseaba, hicimos un trato. Él haría la vista gorda cuando yo subiera si le hacía el favor de sustraer una hoja de cupones para él la próxima vez que entrase en la oficina del cajero.

Conseguí una hoja de quinientos cupones y se la deslicé al ascensorista. Pero seguía sin poder subir en el ascensor. En el trato entraban más condiciones. Ahora el ascensorista quería que yo cambiara los cupones por efectivo.

Esto parecía muy arriesgado, pero el ascensorista me dijo:

—No te reconocerán a través de la ventanilla, muchacho. Eres demasiado nuevo aquí.

Bueno, pues me reconocieron. Mi orzuelo me delató. Despedido.

Después de aquello, estuve libre durante demasiado tiempo para sentirme cómodo. Me estaba entrando hambre, tanta hambre que me fui a Ewards, Engel & Lefkowitz a pedirles que me devolvieran mi viejo empleo. El capataz todavía estaba enfadado conmigo por haber dimitido sin avisar y haberme ido a Wanamaker's, pero el contable se apiadó de mí. Me dio una nota para un amigo suyo que se llamaba Haverhill, un agente marítimo que tenía su oficina en el sur, cerca de Battery.

Al lunes siguiente me presenté a trabajar con el señor Haverhill. Éste resultó ser el primer empleo que me tomé en serio y en el que di señales de ser bueno. Sin embargo fue, irónicamente, el único del que fui despedido injustamente.

La función del despacho de F. M. Haverhill consistía en obtener permisos de aduanas para firmas que enviaban mercancías al extranjero. Recuerdo bien a dos de los clientes: la Compañía de Depósitos Pfauder y la Compañía de Relojes Ansonia. Los recuerdo bien porque, desde mi primer día en el despacho, me encargué de todo. Tomaba las llamadas, hacía la lista de las especificaciones del embarque, iba a las compañías navieras para recoger los permisos de exportación y llevaba los permisos a las oficinas de los clientes.

Me gustaba estar tan ocupado y tener tantas responsabilidades. Aunque me esté mal decirlo, no había un asistente de agente marítimo más eficiente que yo en todo Nueva York.

Si surgían problemas, los trasladaba a un bar de West Street, que era donde el señor Haverhill se pasaba la jornada. Mi jefe era un caballero tolerante y aristocrático de la vieja escuela. Me perdonaba mis errores y era un maestro paciente. Sólo tenía un defecto: era un borracho.

Aunque mi jefe rara vez visitaba la oficina, nunca me sentía solitario allí. Haverhill compartía el despacho con una compañía de transportes. El

negocio lo llevaban dos tipos joviales, el señor Wicks y el señor Thornton, y me trataban de igual a igual, dado que yo llevaba la agencia.

Aquélla era una parte de la ciudad nueva para mí, junto a los muelles, y muy pronto le tomé un profundo cariño. En el Battery, en el extremo mismo de Manhattan, estaba el Acuario, un lugar fascinante, y muy cerca había una piscina pública. También muy cerca estaba la Abeja Laboriosa de Max, que formaba parte de una cadena de restaurantes baratos. Max el de las Abejas Laboriosas, haya sido quien haya sido, fue el mejor amigo de los jóvenes oficinistas. Daba exactamente el tipo de comida que más nos gustaba, a precios que podíamos pagar.

En la Abeja Laboriosa, el salmón con pan de centeno iba a tres centavos el pie cuadrado. La limonada para ayudarle a bajar costaba un centavo el medio litro. Un trozo extragrande de tarta de fresas, rebosante de fresas frescas y recubierto de nata, valía tres centavos. Y mientras comías, los que atendían la barra iban anunciando a gritos los platos especiales del día para mantener nuestro apetito en actividad:

—¡Llevadle a mamá una tarta de frambuesas recién horneada! ¡Una fiesta para la familia esta noche! ¡Nueve centavos cada una! ¿Qué decís? ¡Solamente hoy: pastel de nueces con chocolate, tamaño doble, once centavos!

Con el jefe en su acogedor refugio del bar, podía tomarme hora y media o dos horas para almorzar. Comer cuanto podía en la Abeja Laboriosa de Max. Darme un chapuzón en la piscina. Echar una siesta al sol. Dar un paseo por el Acuario mirando los peces exóticos. Luego, volver a mi escritorio y mis documentos oficiales, a ocuparme de mis importantes clientes.

Era un empleo en el que podía haberme quedado para siempre. ¿Podía tener alguna pega? La tenía. Debía cumplir una tarea que no me habían mencionado al contratarme.

Aunque el señor Haverhill y la compañía de transportes compartían la oficina a partes iguales, no compartían el alquiler a partes iguales. El día primero de cada mes, el señor Haverhill hacía una apuesta con Thornton o Wicks, y el que perdía tenía que pagar el alquiler de todo el mes. El juego era: *¿Quién puede dar el puntapié más alto sin levantar un pie del suelo?* Si

Haverhill lograba patear más alto que Thornton o Wicks (que echaban a suertes a quién le tocaba competir), la compañía camionera pagaba el alquiler. Si Haverhill era derrotado, él pagaba el mes.

El primer día laborable de junio, el 3, me presenté en el bar para recibir instrucciones para la semana, y entonces el señor Haverhill me explicó cómo era el arreglo del pago del alquiler. No estaba en buena forma; tenía aspecto de haberse pasado todo el fin de semana en el bar, así que me ofrecí para ayudarle a llegar a la oficina y que diera su puntapié mensual.

El señor Haverhill se sintió muy conmovido por mi solicitud, pero dijo que no sería necesario. Simplemente no se sentía capaz de actividades tan agotadoras. No se sentía bien, nada bien: era el dichoso hígado, ¿no lo sabía yo? No podría ganar y no podía permitirse perder. Por tanto, me designaba para ocupar su lugar.

A esa edad, mi altura era ya de cinco pies y pico. Thornton medía seis pies justos y Wicks seis pies con tres pulgadas. Le dije al jefe que no podría de ninguna forma ganarle a ninguno de los dos.

—Tonterías —dijo el señor Haverhill—. Piensa a lo grande, muchacho, y serás grande. Piensa alto y serás alto. Si no tuviera fe en ti no te dejaría manejar los permisos. Ahora ve: demuéstrame que tienes fe en mí.

Fui. Lancé mi puntapié. Perdí. Mi contrincante fue Wicks. Aunque hice trampa, porque mi pie izquierdo se levantó tres pulgadas del suelo, no logré levantar la punta del pie derecho más arriba de la barbilla de Wicks. Volví al bar con el recibo del alquiler. No estaba demasiado preocupado porque estaba seguro de que todo había sido una broma.

No era una broma. El señor Haverhill se quedó mirando taciturno su vaso de *whisky* y dijo que tendría que despedirme al final de la semana. Lo sentía muchísimo. Yo había sido un empleado bueno y diligente, dijo, y me esperaba un gran futuro en cualquier oficio que no fuera el de pateador de alquileres. Cuando recogí mi último salario, me dio una gratificación inesperada: un paquete de *matzohs*[16] para que las comiéramos en casa en las próximas festividades judías. Nunca había conocido a un hombre más bondadoso. Lo consideraba un verdadero amigo, así que sentí lástima por él cuando tuvo que despedirme.

No me apiadé de mí mismo porque nunca lo había hecho y no sabía cómo hacerlo.

Wicks, el hombre de los camiones que fue la causa inmediata de que yo abandonara el trabajo en la agencia, también fue la causa indirecta de que yo me convirtiera en un músico profesional. A través de él, uno de sus clientes, el señor Wentworth, me contrató para un trabajo especial de llevar unas flores a una dirección de Brooklyn. Me prometió pagarme con un paseo a caballo cualquier domingo que lo deseara.

Cuando llegué a la casa de Booklyn, se estaba desarrollando allí un velorio irlandés. Ya llevaba un buen rato desarrollándose, y los dolientes ya no estaban muy dolientes. Insistieron en que me uniera a la fiesta. Yo obedecí por miedo. Alguien me sirvió un vaso lleno de no sé qué matarratas etílico. Su solo aroma me mareaba. La gente gritó que me lo bebiera de un trago. Miré en torno desesperadamente, buscando un medio de escapar. Habría estado dispuesto a intercambiar papeles con el cadáver que había en el ataúd. Entonces vi un piano. ¿Qué les parecía si tocaba algo? Todo el mundo aplaudió y brindó por la idea. Lo que se necesitaba para animar aquel velorio era un poco de música.

Aparqué el sombrero sobre el piano, boca arriba, y empecé a aporrear el teclado al ritmo de «Waltz me around again, Willie». Intenté seguir con «Love me and the world is mine», pero no quisieron ni oír hablar de ella. Sólo querían oír «Waltz me around» una y otra vez, cada vez más rápido y más alto. Cuanto más rápido y más alto tocaba, más borrachos estaban los dolientes y más gritaban y más monedas tiraban en mi sombrero.

Volví a casa con el sombrero lleno de plata. Entonces comprendí qué veía Chico en el piano, por mucho que lo detestara y por mucho que prefiriese jugar a las cartas. Se podía ganar dinero con él.

Dado que estaba libre otra vez, me pensé aquel asunto seriamente. Le pregunté a Chico si podía hacer algo para introducirme en su campo. No se lo podía haber pedido en un momento mejor. Estaba trabajando en una cervecería al aire libre, en Yorkville, pero acababan de pedirle que tocase en el cine de barrio de enfrente, donde el pianista, un chico llamado George

Gershwin, había sido despedido porque los clientes se quejaban de que su música les dañaba los oídos.

Era una coyuntura natural. Chico y yo nos parecíamos entonces más que nunca, casi como mellizos. Así que una noche me deslicé en el taburete del piano del *brauhausy* Chico tocó en el cine, y nadie notó la diferencia. Es decir, nadie notó la diferencia hasta que toqué mi repertorio de dos números en mismo tono por sexta vez consecutiva, ignorando todas las piezas que me solicitaban. Entonces una dama que tenía ganas de cantar «Love me and the world is mine» me preguntó si podía tocarla un poco más alta, para adaptarme a su registro. La única forma de tocarla más alta, por supuesto, era tocarla una octava más alto: siempre dentro de mi propia y única clave, la clave de do.

Allí fue Troya. El gerente me pagó lo que se me debía y me pidió que abandonara el local. No podía imaginarse cómo había degenerado de la noche a la mañana para convertirme en tan pésimo pianista.

Apelé a Chico de nuevo. El problema, dijo, era que los dueños de la cervecería estaban acostumbrados a su estilo, y era injusto que yo tuviese que seguirle los pasos. Tenía una propuesta nueva. Él haría las pruebas solicitando trabajos; si obtenía alguno me lo pasaría, nuevecito.

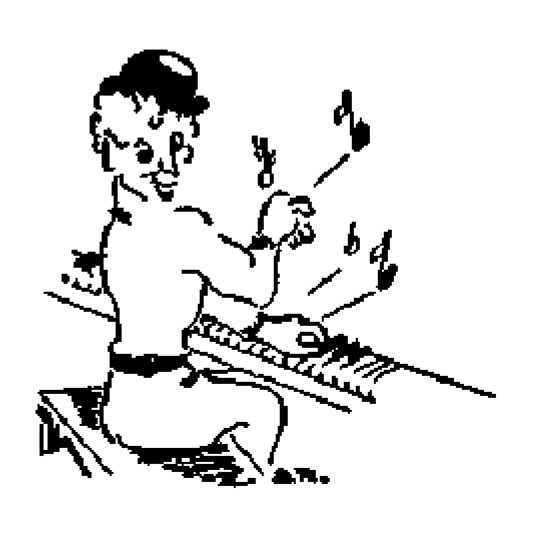
Esto funcionó muy bien, hasta cierto punto: el punto en que los gerentes y los clientes que pagaban descubrían que sólo podía tocar dos piezas en una clave. Chico conseguía los empleos; yo me presentaba para tocar, y me despedían.

Era descorazonador. Obtenía unos cuantos dólares aquí, otros cuantos allí, pero la rotación de personal resultaba agotadora. No podía durar para siempre; yo calculaba que aproximadamente en un año, Chico me habría contrabandeado en todos los locales de la ciudad y me habrían puesto de patitas en la calle en todos ellos, y ése sería el final absoluto de mi carrera ante el teclado.

Entonces ocurrió algo trascendental. Respondí a un anuncio en el que se solicitaba un pianista. Me presenté yo solo y me contrataron a mí sólo.

Yo no sabía hasta qué punto aquello sería trascendental. Dios bendiga mi alma simple y confiada.

VI
ÁMAME Y EL MUNDO ES MÍO



La dirección del anuncio en que solicitaban un pianista estaba en el Bowery. Resultó ser un bar. Cuando le dije al encargado por qué estaba allí, apuntó con el pulgar hacia la trastienda y dijo:

—La señora Schang.

En la trastienda se hallaba la mujer más enorme que había visto jamás. Medía más de seis pies sin nada de grasa, todo huesos y músculos: una poderosa Katinka en carne y hueso. Estaba inclinada sobre un piano, turnando un cigarrillo y bebiendo ginebra pura.

—¿La señora Schang? —pregunté. Estaba tan impresionado por su aspecto que la voz me salió más aguda que de costumbre— ¿La señora

Shang? ¿Puso un anuncio solicitando un pianista?

Me miró con ojos entrecerrados, duros. Golpeó con el vaso en la tapa del piano.

—Pequeño judío hijo de puta —dijo en una voz por lo menos una octava más baja que la mía—. ¡Sal de aquí inmediatamente!

Empecé a marcharme.

—¡Eh, espera un minuto! —gritó. Me detuve— ¿Cómo te llamas, chiquillo?

Le dije que mi nombre era Marx.

—¿Marx? *¿Qué* Marx? —rugió.

—Adolph Marx —dije yo.

La señora Schang se sirvió un poco de ginebra y le dio un sorbo mientras me estudiaba cuidadosamente, de arriba a abajo y de izquierda a derecha. Yo llevaba mi atuendo habitual: bombín, jersey de cuello de cisne y orzuelo, y un nuevo par de zapatos con tacones altos y suelas gruesas, que me hacían parecer más alto. Ante la elevada presencia de la señora Shang, mis zapatos nuevos no servían de gran cosa. Me sentía de unos dos pies de alto.

Finalmente me dijo:

—Bueno, déjame oír cómo tocas.

Me lancé con «Waltz me around again, Willie». Me detuvo cuando iba por la mitad.

—Si quieres el empleo, está bien —dijo—. ¿Cuándo estás dispuesto a empezar? El trabajo no es aquí; es en mi local.

Le dije que estaba libre en aquel momento mismo y pregunté en qué calle estaba su local. La calle, al diablo, dijo ella. Su local estaba en Merrick Road, fuera de la ciudad, en Freeport, Long Island. ¿Quería el empleo? Dije que claro que sí.

—Bueno —dijo la señora Schang—. Ocho dólares al mes más casa y comida.

Yo había salido airoso de mi primera prueba como solista.

Mi nueva patrona y yo fuimos en tren a Freeport. No me habló durante el trayecto, ni una sola palabra. En la isla nos esperaba un chico alto y delgado, unos cinco años mayor que yo, que nos llevó en calesa a un local de Merrick Road. La señora Schang tampoco le dirigió la palabra a él. Pasó una semana antes de que me enterase de que era su hijo.

Mi nuevo lugar de trabajo era un sitio llamado «Taberna de los Tiempos Felices». Había un bar delante y una pista de baile detrás, con un piano vertical, donde cuatro chicas solicitaban clientes. Las chicas se ganaban la vida en el piso de arriba, adonde se llevaban a sus clientes. La mitad de lo que ganaban, según me enteré, tenían que pasárselo a «la *Madame*», como llamaban a la señora Schang. La Taberna de los Tiempos Felices era una versión caminera de la Posada Amistosa de Chinatown.

Mi trabajo, tal como lo describió la señora Schang, era sencillo.

—Cuando te diga que empieces a tocar el piano, tocas, —dijo—. Si empieza una pelea te pones detrás del piano y te quedas allí, ¿comprendido? Hasta que yo te diga que puedes salir. Yo me encargo de las peleas en este lugar.

A pesar de sus ominosas instrucciones, el lugar parecía muy tranquilo en mis primeros días allí. La mayor parte del tiempo la pasaba sentado en la sala trasera, hablando con las chicas y tocando para ellas. Nos entendíamos muy bien. Dos de ellas me gustaban especialmente. Nunca tenían bastante de «Love me and the world is mine», y se quedaban sentadas con lágrimas en los ojos, mientras yo la tocaba una y otra vez.

Luego, alrededor de las seis y media, la señora Schang gritaba:

—¡Eh, ven! ¡Empieza a tocar! ¡Fuerte y claro!

Las chicas se preparaban, como si estuvieran a punto de enfrentarse al pelotón de fusilamiento. Yo empezaba a tocar, fuerte y claro. Y ellos entraban: unos veinte de los hombres más sucios y de aspecto más malvado que yo había visto nunca. Estaban haciendo un canal cerca de Freeport en aquella época y éstos eran los trabajadores, sedientos de licor, mujeres y jaleo.

No hubo problemas serios con los trabajadores del canal hasta el sábado por la noche, la única noche que podían quedarse hasta tarde. El sábado les pagaban. Se desató una barahúnda general después de que dos clientes llegaron a las manos discutiendo a quién le tocaba el turno con una de las chicas. En complacido cumplimiento de órdenes, me encogí detrás del piano. La trifulca no duró mucho. La señora Schang se abrió paso hasta el centro blandiendo un mazo de madera. Cuando hubo lanzado a seis tipos por la puerta de atrás, de dos en dos, los demás captaron la idea y se apaciguaron.

El séptimo tipo que agarró fui yo. Me izó de detrás del piano y me dejó caer sobre el taburete.

—Te pago para tocar, hijo de puta —dijo—. ¡Toca!

Yo obedecí. Nunca había tocado peor, pero nunca había tocado tan alto, tampoco.

Pronto me adapté a la rutina del bar de carretera. En realidad tampoco estaba tan mal. En algunos aspectos, nunca lo había pasado tan bien. Podía ganar ocho dólares al mes y conservar los ocho dólares, ya que tenía los gastos mínimos cubiertos. En pocos meses podría renunciar y volver a casa rico e independiente.

Además de las chicas, había otros tres miembros del personal de la señora Schang, y ellos también eran amables conmigo. El señor Schang, marido de la *Madame*, un individuo silencioso de hombros caídos y ojos hundidos, hacía las tareas menores. El hijo de ambos, Christopher, cuidaba del caballo y hacía todos los viajes en coche. Un alemán llamado Max, que era aproximadamente de mi talla pero mucho mayor que yo, era el encargado del bar. Tanto el señor Schang como Christopher estaban a las órdenes de la *Madame*, al igual que Max y el resto de nosotros. Y como cualquiera de nosotros, avisaban a los demás si la *Madame* empezaba a darle a la ginebra. Cuando la señora Schang cogía una papalina, recorría el local como un toro herido. En tales ocasiones, lo más sabio era no ponerse en su camino.

Aunque Los Tiempos Felices no era un sitio precisamente tranquilo, yo consideraba que era un lugar de trabajo bueno y seguro. Luego empecé a

tener la sensación de que algo raro estaba ocurriendo. En aquel negocio había gato encerrado.

Una noche, durante mi segunda semana, la *Madame* me llamó al bar cuando los trabajadores del canal ya se habían ido. Me dijo que tenía algunos asuntos que atender fuera, con Christopher y Max.

—Quiero que te ocupes del bar hasta que volvamos —dijo—. No se te olvide: la ginebra, diez centavos; el *whisky*, quince, la cerveza, cinco. No trates de hacer ninguna travesura porque hemos marcado las botellas y contado lo que hay en la caja.

Así me convertí en barman de media jornada, lo que en aquel negocio era todo un progreso para un pianista de dedicación exclusiva. Ellos tres volvieron alrededor de una hora más tarde. Max se hizo cargo de nuevo, yo volví a mi taburete en la habitación de atrás y todo siguió como de costumbre.

Pero no todo era como de costumbre. Un extraño cambio se había producido en la *Madame*, su hijo y Max, entre el momento de marcharse y el regreso. La *Madame* estaba extrañamente silenciosa. De pie junto a la barra, sorbía ginebra sin decir nada. La mano de Max temblaba cuando servía. Christopher vagaba por ahí como un alma en pena. Nunca había visto un cambio tan súbito en un individuo. Parecía haber envejecido quince años en la hora que había estado fuera.

A la semana siguiente volvió a suceder lo mismo. La *Madame* me ordenó que atendiera el bar. Si alguien quería bailar, dijo, podía irse al diablo. Yo no debía dejar el bar. Esta vez tardaron más. Cuando volvieron, fue peor que la otra vez, el cambio que se había producido en ellos.

Los misteriosos «viajes de negocios» nocturnos llegaron a formar parte de la rutina. Traté de sacarle a Max qué estaba pasando. Pero cuanto más lo sondeaba, más temblaba y más cerrado parecía. Les pregunté a las chicas si sabían algo. No sabían y no les importaba. Estaba claro que la señora Schang no quería que yo supiese más de lo que sabía. Cuando me pescó haciéndole la rosca a Max y dándole la tabarra, me soltó un par de

maldiciones y me dijo que no volviera a poner los pies en el bar a menos que me lo ordenase.

Al día siguiente, Max no se presentó a trabajar. Christopher se puso detrás de la barra en su lugar. Nunca volví a ver a Max ni se volvió a mencionar su nombre. Tras su desaparición, Christopher pareció quedar permanentemente en ascuas y temblando, y la *Madame* se emborrachó hasta bramar. Las misteriosas salidas de negocios cesaron.

Una semana más tarde, la señora Schang recuperó finalmente la sobriedad. Había absorbido tanta ginebra que ésta había dejado de hacerle efecto y al parecer eso la enfurecía todavía más. Irrumpió en la habitación de atrás y me arrancó del taburete del piano.

—Métete en la calesa que está frente a la casa —dijo—. Esta noche conduces tú.

Cuando encontré mi sombrero y trepé a la calesa, ella ya estaba allí, esperándome. Entonces me dijo que corriera a la cocina y cogiera un cuchillo de carnicero. Cuando se lo llevé, hizo un corte en su bolso y metió una pistola y una botella pequeña de ginebra entre la cubierta y el forro. Dijo que andando, y rápido.

Le pregunté a dónde íbamos. Me dijo:

—Sigue hacia el este hasta que lleguemos a la Olla de Oro. Voy a matar a Louie Neidorf.

Yo no sabía quién era Louie Neidorf y no me importaba. Nunca había visto a nadie disparar una pistola. La perspectiva era tan emocionante que apenas podía sostener las riendas. Paramos frente a la Olla de Oro, otro bar de carretera al otro extremo de la ciudad, a unas cinco o seis millas del nuestro.

—No ates el caballo —dijo la señora Schang—. Vamos a tener que salir corriendo. Ven conmigo.

Entramos. Nos sentamos en una mesa mirando hacia la puerta. La señora Schang dejó caer su bolso delante de ella. Entrecerró los ojos y esperó. Cada vez que entraba un hombre por la puerta, yo decía:

—¡Eh! ¿Es él? —y ella me daba una rápida patada en las espinillas por debajo de la mesa y gruñía:

—¡Tú cállate!

Estuvimos allí sentados más de media hora. Muchos hombres entraron, pero la mano de la señora Schang no tocó el bolso. Yo me estaba desesperando. Le suplicaba cada vez que alguien entraba por la puerta:

—¿No es *ése*?

Para mí pensaba: «¡*Tiene* que ser él!». ¡Oh, cómo deseaba ver dispararse aquella pistola!

Finalmente, escupió en el suelo y dijo:

—Maldita sea, alguien le ha ido con el soplo. No va a venir. Vámonos a casa.

Salió de la Olla de Oro como alma que lleva el diablo, maldiciendo a diestra y siniestra, y yo salí corriendo tras ella. Tenía los ojos desorbitados y sus cabellos flotaban a su alrededor. Se dejó caer en el coche, sacó la botella de ginebra y le echó un buen trago. Nunca he visto a nadie emborracharse tanto tan rápidamente. Repentinamente, le entró la idea de que había disparado contra Louie Neidorf y había fallado.

—¡Pequeño hijo de perra! —gritaba—. ¡He fallado!

Ahora todo era culpa mía.

Salimos disparados hacia casa. Yo iba de pie, agitando las riendas, y tenía mucho miedo; alternativamente temblaba de frío y me ahogaba de calor. El caballo pasó por Merrick Road a todo galope, pero no lo bastante rápido para la señora Schang. Seguía atragantándose de ginebra y cada vez estaba más borracha; entre buche y buche me gritaba que fuese más deprisa. Yo me sentía como en un sueño. Mi cabeza daba vueltas en círculos enloquecidos. Era como una horrible, espantosa pesadilla.

Cuando agotó la botella de ginebra, soltó una maldición que yo no había oído nunca de labios de una mujer y lanzó la botella vacía contra la única luz del coche, que se desvaneció en el olvido. Me arrancó las riendas del puño y empezó a azotar la grupa del caballo despiadadamente. Gracias a Dios, el caballo sabía el camino, porque íbamos dando bandazos a través de la negrura más absoluta.

Cuando llegamos a la Taberna de los Tiempos Felices, la *Madame* paró de pronto. Saltó del coche y entró corriendo en el bar, desesperada por encontrar combustible. Me gritó por encima del hombro que fuera a guardar el caballo.

La pobre bestia estaba bañada en sudor y espuma y echaba humo como un máquina de vapor mal ajustada. Conseguí quitarle el arnés y meterlo en el establo antes de empezar a vomitar. Me sentía demasiado enfermo para moverme. Me quedé dormido sobre un montón paja.

Cuando me desperté por la mañana, Christopher Schang estaba en el establo y lloraba. El caballo estaba muerto. Christopher empezó a aullar, gritándome que aquél era el mejor amigo que nunca había tenido, y que yo lo había matado. ¿Cómo iba yo a saber que había que enfriarlo después de un galope y llevarlo a dormir con una manta encima?

Cuando la *Madame* se enteró de la noticia, al día siguiente por la tarde, me sentí más enfermo que nunca. Todavía estaba borracha y me miró con una crueldad pura y sin adulterar en los ojos. Empecé a tocar el piano con tal fuerza que mis dedos ardían. Por una vez, deseé que acudiera una muchedumbre bullanguera y belicosa a los Tiempos Felices. Cualquier cosa que distrajera las manos de la *Madame* de mi garganta.

Esa noche tuvimos una clientela abundante. Mientras los trabajadores del canal afluían al local, volví a sentirme súbitamente mareado, como me había ocurrido durante nuestra loca carrera de la noche anterior. La habitación trasera empezó a elevarse, a hundirse y a dar vueltas en círculo. Perdí el control. Me caí del taburete del piano. Una de las chicas me ayudó a levantarme, pero me caí de nuevo. Esta vez la señora Schang me vio. Con un bramido, me ordenó que me sentara y empezara a tocar. Me puse en pie tambaleándome y caí sobre el teclado. La *Madame* me agarró y me sentó derecho, con tanta fuerza que el final de mi espina dorsal dio un crujido como si se hubiera partido.

La tercera vez que me caí al suelo ella ya había vuelto al bar. Dos de las chicas me recogieron, me arrastraron al piso de arriba y me acostaron en una cama, mientras otra chica iba a llamar a un médico. Vino el médico, me tocó la frente, me abrió la camisa y me miró de cerca:

—Sarampión —dijo.

Cuando llegaron abajo las nuevas sobre mi estado, pude oír a la señora Schang rugir, nítidamente a través del suelo:

—No quiero judíos enfermos en mi casa. *¡Sáquenlo de aquí!*

La siguiente cosa que recuerdo es que estaba esperando en un andén de la estación de Freeport. Las chicas de la habitación de atrás habían pagado entre todas mi billete hasta la ciudad, y dos de ellas —mis amigas particulares— me habían llevado a la estación.

Llegó el tren. Me ayudaron a subir. Una de las chicas dijo:

—No sabes lo afortunado que eres, muchacho, de haber pescado el sarampión.

La otra estaba a punto de llorar.

—Voy a echarte de menos, cariño —dijo—. Voy a echar de menos esa canción que tocabas de un modo tan hermoso.

Las cuatro prostitutas de Los Tiempos Felices fueron las primeras admiradoras que tuve, y siempre les estaré agradecido.

La historia tuvo tres finales. Primero, me repuse rápidamente del sarampión gracias a los cuidados del abuelo y la sopa de pollo de Frenchie. Segundo, descubrí una noticia en un periódico de Nueva York más o menos un mes después de volver a casa desde Freeport:

DETENIDA UNA BANDA DE LADRONES

> MINEÓLA, L. I., 1 de agosto —El Gran Jurado del Condado de Nassau dictó hoy catorce condenas por robo y latrocinio mayor contra August Van Fehrig, alias Luckner, jefe de la banda de ladrones que han asaltado recientemente más de veinte casas de este vencindario, llevándose un total de 50.000 dólares. Once condenas por los mismos cargos se dictaron contra Christopher Schang, de diecinueve años, uno de los miembros de la banda, y dos condenas por recibir los objetos robados recayeron en su anciana madre, la señora Alma Schang.
>
> Cuando los presos fueron llevados al tribunal ante el Juez del condado Jackson para apelar, la señora Schang, que tuvo que ser sostenida por el comisario Foster, gritó repentinamente y cayó desmayada al suelo. Fue llevada de vuelta a la prisión en estado de inconsciencia…

Para mí era evidente quién había delatado a los Schang: Louie Neidorf, el tipo que nunca apareció aquella noche en la Olla de Oro. Jamás dieron con el pequeño Max, el barman desaparecido. La policía de Long Island estaba prácticamente segura de que la banda de los Schang se lo había cargado, pero no tenían pruebas suficientes para acusarles de asesinato.

El tercer final del episodio de Freeport llegó años después. Fue entonces cuando descubrí por fin por qué la *Madame* me había mirado de un modo tan extraño cuando me vio por primera vez, en el bar del Bowery, y por qué hacía continuamente desagradables referencias a mi religión y mis antepasados.

Una noche, en medio de una partida de dados en un vagón Pullman, mientras hacíamos el Circuito de Pantages, Chico me confesó que había sido pianista de Los Tiempos Felices antes que yo, mientras yo estaba en el interior con Seymour Mintz. Cuando me presenté para la prueba, la señora Schang creyó que yo era Chico. Luego, cuando empecé a tocar, supo que no era Chico y decidió arriesgarse a contratarme.

Chico confesó también que había sido despedido por la señora Schang por una razón mucho menos inocente que el sarampión. Había hecho demasiada amistad con una de las chicas del salón trasero.

Tras los acontecimientos del verano, yo me consideraba más un hombre que un muchacho. Con esta nueva confianza, logré salir airoso de mi enfermedad y conseguí un empleo como pianista en un cine de barrio.

Había aprendido un montón de imaginativas variaciones sobre mis dos piezas, suficientes para acompañar cualquier tipo de películas sin que la gente se diera cuenta de que me repetía. Para las comedias, «Waltz mearound again, Willie», tocada dos octavas arriba y rápido. Escenas dramáticas: «Love me and the world is mine», con un trémolo en las bajas. Escenas de amor: un trino en la mano derecha. Para las persecuciones: cualquiera de las dos piezas, tocada demasiado rápido para que fuese posible reconocerla.

El cine estaba en la Calle 34 de Manhattan, y su clientela consistía principalmente en personas de viajaban por ese distrito. El local estaba mal

ventilado y apestaba. La gente hablaba, comía y roncaba durante las películas. Los niños gritaban y se perseguían por los pasillos. Pero después de la Taberna de los Tiempos Felices, aquello era como una casa de reposo.

Por alguna razón, las madres que daban el pecho preferían sentarse delante, cerca del piano. Tal vez pensaban que la música era un buen acompañamiento tranquilizador para los bebés que mamaban. De cualquier manera, me divertía con ellas. En medio de una escena apacible tocaba un acorde con todas mis fuerzas, sólo para ver los pezones saltar de la boca de los bebés.

Mientras yo trabajaba en el cine, Gummo se unió a Groucho en sus números de vodevil. Con un chico llamado Lou Levy, se estrenaron en Henderson's, una cervecería al aire libre de Coney Island, como trío de cantantes.

Una tarde, en medio de la película, mi madre bajó por el pasillo del cine hasta el piano. Me ordenó que dejara el piano inmediatamente y fuera con ella. El rostro de Minnie expresaba desesperación y determinación. Tenía algún problema y, por su aspecto, podía ser una cosa muy grave. Minnie nunca me había pedido ayuda en ninguna crisis hasta entonces. Sin una pregunta, me levanté del taburete y la seguí fuera del cine.

No creo que el público se diera cuenta de que la música se había detenido. Siguieron hablando, atracándose, durmiendo y dando el pecho a los bebés.

No fue sino hasta que nos encontramos en el tren elevado cuando la horrible verdad de la misión de Minnie me fue revelada, como un rayo en medio de un cielo sereno. Íbamos a Coney Island. Me habían secuestrado. Me habían secuestrado para unirme a Groucho, Gummo y Lou Levy. En el escenario. Cantando. Ante la gente.

En el tren, Minnie me ocultó con un periódico mientras yo me ponía un traje de dril blanco, el que debía lucir en escena. Al mismo tiempo, intentó enseñarme la letra de «Darling Nelly Gray». (Querida Nelly Gray). Yo estaba demasiado debilitado por el terror para protestar. Se me puso la mente en blanco. No podía de ninguna manera aprenderme la canción antes de llegar a Coney Island.

No importa, dijo Minnie. Mientras yo abriera la boca en el momento adecuado —para lo cual no debía quitarle el ojo de encima a Groucho—, no tendría que decir ni pío. En realidad era mejor que no tratara de cantar. Se suponía que yo debía ser el bajo, y mi voz tipluda habría arruinado el efecto. Lo único importante era que Minnie sacara un cuarteto al escenario. En primer lugar, había comprado cuatro trajes de dril blanco para que se los dieran a un precio más decente (sólo había descuento en los lotes de cuatro) y era estúpido desperdiciar el cuarteto.

Además, la actuación que anunciaba el programa era «That Quartet». (Ese Cuarteto), un famoso grupo de aquella época. Parecía muy mezquino que Minnie sólo sacara un trío de chicos en vez de cuatro.

Cuando llegué al vestidor, Gummo me recibió con una profunda y fraternal mirada de conmiseración. No necesitaba hablar. Sus ojos decían todo lo que podía decir: «*Así que te ha pescado a ti también, ¿eh?*»

Nos pusimos tras las bambalinas, en espera de que nos dieran la entrada. Un prestidigitador cómico estaba acabando su actuación en la escena. Podía oírles, ahí fuera, al Público. Algunos de Ellos se reían, otros abucheaban, el resto de Ellos hacían ruidos diversos con una indiferencia insolente y descortés. Yo quería huir, pero no podía moverme.

Se suponía que debíamos hacer nuestra entrada con paso marcial, Groucho delante, seguido de Lou, yo mismo y Gummo. Nos dieron la entrada. Groucho avanzó. Lou avanzó prácticamente por encima de mi espalda, porque yo seguía sin poder moverme. Había echado raíces.

Minnie siseó llamándome. Yo seguía ahí parado. Minnie me empujó. Me empujó más fuerte, con un golpe realmente enérgico entre las paletillas. Salí tropezando de las bambalinas y entré en el escenario. Mientras recuperaba el equilibrio, un pensamiento hervía en mi mente: *Ya no eres un niño. Eres un hombre. No dejes que se den cuenta de que tienes miedo*.

Me detuve junto a Lou Levy. Me di la vuelta. Y allí estaban Ellos. Un mar de rostros hostiles y burlones al otro lado de las candilejas. Y aquí estaba yo, sin nada a qué agarrarme, absolutamente nada. Con la primera mirada a mi primer público, volví súbitamente a la infancia. Mi reacción fue instantánea e incontrolable. Mojé los pantalones.

Fue probablemente el debut más desastroso de la historia del espectáculo.

Todos los momentos cruciales de mi vida parecen momentos malos, momentos de terrible decepción o calamidad. Nunca planifiqué ninguno de los cambios que se produjeron en el curso de mi carrera. Los cambios simplemente se producían. La única ambición verdadera que alguna vez alimenté fue la de llegar a ser jardinero izquierdo de los Gigantes de Nueva York, removedor de latas para un reparador de paraguas o pianista en un barco de excursiones. Nunca cumplí ninguna de esas ambiciones. Aquello en lo que en realidad me convertí fue lo que me empujaron a ser en un momento de desastre.

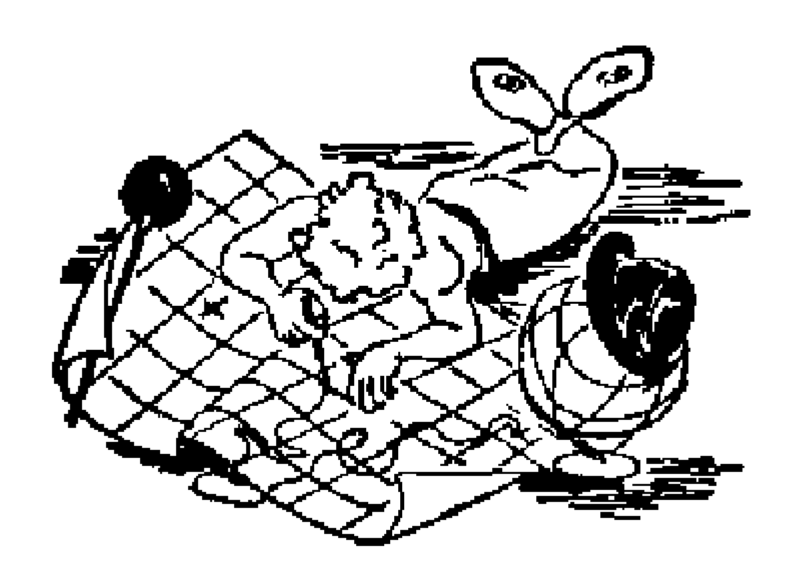
El punto más bajo y triste de mis primeros años fue ese momento en que salí al escenario y me puse en ridículo en compañía de mis hermanos y delante del público, en Coney Island. Por lo tanto, me hice cómico. Nada de lo que pudiera hacer podía asustarme más que aquello.

Nadie me oyó cantar en el cuarteto, aquella noche en Henderson's.

Todo lo que logré hacer fue abrir la boca aproximadamente al mismo tiempo que Groucho, Lou y Gummo. Pero canté, un silencioso canto del cisne. Entoné el adiós a las calles del East Side, donde me agenciaba cosas y saltaba sobre los tranvías de extranjís y esquivaba revisores; adiós a mi deriva de empleo en empleo, hoy contratado, mañana despedido, al azar de la suerte; adiós a «Waltz me around again, Willie» y a la Abeja Laboriosa de Max. Me gustase o no, yo pertenecería al mundo del espectáculo el resto de mi vida.

A los catorce años de edad, aquello no me hacía ni pizca de gracia.

VII
¡GREENBAUM, CHIQUILLOS LOCOS!



Mi madre decidió, una noche del año 1910, tras todo un día de batallas arduas y estériles con los agentes de contratación de Nueva York, que debíamos trasladarnos a la región central del país. Nueva York no era el lugar adecuado para nosotros. Demasiada competencia entre famosos. Nosotros debíamos situarnos en el centro del vodevil menor, de sus circuitos y engranajes, donde un espectáculo como el nuestro tendría posibilidades de *dar la pelea*.

Así que al día siguiente empacamos nuestras cosas y nos fuimos a Chicago, con abuelo y todo.

Tras hacer diversos malabarismos con sus cuentas, firmar vales y darle un sablazo al tío Al, Minnie logró pagar la entrada para la compra de una casa de tres pisos, hecha de piedra arenisca, en un barrio relativamente respetable de Chicago. Los Marx tenían por fin una casa que podían llamar suya. Y para nosotros era un lugar de fábula. No tenía un portal sombrío, sino un auténtico porche en la fachada, que el abuelo inmediatamente ocupó como equivalente a la sala de estar de la Calle 93. Para Frenchie había una cocina enorme, donde podría darse el lujo de cocinar con gas. Ya no tendría que depender de que sus hijos trajeran leña o carbón antes de poner un guiso a cocer. Y, lo mejor de todo, la casa tenía un sótano lo bastante grande para instalar una mesa de billar.

La casa también tenía una hipoteca lo bastante grande para parar un tren, pero no teníamos nada de que preocuparnos, nos decíamos a nosotros mismos. Ahora éramos propietarios auténticos, accionistas de América. Aquel ascenso social superaba nuestros sueños más delirantes. ¿Por qué preocuparnos por el señor Greenbaum, que administraba la hipoteca y venía a buscar las cuotas mensuales? ¿No habíamos esquivado, eludido y despistado al agente que cobraba la renta en la Calle 93 durante once años? Ninguno de nosotros tuvo la previsión necesaria para darse cuenta de que no había lugar en que pudiera esconderse una familia en una vivienda unifamiliar.

Además, nos fue bien en Chicago… al principio. Al parecer, Minnie había tenido razón en arrastrarnos fuera de Nueva York. Aquí podía conseguir que actuásemos en algunos teatros. No eran los mejores teatros, ni siquiera los de los mejores barrios, pero los contratos eran buenos y la taquilla también.

Pero pronto pasamos de los teatros de tercera y ninguna categoría, a la nada. No nos quedaba más posibilidad que lanzarnos a la carretera.

Los circuitos del vodevil, que garantizaban a un número treinta semanas de trabajo por temporada, no querían saber nada de nosotros. Nos conformábamos con lo que podíamos encontrar por nuestra cuenta: actuaciones de una noche, convenciones, paseos campestres, fiestas de beneficiencia, cualquier cosa que nos garantizara un mínimo para la cena y el billete de tren. Cuando miro atrás, simplemete no comprendo cómo

sobrevivimos. Aquellos primeros tiempos en la carretera fueron un puro infierno sin atenuantes. Hicieron que recordara mis primeros años en las calles del East Side como una larga etapa de recreo.

Tuvimos que dar la cara y abrirnos camino en extrañas poblaciones del Medio Oeste y del Sur, donde sabíamos que teníamos tres grandes inconvenientes en contra. Uno: éramos cómicos y la gente nos consideraba como a los gitanos y otros vagabundos. Dos: éramos judíos. Tres: teníamos acento neoyorkino. Y, bueno, el cuarto inconveniente: los Cuatro Ruiseñores no éramos demasiado buenos.

No teníamos itinerario fijo. Tomábamos el tren hasta que llegábamos a una ciudad. Bajábamos del tren, caminábamos hasta el teatro local, negociábamos un porcentaje sobre la taquilla, cubríamos la población con carteles que anunciaban nuestro espectáculo, ensayábamos y rezábamos para que todo fuese bien. Si sacábamos algo más que el billete de tren, pernoctábamos en el hotel o en la pensión más baratos que podíamos encontrar y tomábamos el tren del día siguiente a la próxima ciudad. Si no podíamos permitirnos esto, dormíamos en el vagón del tren nocturno. Si no podíamos pagar ni siquiera el tren, íbamos andando.

Si no le gustábamos al público, no nos resultaba difícil darnos cuenta. Nos llovían palos, ladrillos, pelotillas de papel, colillas de puro, huesos de melocotón y trozos de caña de azúcar mascada. Soportábamos todo esto estoicamente, hasta que Minnie nos hacía una señal que significaba que ya había cobrado nuestra parte de las entradas. Entonces empezábamos a devolverle las municiones al público, y salíamos corriendo a la estación del tren en el instante mismo en que bajaban el telón.

Cuando íbamos a un hotel, nunca pedíamos que nos mostraran antes la habitación. Sólo preguntábamos cuánto costaba, pagábamos si era suficientemente barata y subíamos derechos a acostarnos. Ya sabíamos cómo sería la habitación: polvorienta, maloliente, caliente como un horno o fría como una nevera, e infestada de sabandijas. Pero una cama era una cama, incluso para cuatro adolescentes que peleaban por los huecos que quedaban entre las protuberancias y los resortes rotos del colchón, y era todo un lujo.

Durante nuestros primeros años en la carretera, debimos andar el equivalente al largo y ancho del estado de Texas, con dos maletas por cabeza, llenas de carteles, disfraces y piezas de utilería. Atravesamos olas de calor y tormentas, tempestades de arena, tempestades de lluvia y granizadas. Y nos picaron mosquitos y tábanos hasta hacernos sangre.

Los bichos eran un peligro aún mayor en el interior de los edificios. Los hoteles baratos del sur y del suroeste habían sido fundados como refugio de bestezuelas por alguna Sociedad Audubon[17] Pro Insectos. Las pulgas, las garrapatas, las chinches, las cucarachas, los escarabajos, los escorpiones y las hormigas, viéndose libres de enemigos, atacaban con audaz delectación. Tenían la casa bajo su control y lo sabían. Tras débiles amagos de resistencia, uno simplemente los dejaba picar. De nada servía defenderse. Por cada bicho que lograbas aplastar, surgía de las sombras un nuevo pelotón de refresco, sediento de sangre. En un hotel había tantas hormigas que cada cama estaba colocada sobre cuatro latas de ácido oxálico. Esto las mantenía a raya y les impedía competir con las pulgas y las chinches, que tenían el festín humano todo para ellas.

Las ventanas de los camerinos nunca tenían persianas. Si las cerrabas te ahogabas. Si las abrías, los mosquitos podían convertirte en una pulpa roja antes de que lograras vestirte y maquillarte. Para conservar la salud y la cordura improvisábamos fumigadores: quemábamos hierba verde en latas vacías. Naturalmente, no veíamos nada en medio del humo, teníamos que maquillarnos por el sistema Braille y a veces no parábamos de toser hasta la mitad del espectáculo, pero sobrevivimos.

También sobrevivimos a la comida que nos veíamos obligados a ingerir. Nuestro menú normal consistía en spaghetti tipo pensión, judías y chile. Ni siquiera cuando teníamos un poco más de pasta lográbamos conseguir algo mejor. Cuando terminábamos nuestra actuación, los restaurantes y cafés ya estaban cerrados. Teníamos suerte si encontrábamos a un tipo vendiendo *tamales*[18] con un carretón, cerca de la estación de trenes. Una vez nos atrevimos a quejarnos de que nuestros tamales picantes no sólo estaban fríos, sino llenos de polvo e infestados de lo que muy bien podían ser piojos. El vendedor ambulante dijo que podíamos irnos al infierno, que si su

mercancía era lo bastante buena para los blancos, también lo era para unos judíos de Nueva York como nosotros.

Representábamos nuestro número en parques con pista de baile, parques de diversiones, escuelas y, de vez en cuando, en un verdadero teatro, pero sobre todo en teatros al aire libre, en forma de concha. El precio máximo de las entradas eran generalmente de diez centavos bajo el techo y cinco centavos al aire libre. Como sólo entraban en taquilla tan exiguas aportaciones, nuestro porcentaje sobre la entrada tenía que ser abominable mente mísero. A pesar de ello, muchas veces teníamos que luchar para que nos lo pagaran. Estábamos enteramente a merced de los administradores y los agentes locales. Si salían corriendo con nuestra parte, no teníamos a quien apelar. No nos quedaba más que recoger nuestras maletas y empezar a andar hacia la población siguiente, antes de que nos metieran en la cárcel por vagabundos.

Así que tal era la Vía de las Funciones Únicas, nuestra vida entre 1910 y 1915. Fue un milagro que no nos hundiésemos. Muchos miembros de la grey teatral, valientes y decididos, habían caído al borde del camino haciendo lo que hacíamos nosotros. Y no era que mis hermanos y yo tuviésemos más agallas o más determinación que la gente que se dio por vencida. Pero teníamos a Minnie, y ella sí las tenía. Ella fue nuestro milagro.

Si alguna vez oís hablar a un cantante de vodevil de los viejos tiempos como de «los días maravillosos y dorados de las funciones únicas», invitadle a otro trago, pero no creáis una palabra de lo que diga. Está mintiendo por todo el morro. Si un productor de cine o un director de Broadway os cuenta que ascendió por la Vía Dura, luchando a lo largo del Circuito Borscht, en las montañas Catskill, seguidle la corriente. No está mintiendo. Pero es demasiado joven; su memoria no puede retroceder lo bastante para saber cómo era realmente la Vía Dura.

En cuanto a mí, el recuerdo de mis propios años de lucha es un caos espantoso de tiempos y lugares. Nunca llevaba la cuenta del tiempo, nunca creí en calendarios. Tampoco tenía mucho sentido de la geografía. Probablemente viajé unas veinticinco mil millas y actué en trescientas ciudades y poblaciones diferentes durante los doce años que los Hermanos

Marx trabajamos fuera de Chicago. Según esto, yo debería ser un atlas con patas, pero no es así. De las ciudades y pueblos recuerdo muy poco. Lo que recuerdo son las salas de espera de las estaciones, los comedores de las pensiones, las habitaciones de hotel de un dólar, los camerinos, las salas de billar y los lavabos de caballero: todos estos sitios bastante parecidos en cualquier ciudad o pueblo de cualquier parte del país.

En cuanto a nuestra carrera teatral —lo que hacíamos en escena y cuándo lo hacíamos—, no soy una *autoridad* digna de confianza. Nunca guardé programas ni recortes de prensa ni llevé diarios de ningún tipo. Cuando quiero comprobar algún hecho histórico sobre los Hermanos Marx, lo busco en el libro que escribió Kyle Crichton sobre nosotros o consulto al historiador de la familia, Groucho. (Chico, con su memoria fotográfica, debería ser el historiador, pero su memoria, además de fotográfica, es selectiva, y lo que selecciona son cosas como la partida de *poker* que jugó a la 1:3 5 en la noche del 15 de enero de 1917, en un tren llamado «Rápidos de Winnetaska» o el nombre de una chica que conocí una vez en Altoona, Pensilvania, y cuyo nombre preferiría que nadie recordara).

En cualquier caso, para ofrecer aquí la información correcta, he cotejado los datos con el libro de Chichton y con Groucho, y descubro que éstas fueron las etapas de la evolución de nuestro número teatral:

1. Groucho Marx como solista: niño soprano y actor.
2. Dúo sin nombre: Groucho y Gummo.
3. Los Tres Ruiseñores: Groucho, Gummo y Lou Levy.
4. Los Cuatro Ruiseñores: Groucho, Gummo, Lou Levy y Harpo.
5. Las seis Mascotas: Groucho, Gummo, Harpo, más cantante bajo y dos cantantes femeninas (Minnie y la tía Hannah si no había otras disponibles).
6. Los Hermanos Marx en *School Days* (Los días de colegio): el mismo personal que en el número 5, con la posterior incorporación de Chico.
7. Los Hermanos Marx en *School Days* y *Mr. Green's Reception* (La recepción del señor Green): mismo personal que en 6.
8. Los Hermanos Marx en *Home Again* (De nuevo en casa): los mismos que en 7, con Zeppo como sustituto de Gummo cuando llamaron a este último para ir a la Primera Guerra Mundial.

9. Los Hermanos Marx en *On the Mezzanine* (En el entresuelo): los mismos que en 8, más coro de chicas, bailarines, actores a los que se pagaba por caerse, dejarse mojar, etcétera.
10. *The Marx Brothers' Shubert Revue* (La Revista Shubert de los Hermanos Marx): los mismos que en 9, pero con menos chicas, bailarines y actores, y con la incorporación de Minnie, que volvió a actuar con nosotros por breve tiempo.
11. Los cuatro Hermanos Marx con *I'll Say She Is* (Diré que ella lo es), *The Cocoanuts* (Los cuatro cocos) y *Animal Crackers* (El conflicto de los Marx)[19] en Broadway: los mismos que en 9 pero más, y una rubia a la que se pagaba por dejarse perseguir por Harpo.
12. Los cuatro Hermanos Marx en Paramount Pictures: más de todos y de todo.
13. Los Tres Hermanos Marx en M-G-M Pictures: Los mismos que en 12 pero sin Zeppo, que volvió a la vida civil, y con la incorporación de la mitad de la población de Culver City, California.
14. Dúo sin nombre: Chico y Harpo (alquilable para clubes nocturnos, fiestas benéficas, ferias estatales, exposiciones ganaderas, etcétera).
15. Groucho Marx como solista: maestro en acertijos, escritor, cantante (Gilbert & Sullivan).

Éste es el informe completo, nuestra gran *tournée* a través de las eras, desde Groucho el soprano hasta Groucho el barítono. Francamente, no me creería ni una palabra si no lo hubiera leído en un libro y mi hermano pequeño, el del bigote, no me lo hubiera confirmado. Mi memoria, como dije antes, es un caos espantoso.

Durante los estadios 4 a 8 de nuestra evolución, me ocurrieron algunas cosas importantes. Me convertí en un actor de pantomima cómica. Me hice arpista. Adquirí suficiente confianza en mí mismo para disfrutar cuando la gente se reía de mis bobos *gags* visuales y escuchaba la música que yo tocaba con toda seriedad pero muy mal.

Lo que recuerdo ahora supongo que son, principalmente, los acontecimientos que tuvieron que ver con esos procesos. Lo que sigue es lo que *yo* recuerdo, por tanto el itinerario está todo revuelto en cuanto a la cronología, los lugares y los nombres de las personas vivas y muertas. Pero es el itinerario de Harpo, no la historia.

CONEY ISLAND, NUEVA YORK: Debuté en Henderson's y me hice pis en los pantalones. Me sentí avergonzado y deshonrado, pero Minnie no me dejó abandonar el escenario con tan frágil pretexto. Colgó mis pantalones para que se secaran con la brisa marina entre las dos funciones. En la segunda tenía mucho menos miedo; en realidad parecía tan entusiasmado que todo el mundo tenía miedo de que me pusiera a cantar. Pero no lo hice. Sólo abrí la boca cuando la abría Groucho.

ASBURY PARK, NUEVA JERSEY: Dos años más tarde, seguía siendo el cuarto Ruiseñor. Me tranquilizaba diciéndome que aquello era meramente transitorio, como un favor para Minnie. Y a era un miembro activo del cuarteto: cantaba, lo cual no era un favor para nadie. Minnie le dio más clase a nuestro cuarteto comprándonos claveles rojos de papel para llevarlos en las solapas cuando estrenamos en Asbury Park. El gran problema de Minnie consistía siempre en buscar la manera de darle clase a nuestro espectáculo.

BOSTON: Obtuve mi primera carcajada en escena, en el Oíd Howard Theatre de Boston, famoso teatro de revista. Nosotros, los Ruiseñores, con nuestros trajes de dril blanco y los falsos claveles, hacíamos un número de «olio». Con las manos en los hombros del vecino y balanceándonos al compás de la música, cantábamos «Mandy Lañe». Casi nadie le había prestado la menor atención a nuestro número (ni siquiera el pianista, que se concentraba en mirar el reloj para ver si ya era la hora de ir a cenar), hasta nuestra última noche.

En el Old Howard, los palcos daban toda la vuelta al edificio, como una herradura gigantesca, y los palcos del proscenio colgaban sobre el escenario. El sábado por la noche, entre dos *shows* de variedades, tres borrachos ocuparon el palco del proscenio situado a la derecha del escenario. Estuvieron moviéndose y haciendo ruido durante todo el «olio» y especialmente durante nuestra ejecución de «Mandy Lañe». En medio de la canción, oí a uno de los borrachos decir a sus compinches:

—¡Eh, mirad! ¡Veréis cómo le doy al segundo chico empezando por el final!

El segundo chico empezando por el final era yo. Me dio: con un chorro de zumo de tabaco que cayó sobre la solapa de mi chaqueta de dril banco.

—¡Mirad esto! —dijo el borracho— ¡Le voy a dar de nuevo!

Antes de que me diera de nuevo, retrocedí dos pasos y fui a resguardarme detrás de Groucho, sin perder el ritmo ni apartar los ojos del público. El público aulló. Nunca habían visto nada tan divertido en el entreacto y probablemente nunca más lo vieron. Pero no fue gracioso para mí ni para Minnie, que se pasó gran parte de la noche frotando la mancha de zumo de tabaco de mi traje.

TUSCALOOSA, ALABAMA: Ahora que trabajábamos fuera de Chicago, en funciones únicas, estaba dispuesto a todo para arrancarle una carcajada al público. Cualquier cosa para romper la tediosa rutina del Ruiseñor de dril blanco y voz tipluda. Groucho tenía el único número cómico de nuestro espectáculo; caracterizaba al repartidor de pedidos de un carnicero, con un cesto del que colgaba una ristra de salchichas. Esa escena, que se suponía debía ser motivo de hilaridad, desembocaba en nuestro número final: una canción llamada «Peasie Weasie». La letra tenía un número infinito de coplas, suficientes para todas las subidas de telón que pudiéramos conseguir. Tenía que ser infinita: le había costado a Minnie cincuenta dólares, que en aquellos tiempos era una cantidad infinita de dinero.

Como cualquier otra camada de chicos indisciplinados y de espíritu alegre, podíamos estallar en cualquier momento en payasadas y peleas, con una especie de combustión espontánea. Pero mientras otros chicos gastaban sus energías emprendiendo batallas de almohadas, dando patadas a las latas o jugando a la pelota, para consternación de sus padres, nosotros a menudo los quemábamos haciendo pedazos un número por cuya ejecución nos estaban pagando, para consternación de nuestros padres y del gerente que nos había contratado y del público que había pagado para vemos.

Aquella noche en Alabama, estábamos tan aburridos que paramos de cantar en medio de «Mandy Lañe», porque vimos un escarabajo grande que

cruzaba el escenario. Los cuatro nos pusimos a gatas y empezamos a seguir al escarabajo, apostando si era una cucaracha, una sabandija o una chinche.

Este tipo de tonterías, cometidas en escena, eran por supuesto una excusa válida para que el gerente bajara el telón y nos dejara sin un centavo. Frenchie, que estaba sentado en medio del patio de butacas, trabajando como Iniciador de Risas (tras haberse pasado todo el día vendiendo metros de tela y *lappas* de puerta en puerta) no podía hacer nada para detenernos. Pero Minnie sí. Ella estaba tras bambalinas, observando todos nuestros movimientos, estirando el cuello como una suspicaz mamá gansa.

Cuando empezamos a gatear tras el escarabajo, Minnie nos puso en orden antes de que fuéramos lo bastante lejos para merecer que nos despidieran.

—Psst, psst —nos llamó. Y a continuación soltó, en un susurro teatral, una palabra mágica y todopoderosa:

—*¡Greenbaum!*

Greenbaum, como recordarán, era el banquero que tenía la hipoteca sobre nuestra casa de Chicago. Faltar a una mensualidad de señor Greenbaum podía significar la pérdida de nuestro nuevo hogar y dejar de pertenecer a la aristocracia de los propietarios. Peor que eso, significaría perder un sótano en el que cabía una mesa de billar.

Pocas veces fallaba: bastaba una sola emisión de la palabra mágica. Cuando no daba resultado, Minnie no se preocupaba de lo que pudiera pensar el público. Lo soltaba fuerte y claro:

—¡Greenbaum, chiquillos locos!

HAMMOND, LOUISIANA: Nuestros trajes de dril blanco estaban ajados, astrosos y desconsolados. La clase de los Ruiseñores estaba viniendo a menos rápidamente. No podíamos permitirnos comprar trajes nuevos, así que Minnie redecoró el espectáculo comprando (a cambio de un talonario de entradas gratuitas y dos dólares en efectivo) dos mandolinas de segunda mano, para que Gummo y yo las tocáramos durante el número final, y rebautizó el espectáculo con el nombre de «Las Seis Mascotas».

Groucho ya tenía una guitarra y todos los parlamentos del espectáculo. Gummo y yo no hacíamos más que cantar en el cuarteto y darle a las

mandolinas entre los versos de «Peasie Weasie». A Gummo no le importaba, pero a mí sí. Yo quería tener una especialidad propia. Practicaba al piano en todos mis ratos libres.

EN ALGÚN LUGAR DEL MISSISSIPPI: Hice mi debut como solista de piano, tocando «The Holy City». (La ciudad sagrada) en siete variaciones que había aprendido yo solo, desde el vals hasta el *ragtime*. No hubo mucha asistencia a mi debut. Tuve que competir con un linchamiento al otro extremo de la ciudad, y el teatro sólo estaba lleno en una cuarta parte. Así y todo, fue un éxito. Minnie dijo que podía conservar mi especialidad en el espectáculo.

EN ALGÚN LUGAR DE ARKANSAS: Descubrí que en la comedia no todo son risas. Después del espectáculo, mientras descansábamos aplastando moscas y contábamos la pasta para ver si teníamos suficiente para dormir en camas esa noche, un personaje nativo se acercó cabalgando hasta la puerta trasera del teatro.

—¿Quién de vosotros es el tipo cómico que lleva el cesto de salchichas? —inquirió.

Groucho, creyendo que tenía un nuevo admirador, se adelantó y se identificó. El nativo le miró desde su montura con ojos relucientes y hostiles.

—Mi hermana es la que toca el piano en este teatro —dijo—. No quiero volver a oírte hablándole de esa manera o te volaré tus sesos yankis. ¿Me oyes?

Groucho le oía. Pensaba que había añadido un toque sutil, aquella noche, guiñándole un ojo a la pianista que estaba en el foso, y diciéndole:

—Adoro a mi mujer, pero, ¡oh, chiquilla!

EN ALGÚN LUGAR DE TEXAS: Perdimos a Jenny, nuestra cantante. Jenny tenía una hermosa voz de soprano, aunque siempre desentonaba. Además era guapa, aunque su ojo izquierdo bizqueaba y solía vagar por todo el local, y Minnie tuvo que hacerle una peluca especial de medio lado para

cubrirlo. Por lo demás, Jenny era una chica estupenda, aunque un poco ninfómana.

Perseguía ardientemente cualquier par de pantalones largos: gerentes de teatros, empleados de hotel, idiotas locales o dignatarios igualmente locales. Afortunadamente, nosotros éramos aún un espectáculo infantil con pantalones cortos, y ella no nos consideraba caza permitida. Finalmente, Jenny llegó a ser un problema demasiado grande. Por acuerdo mutuo entre los Marx y cualquiera que fuese la población en que nos encontrábamos, se le pidió que se marchara de allí y, de preferencia, que se marchara del estado de Texas en su totalidad.

Sin embargo, nos sentimos tristes cuando el comisario escoltó a Jenny hasta la estación y ella subió al tren con dirección al Norte, tristes y un poco culpables también. Pero cuando el tren partió ya no nos sentimos tan mal. Jenny nos dijo adiós con la mano, alegremente, desde la cabina del maquinista en cuyo regazo estaba sentada.

No había cantantes de recambio en aquellos parajes, de manera que Minnie envió un cable a la tía Hannah, en Nueva York, para que le pidiera prestado el dinero del billete al tío Al y se reuniera inmediatamente con nosotros. La tía Hannah sólo podía cantar tres notas, pero en cambio no representaría un problema tan grave como la chica estupenda a la que debía sustituir: tenía su propia peluca.

DENISON, TEXAS: Fue un momento y un lugar que nunca olvidaré. Era el año 1913 o tal vez 1915. Ahora que pienso en ello, el lugar puede haber sido Bonham o Sherman, en vez de Denison. Pero en Texas. Eso es seguro. Otro hecho más importante aún es que en aquella población, los Hermanos Marx volvieron a nacer, profesionalmente hablando. Nos convertimos en un espectáculo cómico.

Al público de Denison le encantaron las Seis Mascotas. Tanto, que el gerente del teatro nos pidió que nos presentásemos una noche más, pero con una condición: que no repitiésemos el mismo espectáculo. Si hacíamos algo nuevo, él se encargaría de que nos viese el mismo público. Minnie, sin pensárselo dos veces, aceptó. No habíamos tenido oportunidad de hacernos

con un botín así desde nuestras primeras semanas en el territorio virgen de Chicago.

Luego Minnie se lo pensó dos veces. No *teníamos* ningún número nuevo. Teníamos un espectáculo y punto. Con el solo de bajo, el solo de Groucho y la rutina del chico del carnicero, mi «Holy City», el trío de mandolinas, el popurrí del sexteto y «Peasie Weasie», nuestro repertorio se agotaba. Lo único que sabíamos hacer, aparte de lo anterior, eran reverencias, y si veíamos que el público no estaba prestando suficiente atención, les hacíamos cantar «Dixie» a coro.

Minnie convocó una asamblea familiar, a la hora de la cena en la pensión. ¿Qué podíamos presentar mañana por la noche? Un decorado nuevo podría ayudarnos a disfrazar el mismo espectáculo. Pero no teníamos de dónde sacar un decorado nuevo. En realidad, no teníamos decorado, ya que no actuábamos en un teatro sino en la sala de conferencias de una escuela. Groucho, veterano actor de la familia, tuvo una inspiración.

—¿Por qué no ponemos *School Days*? Tuve que seguir ese espectáculo por todo Montana y me lo sé de memoria.

Todos habíamos visto *School Days* por lo menos una vez. Era el viejo número de Gus Edwards, un chiste manido, probado y seguro. Minnie repasó mentalmente nuestros trajes y accesorios. Teníamos todo lo que necesitábamos. En cuanto al escenario, la sala de conferencias de la escuela era perfecta.

Groucho nos puso al corriente del desarrollo de la obra, y Minnie elaboró el elenco. *Herr* Profesor: Groucho. Niño hebreo: Gummo. Patsy Brannigan, Desesperación del Maestro: Harpo. El Niño de Mamá (siempre «el Marica» entre los del oficio): el bajo. La niñita aplicada: tía Hannah. La niñita no tan aplicada: Minnie.

Mi disfraz de Patsy Brannigan era delicioso. Minnie sacó la peluca que había hecho para Jenny, nuestra ex cantante, cortó la parte que servía para cubrir el ojo estrábico de Jenny y la tiñó de rojo. Cosió parches de colores brillantes en mis pantalones de viaje, que de todas maneras estaban bastante derrotados, y utilizó un trozo de cuerda a manera de cinturón. El disfraz incluía también mi querido jersey de cuello de cisne y un decrépito gorro de castor que Minnie rescató del ático de la pensión.

Como toque final, antes de entrar en escena, me enrojecí las orejas, me pinté algunas pecas y oscurecí tres de mis dientes delanteros. No podía esperar a entrar en acción. No había estado tan ansioso de representar un papel desde los tiempos en que me vestí de prostituta barata para darles un susto de muerte a las hermanas Baltzer.

A la espera de mi entrada, me senté frente al espejo admirando mi nueva caracterización. Me lancé un Gookie grande, gordo y hermoso, y justo entonces Minnie entró. No le pareció gracioso lo que yo estaba haciendo. Me golpeó con el puño en el hombro. «Greenbaum», dijo suavemente, sacudiendo la cabeza. Entendí el mensaje. Nada de bromas. Nada de patochadas. Atenerse a *School Days*.

Nos atuvimos a la comedia y tuvimos un gran éxito. Le gustamos más al público la segunda noche, como comediantes, que la primera, como cantantes y pellizcadores de mandolina. Mi gran escena en el nuevo espectáculo era la parte del alfabeto, con Groucho. Iba más o menos así:

MAESTRO (restallando su vara, un par de duelas de barril): Patsy Brannigan, ¡basta de triquiñuelas! Póngase de pie y recite el alfabeto.

PATSY (rascándose la cabeza, pensando con toda su alma): El alfabeto… deme una pista, maestro.

MAESTRO (fulminándole con la mirada, nariz contra nariz): Muy bien, *dumkopf*, le daré una pista. ¡A, A, A!

PATSY: ¡Ah!

MAESTRO: Nada de «Ah». ¡A!

PATSY (encaminándose a su asiento): Eso es el alfabeto: «A».

MAESTRO: Eso no es el alfabeto. Vuelva usted aquí.

PATSY: ¿Hay algo más?

MAESTRO: Hay algo más. Continúe, por favor.

PATSY: Deme otra pista

MAESTRO: Bbbb, bbbb, bbbb…

PATSY: ¿Bbbb?

MAESTRO: Bbbb.

PATSY: ¿Bbbb?

MAESTRO: Bbbb.

PATSY: ¿Bbbb?

(Durante este diálogo, han descendido, nariz contra nariz, casi hasta el suelo).

MAESTRO: ¡Nada de «Bbbb», *dumkop*!

PATSY: Deme alguna pista.

MAESTRO: ¿Qué es lo que zumba alrededor de las flores? ¡Bzzz![20]

PATSY: (empieza a espantar y a tratar de aplastar entre las palmas a una abeja invisible).

MAESTRO: ¡Be!

PATSY: ¡Be! Eso es el alfabeto: «A, B.» (se encamina a su asiento).

MAESTRO: Vuelva aquí, jovencito. Eso no es el alfabeto.

PATSY: ¿Hay más? Deme una pista de lo que viene después de la B.

MAESTRO: Le daré un pista. ¿Qué es lo primero que hace usted cuándo se despierta por la mañana? Sssssss…[21]

PATSY: (mira al maestro con ojos desorbitados y escandalizados).

MAESTRO: ¡«Ce», *dumkopf*! Lo primero que hace usted por la mañana al despertarse es «ver».

PATSY: eso no es lo primero que *hago* por la mañana.

MAESTRO: (termina con la lección imposible haciendo restallar la vara).

Que digan lo que quieran, pero era mucho mejor que ser un Ruiseñor o una Mascota, con un traje de dril blanco, y cantar «Mandy Lañe». El público también lo consideró así. Les encantó lo de Denison (o Bonham o Sherman), en 1913 (o 1915).

VIII
DE CÓMO SILENCIARON A PATSY BRANNIGAN



A partir de entonces, los Hermanos Marx en *School Days* era una pieza fija de nuestro espectáculo. Funcionó de maravilla por todo el Sur y el Suroeste, y pasábamos más de la mitad de las noches en hoteles. En las poblaciones grandes (grandes para el vodevil de segunda división) como Alexandria, Louisiana o Lubbock, nos retenían dos y hasta tres noches. Frenchie volvió a Chicago con el dinero que debíamos de la hipoteca, y con ideas vagas para emprender un negocio propio: el primer restaurante alsaciano del Medio Oeste. En Commerce, Oklahoma, Minnie contrató a una joven india como prima donna, no tanto por su voz sino porque llevaba

el pelo peinado en largas trenzas. La Niñita Sabihonda de *School Days* tenía que llevar coletas y la tía Hannah, cada vez más proclive a la acidez y a los ataques de vesícula como resultado de una dieta continuada de tamales picantes fríos, espaguetis y judías fritas, había huido de vuelta a Nueva York, llevándose consigo su peluca de coletas.

Contra el parecer de Minnie, empezamos a introducir variaciones y morcillas en la escena del colegio. Conseguimos una gran carcajada una noche en que el Maestro me hizo quitarme el sombrero y a mí se me cayó una naranja de la cabeza. Le di la naranja al Maestro, y él me dijo que volviera a ponerme el sombrero porque le gustaría tener otra para más tarde. Conseguimos una carcajada todavía mejor luego, cuando el Maestro dijo:

—¿No te entra nada[22] en esa cabeza dura?

Y Gummo me clavaba un estilete a través del sombrero mientras yo respondía al *Herr* Maestro asintiendo con entusiasmo.

ADA, OKLAHOMA: Todavía tascábamos el freno por liberarnos y armar bulla en el escenario, pero Minnie era demasiado rigurosa con nosotros. Entonces aquella noche, en Ada, tuvimos la oportunidad dorada de derribar todas las barreras. En medio de *School Days*, mientras el Maestro le daba al Niño Hebreo una «leksion te la lengua indlessa», el público se levantó de repente y salió corriendo del teatro.

Minnie se levantó de su pupitre, dejó el escenario y corrió tras ellos para averiguar qué había pasado. Con el público desaparecido, y también Minnie, nosotros nos lanzamos al ataque. El Bajo y la Prima Donna retrocedieron presas del pánico, mientras Groucho, Gummo y yo forcejeábamos, nos columpiábamos, intercambiábamos fintas, tropezábamos, rodábamos, desgarrábamos nuestros disfraces hasta dejarlos hechos trizas y demolíamos el escenario en pedazos, gesticulando como tres gorilas dementes. Cuando Minnie volvió todavía estábamos ocupados.

—¡Deteneos! —dijo—. ¡Ahora vuelven! Era una mula que se había escapado, pero ya la han cogido.

El público volvió pero nosotros no nos detuvimos. Llevábamos demasiado gas. Minnie saltaba y siseaba y greenbaumaba por todo el local, pero no obtuvo resultado alguno. Esta vez sabíamos que estábamos

haciendo lo que había que hacer. El público aullaba y se desternillaba con nosotros. ¿Cómo se puede seguir a una mula fugitiva sino haciendo el caballo?[23]

El gerente reconoció que había sido un espectáculo bueno y lleno de vida. También accedió a hacer deducciones justas y ajustadas de nuestro porcentaje por el coste del mobiliario y los trastos rotos. Pasó mucho tiempo antes de que volviésemos a tomarnos libertades con el espectáculo. Con las deducciones, nuestra ganancia neta fue de menos siete dólares, que tuvimos que pagar antes de dejar la población. Estábamos varados, y el verano se acercaba como un horno ardiente. Minnie tuvo que tragarse su orgullo y poner un cable al tío Al pidiéndole el dinero del rescate.

SPRINGFIELD, MISSOURI: Camino de casa, decidimos probar suerte en una de nuestras escalas y presentar una función única. Al acabar el espectáculo, el gerente nos preguntó si uno de nosotros quería ganarse un dinerillo extra. Su cantante de canciones ilustradas no se había presentado y estaba dispuesto a pagar cinco dólares a cualquiera que se ofreciese voluntario para ocupar su lugar. Nunca sabré por qué, pero me ofrecí para cantar. Mi voz todavía no se había decidido entre cambiar a un registro de hombre o renunciar para siempre y resignarse al falsete. Tal vez me sentía culpable de haber llevado la voz cantante en el zipizape de Oklahoma.

Así que canté ante las diapositivas musicales. Ni en una función de aficionados se vio jamás una actuación tan pavorosa. Cuando salí, el empresario estaba furioso. En vez de pagarme cinco dólares, dijo que iba a cobrarme cinco dólares de multa. Yo también me puse furioso.

—¿Ah, sí? —le dije—. Venga a cobrar su maldita multa.

Groucho, Gummo y el bajo cerraron filas lealmente junto a mí.

Trató efectivamente de cobrar, con ayuda de un tramoyista. Nos persiguieron armados con cachiporras. Pero les sorprendimos: sacamos nuestras propias cachiporras (esto sorprendió también a Minnie, que no sabía lo bien preparados que estábamos). Hubo una pequeña escaramuza, pero logramos llegar al tren con sólo algunos cortes y contusiones leves. Fue una victoria moral. No tuve que pagar la multa de cinco dólares, pero los Hermanos Marx tampoco cobraron su trabajo de aquella noche.

ASÍ PUES, DE VUELTA A CHICAGO: De vuelta en casa tras seis meses en los caminos, nos restañamos las heridas, nos sacamos el polvo de álcali de los poros, a base de mucho fregar, y los piojos del cabello, y nos entregamos a un orgía romana con los platillos de Frenchie.

Salí a la ciudad para ver qué había sucedido en el mundo del billar, el pinacle y el *poker* durante nuestra ausencia. Groucho sacó una pila de libros de la Biblioteca Pública y se enroscó para leer durante todo el verano. Gummo fue a pasar el rato con Zeppo en el garaje del barrio, montando y desmontando, y aprendiendo los misterios del automóvil. Chico había vuelto a Nueva York, para trabajar como solista.

Pero nuestras vacaciones no duraron mucho. Pronto tocamos el fondo de los ahorros que Minnie había ido escamoteando, y el señor Grenbaum no parecía estar a punto de volverse amistoso y compasivo con la familia Marx.

Sólo podíamos hacer una cosa: volver a trabajar. No podíamos esperar a que empezara la nueva temporada. Minnie, pertrechada con los programas y recortes de nuestra triunfal toumée con *School Days*, se fue al centro a hacer la ronda de los agentes de contrataciones. Nos pasamos el resto del verano entrando y saliendo de la ciudad, saltando por los locales de las afueras con presentaciones de una o dos noches.

Frenchie, tras desechar la idea de abrir un restaurante, se incorporó al equipo. Se convirtió en nuestro Administrador y Adelantado, así como Iniciador de Risas. Como Administrador, organizaba nuestros viajes de tren y nos buscaba pensiones si teníamos que pernoctar en el sitio en que actuábamos. El precio normal en aquellos días era de un suplemento de 1,60 dólares sobre el precio del billetes por una litera superior. Frenchie regateaba con el hombre de la taquilla como si fuese un cliente al que tratara de vender una *lappa* deshilachada. Mantenía una oferta de un dólar por una litera superior. El vendedor de billetes no cedía. Según las reglas de la compañía, no podía rebajar los precios.

—Muy bien —declaraba Frenchie—, todos al vagón.

Abordábamos obedientemente el vagón. Sabíamos que Frenchie jamás podría ganar un regateo con la oficina de billetes Pullman, pero siempre

merecía nuestro respeto por intentarlo. Una vez en marcha, Groucho inspeccionaba el tren. Si encontraba una litera de arriba vacía, le ofrecía al revisor un dólar por ella. El revisor se alegraba de cobrar un dólar adicional bajo mano y hacía la vista gorda cuando los cuatro trepábamos a la litera, gritando y empujando. Si el mozo nos veía y empezaba a armar escándalo, Groucho le daba veinticinco centavos. Lo máximo que llegábamos a gastar era 1,25 dólares, con lo que nos ahorrábamos treinta y cinco centavos sobre el precio normal. Treinta y cinco centavos no era cosa despreciable. Era lo que costaba ir al cine y jugar una partida de billar los cuatro.

A veces, el abuelo nos acompañaba en nuestros viajes cortos para conocer un poco más el país del que se había hecho ciudadano. En tales ocasiones, Frenchie insistía cortésmente en comprar una litera inferior para el abuelo, que tenía ya más de noventa años. Pero cuando el tren se ponía en marcha, el abuelo insistía en subir a la litera de arriba y dejarnos a nosotros la de abajo. Esto le hacía sentir que estaba contribuyendo en algo a nuestro éxito. Y verdaderamente así era. Se descansaba mucho más en una litera de abajo, si ésta era compartida por los cuatro movedizos Hermanos Marx.

La mayor parte del tiempo, durante aquel verano, Frenchie viajaba antes que nosotros, como Adelantado nuestro. Su tarea consistía en preparar el teatro, poner carteles por toda la población y encontrar una pensión buena y limpia que estuviese a nuestro alcance. Si el lugar era suficientemente limpio, pero no muy bueno en el aspecto culinario, Frenchie se introducía allí y se encargaba de cocinar para nosotros. Naturalmente, nadie había probado guisos como los de Frenchie en Cedar Rapids, Kalamazoo o Urbana, y por eso siempre le pedían que se quedara en la ciudad y abriese un restaurante.

Cuando Frenchie no estaba allí para cocinar, comíamos sobras. Las sobras de las pensiones son iguales desde Seattle hasta Sandusky: macarrones con queso fríos y ya sin nada de queso, puré de patatas duro y frío con los bordes amarillentos, un solitario pepinillo flotando entre semillas en un tazón de jugo de pepinillos, grandes masas de *puding* de pan rancio y café tres veces recalentado con la leche dentro, de un color violáceo enfermizo y con un pliegue de nata encima. No me quejaba, tenía

demasiada hambre. Todo estaba bueno para mí, pero ¡ay, cómo añoraba a Frenchie!

No siempre era fácil conseguir que Frenchie se lanzara fuera de la ciudad como Adelantado. El traslado al Medio Oeste y el ascenso de sus hijos en el mundo del espectáculo no había cambiado mucho a mi padre. Era tan aquiescente, confiado, dulce y despistado como siempre.

Una noche, todos acudimos a la Estación de la Calle 63 a despedir a Frenchie que se iba de Chicago. Fue una despedida lacrimosa, llena de tibios sentimientos y besos. Se podía pensar que partía como Adelantado nuestro en una gira por el mundo entero. Mientras el tren se alejaba, él agitaba la mano una y otra vez, se enjuagaba una lágrima, y de nuevo agitaba la mano y se enjuagaba.

Veinte minutos más tarde, Frenchie se encontró en el centro de Chicago. Había tomado el tren que entraba en vez del tren que salía.

Así que a la noche siguiente partió solo, cargado de consejos sobre en qué lado de la estación tenía que ponerse. Aquella vez Frenchie no quería tontas despedidas sentimentales. Estaba tan decidido, en realidad, a ser práctico y eficaz en los negocios, que se le olvidó el billete. Según pudimos averiguar más tarde, le fue igual de difícil salir de Chicago la segunda vez.

El inglés de Frenchie no había mejorado mucho desde el día en que llegó a Estados Unidos procedente de Alsacia-Lorena. Tenía problemas especialmente con las des y las tes. Le dijo al cobrador:

—Deme un billete para Derroda.

Pero el cobrador no le entendía. Frenchie lo intentó de nuevo, sin éxito. Finalmente dijo:

—Qué diablos, sabe usted, es un lugar que está a dos noventa de aquí.

Le vendieron un billete por 2,90 dólares y se subió al tren, un tren que salía de la ciudad.

A la mañana siguiente, muy temprano, Minnie recibió una llamada de larga distancia de Frenchie. Minnie dijo:

—¿Hola, Sam?

Frenchie le dijo con voz quejumbrosa:

—Minnie, ¿dónde estoy?

Pero la suerte le acompañaba. Resultó que estaba en Terre Haute, Indiana, que era donde debía estar.

—Esso es —dijo Frenchie—. Derroda.

Aquel verano ganamos dinero suficiente para comprarnos una mesa de billar de segunda mano para el sótano. Pero antes de que pudiésemos agenciarnos palos y bolas para jugar, llegó la temporada de otoño y la hora de volver a ponemos en camino.

WAUKEGAN, ILLINOIS: En medio de mi primer parlamento de *School Days*, el asunto de la naranja de mi sombrero, se me ocurrió mirar al foso de la orquesta. No pude creer lo que veían mis ojos. En vez de darle la naranja al Maestro, dejé escapar un alarido, me enrosqué como un lanzador de béisbol y se la tiré al pianista. Éste la cogió y me la tiró de vuelta. Cuando Groucho y Gummo vieron lo que estaba ocurriendo, empezaron a gritar y a vitorear. Lanzamos todo lo que encontramos al foso de la orquesta: sombreros, libros, tizas, borradores, estiletes.

El pianista se rindió. Subió al escenario, se sentó en uno de los pupitres y se incorporó a la representación. Era Chico.

No recuerdo mucho sobre el resto de nuestra actuación de aquella noche, excepto que Chico improvisó una parte divertidísima en el papel de niño italiano, y que el violinista de la orquesta estaba tan maltrecho que casi hubo que suspender la representación. El violinista era un chico llamado Benny Kubelsky, natural de la propia Waukegan. Hasta el día de hoy —en que, como Jack Benny, se le conoce como Primer Ciudadano de Waukegan —, todavía no puede ver a los Hermanos Marx sin sentirse maltrecho.

ANN ARBOR, MICHIGAN: Ahora teníamos a Chico y un espectáculo de dos actos completos. El Primer Acto era *School Days* y el Segundo Acto, *Musical Varieties* (Variedades musicales).

—Hay que despedirse siempre con una canción —decía Minnie—. Si se van a casa silbando, es que has causado sensación.

Nosotros no estábamos de acuerdo. Pensábamos que era mejor despedirles con una carcajada. El acto cómico debía cerrar el espectáculo en vez de iniciarlo.

—Greenbaum contra eso —decía Minnie.

La primera crisis de la temporada se presentó cuando llegamos a la población universitaria de Ann Arbor. Nuestro tenor, contratado por 25 dólares a la semana, nos abandonó por un espectáculo en que le daban 27,50. La desaparición de su parte como Marica de *School Days* no se notaría, pero su solo operístico era uno de los números fuertes de la mitad musical del *show*. Además, era propietario del único esmoquin de la compañía, y éste nos había dado muchísima clase.

Groucho le dijo a Minnie que no se preocupase. Cantaría «La Donna E Mobile».

—Muy bien —dijo Minnie—, ¿pero y el esmoquin?

Chico ya lo tenía todo pensado.

—Despide al pianista del foso —dijo—. Yo tocaré la pieza de ópera en el piano del escenario y con la pasta que ahorremos podemos alquilar un esmoquin.

Minnie nos bendijo a todos y partió hacia Chicago, para ir de compras en busca de un nuevo tenor por veinticinco dólares.

Así que Groucho cantó el aria de tenor. Es decir, la *empezó*. Alrededor del duodécimo compás, le asaltó un ansia histérica y compulsiva de armar bulla (todos lo veíamos venir, claro, en cuanto se marchó Minnie) y dejó de cantar.

—No me gusta tu tono, Giuseppe —le dijo a Chico.

—¿Qué le parece éste, jefe? —respondió Chico, pasando a do menor.

—Peor aún —dijo Groucho.

Yo estaba tras bambalinas, pero no por mucho tiempo. Aquello era demasiado divertido para perdérmelo. Corrí al escenario y empujé a Chico fuera del taburete del piano y empecé a tocar «La Ciudad Sagrada», en la variación de marcha rápida.

Groucho me sacó de allí de otro empujón. Chico sacó a Groucho. Yo empujé a Chico. A lo largo de toda la absurda ronda, el piano siguió sonando y Groucho siguió cantando «La Donna E Mobile» en un italiano de doble sentido.

Bueno, el teatro se vino abajo. Seguimos haciendo payasadas todo el rato, hasta el final, en que tocamos una versión a tres manos y en tres claves

de «Waltz Me Around Again, Willie»: Chico en el taburete, yo sentado en los hombros de Chico y Groucho agachado detrás de nosotros, alargando los brazos en torno a Chico como tentáculos, y todos cantando.

Nos dejamos caer como un castillo de naipes, nos levantamos de un salto, cogimos las mandolinas y empezamos con «Peasie Weasie». Nunca nos habíamos divertido tanto ni habíamos recibido una ovación semejante. Salimos a saludar siete veces y no hubo necesidad de que nadie cantase «Dixie».

Por primera vez, nuestro espectáculo obtuvo una nota en los periódicos. El crítico local fue muy elogioso. «Los retozones Hermanos Marx, con sus disparates operísticos», escribió, «fueron un cambio grato y refrescante frente al gastado vodevil que estábamos viendo en Main Street». El empresario nos preguntó si podíamos actuar allí el resto de la semana. Groucho, nuestro portavoz en ausencia de Minnie, dijo que podíamos considerarlo si el precio era adecuado. El empresario hizo una oferta difícil de resistir. Dijo que pagaría el alquiler del esmoquin del tenor durante toda la semana. Firmamos el acuerdo.

Minnie estaba terriblemente deprimida cuando descendió del tren lechero Michigan Central al día siguiente. Había recorrido toda la espesura de Chicago y no había encontrado a un tenor dispuesto a dejar la ciudad por menos de treinta dólares a la semana. Le enseñamos nuestra reseña periodística y esto le levantó los ánimos.

Entonces dijo, con tardía comprensión:

—¿*Qué* disparates operísticos? ¿En el *segundo acto*?

Le contamos toda la historia, muy honestamente. Minnie terna opiniones fuertes y era testaruda, pero no era ni intransigente ni tonta. Se quedó pensativa un momento, silbando vaga y alegremente «La Donna E Mobile».

A continuación, dijo:

—Ya os he dicho, chicos, que no debemos intentar hacer otra cosa que un espectáculo cómico. Como tantas y tantas veces os he repetido: «Despidámosles siempre con una carcajada».

Reflexionó brevemente y añadió:

—Siempre que les mandemos a casa silbando.

KALAMAZOO, MICHIGAN: Llegamos a un acuerdo con Minnie. La segunda parte del espectáculo sería la mitad payasada y la mitad variedad musical. Compusimos un epílogo que titulamos *School Days Twenty Years Later* (Los días del colegio veinte años después) o *Mr. Green's Reception* (La recepción del señor Green). El señor Green era el nuevo nombre que le pusimos al Maestro.

En aquel epílogo, el señor Green (Groucho) se había jubilado. En el aniversario de su jubilación, invitaba a sus antiguos alumnos a una recepción en su casa de campo cubierta de enredaderas. Patsy, Giuseppe, Izzy y el Niño de Mamá eran entonces hombres adultos. Se habían convertido, como ocurre a veces, en cantantes de baladas, pianistas, pellizcadores de mandolina y cómicos amantes de la diversión. Le ofrecían a su viejo maestro una función de gala.

Creo que la verdadera razón por la que Minnie capituló y nos permitió hacer *Mr. Green's Reception* fue que vio un hueco en el que podía meter algo de clase. El hueco era la cabaña del señor Cottage. La clase que metió en ella era un ramo de claveles de papel rojos (a dólar las doce docenas, un saldo).

Para ser más precisos, fui yo quien metió las flores artificiales en el decorado. Yo me había acercado mucho a Minnie. Era su confidente y su Asistente en Jefe en el Departamento de Efectos Especiales (clase). Me pasaba más tiempo en el escenario repartiendo trastos, retocando la pintura y poniendo alambres a los claveles que actuando o tocando.

Mr. Green's Reception salió tan bien como *School Days*. El único problema que tuvimos con ella fue en Kalamazoo, donde nos contrataron para actuar una semana entera.

El problema de Kalamazoo se produjo cuando yo hacía mi entrada. Salía en el papel de Patsy (veinte años mayor, con la misma peluca roja desastrada, el mismo jersey de cuello de cisne y los dientes ennegrecidos, pero con pantalones largos), llevando un cubo de basura.

> SEÑOR GREEN: (que milagrosamente había perdido su acento alemán en algún momento del intermedio): ¿Y quién es usted, buen

hombre?

PATSY: ¡Hombre! Pues Patsy Brannigan, el Basurero.

SEÑOR GREEN: Lo siento, no necesitamos por el momento.

En Kalamazoo, como en todos los demás sitios, esto mereció una carcajada. Pero por culpa de eso, nos despidieron del teatro. El dueño del teatro volvió y pronunció las temidas palabras fatales:

—¡Están despedidos!

No era culpa nuestra. No sabíamos el reciente escándalo que se había producido en Kalamazoo, debido a que la mujer del dueño del teatro acababa de fugarse a Escanaba con un recogedor de basuras municipal.

Nos echaron, pero sin embargo obtuvimos una buena crítica en el periódico local. Minnie la leyó seis o siete veces. Cerró los ojos, silbó y pensó durante un rato, luego dijo:

—Chicos, estamos listos para hacer un circuito. Tenemos que ir donde los grandes agentes puedan vernos.

ASÍ PUES, DE VUELTA EN CHICAGO: Minnie pegó nuestros recortes de Michigan en un álbum, se puso el álbum bajo el brazo y tomó el autobús hacia el centro, donde estaban las oficinas de contratación de artistas de teatro. En seguida nos consiguió un contrato en un teatro llamado Thalia, situado en un barrio polaco.

Representamos *School Days* y *Mr. Green's Reception* en el Thalia durante una semana. Obtuvimos una reseña. Decía: «Los llamados Hermanos Marx lo hacen bien, pero en el peor tipo de espectáculo de vodevil. En otras palabras, son tan buenos que apestan». Creo que no fue a vernos ninguno de los grandes agentes.

Pero la fe de Minnie era inconmovible. Al día siguiente del estreno envió un telegrama al tío Al, no pidiéndole dinero, sino ayuda bajo la forma de nuevo material.

El tío Al tomó el tren desde Nueva York y pudo ver la última función. Estaba de acuerdo con el crítico. Éramos buenos pero el material apestaba. El tío Al se quedó sentado toda la noche en la cocina, esbozando un nuevo espectáculo. Conservó unos pocos trozos de nuestras piezas, pero lo que

confeccionó era nuevo en un noventa por ciento, incluido el título: *Home Again* (De nuevo en casa).

En *Home Again*, el señor Green no sólo se había retirado a su cabaña cubierta de claveles, sino que de alguna manera se había hecho lo bastante rico como para salir de viaje al extranjero con su «estupenda» mujer (Minnie) y el «fresco» de su hijo (Gummo). La escena empezaba cuando los Green volvían de Europa. El aire estaba lleno de serpentinas, de confetti y de los biliosos chistes de Groucho sobre el mareo. En el muelle, para recibir al barco, estábamos Chico, un holgazán del puerto, y yo, un matón del puerto. Y o provocaba una pelea con Chico. Acudía un policía a separarnos. Chico y yo nos volvíamos contra el policía y le dábamos *a él* una paliza. El señor Green invitaba a todo el mundo a una recepción en su propiedad campestre. El telón se abría para mostrar todo el decorado: la vieja cabaña cubierta de claveles y, en el fondo, un enorme barco de cartón.

Al final tenía que haber un Efecto Especial espectacular. Sería la cosa más grande que jamás se hubiese visto en un escenario, le dijo Minnie al tío Al con admiración, desde que Ada Isaacs Menken hizo su última entrada con un caballo vivo, allá por 1879. Todos nos amontonaríamos en el barco, y éste, que estaría montado sobre rodillos, se deslizaría a través del escenario mientras todos cantábamos y se apagaban las luces, excepto las de la cubierta. Era todo un avance en comparación con «Peasie Weasie».

Todo ello me parecía muy bien excepto por una cosa: el tío Al no escribió ni una sola línea para mí. Protesté. El tío Al dijo que yo aportaría un maravilloso contraste al espectáculo si actuaba en pantomima. Al diablo con eso. Improvisaría todos los parlamentos que quisiera, dije.

—Bueno, bueno —dijo el tío Al—. Hazlo.

KANKAKEE, ILLINOIS: En nuestras primeras representaciones de *Home Again*, descubrimos que el tío Al no era lo que se dice exactamente infalible. Algunos de sus chistes neoyorkinos no le hacían la menor gracia a la gente del Medio Oeste. Por ejemplo:

> SEÑOR GREEN: Ése debe ser el barco de Far Rockaway.
> SEÑORA GREEN: ¿Cómo lo sabes?

SEÑOR GREEN: (arrugando la nariz): Por el olor a arenque.

No se entendía demasiado bien en Kankakee, Illinois, eso del arenque.

CHAMPAIGN, ILLINOIS: El crítico del periódico de Champaign Urbana escribió algo así: «El Hermano Marx que hace el papel de "Patsy Brannigan" está caracterizado y vestido a la perfección e imita al inmigrante irlandés de una manera muy divertida en su pantomima. Desgraciadamente, el efecto se pierde cuando habla». A continuación, comentaba puntos de menor interés, por ejemplo, que el clímax de *Home Again* era la escena más emocionante que se había visto jamás en Champaign, etcétera.

Cuando leí la reseña comprendí que el tío Al estaba en lo cierto. Simplemente, no podía superar a Groucho o Chico hablando, y era ridículo por mi parte intentarlo. Sin embargo, fue un duro revés para mi orgullo. Cuando le dije a Minnie que nunca volvería a decir una sola palabra en el escenario, se dio cuenta de que me sentía herido, y me miró con tristeza y compasión. Pero no me dijo: «Olvídalo, ¿qué sabrá ese tipo?». No me dijo nada.

Enmudecí. Nunca más dije una palabra, ni en el escenario ni frente a las cámaras, como Hermano Marx.

BELLEVILLE, ILLINOIS: Dedicado ahora en cuerpo y alma a la pantomima, me dediqué a buscar recursos escénicos que no requiriesen parlamentos. Robé una bocina en forma de bulbo de un taxi y me la puse bajo el cinturón para mi papel en *Home Again*. Cuando Chico y yo iniciábamos nuestra riña y el policía nos daba con la porra y me separaba de Chico de un tirón, la bocina decía «¡Honk!» y obteníamos una carcajada nueva.

EAST ST. LOUIS, ILLINOIS: Inventé mi propio epílogo personal. Al final del acto, el barco zarpaba y navegaba a través del escenario con todos a bordo excepto yo. Yo venía detrás nadando, haciendo sonar la bocina como un loco y escupiendo chorros de agua a cada brazada. Una nueva gran carcajada.

ASÍ PUES, DE VUELTA EN CHICAGO:Tras soltarme un solemne sermón, el meollo del cual era Greenbaum, Minnie se fue al centro una vez más con nuestro álbum. Nos consiguió un contrato para hacer el Circuito Pantages. Lo habíamos logrado: una gira de treinta semanas. Se acabaron las funciones únicas. Se acabaron los forcejeos por el porcentaje sobre la taquilla. ¡Una habitación de hotel cada noche! Los Hermanos Marx estaban ya en el camino.

AURORA, ILLINOIS: (Y aquí doy un salto atrás en mi itinerario: un salto de dos o tres años). A las Seis Mascotas no les iba demasiado bien. Minnie, tras examinar detenidamente el problema, se fue a Chicago a intentar remediar nuestra deprimente situación. El espectáculo necesitaba desesperadamente algo más de clase. ¿Pero qué?

En Chicago, Minnie encontró la respuesta. Y tenía que ver conmigo. En Aurora, Illinois, recibí un críptico telegrama:

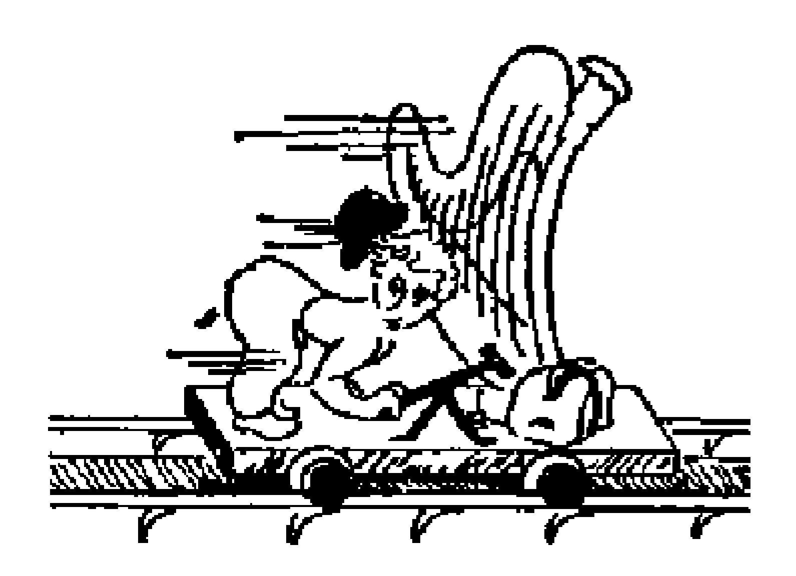
NO ABANDONES LA CIUDAD HASTA QUE LLEGUE TU ENVÍO POR TREN. HAY QUE PAGAR UN DÓLAR POR SEMANA DE ALMACENAJE. NO TE DESPISTES. MINNIE.

Yo no sabía qué esperar. ¿Algo que yo podría utilizar en escena? ¿Un nuevo disfraz? ¿Un perro amaestrado? ¿Un monociclo?

Lo que llegó en el tren de carga fue una caja negra mostruosamente grande, con una forma extrañísima. Dentro del enorme estuche había el instrumento musical más grande que jamás vieran mis ojos.

Un arpa.

IX
PUM-PUMS, PEDALES Y *POKER*



A las dos semanas de la llegada del arpa, la incluimos en el espectáculo. Hasta entonces, cuando tocábamos *chun-pum-pum* para acompañar una canción, las mandolinas hacían el *chun* y Groucho ejecutaba el *pum-pum* con su guitarra. Ahora, yo haría *pum-pums* con el arpa. El arpa pum-pumeaba y respondía con re-pum-pums, como un eco, durante toda nuestra actuación.

Descubrí que el precio de mi arpa era de cuarenta y cinco dólares (diez dólares de Minnie como entrada y un dólar de mi dinero por semana). Esto me hizo tomarle más respeto. Groucho también le tomó más respeto. Ahora

podría ahogar a Groucho —su voz, su guitarra o su mandolina— cuando quisiera, con un simple roce de las cuerdas del arpa.

GADSDEN, ALABAMA: Tras un año de busca y pincha, pellizca y pulsa, ensayo y error, toqué mi primer solo de arpa: «Annie Laurie». Recibí un gran aplauso y me exigieron un encore. El único encore que se me ocurrió fue repetir «Annie Laurie» da capo, con largos deslizamientos de fantasía sobre las cuerdas (yo aún no sabía que se llaman *glissandos* entre las frases de la melodía).

La presencia del arpa (el arpa por sí sola, sin el arpista) había aumentado nuestro promedio de ingresos mensuales en cinco dólares. Una vez más, Minnie había apostado y había acertado. Las posibilidades eran buenas, según la ley de Chico. Plazos de cuatro pavos al mes por cinco dólares al mes de rendimiento.

LITTLE ROCK, ARKANSAS: Por primera vez, toco sólidos acordes, una línea melódica y deslizantes glissandos, en mi exclusivo y nuevo arreglo para arpa de Sexteto de *Luda*. Recibo del público un respetuoso aplauso. Recibo de Groucho miradas asesinas.

ST. JOSEPH, MISSOURI: Iba camino al billar desde el teatro, cuando me detuve en seco ante el aparador de un almacén de baratillo. En medio del escaparate había un cuadro enmarcado de un ángel, sentado en una nube y tocando un arpa. Lo que me hizo detenerme fue que el ángel del cuadro tenía el arpa apoyada contra su hombro *derecho*, no contra el izquierdo. Puesto que nadie me había dicho lo contrario, yo había estado tocando la mía sobre el hombro equivocado.

Ésta fue mi primera lección de arpa. Me puse el instrumento al otro lado, al lado derecho, y me sentí mucho más profesional. Reciba mi gratitud tardía F. W. Woolworth[24] por la información.

MUSKOGEE, OKLAHOMA: Según empecé a descubrir, un arpista tiene problemas que nadie más tiene, ni siquiera el de la tuba o el contrabajo. La tuba no tiene cuerdas, y uno puede llevar un contrabajo en un tranvía.

El arpa, si uno la pulsa con gracia, tiene un tono suave que no te lleva muy lejos. Un arpista necesita un silencio total cuando toca una pieza seria, o no le oirán en absoluto. Descubrí que el público generalmente se daba cuenta de esto y colaboraba. Pero no ocurría lo mismo, en cambio, con los demás intérpretes que había en el programa.

En Muskogee (o tal vez en algún lugar de Kansas), compartió el cartel con nosotros un «escapista», un húngaro pequeño y endeble que dejaba que su mujer, una fornida india cherokee, le atara con muchos nudos. El espectáculo consistía en librarse de las cuerdas —que naturalmente habían sido atadas con nudos de mentira que se deshacían fácilmente— al ritmo de un coro de «La canción del prisionero».

Bueno, el teatro allí era tan pequeño que a los lados del escenario sólo había sitio para un lavabo y nada más. En la parte *pianissimo* de mi Sexte de *Lucia*, oí un ruido curioso que no procedía del arpa. Miré tras bambalinas. El escapista húngaro estaba sentado en el retrete, frente a mí, con la puerta del lavabo, abierta.

Me quedé tan asombrado ante esta visión que dejé de tocar. En aquel momento de silencio, el tipo tiró de la cadena. El ruido se oyó en todo el teatro, hasta la galería. El público, sin imaginar que pudiera ser otra cosa que un efecto especial del arpa, estalló en aplausos.

Me cobré la revancha. El sábado por la noche, el escapista me preguntó si podía ocupar el puesto de su mujer, de modo que ella pudiera preparar al bebé para llegar a tiempo al tren. Yo me mostré encantado de poder ayudarle. Subí con él al escenario y le até con *mi* tipo de nudos. Cuando finalmente bajaron el telón todavía estaba retorciéndose y gruñendo en el suelo. No había podido zafarse del nudo número uno. Tuvieron que arrastrarlo fuera del escenario por los pies y liberarlo cortando las cuerdas con una navaja.

Era el tipo de agravios que los arpistas angélicos nunca tuvieron que soportar.

LAREDO, TEXAS: En Laredo, compartimos cartel con uno de los números de vodevil más tristes que he visto en mi vida: «The Musical Cow Milkers». (Los Ordeñadores de vacas Musicales). Era un dúo. El tipo

llevaba una vaca viva al escenario y, mientras su mujer, con sombrero y delantal de campesina, se sentaba en un taburete y ordeñaba la vaca, los dos cantaban a coro.

Tras el estreno, el empresario los echó. Había que sustituirlos en el programa, dijo, con un segundo solo del «joven Marx que lleva la peluca y toca la cítara grande, o como se llame».

El miembro masculino de los Ordeñadores Musicales se enfureció mucho con el despido. Pasó la frontera de México, se emborrachó y envió por correo un conejo muerto al empresario del teatro de Laredo.

A Minnie le dio un súbito ataque de lealtad y amor maternal. El señor y la señora Ordeñadores Musicales tenían tres niños pequeños. Minnie decido respaldarles. Gritó y sollozó y suplicó para que recontratasen a la pareja. Finalmente, su elocuencia venció al empresario.

—Muy bien, muy bien —dijo—. Los tomaré de nuevo. Los tomaré de nuevo. Los tomaré en lugar de los Hermanos Marx. Ustedes están despedidos.

YOUNGSTOWN, OHIO: A esas alturas mi arpa había recorrido un kilometraje impresionante y estaba muy vapuleada, con tanto entrar y salir de furgones de equipaje, carretas, hoteles y teatros. Había envejecido prematuramente. La madera se tambaleaba y empezaban a aparecer grietas y alabeos. Lo que le ocurrió al partir de Youngstown, Ohio, no le ayudó mucho.

Youngstown es una ciudad que recuerdo con claridad. Siempre que actuaba allí ocurría algo inesperado.

En nuestro primer día en Youngstown, entre dos funciones, fui a una subasta en una joyería. Resultó que el joyero era amigo de un amigo de Chico, y me vendió casi regalado un anillo que me gustó, por dos dólares. A mí me entró la idea fija de que me traería buena suerte. Más valía que así fuera, pensaba, porque cuando me lo puse ya no pude quitármelo.

Cuando acabamos la función, el sábado por la noche, el empresario vino a los camerinos a decirnos que era el cumpleaños del alcalde y que estábamos todos invitados a la fiesta. No estábamos con ánimo festivo. Queríamos dormir bien antes del paso a Indianápolis, de manera que, muy

cortésmente, declinamos la invitación. Pero el alcalde era un hombre insistente. Hizo que el jefe de la policía llevara un coche celular a la puerta trasera del teatro y nos metiese dentro. Nos gustase o no, íbamos a asistir a la fiesta del alcalde.

Mi recuerdo de aquella noche no es muy claro. Me bebí un par de copas, las dos primeras de mi vida, y cogí una trompa de cuidado. Recuerdo que Chico organizó una partida de dados. Recuerdo haber huido de la esposa del alcalde, que me había tomado mucha afición. Cuando finalmente me atrapó en la alacena, el jefe de policía acudió a rescatarme. Lo siguiente que recuerdo es que dos policías me llevaron a casa, junto con una señora a la que nunca había visto antes. Esta señora era mucho más predatoria que la esposa del alcalde. Pero no era mi viril encanto lo que perseguía. Quería mi anillo de dos dólares.

La señora debió forcejear durante la mitad de la noche, tratando de quitármelo. Por la mañana el anillo todavía estaba en mi dedo, y ella se había marchado. También el resto de la *troupe* se había marchado, en el tren de Indianápolis.

Se me ocurrió una gran idea. ¿Por qué no ir en coche a Indianápolis en vez de tomar el tren? Compré un Modelo T descapotable, cargué el arpa en el asiento de atrás, le di cuerda al coche y salí traqueteando hacia el crepúsculo. Fue un viaje espantoso, para decirlo con suavidad. El viejo Ford luchó cuanto pudo, venciendo baches de una rueda de hondo, vadeando arroyos rocosos, arrastrándose por el lodo y saltando malamente sobre grietas y hoyos. Todo lo que se puede descomponer en un Modelo T se descompuso en el mío. Lo empujé y le di cuerda y le di patadas. Lo vitoreé y lo maldije. Y de alguna manera, logré llevarle en brazos, antes de que exhalara el último suspiro, hasta Indianápolis.

Era una hazaña de la que habría podido estar orgulloso de no ser porque mi arpa se había llevado la peor paliza de su vida, en el asiento trasero del Ford. Por la pasta que malgasté en el coche (tuve que venderlo como chatarra), podría haber comprado un arpa totalmente nueva.

EN ALGÚN LUGAR AL NORTE DE MOBILE, ALABAMA: Habíamos tomado el Pullman del sábado por la noche, de Montgomery a Mobile, Alabama.

Alrededor de las cuatro de la madrugada me desperté con un terrible sobresalto. Nos habíamos detenido. El tren había descarrilado.

Cuando logramos salir del vagón, vimos que el desastre era considerable. El Pullman estaba intacto, pero el furgón de equipajes y el primer vagón destinados a los pasajeros de color, se habían dado un buen porrazo y la gente gritaba de dolor allá delante. Nos acercamos para prestarles los primeros auxilios que pudiésemos.

Una hora más tarde, habían hecho su aparición dos «ajustadores» de una compañía de seguros. Recorrieron la fila de heridos, haciéndoles firmar órdenes de descargo mediante pagos al contado: herida leve, un dólar; cortes en la cara, dos dólares; brazo roto, cinco dólares; pierna rota, diez dólares, etcétera. Una vez que alguien había firmado, naturalmente, ya no tenía derecho a demandar al ferrocarril para conseguir una indemnización justa por sus heridas.

Repentinamente recordé mi arpa. Llegué al furgón de equipajes antes que los ajustadores. El estuche se había hecho astillas, pero el arpa en sí no parecía dañada, lo cual era un milagro. Pero nadie te indemnizaba si te ocurría un milagro. Así que lancé el arpa desde el vagón sobre las vías. Ahora ya no había duda de que le había ocurrido algún desastre. Ella misma era un completo desastre.

El hombre de la aseguradora se acercó, la inspeccionó y me preguntó cuánto me costaría una nueva. Cuarenta y cinco dólares, le dije. Me alargó una orden de descargo para que la firmara.

—La regla es el cincuenta por ciento —dijo—. Pero pareces un buen chico. Te pagaré veinticinco dólares.

Minnie me pescó en el momento de firmar el descargo. Me arrebató la pluma de la mano y se la devolvió al ajustador.

—No trate de tomamos el pelo —dijo—. Buscaremos un abogado para que se ocupe del asunto.

El hombre de la aseguradora dijo:

—Malditos yanquis.

MOBILE, ALABAMA: Minnie salió de compras en busca de un abogado local que demandase a los ferrocarriles. Encontró uno. Éste examinó el arpa

y el estuche y dijo que presentaría una demanda de indemnización por contingencia. Los ferrocarriles nos indemnizaron de inmediato. Después de darle su parte al abogado, nos correspondieron doscientos dólares.

Y así fue como me hice con un arpa nueva, mi primera arpa realmente buena, con pedales y todo. Resolví tratarla mejor que a mi viejo modelo de cuarenta y cinco dólares. La tocaría en el hombro correcto desde el principio. Aprendería a afinarla bien (lo único que sabía sobre afinación de arpas era que yo lo estaba haciendo mal). Aprendería a usar los pedales y a tocarla en otras claves además de mi bemol. Y nunca la llevaría de paseo en un Ford Modelo T.

ROCKFORD, ILLINOIS: Seguíamos en el Circuito Pantages; debíamos actuar en un par de poblaciones cercanas antes de emprender el gran viaje a la Costa Oeste y el regreso por Canadá. En Rodckford, nosotros cuatro y un monologuista llamado Art Fisher empezamos una partida de *poker* entre las funciones.

En aquel tiempo había una tira cómica muy popular que se llamaba «Knocko el Monje», y como resultado había una epidemia de seudónimos teatrales terminados en «o». En todos los programas había por lo menos un Bingo, Zingo, Socko, Jumpo o Bumpo[25].

Probablemente había uno o dos en el programa con nosotros, allí en Rockford y seguramente estábamos haciendo bromas al respecto, porque cuando Art Fisher empezó a repartir una mano de *poker*, dijo:

—Una carta cerrada para… «Harpo». Una carta para… «Chico». Una para…

Ahora que se había comprometido, tenía que repartir «nombres en o» a toda la mesa.

Los dos primeros habían sido fáciles. Yo tocaba el arpa y mi hermano mayor perseguía a las chicas. Por un momento, Art se quedó atorado. Luego continuó con el reparto. Una carta para «Groucho» (que llevaba la pasta en un monedero), y, finalmente una carta para «Gummo» (que rondaba por detrás del escenario y espiaba a la gente sigilosamente como si llevara zapatos de *goma*[26].

Aquellos apodos se nos quedaron fijos para el resto del juego y allí, pensamos nosotros, acababa la cosa. Pero no. No pudimos librarnos de ellos nunca más. Fuimos Chicko, Harpo, Groucho y Gummo durante el resto de la semana, el resto de la temporada y el resto de nuestras vidas.

Más tarde, cuando decidimos que aquello debía volverse oficial y dimos los nombres que nos había puesto Art Fisher para que figurasen en el programa, el linotipista cometió un error y eliminó la letra «k» del apodo de Chico. Siendo grande el poder de la letra impresa, el nombre ha seguido siendo «Chico» hasta hoy.

Todavía más tarde, Gummo abandonó el espectáculo y fue sustituido por Herbie, el bebé de la familia. Herbie, dado que siempre estaba colgándose como un mono y practicando acrobacias, recibió el nombre de «Zippo». El «señor Zippo» era la estrella de un famoso espectáculo de chimpancés amaestrados. Nuestro Zippo, comprensiblemente, consideró que aquél no era un nombre muy halagador, e insistió en que su nombre de guerra debía ser «*Zeppo*».

Nunca se sabía qué le podían repartir a uno en una partida de *poker* en aquellos tiempos.

A TRAVÉS DE LA PARTE MÁS OSCURA DE KANSAS, EN LA ROCK ISLAND LINE: Fue mientras hacíamos el recorrido del Circuito Pantages cuando me convertí en un auténtico tahúr. Con el resto de la compañía, viajábamos toda la temporada en un vagón de tren privado. No era un Pullman, sino un vagón de clase «turista» con duros asientos de mimbre. No era en absoluto lujoso. Pero constituía un cálido hogar, entre función y función, para unas treinta personas. En el vagón comíamos, leíamos, escribíamos cartas, hacíamos el amor, discutíamos, peleábamos, ensayábamos y, a veces, dormíamos, pero la mayor parte del tiempo jugábamos a las cartas. El aire estaba siempre lleno de humo y del sonido de las monedas.

Los ferrocarriles trataban a nuestro vagón con muy escaso respeto. Lo golpeaban y empujaban y arrastraban arriba y abajo y a veces lo dejaban olvidado en una vía muerta, a varias millas de cualquier lugar. Nunca descendíamos en las estaciones, como los civiles. Acabábamos en las

estaciones de carga, junto a lingotes de hierro, ovejas y ganado, donde no había nadie para descargar los baúles y las maletas excepto sus dueños.

El *poker* era el juego favorito en el vagón, y en la época del Pantages, se producían algunas partidas absolutamente delirantes que nos hacían pasarnos la noche en vela.

Una temporada, tuvimos a un tipo llamado Mons Herbert en la compañía. Su número consistía en poner la mesa para un banquete y tocar «The Anvil Chorus» lanzando los cuchillos y los tenedores unos contra otros. Para terminar, inflaba un pavo asado de mentira y lo desinflaba de tal manera que silbaba «oh, *dry* those Tears» por la rabadilla.

Pero no admirábamos a Mons Herbert tanto por su capacidad pulmonar como por sus dientes de oro. Tenía una boca deslumbrante llena de oro. Por esta razón, era nuestro jugador de *poker* favorito. No lo sabía, pero enviaba señales cada vez que alzaba sus cartas. Si mostraba dos dientes de oro, sabíamos que tenía un trío, o tal vez dos pares. Tres dientes de oro: un *poker*. Cuatro: una escalera. Cuando no abría la boca y no mostraba ningún diente, se sabía que no tenía nada y que se le podía vencer con un simple par.

En el Pantages, los empresarios locales nos pagaban cada semana y llevábamos todo el dinero en el bolsillo durante el trayecto hasta la siguiente población. A pesar de ello, yo nunca apostaba muy alto. Como Groucho, seguía enviando la mayor parte de la pasta que cobraba a Minnie. Chico era tan leal y bienintencionado como Groucho y yo, pero al parecer no confiaba en el correo de Estados Unidos, porque lo que solía mandar a Minnie eran pagarés.

BUTTE, MONTANA: Los lunes por la noche, se reservaba una parte especial del teatro de Butte, Montana, para las prostitutas y madamas locales. Siempre se tenía asegurado un público magnífico, los lunes por la noche. Con ellas, era imposible hacer mal las cosas. Si alguien se equivocaba o fallaba un pie o metía la pata les encantaba igualmente. Yo nunca lo hice, pero mi perro sí lo hizo una vez.

Era un airedale grande al que llamé «Denver» en memoria de la ciudad en que lo recogí. Denver era muy devoto. Tenía que encerrarle en mi

camerino durante la función para que no me siguiera hasta el escenario. Nunca pude convencer a Denver de que los Hermanos Marx no eran un número canino[27].

Una vez, un lunes en Butte, Denver se soltó mientras yo contemplaba el «espectáculo con clase» que había en el programa (una compañía de *ballet*), desde las bambalinas. Buscándome, se metió en el escenario. Uno de los bailarines trató de ahuyentarle, pero Denver no tenía prisa en marcharse. Antes debía atender un importante asunto. Deambuló hasta el bastidor que se hallaba junto al arco del proscenio. A la luz rosada que iluminaba el bastidor, levantó la pata y atendió su asunto, por sobre toda la superficie del cartel que decía «Danse Oriéntale». A juzgar por la manera en que las muchachas aplaudían y gritaban, fue el mejor final que jamás logró *ballet* alguno.

El empresario no estuvo de acuerdo con el público. Me multó con cinco dólares y me hizo tener a Denver atado fuera del escenario permanentemente.

ELKO, NEVADA: Aproximadamente a partir de aquí empecé a hacer mi número de «meterme bajo la alfombra». En la escena, me perseguía un policía. Yo no sabía dónde meterme. Desesperado, levantaba el extremo de la alfombra y (tal como lo veía el público) me deslizaba debajo, con los pies por delante, sobre la espalda, y desaparecía completamente, como si me hubiera convertido en una hoja de papel. En la alfombra no se veía ni el más mínimo bulto. El numerito nunca fallaba: el público estallaba en carcajadas (especialmente, si —cuando podía permitírmelo, en algunas de las poblaciones más rudas del Oeste— sacaba un dedo por un agujero de la alfombra).

El truco, por supuesto, residía en la forma en que habíamos preparado el escenario antes de la función. El suelo sobre el que se extendía la alfombra no era el verdadero, sino que se montaba utilizando tablas separadas o plataforma^. Bajo el centro de la alfombra había un hueco entre las tablas, cubierto con un bastidor de lona. En esa trampilla me deslizaba yo para ejecutar mi asombrosa desaparición.

SAN FRANCISCO: Al mismo tiempo que nosotros llegamos a San Francisco, llegó la lluvia. Dios mío, cómo llovía. Me empapé en el trayecto hasta el teatro, así que, después de la función de la tarde, salí a comprarme un impermeable en el primer sitio que pudiera encontrar.

El primer sitio que pude encontrar fue una tienda de segunda mano. Compré una gabardina de trinchera de muy buen ver, por tres dólares. Tal vez estaba de buen ver en el estante, pero puesta en mí, según descubrí después de comprarla, parecía una tienda de campaña. ¡Qué diablos! A ese precio, no me importaba lo que pareciera con tal de que me resguardara de la lluvia. Corrí de vuelta al teatro y la colgué en el lavabo de detrás del escenario para que se secara.

Cuando me la puse, después de la función nocturna, se abrió por las costuras. Me enfadé muchísimo. Me dirigí raudo y veloz a la tienda, con la maltrecha gabardina ondeando al viento para recuperar mis tres pavos.

Cuando llegué allí, ya no estaba enfadado. Siempre me fue difícil conservar un enfado durante más de cinco minutos contra nadie, o por nada. Así que salí de la tienda sin mis tres dólares, pero con mi impermeable descosido y un clarinete que acababa de comprar por seis treinta.

Para que no fuese una pérdida total, utilicé el impermeable en la función del día siguiente. Era perfecto. No podía haber encontrado un abrigo de comedia mejor que aquél si lo hubiera mandado hacer. Iba a la perfección con mi vapuleado sombrero, la desastrada peluca y mis pantalones colgantes con su cuerda a manera de cinturón. Adorné el impermeable con enormes trabillas y bolsillos: allí cabía la mitad de un baúl de piezas del decorado. Quedé muy complacido con mi compra y con la previsión que había demostrado al elegir aquél entre todos los impermeables de San Francisco.

SEATTLE: Se incorporó a la compañía un violinista llamado Solly Soloshky. Era un violinista endiabladamente bueno, pero tenía un defecto. Sólo podía tocar los tonos naturales, no los otros. Trató de aprender por sí mismo, pero tenía una especie de bloqueo contra los bemoles y los sostenidos y simplemente no podía dominarlos. Esto reducía

considerablemente su repertorio, y por tanto sus contratos, y lo hacía muy infeliz.

Le mostré a Solly cómo se hacía en el arpa, con los pedales, y casi se pone enfermo de envidia. Me dio mucha lástima. Yo no podía hacer gran cosa por Solly entonces, pero juré que cuando volviese a Chicago haría una batida por todas las tiendas en busca de un violín con pedales, y que si encontraba uno lo compraría y se lo enviaría.

Hasta donde yo sé, Solly todavía debe tener sus esperanzas puestas en la llegada de un violín con pedales.

FARGO, DAKOTA DEL NORTE: Conforme la temporada se acercaba a su fin, todos íbamos estando cada vez más hartos de nosotros mismos, de nuestro espectáculo y del resto de la compañía. Treinta semanas es mucho tiempo. Groucho fue el primero en sucumbir a la tensión.

Tenía que hacer de presentador, porque el que teníamos había sido eliminado del programa. Presentó a «The Creole Fashion Plate». (El Figurín Criollo) —un hombre que se hacía pasar por mujer—, como «The Queer Old Fashion Plate»[28], con lo cual fue a su vez eliminado del programa.

(El actor más fascinante que conocí en aquellos días era una dama llamada Metcalfe, que era una *mujer* que se hacía pasar por un hombre que se hacía pasar por mujer. Para mantener la ilusión y conservar el empleo, tenía que hacerse pasar por hombre cuando no estaba actuando. En escena llevaba una peluca, que se quitaba al final para mostrar su varonil corte de pelo.

—¡Os he engañado! —gritaba al público, con su poderosa voz de barítono. A continuación se iba a su camerino y se vestía de hombre. Engañó a todos los públicos ante los cuales actuó, y a la mayoría de sus empresarios, pero le era difícil preservar su secreto ante el resto de la compañía. Cada vez que iba al lavabo de caballeros, la mitad de los chicos entraban con ella).

ASÍ PUES, DE VUELTA A CHICAGO: Por fin en casa, el cómico que vuelve de las lejanas provincias cansado y con los pies doloridos. Se acercaba el verano y todo estaba bien en el mundo. Minnie estaba en la sala de estar,

pegando recortes en su álbum. Frenchie estaba en la cocina, preparando *sauerkraut* con chuletas. Y el abuelo en el porche, balanceándose en su mecedora, mirando pasar los automóviles y recitando en voz alta las marcas: «Fort… Moxfell… Fort… Dotsch… Shtoots… Pockart… Moxfell… Fort…».

Era el segundo verano de la Primera Guerra Mundial. Gummo fue el único de nosotros que tuvo que incorporarse a filas, y estaba cumpliendo su servicio en un campamento cerca de Chicago. Yo cumplía el mío jugando a las cartas en la trastienda de un expendedor de puros de la Calle 45. En realidad, en aquel sitio había dos tiendas de puros con salas de juego, espalda contra espalda, lo que resultó ser una ubicación ideal.

Según una norma del ayuntamiento, todos los juegos debían terminar a la una de la madrugada. Aquella noche, yo estaba jugando al pinacle en uno de los salones de juego y Chico en el adyacente. Cinco minutos antes de la una, la partida de Chico terminó y él se acercó a mirar la nuestra. Me acababan de dar una fabulosa mano de picas y me tocaba pujar: cuatrocientos puntos. Se acercaba el toque de queda y empecé a sudar. Si perdía esta mano, quedaría en bancarrota para el resto del verano.

Chico le echó una ojeada a mis cartas por encima de mi hombro. Me hizo signos de que me plantara y dio la vuelta a la mesa y salió de la habitación por la puerta trasera. Me planté. Medio minuto más tarde me llamaron por teléfono. Era Chico, que llamaba desde la habitación contigua.

—Guárdate el as de diamantes —dijo—, y tira la sota de triunfos.

En su breve traslación en torno a la mesa, Chico había memorizado todas las cartas de los contrarios. Me dijo exactamente cómo jugar. Volví corriendo y seguí sus instrucciones, y al sonar la una me llevé las apuestas y el bote.

El único tipo que estaba a la altura de Chico en el pinacle era un personaje de Chicago llamado Pete Penovitch. Pete era muy atractivo, lo que constituye un disfraz natural para un tahúr. Medía sus buenos seis pies, pero tenía cara de niño, ojos soñolientos y un mechón de canas prematuras. Parecía un niño perezoso que había crecido demasiado. Pero era todo menos perezoso. Tenía la mente más laboriosa que jamás conocí. Con el complemento de una memoria fotográfica. Cuando jugaba, exigía una

concentración total y no toleraba en la mesa ni un cenicero que pudiera distraerle.

Pete ganaba en el juego como podía, honradamente o con trampas, y con los años logró hacerse con un buen número de enemigos. Ya cuando le conocí, debía tener poco más de veinte años, no se sentaba jamás dando la espalda a la puerta. Recuerdo la primera vez que fui a comer con Pete. Cuando le llegó su torre de panqueques levantó el de arriba y se comió primero el segundo. Por la fuerza de la costumbre, —no podía empezar ni los panqueques por la cima de la baraja.

Más tarde, convertido en guardaespaldas de Al Capone, Pete se metió en un lío serio. Su abogado le aconsejó que se marchara fuera de la ciudad —muy fuera de la ciudad— hasta que pasara el mal tiempo.

—Bueno —dijo Penovitch—, me iré de cacería.

—Perfecto —dijo el abogado—. ¿A dónde irás?

—A Milwaukee.

—*¿Milwaukee?* ¿Y qué demonios vas a cazar en Milwaukee?

—Oh —dijo Pete—, perros, gatos, cualquier cosa que tengan por ahí.

Durante un tiempo manejó un casino en Chicago. Me mostró el local cuando acababa de inaugurarlo. Parecía orgullosísimo. Sólo la ruleta, dijo, podía amortizar toda la inversión. Estaba amañada para que la casa no pudiera perder, aunque los jugadores cubriesen todos los números.

—Si eso llegara a suceder —dijo—, la pelota saltaría de la rueda, se iría botando por la puerta y bajaría por la Avenida Michigan.

Pete solía venir a visitarnos y jugar al billar con nosotros, a veces con su amigo Nick el Griego. Nuestro sótano estaba en aquellos días perpetuamente repleto. Todos jugábamos al billar, hasta el abuelo, que tenía casi cien años. El abuelo nunca necesitó gafas y siguió fumando su pipa, liando sus propios puros, identificando coches y jugando al billar hasta el mismísimo día de su muerte.

El único de nosotros que no podía tolerar la mala vida día tras día era Groucho. Groucho necesitaba estar solo, leer, se pasaba horas enteras leyendo en su Elgin de dos plazas, aparcado en la Calle 33. Una vez terminó un libro sentado allí, mientras el coche colgaba en el aire, suspendido del techo con cadenas en un taller de reparaciones.

A decir verdad, no todo era billar y pinacle en la vida del resto de nosotros tampoco.

Actuamos para muchos campamentos del ejército aquel verano. Y mucho antes de que el verano terminara, a Minnie volvió a entrarle el gusanillo. Era hora de lanzarnos a un circuito mejor. Era hora de que sus chicos adquirieran un poco más de clase.

Una vez más, Minnie lo consiguió. Obtuvo un contrato de una semana en uno de los mejores locales de la ciudad, el Wilson Avenue Theatre. El Wilson pertenecía a la cadena Albee y pagaba las mismas tarifas que el Chicago Palace. (E. F. Albee era el todopoderoso Emperador del vodevil de primera, que gobernaba desde su salón del trono en el New York Palace, el Palacio).

Tras nuestra actuación en el Wilson, nos dieron un contrato de treinta semanas en el Circuito Orpheum. ¡Victoria total!

En nuestro ascenso de clase en clase ya sólo nos faltaba actuar en el Palace mismo. Los Hermanos Marx habían pasado a Primera División.

X
PERO, ¿PUEDES TRANSPORTARLO EN EL CHIEF?



Partimos hacia el Oeste para nuestra primera aparición en la cadena Orpheum, a bordo del Santa Fe Chief. Como éramos novatos, procurábamos seguir los consejos de los veteranos del tren.

—Una cosa que debéis recordar siempre —nos dijeron—, por muy ricos que lleguéis a ser, es la regla de oro del Orpheum: «Nunca comprar nada que no se pueda transportar en el Chief’.

Yo ya conocía esa regla. Cuando firmamos el contrato, el tipo de la oficina central me dijo:

—¿Y qué harás con el arpa?

—¿Cómo que qué haré con el arpa? —pregunté.

—Quiero decir, ¿puedes llevarla en el Chief?

Le dije al tipo en qué sitios había cargado con el arpa, en todo tipo de climas, a través de descarrilamientos y derrumbes, en furgones de carga y carros de equipaje de todas clases. Nunca iba a ninguna parte sin ella y nunca la perdí.

—Conocí a uno en el Circuito Pantages —le conté—, que perdió un ataúd con el cuerpo de su mujer dentro, pero yo nunca he perdido mi arpa.

Otro de los novatos que viajaban en el Chief era el violinista de Waukegan a quien habíamos maltratado tanto la noche en que Chico se reincorporó al espectáculo. Ahora se hacía llamar «Ben Benny», y constituía la mitad del espectáculo musical «Benny and Woods». Benny no sabía en qué clase de infierno en vida se había metido. Durante treinta semanas enteras tendría que seguir a los Hermanos Marx en el programa.

HOLLYWOOD, CALIFORNIA: Mientras estaba actuando para el Orpheum en Los Angeles, los chicos me convencieron de que debía solicitar un empleo en el cine. Yo era perfecto para las películas mudas, me dijeron. No hablaba, y era bastante bueno haciendo acrobacias y cayendo de culo. Algún ayudante de director de la M-G-M me hizo una prueba y me suspendió. El tipo ni siquiera me dijo «Ya le llamaremos». Dijo:

—Lárguese de aquí y no vuelva.

Como cualquier turista entrometido intentamos entrar en el estudio de Douglas Fairbanks para ver a los saltarines, guapos y bravucones Fairbanks filmar una película. No pudimos pasar de la reja. Había una gran muralla de estuco en tomo al estudio: imposible colarse. Pero Groucho no se daba por vencido. Se dejó caer en la acera, frente al muro del estudio.

—Sentémonos aquí un momento —dijo—. Tal vez salte por este lado.

Esperamos mucho rato, pero Dug nunca saltó por allí.

En los últimos lugares en que habíamos actuado, yo había estado viendo mucho cine. Pero sólo veía a Fairbanks si no daban ninguna película de Chaplin. Charlie Chaplin era para mí la encamación exacta del genio cómico. Podía ver una película de Chaplin cuatro, cinco o seis veces. ¡Qué gran artista!

Ahora tenía oportunidad también de ver algunos de los mejores espectáculos de vodevil. Creo que mi actriz favorita de todos los tiempos fue Blossom Seeley. Era una chica con clase. Fue una de las primeras en llevar consigo su propia iluminación. Se decía que había sido la primera artista que usó el efecto dramático de una luz cenital puntual. Una vez un bailarín de nuestro programa oyó decir esto y dijo, sarcásticamente:

—¡Cómo! ¡Leonardo da Vinci usó una luz cenital puntual hace cuatrocientos años, en la Última Cena!

También vi algunos artistas realmente fuera de lo común mientras hacíamos el Orpheum. Creo que los más originales eran «Collins y Hart», que tenían un gato que tocaba el silbato. En este punto, George Burns, ese erudito historiador del vodevil coincide enteramente conmigo:

—Nadie plagió jamás *ese* número —dice.

MONTREAL, QUEBEC: Allí fue donde conocí al inimitable Wingy Tuttle, vendedor de joyas en los ratos libres y personaje de tiempo completo.

—No querrás quedarte en un hotel —me dijo Wingy—. Ven a mi casa. Vivo con unos amigos. No les importará que tú vengas también.

Le di las gracias y después de la función acudí a la dirección que me había dado. De inmediato, Wingy y sus amigos me invitaron a unirme a ellos para cenar. Fue una cena casera y bien hecha. Luego, después de la cena, aparecieron media docena de chicas. Si me quedaba allí, me dije, lo iba a pasar mucho mejor que dos semanas en un hotel.

Entonces entró en el apartamento un muchachito chino y, antes de que supiera qué estaba pasando, todos los invitados —Wingy y sus amigos y las chicas y todos— se sentaron en el suelo formando un círculo. El chino empezó a calentar algo en un pequeño quemador de alcohol. Puso lo que había preparado en una pipa y empezó a pasarla alrededor del círculo.

Me había alojado en un fumadero de opio.

Me quedé allí a pesar de todo hasta que terminamos nuestras representaciones y Remucho mejor que un hotel. No había persecuciones enloquecidas por los corredores, ni peleas ni ruidosas partidas de cartas. Toda la noche, todas las noches, todos menos yo se sentaban en el suelo

fumando la pipa y hablando en voz baja. Nunca me había hospedado en un sitio más tranquilo.

Cuando llegó la hora de dejar Montreal, Wingy dijo que le gustaría hacerme un regalo de despedida. Le dije que ya había hecho bastante por mí, que lo olvidara. Yo sabía que vivía de su talento y que a veces sus provisiones se agotaban. Pero Wingy insistió. Tenía que decirme adiós con elegancia.

Antes de que saliera el tren, me llevó a Jaeger's, una tienda que vendía costosas prendas de lana escocesa. Volvió locos a los dependientes de Jaeger's con la elección de mi atuendo de despedida: un abrigo de cachemira, dos trajes de cachemira, dos docenas de calcetines a cuadros, jerseys, pantalones, corbatas y camisas, todo de lo mejor.

Wingy se detuvo y me preguntó, con toda la calma del mundo, a qué hora salía mi tren. Le dije que en doce minutos. Se volvió al gerente y le dijo:

—Quiero todo eso ajustado y planchado y empacado y trasladado al vagón Pullman del señor Marx en once minutos.

Cuando el gerente le dijo que eso sería del todo imposible, Wingy se puso hecho una furia. Se irguió cuan largo era, golpeó el mostrador y gritó:

—¿Sabe lo que eso significa, buen hombre? ¡Significa que tendré que cancelar todo el pedido! ¡Y eso no es todo! ¡Ni el señor Marx ni yo volveremos a ponemos una sola puntada de prendas tipo escocés, lo juro por todos los santos!

Me arrastró fuera de la tienda y paró un taxi que nos llevó corriendo a la estación. Al llegar, insistió en que por lo menos debía pagar el taxi. Pero entonces se dio cuenta de que había salido de casa sin un centavo. Le deslicé un billete de cinco dólares. Wingy dijo que le daba vergüenza aceptarlo. Pero lo aceptó… solamente, dijo, porque sabía que yo comprendía, siendo tan buen amigo, la embarazosa situación en que se encontraba.

Fue el sablazo más hermoso de que jamás he sido víctima. Sin embargo, consideré y aún considero el espectáculo que dio Wingy Tuttle en Jaeger's como un gesto de verdadera amistad. Era la única manera en que sabía

expresar su afecto, y se necesitaban agallas para llevarlo a cabo. Nunca me hicieron una despedida más cariñosa en ninguna parte.

NUEVA YORK: Uno de nuestros grandes héroes contemporáneos fue Benny Leonard, el peso pluma campeón del mundo. Siempre parece haber existido una gran afinidad entre la gente del teatro y los boxeadores. Con Benny Leonard teníamos un vínculo especial. Procedía, él también, del East Side de Nueva York, y era más o menos del mismo tamaño que nosotros.

Durante nuestro recorrido del Circuito Orpheum, nos cruzamos varias veces con Leonard, que estaba haciendo una gira de combates de exhibición. Asistíamos a nuestras respectivas representaciones y pasábamos todo el tiempo libre que nos quedaba haciendo el tonto juntos. Nos dejaba practicar con él por turnos y nosotros le enseñamos alguno de nuestros números cómicos.

El manager y constante acompañante de Benny era Billy Gibson, el agente que más tarde representaría a Gene Tunney. Gibson, según se decía, había ingresado en el negocio y había recibido un porcentaje sobre Benny Leonard gracias al famoso Arnold Rothstein. Había muchas historias sobre Billy Gibson, que era un enredoso incontrolable. Una vez estaba tomándose una copa con unos amigos en un bar. Otro cliente, gordo y borracho, se acercó y le preguntó si era el manager de Benny Leonard. Gibson dijo con orgullo que así era. El borracho le dijo que no había nada en eso de que enorgullecerse: *él* podía tumbar a ese pequeño judío de un solo golpe. Gibson dejó su copa en la mesa y retó al extraño a que repitiera lo que había dicho. El extraño volvió a decirlo. Gibson se echó atrás y lanzó un derechazo como un ciclón sobre la mandíbula del otro. Era como pegarle a una roca. El borracho ni se movió, simplemente le guiñó un ojo.

—Bueno, —dijo Billy—, tal vez sí que podrías.

Y volvió a sentarse acariciándose la mano dolorida.

Fue Billy el que propuso que los Hermanos Marx y Benny Leonard hicieran la gira juntos. Aceptamos de inmediato.

Así que ahora estábamos en Nueva York, listos para seguir nuestro camino en la *troupe* de Benny Leonard. Benny había encomendado a Hermán Timberg que escribiera una pieza nueva para nosotros. El resultado

fue *On the Mezzanine* (En el entresuelo), una pieza que duraba una hora y cubría prácticamente todo nuestro espectáculo.

Fue en *On the Mezzanine* donde por primera vez ejecuté un número que sería mi favorito durante muchos años. La escena era una habitación de hotel. Una chica guapa habla por teléfono.

—¿Pero cómo te reconoceré? —pregunta, y añade—: Oh, llevarás un traje marrón con un clavel blanco.

Entramos Groucho, Chico y yo, los tres con trajes marrones y claveles blancos. Hemos escuchado lo que decía el tipo que hablaba con ella. Entra el detective del hotel pisándonos los talones. Han robado la cubertería de plata del hotel, dice, y según uno de los testigos, ha sido un tipo con traje marrón y un clavel blanco. Interroga a Groucho y Chico, pero no recibe más que chistes y juegos de palabras. Se vuelve hacia mí y dice:

—Tú tienes cara de persona honrada. No querrás ser un ladrón, ¿o sí?

Yo digo que sí con la cabeza.

—Pues mantente lejos de estos dos tipos —dice—. Sólo te causarán problemas.

Pongo cara de contrición, saco mi labio inferior y digo que no con la cabeza.

Impresionado por haberme salvado de la senda del delito, el detective me estrecha la mano con fuerza. Se me cae un cuchillo de la manga y rebota en el suelo. El detective me sacude la mano más fuerte. Caen tres cuchillos más. Intrigado, me sacude la otra mano. Media docena de cuchillos más caen con estruendo sobre el escenario. Me sacude ambas manos y brotan todavía más cubiertos de plata.

La primera vez que hice este número, tenía veinte piezas en las mangas. Al final llegué a dejar caer trescientos cuchillos, y una tetera de plata colgaba de mi abrigo como remate.

Probamos *On the Mezzanine* en un teatro de barrio de la Calle 14, y supimos que teníamos un éxito. Benny Leonard empacó sus guantes y yo empaqué mis cuchillos, y partimos de gira.

ST. PAUL, MINNESOTA: Inventé un nuevo refinamiento para el *gag* de los cuchillos de plata. Seleccionaba a una dama del público de las de la primera

fila. Todo el tiempo que el detective me sacudía los cubiertos de las mangas, yo miraba a esa dama con una mueca inmóvil, una especie de Gookie modificado.

La dama que elegí aquella noche en St. Paul se desmayó en el instante en que empecé a mirarla. Tuvimos que suspender la función. Yo me sentía muy culpable. Bajé al foso, adonde los acomodadores habían trasladado a la dama. Cuando volvió en sí y abrió los ojos, me vio inclinado sobre ella y se desmayó de nuevo.

CEDAR RAPIDS, IOWA: La única vez que el público se quejó de nuestro material fue estando de gira con Benny Leonard. En un momento de *On the Mezzanine*, Groucho, Chico y yo —ahora no recuerdo a cuento de qué— atravesábamos el escenario cojeando, en una parodia de «The Spirit of ’76» (El espíritu del año 1776). Un comité de patriotas profesionales presentaron una queja al empresario del teatro porque pensaban que aquello era una falta de respeto a la bandera y las grandes tradiciones de Estados Unidos, y que había que eliminar esa parte del espectáculo. Hasta donde yo sé, fue la única ocasión en que ofendimos a alguien. Nunca jugamos «sucio». Nunca utilizamos expresiones judías en escena. Nuestra comedia tal vez fuese basta, un puro camelo en ocasiones, pero era limpia. Nunca recurrimos al *double-entendre* de dormitorio o de cuarto de baño, como hacían muchos cómicos, para hacer reír a un público difícil.

ASÍ PUES, DE VUELTA A NUEVA YORK: Cuando se desmembró la *troupe* de Benny Leonard, pensamos que podíamos probar suerte trabajando en Nueva York. Yo llevaba meses con ataques intermitentes de amigdalitis (por suerte no tenía que usar la voz en escena, porque la mitad del tiempo no tenía voz alguna), y decidí que era un buen momento para hacerme extraer las amígdalas.

Chico dijo que conocía a un médico que me convenía. Era bueno y su precio era correcto: 32,50 dólares y nada de preguntas. Chico podía conseguir gangas en cualquier ramo que a uno se le pudiera ocurrir, desde saldos de ropa blanca hasta amigdalectomías con descuento.

Llamé al número que me dijo y el médico me dio hora inmediatamente para la operación. El consultorio estaba en Harlem, en el sótano de una casa privada. Cuando entré pude oír la voz del médico, pero no le veía. Estaba de pie detrás del escritorio: era un enano.

Me hizo sentarme en un sillón reclinable y me dijo que abriera la boca y me relajara. Se puso un delantal de cocina, cogió una caja de madera, se subió sobre la caja, sacó algunos instrumentos del bolsillo del delantal y se puso a trabajar. Cuando cortó la primera amígdala, resbaló y se cayó de la caja. Recogió su instrumento de debajo del sillón, lo limpió en el delantal, volvió a trepar sobre la caja y cortó la segunda.

Me dijo que era mejor que me echara un poco en la cama antes de irme a casa. Guardó su instrumental quirúrgico —el sangriento delantal y la caja de madera— y volvió con un gran portafolios.

—Ahora tengo aquí algo que le puede interesar —dijo—. No tiene que decir nada: sólo dígame sí o no con la cabeza.

Mientras abría el portafolios, continuó:

—Hago grabados, muy buenos grabados.

Me mostró la imagen de un individuo desnudo persiguiendo a una hembra desnuda por el paseo de Central Park.

—¿Le gusta éste? —preguntó. Yo me encogí de hombros—. Le diré lo que podemos hacer —dijo el diminuto doctor—. Este hermoso grabado vale (hez dólares por lo menos. Pero es suyo por dos cincuenta. Treinta y cinco dólares por la operación *más* el grabado de diez dólares.

No recuerdo si compré el grabado o no. Sólo recuerdo que salí de allí lo más rápido que pude, en cuanto dejé de sangrar.

Por lo menos, fue una notable exhibición de cirugía. Lo más notable al respecto es que desde aquella tarde en el sótano de Harlem, ningún médico me ha mirado la garganta sin admirar el buen trabajo que se había hecho con mis amígdalas. Una vez, un especialista de Beverly Hills dijo:

—Sólo hay un cirujano capaz de haber hecho un trabajo tan espléndido.

Tenía razón, pero también se equivocaba. El cirujano en que él estaba pensando no era un enano que tenía que subirse a una caja para operar.

Minnie se trasladó al Este para poner a sus chicos en camino una vez más. Esta vez venía para empujar a los Hermanos Marx hasta la cima

absoluta: el Palace. Éramos famosos en Albuquerque, Butte y Kankakee, e incluso en Chicago y L. A. Ahora teníamos que hacemos famosos en Nueva York.

Minnie tomó por asalto la ciudadela. Pero lo mejor que pudo conseguirnos, con todos sus recortes y su lengua rápida, fue el tercer lugar del programa en el Albee Theatre de Boston. Decidimos aceptar.

BOSTON: Tuvimos muchísimo más éxito que la última vez que habíamos actuado en Boston —como los Cuatro Ruiseñores, la noche en que un tipo me escupió jugo de tabaco en el Old Howard. En realidad, tuvimos un éxito tal que el empresario de Boston telefoneó a A. F. Albee, el Emperador en persona, para hablarle de nosotros. Albee le dio una orden: «Ponga a los Hermanos Marx como número principal del programa». Cuando el empresario vino a darnos la buena nueva, preguntó:

—¿Dónde han estado ustedes todo este tiempo?

Se lo podíamos haber dicho, pero habríamos necesitado toda la noche y parte del día siguiente.

El sábado por la noche recibimos un cable de la oficina de Albee en que se nos comunicaba que estábamos contratados para dos semanas en Nueva York: una semana en el Royal y una en el Palace. ¡El Palace! ¡Ahora íbamos lanzados y nada podía detenernos!

ASÍ PUES, DE VUELTA EN NUEVA YORK: El encargado de cuidar de nosotros era un tipo llamado Murdock, el jefe de personal de Albee. Murdock tenía pasión por la miel. Tenía tarros de miel en su escritorio y llevaba un frasco en el bolsillo. Pero por mucha miel que comiese, no se dulcificaba su disposición de ánimo. Le pagaban para ser duro con los actores.

Murdock nos dijo, antes de entrar en escena en el Royal, que éramos afortunados. El señor Albee debía tener mucha confianza en nosotros, para habernos contratado en el Palace sin habernos visto. Así que ahora, dijo, más valía que saliéramos a escena y arrasáramos, para probar que el juicio del jefe había sido correcto.

Bueno, pues salimos a escena allí, en el Royal, y fuimos un completo desastre.

El público era predominantemente judío. Habían venido pensando que éramos un espectáculo judío. Desde el momento en que Groucho salió y empezó a hacer chistes en inglés en vez de en yiddish, se pusieron de uñas. También habían acudido a vemos todos nuestros parientes. Al comprobar que no se mencionaba a ninguno de ellos en escena, todos se enfadaron y cuando salimos a saludar se sentaron sobre sus manos.

Murdock ni se molestó en venir a los camerinos después de la función. Él y el resto de los chicos de la oficina central se habían marchado por la puerta principal. No habíamos acabado de desvestimos cuando recibimos la llamada fatal: nos habían cancelado en el Palace.

Minnie no se dio por vencida. Voló hasta el cuartel general y desafió a Murdock en su madriguera. Relató nuestra historia, citó nuestras críticas, explicó y se disculpó. Suplicó, rogó, engatusó, halagó, bufó, desvarió y deliró. Murdock huyó al interior de la oficina en busca de una transfusión de miel de emergencia. Cuando salió, Minnie volvió a empezar su tratamiento desde el principio.

Murdock había encontrado la horma de su zapato. Tuvo que ceder. Era la única manera de sacar a Minnie de su oficina. Los Hermanos Marx podrían actuar una semana en el Palace, dijo, *pero* tendrían que abrir el programa. El espectáculo inicial era el que servía de alfombra en el vodevil. La categoría de los teloneros apenas era mínimamente superior a la de los acomodadores. Para un espectáculo ya conocido, esto podía ser un suicidio.

Minnie dijo que lo haríamos. El Palace era el Palace. Y a verían lo que era bueno.

EL PALACE, NUEVA YORK: Hicimos de teloneros en el Palace. Durante los primeros seis o siete minutos, nuestra actuación fue un desperdicio total, mientras el público —conocidos retrasados del Palace— ocupaban sus asientos. Luego empezaron a brotar las risas. Terminamos con un motín.

Murdock había estado observando desde detrás del escenario, como un buitre. Cuando salimos, vino a vernos a los camerinos.

—Tal vez —dijo de mala gana—, no son ustedes tan malos como parecían en el Royal.

Nos trasladaron al tercer puesto del programa. Obtuvimos una ovación tal que los del número siguiente le armaron un escándalo al empresario. Era injusto salir detrás de los Hermanos Marx, porque sacábamos al público de quicio. Nos pusieron en el primer lugar después del intermedio. Entonces hubo quejas de los dos espectáculos que venían detrás de nosotros.

Antes de acabar la semana, cerrábamos la función con lo cual nadie tenía que actuar después de nosotros.

Nos mantuvieron una semana más. A mitad de esa semana, Frenchie llegó a Chicago, como convenía al padre de las novísimas estrellas del vodevil neoyorquino, en el Twentieth Century Limited con una litera baja toda para él.

Frenchie había venido, según se supo luego, no sólo para disfrutar de nuestra reciente gloria, sino para reemprender su antiguo trabajo como Iniciador de Risas. Pensaba que nos hacía un favor. Tratamos de explicarle que, aunque había sido útil que alguien impulsara al público a reírse en Fargo o Muskogee, no necesitábamos un Iniciador de Risas en el Palace.

Sin embargo, Frenchie presenció todas nuestras actuaciones desde el centro de la platea. No iniciaba risas, pero sí conoció a algunas personas interesantes.

Una función de tarde se sentó junto a un tipo que negaba continuamente con la cabeza durante el espectáculo. Frenchie le preguntó qué pasaba. El tipo le dijo que le daba mucha lástima el chico que había en escena, el del pelo rojo rizado que tocaba el arpa.

¿Por qué le tenía lástima?

Pues porque el pobre muchacho no podía hablar. Era mudo. Y era un crimen y una vergüenza hacer que un chico con un problema como ése trabajara en un vodevil y se pusiera en ridículo frente al público.

Frenchie le aseguró que aquello era sólo parte de la representación. Fuera de la escena, Harpo podía hablar. Era perfectamente normal. El extraño no se dejó convencer. Aquel chico era mudo. Se veía por su manera de comportarse.

Frenchie se estaba calentando bajo el cuello de la camisa. Estaba a punto de revelar quién era, cuando el tipo dijo:

—¿No le gustaría que hiciésemos una pequeña apuesta, amigo?

A Frenchie ciertamente tenía que gustarle mucho.

—¿Un dólar? —inquirió el otro.

Frenchie meditó unos instantes. Era intrépido jugando al pinacle, pero muy tímido en las apuestas. Un dólar era mucho. Frenchie sacudió la cabeza.

—Le daré dos a uno —dijo el tipo.

Frenchie pensó: «¿Qué diría Chico? Chico diría que el precio no es correcto». Sacudió la cabeza. El tipo se sentía ahora muy seguro de sí mismo. Elevó la apuesta una y otra vez. Finalmente, Frenchie aceptó la apuesta, cinco a uno. Por un precio así, podía arriesgarse.

—¿Cómo haremos para probar que yo tengo razón? —preguntó el hombre, y Frenchie dijo que irían a los camerinos después de la función y hablarían con Harpo.

—No nos dejarán ir a los camerinos en el Palace —dijo el hombre, y Frenchie dijo:

—Claro, ¿por qué no?

Los dos vinieron a mi camerino después de la función.

—Harpo —dijo Frenchie—, quiero presentarte a un amigo mío.

Le di la mano al desconocido y le dije que cualquier amigo de mi padre era amigo mío. El extraño se echó a reír. Le dio a Frenchie cinco dólares y le dijo que aquello había sido una sucia treta, pero que habría valido la pena si yo le daba mi autógrafo. Frenchie no podía entender por qué el tipo decía que era una «sucia treta». Era una apuesta legal, se habían dado la mano y él había ganado justa y limpiamente.

Chico, cuando le contaron la historia completa, estuvo orgulloso de su padre.

Decidimos que, ya que ahora éramos todo un éxito, jubilaríamos a Minnie y la enviaríamos de vuelta a Chicago con Frenchie. Si alguien se había ganado unas vacaciones permanentes, ésa era Minnie.

EL SALÓN DEL TRONO DEL EMPERADOR, NUEVA YORK: El primer hermano Marx que se metió en líos después de la jubilación de Minnie fui yo.

Frank Fay, el famoso monologuista y presentador, estaba presentando una serie de espectáculos que él llamaba «Conciertos Dominicales», en abierto desafío al monopolio de Albee. Fay no era el tipo más popular del vodevil, pero todos lo admirábamos porque se necesitaban agallas para enfrentarse al Imperio. Un día, durante nuestra temporada en el Palace, Fay me llamó y me preguntó si aceptaría aparecer en uno de sus Conciertos como solista, ya que, como él sabía, cualquier compañía que trabajase para Albee tenía prohibido trabajar para él.

Le dije que me encantaría. Yo no veía nada malo en ello. ¿Qué importancia tenía? Aparecía en el programa como «Arthur». Marx, no como «Harpo». Ni siquiera tocaba el arpa: Hacía un número de piano y una breve pantomima.

Pero, al parecer, sí que importaba. El lunes por la mañana, recibí una 11amada de la oficina central. Me pedían que me presentara ante el señor Albee inmediatamente, a las doce en punto. Acudí, presto y asustado. Para mí, E. F. Albee era más poderoso que el presidente de los Estados Unidos. Me hicieron pasar por tres barricadas de secretarias, hasta un santuario íntimo, el salón del trono del Emperador, donde muy pocos súbditos plebeyos habían puesto los pies.

Estaba sentado ante su escritorio, almorzando. Me preguntó si quería comer algo. Yo rehusé cortésmente. En mi estado, no habría podido tragar ni una cucharada de caldo de pollo. Me dijo que me sentara y se disculpó por comer delante de mí. Siguió comiendo. Yo me senté. Cuando terminó el almuerzo, me ofreció un puro y encendió uno él también.

Fumamos nuestros puros. Albee hablaba de cosas indiferentes, banalidades sobre el mundillo teatral. Yo no decía nada. Esperaba a que cayera el hacha.

Finalmente, el jefe se puso de pie. Yo me puse de pie. Ahí viene, pensé. Pero Albee sólo sonrió, me dio la mano, y dijo:

—Bueno, ha sido muy amable en venir a charlar conmigo, Harpo. Espero que se repita.

Así terminó mi audiencia con el Emperador. Nunca mencionó el motivo por el que me había convocado, pero el mensaje estaba suficientemente claro. Todo lo que yo hacía era observado y comunicado a los superiores.

Más valía que me portara bien. La próxima vez que me llamaran al salón del trono no habría ni puros ni charla.

Albee gobernaba de una manera misteriosa, pero era todopoderoso. Me porté bien de ahí en adelante.

CLEVELAND, OHIO: La noche de nuestra última función en el Albee Theatre de Cleveland, Groucho, Zeppo y yo estábamos sentados en el salón, junto a nuestros camerinos, mientras transcurría la parte cinematográfica del espectáculo. Chico entró corriendo con una noticia sorprendente.

—Ya está fijado nuestro próximo estreno —dijo—. Vamos a actuar en Londres, Inglaterra.

¿Quién decía eso?, preguntamos. Abe Lastfogel dijo Chico. Acababa de hablar con él por teléfono. Lastfogel manejaba nuestros contratos por cuenta de la oficina de William Morris, nuestros nuevos agentes. ¿Y de dónde había sacado Abe la idea de enviarnos a Londres? De Chico, según resultó. Chico le había llamado por la mañana y le había dicho que estábamos listos para un cambio de paisaje, tal vez para Inglaterra o algún sitio así.

Se necesitó tiempo, pero finalmente logramos averiguar por qué Chico tenía tantas ganas de cambiar de paisaje.

Según parece, Chico había estado limpiando a todos los clientes de los salones de billar de Cleveland, hasta dos noches atrás, en que apareció un as del billar que le ganó veinte dólares. Eso le dolió y Chico juró vengarse.

Por una afortunada coincidencia, el gran artista del billar William Hoppe —que era, naturalmente, un viejo amigo de Chico— estaba en la ciudad en una gira de exhibiciones. Accedió a hacerle un favor a Chico. Chico consiguió unas gafas oscuras y una gran gorra a cuadros para Willie, le hizo volverse el cuello del abrigo y le llevó al salón de billar donde solía hallarse el diestro que le había ganado. Allí lo presentó como «un amigo del teatro» que deseaba echar una partida amistosa.

Hoppe jugó estrictamente de acuerdo con el guión de Chico: una partida muy seria y torpe. Pero, por mal que jugó, el campeón local dejó que Hoppe le ganara. A continuación, apostaron veinticinco pavos sobre la siguiente

partida. En su primer tiro, el «amigo del teatro» de Chico hizo doscientas veinte bolas.

Antes de que el experto local le pagara, preguntándose de dónde diablos había salido, entró en el salón un viejo amigo y reconoció al impostor de Chico a pesar de su disfraz.

—¡Ése es Willie Hoppe!

Y por eso Chico estaba ansioso de poner tanta distancia como fuese posible entre él y Cleveland, Ohio. Con todo, y sin considerar los motivos que habían inspirado nuestra contratación, un viaje a Londres nos apetecía mucho a todos.

LONDRES, INGLATERRA: Todo el mundo decía que los Hermanos Marx serían un éxito instantáneo en Londres. Las payasadas de *music-hall* eran lo que más le gustaba del mundo al público inglés. Nosotros les gustaríamos a rabiar.

¿Y qué ocurrió? Estrenamos en el London Coliseum y nos arrasaron.

Fue un fracaso peor que el del Royal, mucho peor. La gente empezó a aullar y a silbar y a tirarnos peniques. Groucho se acercó a las candilejas y dijo:

—Venimos desde América para divertiros, así que por lo menos podríais tirar chelines.

Nunca nos habían humillado tanto en público en toda nuestra vida profesional.

El empresario estaba que echaba chispas. Pero no le habíamos decepcionado nosotros. Nos explicó lo que había pasado. Los Hermanos Marx, como número principal, había desplazado a la Première Danseuse, una dama que nunca se había visto relegada al segundo lugar en el Coliseum. La Danseuse estaba furiosa como un gato. Así que organizó una claque para que nos diera nuestro merecido y les había proporcionado monedas para arrojarnos.

La bailarina ganó. Recuperó su primer lugar en el Coliseum y nos enviaron a otro teatro, el Alhambra. En el Alhambra nos consagramos. Londres no se cansaba nunca de nosotros. Nosotros tampoco nos cansábamos nunca de los londinenses. Nunca habíamos tenido unos

espectadores tan chochos e incontrolados. No sólo eso: descubrimos que los ingleses dan a los actores y cómicos un tratamiento especial en todas partes. En los hoteles y cafés, en los barcos, autobuses y trenes, teníamos prioridad ante todos, y también nuestro equipaje. Estábamos muy lejos de los días en que hacíamos funciones únicas en nuestro país, en que comíamos *puding* rancio, dormíamos en hoteles llenos de chinches, los empresarios nos estafaban y nos arrastrábamos de una población a otra como indeseados gitanos.

Aquí había una auténtica amabilidad y dignidad en el mundo del espectáculo, incluso entre los empresarios más eminentes y los actores más desastrados. Hubo una escena que nunca olvidaré. Nos presentaba en Inglaterra un famoso promotor y agente llamado Cochran. Cuando Cochran convocó pruebas para los números que debían integrar el resto del espectáculo en el Alhambra, se presentó una multitud. Todos los grupos de vodevil de las Islas Británicas —excepto la Danseuse del Coliseum— querían compartir el cartel con los chalados Marx. Cochran, que detestaba tener que decirle que no a nadie, tuvo que cumplir con el penoso deber de rechazar al noventa y ocho por ciento de los aspirantes.

Uno de ellos era un anciano bailarín —debía rondar los ochenta— que obviamente había gastado sus últimos ahorros en sacar su traje de entre las bolas de naftalina y dejarlo en inmaculadas condiciones. Apareció con un traje gris, un sombrero hongo gris, polainas grises y zapatos grises, balanceando un bastón gris —directamente sacado de un *music-hall* Victoriano— y se lanzó a cantar y bailar. Tenía un aspecto valeroso y atildado, pero sus huesos crujían y su voz se había enmohecido hasta convertirse en un ronco graznido. Fue un momento embarazoso.

Cochran, sentado en el foso, alzó una mano para detenerlo.

—Se lo agradezco mucho —dijo tristemente—. Ya le avisaré.

Entonces, en vez de retirarse derrotado y humillado, para dejar pasar al número siguiente, el anciano bailarín avanzó con paso solemne hasta las candilejas. Se inclinó y señalo con el bastón al director de orquesta.

—Maestro —le dijo—, ¿quiere hacerme el favor de tocar cuatro compases para hacer mi salida?

El director accedió. El anciano caballero salió bailando del escenario al ritmo de la música, agitando su sombrero, como si el público le hubiese hecho salir a saludar por cuarta vez. Todos los que estábamos en la sala, incluido el empresario, rompimos en aplausos.

Lo único desagradable de Inglaterra, en aquel viaje, fue el clima. Hacía frío y humedad cuando llegamos y cada vez hacía más frío y más humedad. Nunca logré calentarme del todo, ni dentro ni fuera de casa. Chico y yo compartíamos un apartamento cerca del teatro, donde la única fuente de calor era una chimenea de carbón. Nuestra última noche fue la más fría de todas. Mientras ardía nuestra última reserva de carbón, decidimos que la única forma que teníamos de salvarnos de morir congelados era ponernos toda la ropa que teníamos y quedarnos despiertos jugando al pinacle, en vez de irnos a la cama. Pero el frío seguía introduciéndose bajo todas nuestras capas de camisas, jerseys, trajes, impermeables y abrigos.

—¡Qué diablos! —dijo Chico—. No podemos morirnos de pulmonía la última noche que estamos en Londres. Eso sería una ingratitud, después de todo lo que han hecho por nosotros.

Y diciendo esto, sacó un cajón de la cómoda, saltó sobre él, lo rompió y tiró los trozos de madera al fuego. Jugamos dos manos de pinacle y luego volvió el frío.

Quemamos el resto de los cajones, uno por uno. Luego la mesilla de noche. A continuación ardieron las sillas, y nosotros seguimos jugando de pie. Antes de amanecer, el fuego empezó a palidecer de nuevo. Rompimos la mesa y la echamos al fuego; tuvimos que acabar la partida sentados en el suelo.

Salimos para tomar el primer *ferry* en cuanto se hizo de día, demasiado temprano para despedirnos del casero y agradecerle nuestra agradable estancia. Pero le dejamos una nota y dinero suficiente para reponer toda la leña extra que habíamos consumido. Dejamos la nota sobre la repisa de la chimenea, que no habíamos podido arrancar de la pared, aunque bien sabe Dios que lo intentamos.

Así que a pesar del clima, mi último recuerdo de Inglaterra es bastante cálido.

A BORDO DEL BUQUE HOMERLC: Tanto habíamos ascendido de clase que ahora la regla de oro era: «No comprar nada que no se pueda trasladar en la Línea Cunard». Traje de Inglaterra muchas cosas que no podría haber transportado en el Chief, incluido un perro pastor inglés llamado «Hokum»[29]. Pensé que tendría complicaciones para entrar con él en Estados Unidos, pero Hokum descendió tranquilamente del barco sin ningún problema de cuarentena en absoluto.

La verdad es que las autoridades estaban tan ocupadas tratando de pescar a Harry Kabikoff que no se molestaron en meter a mi perro en la perrera o en revisar siquiera sus papeles.

Harry Kabikoff era un boxeador de peso pluma que una vez cometió el error de tratar de darle una paliza a Benny Leonard en una exhibición en St. Paul, a raíz de lo cual acabó en el suelo. Kabikoff se había hecho muy amigo de Leonard después de aquello y también nuestro. Cuando el barco zarpó, estaba aún un nuestro camarote. Había tenido la idea de probar suerte en el *ring* inglés. Tuvimos que dar la fianza por él y pagarle el billete. La suerte de Harry en el *ring* inglés no fue mejor que su suerte en el *ring* de Minnesota. Vino a vemos en Southampton y, de alguna manera, volvió a entretenerse demasiado en nuestro camarote, y tuvimos que pagarle el billete de vuelta. La Línea Cunard se conformó con eso, pero el Departamento de Estado de Estados Unidos no. Así, cuando desembarcamos, todos los funcionarios estaban demasiado ocupados dándole caza al tigre que habíamos llevado de contrabando para preocuparse por la entrada ilegal de un perro ovejero.

Cuando Harry logró, con nuestra ayuda, pasar inadvertido, Hokum ya estaba a salvo, convertido para todo fin y propósito en un genuino yanqui.

NUEVA YORK: Entre las demás cosas que trajimos del extranjero estaba una impresión muy exagerada de lo buenos que éramos. La conquista de Londres se nos había subido a la cabeza. Nos subimos al caballo blanco y nos negamos a hacer reverencias al Emperador del Palace. Qué diablos, nosotros éramos ahora miembros de la realeza. La siguiente cosa que

supimos fue que habíamos emprendido una lucha a muerte contra E. F. Albee por una cuestión sin importancia. Dicha muerte no se hizo esperar.

Cuando trabajábamos en un teatro de Albee fuera de la ciudad, nuestra actuación duraba cuarenta minutos. Era una especie de continuación de la película del programa. Había hasta veinte personas, además de nosotros, en la compañía, entre extras, músicos y tramoyistas. Teníamos un presupuesto fijo y eso implicaba llevar una contabilidad detallada, al centavo. Si nos pasábamos del presupuesto en los costes de producción, teníamos que cubrir el déficit con nuestros salarios. Siempre que esto ocurría berreábamos y aullábamos para que nos oyeran en Nueva York, pero nunca nos sirvió de nada. El departamento de contabilidad era poderoso y vencía siempre.

Al volver de Inglaterra, nos contrataron para llevar de gira con nosotros a una compañía por todo el estado de Nueva York hasta Cleveland. El itinerario nos parecía bien, pero le dijimos a Murdock que no aprobábamos el presupuesto. Específicamente, pensábamos que el salario de los tramoyistas era demasiado alto: había que reducirlo en 19,50 dólares.

¿Quiénes diablos éramos nosotros para cuestionar un punto del presupuesto?, inquirió Murdock. Éramos los Hermanos Marx, Artistas Internacionales, eso demonios éramos. No nos rendiríamos.

Murdock dijo que estábamos locos. El presupuesto había sido establecido por el propio señor Albee, y no se podía modificar. Le dijimos lo que podía hacer el señor Albee con su presupuesto.

Al día siguiente, el señor Albee nos dijo lo que podíamos hacer. Podíamos buscar trabajo en otro sitio. Además, no volveríamos a poner los pies nunca más en un teatro Albee. Bueno, dijimos. Así quedamos libres para buscar cosas mejores.

Nos dimos cuenta de la gravedad de lo que habíamos hecho demasiado tarde. Nos habíamos derribado de un golpe desde la cúspide del vodevil. Nos enteramos de que el poder de Albee iba mucho más allá de su propio imperio demasiado tarde. Si estabas en su lista negra, te cerraban las puertas en la cara por toda la ciudad. Sin embargo, seguíamos siendo un número de primera línea. ¿Qué hacer? Lo primero que hicimos fue pedirle a Minnie que viniera. Ella se dejó caer desde su retiro en el primer tren hacia el Este.

Minnie puso la ciudad patas arriba y por fin encontró una puerta abierta, la puerta de la oficina de los hermanos Shubert. Desgraciadamente, nadie nos advirtió que aquella puerta era una trampa.

Los Shubert habían tenido la brillante idea de enviar compañías de revista de gira a precios muy bajos, en competencia a muerte con Albee y el Circuito Orpheum. Estas compañías eran conocidas como «Unidades Shubert» y estaban integradas por los marginados y exiliados de los grandes circuitos. Nosotros encajábamos en esa categoría. Nos recibieron con los brazos abiertos y firmamos los papeles para la creación de la Unidad Shubert Hermanos Marx.

Nuestros nuevos jefes eran famosos en el teatro, pero no por su liberalidad para con los actores. Una Unidad Shubert tenía que pagarse sus propios gastos. Cada unidad contaba con un representante que la precedía y que debía pegar los carteles y buscar teatros (al margen del camino trillado, ya que los grandes locales estaban controlados por los magnates a quienes los Shubert querían hacer la guerra). Pero no había presupuesto para ninguna publicidad previa. No había adelantos para la compañía, ni dinero para gastos, ni siquiera una garantía. La unidad se pagaba a sí misma semana a semana con los ingresos de la taquilla sobre la base de un porcentaje prefijado.

En tales condiciones, tuvimos que representar un espectáculo de dos horas enteras, no una actuación de cuarenta minutos como hacíamos con Albee. Tuvimos que contratar números de variedades y músicos, y preparar un fin de fiesta con el mínimo de accesorios y decorado. Cuanto más tuvieran que pagar los Shubert en costes de producción, más se reducía el porcentaje de la compañía sobre la taquilla.

Pero por algo los Hermanos Marx eran los Hermanos Marx. Habíamos hecho las cosas por la vía dura antes y lo haríamos de nuevo. Nos lanzamos a la carretera.

BUFFALO, NUEVA YORK: Desembarcamos en Buffalo y nos encontramos con que no había carteles ni teatro para que actuara la unidad. Nuestro adelantado iba una semana detrás de nosotros. Aquello fue un desastre.

MILWAUKEE, WISCONSIN: Las cosas empeoraron. Tuvimos que reducir el salario de nuestra gente de la mitad a la tercera parte. Los grupos nos abandonaban a cada momento, y no era fácil sustituirlos. Los Shubert se negaban a aceptar nuestras llamadas a cobro revertido o a responder a nuestros telegramas pidiendo ayuda.

En Milwaukee, Minnie anunció que tenía la solución a nuestros problemas.

—Lo que necesita este espectáculo —dijo— es un poco más de clase, como unos efectos especiales nuevos. Eso los atraerá como moscas.

Cuando Minnie dijo estas palabras, me pareció escuchar una voz del pasado, un pasado que creía olvidado, un pasado de mandolinas de segunda mano y claveles artificiales. No podía creer que hubiésemos vuelto a caer tan bajo. Sólo cuatro meses atrás éramos los invitados de honor en la casa londinense del duque de Gloucester.

Pero Minnie sólo vivía para el presente y para el trabajo que tenía por delante. Su tarea actual, en Milwaukee, consistía en convertir el número chino del primer acto en un espectáculo que quitara el aliento. Se dedicó a ese número por la sencilla razón de que una de las chicas de la unidad tenía un romance con un chico del lugar cuyo padre tenía un restaurante chino y estaba dispuesto a proporcionarle a Minnie todos los accesorios y decoraciones chinas que quisiera, si mencionábamos el restaurante durante el espectáculo.

Minnie tuvo una inspiración. Sería una escena de lluvia. Para lograr el efecto, dos tramoyistas tirarían arroz desde los telares, mientras las luces iluminaban el arroz para crear atmósfera. Sería la cosa más impresionante jamás vista en Milwaukee, proclamaba Minnie.

Pero no lo fue. Aquella noche llovía a cántaros en la calle, lluvia real. El techo del teatro tenía goteras. El arroz de los efectos especiales, colgado en latas de los telares, encima del escenario, quedó totalmente empapado ya desde la mitad del primer acto. Cuando llegó la hora del nuevo número de Minnie y los tramoyistas recibieron la señal para empezar con el diluvio, cayeron sobre el escenario dos plastas viscosas de arroz mojado. Los chicos

que estaban en escena no entendieron que era lo que había golpeado. Salieron corriendo antes de averiguarlo.

Muerte en Milwaukee o el Contragolpe Chino.

INDIANÁPOLIS, INDIANA: Para entonces, nuestro adelantado iba dos semanas por detrás de nosotros. Las facturas se amontonaban. Habíamos agotado el crédito. Nos habían puesto un pleito. Un abogado nos había notificado que toda nuestra parafernalia —vestuario, accesorios y decorados — sería embargado en el instante en que llegáramos a Indianápolis. Por supuesto, cuando llegamos el abogado estaba allí para recibirnos, con un subcomisiario de policía.

Pero tuvieron que fastidiarse: no pudieron ponernos la mano encima, porque nuestros materiales ya habían sido embargados. Teníamos los papeles que lo probaban. Minnie lo había arreglado gracias a un abogado amable, a nuestro paso por Chicago.

El único lugar en que logramos actuar en Indianápolis fue un anfiteatro en el que cabían unas cuatro mil personas, a varias millas del centro de la ciudad. Cuando nos quejamos por el tamaño del local, el empresario nos dijo que no nos preocupásemos. Tenía una gran pantalla portátil que se podía colocar a través de la mitad del auditorio, para cerrarlo y crear la sensación de que el local semivacío estaba en realidad lleno.

Al estreno en Indianápolis de la Revista Shubert de los Hermanos Marx asistieron 128 espectadores sin contar invitados. El empresario, muy amablemente, trasladó la pantalla ocho filas más abajo, hasta la cuarta parte del local. A la segunda función asistieron 34.

Después de esa segunda función, vi a Minnie dando zancadas por el escenario, silbando distraídamente mientras guiñaba los ojos para mirar los reflectores y se frotaba las manos. Supe lo que se avecinaba. Nuevos efectos especiales. ¡Ah, pero éstos serían diferentes! Nada de decorados de fantasía, nada tan arriesgado como la lluvia de arroz. Esto se podía hacer sólo con las luces. ¡Pero qué efecto de iluminación! Cuando se extendiera la voz por Indianápolis sobre el nuevo espectáculo de Minnie, tendríamos el lugar lleno a rebosar.

Minnie desarrolló su proyecto con el operador de iluminación. Era sencillo, dijo ella. Mientras la compañía cantaba «Moonlight *Baby*», el iluminador proyectaría la luna y una galaxia de estrellas sobre el techo y arco del proscenio, y una cascada de agua en el suelo del escenario y el proscenio. Tan simple que era genial, verdadero genio teatral.

No hay que quitarle crédito a Minnie, porque aquél habría sido en verdad un efecto brillante. Pero nunca pudimos comprobarlo. Esa noche, el operador de las luces llegó borracho. Confundió las leyes de la Naturaleza y confundió aún más las señales de Minnie. Puso la luna y las estrellas brillando en el suelo y el agua chorreando por todo el techo.

Bueno, se corrió la voz por todo Indianápolis, en efecto. Nos echaron. Estábamos hundidos y varados; no había ni para dejar el hotel. Podíamos escapamos del hotel, pero no teníamos dinero para ir en tren más allá de Kokomo. No había pasta suficiente para pagarles la cena a los chicos de la compañía. Era el fin de la unidad Shubert y parecía el final de los Hermanos Marx, cabeza de programa del Orpheum, éxito del Palace y delirio de Londres. Yo tenía siete centavos en el bolsillo.

Sus hijos teníamos miedo de decirlo, pero Minnie lo dijo:

—Tendremos que cablegrafiar a Al para pedirle un préstamo.

Sabíamos que el tío Al podía financiar nuestra huida. Ahora tenía un nuevo socio, un tipo llamado Gallagher, y poseía la mitad de los derechos de la canción más popular del país «*Mr*. Gallagher and *Mr*. Shean». Pero Minnie no estaba totalmente segura de haber enviado el telegrama a la dirección correcta. No quería admitirlo, pero también temía que el tío Al, al recibir el cable, hubiera decidido que aquélla era la gota que derramaba el vaso y se negara a pagar nuestra fianza.

—Chicos —nos dijo—, sólo podemos confiar y esperar.

Mientras confiábamos y esperábamos, me fui a dar una vuelta sin rumbo fijo por los alrededores de Indianápolis. Estaba deprimido y confuso, y necesitaba estar solo. Me repetía a mí mismo que siempre pasaba algo bueno cada vez que tocaba fondo. Pero no lo creía. ¿Qué podía pasar? ¿Qué podía hacer? Groucho podía volver al vodevil como solista. Zeppo podía volver a Chicago con Minnie, donde no tendría dificultades para encontrar

empleo. Chico podía hallar trabajo como pianista, él solo, en cualquier parte.

Pero ¿y yo? ¿Qué sabía hacer aparte de ser un Hermano Marx? Bueno, podía tocar el arpa en un barco de excursiones de Nueva York, por moneditas de cinco o diez centavos. Más allá de eso, nada.

Mientras andaba, una voz largo tiempo olvidada llegó desde el pasado. Era *Miss* Flatto. Mis Flatto agitando el dedo delante de mi nariz y diciendo: «*Algún día te darás cuenta, jovencito. ¡Algún día te darás cuenta*!». Bueno, pues ahora me daba cuenta. No había acabado bien, tal como ella pronosticaba. Era un hombre de casi treinta años y estaba varado en una ciudad extraña con siete centavos en el bolsillo y ninguna forma de ganarme el centavo número ocho. «Bueno, *Miss* Flatto», le dije a la voz de mi memoria, «se ha podido vengar».

Es el único momento en que he sentido lástima de mí mismo. Cuando salí de mi ensimismamiento, me sorprendió descubrir que estaba presenciando una subasta. El inventario de una pequeña tienda de las afueras —comestibles y artículos de mercería— se estaba subastando. Había allí unas veinte personas que debían ser del ramo, porque la mayoría compraban en grandes partidas. Con toda mi voluntad, mantuve las manos en los bolsillos para reprimir cualquier impulso absurdo de pujar y derrochar mi capital de siete centavos.

Los estantes estaban casi vacíos y gran parte de los asistentes se habían marchado, pero yo seguía allí, porque no tenía nada mejor que hacer conmigo mismo. Finalmente, todo desapareció excepto un cepillo de fregar, el antiguo dueño que revoloteaba por el fondo, el subastador, yo mismo y una pareja italiana de avanzada edad. La pareja había estado allí desde el principio. O no tenía dinero o eran demasiado tímidos para pujar por ningún artículo. Sea lo que fuere, intercambiaron tristes miradas al ver que la subasta terminaba.

El subastador estaba cansado.

—Bueno —dijo—. Acabemos de una vez y no perdamos el tiempo. Me queda aquí un último artículo apetecible. Un cepillo de fregar en inmejorables condiciones, enteramente nuevo, garantizado para dejar suelos tan limpios que se pueda comer en ellos. ¿Qué me ofrecen?

El viejo italiano y su mujer se miraron, buscando la clave para la frase adecuada. El subastador los miró fijamente.

—¡Bueno! —gritó—. ¡No es más que un maldito cepillo de *fregar*!

Se agarraron el uno al otro como si hubieran hecho algo malo.

Yo dije, rápidamente:

—Un centavo.

El subastador dejó caer el martillo. Suspiró y dijo:

—Vendido-gracias-a-Dios-al-joven-caballero-norteamericano-por-un-centavo.

Cogí el cepillo y se lo tendí a la anciana señora. Se conmovió tanto como si le hubiera regalado todo el contenido de la tienda. El viejo me tomó la mano y la sacudió arriba y abajo. Ambos me sonreían y soltaron un río de palabras en italiano que yo no pude entender.

—No es nada —les dije, y añadí—: *Ciao*, ¿eh? —que era la única palabra italiana que recordaba de la Calle 93.

Les pareció graciosísima la forma en que lo dije y se marcharon riendo. Yo también me marché riendo. Aquél había empezado como un día vacío, en el que no iba a ninguna parte excepto hacia abajo, pero se había convertido en un día pleno, con un clímax y unas risas como final. No podía explicarlo, pero hacía años que no me sentía tan bien. Un miserable cepillo de un penique había cambiado toda la apariencia de la vida.

Cuando volví al hotel, había llegado el dinero del tío Al. Tal como me figuraba, se había decidido que Groucho actuaría como solista, Zeppo volvería a Chicago con Minnie y Chico se emplearía como pianista.

A todas estas decisiones, yo respondí:

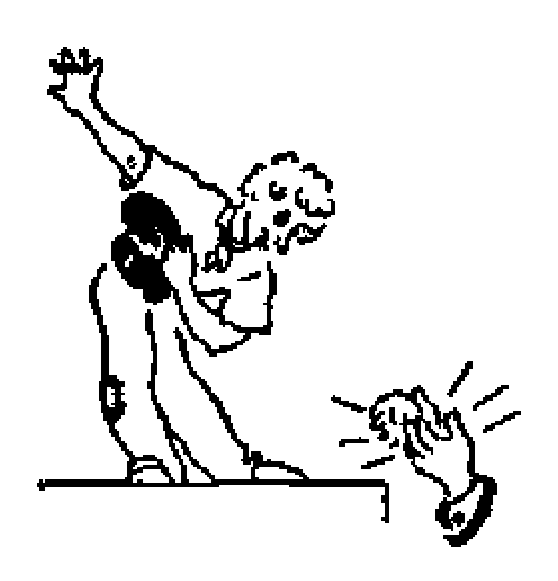
—Sandeces.

Era el discurso más largo que había hecho jamás delante de mi familia, y todo el mundo prestó atención. Luego todos empezaron a hablar. Hablamos hasta agotarnos, hasta que toda nuestra autocompasión hubo desaparecido. Lo que nos había ocurrido era culpa nuestra, no de los Shubert ni de nadie más. Y lo que nos pasara en adelante también sería cosa nuestra, no de los Shubert ni de nadie más.

A BORDO DEL PENNSY, EN DIRECCIÓN AL ESTE: Los demás pasajeros del vagón se quejaban continuamente, así que sobornamos al mozo por veinticinco centavos para pasar la noche en el salón de caballeros del vagón Pullman más próximo. Yo practicaba con el clarinete y jugaba al pinacle con Chico. Groucho fumaba su pipa y leía un libro. Zeppo hacía gimnasia. Al mismo tiempo, todos trabajábamos, dábamos ideas para el fondo común y elaborábamos un espectáculo que pudiéramos presentar al volver a Nueva York. Ninguno de nosotros se paró a pensar lo idiotas e ilusos que éramos. *¿Qué* espectáculo? ¿Para *quién*? No sólo nos habían exiliado los magnates, sino que ahora ni los barrenderos nos querían.

Absolutamente idiotas. Y gracias a Dios que lo fuimos. El viaje en tren desde Indianápolis hasta Nueva York, traqueteando a través de la negrura desde el principio de la línea hasta lo que parecía el principio de la nada, fue el trayecto más entusiasta que jamás hicimos. Para mí, fue el prólogo de una nueva vida en un nuevo mundo.

XI
EL NOMBRE ES WOOLLCOTT



No fue un gran espectáculo, pero le dio a Chico para jugar a las cartas y a los demás para comer. Era una revista de tres días o *tab show*, en la que todos teníamos doble papel. Groucho era maestro de ceremonias, tenor y contra-figura en el fin de fiesta. Chico hacía de pianista y monologuista, además de ser el cómico en el número final. Yo tocaba el arpa y el clarinete, sustituía a Chico en el piano y dejaba caer cuchillos. Zeppo hacía de joven y de barítono, y también de escenógrafo y director de escena. Minnie era primera dama, característica, productora, gerente y encargada del vestuario.

Dado que nos habían arrojado a los leones por obra de los reyes de la selva del vodevil, tuvimos que agenciarnos nuestro propio circuito. El Marx

Brothers Circuit, justamente ignorado y nunca mencionado en los anales del mundo del espectáculo, estaba integrado por los teatros menos conocidos de los callejones de Brooklyn y el Bronx, con un ala oriental que llegaba a Hoboken, Nueva Jersey. ¡Oh, cómo habían caído los poderosos!

Sobrevivíamos, pero nada más. El futuro era un cero vacío y neblinoso. Nadie importante vino a vernos, porque no hicimos saber a nadie dónde estábamos actuando. Estábamos demasiado avergonzados para permitir que ni nuestros parientes se enterasen. Indianápolis cada vez parecía mejor en el recuerdo. Allí estábamos quebrados, pero por lo menos aún teníamos el grado de cabeza de espectáculo de primera categoría.

—Aguantad, aguantad —era el grito de guerra de Minnie—. Encotraré una salida.

Por una vez, no fue Minnie quien nos llevó a más verdes pastos. Fue Chico el que encontró la salida. La encontró —¿dónde, si no?— en una partida de pinacle, un sábado por la noche. Encontró una de carne y hueso: un tipo con pasta, un tipo con pasta suficiente para montar un auténtico espectáculo.

El «de carne y hueso» era un productor llamado Joseph Gates. Era mejor conocido en Broadway como «Mínimo». Gates, por la forma original que tenía de elegir a sus actores. Una prueba de actuación consistía, para Gates, en volverle la espalda al actor y preguntarle: «¿Cuál es el mínimo que aceptaría cobrar?».

En realidad, la cuenta bancaria de Gates no era suya. Había encontrado un ángel, un fabricante de galletas de Hackensack, Nueva Jersey, de nombre Hermán Broody. Broody le había prometido a su novia llevarla al escenario. Tenía el escenario para su chica, pero no tenía espectáculo. Fue a ver a Gates y le dio la pasta para montar una producción.

De modo que Gates estaba buscando una estrella que sirviera de eje central de la producción. Casi se había decidido a contratar a un cómico que actuaba disfrazado de negro y se llamaba Wilson; había trabajado como solista en todos los grandes circuitos y su salario mínimo era de seiscientos dólares por semana. Chico fue a ver a Gates para trabajárselo. ¿Por qué no contratar a los Hermanos Marx para el espectáculo? Por pura coincidencia, dijo Chico, el salario mínimo de los Hermanos Marx también era de

seiscientos dólares a la semana. Gates no lo veía claro. Había demasiada gente en aquel número. El escenario parecía repleto.

Chico no lo soltó. Siguió detrás de él como un perro detrás de un hueso. Incluso dejó que Gates le ganara tres partidas de pinacle. Seguramente eso fue decisivo. Como fuera, Gates informó a Broody que estaba indeciso entre contratar a Wilson o a los Hermanos Marx como número principal.

Broody se sorprendió ante la indecisión de Gates. ¡Pero si no había ninguna duda! ¡Qué diablos! Si uno puede obtener una tonelada de galletas por seiscientos pavos en un sitio y otro proveedor ofrece cuatro toneladas por la misma pasta, uno se queda con el segundo. ¿No veía Gates la lógica simple, práctica y clara de la cuestión? Si se podían conseguir cuatro actores por el precio de uno, había que agarrarlos antes de que desaparecieran.

Nos contrataron.

Nuestro nuevo espectáculo, por razones desconocidas incluso para los autores, se tituló *I'll Say She Is* (Diré que ella lo es). Dado que había números de gran producción como «Perfumes from Hindustan» (seguido por un grupo de pretenciosos bailarines de puntitas que siempre se quejaban de «los malditos abalorios de cristal que dejan en el suelo los del número del Hinderstand»), y dado que nuestra gran escena duraba más de cuarenta y cinco minutos, se anunció el espectáculo como una comedia musical, y no como una revista común y corriente.

77/ *Say She Is* se puso a prueba fuera de la ciudad, en Allentown, Pensilvania, y luego se estrenó en Filadelfia. Al final del verano todavía teníamos el teatro lleno. La cosa iba demasiado bien para cerrar, de manera que la obra continuó hasta un día después de Acción de Gracias, cuando Broody decidió que Gates debía llevarnos de gira.

La gira duró año y medio. Ahora hacíamos auténtico teatro. Mirábamos con desdén los números que aún se arrastraban por el vodevil de dos o tres funciones diarias. *Nosotros* sólo hacíamos funciones vespertinas los miércoles y los sábados.

En consecuencia, teníamos más tiempo libre que nunca antes. Mientras actuábamos en Filadelfia, me dio tiempo de aprender a jugar al golf. También pude dedicar más tiempo a la música. Aprendí media docena de piezas nuevas para el arpa. Mi viejo clarinete estaba hecho polvo, de modo que lo sustituí por uno de ocho dólares, que encontré en una tienda de segunda mano de Filadelfia.

Mi perro Hokum también me mantenía ocupado. Un domingo, cazó una mofeta entre los arbustos del campo de golf. Había que encerrarlo en el sótano del teatro y tuve que contratar a un chico que me ayudara a rociar periódicamente al pobre Hokum con agua de colonia. Un día lo llevé por primera vez a tomar el aire en mi pequeño descapotable, pero estalló una súbita tormenta. A Hokum le entró pánico de los truenos, saltó del coche y no volví a verlo nunca.

Durante nuestras actuaciones en Chicago tuvimos una larga y alegre reunión con Pete Penovitch y con nuestro común amigo Nick el Griego. Iban con nosotros al campo de Béisbol por lo menos dos veces a la semana cuando los White Sox estaban en la ciudad. Constituían una muy buena compañía. El Griego siempre apostaba grandes cantidades —a veces hasta diez de los grandes—, y hacía «apuestas de buena suerte» con nosotros. Nos daba cuatro a uno cuando los corredores de apuestas iban uno a uno.

Durante aquellas mismas representaciones, conocí por primera vez a un hombre que se convertiría en amigo de toda la vida, el señor Ben Hecht. Groucho y yo habíamos leído su libro, *1001 Nights in Chicago* (Mil y una noches en Chicago) y, como admiradores del autor, queríamos conocerle. Averiguamos dónde vivía a través de la Librería Covici (que era como el salón de billar local para los escritores y pintores de Chicago en aquella época) y fuimos los cuatro a visitarle a su apartamento.

Groucho preguntó:

—¿Es usted Ben Hecht el violinista?

Hecht dijo que sí y nos pidió que entrásemos. Nos quedamos toda la noche. Hecht tocó el violín, yo toqué el piano y Ben y Groucho cantaron, improvisando parodias verdes sobre canciones populares. Nos vimos mucho con Hecht y conocimos a su amigo Charlie McArthur, que también estaba lo bastante chiflado para sernos simpático.

En uno de sus libros de memorias, Hecht recuerda aquel verano en Chicago y menciona haber sido perseguido por «un Halloween[30] perpetuo llamado los Hermanos Marx». ¡Y él lo dice! Tocaba el violín más fantástico que escuché desde Solly Solshky. Debo reconocer, sin embargo, que era un buen escritor y un jugador de *poker* mejor.

Excepto por estos interludios brillantes, estar en la carretera era estar en la carretera: una vida agotadora y penosa. Un hotel es un hotel y un tren es un tren. Cuando has estado en uno has estado en todos, y habíamos vivido en todos ellos durante catorce años de más. Amenazamos con abandonar el espectáculo. Nos aumentaron el sueldo, pero dijimos que de todas maneras nos íbamos a menos que *I'll Say She Is* se dejara de giras y se estrenara en Nueva York.

Desde que estrenamos por primera vez en Filadelfia, nos habían prometido que el espectáculo iría a Broadway. Pero los empresarios seguían posponiéndolo; decían que la obra aún necesitaba probarse fuera de la ciudad. Pero ahora les exigíamos que cumplieran su promesa. Un año y medio era suficiente prueba fuera de la ciudad para cualquier espectáculo. O *Vil Say She Is* iba a Nueva York o los Hermanos Marx se iban de paseo. Éramos el filón principal de una mina de oro, y lo sabíamos. Sin nosotros, todo el montaje se convertiría en un montón de escoria. Nuestra amenaza dio resultado. Fuimos a Nueva York.

Se alquiló el teatro Casino de la Calle 39, y se fijó el 19 de mayo como día de estreno. Al parecer, el plan era el siguiente: estrenar en el Casino y dejarse crucificar (simplemente no era una producción del calibre de Broadway); actuar un par de semanas para apaciguar a los Hermanos Marx y volver a viajar. Nos advirtieron que no sacásemos los baúles del almacén.

Horas antes del estreno yo estaba sentado en el restaurante Lindy's. Me entristecía pensar que un mes más tarde estaría en Albany o Columbus o Baltimore. Durante los ensayos me había albergado en el Princeton, un hotel teatral, con el resto del elenco. Esa noche, después de la función, iba a mudarme a la casa que Minnie y Frenchie habían alquilado en Long Island. Tenía de nuevo un hogar y, durante el día, podía elegir entre otros dos hogares de relevo, el Lindy's y el Reuben's. Había vuelto con mi gente, los que hablaban mi lengua, con mi acento: jugadores de cartas, apostadores de

caballos, corredores de apuestas, perpetradores de canciones, agentes, actores sin trabajo y actores que trabajaban en el Palace, Al Jolson con su muchedumbre de fanáticos y Arnold Rothstein con su muchedumbre de recaderos y lacayos. El pastel de queso sabía a ambrosía. La lengua era una música vieja y familiar. Un montón de granujas. Mucha acción. Hogar Dulce Hogar.

Me levanté para ir a trabajar, sin ningún entusiasmo en absoluto, y les dije a los chicos que me reservaran el asiento. Tomé un taxi hasta el Casino. Acababan de encender las marquesinas: LOS CUATRO HERMANOS MARX EN «I'LL SAY SHE IS». No me impresionó. Yo era realista. Oía sin cesar las palabras: *Lo siento, chicos: nos vamos*. Pero qué diablos, pensé recordando la silla que me esperaba en Lindy's, pásatelo bien mientras dure.

Se ha contado muchas veces la historia del debut de los Hermanos Marx en Broadway la noche del 19 de mayo de 1924. La han repetido y machacado en columnas, artículos y libros, y hasta en la radio. Cómo Minnie se cayó de una silla cuando la modista le probaba su traje para la noche del estreno y se rompió una pierna de modo que hubo que llevarla en brazos a su palco del Casino. Cómo un crítico famoso se puso hecho una furia con su periódico por enviarle a reseñar la actuación de unos «malditos acróbatas». Cómo los Hermanos Marx pusieron al público del revés. Cómo el enfadado crítico se rió tanto que acabó llorando.

Lo siento mucho, pero poco puedo añadir a la historia. Lo único que recuerdo, con toda honestidad, es que actué, conseguí unas buenas carcajadas, hice unas cuantas reverencias, y luego me fui solo a la casa de Long Island y me metí directamente en la cama. Minnie, por culpa de su pierna rota, decidió pasar la noche en un hotel.

A las ocho de la mañana sonó el teléfono. Era Groucho. Estaba muy excitado.

—¡Eh, Harp, levántate! —dijo—. ¿Has leído las críticas?

—¿Qué críticas? —dije—. *Variety* no sale hasta mañana.

—No, las críticas de los *periódicos* —dijo Groucho—. El *Sun*, el *Times*, el *Trib*, el *World*: los grandes críticos.

¿Sí? ¿Les gusto?

—Les *encantó*. ¡Somos una bomba! Escucha…

Interrumpí a Groucho y le dije que prefería, volver a la cama que oír reseñas. No sabía nada de los críticos de Broadway, sólo de los papanatas que escribían para *Variety*. Lo único que leo de los periódicos son las páginas de deportes y de vez en cuando alguna columna como la de S. Jay Kaufman o la de F. P. A., «Torre de mando». Si a los «grandes críticos» les había gustado nuestro espectáculo, qué bueno, pero no era motivo para despertarle a uno a las ocho de la mañana.

Groucho no colgaba el teléfono.

—Déjame leerte cómo empieza la del *Sun* —dijo—. Tienes que oírlo.

—Muy bien, muy bien, *muy bien* —le dije—. Lee: te escucho.

Groucho se puso a leer, para mi creciente embarazo:

HARPO MARX Y ALGUNOS HERMANOS: HILARANTES DISPARATES OVACIONADOS EN EL CASINO. POR ALEXANDER WOOLLCOTT.

> Como uno de los muchos que se rieron inmoderadamente durante casi toda la primera actuación en Nueva York de un nuevo espectáculo musical titulado, si la memoria no me engaña, *l'll Say Shels*, incumbe a vuestro corresponsal informaros de inmediato que esa arlequinada contiene algunos de los momentos más cómicos jamás concedidos a los sufridos espectadores de estrenos. Les da un contexto vehemente y brillante a las diabluras de esos gansos talentosos, los Cuatro Hermanos Marx, y constituye, en particular, una excusa esplendente y razonablemente melodiosa para ir a ver a ese hermano silencioso, ese furtivo, inesperado, magnífico cómico entre los Marx, registrado en algún certificado de nacimiento como Adolph, pero conocido por sus adoradores como Harpo Marx.
>
> Sin duda habría que bailar por las calles cuando un gran *clown* llega a la ciudad, y este hombre es un gran *clown*. Aparece oficialmente en el programa como miembro de la familia Marx, pero pertenece a una familia más extensa, que incluye a Joe Jackson y Bert Melrose y los Hermanos Fratillini. Harpo Marx, así llamado,

> extrañamente, porque toca el arpa, no dice una sola palabra desde el principio hasta el final, pero si uno puede ser abundante e irresistiblemente divertido con sólo apoyarse en un hermano, ¿para qué hablar?

Groucho hizo una pausa.

—¿Eso es todo? —pregunté—. ¿El hijo de perra no dice nada de ti, o Chico, o Zeppo? ¿Qué se imagina, que voy de solista? ¿Está ciego o qué?

—Oh, hay mucho más —dijo Groucho—. Habla de todos los demás.

Sólo que él pensaba que me gustaría oír lo que decía de mí.

—¿Quieres que te lo vuelva a leer, viejo *clown*? —preguntó.

Colgué el teléfono y me fui a dormir.

A las diez, el teléfono sonó de nuevo. Una voz que nunca había oído antes dijo:

—¿Tengo el placer de dirigirme al señor Harpo Marx?

Por la forma en que hablaba, podía ser un artista de la estafa o algún comicastro que Groucho había contratado para gastarme una broma. Me puse muy suspicaz:

—Soy Harpo Marx —dije—. ¿Quién habla?

—El nombre es Woollcott —dijo—. Alexander Woollcott.

El nombre no tenía resonancia alguna para mí. No lo relacioné con lo que Groucho me había leído por teléfono. Estaba demasiado dormido cuando me lo leyó.

—Lo siento —dije—. No creo conocerle.

Seguía desconfiando.

—Hago algunos trabajitos de vez en cuando para el *Sun* de Nueva York —dijo el tipo—. Hice un trabajito anoche, de hecho. Hice la crítica de su nuevo espectáculo. Y ahora me gustaría muchísimo conocerle.

Yo no sabía qué decir. Woollcott continuó.

—Perdóneme por ser tan fatuo y haberle llamado así por las buenas —dijo—. Me dio su número Charlie MacArthur, quien según parece pensó que a usted no le importaría.

Ah, bueno, era un amigo del amigo de Ben Hecht, Charlie. Entonces no había problema. Se lo dije, y se rió y dijo:

—Ahora que hemos intercambiado referencias, ¿podemos vernos? ¿Me recibirá si me cuelo en su camerino después de la función de esta noche?

—Claro, ¿por qué no? —le dije, y pareció muy complacido.

Antes de colgar añadió:

—De paso, señor Marx, ¿qué le pareció mi articulito de esta mañana en el *Sun*?

Le dije que pensaba que era la peor reseña que había leído en mi vida, y se rió tanto que tuve que apartar el teléfono de mi oreja.

Cuando colgó, pensé que un tipo que podía reírse así no podía ser malo del todo. No me haría daño dedicarle un rato después de la función. Después me iría a descansar a Lindy's, donde nadie utilizaba jamás palabras como «incumbe», «esplendente» y «fatuo».

Alexander Woollcott se «coló» en mi camerino, literalmente. Yo no tenía la menor idea de cómo podría ser un «gran crítico de Nueva York», pero no me esperaba aquello. Parecía alguien que hubiera escapado del Desfile de Acción de Gracias de Macy's[31].

No pude evitar pensar en el viejo número de vodevil de Mons Herbert en que éste inflaba un pavo de goma. Si Mons hubiera inflado un búho desplumado, con gruesas gafas y un bigote, y lo hubiera vestido con una capa de opereta y un sombrero negro de alas anchas, el resultado habría sido el mismo.

—El nombre es Woollcott —dijo, y su voz no modificó mi primera impresión. Era una voz que habría podido reproducirse dejando salir el aire de un globo: una inflexión vencida con un resabio quejumbroso. Viniendo de él, sonaba arrogante y presumido y no me gustó nada.

Nos estrechamos la mano. Woollcott suspiró y se dejó caer con sorprendente ligereza en una destartalada silla del camerino. Puso las manos sobre el puño de su bastón, parpadeó, se retorció el bigote y soltó una sonrisa que no era arrogante en absoluto. Si algo sentía, era timidez. No había venido a verme como crítico, sino como un admirador de ojos ilusionados.

—Bueno, Marx —dijo—. Así que no aprobó usted mi reseña en el periódico de esta mañana.

No, ciertamente no, le dije. Por lo menos, no aprobaba la parte que había logrado entender. Se rió y dijo:

—¿Me permitiría preguntarle qué fue específicamente lo que no le pareció bien?

Para entonces, yo ya había leído todo el artículo.

—Nos confundió usted a todos, señor Woollcott —dije—. Groucho no es el mayor, el mayor es Chico. Zeppo no es el director de escena, es el galán joven.

—¿Y Harpo? ¿Lo entendí bien?

—A decir verdad —dije—, no pude deducir de las cosas que escribió si quería darme un palo o hacerme propaganda, porque no sabía que querían decir la mitad de las palabras. Si quería hacerme propaganda olvídelo. No trabajo como solista. Trabajo con mis hermanos o no trabajo.

Dejó de sonreír y se quitó el sombrero.

—Mi querido Marx —dijo—, no quería ni halagarle ni quitarle importancia a su actuación. Creo en cada una de las palabras que escribí. Usted es el tipo más gracioso que he visto nunca en un escenario.

Yo no sabía cómo responder a semejante elogio, así que dije:

—¿Y qué le pareció mi solo de arpa? ¿Le gustó?

—Sigo pensando que es usted el tipo más gracioso que nunca he visto en un escenario —dijo Woollcott—. Considérese afortunado de que yo no sea un crítico musical —añadió.

Así que era un temperamento. Y de los que primero te acariciaban y luego te clavaban la aguja. Había conocido personas así, que no podían evitar pinchar, como una avispa no puede evitar clavar el aguijón. Es un tipo de hombre que me encanta tener cerca; son las víctimas ideales de las bromas pesadas. Aquel Woollcott empezaba a gustarme.

Dijo que lo sentía mucho si me había ofendido, pero que tenía una desafortunada enfermedad social. Siempre decía lo que se le pasaba por la cabeza.

—Mis amigos podrían decirle —dijo— que Woollcott es una vieja víbora malévola. No les crea. Los amigos de Woollcott son un montón de

bobos que mueven los labios para leer.

—Sin embargo —continuó, izándose de la silla—, me gustaría que los conociera, esta noche. Me gustaría mostrarles un verdadero artista. Podría usted dar algo de luz a sus pequeñas vidas grises. ¿Puedo suponer que está usted libre para lo que le queda de la noche?

Yo tenía que salir de aquello rápido. Si sus «amigos» hablaban del mismo modo que él, yo no tendría absolutamente nada que decirles. Desconocía el idioma.

—Lo siento —dije—. Tengo una cita a la que ya estoy llegando tarde.

Woollcott no tenía intenciones de que yo rechazara su invitación. Me miró desde lo alto de su nariz y me dijo, con mal humor:

—Alguna señorita, supongo.

Sacudí la cabeza.

—¿Algún asunto de negocios muy urgente? —preguntó, con sarcasmo.

Asentí con la cabeza.

—Una partida de *poker* —dije.

Volvió su sonrisa.

—¡Bravo! —dijo—. ¡Es precisamente lo que mis amigos y yo teníamos en mente! ¿Juega usted bien al *poker*, Marx?

Le dije que jugaba bastante decentemente al estilo del país.

Aplaudió.

—¡Así sea! —dijo—. En el instante en que se libre usted del maquillaje, venga sin demora al Hotel Algonquin. ¿Digamos a las once y media?

Estaba atrapado.

—Bueno, a las once y media —dije—. Pero antes, ¿le importaría enseñarme sus dientes?

Desnudó la dentadura.

—Lástima —dije—, no hay oro. Bueno, seguiré buscando.

—¿No hay oro? —preguntó, esperando el chiste.

Le dije que estaba buscando otro tipo tan bueno para jugar al *poker* como Mons Herbert, que daba pistas del juego que tenía por el número de dientes de oro que dejaba brillar. Esto le encantó a Woollcott.

—¿Y qué hacía esa afortunada buena racha en escena? —preguntó.

—Tocaba el «Anvil Chorus» dejando caer cuchillos y tenedores —dije — y para terminar inflaba un pavo hasta que le salía música por el culo.

Woollcott se rió tanto que tuvo que sentarse de nuevo. Se secó las lágrimas y dijo:

—Dios mío, ¿por qué *yo* no puedo tener amigos así?

Reprimí el deseo de contarle a Woollcott por qué había pensado en Mons, antes, cuando él había entrado en mi camerino.

Se puso su sombrero de *impresario* en la cabeza, se ajustó la capa y me tendió la mano.

—Un placer poco frecuente, señor —dijo.

En vez de darle la mano le di la pierna, un viejo chiste gimnástico que había utilizado desde los tiempos de *On the Mezzanine*. Apartó mi rodilla con repugnancia.

—Veamos, Marx —dijo, con toda la arrogancia que podía reunir—, sea tan amable de limitar sus babuinerías al escenario. Fuera de él, es usted un tipo muy poco gracioso.

Me gustaba cada vez más.

El Algonquin era un lugar excéntrico. Yo no podía entenderlo del todo. Obviamente, no era un hotel de cómicos, porque nadie en el vestíbulo estaba jugando pinacle a dos manos ni leyendo *Billboard*. No tenía el olor de los hoteles de viajantes, y no tenía los decorados cursis de una trampa para turistas. Si no era nada de esto, tenía que ser una fachada, una puesta en escena para ocultar algo. Pero qué ocultaba el Algonquin tras su fachada, tampoco podía adivinarlo.

Cuando pregunté por la habitación del señor Woollcott, el hombre de la recepción me miró con curiosidad. Yo pensé: Ay, Dios, me va a pedir la contraseña. Pero seguramente decidió que yo era de fiar. Me dio el número de una *suite* del segundo piso.

Cuando llegué al apartamento me sentí mucho mejor. Sólo había ocho tipos jugando a las cartas en una habitación llena de humo y sembrada de ceniceros, tazas de café, chaquetas y corbatas abandonadas y montones de fichas de póker.

Woollcott, ahora en mangas de camisa como los demás, dejó sus cartas, se levantó de un salto y me tomó por el brazo.

—Harpo —dijo—, te presento al Club Literario y Escalera Incompleta Tanatopsis. Harpo, Tanatopsis. Tanatopsis, Harpo.

¿Tanatopsis? ¿Qué era eso? ¿Un grupo de conspiradores griegos?

Los tipos de la mesa parecían bastante simpáticos. Sonrieron y dijeron cosas corteses. Yo dije:

—Terminen la mano, por favor —y se pusieron todavía más simpáticos.

Cuando acabaron la mano, Woollcott me los presentó uno por uno. Sólo un nombre me sonaba de algo: Frank Adams, «F.P.A.», el famoso columnista de *La torre de mando*. Groucho y yo habíamos enviado colaboraciones a *La torre de mando* desde hacía años y habíamos logrado que se publicaran algunas. Nunca me imaginé que le estrecharía la mano al Guardián de la Torre en persona. En cuanto al resto de los jugadores, sólo recordarlos como un montón de tipos llamados «Benson», que era a lo que sonaba uno de los nombres. Tengo una memoria desastrosa para los nombres.

Me presentaron a un señor Benson rechoncho, con un bigote como un cepillo de dientes y una expresión sorprendida; otro grande y desgreñado que se veía como si llevara puesta la ropa sucia de la semana anterior; otro, alto y con voz tonante y una cara atractiva y rubicunda; otro también alto, de cara triste, que continuamente se pasaba un brazo en torno a la cabeza y se daba un fuerte masaje en la oreja contraria; un señor Benson calvo con gafas, y un Benson con el pelo sin peinar que parecía un mozo de vaquería que hubiera perdido su caballo.

Semanas más tarde, cuando por fin me supe todos los nombres, me di cuenta de que me habían presentado, respectivamente, a los escritores Robert Benchley y Hey wood Broun; a Herbert Bayard Swope, redactor jefe del *World dz* Nueva York; a los dramaturgos George S. Kaufman y Marc Connelly, y a Harold Ross, director del *Judge*, que estaba por entonces tramando la publicación de una nueva revista que se llamaría *The New Yorker*.

Si yo hubiera sabido aquella noche de mayo quiénes eran realmente aquellos personajes y que me habían llevado a traición a una guarida de

intelectuales, habría salido de allí corriendo hasta llegar a Lindy’s donde mi asiento vacío todavía estaba aguardándome. Pero como no lo sabía, me quedé y jugué al *poker*. Tuve una suerte pésima, pero por lo demás fue una velada sorprendentemente agradable.

El deporte más socorrido, entre una mano y otra, era meterse con Aleck Woollcott. Así fue como me enteré de cuánto se había resistido Woollcott a hacer la crítica de *Vil Say Shels*. F.P.A. lo hizo retorcerse y gemir hasta que contó toda la historia. Al parecer, Woollcott había pasado por el Algonquin antes de asistir al estreno, blasfemando porque tenía que reseñar «a unos malditos acróbatas llamados “Los Hermanos Marx”», y buscando a alguien que quisiera ocupar su lugar y escribir la crítica por él. Utilizó amenazas, zalamerías y sobornos, pero nadie cayó. En el extremo de la desesperación, recurrió a Adams, Adams dijo que lo sentía mucho pero tenía un compromiso esa noche: iba al teatro con una profesora de literatura inglesa.

Cuando Woollcott finalmente se rindió y se arrastró hasta el Casino, gimiendo de autocompasión, descubrió que Adams y su acompañante ya estaban sentados en el teatro. Se puso tan furioso que dijo que jamás volvería a dirigirle la palabra a F.P.A.

—Ahora contemplen al viejo falsario —dijo Adams—. Quiere que el mundo crea que él inventó a los Hermanos Marx, y nos trae a uno de los acróbatas aquí, como si nos estuviera presentando a su pupilo favorito.

—Espero que te ases en el infierno —dijo Woollcott.

El juego se acabó temprano. La gran partida semanal empezaría el sábado por la tarde, a las cinco, me dijeron, y me esperaban allí. Era fácil saber por qué: querían seguir desplumándome. Había perdido cien dólares. Me despedí de Woollcott, Adams, Benson, Benson, Benson, Benson, Benson y Benson, y dije que les vería el sábado.

Había logrado superar la iniciación. Ahora era miembro del Club Literario y Escalera Incompleta Tanatopsis. Con frecuencia me he preguntado si lo habría conseguido de haber ganado yo aquella noche.

La tertulia del Algonquin se desarrollaba en el primer piso con frecuencia en una mesa redonda situada en un rincón del comedor. Años

más tarde, cuando todo el mundo se puso nostálgico por los años veinte, esa mesa llegó a ser conocida como *la* Mesa Redonda, y se escribía sobre la gente diciendo que habían sido «Miembros» de la Mesa Redonda del Algonquin.

El Club Tanatopsis tenía en efecto miembros oficiales, pero no así la reunión del primer piso. No era más que una larga perorata, con gente que entraba y salía, comía, discutía, cotilleaba, contaba chistes, hablaba de negocios y sufría inspiraciones geniales. Junto al resto de los jugadores del segundo piso —Woollcott, Adams, Benckley, Broun, Swope, Kaufman, Connelly y Ross—, me pasé muchas horas en la Mesa Redonda. No se podía saber quién más aparecería: había asiduos, como Deems Taylor, Donald Ogden Stewart, Peggy Woods, Jane Grant y Dorothy Parker, y descarriados como Helen Hayes, Charlie MacArthur, Edna Ferber, Bernard Baruch, *Ring* Lardner, Otto H. Kahn y Will Rogers.

Woollcott almorzaba en el Algonquin todos los días. A través de él conocí a cuatro mujeres extraordinarias, que estarían muy cerca de mí durante el resto de la década: la actriz Ruth Gordon, Neysa McMein, pintora e ilustradora, Alice Duer Miller, la novelista, y la brillante esposa de George S. Kaufman, Beatrice.

Alice Duer Miller era la dama más digna y cultivada que jamás había conocido. Pensaba que sería imposible para mí llegar a conocerla. Pero un día descubrí que la mayor pasión en la vida de Alice Miller no era escribir ni la literatura, sino los Gigantes de Nueva York. Le dije cómo solía contemplara mi único Gigante —Sam Merters— desde Coogan’s Bluff. Quedó encantada; dijo que ya había notado que había algo extraño en mí que le gustaba, y ahora sabía qué era. A partir de aquel momento fuimos muy amigos. Compartíamos una misma fe, vínculo que sólo puede existir entre fanáticos de los Gigantes.

Aparte de mi breve diálogo con Alice Miller, jamás contribuí con nada, pero absolutamente nada, a la Mesa Redonda. Sin embargo, fui aceptado inmediatamente como alguien que pertenecía al lugar. En realidad no esperaban que hablase; eso no sólo se debía a que yo representaba a un mudo bobalicón en escena y a veces también fuera de ella, sino

principalmente a que yo aporté a la mesa otro tipo de talento —el único talento que le faltaba—: el de sentarse y escuchar.

El Algonquin era refugio de los más brillantes autores, editores, críticos, columnistas, artistas, financieros, compositores, directores, productores y actores del momento. Aquel rincón del comedor era un semillero de narradores y conversadores. Pero, hasta que yo aparecí, no había ningún oyente de tiempo completo en toda aquella población. No me habrían acogido más cálidamente si hubiera estado en mi mano levantar la Prohibición.

Bernard Baruch y Herbert Bayard Swope me arrinconaron un domingo y no me dejaron en paz. Durante ocho horas enteras, me hablaron por turnos mientras yo les daba la entrada, como un director de orquesta: a Baruch para que callara y a Swope para que hablara, y luego a Swope para que callara y a Baruch para que hablara.

Miss Flatto, me dije, debería verme ahora.

Tomé un apartamento en Manhattan, en la Calle 57 Este, pero sólo dormía allí. Me pasaba el resto del tiempo en el West Side: entre el teatro, el Algonquin y la casa de Aleck Woollcott. Aleck vivía en comunidad en una casa de la Calle 47 Oeste, con Harold Ross y su mujer, Jane Grant y un viejo amigo de la universidad llamado Hawley Truax. Cuando Aleck no estaba presidiendo sesiones en el Algonquin presidía sesiones en casa, y se paseaba todo el día —sin importarle quién hubiera en la casa— con el pantalón del pijama y un kimono abierto. Por la noche, en cambio, le gustaba darse tono. Todo tenía que ser perfecto, los cócteles y la cena y todo el mundo tenía que estar de punta en blanco y ser puntual.

La primera vez que me pidió que fuera a su casa a pasar la velada, dijo que le encantaría que llevara a mis hermanos conmigo, siempre y cuando —añadió— se comportaran como caballeros. No necesité oír más.

Según Ross me dijo más tarde, Woollcott estaba muy molesto porque todo el mundo se presentó a la hora señalada menos los Hermanos Marx. La puntualidad era en él una obsesión. Luego se enfadó todavía más, cuando se desató frente a la casa un estruendo infernal y chirriante, que ahogó la

historia que estaba contando. Se puso hecho una furia y abrió lentemente la puerta de la calle.

El estruendo lo estábamos produciendo Groucho, Chico, Zeppo y yo, cabalgando en un carrusel callejero y gritando como cuatro golfillos salvajes.

Cuando Aleck vio quiénes éramos, se rió y aplaudió como un niño que ve por primera vez el circo. Luego se enfadó de nuevo, no porque hubiésemos arrastrado un tiovivo hasta la puerta de su casa, sino porque llegábamos tarde, lo cual era imperdonable.

Woollcott consideraba que Woollcott era el eje en torno al cual giraba el mundo. Si no era el centro de atracción se sentía desgraciado y cuando se sentía desgraciado, alguien pagaba las consecuencias. Era un diabólico maestro del insulto. Podía acuchillar a un semejante indefenso con una sola frase o palabra. Algunas de sus víctimas se convertían en enemigos jurados. Otros, como yo, en amigos jurados.

La primera vez que degusté la cólera de Woollcott fue en la conferencia sobre la puntualidad que pronunció el día del tiovivo. Pero el enfado no le duró gran cosa. Yo no se lo permití. No entendí ni la mitad de las cosas que me llamó, como «adolescente detenido». Cuando acabó su tirada, le hice el número de los ojos inocentes y dije:

—*Adolescente detenido*. ¿Cómo lo sabes? Nunca te conté que me metieron en chirona cuando era socio de Seymour Mintz.

Eso lo perdió. El sonrojo desapareció de su rostro. Sus ojos se encendieron y abrió la boca ante la perspectiva de escuchar un cuento nuevo y jugoso. Yo ya había descubierto aquel rasgo de Aleck: no podía resistirse a escuchar una historia.

Una vez que lo tenías, era un público maravilloso. Le podía haber dado lecciones a Frenchie en iniciación de risas. Con todos sus aires desdeñosos, nunca vi a un tipo tan fácil de derrotar, siempre que no fuese él la víctima del chiste, que la historia no se refiriese a él.

Aleck nunca se cansaba de oírme hablar de mis primeros años. Le encantaba que le hablara sobre *Miss* Flatto, el vendedor ambulante de arenques y la ventana de la E.P. 86. Le encantaba mi recital de empleos, desde la exhibición de *lappas* y el balanceo de latas, hasta la recolección de

retales y el pateamiento de alquileres. Cuando estaba triste, en vez de pedirle al pianista que tocase «Melancholy *Baby*», me pedía que le hablara de la Posada Amistosa, *Madame* Schang, mi debut en Coney Island, el descarrilamiento del Mississippi, Pete Penovitch o el Ordeñador Musical que enviaba conejos muertos al empresario del teatro en Laredo, Texas.

Creía que era responsabilidad suya evitar que yo hiciera maldades. Era como un severo tío soltero, aunque en realidad sólo era seis años mayor que yo. Al mismo tiempo, era más generoso y más paciente que ninguna de las personas que yo había conocido hasta entonces.

Creo que yo le gustaba porque nunca intentaba ocultar las cosas de las que habría debido avergonzarme según las reglas convencionales: mi falta de educación, mi colosal ignorancia, mi falta de ambición. Básicamente, lo único que había cambiado en veinte años de mi vida era que me había trasladado, dentro del East Side, de la Calle 93 a la Calle 57. Seguía viviendo al día y me buscaba diversión donde pudiera encontrarla. No disimulaba el hecho de que prefería jugar en vez de trabajar. Ahora, por fin, tenía tiempo suficiente para jugar, y también dinero suficiente. Había empezado a retribuirme con intereses por todo lo que me había faltado cuando era niño.

Y no es que estuviese viviendo una segunda infancia. Era mi primera infancia verdadera. Lo más loco de todo era que la estaba viviendo como miembro de la pandilla de Woollcott, pasando el rato con los delincuentes más famosos y brillantes de los años veinte.

Tal vez la única cosa que Woollcott y yo teníamos en común era nuestra capacidad para seguir siendo jóvenes y disfrutando placeres infantiles, por viejos que fuésemos. Él era un fanático de los juegos. Siempre había alguna clase de juego en marcha allí donde estaba Aleck. Siete y medio, *poker*, parchís, *bridge*, *backgammon*, dados, casino, anagramas y charadas bajo techo, *croquet* y badminton al aire libre, y juegos de palabras y adivinanzas en cualquier parte y en todas partes donde iba.

Y, se estuviera midiendo con Harold Ross al siete y medio o tratando de devolver los fantásticos retruécanos de George S. Kaufman en un almuerzo en el Algonquin, Aleck ponía en ello todo su ser. Jugaba para ganar. Era un mal perdedor, pero resultaba todavía más insufrible cuando ganaba, porque

no podía abstenerse de echar sal en las heridas ajenas. Nunca dejaba de pagar una deuda de juego. Llevaba un registro meticuloso de sus ganancias y pérdidas y esperaba que todas las personas con quienes jugaba fuesen igualmente eficientes.

Aleck ponía todo su ser en todo lo que hacía. Cuanto más le conocía más me asombraban sus capacidades: para los juegos, la comida, la conversación, la amistad, la enemistad y sus causas más diversas, o para largas horas de duro y concentrado trabajo. Su curiosidad era infinita. También lo era su entusiasmo siempre que descubría algo que le conmovía o le incitaba. Y cuando Woollcott se entusiasmaba, todos los demás, por supuesto, tenían que entusiasmarse también. «Todos los demás», quería decir su círculo de íntimos (como cuando «descubrió» el cróquet), la ciudad de Nueva York (como cuando «descubrió» a los Hermanos Marx) o el mundo en general (como cuando «descubrió». Japón, el caso del asesinato Hall-Milis, las obras de Thornton Wilder, *Adiós Mr. Chips*, los perros para ciegos de la institución Seeing-Eye y *Los tres cerditos* de Walt Disney). Woollcott no era ningún proselitista secreto. Durante casi veinte años fue el proselitista más notorio de América.

Debido a su aguda lengua, su falta de modestia y su peculiar apariencia, Woollcott era un pato —o una lechuza— fácil de cazar para cualquiera que quisiera imitarle o ridiculizarle. No hubo nadie en la vida pública tan fácil de caricaturizar hasta la aparición de Adolf Hitler, con la posible excepción de George Bernard Shaw.

Woollcott fue en efecto copiosamente caricaturizado, sobre todo por escrito. Ben Hecht le describió como «un individuo quisquilloso, con más chispa que cerebro», Harold Ross dijo una vez que era «una duquesa gorda con las emociones de un pez». James Thurber le llamaba el «Viejo Vitriolo y Violetas».

Otro redactor de *The New Yorker* decía que Woollcott era «uno de los escritores más pavorosos que jamás existieron». Creo que este señor y todos los demás que se metían con Aleck se lo tomaban demasiado en serio, mucho más en serio que él mismo. El primer amor de Aleck era el teatro: cualquier cosa que fuera teatral, desde un escenario de Broadway, el cine, el circo, los dibujos animados o un crepúsculo, hasta un proceso por asesinato.

Para mí, Woollcott era un histrión; no un pensador profundo ni un escritor serio, sino un enorme, inmenso, maravilloso mal actor. Si alguien le conocía y no se daba cuenta de ello, era porque ese alguien se tomaba *a sí mismo* demasiado en serio.

Una vez le dije a Aleck lo estúpido que me sentía, convertido en su sombra, sentado a su lado en la Mesa Redonda sin abrir jamás la boca.

—Mi querido Harpo —dijo, riéndose, con el gran vientre redondo y tembloroso asomando por el kimono entreabierto—, tú eres un tipo más listo que yo. Yo soy el mejor escritor de América y no tengo nada que decir. Pero no soy lo bastante listo para tener la boca cerrada.

El noventa por ciento del tiempo estaba «encendido». El otro diez por ciento del tiempo, cuando estaba «apagado», era su crítico más severo. Solía caracterizarse como un niño grande y se refería a sí mismo con repugnantes nombres de bebé como «Acky» y «Wookie».

La mayoría de la gente le veía, por supuesto, cuando estaba encendido. Muy pocos de nosotros teníamos el privilegio de estar con él cuando no estaba ofreciendo una de sus pésimas representaciones. Yo fui, según creo, una de las cinco personas que, a lo largo de los años, conocimos y quisimos al mejor Alexander Woollcott. Las otras cuatro eran Alice Duer Miller, Beatrice Kaufman, Ruth Gordon y un hombre llamado Joe Hennessey, que hacía el trabajo sucio para Aleck: comprobaba que su filete estuviese suficientemente poco hecho, conducía su coche, le hacía cumplir sus citas e intentaba apaciguar a las personas a quienes él insultaba.

Nunca pude entender del todo a Aleck, ni él a mí. Era demasiado complicado y yo demasiado simple. Nuestra amistad fue un juego de «¿Quién soy?» que duró toda la vida. Era frustrante, exasperante y a veces simplemente tonto, pero fue un juego bueno y beneficioso. Woollcott fue lo que yo creía, en la inocencia de mi juventud, que Seymour Mintz iba a ser: un verdadero amigo. Además, era físicamente imposible para él caminar al bies.

I'll Say She Is se representó durante más de un año y nos hizo más ricos de lo que jamás habíamos sido. Reconocía ahora el poder y la importancia

de los críticos de Nueva York, particularmente del hombre del *Sun*, a quien le correspondía escribir algo sobre los Hermanos Marx por lo menos una vez al mes.

Chico tenía toda la acción que podía atender. Estaba en el Paraíso del Pinacle. Groucho podía comprar todos los libros que quería, en vez de ir a la biblioteca pública. Yo me había incorporado a la tribu del Algonquin y vivía en un nuevo mundo feliz. Minnie y Frenchie se compraron una nueva casa todavía más lejos, en Long Island. Se compraron un Chevy de cuatro puertas nuevo, contrataron un chófer y empezaron a pegarse la vida padre.

Minnie organizó un club de *poker* para señoras, que se reunían cuatro veces a la semana. Las pieles y joyas de Minnie iban y venían de la casa de empeños, ya que todavía consideraba un deber religioso lograr una escalera en el *poker*. Que se vayan al diablo las probabilidades decía Minnie. Había traído al mundo a cinco hijos seguidos y por lo tanto era su destino tener cinco cartas seguidas. Pero las probabilidades, y no el destino, triunfaban. Y, en consecuencia, volvía a la casa de empeños.

Frenchie pudo ser por fin el Beau Brummel que siempre se había imaginado que era. Ahora era un figurín peripuesto, junto al cual el señor Burns, el que se levantaba el sombrero en la Calle 93, parecía en retrospectiva un anuncio ambulante de ropa fumigada de segunda mano.

Si bien se había convertido en un Beau Brummel, por lo demás Frenchie había cambiado muy poco. El primer día que se presentó a trabajar el nuevo chófer, Frenchie hizo que le llevara a la tienda de comestibles para hacer la compra. Salió cargado de paquetes, se metió en el reluciente Chevy nuevo y le dijo al chófer que continuase. Hizo un par de paradas más, y le indicó el camino de vuelta a la residencia Marx.

El chófer no hizo movimiento alguno para salir del coche al llegar a casa, y Frenchie le preguntó si no quería comer algo. Él dijo que gracias, pero que no era su ahora de almorzar. Lo menos que podía hacer, dijo Frenchie, era ayudarle con los paquetes. Eso sí estaba dispuesto a hacerlo. En la cocina, tras dejar caer los paquetes, se quedó esperando, así que Frenchie le dijo que fuera a limpiar el coche, ya que no quería almorzar.

—Mira, amigo —dijo el chófer—. No quiero almorzar y limpiaré mi coche cuando me dé la gana. Lo único que quiero es mi dinero.

Frenchie llamó a Minnie. Él no tenía corazón para despedir a un sirviente. Minnie vino e inmediatamente aclaró la situación. El hombre que estaba en la cocina no era el chófer que habían contratado. Al salir de la tienda de comestibles, Frenchie se había metido en un Chevy nuevo que no era el suyo y que conducía otro sujeto con gorra de cuero. Había tomado un taxi.

En algunos sentidos, Frenchie estaba ahora mas seguro de sí mismo. Ahora tenía fuertes convicciones sobre cuestiones importantes. A fines del verano de 1924, invitó a un amigo a ir de paseo con él por las montañas y pasar el fin de semana en un hotel. A cierta altura de la Carretera 17, al sur de Middletown, Frenchie y su amigo se enzarzaron en una discusión tal sobre si estaban subiendo o bajando de las montañas que casi se pegan dentro del coche, y Frenchie le ordenó al chófer que diese la vuelta y les llevara inmediatamente a Nueva York.

Yo mismo me había convertido en todo un petimetre, cuando nuestro espectáculo se aposentó por fin en Nueva York. Pero no era un figurín como Frenchie. Yo era más bien el tipo decididamente deportivo. Prefería las gorras de golf o los sombreros de paja, las chaquetas informales y los pantalones bombachos de lino blanco. Alexander Woollcott decía que nada en el mundo le ponía tan enfermo como los atuendos que yo lucía por la calle, con la excepción de la pintura de Maxfield Parrish y la poesía de Edgar A. Guest.

Aleck intentaba constantemente que yo abandonara el estilo de tocados de Broadway por el Continental. Él prefería las boinas y el tipo de sombreros que llevan los espías y los empresarios de ópera en las películas. Un caluroso día de julio, él y yo, ambos con boinas, caminábamos hacia el Este por la Calle 42. Cerca de la esquina con la Quinta Avenida, vi una tienda que anunciaba un saldo de sombreros de paja por dos pavos la pieza. Me sumergí dentro de la tienda. Woollcott siguió andando y hablando. En la tienda, cogí un sombrero del mostrador y dejé caer dos dólares. Salí corriendo con mi nueva adquisición en la cabeza y alcancé a Woollcott, que no había parado de andar ni de hablar. Sólo cuando nos detuvimos a esperar el semáforo de la Quinta Avenida, me miró, volvió a mirarme más despacio,

se dio cuenta de mi cambio de decorado y puso cara de estar a punto de vomitar.

Hubo pocos momentos grises mientras duraron las representaciones de *I'll Say She Is*. El aburrimiento que solía llegar hacia el final de una temporada cuando estábamos de gira nunca invadió el Casino. Lo único que lo invadió fue la locura. Aquello era un manicomio seis noches y dos tardes por semana, desde la galería hasta los camerinos.

Un día en el almuerzo, Woollcott me dijo que iba a llevar a Minnie Madden Fiske, la Gran Dama del Teatro Americano y uno de sus ídolos más venerados, a ver nuestra obra el jueves por la noche.

—Por favor, encárgate, Harpo —dijo—, de que hagáis realidad todas las extravagantes mentiras que le he contado a la señora Fiske acerca de vosotros.

A través de alguien, probablemente Harold Ross, conseguí una fotografía de Aleck ataviado con su vestimenta de académico, tomada en el Hamilton College. Hice que retocaran y ampliaran la foto, y el jueves la pegué en el bastidor de carteles del vestíbulo del Casino, de manera que Alexander Woollcott, con toga y birrete, apareciese en medio de las coristas de *I'll Say She Is*, levantando las piernas al unísono con las chicas situadas a su izquierda y a su derecha.

Supe que Aleck había visto el doctorado cartel del vestíbulo y que se había enfadado porque no trajo a la señora Fiske a los camerinos después de la función. Al día siguiente me sometió al más completo silencio en la Mesa Redonda. No volvió a hablarme hasta una noche, una semana más tarde. Fue con ocasión del estreno de un espectáculo llamado *Izzat So* en la misma manzana del Casino. Groucho, Chico, Zeppo y yo nos vestimos temprano aquella noche y nos pusimos bajo las marquesinas de nuestro teatro, tocando las mandolinas y cantando tristes tonadas mientras los espectadores y los críticos que acudían al estreno pasaban delante de nosotros en dirección al otro teatro.

Cuando pasó Woollcott no me miró, sino que casi me tira al suelo al pasar, a la vez que murmuraba:

—Judío, hijo de perra.

Esto me pareció graciosísimo, aunque no era uno de los mejores chistes de Woollcott. Ni siquiera era original. Estaba tomado de mi historia sobre la señora Schang y la Taberna de los Tiempos Felices, una aventura de la vida real favorita de Aleck.

Al día siguiente, volvió a ser el viejo y parlanchín Woollcott de siempre, como si nada hubiera sucedido.

Yo era ya un arpista con ocho años de experiencia profesional. Decidí que ya era hora de aprender a leer una partitura y a tocar al arpa correctamente, pero me daba cierta timidez buscar un maestro.

Por suerte, el maestro me buscó a mí. Un tipo entró, después de una función vespertina, a decirnos cuánto le había gustado el espectáculo y cuán «terriblemente original» era mi manera de tocar. Yo no sabía si era un cumplido o un reproche, hasta que me dijo que él era arpista de la Metropolitan Opera Company. Le pregunté si podría darme lecciones y dijo que eso sería un honor para él, a veinte pavos la sesión. Quedamos citados.

Cuando llegué a su estudio para tomar mi primera lección, el maestro me dijo que empezara inmediatamente a tocar cualquier cosa. Empecé por el sexteto de *Lucía*, que era lo más parecido a una pieza clásica que había en mi repertorio. Me observaba tan de cerca que su nariz casi se metía entre las cuerdas, y todo el rato hablaba para sí:

—*¡Ah, si!… ¡Ah, ya!… ¡Extraordinario!*

Cuando acabé el sexteto, agitó la mano y me dijo que siguiera tocando cualquier cosa, daba igual qué.

—¿Pero no cree usted que debería aprender antes a leer las notas? —dije yo.

Agitó la cabeza y emitió ruidos de impaciencia con la lengua, y me dijo que tocara.

Yo toqué. Cada ocho compases, me detenía y le preguntaba por las notas, y él seguía diciendo que no necesitaba notas, que siguiera tocando.

Luego empezó a detenerme, a hacerme preguntas. ¿Podía mostrarle de nuevo cómo hacía aquel glissando? ¿Podía repetir aquel trino? Si yo

planteaba el tema de las partituras, o de los pedales, o de la digitación, me hacía callar de inmediato.

Cuando hubo transcurrido la hora de clase, yo le había enseñado al maestro toda mi desastrosa técnica. Cuando le di mis veinte pavos, me dijo que no podía decirme con cuánta impaciencia aguardaba nuestra próxima sesión. Le dije que no lo hiciera, porque no habría otra sesión.

Así termino mi estudio académico del arpa.

En los treinta y cinco años transcurridos desde entonces, muchos arpistas legítimos, incluidos grandes virtuosos como Salzedo y Grandjany, me han pedido que les mostrase mi técnica. Quedaban absolutamente fascinados de que yo lograra sacarle sonido alguno al instrumento en la forma en que lo tocaba, para no hablar de algunos sonidos bastante buenos. Siempre he estado dispuesto a hacer estas demostraciones, pero jamás volvería a pagar veinte pavos por darle lecciones a un maestro.

Lo más parecido a un profesor normal que tuve nunca fue una dama llamada Mildred Dilling. La conocí en una tienda de música donde ella estaba probando un arpa nueva, tocando una pieza llamada «The Music Box». Me presenté y le confesé que no podía leer las notas, y le pedí que por favor me enseñase a tocar «The Music Box». (La caja de música). A ella le encantó la idea. Pronto nos hicimos buenos amigos. Ella me introdujo en el mundo de Bach, Mozart, Debussy y Ravel. Gracias a esta excelente y generosa artista llegué a darme cuenta de que el Sexteto de *Lucía* no era, después de todo, la pieza de música clásica más grande de todos los tiempos.

Como todos los demás, la señorita Dilling nunca intentó cambiar mi excéntrica técnica. Pero gustosamente se ofrecía ayudarme de otras formas. Muchas veces la he llamado desde la otra punta del país, despertándola en medio de la noche, cuando me atoraba en un acorde difícil. De día o de noche, nunca me ha fallado. Arrastraba su arpa cerca del teléfono de su estudio y tocaba el acorde una y otra vez hasta que yo lo pescaba, al otro extremo del hilo.

Lo que se podría llamar un Curso a Distancia.

El día de la última representación de *Vil Say Shels*, había toda una multitud esperándome en el Algonquin para felicitarme por nuestro éxito. Cuando le estreché la mano a F. P. A. no me dijo nada, pero un cuchillo del hotel cayó de su manga y rebotó estrepitosamente contra el suelo del vestíbulo. Creo que fue el momento exacto en que supe, sin ninguna duda, que yo pertenecía al mundo de Woollcott y sus amigos, y a ningún otro.

De hecho, nunca volví a Lindy's.

Al día siguiente de la clausura, Aleck me invitó a acompañarle al estreno de una nueva obra. Tenía la sensación de que necesitaría ayuda para someterse a esa prueba, y tenía razón. Era una obra en dos actos, sobre un pionero del correo aéreo. El argumento, según recuerdo, era algo así: El piloto sufre un accidente con su avión. Se arrastra hacía una tienda india. La familia india, madre, padre, hija, vestidos con pieles, le adoptan. La hija se enamora del piloto, el piloto se enamora de la hija. La madre los descubre besándose. La madre le dice al padre:

—¡Nuestra pequeña ya se ha hecho mujer!

El padre malinterpreta sus palabras, jura vengar el honor de su hija. Telón del primer acto. Segundo acto: El piloto sigue cojeando en tomo a la tienda india y sigue escapándose por ahí con la hija. El padre, colérico, se enfrenta a su hija. La hija jura que el piloto no le ha hecho nada excepto votos de amor eterno. El viejo se enfrenta al piloto. El piloto hace una confesión trágica que prueba que nada podría haber ocurrido entre él y la hija. Revela que una parte vital de su anatomía ha sido cercenada en el accidente de avión. Telón.

El resumen que hizo Woollcott de la obra en el periódico del día siguiente, nunca lo olvidaré. Sólo terna dos oraciones:

«EN EL PRIMER ACTO, ELLA SE HACE MUJER.
EN EL SEGUNDO ACTO, ÉL SE HACE MUJER».

Casi todos los productores de Broadway querían contratarnos con nuestro segundo espectáculo, entre ellos Ziegfeld, Dillingham e incluso

(¡sombras de Indianápolis!) los Shubert. El único tipo que no nos persiguió era el único con quien nosotros queríamos trabajar: Sam Harris.

Irving Berlín, que se había vuelto todo un fanático nuestro, fue a respaldarnos. Estrictamente como un favor a Berlín, Harris accedió a ver un par de nuestros números en su oficina. Los vio y nos dijo que ya nos llamaría.

Para salir de la inactividad, aceptamos dar algunas funciones fuera de la ciudad con *I's Say She Is*. Estábamos actuando en Siracuse cuando recibimos una llamada de Sam Harris. Quería que protagonizásemos su nueva producción. Para no perder ni un minuto, un escritor estaba ya de camino hacia Siracuse para hablar con nosotros y fabricar algunos *sketches* cortos para nosotros. Teníamos muchos sketches propios. Lo que queríamos hacer era una obra de verdad, no otra trillada revista. Pero no queríamos importunar al señor Harris. Decidimos cuidarnos nosotros mismos del escritor.

Apareció en nuestros camerinos aquella noche; era un individuo bajito y engreído. Él se presentó. Nosotros nos limitamos a mirarle fijamente. El único que habló fue Zeppo.

—Quítese el abrigo —dijo, y el tipo se quitó el abrigo.

Zeppo le subió las mangas y dijo:

—Así que quiere escribirnos una nueva obra, ¿no es así?

Palpó el músculo del brazo derecho del tipo y meneó la cabeza. Palpó el izquierdo y la meneó de nuevo. El tipo empezó a graznar, y Zeppo dijo:

—¿No le contó Sam cómo nos entendíamos con los escritores?

El tipo parecía desconcertado; luego, aprensivo. Zeppo se arremangó. En aquellos tiempos, Zeppo tenía unos bíceps como los de Charles Atlas.

—Bueno, escritor, vamos a darle —dijo—. Hasta que uno dé en el suelo: Nos escribes dos obras o no nos escribes ninguna.

El hombre cogió su abrigo y salió corriendo. Nunca volvimos a verle.

Según supimos después, Sam no se inquietó lo más mínimo cuando se enteró de lo acontecido. Le pagó al escritor por sus molestias, llamó a George S. Kaufman, y le dijo:

—Necesito un escritor grande que sepa boxear, George. ¿Cuánto mides?

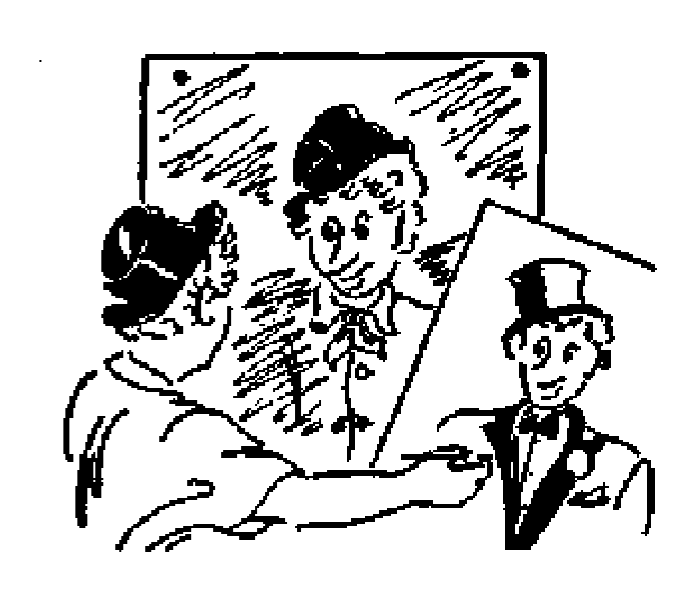
Cuando George averiguó para qué necesitaba Sam un escritor grande, le dijo:

—¿Estás loco? ¿*Escribir* una obra para los Hermanos *Marx*? Prefiero escribir una para los macacos.

Pero Sam no se inquietó.

Nuestro segundo gran éxito de Broadway fue *The Cocoanuts*: música de Irving Berlin y libreto de George S. Kaufman y Morrie Ryskind, dirigida por George S. Kaufman.

XII
ES INÚTIL HABLAR



The Cocoanuts se encaminó vertiginosamente hacia un principio grandioso ya desde el primer ensayo. George Kaufinan se sentó en el escenario vacío, bajo una lámpara y empezó a leer el argumento. A la mitad de la primera escena, Chico se quedó dormido. En algún punto de la segunda, yo me quedé dormido, y no es que me aburriese; me sentía muy confortable y confiado. No habría necesidad de que Zep peleara con Kauíman y Ryskind, a dos obras o nada. Había oído lo suficiente para saber que no nos habían preparado ninguna serie de cuadros cortos, sino una auténtica obra musical, cualquiera que fuese su tema.

Para cuando estrenamos en Boston, Kauíman tampoco sabía el tema de la obra, de tanto como improvisábamos. Cuando a Chico o a mí se nos ocurría algún número nuevo, lo hacíamos. Cuando a Groucho le venía a la cabeza un *gag*, lo transmitía de inmediato. La primera representación se prolongó cuarenta minutos más de lo previsto. Todos los críticos y la mayor parte del público se habían ido antes de que, finalmente, bajara el telón.

Berlín, Kauíman, Ryskind se quedaron toda la noche tratando de recortar el espectáculo. Quitaron un coro aquí, un coro allí y un par de números de danza. Al día siguiente ensayamos obedientemente la nueva versión. La siguiente representación fue todavía más larga. Apenas había dinero en la taquilla para pagar las horas extras de los tramoyistas.

Berlín, Kauíman y Ryskind celebraron una reunión de emergencia. Lo único que se podía hacer, dijo Kaufman cautamente, era cortar otro número coreográfico, dos coros y dos canciones completas. Irving Berlín lanzó un quejido como si lo hubieran apuñalado por la espalda:

—¡Dios mío! —dijo—. ¡Un corte más y esto será un musical sin música!

Kauíman meditó lúgubremente, retorciendo un brazo por encima de su cabeza para masajearse la oreja y frotándose la clavícula con la barbilla.

—Te diré lo que haremos, Irving —dijo—. Tú renuncias a las canciones y yo renuncio al argumento.

La única canción que Berlin estaba dispuesto a eliminar era una balada que él mismo reconocía que no era buena «ni para una obra musical». La balada era «Always». (Siempre), que no se cantó en *Cocoanuts*, pero que tuvo una vida propia mucho tiempo después. Irving lloraba por los otros cortes como un padre amoroso pero impotente al ver llevar a sus hijos a la guillotina.

La crisis llegó a su culminación cuando el sindicato de tramoyistas le planteó a Sam Harris un ultimátum: el equipo tenía que salir del teatro a las once de la noche, o abandonaba la producción. Sam vino a nuestros camerinos inmediatamente después de la fruición del sábado por la tarde. George e Irving ya estaban allí. Sam les pidió, a su manera amable y tranquila, que por favor nos dejases solos. Se trataba, dijo, de un asunto entre él y los chicos.

Chico, Groucho, Zep y yo no supimos exactamente qué hacer, sin premeditación alguna. Cogimos a Sam, le quitamos la ropa y la lanzamos por la puerta del camerino. Sam, meneando la cabeza pero por lo demás imperturbable, salió, totalmente desnudo, empezó a recoger su ropa y les dijo a Kaufman y Berlin:

—Tal vez es mejor que traten ustedes con ellos directamente.

La parte menos graciosa del asunto era que el público consideraba que no valía la pena reírse de nosotros. Ninguno de nosotros se atrevió a decirlo, pero los Hermanos Marx estaban asustados. Lo que estábamos haciendo era actuar unos para otros, no para la gente que nos veía. No estábamos en forma y lo sabíamos.

Pero en el instante en que se alzó el telón del Lyric Théâtre en el estreno neoyorquino, todas las tribulaciones de Boston pasaron al olvido. Aleck se hallaba en primera fila, con los demás asiduos del Algonquin, y también Minnie, y todos nos desafiaban a superar *I'll Say Shels*. Me sentía muy bien y tenía ganas de divertirme un poco. Durante las funciones de prueba, yo no había participado en las conferencias sobre el libreto, ya que no había que cambiar ningún parlamento mío. Mientras los demás conferenciaban, yo me retiraba a mi habitación del hotel, donde desarrollaba algunas ideas propias. Ahora podríamos ponerlas en práctica.

Habíamos probado la primera escena de doce maneras diferentes, pero nunca parecía salir bien. La noche del estreno, en Nueva York, salió bien. Sucedió de la siguiente manera:

Groucho está detrás del escritorio de recepción de un hotel en Florida (el argumento se relacionaba vagamente con la explosión inmobiliaria de Florida). Chico y yo entramos y pedimos habitaciones. Un botones trata de coger mi maleta. Yo no le dejo. Forcejeamos y la maleta se abre. Todo lo que contiene son tres listines de teléfonos. Vamos a inscribimos. Me inclino sobre el mostrador y hago muecas mientras Chico y Groucho hablan. Suena el teléfono. Groucho dice:

—¿Quiere usted agua helada? Le enviaré una cebolla. Eso aguará sus ojos[32].

Me aburro. Entra un chico de la compañía de telégrafos (cansado de esperar su señal de entrada) con un montón de telegramas. Le arrebato los

telegramas y empiezo a hacerlos pedazos. Esto resulta un deporte tan divertido que no quiero parar. Salto sobre el escritorio y me apodero del correo que está en las casillas de las habitaciones y lo hago pedazos también. Mi alegría es tan contagiosa que Groucho se mete dentro también y me ayuda a desagarrar las cartas. Cuando los últimos trozos caen al suelo, una súbita tristeza se apodera de mí.

—Lo siento, el correo de la tarde aún no ha llegado —dice Groucho a modo de disculpa.

¿Ahora qué hago? Aplaudo, le arrebato la pluma de las manos a Groucho y la lanzo como un dardo contra la pared. Suena un timbre porque he acertado. Groucho me tiende un puro a modo de premio.

El local se venía abajo y no dejamos que el público se tranquilizara durante el resto de la velada. Ahora George Kaufinan podía sonreír de nuevo. Pero aún no conocíamos suficientemente a George. Vino a vemos después de la función, se sentó con la barbilla sobre el pecho y dijo que parecía que el Primer Acto estaba bien pero que el Segundo necesitaba un nuevo recorte. En algún momento, hacia la mitad del Segundo Acto —no estaba totalmente seguro de en qué punto—, podía jurar que había oído alguna de sus frases originales.

Cocoanuts se representó durante una temporada completa en Broadway y luego hicimos dos años de gira.

En realidad nunca paramos de improvisar. No hubo dos representaciones totalmente iguales. Una tarde, durante el segundo mes en Nueva York, preparé una pequeña sorpresa para Groucho. Durante una de sus escenas más tranquilas, mientras yo estaba fuera del escenario elegí a una monada rubia del coro y le pregunté si le gustaría tener un papel más importante. Se mostró más que dispuesta. Le dije que lo único que tenía que hacer era atravesar el escenario corriendo y gritando. Lo hizo y yo eché a correr detrás de ella, en alocada persecución, saltando y rebotando y haciendo sonar mi bocina. Interrumpí la escena de Groucho, pero cuando las risas se calmaron, él fue capaz de darle el toque final:

—Es la primera vez que veo a un taxi perseguir a un pasajero —dijo.

Así que perseguí a la corista por el escenario en sentido inverso, tratando de coger a Groucho desprevenido. No lo logré.

—El de las nueve y veinte llega puntual —dijo—. Uno siempre puede poner su reloj en hora por el Lehigh Valley.

Afortunadamente para mí, el novio de mi rubia no se encontraba aquella tarde entre el público. Después de la función, me enteré de que había elegido a la chica más peligrosa de la compañía. Su novio era Jack Legs (Jack Piernas). Diamond, y Legs quería que su gatita se quedara guardada en el coro, donde «no se enredaría en las travesuras de esos actores lunáticos». Hice un rápido cambio de rubias antes de la función de la noche.

La persecución se convirtió en un chiste fijo de *Cocoanuts* —era divertido, por lo menos, ver cuál sería la réplica de Groucho—, y luego se convirtió en parte de mi repertorio permanente. Mi estatura como actor crecía, podríamos decir, a saltos y rebotes.

Yo tenía un año de vacas gordas por entonces, en gran medida a costa de los demás miembros del Tanatopsis Club. La gran partida semanal se iniciaba a las cinco de la tarde del sábado, y generalmente duraba hasta la madrugada del domingo por la mañana. Me permitían suspenderla a las ocho para ir a la función. Corría al teatro, cumplía con mi molesta obligación y volvía corriendo al Algonquin para seguir con el asunto importante de la velada: todo ello sin molestarme en cambiar de vestimenta.

Kaufman era el único miembro del Tanatopsis que metía bulla cuando le tocaba dar. El resto del tiempo no decía una palabra, pero siempre que daba empezaba a contar historias para hacernos perder el hilo a los demás, con el resultado frecuente de despistarse él mismo.

Con el tiempo vimos que yo era el que ganaba más a menudo, Heywood era el que arriesgaba más y Aleck Woollcott el peor jugador. Swope era probablemente el mejor, pero sólo jugaba en el Algonquin para divertirse. Sus combates serios los desarrollaba en otros sitios.

Woollcott jugador de póker y Woollcott jugador de siete y medio no eran la misma persona. Ni siquiera estaban relacionados entre sí. En el siete y medio, Aleck era absolutamente imbatible. Harold Ross se pasó gran parte de su vida y se arrancó gran parte del cabello (afortunadamente tenía varias hectáreas a su disposición) tratando de vencer a su antiguo compañero de

armas en el siete y medio. Una vez, después de una partida en que Woollcott lo sacudió astutamente, Ross tiró sus cartas contra la mesa y aulló a los cielos:

—¡Este maldito Woollcott sabe algo sobre este maldito juego que el tipo que lo inventó no sabía!

Pero en la mesa de póker, Woollcott estaba atado de manos, como Minnie, por una superstición. Mientras la debilidad de Minnie consistía en tratar de hacer escaleras perfectas, Woollcott tenía algo con el rey de tréboles. Siempre que el rey de tréboles era una de sus dos primeras cartas descubiertas, elevaba la apuesta. Si otro lo tenía, abandonaba. Era un rito en él. En consecuencia, resultaba a veces muy batible en el póker.

El desgreñado y largo Heywood Broun se doblaba sobre sus cartas presa de una angustia constante. Si salía ganador un domingo por la mañana, se apoderaba de él una angustia todavía mayor. Los demás aceptábamos talones personales al hacer cuentas después de una partida, pero Broun sólo aceptaba efectivo. Prefería cobrar en efectivo sólo un porcentaje de lo que se le debía, incluso sólo cincuenta centavos sobre un dólar, antes que tomar un talón por la cantidad completa, incluso con alguien tan solvente como Herbert Bayard Swope, su jefe en el *World* de Nueva York.

Un sábado por la noche, Chico vino a jugar con los del Tanatopsis. Jugó con su habitual imprudencia y perdió mil doscientos dólares. Broun fue el ganador. Cuando Chico le ofreció un talón por mil doscientos, Broun dijo que prefería recibir mil en efectivo. Chico dijo que no llevaba mil dólares consigo. Broun ofreció darse por satisfecho con setecientos cincuenta. Chico no llevaba setecientos cincuenta.

—¿Cuánto llevas encima? —preguntó Broun.

Chico vació sus bolsillos y contó su dinero. Dieciocho dólares. Broun reflexionó si debía tomar los dieciocho dólares en efectivo, o arriesgarse con un talón de Chico por mil doscientos. Por una vez, decidió arriesgarse, aunque la reputación de Chico le había acompañado hasta el Algonquin.

Broun ya estaba en el banco cuando éste abrió, el lunes por la mañana, para cobrar el talón de Chico, pero Chico no tenía fondos. Broun cayó sobre Chico rugiendo como un oso herido. Chico sonrió y le dijo que no se preocupara. Un pequeño descubierto simplemente.

—Vuelve a presentar el talón mañana —le dijo—. Pero no antes del mediodía.

El cheque rebotó por segunda vez. Broun volvió a caer sobre Chico.

—Mira —le dijo Chico—, te dije que no lo presentaras antes de las doce, ¿no es cierto?

—¡Qué diablos, las doce! —rugió Broun—. Llegué al banco cinco minutos *después* de las doce.

—Lo siento —dijo Chico—. Fue demasiado tarde.

Como Woollcott, Broun era un gran hablador y un gran reidor. Cuando se reía, su doscientas cincuenta libras temblaban y seguramente los platos vibraban en los estantes de la cocina del Algonquin. A diferencia de Woollcott, Broun no se preocupaba por el estilo literario cuando hablaba. Quería que le gustase toda la gente que conocía, lo cual lo convertía en uno de los tipos de todo Nueva York que más gustaba a la gente. Los únicos rencores que guardaba eran políticos, nunca personales. Cuando renunció al *World*, en 1928, porque estaba violentamente en contra de la política del periódico en torno al caso Sacco y Vanzetti, su amistad con Swope siguió siendo tan cálida como siempre.

Un día Broun me llamó y me preguntó si me gustaría ir a su casa y conocer a Mabel Normand, la estrella de Hollywood. Yo nunca había conocido a una auténtica reina del cine en persona, y me entusiasmó tanto la perspectiva que me puse un traje y una corbata, cosa que no había hecho desde la boda de Zeppo.

Conocí a la hermosa *miss* Normand en la recámara de Broun. Broun no se levantó para presentarnos. Siguió sentado en la cama deshecha con un pijama arrugado (todo lo que tocaba dejaba instantáneamente —mágicamente— de estar planchado), golpeando un *punching* que colgaba del techo. Estaba siguiendo concienzudamente las instrucciones de su médico: descansar mucho y hacer mucho ejercicio todos los días.

Ese invierno, el invierno de *Cocoanuts*, decidimos traernos bocadillos de casa o de las tiendas de alrededor para nuestras sesiones de *poker* y pedir menos comida en el Algonquin. Al parecer, el camarero que atendía las habitaciones se quejó al gerente, porque un sábado por la noche

encontramos un letrero grande, pintado a mano en el interior de la puerta de nuestra *suite*:

NO NOS GUSTAN LAS FIAMBRERAS
Frank Case, Propietario

El Club Literario y Escalera Incompleta Tanatopsis, pensamos, era víctima de un tratamiento injusto, ingrato y arrogante. Votamos a favor de llevamos la música a otra parte. Recogimos nuestras cartas y nuestras fichas y nos desplazamos a la otra punta de la ciudad, en un convoy de taxis, hasta el restaurante Colony, donde fuimos graciosamente recibidos y donde nos dieron una habitación privada para jugar. Case llamó inmediatamente para disculparse. Decidimos darle dos meses de sábados para reflexionar sobre su felonía antes de volver al hotel.

Al salir del Colony, una noche helada de enero, compartí un taxi con Woollcott y Broun. Estaban peleándose encarnizadamente con insultos y ofensas, por alguna ridícula cuestión literaria. A mí no me dejaron ni abrir la boca. La primera parada era mi casa. Cuando bajé del taxi, Aleck murmuró:

—Dile al chófer dónde debe llevarnos, sé buen chico, Harpo —y volvió a su duelo con Broun.

No me gustó su actitud condescendiente, así que le dije al chófer:

—Los otros dos pasajeros quieren que les lleve al Werba’s Theatre, en Brooklyn.

El Werba’s era un teatro de revista situado en el remoto y helado límite del Flatbush.

Dos horas más tarde, me despertó de mi profundo sueño el timbre del teléfono. Tampoco ahora me dejaron ni abrir la boca. La persona que se encontraba al otro extremo de la línea dijo una sola oración:

—*¡Judío, hijo de perra!* —y colgó.

Woollcott y Broun habían seguido discutiendo sobre el puente de Brooklyn, antes de darse cuanta de la clase de paseo en que estaban embarcados y, al volver, el taxi había resbalado en el hielo y se había atascado. Cuando lograron llegar por fin a casa se hallaban en los primeros estadios de la congelación.

Cuando tipos como Aleck y Heywood tenían la palabra, de nada servía que yo hablara. Pero yo tenía mi propia manera analfabeta de hacer sentir mi presencia, y lo demostré aquella noche.

En cuanto a la reclamación oficial que me lanzaba Aleck cada vez que le gastaba una broma, le había plagiado el epíteto a *madame* Schang. Debo señalar que lo decía enfurecido, es cierto, pero que nunca hubo el menor indicio de malicia o difamación en el insulto. Una vez un lector le envió a Aleck una carta acusándole de antisemita. Aleck se dolió mucho de la acusación, pero no quería armar un escándalo en torno a la cuestión.

—La señorita Dorothy Parker —contestó— consideró adecuado bautizar a mi apartamento «Wit's End». En vista de la fe que profesan la mayoría de los buenos amigos que comparten conmigo sus modestos placeres, yo consideraría más adecuado llamarlo «Jew Drop Inn»[33].

El Tanatopsis volvió al Algonquin. Frank Case lo recibió con una preciosa corona de flores que rezaba BIENVENIDOS A CASA, y todo se arregló.

F.P.A. nunca había estado en mejor forma. Una vez, entre dos partidas, contó que había visto una cosa increíble aquel día: a Harold Ross tirándose por un tobogán. (Ross no se encontraba en el club aquella noche).

¡Por amor de Dios! ¡Ross tirándose por un tobogán! —dijo Kaufman—. ¿Y estaba gracioso?

—Bueno —dijo Adams— ya saben cómo está cuando *no* se tira por un tobogán.

Por entonces, Robert Benchley prestaba mucha atención a una protegida suya, una joven actriz llamada Helen Walker. Un sábado llegó tarde a la partida de *poker*. Alguien le preguntó dónde había estado y Benchley dijo:

—Dándole la entrada a Helen Walker[34].

—Por favor —dijo Adams, sin levantar la vista de sus cartas— nada de conversaciones sobre bebés en esta mesa.

Cuando Swope se retiró del *World* de Nueva York, bromeaba descaradamente sobre su desempleo. Seguía viviendo a cuerpo de rey. Lo llevaba un chófer en una limusina, daba fiestas fabulosas en su finca de Long Island y mantenía una casa en la Quinta Avenida. Fuera del Algonquin, apostaba cantidades astronómicas. Pero descubrimos que era

más digno de compasión que de envidia. No tenía empleo, ni ningún medio de vida visible.

Una vez estaba jugando al *bridge* con Broun, Adams y yo. Broun, revisando las bazas, dijo:

—¿Quién demonios ha pedido seis sin triunfo?

—Yo —dijo Swope.

—¿Y quién diablos eres tú? —dijo Broun.

—Yo —replicó el otro con presunción— soy Herbert Bayard Swope. Edad: cuarenta y ocho. Domicilio: Quinta Avenida, 1165, Nueva York.

—Ocupación: ama de casa —dijo F. P. A.

Una noche llevé un ejemplar de *Shouts and Murmurs* (Gritos y susurros), para que Aleck lo autografiara. Aleck firmó el libro, manejándolo con amorosa ternura, luego suspiró y dijo:

—¡Ah, qué puede haber más raro que una primera edición de Woollcott!

—Una segunda edición de Woollcott —dijo F. P. A.

A nadie le gustó más esta contestación que a Harold Ross, que estaba en la fase «encendida» de su famoso pleito, intermitentemente apagado y encendido con Woollcott. Ross entrecerró los ojos, se tiró del pelo y fue presa de un violento temblor. Eso significaba que se estaba riendo. Era tan fácil hacer reír a Ross que nunca podía contar un chiste completo sin echarse a reír él mismo. Su favorito era una historia verdadera sobre un chino de San Francisco que recibió dos trancazos[35]. Pero nadie logró conocer el final jamás. Cada vez que trataba de contarlo, le daba tal ataque de entrecerramiento de ojos, tirones de pelo y temblores que quedaba demasiado debilitado para terminar.

Benchley llegó por casualidad un sábado por la noche —de nuevo tarde— entre dos manos, en un momento en que nadie hablaba. En realidad, acabábamos de agotar un tema sumamente deprimente: la Prohibición. Los periódicos de Nueva York habían estado pidiendo que se declarase la guerra contra la venta de aguardiente y un número récord de bares habían sido clausurados aquella semana.

—¿Por qué estáis tan callados? —preguntó Benchley.

F. P. A. le echó una mirada de reprobación, se llevó un dedo a los labios y dijo:

—Un minuto de silencio, por el Contrabandista Desconocido.

Un minuto de silencio era un fenómeno que jamás se produjo abajo, en la Mesa Redonda. Yo mantenía el pico cerrado, pero el local estaba tan lleno de espesa plática que rara vez tenía ocasión de oírme no hablar.

Gran parte de lo que se decía estaba fuera del alcance de mis entendederas. En buena medida, se trataban cosas del oficio, chistes internos del *World*, el *New York* y el *Vanity Fair*. Libros que yo nunca leí, obras que nunca vi y personas de las que jamás había oído hablar eran destrozados con gran hilaridad. Yo todo eso me lo perdía. Pero nunca se desvaneció la fascinación. Nunca dejé de escuchar. Una vez me quedé dormido en el sillón del dentista mientras me perforaba un molar, pero nunca me dormí en el Algonquin.

Diálogos demenciales y fragmentos de conversaciones de la Mesa Redonda me vuelven todavía a la memoria, después de tantos años, como frases sueltas de una vieja obra cuyo título y argumento ya he olvidado hace tiempo. Puedo oír claramente las voces, voces de algunas de las personas más brillantes que existieron jamás, pero lo que les oigo decir no siempre es brillante y nunca es muy profundo.

KAUFMAN: ¿Quieres que te dé una oración con la palabra «puntilloso»?

WOOLLCOTT: Dame una oración con la palabra «puntilloso».

KAUFMAN: Conozco a un hombre que tiene dos hijas, Lizzie y Tillie. Lizzie está bien, pero no tienes idea de lo puntillosa que es[36].

F. P. A.: Adivina de quién es el cumpleaños hoy.

BEATRICE KAUFMAN: ¿El tuyo?

F. P. A.: Caliente, caliente: el de Shakespeare.

BROUN (que se dedica a la pintura antigua): No tenéis idea de lo difícil que es vender un cuadro.

F. P. A.: Si es tan difícil, ¿por qué no intentas vender sólo el lienzo? Te daré una nota para unos fabricantes de tiendas de campaña que conozco.

CHARLIE CHAPLIN (en una conversación sobre la presión sanguínea): La mía está a 108.

KAUFMAN: ¿Ordinaria o preferente?

DOROTHY PARKER: Conocí a un individuo extraño en Canadá, el tipo más alto que he visto nunca, con una cicatriz en la frente. Le pregunté cómo se la había hecho y dijo que debía haberse golpeado. Le pregunté cómo había llegado tan alto. Me dijo que suponía que se había subido a una silla.

ACTRIZ FAMOSA (presumiendo acerca de su marido): ¡Miradle! ¿No es hermoso? Y, ¿saben ustedes?, ya hace siete años que lo tengo.

DOROTHY PARKER: No se preocupe, se desquitará como es debido.

HERMÁN MANKIEWICZ: Saben, es difícil oír lo que dice un hombre con barba. No puede hablar más alto que un pelo[37].

ALICE MILLER: (dirigiéndose a Woollcott, en el momento de pagarle una deuda de juego): Usted, señor, es la última expresión del credo: un proxeneta del siete y medio.

BERNARD BARUCH (a Swope): Usted, señor, es amigo del mal tiempo[38].

BENCHLEY: ¿Han oído el del niño en el tren?

KAUFMAN (Que lo ha oído veinte veces; por alguna razón es el chiste favorito de Benchley): No.

BENCHLEY: Un hombre sube al tren con su niño y le da al conductor un solo billete. «¿Qué edad tiene el niño?», pregunta el conductor, y el padre dice que tiene cuatro años. «A mí me

parece que por lo menos tiene doce», dice el revisor, y el padre dice: «Es que las preocupaciones lo han envejecido».

ROSS: Hoy parece un buen día para hacer descubrimientos. Descubramos algo. Tal vez podríamos conseguir una llave y un poco de imaginación y salir a descubrir la electricidad.

F. P. A.: Creo que Benjamin Franklin ya hizo un experimento así. ¿No fue él el que dejó volar la imaginación y descubrió la refrigeración por aire para los coches?

ROSS: Bueno, podríamos salir y echar la siesta en un huerto y dejar que nos caiga en la cabeza una manzana y descubrir la Ley de la Gravedad de Newton. Esto podría conducir a la invención del ascensor y nadie tendría que subir escaleras nunca más.

KAUFMAN: Es curioso: he estado en un huerto esta misma mañana, sólo que era un huerto de higueras. Me cayó un higo en la cabeza, y eso me hizo pensar en la Ley de la Gravedad, y me dije: «Esto conducirá a la invención de los Fig Newtons[39], y yo podría vender la idea a alguna gran compañía de pasteles y ganar una fortuna».

WOOLLCOTT: Bueno, ahora me tengo que ir trotando a trabajar. (Sale cantando):

Que os asen en el infierno,
Que os asen en el infierno,
Lará, lará, lará…
Que os asen en el infierno…

Un día me quejé a Swope, al salir del Algonquin, de las anémicas apuestas que se hacían en el Tanatopsis. Teníamos una paga extraordinaria por la suspensión veraniega de *Cocoanuts* y yo tenía ansias de jugar a las cartas de verdad, por dinero de verdad.

Al día siguiente, partí hacia Florida con Swope. Viajábamos en el vagón de tren privado de Harry F. Sinclair, el magnate petrolero, junto con el

productor Florenz Ziegfeld y seis o siete financieros llamados Benson. Durante todo el viaje hacia el sur, permanecí callado, tragándome mis palabras. Nunca toqué una sola carta. Las apuestas de aquellos tipos me hacían sentirme como un niño, de nuevo en la Calle 93, tratando de agenciarme un penique de alguna manera. Cuando el tren se detuvo en West Palm Beach, ellos seguían jugando. Metieron el vagón en una vía muerta. Siguieron allí jugando durante el resto del día y gran parte de la noche. Antes de marearme de tanto contar, vi cambiar de manos un millón de dólares.

En Palm Beach, fui huésped del individuo que administraba la Ford Motor Company, pero me invitaron a cenar todas las noches en la mansión de los Vanderbilt, con Swope, Sinclair y los demás. Todo lo que sabía de Florida era lo que había aprendido en *Cocoanuts*, y ciertamente aquello no era lo mismo.

Por primera vez en mi vida, me sentía completamente fuera de lugar. Simplemente no tenía nada que hacer allí, o así lo creí hasta que el señor Emerson, marido de la viuda de Alfred Vanderbilt, bajó a cenar. Iba disfrazado de Abraham Lincoln, con bigotes, verruga, chistera, todo el tinglado, y nadie le prestó ninguna atención. Al día siguiente, hizo su aparición caracterizando a Ulysses S. Grant. La tercera noche era Teddy Roosevelt en uniforme de oficial de caballería, con dentadura postiza y todo. No esperaba recibir comentarios ni elogios. Lo hacía simplemente porque le gustaba vestirse como las figuras históricas por las que sentía admiración.

¿Quién hubiera pensado que me iba a encontrar al sexto Hermano Marx casado con una multimillonaria y viviendo en la casa más lujosa del lugar más lujoso de América?

Me sentí mejor después de haber visto al señor Emerson. Aún me sentí mejor cuando descubrí que el coronel E. R. Bradley dirigía el casino de la ciudad. Pero mi alegría duró poco. Empecé a perder mucho con el *chemin de fer*.

Joseph P. Kennedy, el financiero bostoniano, vino a salvarme. Me llevó a un lado y me dijo que le dolía verme tirar mi dinero. El movimiento del

casino de Bradley era demasiado rápido para mí, dijo, y obviamente yo estaba perdiendo más de lo que podía permitirme.

—Tengo una ocupación mejor para usted —dijo—. Le daré el nombre de dos acciones. Compre cualquiera de ellas y recuperará su dinero.

En cuanto llegué a Nueva York, compré las más baratas de las dos clases de acciones. En efecto, recuperé justo lo que había perdido jugando al *chemin de fer*. Las otras acciones —que eran de Coca-Cola— subieron mil puntos y se fraccionaron tres veces. Me habría hecho rico.

Poco después de volver a casa, Swope me llevó a las carreras en el Belmont Park. Swope no sólo era un astuto apostador sino también un Comisario de Carreras del Estado. Así que cuando me recomendó un caballo para la carrera principal aposté dos mil pavos, cuatro veces lo que había invertido en bolsa siguiendo el consejo de Kennedy. El caballo de Swope llegó el último. Fue la última vez que aposté a los caballos.

Me alegré mucho de reincorporarme a los Tanatopsianos, amantes de la diversión, y de jugar con apuestas anémicas.

Herbert Bayard Swope era como los tiempos en que vivió: expansivo, vigoroso, colorido, nada *snob*, franco y siempre dispuesto a jugar o apostar. Su finca de Sands Point, Long Island, tenía la misma magnificencia. La primera vez que me invitaron a Sands Point, Swope me dijo:

—¿Qué te parecería venir a pasar un fin de semana en la Isla, Harpo? Trae algunas cosas si quieres quedarte pero, ya sabes, hay que viajar ligero de equipaje.

Era la primera vez que oía la expresión «pasar el fin de semana», y no estaba seguro de qué quería decir. Metí un cepillo de dientes y unos pantalones de pijama en el bolsillo de mi impermeable y partí. Cuando llegué a Sands Point, los Swope estaban sirviendo cóctels a treinta personas, ataviadas con pantalones de franela y vestidos ligeros. Media hora más tarde, llegó un contingente de diez personas más que no habían sido invitadas. Pearl Swope mandó llamar al ama de llaves y le dijo que habría cuarenta para cenar en vez de treinta. El ama de llaves asintió y sonrió, y una hora más tarde cuarenta personas se sentaban ante un soberbio

banquete. Yo era el único que no llevaba *smoking*. Cuando Swope se dio cuenta de que yo me sentía incómodo, sugirió a todo el mundo se quitara la chaqueta, ya que hacía una noche tan cálida.

Veinte invitados más aparecieron después de la cena, y todos los hombres tuvieron que quitarse el *smoking* en cuanto llegaron. Cuando la fiesta llegó a su mejor momento, la inquietud se apoderó de mí. Descubrí a un individuo rechoncho cuya cartera asomaba por el bolsillo trasero de su pantalón. Le seguí, cogí la hartera, conté la pasta que había dentro y volví a deslizaría en su bolsillo. Entonces me escabullí en un ala de la casa para salir al encuentro del tipo por el otro lado, y le aposté diez pavos a que podía decirle, con sólo mirarle la cara, cuánto dinero llevaba encima. El tipo dijo que claro, que aceptaba la apuesta. Cuando le dije la cantidad exacta —950 dólares y algo de calderilla—, quedó tan asombrado que casi deja caer su vaso.

Le devolví sus diez dólares y le dije lo que había hecho. Aquello le gustó tanto que me suplicó que asistiera a todas sus fiestas durante el resto de la temporada, en Southampton, e investigara los bolsillos de sus invitados.

Triunfé en la vida social.

Aquella fue la época del estado de Long Island. Hice el circuito de primera categoría, de los Swope a los Talbot, a los Whitney y a los Guggenheim, y hasta Otto Kahn y los Pulitzer. Uno de los que no logré fue Marcus Loew, que sólo Woollcott, de toda la tribu del Algonquin, tenía oportunidad de ver.

Aleck recibió el encargo de escribir un artículo sobre Marcus Loew, el magnate de las salas de cine. Accedió porque Loew le caía bien, Era la condición que siempre ponía; nunca escribió un artículo sobre nadie que no le gustase. Se acordó una entrevista, con más protocolo que una reunión entre dos jefes de Estado. Aleck visitaría a Loew en su casa de Long Island a las diez en punto de la mañana. Loew en persona abriría la puerta: nada de tratos con sirvientes. Él y Woollcott se sentarían en un lugar tranquilo y

hablarían durante dos horas. Al final de las dos horas, Aleck se levantaría, saldría de allí y volvería a Nueva York.

A las diez en punto del día señalado, Woollcott llamó al timbre de la puerta principal de la mansión de Marcus Loew. Loew fue totalmente puntual. Abrió la puerta. Estaba solo: nada de mayordomos ni doncellas a la vista. Loew estaba nervioso pero amable. Dijo:

—Permítame colgar su sombrero y su abrigo en este armario.

Loew abrió la puerta del «armario» y se quedó asombrado al descubrir que conducía a cinco habitaciones de su mansión que nunca había visto. La vivienda no era un problema tan acuciante en los años veinte.

La mayor historia de amor de Nueva York fue la que floreció entre yo —junto con una docena más de tipos— y Neysa McMein. Como yo, Neysa era una intrusa aliteraria y semi-analfabeta en el Algonquin. Pero a diferencia de mí, era hermosa y rebosaba de palabras y talento. Muchos de nosotros estábamos de acuerdo en que era la chica más *sexy* de la ciudad. Todos coincidían en que era la mejor retratista y portadista de la época.

Su estudio era nuestro tercer refugio favorito, después del Algonquin y del apartamento de Woollcott. Celebramos algunas fiestas maravillosas en casa de Neysa, y yo siempre era el último en marcharme. Neysa había emprendido la tarea de educarme en el terreno de las artes. Era una profesora encantadora y yo un alumno muy atento. Tal vez porque era mimo de profesión y no utilizaba mucho las palabras, me enamoré de las bellas artes.

Uno de mis mejores momentos se produjo cuando informé a Neysa de que me había pasado la tarde con Aleck y los Averell Harriman en una subasta de la Calle 57 y había comprado mi primer cuadro, un pequeño Degas original. Neysa me besó, ¡ay Señor, Señor!

Ella insistía en que yo también debería pintar.

—Nunca te sentirás solo, Harpo —decía—, mientras tengas pintura, un pincel y un lienzo.

Yo me reía de la idea. Le dije que sólo podría pintar dos cuadros: uno llamado «Waltz me around again, Willie» y el otro, «Love me and the world

ismine».

Neysa sólo tenía un defecto como maestra. Era, hasta donde yo pude saber, su único y exclusivo defecto: su pasión por los incendios. Si sonaba una sirena o una campana durante uno de nuestros tardíos seminarios, allí se acababa el seminario. Neysa era tan fanática de los incendios que un día salió corriendo a la estación de Pensilvania y tomó un tren porque oyó decir que había un terrorífico incendio en Filadelfia.

Salimos de gira con *Cocoanuts*. Cuando nos detuvimos para representar la obra en Chicago, me sorprendió ver lo aburrida que se había vuelto esa ciudad. Ben Hecht estaba en Nueva York. Pete Penovitch estaba fuera, probablemente visitando a sus amigos en Joliet. ¿Qué hacer conmigo mismo? Al diablo con todo. Neysa tenía razón, yo debería pintar.

Alquilé un estudio. Me gasté 350 dólares en óleos, pinceles, accesorios, una bata y una boina de pintor y un par de hectáreas de lienzo. Le pregunté al dependiente de la tienda de materiales para artistas dónde podía conseguir una modelo, y me dio un número de teléfono. Acudió a mi estudio una modelo, una morena bien provista. Le pregunté cuánto cobraba y ella dijo:

—¿Cómo me quiere? ¿Desnuda?

—Claro —le dije.

Diez segundos más tarde se había quitado la ropa y estaba desnuda.

Recordando cómo Neysa colocaba a sus modelos, mirando hacia acá o hacia allá, para captar ciertas luces y sombras, coloqué a mi modelo hacia acá y hacia allá. Tras lograr cada nueva pose, yo retrocedía hasta el caballete. Pero no tenía valor para tocar el lienzo con el pincel. Tenía miedo. Por primera vez desde la noche en que hice mi debut en escena en Coney Island, tenía terror al escenario.

Pasó media hora. Reflexioné. Inspeccioné mis pinceles. Destapé los tubos de pintura y los estudié y los olfateé y volví a taparlos. Modifiqué el ángulo del reflector. Puse un pañuelo en la curva del codo de la modelo: listo. Le puse una rosa entre los dientes: listo. Volví al caballete y contemplé el lienzo. ¿Qué haría Neysa ahora? Entonces lo recordé. Haría un

esbozo de la modelo con un carboncillo. Ése era el problema: tenía que hacer un bosquejo antes de pintar. Cogí un carboncillo. Levanté el pulgar y entrecerré los ojos para ver a la modelo en perspectiva. Sólo veía mi dedo pulgar. Estaba temblando. No tenía el valor de hacer el primer trazo en el lienzo. Empecé a sudar.

Finalmente, la chica dijo:

—¿Le importa si fumo un cigarrillo, señor Marx?

De camino hacia su abrigo, donde tenía los cigarrillos, le echó una mirada al caballete y vio que el lienzo estaba totalmente limpio. Me preguntó:

—¿No sabe usted siquiera *dibujar*, señor Marx?

—No —le dije—. No sé. Pero quiero empezar. Quiero empezar con usted.

—Bueno —dijo, olvidándose del cigarrillo—, permítame mostrarle algunos puntos de referencia. Yo haré un esbozo de usted. Siéntese allí.

—¿Cómo me quiere? ¿Desnudo? —pregunté.

Dijo que no importaba, de modo que no me molesté en quitarme la ropa. Así era más barato.

Fue así como la modelo, desnuda, pintó al artista, vestido. Trabajamos los dos juntos, turnándonos para pintar y posar, durante varias semanas. Me enseñó a mezclar los colores y cómo usar los pinceles y cómo lograr la iluminación. Yo no le enseñaba gran cosa a cambio, pero no parecía descontenta.

Mi modelo tuvo que salir de Chicago antes que yo. Se despidió de mí con un desafío:

—Señor Marx —dijo—, lo que debe hacer ahora es un autorretrato. Tal vez le sea difícil, pero debe hacerlo, por su propio bien.

Con el espejo del cuarto de baño pinté mi autorretrato. Cuando estuvo acabado se veía exactamente igual que mi tía Hannah.

Nunca volví a utilizar a una modelo viva. He seguido pintando, por temporadas, desde entonces. He hecho algunas cosas buenas, pero sólo porque sé que cualquier parecido que obtenga no será con el objeto que estoy copiando.

Antes de marcharme a Chicago, vendí mi primer óleo. Había conservado uno de mis desnudos bizcos porque estaba pintado en el lienzo más grande que tenía, y lo hice enmarcar con un bonito marco color lavanda. Decidí usar el lienzo para un paisaje. Así que pinté árboles sobre el desnudo: árboles de color violeta para hacer juego con el marco.

Cuando *Cocoanuts* estaba a punto de dejar la ciudad, llevé mi paisaje a un marchante de arte y se lo ofrecí para que lo vendiera. El marchante miró el cuadro y me dijo:

—¿Por qué?

Lo levanté a la luz y le mostré cómo el desnudo original seguía viéndose a través de todas las capas de violeta.

—Bueno —dijo el marchante—, es una especie de novedad. —Y me dio cinco pavos.

Al salir de la galería hice cuentas y descubrí que sólo el lienzo y el marco valían veintisiete con cincuenta. Pero, ¡qué diablos! ¡Había vendido un cuadro! Según me había dicho Neysa, Rembrandt, Cézanne o Van Gogh necesitaron mucho más tiempo para lograr la primera venta.

Cuando la obra se trasladó a Boston, me instalé, con caballete, modelo, bata y boina, en mi *suite* del Parker House. Pocos días después del estreno, llegó a la ciudad mi viejo amigo Eddie Cantor, que actuaba en *Kid Boots*. Preparé mi puesta en escena, llamé a Eddie y le pedí que viniera a tomar el té. Eddie, que era tan correcto como cualquier bostoniano, dijo que le encantaría tomar el té conmigo.

Evité cuidadosamente hablarle de mi nueva carrera como artista, así que lo que vio al llegar al hotel era totalmente inesperado para él. Yo había dejado todas las puertas abiertas. Oí su suave *falsetto* desde la entrada: —*¿Hoppo?*

Le grité que entrara, que estaba ocupado.

Pasó por una puerta abierta, luego otra, y le grité que siguiera. Atravesó la última puerta y se detuvo en seco. Lo primero que vió fue a mi modelo, una espléndida rubia, desnuda sobre una chaise longue con una rosa entre los dientes. Luego me vio a mí, detrás del caballete, entrecerrando los ojos y pintando con gran concentración.

Eddie, nervioso por la presencia de la chica desnuda, corrió al caballete para soltar alguna clase de comentario cortés y adecuado sobre mi pintura. Lo que vio en el lienzo fue un gran dibujo de Mut y Jeff[40] que yo estaba coloreando.

Lanzó un extraño gruñidito, dio la vuelta y salió de la *suite* sin decir una palabra.

Pensé que tal vez había ido demasiado lejos con la broma, así que después de la función de aquella noche me llevé el arpa al hotel de Eddie y toqué una serenata ante la puerta de su habitación. Desgraciadamente, antes de que Eddie pudiera salir a decirme cuán conmovido estaba, apareció un detective del hotel y me echó de allí a patadas.

Mi coqueteo con las bellas artes no se me subió a la cabeza, por suerte. Cuando volví a Nueva York descubrí que no había perdido el viejo estilo. El primer día en la ciudad, Chico y yo fuimos a dar una vuelta por Times Square y, como no teníamos nada mejor que hacer, decidimos venderle dinero a un policía.

Paramos a un guardia de aspecto amable frente al Lindy's y le preguntamos si le gustaría comprar algo de pasta de segunda mano, barata. Nos dirigió una sonrisa tolerante, guiñó un ojo y siguió andando. Volvimos a detenerle. Chico le mostró un billete de un dólar y dijo que nuestra oferta introductoria especial era un pavo por noventa centavos. Le dio el dólar al policía. El policía reflexionó un minuto, frotó el billete y le dio a Chico noventa centavos. A continuación le ofrecimos un billete de dos dólares por uno setenta. Compró el billete de dos dólares.

Era obvio que nos estaba siguiendo la corriente mientras decidía si éramos un par de locos o un par de malos actores. También era obvio que le gustaban las gangas que estaba obteniendo. Pero cuando le ofrecimos uno de cinco por cuatro cincuenta, se convenció de que allí había gato encerrado. Nos dijo que iba a arrestarnos a los dos a menos que le dijéramos qué nos proponíamos.

Chico se encogió de hombros y le dirigió una alegre sonrisa:

—No nos proponemos nada, oficial, —le dijo—. Simplemente nos gusta vender dinero, eso es todo.

El policía dijo que había acertado desde el principio: éramos un par de locos. Se alejó de nosotros tan rápido como pudo.

Poco después de eso, me lancé a cometer otra hazaña. Esta vez el beneficiario fue Tiffany's, la famosa joyería de la Quinta Avenida. Tiffany's, me dije a mí mismo, se estaba volviendo un sitio demasiado pomposo. Por su propio bien, había que hacer algo al respecto.

Compré en Woolworth's un saco lleno de esmeraldas, rubíes y diamantes falsos, y me dirigí a Tiffany's. Pedí que me mostraran algunos diamantes. El dependiente sacó una bandeja llena de piedras y, mientras las miraba, vacié la bolsa de Woolworth's a mi espalda. Las piedras rodaron y saltaron por todo el local. Sonaron las alarmas. Repicaron los timbres. Los detectives de la tienda aparecieron de detrás del enmaderado, sacaron a todos los demás clientes y cerraron las puertas con llave. Entre tanto, todo el equipo de ventas, incluido el gerente, con chaqué y pantalones a rayas, se pusieron a cuatro patas para recoger mis destelleantes gemas.

Cuando las hubieron recuperado todas poniéndolas en mi sombrero, el gerente dijo que todas ellas eran de bisutería. La actitud de Tiffany's cambió radicalmente. Los detectives de la tienda me echaron a la calle con la recomendación de no volver a poner los pies allí en lo que me quedaba de vida. Camino a la salida, como toque final, le di al portero un rubí gigantesco como propina.

Según pude comprobar, Tiffány's tenía una memoria excelente. Cinco años después volví para hacer una compra legítima, un objeto de plata para regalo de bodas. En cuanto entré en la tienda, dos detectives me reconocieron y me sujetaron. Les convencí de que no llevaba encima joyas falsas de ningún tipo. Sin embargo, permanecieron junto a mí todo el tiempo mientras compraba el regalo y me acompañaron a la puerta con visibles muestras de alivio.

Al salir, le di al portero un rubí gigantesco, como propina.

Un sábado por la noche, los Tanatopsis celebraron una reunión sin póker. Un famoso travestista llamado Bert Savoy se había ahogado frente a Coney Island tras ser fulminado por un rayo, y al día siguiente un

columnista de Nueva York había escrito una necrológica en forma de carta de amor. (Además, al día siguiente, según dice la leyenda, todos los maricas de Coney Island llevaban pararrayos). De cualquier modo, la carta al difunto Savoy era una de las cosas más repugnantes y sensibleras que habíamos leído jamás. Así que nos pasamos la noche sentados en tomo a la mesa de *poker* componiendo telegramas dirigidos al columnista. Recuerdo tres de ellos:

> «¿A DÓNDE TE FUISTE CON LOS FLOTADORES? PREOCUPADO».
> «LANZO BURBUJAS SIN PARAR. PREOCUPADO».
> «RECIBÍ TU CARTA, NO HABÍA CHEQUE. PREOCUPADO».

George Kaufman, uno de los que colaboraban en la redacción de los telegramas, se asustó cuando vio que realmente pensábamos enviarlos. Con todo su amor al teatro y su ingenio irreverente y afilado, George era un tipo muy conservador y un poco alma tímida en público. Nunca conocí a un hombre tan fácil de incomodar.

De hecho, hacer que George Kaufman sintiera embarazo se convirtió en uno de mis pasatiempos favoritos. Cuando se abochornaba, se ponía rojo, tartamudeaba y se retorcía hasta quedar hecho nudos. Cuando era presa de agudo desconcierto intentaba darle dos vueltas a su cabeza con el brazo derecho, con el fin de alcanzar su oreja derecha.

Kaufman detestaba especialmente tener que discutir quién pagaba cuando tomaba un taxi con otra persona. Tales escenas eran insoportables para él. Pagar los taxis llegó a convertirse en una de sus obsesiones. Solía llevar una reserva de billetes pulcramente doblados en el bolsillo superior de la chaqueta —de cinco, diez y un dólar— para desenfundar rápidamente y pagar al conductor antes de que nadie empezara a hacer una escena.

Generalmente, yo le dejaba pagar, sin protestar, pero un día resolví curarle esa obsesión. Corté un pequeño agujero en el bolsillo de mis pantalones y lo llené de billetes. George y yo compartimos un taxi de casa de Woollcott al Algonquin. Cuando llegamos al hotel salté del taxi, me abrí la bragueta, metí la mano, saqué un billete de cinco y se lo tendí al conductor. Había bastante gente frente a la entrada del hotel y yo tenía un

buen público. George estaba demasiado mortificado para hablar. Salió furtivamente del taxi, sonrojado y anudado, rezando para que nadie le reconociese.

Una vez que viajaba con Beatrice y George a su casa de campo en Bucks *Country*, Pensilvania, decidimos almorzar en el tren. El comedor estaba repleto y una anciana nos preguntó si nos molestaría que ocupara la cuarta silla de nuestra mesa. No nos molestaba. Pero fue un poco embarazoso para George. Temía, según me di cuenta, que yo me metiera de alguna manera con la anciana señora y organizara una escena. Pero no le dije nada. Ni siquiera la miré.

Ella acabó de comer antes que nosotros. El camarero le trajo la cuenta en una bandeja. Todavía sin alzar los ojos del plato, cogí la bandeja, le puse sal y pimienta a la cuenta de la señora y me la comí. Kaufman se retorcía presa de tan terrible agonía que me dio miedo que taladrase el suelo del vagón.

Aquel fin de semana, en casa de los Kaufman, emprendimos una entusiasta sesión de *croquet*. Durante una partida, bajó al patio uno de los sirvientes a anunciarnos que habían llegado dos señoras de la Sociedad de Amigos[41], en cumplimiento de su cita con la señora Kaufman. Beatrice se excusó —había olvidado la cita, relacionada con alguna obra de caridad local—, pero sólo serían unos minutos.

Transcurrió media hora. George se estaba impacientando. Le tocaba jugar a él cuando se reanudara la partida, y su posición era muy buena. No pudo esperar más y entró a rescatar a Beatrice de las cuáqueras. Transcurrieron veinte minutos. Nada de Beatrice. Nada de George tampoco. Ahora yo me estaba impacientando. Miré por la ventana; allí estaban los dos Kaufman, confortablemente sentados, tomando té con las damas de la Sociedad de Amigos. Fui a la cocina y me tiré una botella de salsa de tomate sobre la parte delantera de la camisa y los pantalones. Fui hasta el umbral de la sala de estar y me detuve allí, chorreando salsa.

—Perdone, señora —dije, dirigiéndome a Beatrice—. He matado uno de los gatos, que estará listo para la cena; pero no he podido cazar al otro. ¿Habrá bastante con uno?

Las visitantes se marcharon apresuradamente y pudimos continuar jugando. Beatrice no podía parar de reírse de la retirada de las cuáqueras, pero George estaba prácticamente reducido a cenizas. No pudo hacer pasar su bola por un solo aro y jamás logró llegar hasta la estaca.

La búsqueda de la felicidad, en mi caso y en el de mis amigos, nunca se interrumpía. Vivíamos en un mundo propio. Sólo muy de vez en cuando ocurría algo que nos recordara que el extenso mundo que se abría más allá no estaba perpetuamente entregado a la diversión y a los juegos.

Yo nunca había olvidado la pobreza y nunca la olvidaría. Pero, desde hacía unos años, estaba a salvo de la crueldad y la estupidez.

Hasta que tuve un desdichado recordatorio a principios del verano de 1927. Organicé una salida para ir de pesca con Paul Bonner, un bibliófilo amigo de Woollcott, y Pie Trynor, tercera base de los Piratas de Pittsburgh. Dije que yo me haría cargo del alojamiento. Envié un cable a un hotel de Montauk, Long Island, para reservar habitaciones.

El hotel respondió:

«RESERVAS CONFIRMADAS. CONFIAMOS EN QUE SERÁN USTEDES GENTILES»[42].

Me dolió mucho, pero no me molesté en responder. ¿Para qué armar un escándalo y apenar a Bonne y Traynor y echar a perder el fin de semana? Mejor convertir todo el asunto en una broma.

Así, cuando entramos en el hotel Montauk yo llevaba los pantalones enrollados sobre las rodillas, una boina escocesa, una pipa, andaba con un bastón torcido y firmé como «Harpo MacMarx». El lugar estaba desierto. A la hora de la cena, fuimos los únicos huéspedes del comedor. Veinte camareros nos rodeaban mirándonos mientras comíamos. Empecé a sentirme deprimido, y finalmente les dije a Bonner y Traynor cuál era la «broma». Se enfadaron e insistieron en que nos trasladáramos a un hotel donde a nadie le importara cómo se llamaba la gente.

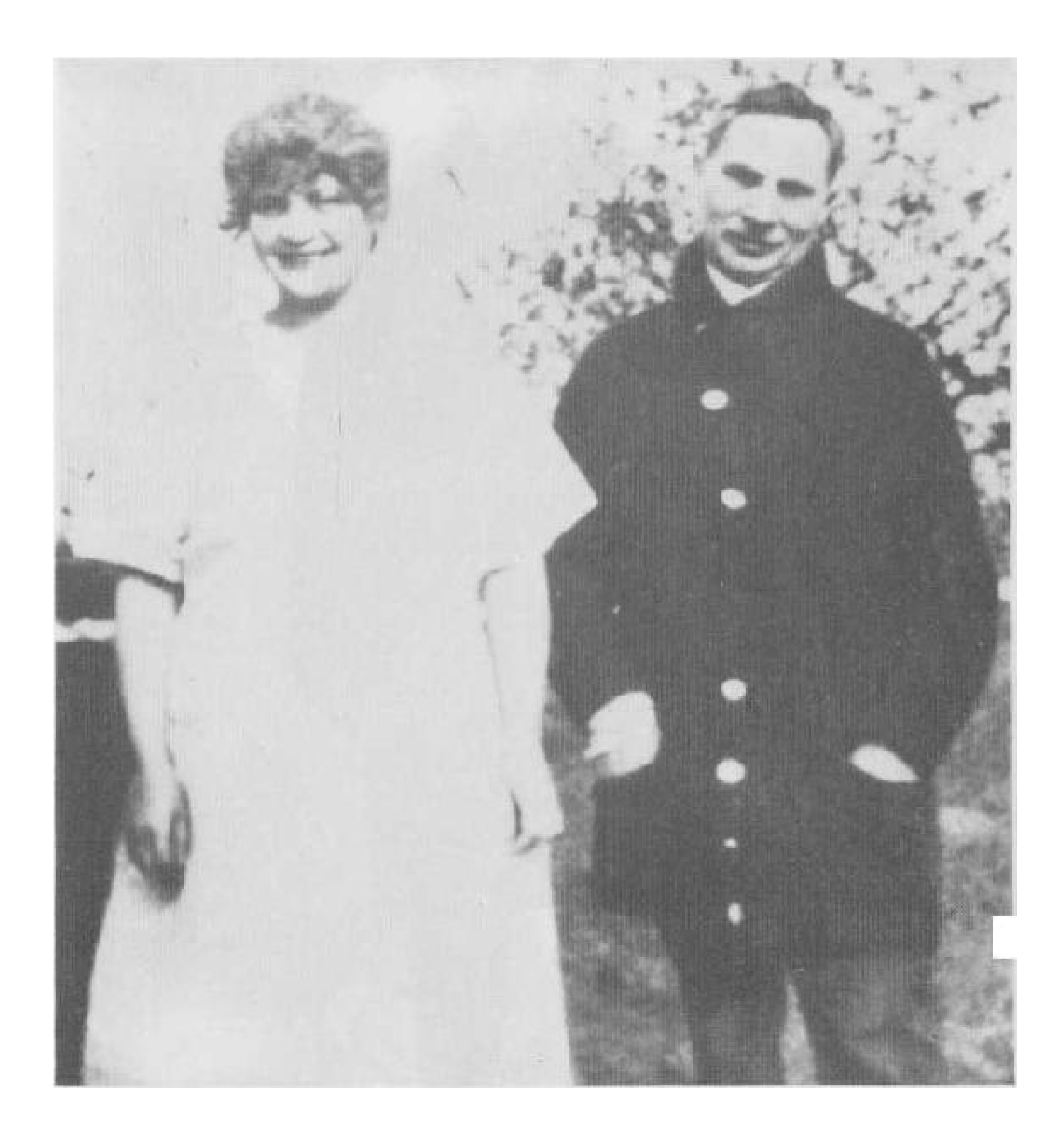
Eso me hizo sentir mucho mejor. Mientras pagábamos nuestra cuenta, el gerente se nos acercó. Le dije:

—Muchacho, ¿podrías decirme dónde está el templo judío más cercano? —le lancé un Gookie y nos largamos corriendo.

Alquilé una finca de verano de tamaño adecuado para un soltero en Long Island Sound, cerca de Great Neck, y me retiré allí con mi perro del momento, un sabueso disfrazado de caniche negro. Deseaba pasarme un verano sin nada que hacer, sin nadie a quien escuchar. Me compré una cometa y le até un aparejo especial para que el hilo me hiciera cosquillas en la planta de los pies mientras la cometa volaba y yo dormitaba sobre la hierba. Aquélla había sido siempre la gran debilidad de la familia Marx: la pasión por las cosquillas en los pies. Para mí era el máximo del lujo, el súmmum absoluto de la buena vida.

Pero mi vida regalada no duró mucho, gracias a mi perro y a mi amigo Woollcott. Cada vez que empezaba a adormilarme, masajeado por el cordel de la cometa, el caniche agarraba una gran piedra mojada en la orilla y me la dejaba caer en la mano, lo que constituía una orden de que se la tirara para que él pudiera traérmela.

Luego me llegó una piedra mojada de Aleck: una carta en la que me invitaba a pasar el resto del verano en su isla de Vermont. Viniendo de Woollcott, aquello también era una orden. Enrollé la cometa, cerré la casa, puse al perro en una perrera, metí un cepillo de dientes y unos pantalones de pijama en el bolsillo de mi impermeable y partí hacia Neshobe Island, Vermont.



Minnie y Frenchie, mis padres, tal como los recuerdo mejor. La foto fue tomada a las afueras de Chicago durante la I Guerra Mundial.



«*¡Hoy soy un hombre!». A los trece años soy un* bar mitzvah.



*Los Cuatro Ruiseñores, poco después de que yo entrara en el mundo del espectáculo y de mi calamitoso debut en Coney Island. De arriba a abajo: Groucho, yo, Gummo, Lou Levy***.**



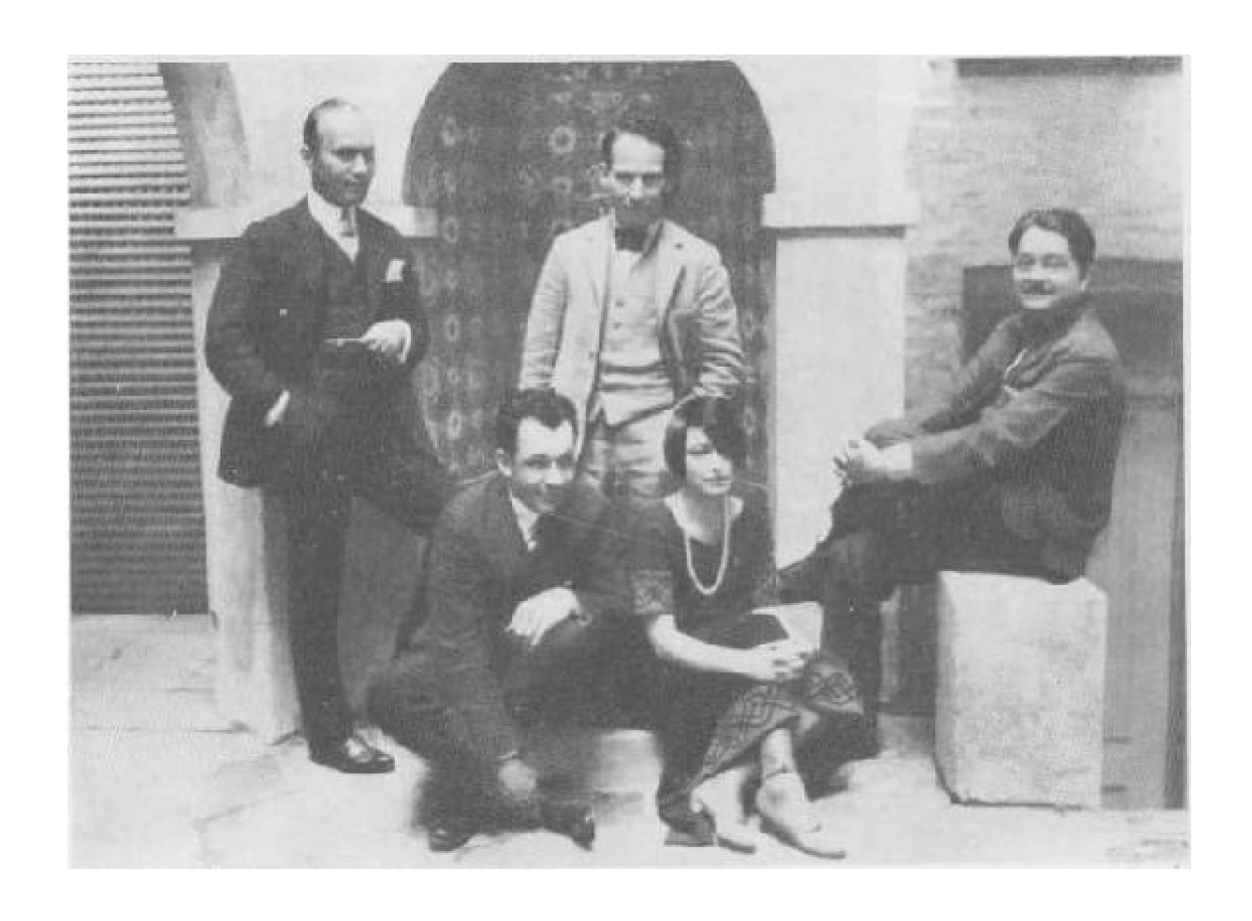
Groucho dirige a las Seis Mascotas en «Ist das nicht ein Schnitzelbank?»*. Yo estoy al piano. Las «chicas» son Tía Hannah (izquierda) y Minnie.*



Los Hermanos Marx conquistaron Broadway con I'll say she is *en 1924. Sentado: Groucho. Arriba: yo, Zeppo, Chico. Si tengo cara de flipado es porque acababa de llegar de una partida de* poker *de veinticuatro horas en un extraño hotel llamado Algonquin.*



«La escena de Napoleón» en I'll say she is. *No me pregunten de qué trata, porque ni siquiera sabíamos lo que significaba el título de la obra. En el papel de Josefina, Lotta Miles*.



En el Jardín de Alá, rodeado de otros cuatro refugiados del Algonquin: Art Samuels, Charlie MacArthur, Dorothy Parker y Aleck Woollcott.



Esta es la tarjeta que Aleck encargó para mí después de nuestro verano en la Riviera. La figura de la derecha es Mister Alexander Woollcott, a los cuatro años, en el papel de Puck



Lejos estábamos de imaginar, cuando rodamos Plumas de caballo, *que los Hermanos Marx llegarían adonde han llegado*.



Los Hermanos Marx en Sopa de ganso.

XIII
¡TOMA YA! ¡AL LAGO!



La isla de Neshobe se halla en medio del lago Bomoseen, en el Vermont centro-oriental, a no muchas colinas de distancia del brazo sur del lago Champlain. Aunque el Champlain es cien veces mayor que el Bomoseen, Aleck lo consideraba una extensión de agua menor, que simplemente servía para que su amigo Theodore Roosevelt hijo aterrizara con su hidroavión cuando volaba desde Nueva York para visitarle.

La isla de Aleck sólo medía tres hectáreas, pero contenía una maravillosa variedad de terreno y vegetación —diminutas praderas, colinas y riscos, canteras y playas, flores silvestres, enredaderas y arbustos en flor, arces y árboles de hojas perennes. Las aguas que rodeaban la isla

cambiaban constantemente. Tan pronto eran tranquilas y transparentes como el cristal, como se agitaban coronadas de espuma por los movimientos ascendentes y descendentes de los vientos de la montaña.

Neshobe era para Aleck el lugar más hermoso del mundo. Era el único lugar donde podía ser feliz solo, sin público. Aquí, él era el público. De hecho, Neshobe Island era una especie de teatro para Aleck, un espectáculo continuo. Cada amanecer se alzaba el telón sobre una escena nueva, cada estación era un nuevo acto y cada año un nuevo drama. El último acto era el otoño y su clímax era octubre, cuando los arces orlaban el lago de un fuego rojo y naranja, sólo interrumpido por los blancos troncos de los abedules y las agujas azul-verdes de los pinos.

Cuando Aleck compró la isla, lo hizo con la idea de tener allí un retiro personal y solitario. Pero se encontró con que le gustaba tanto que necesitaba gente con quien compartirla, así que la convirtió en un club privado para su círculo de amigos más íntimos. Entre los miembros oficiales del club se encontraban Alice Duer Miller, Neysa McMein, Beatrice Kaufman, Ruth Gordon, los Raymond Ives (él era contable y agente de seguros), Raoul Fleischmann (cofundador del *New Yorker* junto con Ross), Howard Dietz (compositor de canciones), George Backer (editor de un periódico) y Harold Guinzberg (editor de libros, fundador de The Viking Press).

Para un forastero, una invitación a Bomoseen era algo más que una pluma en su penacho social. Significaba que había sido nominado para el Escalafón Alexander Woollcott del Quién es Quién. Si obtenía una segunda invitación significaba que había sido admitido. Sólo existía un honor más alto, y era que le pidieran que se incorporase al club de la isla como miembro de pleno derecho.

A mi me invitaron a pasar un fin de semana. Luego me invitaron de nuevo, lo que me situaba en la misma categoría que Alfred Lunt y Lynn Fontanne. S. N. Behrman, Charles Brackett, Lilly Bonner, Irene Castle, Ethel Barrymore, Katharine Cornell, Noel Coward y Théodore Roosevelt hijo. Finalmente, se me concedió el honor supremo. Me convertí en miembro. El único individuo que lo logró en mi época fue Charles Lederer, el actual guionista y productor, que era entonces un protegido literario de

Aleck. Maldito si sé por qué me admitieron. Tal vez Aleck me consideraba su protegido en el siete y medio.

Lo que más nos gustaba de la isla, aparte de su belleza natural, era su aislamiento. En cuanto entrábamos en Neshobe, abandonábamos tras nosotros la Civilización Occidental e ingresábamos en nuestra propia sociedad primitiva. Aleck se habría conformado con mantener la isla en la Edad de Piedra. Los artefactos más modernos que podíamos tolerar, al principio, eran las lámparas de queroseno, una bomba de agua manual y un motor fuera borda para la lancha. Poco a poco, para comodidad de sus huéspedes, Aleck se ablandó. Hizo construir un local para el club, con desagües y electricidad. Pero mantuvo la antigua granja original como alojamiento personal. (Al final, Aleck se construyó una laberíntica casa situada sobre un risco, desde donde se veía el lago por todos lados, y ésta fue su residencia permanente durante los últimos siete años de su vida).

Protegíamos nuestra intimidad y luchábamos por ella a toda costa. La tierra firme sólo estaba a un cuarto de milla de distancia y junto al muelle había un gran hotel que se veía desde la isla. Los nativos, según es costumbre en Vermont, no molestaban a nadie que no les molestase a ellos, pero los turistas eran bastante entrometidos.

Corrió el rumor de que éramos «gente famosa que vivíamos en aquella isla diminuta» y de que «allí pasaban toda clase de cosas raras». Un día, mientras esperaba en el atracadero de tierra firme para abordar la lancha, vi a dos damas sentadas en el muelle que contemplaban la isla. Una de ellas miraba con unos binoculares. Me deslicé detrás de ellas y oí cómo la dama con binoculares decía:

—¡Mira quién está ahí, en traje de baño! ¡Es Marie Dressler!

«Marie Dressler» era, por supuesto, Alexander Woollcott que se daba su chapuzón diario.

Un día, Alice Miller fue a dar un paseo y volvió corriendo para transmitirnos la temible noticia. Un grupo de turistas, decía, habían remado hasta la isla y estaban comiendo en la playa. Me ofrecí voluntario para tratar con los intrusos. Me quité toda la ropa, me puse mi peluca roja, me unté de lodo y marché aullando y danzando una danza guerrera hasta la orilla, lanzando Gookies y enarbolando un hacha. Los turistas recogieron

prontamente sus pertenencias, las tiraron dentro de la barca y se alejaron remando con vigor suficiente para ganar la regata de Poughkeepsie. Eso puso fin a las intromisiones de aquella temporada. Estoy seguro de que también difundió algunos nuevos y jugosos rumores sobre nuestras cosas raras.

Tres nativos tenían acceso a Neshobe: el tipo que traía el correo y las provisiones, y un matrimonio, la cocinera y un mozo para todo. Recuerdo al hombre porque se había hecho un sujetador para su hernia con un trozo de alambre y una clavija de madera. Cuando la lesión le daba problemas, le daba unas cuantas vueltas a la clavija y tensaba el alambre. No tenía mucha fe en bobadas como la medicina.

Quien en realidad administraba el club era Joe Hennessey. Joe, además de ser el secretario privado de Woollcott, hace los pedidos, llevar los libros, mantener ocupado al mozo, cuidar de que alguien esperase a los invitados en tierra firme y de asignarles dormitorios, se encargaba de que los filetes de Aleck estuviesen en su punto. El filete era el alimento principal de Aleck. Cuando iba a cenar a un restaurante daba todo un espectáculo. Hacía que el camarero le fuera trayendo filetes hasta dar con el corte exacto que le satisfacía. Entonces le explicaba, con gestos elaborados, exactamente cómo tenía que prepararlo el chef:

—Pasarlo lentamente sobre la llama así luego darle la vuelta y pasarlo sobre la llama de nuevo así.

Dios nos librase de que se lo trajeran de otra forma que no fuese chamuscado por fuera y frío, sanguinolento y crudo por dentro.

La cena, en la isla, no era más que una parte del ritual nocturno. La primera ceremonia del final del día, para lo cual todo el mundo se reuma en el club, eran los cócteles. Desde los cócteles hasta el último buenas noches, Woollcott presidía la velada como una combinación de Director Social, Maestro de Escuela y Reina Madre. Daba la palabra en la conversación, silenciaba las discusiones en que no participaba él y decidía a qué juegos había que jugar.

Si Aleck se sentía maligno, desafiaba a alguien al siete y medio o a anagramas, y el resto de nosotros podíamos arreglárnoslas por nuestra

cuenta. Si se sentía tierno, nos proponía jugar a un juego «familiar»: *poker*, Asesinato, un juego de adivinanzas o algún otro que acabara de inventar.

Creo que Aleck inventaba juegos como una forma de explorar más profundamente el carácter de las personas a quienes quería. Su curiosidad acerca de sus amigos era infinita. Me hacía tantas preguntas sobre detalles de mi vida que llegué a pensar que estaba escribiendo un libro sobre mí. Una vez se pasó casi una semana rastreando las crónicas de los diarios sobre el proceso Schang y me dio, como regalo de cumpleaños, una copia fotostática de la crónica del *Times*. Dedicó años a la caza de *miss* Flatto, mi antigua némesis de la E. P. 86 y, por supuesto, finalmente dio con ella.

Así de intensamente indagaba en nuestras vidas, no por ningún motivo oculto o anormal, sino por genuina curiosidad. Aleck se asombraba de que un ser humano lograra constituirse. Y aún le sorprendía más que algunos se hubieran constituido de manera que agradasen a Alexander Woollcott.

Sus interrogatorios de exploración iban más o menos así:

—¿Qué persona, aparte de los amigos o parientes, devolverías a la vida si pudieras hacerlo?

O bien:

—Dime qué canción de todas las que se han escrito te gusta más.

Recuerdo que la persona que más frecuentemente mencionaban en la primera pregunta era Abraham Lincoln. Para la segunda (y esto era una votación secreta tras larga reflexión), las respuestas fueron unánimes: «Noche de Paz».

Jugábamos a «Categorías» y a «Fantasmas» y a variaciones de nuestra invención sobre el antiguo juego de charadas, «Personas Famosas». En este último, uno daba la última inicial de la persona famosa y decía por qué era famosa, y los demás tenían que adivinar quién era. Una vez logré dejar sin respuesta a los miembros del club (pero sólo una vez, debo añadir), proponiendo el nombre de una persona cuya inicial era «Ch» y que era famosa por hacer que la gente se cayera de culo. Nadie acertó. Se trataba de Chippendale, el tipo que diseñaba sillas con patas quebradizas.

Así descubrí que no era correcto que yo ganase en tales juegos. Aleck se enfadó y dijo que el enunciado de la causa de la fama de Chippendale era

rebuscado y no coincidía con el espíritu del juego. Luego cambió de tema para volver a situarse bajo los reflectores.

—¿Queréis oír una oración con la palabra «Demóstenes»? —preguntó.

Naturalmente todos dijimos que sí, y Aleck dijo:

—Demóstenes puede hacer es doblarse y mantener las piernas juntas[43].

Otra vez en que me gané un tirón de orejas fue cuando un triunfo en el *poker* se me subió a la cabeza y desafié a Woollcott a una partida de anagramas. Se rió diciendo que yo era un cordero camino del matadero. Muy bien, le dije, apuesta entonces cien a uno.

—Mi querido Harpo —dijo—, apuesto cien dólares contra tu dólar a que no ganas ni en una sola palabra.

Jugamos. No gané en una sola palabra.

A pesar de todo, seguía sintiendo que aquella noche la suerte me acompañaba. Así que desafié a Alice Duer Miller a un combate ortográfico de veinticinco palabras.

—¿Cuántas debo ganarte? —dijo Alice.

Le dije que yo debía tener un *hándicap* de al menos veinte palabras.

Alice dijo que no era justo conmigo mismo.

—Te diré lo que haremos —dijo—. Dejaré que Neysa deletree por mí, en igualdad de condiciones, a ver quién hace más dentro de las veinticinco. Que Aleck elija las palabras.

Yo pensaba que Neysa y yo estaríamos más o menos empatados. Pero me ganó en un cien por ciento. Deletreó bien una palabra. Era «profuso»: yo habría apostado diez a uno a que se escribía con Z.

Fue mi último devaneo con los torneos intelectuales.

Nuestro deporte de interior favorito era el juego del Asesinato.

Una sesión de Asesinato solía iniciarse a la hora del cóctel y durar a veces toda la cena. La cosa va así:

Se empieza por echar suertes para ver quién es el fiscal del distrito y luego, para ver quién será —sabiéndolo sólo él— el Asesino. Una vez hecho esto, el fiscal se retira y el resto de los participantes siguen con sus cócteles y su charla, vagando en torno al edificio del club, calentándose

junto al fuego, leyendo o paseando fuera para admirar el crepúsculo. En cuanto el Asesino, logra quedarse a solas con alguien, le señala y le dice: «*Estás muerto*». La Víctima se deja caer, y las reglas le prohíben moverse del lugar del crimen o hacer sonido alguno hasta que le descubren.

Cuando se descubre a la Víctima —generalmente, a la hora de la cena —, se llama al fiscal para que inicie la investigación. Todo el mundo es sospechoso. Todos los sospechosos, excepto el Asesino, tienen que responder con veracidad, lo mejor que recuerden, dónde estaban en cualquier momento anterior al descubrimiento del crimen, qué estaban haciendo y con quién. La tarea del fiscal consiste en descubrir, por el conjunto de las respuestas y coartadas, quién está mintiendo y por tanto es el Asesino. Es un juego maravilloso.

Una noche, Aleck sacó la tarjeta del fiscal.

—¡Ajá! —dijo, lanzándonos una mirada pretenciosa de búho a cada uno —. ¡Más vale que te esmeres, tú el Malo, quienquiera que seas! ¡El pequeño Acky nunca ha perdido un caso!

El Malo era yo. Yo había sacado la tarjeta del Asesino. Era verdad que Aleck nunca había fallado la resolución de un asesinato. Así que decidí que le gastaría una buena broma con aquél.

Fue el juego más largo de todos los que jugamos. Cuando Joe anunció que la cena estaba servida, todo el mundo había registrado el lugar de cabo a rabo sin encontrar ninguna Víctima. Nos sentamos a comer. Sólo entonces empezaron a sospechar que había gato encerrado: quedaba una silla vacía. Faltaba Alice Miller. Aleck, que había estado sentado a la mesa todo el tiempo esperando que se descubriera el crimen, se negó a permitir que nadie comiera hasta que él tuviese un crimen en el que trabajar. Nos moríamos de hambre, pero Aleck no estaba dispuesto a ceder. No le importaba si su filete salía tan esponjoso como una salchicha cocida. Primero había que descubrir el pastel.

Por fin, a las once de la noche, Neysa encontró a Alice al mirar por el ojo de una cerradura. Se había encerrado en un lavabo del ala trasera de la casa y, según las reglas del juego, no tenía permitido levantarse y salir.

Lo que había ocurrido era lo siguiente: yo recordaba que las chicas ocasionalmente se deslizaban a la parte trasera de la casa para utilizar aquel

lavabo, cuando el baño principal estaba ocupado, así que poco después de convertirme en Asesino, me había escurrido hasta allí. Desenrollé el papel higiénico, escribí un mensaje fatal con lápiz de labios y volví a enrollar el papel.

Alice fue la que recibió el mensaje. Como era una jugadora honrada, se quedó en la escena del crimen, desplomada y quieta, durante cinco horas.

Aleck dirigió su dedo acusador hacia mí sin tener que formular una sola pregunta. Yo me había vencido a mí mismo. Me había delatado sin saberlo. Lo que había escrito con el lápiz de labios en el rollo de papel higiénico era:

ESTAZ MUERTA

El pequeño Acky sufrió una terrible rabieta y se fue a la cama sin cenar. Se negó a jugar con nadie que no obedeciera las reglas. El Asesino tenía que enfrentarse a la Víctima cara a cara o no se consideraba que se había cometido ningún crimen. ¡Qué idea la de obligar a la pobre y valiente Alice a sentarse en el retrete durante cinco horas! La propia Alice, por otra parte, se lo había pasado bomba. «Un golpe de genio», decía que era mi plan. Lástima que fuese un golpe de genio analfabeto, añadió.

Además, había podido componer mentalmente todo un capítulo de la novela que estaba escribiendo, mientras se hallaba prisionera en el lavabo.

Alice Miller era la única miembro del club que hacía algún trabajo serio en la isla. Tenía un horario para cada día en su escritorio, según el cual producía la poesía y las narraciones que tanto admiraban millones de lectores. Aleck trabajaba con Joe Hennessey en su correspondencia una hora más o menos cada mañana, pero no escribía nada más. Neysa trazaba algunos bosquejos de vez en cuando, pero no realizaba ninguna pintura comercializable.

En cuanto a los demás, nadie hacía absolutamente nada. Las horas de luz eran para nosotros un total relajamiento, excepto por el Chapuzón Matutino. El Chapuzón Matutino era una de las reglas de Aleck: Todo el mundo al agua antes de desayunar, por muy frío que estuviese el lago. Aleck, con todos sus michelines y capas de sebo era inmune al agua fría. Mientras los demás temblábamos y nos poníamos azules, él flotaba

serenamente como una balsa vacía, con sus gafas y un libro colocado sobre la cúpula del vientre, preguntándose por qué el resto de nosotros éramos tan gallinas. Woollcott era el único individuo que jamás he conocido que podía flotar verticalmente así como horizontalmente. Desde una cierta distancia, no se sabía si estaba tumbado o no.

Después del baño, Aleck y Alice siempre se retiraban a sus estudios, y el resto de nosotros quedábamos libres para leer, dormitar, charlar, jugar, vagar o apostar.

Para alguien cuya vida había estado confinada a las casas de vecindad, los trenes, las habitaciones del hotel y los camerinos, siempre había algo nuevo e interesante que hacer en Neshobe. Solía pasarme horas dando vueltas al lago en una canoa de vela. A veces me quedaba en medio del lago, en una calma quieta, y tenía que remar de vuelta. Otras veces estallaba una tormenta que bajaba de las montañas y terminaba encallado en las rocas de tierra firme.

La pesca era muy buena en el lago Bomoseen. También mi suerte era muy buena, pero tuve que abandonar la pesca por razones sentimentales. Un día pesqué una perca grande y hermosa. Por pura ocurrencia la marqué con un sujeta papeles y la volví a tirar al agua. La siguiente vez que salí a pescar cogí la misma perca. De nuevo, volví a tirarla. Una semana más tarde, la pesqué por tercera vez. Para entonces ya éramos buenos amigos. Nunca me molestaba, como buena vermontesa, así que ¿por qué molestarla yo a ella? Dejé de pescar.

Además de la natación, la vela y la pesca, el club ofrecía el badminton y la isla misma contenía reliquias indias, fáciles de obtener con sólo cavar un poco. Pero el deporte mejor de todos era el *croquet*.

Durante cinco años de mi vida, el *croquet* fue mi principal pasatiempo, ocupación, recreación y dedicación. Derroché más tiempo, pasta y pasión en el juego de *croquet* del que un galán normal dedica a su muñequita. Toda esa locura se inició en la isla de Neshobe.

El primer día de mi llegada, Aleck me preguntó si me gustaría que me ensañara El Juego.

—*¿Enseñarme?* —pregunté—. Dime las reglas y me mediré contigo, ¿qué quieres apostar?

Me dirigió una curiosa mirada y dijo bueno, si insistía en aprender por la vía difícil, jugaríamos diez dólares la partida, con la opción, para el perdedor, de doblar la apuesta en el juego siguiente.

Yo conocía vagamente el *croquet* como un pasatiempo para niños y parejas de gente mayor, en el que había que golpear pelotas por la hierba con largos martillos de madera. Aquello no era cosa que un virtuoso del billar o del palo de golf tuviera que tomarse en serio. Me extrañaba aquel interés de Aleck. Era un jugador atrevido y duro cuando se trataba de juegos de interior. Pero al aire libre… *¿croquet?*

No me maravillé mucho tiempo. El cróquet que Aleck jugaba no era ningún pasatiempo para niños o parejas de ancianos. Jugaba con toda el alma, y era tirador preciso y fuerte y un estratega astuto.

Yo no sabía que el juego *tenía* una estrategia. Pronto lo descubrí. Había que saber cuándo avanzar a una posición y cuándo buscar el aro, cuándo tirar a la estaca en vez de seguir un Rover[44], a dónde enviar la bola del oponente cuando la golpeabas. Si se jugaba en parejas, había que recordar todo el tiempo quién estaba bloqueado con quién, y saber usar la bola del compañero sin dejarle fuera de posición o vulnerable al contrincante.

El terreno de la isla era desigual y engañoso. Los aros se colocaban en una superficie dura y firme que había sido campo de badminton. Más allá, no había fronteras ni límites. Había que jugar la bola desde donde estuviese. Por uno de los lados el campo estaba bordeado por un grupo de arces muy altos y tupidas malezas. Más allá, había un risco que descendía abruptamente hasta la estrecha playa, a la orilla del lago. La única regla permisiva era que si la bola iba a parar al agua, uno podía sacarla con un golpe o trasladarla a la playa y perder un tumo.

Después de cinco días de *croquet* continuo, empecé a comprender el juego, pero ya era demasiado tarde. El sábado por la noche, cuando debían solventarse las deudas de la semana, le debía a Aleck novecientos dólares de cróquet. Me había vencido limpiamente, sin trampas ni triquiñuelas, en un juego honrado y al aire libre.

Aleck hizo una generosa demostración de piedad. Dado que era un principiante, me ofreció la posibilidad de recuperar parte de mi dinero al Banco Ruso, una forma de solitario a dos manos. Ni siquiera tenía que tocar una carta. Dijo que podía dar y jugar las dos manos, la suya y la mía.

Pues bien, Aleck tuvo una mala racha. Perdió y volvió a perder, mientras las cartas que me daba a mí seguían ganando. Se negó a dejarlo hasta que su suerte cambiara. No cambió. El sábado siguiente, a la hora de arreglar cuentas, yo había ganado mil cien pavos al Banco Ruso. Mis ganancias netas, tras perder al cróquet, eran de doscientos pavos.

Antes de poco tiempo, yo había jugado y practicado lo bastante para defenderme en el campo de cróquet. Al final del verano, todos estábamos más o menos en igualdad de condiciones: Aleck, Neysa, Beatrice, Fleischmann, Dietz, Lederer, Alice y yo mismo.

El cróquet se convirtió en una adicción incurable. Combinaba los mejores elementos del golf, el billar y el *poker*. Además, ofrecía aire fresco y sol, aunque nosotros jugábamos con lluvia y con niebla, apuntando de oído, y en medio de pavorosas tormentas en las que discutíamos a muerte si golpear un trozo de granizo que obstruía el paso implicaba perder tumo.

Nadie se «bloqueó» ni estropeó su juego por la presión de los demás. Siempre seguíamos nuestro juego y siempre teníamos una profunda confianza. Algunos de los disparos más endiablados se realizaron en Neshobe Island. Las bolas salían volando a través de los árboles hasta el lago, como si tuvieran alas. Las mismas bolas volvían desde debajo del risco, por encima de la maleza y entre los troncos, hasta el campo, como si también tuvieran ojos.

Cuando le cogí el tranquillo al juego empecé a hacer innovaciones. Utilizando mi vasta experiencia en las salas de billar, desde Lexington Avenue hasta San Francisco, fui el primero en introducir el tiro de tres, o doble carambola, en el *croquet*, y también inventé una nueva forma de sacar del juego a un Rover.

A menos que hayáis jugado como nosotros, nunca conoceréis el gozo que te estalla en el pecho cuando golpeas la bola de un contrincante a una distancia de veinte metros, cuando ensartas en un aro desde un ángulo

difícil o cuando golpeas dos bolas de manera que pasen a los lados de un aro.

Frecuenté a Alexander Woollcott durante dieciocho años y ocho meses y compartí con él muchos momentos de júbilo. Estuve a su lado cuando recibía premios y elogios y cuando recibía cartas encomiásticas que le hacían saltar las lágrimas, pero nada producía en Woollcott mayor alegría, orgullo y satisfacción que un buen tiro en el cróquet.

Cuando Aleck enviaba la bola de un adversario entre los arces de Neshobe Island, hacía girar su mazo por encima de su cabeza como si fuera la onda de David y gritaba:

—¡Toma, toma, toma… Ya! *¡Al lago!*

Cuando lograba un tiro excepcionalmente difícil, inclinándose sobre el mazo como un globo sobre sus amarras mientras apuntaba con profunda concentración, y golpeaba la bola de tal manera que se deslizaba a través de un aro desde un ángulo aparentemente imposible o golpeaba la de un contrincante tras girar sobre el terreno en un gran arco con efecto, Aleck se hallaba en su propio paraíso particular.

Bailaba de puntitas por todo el campo, entrechocando los talones (sin notar que sus pantalones cortos iban bajando) y cantando con la exuberante voz de soprano de un querubín en un coro de la escuela dominical:

¡Soy un coneguito al sol!
¡Soy un coneguito bajo la lluvia!

Era todo un espectáculo, tanto el endemoniado disparo como el baile del dirigible que venía a continuación. Nunca vi a un hombre, ni a un niño, tan contento como Alexander Woollcott en el campo de cróquet de Neshobe Island tras lograr una maniobra delicada y diestra o darle un mal golpe a un oponente.

Es triste pensar que ahora, tres décadas más tarde, cuando se supone que hay más de todo, ya no hay coneguitos al sol ni coneguitos bajo la lluvia. Las Personas Famosas, los anagramas y el Asesinato se han perdido en la butaca del televisor y eso es una gran lástima. ¡Por Dios, lo fantásticos que eran aquellos juegos!

Debe atribuírseme a mí el tiro de cróquet más celebrado que jamás se disparó en Neshobe Island. Es decir, debe atribuírseme *ex aequo*, ya que Charlie Lederer era mi pareja en el juego y en aquel gambito particular.

Era mi turno. Yo estaba bloqueado respecto a Charlie y no podía utilizarle para colocarme en posición para el siguiente aro. De todas maneras, no me habría sido fácil tirar sobre Charlie. De hecho, la única bola que había en veinte metros alrededor de la mía era la de Aleck. La bola de Aleck estaba sólo a catorce pulgadas, pero estaba al otro lado de un gran arce. Era una jugada imposible, porque no había cerca nada que pudiese utilizar para hacer carambola con mi bola y llevarla hasta el lado en que estaba la de Aleck.

Charlie y yo examinamos la situación durante media hora. (No había límite de tiempo para los tiros «imposibles»). Entonces, se nos ocurrió una idea. Mientras Lederer se quedaba en el campo como señuelo, mirando e ideando trayectorias para mí, yo fui a buscar una sierra y bajé al muelle a desatar una de las ruedas de coche que se usaban para amortiguar los golpes de las embarcaciones. Serré el neumático diametralmente y me llevé una de las mitades al campo.

Puse el medio neumático en torno al tronco del árbol. Formaba un precioso túnel desde mi bola hasta la de Woollcott. Tiré. La bola dio la vuelta por el neumático, salió por el otro lado y ¡paf!: un golpe directo.

No hubo baile ni entrechocar de talones. Woollcott hundió su mazo contra el suelo de su amada isla y se largó a sus habitaciones, murmurando que concedía la partida y nunca más volvería a jugar con un…, culo de caballo como Harpo Marx.

—¡Corrección! —gritó, sacando la cabeza por la esquina de la casa—. De caballo no, ¡culo de fauno!

Yo no sabía que quería decir, pero me halagó mucho que me lo gritara Alexander Woollcott.

A la mañana siguiente, Aleck no estaba en la isla cuando los demás nos levantamos, y tampoco estaba Joe Hennessey. Eso significaba que Aleck se había ido a enfriarse, a recobrarse del incidente del neumático. Probablemente habría ido a la caza de cementerios, en cuyo caso volvería a finales de semana para recitar en los cócteles, las cenas y la mitad de la noche todos los «dulces y fantásticos nombres» que habría copiado de las lápidas, como «Felicity Calm De Witt», «Happy Ivy Wentworth», «Deuteronomy Newton», «Lucy Fur Thomas», «Honesty Policy Dredge», «Onward Christian Purdy», o sus cuatro hermanas favoritas, «First Cora Hooker», «Second Cora Hooker», «Last Cora Hooker» e «Inmaculate C. Hooker»[45].

Más tarde acompañé a Aleck en alguno de esos viajes. No podía pasar por un cementerio sin hacer que Joe parase el coche para explorar las tumbas, una por una, agachándose a leer en voz alta cada inscripción. Lo que empezaba como un paseo para ver los colores del otoño o una travesía por carreteras secundarias por la montaña terminaba invariablemente en una excursión a un cementerio.

En el otoño de 1934 me llevó consigo de peregrinación a un cementerio en la pequeña población de Plymouth, Vermont. Allí me hizo pasar rápidamente por todas las tumbas, hasta llegar a la sencilla lápida de una parcela familiar. La única decoración de la tumba era una banderita norteamericana, de las que compran los niños en las tiendas de baratillo. En la lápida estaba grabado solamente: «John Calvin Coolidge, 1872-1933». Aleck inspeccionó la tumba en silencio, desde todos los ángulos. No puedo pensar en persona más distinta de Woollcott que Calvin Coolidge, política, física y emocionalmente. Pero Aleck le tenía un cariño semisecreto y perverso al presidente yanqui de labios apretados.

Para evitar que yo fuera a pensar que era un tonto sentimentaloide, al acabar su examen de la tumba ejecutó un bailecito de puntillas y le ordenó a Joe que nos llevara de vuelta a Bomoseen para una partida de Asesinato.

Un hombre extraño, Woollcott. Parecía amar la idea de la muerte en todos sus aspectos. Pero mientras su mente mantenía ese mórbido flirteo

con la muerte, su corazón estaba atado a la vida. Amaba la parte puramente existencial de la vida: charlar, rascarse, reírse, comer, retozar, explorar el mundo, pero nunca —y es triste decirlo—, la parte íntima y sexual de la vida.

No supe, hasta después del último flirteo de Aleck con la muerte, que había sido devastado por unas paperas casi fatales a la edad de veintidós años. Sus crueles consecuencias debieron ser una de las razones por las que se sentía impelido a vivir tres veces más intensamente de lo que ningún otro tenía el derecho o la capacidad de vivir.

En el tren de vuelta a Nueva York, dormitaba entre mis recuerdos del verano en la isla. Alice Duer Miller de pie, inmóvil y sola entre los pinos cuando debería haber estado trabajando dentro de la casa, esperando el ruido de la lancha que venía de tierra firme: esperando la noticia de cómo les había ido a los Gigantes de Nueva York el día anterior… Charlie Lederer, que la llamaba «Butch»[46], lo que le agrada más que si se hubiera armado caballero y se hubiera dirigido a ella como *Lady* Alice… El sonido de la risa de Neysa, tan despreocupada como la de una niñita en día de asueto, o como la canción de la alondra de las praderas… El embrujo de Beatrice Kaufman, la «Corderita» de Aleck, que podía iluminar una habitación oscura con su presencia, o encender una conversación moribunda con la chispa de su ingenio… La música que llegaba a través del agua, los sábados por la noche, desde el baile al aire libre que se celebraba en tierra firme, música vulgar y alegre, que recordaba un absurdo antro de mala muerte en medio de los bosques (únicos momentos en que nos sentíamos tolerantes respecto de los turistas)… La lectura de obras de teatro en tomo al fuego, las maravillosas voces de los Lunt, Ethel Barrymore, Ruth Gordon y su marido Gregory Kelly, las voces familiares de los isleños que leían los papeles menores y el público constituido por una persona: yo… Aleck, en sus últimos dos días en Neshobe, navegando una y otra vez en tomo a la isla en un bote, ¡toma ya, toma ya!, contra las olas encrespadas, durante horas enteras, saboreando el escenario de su paraíso personal como si fuera un champán especial… Los primeros signos del

otoño, cuando casi se podía ver cómo los arces cambiaban hoja por hoja, del verde al oro y al naranja… El triste aspecto del club ya cerrado, la desnudez del campo de *croquet* sin los aros y estacas, y el fantasmagórico silencio, sin el mido seco que hacían los mazos contra las bolas, las bolas contra las bolas… Y el último viaje en barco hasta el muelle de tierra firme, con Aleck jugando todo el camino al siete y medio sin levantar la mirada ni una sola vez de las cartas, por encima de la borda, para ver por última vez el lago y la isla; le había dicho adiós desde el bote el día anterior y, como se trataba de un crítico, odiaba los anticlimax y nunca tenía que quedarse para ver los *encores* o las reapariciones de los actores bajo los aplausos.

XIV
¡CROQUEMANÍACOS DEL MUNDO, UNÍOS!



La locura por el *croquet* se había apoderado de nosotros como una plaga. El cróquet se convirtió en la cosa más seria en la vida de un montón de gente que debía haber estado ocupada en asuntos mucho más importantes. Los casos más desesperados de Nueva York, además de Aleck, Beatrice, Neysa y yo mismo, eran Kaufman, Swope, Dietz, Fleischmann, F. P. A. y un grupo de financieros, entre ellos, Harold Schwartz, Harold Talbot y Averell Harriman.

Obtuvimos del ayuntamiento un permiso especial para jugar en Central Park. Los fines de semana, jugábamos generalmente en la finca de Swope,

en Long Island, donde el campo era todavía mayor y tan accidentado que a veces había que cantar canciones tirolesas para que el compañero supiera dónde estaba uno.

Una vez, durante un partido muy reñido en Sands Point (todos los partidos eran reñidos allí), el mayordomo de Swope vino al campo a avisarnos que el gobernador Al Smith llamaba desde Albany.

—Dígale que espere un momento —dijo Swope—. Me toca tirar.

El gobernador esperó un momento y los asuntos del estado de Nueva York se suspendieron durante veinte minutos, mientras Swope hacía tres aros. Durante otro de los juegos que recuerdo, Swope le soltó a su compañero la peor reprimenda que yo había oído desde los tiempos de la E. P. 86, por hacer «un tiro estúpido, sólo digno de un retrasado mental con diez pulgares». Su compañero era un general de dos estrellas.

Neysa, Aleck, Charles MacArthur y yo nos pasamos un fin de semana loco y maravilloso en la finca de Otto H. Kahn. Sólo llegar, nos pusimos a jugar al *croquet*, sin molestamos en presentar nuestros respetos al dueño de la casa. El campo de Kahn era tan liso y llano como una mesa de billar. Más parecía un campo de golf que de cróquet, lo cual me surgirió una idea. Empecé a experimentar con un golpe de golf, usando el mazo como si fuera un palo. Los otros tres se unieron alegremente al experimento y las bolas de cróquet zumbaban por todo el lugar. Los muebles de jardín se volcaron. Las ventanas del invernadero se rompieron. Los sirvientes corrían de la casa principal a la de invitados, con las manos en la cabeza. El propio Kahn huyó a su yate, anclado en el Sound al pie de la pradera e izó una bandera blanca. No salió del yate hasta la caída de la noche, cuando el mundo volvió a estar a salvo de los croquemaníacos.

Una vez, en la finca de Harold Talbot, no nos detuvo ni siquiera la noche. Cuando oscureció, llevamos los coches por los matorrales y dimos la vuelta en torno a la casa; los pusimos en fila junto al campo y encendimos los faros. A la mañana siguiente, las siete baterías estaban agotadas, pero había valido la pena. El juego nocturno fue bueno y reñido, y yo gané con una afortunada carambola triple.

La tribu recibió la invitación de acudir al coto de Averell Harriman en las montañas Adirondack para la fiesta de Acción de Gracias. Allí jugamos

en medio de una fuerte tormenta de nieve, mientras un equipo de ocho hombres trabajaban con quitanieves, palas y tractores, limpiando el campo entre una partida y otra.

El cróquet fue causa de celos, rencores y peleas. Cuando no jugábamos, permanecíamos sentados horas enteras recapitulando una y otra vez las partidas, discutiendo sobre táctica, analizando los tiros, criticando los errores cometidos por los demás. Los dos más ofensivos eran Swope y Woollcott. Siempre estaban malhablando y murmurando. Fuera del campo se gritaban y se reclamaban puntos oscuros de estrategia o reglas sin importancia. Se tomaban la cosa tan en serio que siempre teníamos miedo de que llegara a correr la sangre.

Les llamábamos los Chicos Katzenjammer[47].

Cuando la *vendetta* de los Chicos Katzenjammer llegó al punto de ebullición, los demás nos impusimos para resolver la contienda mediante un torneo de cróquet en el que cada uno puso quinientos dólares y todo el dinero reunido sería para el que ganara dos de tres partidas.

La gran justa de los agravios se inició en Sands Point, con el equipo rojo y azul de Woollcott contra el equipo amarillo y negro de Swope. La compañera de Aleck era Neysa McMein. El de Swope fue Charley Schwartz. Aleck ganó el primer juego, Swope ganó el segundo, y Woollcott insistió en que el juego decisivo debía celebrarse en un campo neutral. El torneo se trasladó a la finca de los Bonner.

Aquel juego crucial se inició en un silencio de muerte. Hacia la mitad, cuando le tocaba tirar, Swope le pidió a Woollcott que le refrescara la memoria, porque no recordaba quién estaba bloqueado con quién: sencillamente se le había olvidado. (Cuando uno ha golpeado, por ejemplo, la bola amarilla, queda bloqueado con el amarillo y no puede volverlo a golpear hasta que ha pasado por un aro). Lo que más le molestaba a Swope en el mundo era la fantástica memoria de Woollcott. Woollcott podía recordar todos los tiros realizados en un juego y sabía en cualquier momento quién estaba bloqueado respecto a quién. Era su mayor ventaja en el *croquet*.

Aleck bufó. Decidió ignorar la pregunta de Swope.

Swope repitió su demanda. Aleck le volvió la espalda y le dijo a Neysa:

—¿Quieres tener la amabilidad de informar a ese patán de largas extremidades y rostro bermejo que las reglas prohíben recapitular el juego? Si quiere saber con quien está bloqueado debe acordarse de recordar.

—No existe tal regla, Woollcott, y tú lo sabes —dijo Swope.

Aleck no podía resistirse a una animada discusión cara a cara. Se volvió hacia Swope y le dijo:

—Mucho más importante que las reglas es la ética del juego limpio.

—¿Y quién escribe «La ética del juego limpio»? ¿Alexander H. Woollcott?

—No está escrita, querido Herbert. La han establecido los precedentes.

Swope resopló desdeñosamente.

—¿Y qué precedentes hay para no decirme con quién estoy bloqueado en este juego? —preguntó.

—Te daré un precedente, mi querido muchacho —dijo Aleck—. En una partida de *bridge* no le preguntarías a tu compañero, en medio de una mano, cuántos triunfos se han jugado, ¿verdad?

—¡Maldita sea, Woollcott! —tronó Swope—. ¡Eso es bajo techo!

Bajo techo o al aire libre, Aleck se mostró inconmovible. Swope jugó una partida despiadada y aplastante, pero desperdició dos tiros en bolas bloqueadas y Aleck ganó el torneo. Los Chicos Katzenjammer siguieron disputando, peor que nunca.

La única pareja que nunca perdió fue la de los socios Abercrombie y Fitch, que debieron vendernos unos cincuenta mil dólares en equipo de cróquet importado durante los años veinte. Sólo utilizábamos mazos y bolas inglesas hechas a mano. Los arcos, que eran apenas más anchos que las bolas, estaban hechos de acero inglés.

Cuidábamos y mimábamos nuestros mazos como si se tratase de animales exóticos y delicados. Convertí la habitación que sobraba en mi apartamento en una «cámara frigorífica» (sin humedad y con una temperatura baja y constante) para los mazos, de manera que no se agrietaran o rajaran durante el invierno.

A la larga, mi cámara rindió inesperados beneficios. Una noche, después de la función, recogí a dos chicas guapas en un café cerca del teatro. No lograba avanzar con ninguna de ellas, de manera que les pedí a las dos que vinieran a mi casa a tomar café o pastel y a reírse un poco. Fue un error. Estaba cansadísimo. Las chicas sólo querían charlar toda la noche. No recogían mis indirectas, de manera que intenté un método más directo para quitármelas de encima.

—Por cierto —dije—, no quiero asustaros, pero si empiezo a hacer cosas raras no me prestéis atención. A veces, me dan una especie de ataques por la noche. Pero no siempre me pongo violento, sólo de vez en cuando.

Esto no produjo ningún efecto salvo el de causar una oleada de risitas. De modo que les pregunté si les gustaría ver la colección que tenía en la cámara frigorífica. *¡Ooooh! ¡Les encantaría!* Me imagino que pensaron que iba a mostrarles fotos pornográficas.

Les hice ponerse el abrigo, las llevé a la habitación helada y cerré la puerta. Abrí el armario en que guardaba los mazos y exclamé:

—¡Mirad! ¡Aquí están!

Las chicas parecían muy desconcertadas.

Cogí un mazo y acaricié el mango y la cabeza, haciendo dulces ruiditos tiernos.

—¿No es precioso? —dije—. ¿Queréis palpar uno?

Menearon la cabeza, incapaces de hablar por primera vez desde que las encontré. Empezaban a asustarse. Entré a matar.

Encendí un cigarrillo, revolví los ojos y exhalé una burbuja en vez del humo. Eso bastó. Las dos gachís salieron disparadas de la cámara frigorífica y echaron a correr fuera del local, gritando:

—¡Le ha dado el ataque! ¡Le ha dado el ataque!

Mientras esperaban que subiera el ascensor, una de ellas tuvo la ocurrencia de volverse, y me vio de pie en el umbral de la puerta, haciendo un Gookie. Empezaron a gritar de nuevo. Cuando el ascensorista llegó, ya venía preparado para enfrentarse a lo peor. Entonces vio que sólo era yo. Intercambiamos guiños y me fui pacíficamente a la cama.

Por lo demás la vida se volvió bastante deprimente al llegar el invierno. No sería posible jugar en Central Park hasta abril, y eso parecía toda una

eternidad de espera. Pero poco después del día primero de año hice un grato descubrimiento. En la acera de enfrente de mi casa de apartamentos había un garaje de una sola planta, con un gran techo plano. Era un lugar perfecto para campo de *croquet*.

Hablé con uno de los dos socios que llevaban el garaje y les dije que me gustaría alquilar su techo como campo de *croquet*. Haría instalar una cubierta, me encargaría de quitar la nieve y de mantener el techo en buenas condiciones, y no molestaríamos a nadie con nuestro juego. El tipo no abrió la boca hasta que yo terminé mi exposición. Entonces dijo:

—¿Qué cróquet? ¿Qué clase de enjuague es ese? No me moleste: ¡lárguese de aquí!

Al día siguiente, logré cazar al otro socio y le propiné mi perorata. Me dijo:

—Nunca he oído hablar de ningún juego llamado «cróquet». Está usted chiflado. Márchese.

No me dejé desalentar. Esa noche hice que un vendedor me llevara muestras de esteras a mi camerino, para probarlas. Elegí una que resultaba perfecta: le daba velocidad a la bola y un desplazamiento preciso. El vendedor calculaba que cubrir el techo costaría unos quinientos pavos. Muy bien, le dije. Le llamaría y le haría el pedido en cuanto hubiera solventado los detalles del alquiler del lugar.

Así pues, volví al garaje. Estaban los dos socios y me vieron llegar. Oí cómo uno le decía al otro:

—Ahí viene ese loco del techo.

Discutimos durante una hora o así; los socios trataban de sacarme qué clase de negocio era el mío, yo trataba de sacarles cuánto cobrarían de alquiler al mes. Cuando dije que ya terna presupuesto para la cubierta y un equipo contratado para instalarla, se cansaron de seguirme la corriente.

—¡Fuera, fuera! —dijo el socio de más edad—. ¡Largo de aquí y no vuelva, pedazo de loco!

Cambié de táctica. Les pregunté si querían cuatro entradas para ver una obra de Broadway esa noche. Así que ése era mi negocio, dijeron, vender entradas. Les aseguré que no había gato encerrado. Sólo quería que vieran

que yo no era un impostor y que tenía un empleo estable. Uno de los socios dijo:

—¡Por todos los santos! ¡Cojamos las entradas y librémonos de este lunático!

Llamó por teléfono y comprobó con el teatro. Descubrió que las entradas eran válidas. También descubrió que era una obra de los Hermanos Marx.

—¿De veras? —preguntó—. ¿Es usted uno de ellos?

Yo reconocí modestamente que así era. Ellos aceptaron las entradas.

A la mañana siguiente, me presenté en el garaje dispuesto a cerrar el trato. El socio más viejo me recibió en la puerta.

—Bueno —dije—, ¿vieron ustedes la obra?

Sí la habían visto. Habían llevado a sus esposas y la habían visto. Y ahora sabían que yo estaba como una cabra. Todavía era más espasmódico en escena que en la vida real, si eso era posible. Demasiado estúpido para hablar siquiera.

Silbó a su socio para que acudiera.

—Este orate hijo de perra —dijo— tiene la caradura de venir aquí después de que le hemos visto en su estúpido espectáculo de anoche.

¿Podría hacer el favor de sacar los pies de su negocio por última vez o tenían que llamar a la policía? Por última vez expliqué, tan pacientemente como pude, qué era lo que quería y el tipo de cantidad que estaba dispuesto a pagar. Incluso traté de explicarles el juego.

Ahora entraron realmente en sospechas.

—¿Usted se propone gastarse quinientos dólares para poder darle a su dichosa pelotita sobre nuestro techo? —dijo uno de ellos.

Y el otro añadió:

—Tiene que haber gato encerrado en esto. Cuidado, Fred.

—Ningún gato en absoluto —dije—. Lo único que tengo en la manga es esto.

Y saqué un talón confirmado de cien dólares, pago por adelantado de un mes de alquiler. Me miraron con incredulidad. Examinaron el talón. Se lo quedaron.

Corrí a decirles las buenas nuevas a los Chicos Katzenjammer. (No había querido comunicar a nadie mi fantástico descubrimiento hasta haber cerrado el trato). Todos estaban encantados.

—¡Vamos a jugar! —dijo Woollcott.

—¡Espera! —dijo Swope—. Hagámoslo bien. Fundemos un club. Lo primero que tenemos que hacer es convocar una asamblea.

Herbert Bayard Swope era un hombre grande que sólo podía hacer las cosas a lo grande.

Decidimos que había que invitar a otros seis miembros de la junta directiva: Neysa McMein, los Kaufman, los hermanos Schwartz y Averell Harriman.

—Ahora —dije yo— puedo llamar a los de la cubierta y que envíen a la cuadrilla a instalarla.

—No tan rápido —dijo Swope—. El club debe aprobar antes todos los contratos, presupuestos y gastos por mayoría. Nos ocuparemos de esta cuestión en una asamblea.

Todo un mes de reuniones se dedicó exclusivamente a elegir un nombre para la organización. Sólo pudimos acordar un nombre provisional: «El Club de *Croquet* de Nueva York».

—¿Y la cubierta? —seguía preguntando yo, y Swope seguía diciendo:

—Lo primero es lo primero, Harpo. Antes tenemos que formular el reglamento.

Un día, dos meses después de mi descubrimiento del techo, uno de los hombres del garaje me silbó desde el otro lado de la acera.

—¡Eh! ¡Lunático! —me llamó—. Aquí hay un tipo que quiere hablar con usted.

El tercer hombre que había en el local era un inspector del cuerpo de bomberos del ayuntamiento.

—He oído que usted piensa utilizar el techo de este garaje para algún tipo de competición at-lé-tica que requiere el uso de una cubierta inflamable. Lo siento, amigo. Va contra las normas.

Lo que había ocurrido era que Swope, con su Hacer Bien las Cosas, había hablado con el alcalde Walker, y el alcalde Walker había hablado con

el Comisario de Bomberos, y éste había revisado el reglamento y había visto que las normas de la ciudad no lo permitían.

La primavera tardó en llegar aquel año. Pero qué diablos, tarde o temprano llegaría. Si aparecía el primer petirrojo, ¿podía estar muy lejos la primera bola de *croquet*? Y entonces podríamos volver a Central Park y ¡vivan los Rojos, los Azules, los Amarillos y los Negros!

El segundo domingo de mayo recibí una llamada de Woollcott. Estaba muy alterado:

—Harpo —me dijo—, he alquilado una villa en la Riviera francesa para el verano.

—Oh, muy bien —dije—. ¡Te encantará!

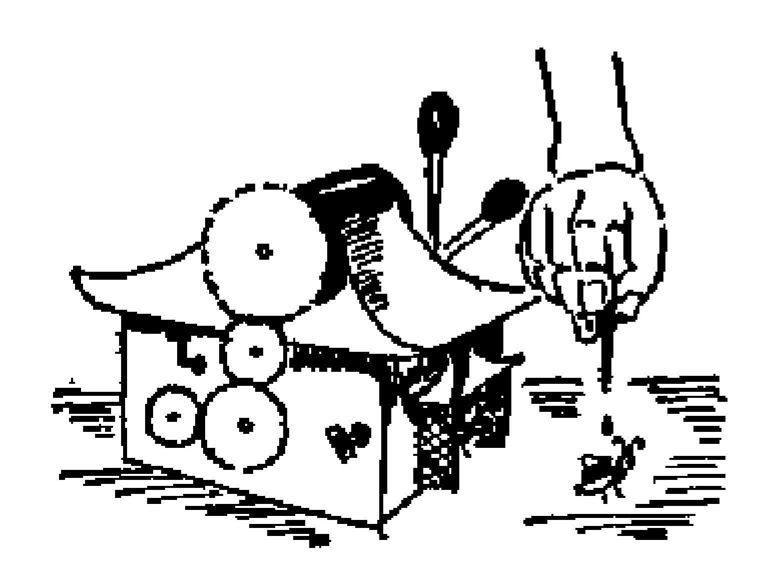
A mí no me parecía bien en absoluto, porque ya empezaba a soñar con Neshobe Island, el único lugar del mundo a donde quería ir. Tampoco tenía idea de si a Aleck le encantaría la Riviera o no, porque nunca había estado allí. En realidad, no podía distinguirla de la Riviera italiana o la húngara o la de Loow en Brooklyn.

—Algo más, buen hombre —dijo Aleck, con un ronroneo en la voz que significaba que me estaba enredando—. Creo que sería muy elegante que vinieras conmigo.

—Oh, no —dije—. Hay unos cuarenta lugares mejores para pasar el verano, todos ellos en Long Island, en una hamaca. Muchísimas gracias, pero pásalo bien, dales saludos de mi parte a la gente de por allí y envíame una postal a casa.

El sábado 19 de mayo de 1928 partimos para Europa en el vapor *Roma*: Aleck, Beatrice Kaufman, Alice Miller y yo.

XV
LA PARTE DEL ZAS-BANG-PAF-Y-TRAS



Vivir era fácil en 1928. La vida se componía principalmente de diversiones, y el mundo era nuestro campo de juegos privado y millonario. Todos nosotros teníamos, de algún modo, los medios para hacer lo que queríamos. Los impuestos eran una molestia —como el cambio anual de matrícula del coche—, pero no una carga.

No éramos mercenarios ni íbamos locos por los dólares. La pasta era simplemente una mercancía que nos gustaba tener y por tanto la temamos, lo mismo que el aire para respirar, el café del desayuno y un cuarto jugador

para el *croquet*. F. P. A. resumía nuestra actitud diciendo que «El dinero no interesa mucho pero la falta de dinero no interesa nada».

Aleck alquiló la Villa Galanon, en la costa mediterránea de Francia, cerca del Cabo de Antibes, y allí vivió y desempeñó el papel de anfitrión con gran pompa y esplendor. Al diablo los gastos: estaba decidido a triunfar en la escena internacional. Lo logró, aunque no le fue fácil, gracias a mí. El estilo de vida que Aleck adoptó en la Riviera no era de mi especial predilección y sacaba lo peor del Patsy Brannigan que había en mí.

Durante una semana, mientras acababan de poner la villa en condiciones, nosotros cuatro —Beatrice, Alice, Aleck y yo— nos alojamos en un pequeño hotel, el Antibes. Woollcott eligió ese hotel porque era muy francés y muy tranquilo. Se hallaba, como decía él, «fuera de la ruta de los turistas curiosos y sudorosos».

A mí aquel hotel no me gustaba nada. No había acción de ninguna clase aparte de la máquina tragaperras del vestíbulo, situada junto al arranque de la escalera. Cada vez que pasaba junto a aquel bandido manco dejaba caer un franco, tiraba de la palanca y seguía mi camino bajo las miradas hostiles de los franceses del vestíbulo, mientras detrás de mí la máquina giraba y se agitaba con estruendo. Era como si hubiera tirado un petardo en una biblioteca pública. Woollcott se negaba a bajar al vestíbulo conmigo debido a mi vulgar exhibicionismo.

Una tarde bajé a cenar, puse una moneda en la ranura, tiré de la palanca y seguí andando. Cuando llegué a la puerta del comedor, se armó la de Dios es Cristo. Había sacado el gordo. El vestíbulo estalló en un motín. Los tranquilos antituristas saltaban y vitoreaban y aplaudían. Hicieron de todo, salvo bailar el can-cán y cantar la Marsellesa, para celebrar mi golpe de suerte.

Cuando nos fuimos del hotel, dos días después, el gerente dijo:

—Espero que pronto tengamos de nuevo el placer de su compañía, *monsieur* —no a Woollcott, sino a mí.

Las figuras literarias iban y venían en el hotel Antibes por docenas, pero la máquina tragaperras no había dado un premio gordo desde hacía tres años y medio.

Aleck se alegró mucho de instalarse por fin en la Villa Galanon, donde yo me encontraría bajo su vigilante mirada de búho.

Woollcott estaba en su elemento aquel verano en la Riviera. Poco después de nuestra llegada, le escribió a Edna Ferber: «Llevo aquí la vida de un sonrosado delfín de mediana edad». Pero había veces en que se hallaba —para ser él— extrañamente plácido. Permanecía durante largos minutos de silencio contemplando desde lo alto de un risco el mar, de un azul profundo y frío, y el cielo, de un azul ligero y cálido. Creo que deseaba secretamente volver a ser un coneguito de agua fresca en Vermont, en vez de un delfín mediterráneo.

Esos momentos de placidez, que se hicieron menos frecuentes conforme la temporada avanzaba, eran generalmente interrumpidos por Guy, el mayordomo, chófer y *chef de* Galanon. Guy trepaba hasta donde se encontraba Aleck a la carrera y sin aliento, como un oficial que corre a informar a Napoleón en medio de la batalla. Porque había una feroz batalla en marcha, la batalla por la cena. Cada noche la cena terna que ser una victoria, un triunfo de Guy y de la *haute Cuisine* sobre las fuerzas campesinas de la comida común y corriente.

Guy nunca perdió una batalla, pero nunca ganó sin lucha. Había escaramuzas desde el alba hasta la hora de la cena. Atacaba el mercado del pueblo, emboscaba al carnicero, al vendedor de vinos y al verdulero. Intercambiaba fintas y floreos con el de los productos lácteos. De vuelta en la villa sostenía un fuego cruzado con el pastelero, el ama de llaves y el jardinero. Se defendía de los ataques sorpresivos y astutos que lanzaban sobre su retaguardia las recalcitrantes estufas y las cañerías sublevadas. Se lanzaba sobre las salsas y los souflés con ascendentes gritos de batalla, ordenándoles que ligaran y que subieran.

Entre una escaramuza y otra, Guy se ponía su chaqueta de alpaca, se mojaba el rebelde cabello —que luchaba denodadamente por ponerse en pie, como un campo de trigo después de un chubasco— y partía a encontrarse con su comandante en jefe, *monsieur* Woollcott, para informarle sobre el desarrollo de la batalla y recibir cualquier nueva orden acerca del

vino. Tras una conversación susurrada en francés (no lo bastante alto para que el enemigo pudiera enterarse), Guy volvía corriendo al frente, se arrancaba la chaqueta y saltaba al fragor del combate. Justo cuando parecía segura una derrota humillante y la villa condenada a caer en una pila de escombros y cenizas, el campo de batalla quedaba súbitamente silencioso.

Guy, con una inmaculada chaqueta blanca y el cabello brillante y dócil, aparecía en el umbral de la cocina. Inclinaba la cabeza en dirección a Aleck, cerrando los ojos en un instante de sublime reflexión, y declaraba tranquilamente:

—*Monsieur est serví*.

La cena era siempre magnífica, ya fuese para diez o quince personas o sólo para nosotros cuatro. Recibíamos todas las noches el tratamiento completo, desde el hors d'oeuvre, pasando por la sopa, el pescado, el asado, la ensalada y el postre, hasta los quesos, con vinos entre medio y coñac inmediatamente después (excepto para mí, que no me atrevía a beber nada más fuerte que el agua de Vichy). Como chef, Guy se ganó mi mayor elogio: era casi tan bueno como Frenchie.

Con todos los respetos debidos, no creo que Guy hubiera ganado una batalla vespertina si no hubiese estado motorizado. Si hubiese sido un simple soldado de infantería, nunca habría podido lanzar sus relampagueantes asaltos sobre el mercado del pueblo. Ni siquiera como miembro de la caballería habría podido realizar sus estremecedoras incursiones a través de las líneas enemigas para obtener provisiones de emergencia: una botella de Marsala, si se producía un cambio en las salsas, o un litro más de crema de leche, si el menú cambiaba de sopa caliente a sopa fría. Guy lo lograba porque tenía un coche. Su vehículo era una cafetera antiquísima: un turismo, venerable como un vino añejo, pero robusto de corazón. Nunca falló en el cumplimiento del deber.

La cafetera tenía dos velocidades, según la conducía Guy: toda velocidad o alto total, sin matices entre una y otra. Sin embargo, nunca tuvo ningún accidente, y no porque fuese prudente, sino porque los peatones y los demás conductores sí lo eran. Cuando le oían venir, se quitaban de enmedio. Podían oírle venir porque Guy parecía creer que la bocina era un acelerador adicional. El acelerador propiamente dicho no le bastaba. Para

mantener la velocidad máxima, apretaba el gas hasta el suelo y estrujaba continuamente la bocina, incluso cuando bajaba por un camino campestre completamente vacío. El ganado, las cabras y los burros de varias millas a la redonda miraban desde lo alto de las colinas cuando oían el tut-tuuut, tut-tuuut, tut-tuuut del rampante cacharro.

Guy me ofreció prestarme su coche cuando quisiera. Al principio me sentí halagado. Luego me di cuenta de que era su forma de hacerme saber que yo era ligeramente inferior, en cuanto a clase, a los otros tres norteamericanos de la villa. Las damas y los caballeros no conducen. Les conducen. Beatrice y Alice eran damas. Aleck, *le patrón*, era un caballero. Yo… yo podía conducir un coche.

Guy nunca me tuvo situado del todo. La barrera del idioma no le ayudaba mucho. El día que nos mudamos a la villa y Guy vino a mi habitación para ayudarme a desempacar, traté de hacerle comprender que prefería que me llamase «Harpo». Lo pronunciaba de una docena de maneras diferentes, ninguna de las cuales recordaba mi nombre ni siquiera vagamente. Le mostré con una pantomima que yo tocaba el arpa.

—*¡Ah!* —dijo—. *Monsieur est harpiste?*

Le dije que sí con la cabeza. Entonces miró en torno buscando el arpa.

—No —le dije—, aquí no hay ningún arpa. El arpa está en América.

Yo no podía ser, según Gay, un *harpiste* si no terna un arpa. Volvíamos a estar donde habíamos empezado. Finalmente, pareció comprender.

—*Harpon? Harpon?* —preguntó. Se rió, haciendo un gesto como el de quien arroja una lanza—. *Comme ci? Comme ci?* —preguntó.

Ahora era yo el que no entendía. Guy vio por mi expresión que el lanzamiento de jabalinas no tenía nada que ver con el asunto. Se encogió de hombros, reflexionó por un momento y tuvo una idea.

—*Appeau?* —preguntó esperanzado.

Eso ya estaba más cerca; era casi como yo mismo lo pronunciaba, al estilo del East Side: «Hoopo». Para ilustrar que ahora él comprendía, empezó a silbar con los dientes apretados. De alguna manera, se había enterado de que en escena yo silbaba en vez de hablar. Asentí y le silbé como respuesta. Asentimos y sonreímos y nos silbamos el uno al otro durante un rato, y Guy dijo:

—*Ah oui! Monsieur l'Appeau!*

Meneé la cabeza. De nuevo se había perdido. Volvió a *Harpon*. Yo dije:

—*Oui!*

Intentó *Appeau* de nuevo. Le dije:

—Oui! —de nuevo.

Guy enmarcó las cejas, encogió los hombros y levantó las palmas de las manos. Volvió a trabajar y a llamarme «*monsieur*».

En ese momento, entró Aleck. Aleck y Guy tuvieron una larga charla en francés. No me gustaba el tono de su conversación, no me gustaba nada. Primero Aleck, luego Guy, luego los dos, me miraron y se rieron.

—¿Qué diablos resulta tan gracioso? —quise saber, y Aleck explicó que *harpon* significa «arpón» en francés, y *appeau* significa «señuelo».

—Le he informado a Guy —dijo, tratando de mantener la cara seria— que no tienes preferencias y que te gustará que te llame por cualquiera de los dos nombres.

Así, según el humor en que se encontraba, Guy me llamó *Appeau* (buen humor) o *Harpon* (mal humor) durante el resto del verano.

Siempre que yo le decía que su granadina de buey o su sopa de pepinos eran deliciosas, me convertía en señuelo. Pero cuando ponía la mano sobre mi copa, negándome a probar un raro Châteauneuf-du-Pape, y pedía agua con gas, era un viejo y simple arpón.

No había espacio suficiente para un campo de cróquet en Galanon, pero la terraza que daba al mar era lo bastante grande para jugar al badminton. Debido al fuerte viento, el mistral, teníamos que utilizar «gallitos» especiales, más pesados. Una vez le cogimos el gusto, nuestro juego se hizo tan fuerte como el viento y tan caliente como el sol del Mediterráneo. Aleck, que jugaba contra las órdenes del médico, resultaba asombroso en el badminton. Era rapidísimo, un artista de la colocación de las bolas, y tenía un revés mortífero y restallante. En el campo era ciertamente «un sonrosado delfín de mediana edad», si uno lograba imaginarse a un delfín ataviado con colgantes pantalones cortos y un albornoz ondeando al viento.

Alice Duer Miller estaba todavía más sonrosada. El badminton era el único juego en el que siempre podía vencer a Aleck.

Los deportes eran mucho más agotadores en la Riviera que en la isla Neshobe. Un día cambió el viento; el mar se estrellaba contra la orilla en largas y lisas oleadas y todos empezaron a hacer surf. Creí que era un tipo de ocupación que debía ensayar. En aquellos tiempos yo no tenía miedo a nada, estaba dispuesto a probarlo todo por lo menos una vez. Así que descendí por las rocas hasta el agua y pedí que alguien me enseñara a usar una tabla de surf. Cinco minutos más tarde, di mi primer paseo sobre las olas, cabalgando sobre una pierna como un demonio de acróbata. Una hora más tarde, estaba siendo remolcado por una lancha rápida a una isla famosa por su *bouillabaisse* de pulpo.

(Cuando Guy se enteró de esto, se enojó muchísimo y no me llamó nada mejor que arpón durante toda una semana. Que yo fuera capaz de comer un vulgar plato de pescadores como la *bouillabaisse de poulpe* era un insulto para su *haute Cuisine*).

Alguien me dijo que la única manera de hacerme una idea verdadera de la Riviera consistía en verla desde el aire. Una visión de la costa a vuelo de pájaro era algo de inolvidable belleza. De manera que un domingo me fui al aeropuerto de Carmes, donde anunciaban paseos en avión por cincuenta francos.

El avión era un superviviente de la Primera Guerra Mundial, un biplano Salmson de cabina abierta que se mantenía entero mediante ligaduras y remiendos. Como yo era tan pequeño, el piloto puso una caja de madera sobre el asiento para que pudiera ver por encima del borde de la cabina. Y veía muy bien, en efecto: sobresalía de la cabina como un esquimal de un kayak, más fuera que dentro, y me pasé todo el vuelo agarrado a un montante de alambre para salvar la vida. Mi visión de la Riviera a vuelo de pájaro fue un primer plano de los nudillos de mi puño derecho, más allá de los cuales nunca tuve el valor de mirar y la belleza de los cuales era enteramente olvidable.

Ésa fue una cosa que sólo probé una vez.

La Riviera ofrecía también una gran variedad de deportes de interior. Además de los normales, había ruleta, bacará y *chemin de fer*, en algunos

casinos hermosos y tentadores.

El primer casino que probé estaba en Juan-les-Pins. Me metí allí paseando, una tranquila tarde. Era el único norteamericano en todo el local pero me dije, qué diablos, las manchitas de las cartas son un idioma universal, y me dispuse a tomar parte en una pequeña partida de *chemin de fer*.

Me equivocaba respecto al idioma. De inmediato, la señora que se hallaba a mi lado empezó a importunarme en francés. Le molestaba que yo sólo pudiese hablar mediante muecas y signos. Le molestaba todavía más que yo tuviera una goma de mascar en la boca. Empezó a burlarse de mi goma de mascar y eso me enfureció.

La siguiente vez que hice la apuesta más alta y me tocó jugar la mano contra el banco, me dieron siete puntos. Según las reglas, podría haberme plantado simplemente, pero como estaba furioso le indiqué al banquero que me diera una tercera carta. Obtuve un cuatro descubierto, lo que hizo bajar mis puntos otra vez a uno. El banquero ganó la mano con un dos.

La dama francesa, que había apostado cien francos a mi favor contra el banco, se puso como una fiera al ver las cartas que me habían dado. Empezó a sacudir el dedo hacia mí y a ulular como una sirena. Súbitamente, aparecieron como salidos de la nada todo un escuadrón de funcionarios del casino, provistos de sendas barbas, y se pusieron a discutir a gritos con la señora.

Mientras parloteaban, yo me fui calladamente a un rincón del casino y me puse cabeza abajo.

Cuando la dama me descubrió patas arriba en el rincón, me señaló y empezó a gritar aún más fuerte que antes. Dos funcionarios corrieron hacia mí, pero se detuvieron vacilantes. No estaban seguros si dirigirse a mis pies o inclinarse para gritarme a la cara. Como salida negociada, se gritaron uno al otro. No me gustó el sonido de sus voces. Juraría que escuché palabras como *police* y *sûreté*. Pero ni en broma iba yo a ponerme cabeza arriba de nuevo mientras no se calmaran.

Gracias a Dios, entró en el casino en aquel momento un inglés que hablaba francés. Los tipos de la barba le contaron la historia, entonces él se

arrodilló en el suelo como si estuviera buscando bajo la cama un botón de la camisa y me dijo:

—Muchacho, parece que has roto una de las reglas del juego, y se te exige que le pagues a esta señora cien francos.

Me puse sobre los pies, le di a la señora sus cien francos, les repartí a todos —incluida la señora— goma de mascar a manera de propina y puse pies en polvorosa.

Aunque el incidente internacional se había solucionado y las nubes de guerra ya no flotaban amenazadoras sobre Juan-les-Pins, decidí cambiar de casino y probar suerte en Monte Cario.

Cuando se lo dije a Aleck, aplaudió y dijo:

—¡Maravillosa idea! Iremos todos a Monte Cario, y yo convido, conejitos. La cena en el Café de París corre de mi cuenta. El buen Rey Alexander está lleno de *noblesse oblige* y se siente dispuesto a repartir *largesse* sobre los pobres.

—Ahorrarías bastante pasta, Rey, si repartieras tu *largesse* sobre una silla y te quedaras en casa —le dije.

Aleck se sentía tan bien que se rió y se contuvo de llamarme lo que yo esperaba que me llamase.

Guy, que era jefe del protocolo en Galanon, nos dijo qué debíamos pedir en el Café de París y cómo debíamos ir vestidos al casino: traje de noche para las damas, simple y sin demasiadas joyas, y corbata negra y *smoking* para los caballeros. Cuando me vio, a punto de marchar, con un polo, una americana azul y unos pantalones blancos, se horrorizó. Celebró una frenética consulta con Aleck; éste se encogió de hombros, se volvió hacía mí y dijo:

—¿Cómo puedo explicarte a Guy? No hay palabra francesa para «bobo».

Fui tal como iba, que era el único atuendo con el que me sentía cómodo en todas partes.

La cena fue estupenda: Guy nos había sugerido la mejor cocina de la Riviera. Cuando llegamos a Monte Cario, alrededor de las once, me sentía bien alimentado y con suerte. No podía esperar a entrar en acción. Pero no

pasé de la puerta de entrada, porque un individuo tan grande como Jess Willard y vestido como un embajador me cerró el paso.

—Lo siento, *monsieur* —dijo, señalando su cuello—. No puede entrar en el casino sin corbata.

—Tiene razón, ¿sabes? —dijo Aleck. Había esperado toda la noche para esto. Se refociló a su gusto y marchó altivamente hacia el interior del casino, con Beatrice en un brazo y Alice en el otro.

Afortunadamente, yo llevaba calcetines negros. Salí, me guarecí entre las sombras, me quité los calcetines, até uno de ellos en forma de lazo bajo el cuello de mi camisa, metí el otro en un zapato, me puse los zapatos dentro del cinturón y volví a la entrada. Allí estaba el mismo guardián. Esta vez sonrió y dijo:

—Por favor, disculpe las molestias, *monsieur*, pero usted sabe: las normas. Por favor, entre. Sus amigos le estarán esperando.

Era la primera vez que yo apostaba con corbata, pero no me fue nada mal. En realidad, tuve demasiada suerte en la ruleta. En el «Pequeño Casino» donde yo jugaba, si cogías una racha y acertabas cinco números seguidos, declaraban la banca cerrada. En esta parte del local, cuidaban de que ningún individuo ganara más de mil pavos. Así que cuando mis ganancias llegaron al tope de quinientos, empecé a pasarles fichas a otros tipos para que apostaran por mí, con una comisión.

Eso engordó mi cartera, pero acabó con mi diversión. Cada vez que uno acertaba un número en este casino había que dar propinas a los cuatro croupiers. Yo les hice ganarse las propinas. Antes de dárselas, tuvieron que ponerse en fila y cantar «*Merci beaucoup, monsieur*» entonados. Hay que decir que lo hacían mejor que los Cuatro Ruiseñores.

Más tarde, cuando fui a observar lo que sucedía en el «Gran Casino», me sentí muy tacaño. El centro de atracción de la ruleta era un fabricante de escobas mecánicas jubilado, un viejo chocho de ochenta y cinco años que jugaba en su silla de ruedas, con un enfermero detrás de él. Apostaba mil dólares americanos al rojo, en cada vuelta, y ganaba continuamente.

A la una de la mañana, el enfermero dijo que ya habían superado la hora de dormir de su paciente e insistió en llevarle a casa. Antes de marcharse, el

anciano le tendió al apostador un fajo de billetes y le dijo que apostara mil por él, al rojo, cada media hora durante el resto de la noche.

A la mañana siguiente, investigué y descubrí lo que el viejo había ganado: mientras dormía, el apostador había obtenido para él un beneficio de veintidós mil dólares.

Poco después, otro norteamericano, esta vez un rey del algodón, tuvo peor suerte en el Gran Casino. Perdió más de diez veces lo que había ganado el rey de las escobas mecánicas, también en el espacio de una noche. El hombre del algodón se desenmarañó prontamente. Salió a la terraza al amanecer y se voló la tapa de los sesos.

A la noche siguiente, fui a Monte Cario con la corazonada de que llevaba la suerte conmigo. Mi corazonada estaba equivocada. Perdí todo lo que llevaba, en sólo dos horas. En vez de marcharme a casa, como un buen jugador, recorrí el Pequeño Casino preguntándole a todo el mundo, en voz bien alta:

—¿Dónde esta el acantilado del que uno se tira cuando pierde?

La gerencia se mostró muy sensible a este tipo de bromas, después de lo que había pasado en la terraza dieciocho horas antes. Me arrinconaron y me preguntaron cuánto había perdido. Mil francos, dije. Así que contaron mil francos y me pagaron, tras lo cual fui cortésmente enviado fuera del local, incluso con corbata de calcetines y todo, y con el firme consejo de que no volviera nunca.

Pete Penovitch, me dije a mí mismo, simplemente no me creería si le dijera la forma en que manejan este negocio. Le tienden la alfombra roja a un ganador de ochenta y nueve mil dólares y a continuación echan a la calle a un pobre perdedor.

Al diablo con Monte Carlo. Establecí mi propio casino en Villa Galanon. Llevaba el negocio a mi manera y nunca tuve quejas por parte de los clientes. Era más de lo que podría decir el jefe de Monte Cario.

Había comprado en el mercado de pulgas de Niza la cosa más loca que imaginarse pueda. Era un objeto llamado trampa china para moscas. Era una fantástica construcción de bambú, alambre y cuerda, en la que las

moscas podían entrar pero no salir. La trampa china para moscas tenía por objeto evitar la crueldad y por eso era tan complicada. Las moscas quedaban atrapadas, pero no se morían, y ni siquiera se hacían daño. Mientras la puerta de abajo no se abriera no podían salir, pero podían vivir cómodamente en el interior hasta que murieran de viejas o de lo que sea que se mueran las moscas cuando nadie les da con un matamoscas.

Como yo era a partes iguales un tahúr y un humanitario, ya que tanto había en mí de Pete Penovitch como de Albert Schweitzer, convertí la trampa en un casino.

Tras mucha meditación (echaba de menos a Chico, que podía haber resuelto toda la cuestión en un minuto con cuatro cálculos en el reverso de un resguardo de empeño), llegué a establecer qué posibilidades había de que una mosca sobreviviera a la trampa. Había que apostar dos a uno. Esto daría a la mosca la deportiva oportunidad adecuada y a la casa una posibilidad de ganar lo que le correspondía.

Lo que hacía era capturar sólo unas pocas moscas cada vez y luego bloquear la entrada. Cuando tenía un grupo de clientas, las marcaba, una por una, humedeciendo una paja de escoba en tinta roja y tocándolas con ella a través de una ranura de la trampa. A continuación abría la puerta y las ponía a todas en libertad.

Allí era donde intervenían las probabilidades: cuando una mosca marcada volvía y quedaba atrapada por segunda vez, yo la asesinaba con el lado romo de un palillo chino. Las tontas de la primera vuelta se ganaban algo de pintura roja y la libertad. Las perdedoras reincidentes eran aplastadas. (Yo solía darles las mismas posibilidades a los mosquitos que me molestaban cuando practicaba el arpa. Sólo acababa con los que zumbaban por encima del la bemol. Los demás se salvaban).

Me asombraba comprobar cuán pocas moscas volvían a la trampa. Nunca habría soñado que tantas moscas serían lo bastante listas para saber que un dos a uno era una buena apuesta y mantenerse lejos.

Beatrice y Alice estaban muy impresionadas por lo que revelaba la trampa china, a saber: una mosca casera promedio es un jugador mucho mejor de lo que una persona promedio supone. Aleck, más que impresionado, estaba alarmado. Dijo que yo estaba condenando a la raza

humana a la destrucción al desarrollar una raza de moscas superínteligentes. Pero eso no le impedía apostar por las moscas contra la trampa. Cuando sus ganancias alcanzaron los quince francos, declaré cerrada la banca y abandoné el negocio. Ahora sabía lo que se sentía cuando uno era el gerente: no ganaba ni para tinta roja.

Nuestro verano se dividiría al parecer en tres fases: el Período de las Apuestas, el Período Literario y el Período Social.

Woollcott realizó mi transición hacia el Período Literario por etapas fáciles. El primer paso consistió en presentarme a Somerset Maugham. Aleck sabía que yo ya era un admirador de Maugham. Sin saber quién era, le había distinguido como el mejor esquiador acuático de la costa. Cuando Aleck me dijo que era un escritor famoso y tal vez el más célebre de los habitantes de la Riviera, mis ansias de conocerle se duplicaron.

La villa de Maugham en Cap Ferrat era la casa más impresionante que he visto jamás. He conocido viviendas más grandes y más lujosas en Long Island y en Palm Beach, pero ninguna de ellas tenía la bella apariencia de estar excavada en el paisaje como la de Maugham. Se elevaba en torno a una piscina alimentada por manantiales. El fresco murmullo del agua llenaba la casa, junto con los aromas mezclados de las flores tropicales y los colores de los más grandes impresionistas y modernistas franceses. Jamás había visto cuadros como aquéllos en una colección privada.

Nuestro anfitrión, vestido sólo con pantalones cortos y sandalias, bajó las escaleras saltando para recibimos. Maugham tenía entonces cincuenta y cuatro años, pero no parecía tener más de treinta y cuatro. Era delgado y moreno, y chisporroteaba de energía y buen humor. Pude darme cuenta de que Aleck se sentía muy aliviado al comprobar que el célebre escritor y yo empezábamos con buen pie. Me porté lo mejor que pude y Aleck hizo otro tanto.

Maugham quiso mostramos el resto de su mansión antes de ofrecemos té. Nos llevó al piso de arriba, al dormitorio principal que era su orgullo y su alegría. Estaba situado de manera que podía lanzarse desde la ventana

directamente a la piscina al despertarse por la mañana. A mí eso me parecía magnífico.

Mientras Maugham y Woollcott se hallaban de espaldas, hablando de un cuadro colgado en la pared opuesta del dormitorio, me quité toda la ropa y me tiré al agua.

Al sacar la cabeza, vi que Woollcott observaba temeroso a Maugham, para ver si no se había molestado. La reacción de Maugham fue totalmente inesperada para Aleck: se quitó los pantalones cortos, se deshizo de las sandalias y se tiró a la piscina para reunirse conmigo.

Maugham y yo nos vimos varias veces después de aquello, en las fiestas y en el esquí acuático, pero yo estaba seguro de que me había olvidado. En el estreno de *Dead End* (Callejón sin salida), en 1936, le descubrí entre la gente durante el intermedio. Estaba sentado varias filas detrás de mí, con S. N. Behrman. Trepé a cuatro patas, como un mono, por encima de los asientos. Estaba a punto de volver a presentarme cuando Maugham dijo:

—Siento muchísimo no tener un plátano para ti, Harpo.

No me había olvidado.

Aleck quedó muy satisfecho de mi éxito en Cap Ferrat. A continuación, me permitió conocer a H. G. Wells. Yo sufría cierta confusión sobre quién era aquel individuo y, para hacer conversación, le dije:

—He oído hablar mucho de su compañía, mister Wells. Especialmente en el Oeste, cuando hacía el Circuito Pantages. En todas las poblaciones en que actuamos había una oficina de la Wells-Fargo.

Aprobé el Maugham, pero suspendí el Wells.

A mediados del verano adquirí un socio para el crimen. Ruth Gordon llegó a Antibes. Ruth era una de las favoritas de Aleck y su apodo especial para ella era «Louisa». Recuerdo que una vez nos tomó a Ruth y a mí en sus brazos y dijo:

—Vosotros dos sois el mundo, ¿sabéis eso? Todo hombre que sea tan pretencioso como el viejo Alexander debe tener por lo menos una Louisa y un Harpo a su lado, siempre, para recordarle qué es lo que mantiene al mundo en movimiento y que todo lo demás es fingimiento.

Logramos mantener el mundo de Aleck en movimiento durante el resto del verano, bastante bastante bien, Ruth y yo. La primera semana después

de su llegada, pedí prestado el coche a Guy y la llevé a dar una vuelta por el campo. Había oído hablar a Aleck de un famoso restaurante situado en la cumbre de una montaña, en un sitio llamado St. Paul. Decidí llevar allí a Ruth.

Me dirigí hacía el norte y me perdí. Nunca se me había ocurrido que la cafetera de Guy pudiera perderse en su propio territorio. Había supuesto que conocía los caminos tan bien que sabría orientarse con un *tut-tuuut, tut-tuuut*, dondequiera que uno deseara ir. Pero no era así. Llegó un momento en que nos hallamos en medio de la nada.

El francés de Ruth no era mejor que el mío. Continuamente nos deteníamos para preguntar a la gente:

—¿St. Paul? ¿St. Paul?

Los nativos nos dirigían miradas inquisitivas, se encogían de hombros y seguían fumando sus pipas, ordeñando a su cabras y atando sus almiares como si no nos hubieran visto.

Decidí preguntarles:

—¿Cincinnati? ¿Cincinnati? —y obtuve mejores reacciones. Por lo menos, la gente señalaba con el dedo, aunque cada uno señalaba en una dirección distinta.

De alguna manera, finalmente logramos subir a la montaña hasta St. Paul. Estábamos muertos de hambre. Para llegar al restaurante había que descender una larga escalinata desde la plaza del pueblo. El encargado se alegró muchísimo de tener dos norteamericanos para el almuerzo. El meollo de su discurso de bienvenida era que merecíamos que se nos sirviera solamente la *spécialité de la maison, omelette au rhum*. Fuese lo que fuese aquello, eso queríamos. Almas crédulas que éramos, pensábamos que cualquier cosa que tuviese un nombre francés sería buena de comer.

Lo que nos dieron —después de una sopa con vino dentro— fue una omelette bañada en ron. Nos zampamos la sopa y la tortilla. Ruth, según pude comprobar, era tan vulnerable al alcohol como yo mismo. Cuando terminamos la tortilla, estábamos más volados que dos cometas. El patrón insistió en que pidiésemos *crêpes suzettes*. Cuando terminamos las *crêpes*, preparadas con coñac, estábamos totalmente trompas. Recuerdo que salí del restaurante dando traspiés, del brazo de Ruth; nos ayudamos el uno al otro a

subir la escalinata, que se había alargado considerablemente mientras almorzábamos, y luego dimos vueltas y vueltas a la plaza del pueblo para que yo me serenase lo bastante para conducir. Recuerdo que finalmente nos lanzamos montaña abajo y que nos reímos como locos porque el coche no tenía frenos. Recuerdo que nos detuvimos para preguntarles a los nativos cómo se iba a Galveston, Texas.

La siguiente cosa de que tengo conciencia es de que estoy de vuelta en la villa y Guy me insta a beber una taza de café negro que huele a clavo. Dios y los santos patrones de Harpo y Louisa nos han llevado hasta casa. Deben haber puesto en nuestro camino a alguien que sabía cómo se iba Galveston. De otro modo, no me explico cómo podríamos haberlo logrado.

Una tarde que estábamos jugando al badminton el cartero acudió a Galanon en bicicleta con una carta urgente. Aleck seguramente la esperaba. Cuando vio el remite lanzó un ruidito gozoso y tiró a un lado su raqueta, concediéndole el juego al adversario. Desgarró el sobre como quien recibe un giro de dinero de sus padres. Mientras leía la nota, empezó a relucir y relucir, y pensé que iba a ponerse a bailar de puntitas, pero en cambio se puso serio.

—Harpo —dijo—, viene. Viene a comer con nosotros el miércoles próximo. ¡Bernard Shaw!

—¿Bernard Shaw? —dije yo—. ¿No se llamaba antes Bernie Schwarz? ¿El que tenía el estanco del Hotel Belvedere?

Desde luego, yo bromeaba. Les había oído hablar de Shaw muchas veces en la Mesa Redonda. Era un político o autor de canciones inglés o algo así.

Aleck no estaba de humor para chistes. Me cortó con una mirada de enojo y se alejó trotando en busca de las chicas para darles la gran noticia.

La visita del señor y la señora George Bernard Shaw a Villa Galanon fue el *coup* supremo de Woollcott aquella temporada. Todo tenía que ser absolutamente perfecto para la ocasión. Para Guy, la preparación del almuerzo del miércoles fue la batalla más larga y encarnizada de todas.

Se necesitaron cuatro días para decidir el menú. Lo que dificultaba tanto el tema era que Shaw era vegetariano. Aleck no sabía hasta qué punto era estricto en su régimen. Ruth estaba segura de que Shaw comía tocino. Beatrice pensaba que no. Alice decía que había toda clase de vegetarianos, algunos liberales, algunos ortodoxos. Los liberales comían pescado y aves, y sólo rechazaban la carne roja, y Shaw era ciertamente un liberal en todos los demás aspectos, ¿no? Woollcott no estaba de acuerdo.

El cuarto día se decidieron por una tortilla de trufas, tomates y berenjenas asadas, espárragos, alcachofas, ensalada verde, pan tostado, *aspic, motases*, helados, quesos, y fresas silvestres con nata.

A mí me sonaba muy bien todo aquello. Hice un rápido cálculo.

—¿Sabías una cosa, Aleck? Un ágape como ése le habría costado a Bernard Shaw unos treinta y seis centavos en la Abeja Laboriosa de Max.

Ésa fue mi primera y última contribución a la planificación del Gran Almuerzo. Tenía la impresión de que a Woollcott le habría encantado que yo cogiera mi trampa para moscas y me marchara, y que no volviera hasta que el agasajado se hubiera ido.

Al quinto día, Aleck y Guy se dedicaron a los vinos. El sexto día, Guy fue al mercado. Se pasó la jornada yendo y viniendo con carga tras carga de preciosas botellas y comestibles.

El miércoles al amanecer, Aleck estaba tan nervioso como una chica que se viste para su primera cita. Repasó el menú —que a aquellas alturas ya no se podía modificar de ninguna manera— una y otra vez. No podía decidir qué ponerse.

La hora se acercaba. Todo estaba listo. Finalmente, Aleck había logrado sentirse elegante. Se puso un ancho sombrero de paja italiano y una capa de lino, subió al carricoche junto al jardinero, que hacía de chófer sustituto aquel día, y partieron para Antibes, a recoger a los Shaw.

Alice, Beatrice y Ruth subieron a vestirse. Guy estaba en la cocina, gritándole al *aspic* que cuajara. Yo estaba solo, tal como, según adivinaba, todo el mundo quería que estuviese.

Al diablo con ellos. Al diablo con todo aquel barullo. Bajé por las peñas hasta la pequeña cueva resguardada que solíamos utilizar para bañamos desnudos, me quité la ropa y me puse a nadar. Salí del agua y me tendí

sobre una toalla a tomar el sol. Me vestiría y volvería a la villa cuando me diera buenamente la gana. Tal vez a tiempo para el almuerzo, tal vez no.

Me arrancó de mi ligera siesta al sol la voz de un hombre que clamaba desde lo alto del acantilado:

—¡Hola! ¡Hola! ¿No hay nadie en casa?

Me envolví en la toalla y trepé por las rocas para ver quién era. Se trataba de un individuo alto, delgado y de cara rojiza bajo la barba, ataviado con una gorra deportiva y un traje de pantalones bombachos. Le acompañaba una señora.

—¿Dónde diablos está Woollcott? —preguntó y sin esperar respuesta añadió—: ¿Quién diablos es usted?

Le dije que yo era Harpo Marx.

—Ah, sí, claro —dijo con una sonrisa picara.

Alargó la mano:

—Yo soy Bernard Shaw —dijo.

Me tomó totalmente por sorpresa. En vez de darme la mano, me arrancó la toalla con un rápido gesto, dejándome desnudo a los ojos del mundo.

—Y ésta —añadió— es la señora Shaw.

Desde el momento en que le conocí, no tuve nada que ocultarle a George Bernard Shaw.

Aleck volvió rugiendo a la villa, con los ojos desorbitados y empapado en sudor. Los Shaw no habían llegado al hotel como se suponía. Aleck había esperado durante un rato y luego había ido a la estación de trenes: allí se enteró de que una pareja que a la descripción de los Shaw había tomado un taxi para que les llevara a la Villa Galanon.

Se deshacía en excusas ante Shaw por la confusión.

—Tonterías, muchacho —dijo Shaw, tranquilizando a Woollcott pero con un ligero guiño lateral hacia mí—. Nos han hecho una gran recepción aquí. Nos ha recibido este diablillo desnudo, tu impúdico mister Marx. ¡Un poco chocante, pero bastante estupendo!

También del almuerzo hay que decir que fue estupendo: un solo de virtuoso. La actuación de Shaw durante el almuerzo fue la más notable que

jamás había visto, en escena o fuera de ella. Ruth, Alice y Beatrice estaban en trance. Aleck estaba en el cielo.

Nunca había oído una voz tan soberbia como la de Shaw. La manejaba como quien toca el órgano. No era ningún histrión sino un verdadero actor; tenía manos expresivas y llenas de gracia, sus ojos eran magnéticos y su rostro poseía la plasticidad del de un cómico. El comedor se convirtió en un escenario. Cruzaba y volvía a cruzar los umbrales, ejecutando mutis y entradas. Giraba a nuestro alrededor velozmente como los Fairbanks, danzaba y arrastraba los pies como Chaplin y se desvanecía como la Duse, contando anécdota tras anécdota, representando todos los papeles. Recreó escenas y obras enteras, y les dio vida a los personajes famosos que había conocido durante los últimos cincuenta años: desde Disraeli y Lenin hasta Darwin y Huxley, de Gilbert y Sullivan a Liszt y Debussy, de Oscar Wilde a Henrik Ibsen.

Sólo dos personas en toda la mesa osaban interrumpirle: su mujer y yo.

Cada vez que Shaw se desviaba hacia el tema de Ellen Terry (lo cual sucedía con harta frecuencia), la señora Shaw tamborileaba con un dedo sobre la mesa, lenta, firme y amenazadoramente. Si su marido no entendía el mensaje, empezaba a golpear la cuchara contra la mesa, y no paraba hasta que él cambiaba de tema. Yo no estaba enterado de la famosa «amistad» de Shaw con la señorita Terry, pero el golpeteo de la cuchara de la señora Shaw me informó de cuanto necesitaba saber.

En un momento dado, Shaw reconoció, un poco avergonzado, que no había vuelto a escribir ninguna obra desde *The Apple Cari* (El carro de las manzanas) y que dudaba de que jamás volviese a pergeñar alguna. A mí eso me parecía un espantoso desperdicio de talento. Lo que aquel tipo necesitaba era que le dieran ánimos. Así que le dije:

—¿Y por qué? ¿Por qué no escribe otra obra, Shaw?

Se hizo un silencio mortal. Shaw se inclinó sobre la mesa y me miró fijo con penetrantes ojos, por debajo de sus alborotadas cejas.

Con un susurro escénico que se habría oído en todo el Madison Square Garden, me preguntó:

—¿Tiene usted alguna idea?

Echó atrás la cabeza y se rió tan fuerte que pensé que se iba a ahogar. En ese momento, un gran misterio se resolvió para mí. Desde que le vi por primera vez, había estado tratando de descubrir si llevaba corbata bajo la barba. Ahora por fin lo sabía: no llevaba más que cuello duro.

Me preguntó por qué le miraba con tan extraña expresión.

—Acabo de descubrir —dije— que usted no podría haberse sentado en el patio de butacas del Teatro Loew de la Calle Delancey.

Shaw pidió que le explicara qué quería decir. El patio de butacas estaba estrictamente reservado para la clase alta, en el Delancey, le dije. Uno tenía que llevar corbata para sentarse allí. De lo contrario, tenía que sentarse en los palcos. El subgerente del teatro solía apostarse junto a la entrada para seleccionar a los clientes según lo que llevaran en el cuello. Todos los viejos del vecindario llevaban barba y a menudo se oía al subgerente decir, mientras levantaba las barbas de los clientes que iban entrando:

—Arriba… Abajo… Arriba… Abajo…

Shaw dijo que habría estado muy contento de incorporarse a los de arriba en el Loew de la Calle Delancey, con los hombres sensatos que sabían para qué sirve una barba.

Esta vez fue Woollcott el que tamborileó con el dedo hasta que cambiamos de tema. Era una sutil indicación de que yo debía abandonar la escena, para que el monólogo teatral de Shaw pudiera continuar.

El almuerzo duró tres horas. Cuando los invitados partieron, en dirección a Antibes, con el jardinero como chófer, los demás nos quedamos sentados en silencio. Seguimos hechizados por la presencia del gran hombre mucho después de su marcha. Aleck fue el primero en hablar. Suspiró y preguntó:

—Bueno, ¿qué os ha parecido?

La única persona preparada para responder era Guy, que estaba recogiendo las botellas de vino. Como árbitro de la elegancia de la villa Galanon, Guy supuso que la pregunta le estaba dirigida a él. Se encogió de hombros y dijo:

—*Il est présentable* —y siguió con su trabajo.

Hice de chófer de los Shaw durante el resto de su estancia en Antibes. Pasamos mucho tiempo juntos y yo conducía aquel autobús tal como estaba acostumbrado a que lo condujese Guy, con lo cual creo que les di a los Shaw algunos paseos bastante salvajes en el destartalado descapotable. Bernard Shaw se afianzaba con aire ceñudo; se puso pálido un par de veces, pero nunca se quejó. Para tener setenta y cuatro años poseía un magnífico espíritu deportivo.

La señora Shaw también era valiente. Generalmente, viajaba sola en el asiento de atrás, sujetándose el sombrero con una mano y empuñando un paraguas cerrado con la otra. Nunca emitió comentario alguno sobre mi manera de conducir, excepto para hacer ágiles señales con el paraguas cada vez que yo me detenía o daba la vuelta. Lo agitaba y blandía en todas direcciones con la rapidez y la eficacia de cualquier agente de tránsito de la Quinta Avenida.

Un día Shaw y yo fuimos a Cannes, donde un amigo suyo, Rex Ingram, estaba dirigiendo una película titulada *The Three Passions* (Las tres pasiones). Sólo queríamos ver la filmación un rato, pero Ingram pensaba de distinta manera. Nos secuestró y nos puso a trabajar de extras. En nuestra única y exclusiva aparición conjunta ante las cámaras, George Bernard Shaw y yo jugábamos al billar americano en una escena que se desarrollaba en un gran salón de billares.

Estoy seguro de que eliminaron esa escena de la película. Ningún público habría podido tomarnos jamás por unos simples extras del montón. Por la forma en que jugábamos, no podíamos ser más que lo que éramos: dos intrusos, dos ases del billar disfrazados.

Aleck se mostraba distante y fingía que estaba molesto porque yo pasaba más tiempo con Shaw que él mismo. En realidad, yo sabía que nada le alegraba más que verme hacer migas con uno de sus ídolos. Le encantaba jugar a las Mezclas Extrañas.

—¡Harpo Marx y Bernard Shaw! —solía decir, con su afectada risita—. ¡Salchichas y rosas!

Tratándose de sus fiestas, Aleck se tomaba muy en serio la selección de la gente. La elaboración de la lista de invitados era tarea ardua. No quedaba contento hasta lograr un equilibrio de personalidades que tuviera por resultado una velada perfecta.

Sin que Aleck lo supiera, me tomé la libertad de aumentar la lista de los invitados a su cena de despedida para los Shaw. Invité a *sir* Oswald Mosley y a Peggy Hopkins Joyce.

Mosley, que más tarde llegó a dirigir el Partido Nazi Británico, tenía ya entonces algunas ideas políticas peculiares y no era muy apreciado en la Riviera. La señora Joyce, por su parte, era sin duda alguna la gachí más popular de la costa de Francia, aunque no en las cenas literarias.

A Shaw le divirtió la aparición de mis dos invitados adicionales. También las chicas estaban divertidas. Y también Woollcott, pero se negaba a admitirlo porque no se le había ocurrido aquella mezcla a él primero.

Con el retomo de Shaw a Inglaterra perdí un camarada, pero gané una amiga: Peggy Hopkins Joyce. Peggy no era ninguna pollita, pero seguía estando bastante apetitosa. Parecía haberme tomado afición, después de la cena en Galanon, pero no lograba progresar con ella.

Finalmente, logré traerla a almorzar a la villa un día que yo estaba solo allí. Simpática y habladora, parecía disfrutar de mi compañía como siempre, pero sólo hasta ahí. Utilicé todo mi encanto, me quité la camisa y mostré mi bronceado y mis músculos, pero nada. Ni pista ni conquista.

Entonces, cuando estaba a punto de marcharse, ocurrió una cosa afortunada. Se enamoró de mi canario. Dijo que adoraba los canarios y que el mío era la cosa más adorable que jamás había visto.

—Peggy —le dije—, es tuyo. Por favor, acéptalo como regalo.

Estaba encantada.

—Sin embargo —dije—, sería mejor que no te lo llevases a casa contigo ahora. Si sale con este sol tan fuerte se morirá. Te diré lo que voy a hacer. Te lo llevaré a tu casa esta noche. ¿Te parece bien sobre las siete?

Para mi sorpresa, dijo que sí. Incluso fue más lejos.

—¿Por qué no te quedas a cenar? —dijo—. Será una cosa informal, sólo tú y yo, pero no creo que te aburras.

Yo tampoco lo creía.

El pájaro y yo llegamos a su villa puntualmente a las siete. Ella llevaba un provocativo conjunto oriental de pantalones y chaqueta de seda, sin nada debajo excepto Peggy Hopkins Joyce. No era difícil adivinar por qué había llegado tan lejos en el mundo sin un certificado de estudios en Vasar.

Cenamos solos ella y yo, pero no fue exactamente un tete-a-tete. Los sirvientes nos superaba^ por alrededor de seis a uno. Cuando por fin retiraron los platos, Peggy dijo:

—¿Tomamos el coñac en la sala de estar, donde nadie nos molestará?

Mi corazón bombeaba tan deprisa que no podía hablar. Asentí con la cabeza, tratando de parecer tranquilo y despreocupado.

Cinco minutos más tarde, estaba reclinado a su lado en un diván tamaño harén, mientras un criado agitaba un abanico situado sobre nuestras cabezas. Me lanzó una mirada, se arrellanó más profundamente en su nido de almohadones de seda y susurró:

—Peggy quieres divertirte un poco, Harpo. ¿Ayudarás a Peggy a divertirse un poco?

—Pide lo que quieras, cariño —dije. En el umbral de la conquista yo había recobrado la voz.

Despidió al criado y le dijo que apagara las luces del techo al salir. Cuando salió suspiró más cerca de mi y recorrió mi brazo con un dedo, convirtiéndome en una acogedora masa de temblores. «Bueno, muchacho», me dije, «Esto está hecho. ¡Los chicos de Lindys tendrían que verte ahora!».

Entonces me sorprendió. Llamó al mayordomo y le dijo:

—Puede usted traer los libros ahora.

El mayordomo se inclinó y salió de la habitación.

¿Libros? Yo no lo cogía. ¿Libros pornográficos tal vez?

Volvió el mayordomo cargado con seis librotes que dejó en mi regazo, se inclinó y se marchó. Los libros estaban magníficamente encuadernados en cuero repujado. Miré los títulos: Mutt y Jeff, Educando a papá, Krazy Kat, Tillie the Toiler, Bamey y Google y *Diabluras de dos pilletes*. Eran

colecciones de tiras cómicas, no de chistes verdes, sino de las que aparecen en la sección ilustrada del diario.

Peggy soltó una risita y se enroscó en el diván con la cabeza en mi hombro:

—Léeme, Harpo —ronroneó.

Yo leí.

Leí todo el maldito montón de tiras cómicas, de principio a fin. Peggy Hopkiins Joyce no sabía leer, pero desde luego sabía de literatura. Su literatura se la sabía de memoria. Cada vez que cometía el más ligero error, me corregía.

El primer error que cometí fue eliminar los efectos de sonido de una secuencia en que Jiggs volvía a casa tarde después de una partida de *poker* y comía carne en conserva y col pero caía en una emboscada de Maggie con su rodillo.

—¡No, no! —gritó Peggy interrumpiéndome—. ¡No leíste todo! No leíste la parte del «¡Zas! ¡Bang! ¡Paf! ¡Tras!».

Retrocedí y leí la parte del zas-bang-paf-y-tras y ella volvió a ronronear.

Me gané un rapapolvo por eliminar un par de *glubs*, media docena de *Zowies* y unos cuantos *Zams, ulps y glubs*, pero por lo demás logré abrirme camino a través de las tiras sin más tropiezos. Y todo el tiempo, Peggy se reía y daba chillidos y jugaba con sus dedos de los pies y se retorcía sobre el diván. No había duda alguna: se estaba divirtiendo de lo lindo.

Cuando cerré la cubierta del sexto y último volumen, estaba exhausto. Me levanté y le dije que había disfrutado mucho de la cena y que muchas gracias, pero que se le hacía tarde y era mejor que me fuera a Galanon.

—¡Oh, no, Harpo! —exclamó Peggy.

Se levantó, corrió a una enorme cómoda de madera tallada y abrió un cajón del tamaño de un ataúd. Estaba lleno a rebosar de recortes de periódicos sueltos.

—¡Mira! —dijo—. Todos hablan de mi. Aquí… —extrajo un par de arrobas de recortes y los sostuvo entre los brazos—. ¡Empieza a leer éstos!

Mi orgullo masculino ya había sufrido suficiente vapuleo. Dije, cortés pero enérgicamente, que tenía que irme a casa. Me alejé del nido de amor

de Peggy Hopkins Joyce tan rápido como mis piernas y la cafetera de Guy me lo permitieron.

El récord de *mistterss* Joyce en el boudoir era más impresionante que el de Benny Leonard en el cuadrilátero, pero como yo era un tipo más bien literario, nunca logré contarme entre sus conquistas.

Agosto fue el mes de las relaciones sociales. Era una temporada dentro de la temporada, una época de tés danzantes, *garden-parties*, cócteles, cenas, *pijama-parties*, fiestas de disfraces y recepciones de etiqueta.

Aleck hizo caer sobre mi todo el peso de la Ley. Tenía que tomar alguna medida respecto de mi forma de vestir, para estar por lo menos a medias presentable socialmente. Me consiguió una cita con un sastre de Cannes para que me hicieran un *smoking*.

Me encargué un *somoking*. El material que elegí era fieltro de mesa de billar y grandes botones de latón. En seguida me di a conocer en la Riviera como «el americano del *smoking* verde». Ahora era un hombre con cierta distinción. Logré que me incluyeran en todas las listas de invitados excepto una, durante lo que restó del verano.

En el circuito de la alta sociedad conocí a muchos nuevos personajes, había un individuo que poseía el único Rolls-Royce del mundo dotado de un wáter con agua corriente debajo del asiento trasero. Conocí a una señora cuya villa tenía dos piscinas, una para todo el mundo y la otra repleta de salmones vivos para que nadasen en ella sus amigos maricas. Mis personajes favoritos eran el rey Alfonso de España y su Chambelán del Himno. El rey Alfonso tenía tan mal oído que no podía distinguir un pasodoble de la Obertura de *Guillermo Tell*. Por ello viajaba con un ayudante especial cuyo único deber consistía en hacerle una señal cuando tocaban el himno nacional español, para que Alfonso supiera cuándo tenía que saludar. Ser Chambelán del himno de un rey era la mejor ocupación de que había tenido noticias desde que yo mismo hacía de Removedor de Latas del Abuelo, en la reparación de paraguas.

Una heredera de una firma de conservas norteamericana atracó en Cannes con su yate y alquiló un hotel para dar una fiesta de disfraces. Aleck

se disculpó ya que no podía asistir por tener que recibir a Otis Skinner, el distinguido estadista decano de la escena norteamericana esa misma noche. Ruth y yo decidimos ir de todas maneras, para salvaguardar el honor de Galanon.

Woollcott y Otis Skinner estaban tomando el coñac cuando bajamos ya vestidos para irnos a la fiesta. Cuando el señor Skinner me vio, se le atragantó el coñac, yo iba vestido de «Espíritu del Papel Higiénico», recamado de pies a cabeza de escarapelas de papel de wáter, salpicadas de sellos oficiales del gobierno francés. (Porque, según el refrán, no se podía ni mover los intestinos en Francia sin un sello del gobierno). Mi fajín era una cadena de retrete, con un letrero que decía Tirez colgado al frente, y llevaba un rollo de papel higiénico a manera de manguito.

Ruth se me incorporó minutos después. Iba disfrazada de muñeca preñada. Antes de que pudiese explicar su disfraz, Aleck le preguntó al señor Skinner si no le agradaría terminar su coñac en la terraza y el señor Skinner reconoció que le gustaría muchísimo.

Fue una buena fiesta. Con el antifaz puesto nadie me reconoció excepto Somerset Maugham y un individuo con el que había apostado en Monte-Carlo, el cual se emborrachó mucho y me seguía por todas partes encendiendo cerillas e intentando incendiar mi traje.

Al día siguiente, nuestra anfitriona salió de Cannes a todo vapor en dirección a Nueva York. Sentía mucho llegar y marcharse, dijo, pero el adorable bebé elefante que llevaba en el yate tenía que llegar a casa. Había comprado un elefante en África para que tirara de la cortadora de césped de su finca de Palm Beach. Y que los Vanderbilt intenten superar *eso* Dijo. (Dos semanas más tarde, al atracar, el pobre bebé elefante le echó un vistazo a los rascacielos neoyorkinos y se desplomó muerto).

Cuando la heredera de las conservas se fue, Daisy Fellowes, la heredera de las máquinas de coser, atracó en el puerto y tomó el relevo. Daisy tenía dos yates, uno era de un «tamaño decente», con el tonelaje de un destructor y una tripulación de dieciséis personas, y el otro «diminuto», que tenía capacidad para albergar solamente a doce pasajeros. Si le gustabas a Daisy, te invitaba a almorzar en el yate diminuto. Si *realmente* le gustabas, te

invitaba a cenar en el yate grande, tras lo cual no desembarcabas sino una semana más tarde.

Daisy dio una serie de fiestas en su «casa de la playa» —una villa de treinta habitaciones en Antibes—, con cien invitados cada una. Si una señora se presentaba con un vestido de un color o diseño remotamente parecido al suyo, Daisy desaparecía y reaparecía poco después con una nueva y suntuosa creación, una noche se cambió de atuendo cinco veces.

Aquella Daisy era encantadora. Era como Trene Castle con acento francés. Daisy habría sido encantadora aunque no hubiese estado cargada de pasta. Pero era muy agradable que lo estuviera, como un pastel glaseado de chocolate.

Recuerdo que una vez, al final de una fiesta, cerca del amanecer, frunció los labios e hizo girar los ojos, y les dijo a los que quedaban:

—Sois tan talentosos. Escribís o bailáis o actuáis. Pero yo no hago nada…

A lo que repuso Woollcott:

—Querida mía, yo había otra cosa.

Tuve la suerte de ser invitado al yate grande de Daisy. Permanecí a bordo diez días, nunca levamos el ancla del fondo del Mediterráneo, pero fue un viaje muy interesante.

Elsa Maxwell acudió a la Riviera a dar una fiesta bajo los asupicios del casino de Montecarlo. Elsa siempre tenía que hacer las cosas de un modo diferente. Como no había playa bajo el casino sino sólo una franja de pedruscos que descendían hasta el mar, decidió dar una fiesta en la playa. Convenció a los del casino para que hicieran fabricar un gran tapete de goma, lo hizo poner sobre las piedras y lo bautizó «Playa de Goma», el punto culminante de la fiesta playera de Elsa fue la entrada de Sidney Lejon y Gertie Sanford, no por las rocas sino por el mar, sobre tablas de surf. Sidney llevaba una corbata blanca y un frac y Gertie lucía un traje de noche de tafetán lustroso; mientras se deslizaban hasta la orilla, les iluminaban los faros y la banda del casino tocaba «Sobre las olas» desde lo alto del acantilado.

La marea baja de la fiesta no tardó mucho en llegar, porque el tapete de Elsa empezó a desgarrarse por el roce con las piedras y la Playa de Goma se

convirtió en un lodoso desastre en el que todos se empapaban hasta los tobillos, tropezaban con las tiras de caucho y se herían las rodillas y las espinillas. Ciertamente, fue una fiesta muy diferente de lo habitual.

La soirée más exclusiva de la temporada fue una cena de gala en el Hotel Edén Roe. Fue tan exclusiva que de nuestro grupo sólo invitaron a Aleck, que nos hizo rabiar cuanto quiso porque no nos habían tenido en cuenta. Nosotros le acusamos por nuestra parte de que se había convertido en un *snob*. Ruth Gordon y yo decidimos que más valía que fuésemos al guateque nosotros también para que Aleck no perdiese el toque popular. Naturalmente, no le pusimos al corriente de nuestros planes.

Logramos salvar las puertas del Edén Roe entrando por la cocina y disculpándonos con el chef por habernos equivocado de entrada. Una vez dentro, Ruth y yo nos portamos con toda naturalidad y seriedad, y nadie se preguntó por qué estábamos allí. Nos sentamos en una mesa de la terraza, dando la espalda a la barandilla, podía oír el mar que lamía la orilla justo debajo de mi. Exactamente frente a mi se hallaba Alexander Woollcott, que no decía nada, sólo lanzaba miradas fulminantes.

Había un camarero con librea escarlata para cada pareja. Cuando terminamos la sopa, nuestro camarero se acercó con nuestro segundo plato, que era un salmón entero al vapor. El pescado se hallaba colocado sobre un lecho de berros, en una reluciente bandeja de plata, tan adorable como un cadáver pelirrojo. Antes de servirlo, el camarero bajó la bandeja entre Ruth y yo para que lo inspeccionásemos y admirásemos.

Olí el pescado, lancé un Gookie, le arrebaté la bandeja al camarero y lancé el salmón sobre mi hombro al mar Mediterráneo.

—No me gusta mucho el pescado —dije—. ¿Qué platos combinados hay esta noche?

Todo el mundo se rió excepto el camarero y Woollcott. Aleck me lanzó una mirada de repugnancia y le oí decirle a la dama que se hallaba a su lado:

—No sé. Jamás había visto antes a este vulgar individuo.

La página de sociedad del diario del día siguiente estaba enteramente dedicada al ostentoso banquete del Edén Roc. *Mademoiselle* Ruth Gordon y *monsieur* A. Woollcott. Le tomamos el pelo a Aleck hasta cansamos, tras

leerle los periódicos. Seguramente fuimos demasiado lejos. Aleck salió de la habitación como un huracán y al poco rato volvió con su caniche, Cándida. Me alargó la correo y dijo:

—Ten la amabilidad de velar por su bienestar mientras estoy fuera. Prefiere los riñones del desayuno ligeramente asados.

Sin una palabra más, Aleck desapareció de villa Galanon sin dejar huellas.

Había desaparecido ya un par de veces aquel verano. Fue tras una de tales desapariciones, en realidad, cuando trajo el caniche a casa. Nunca nos molestábamos en buscar a Aleck cuando tomaba las de Villadiego. Tenía derecho a un escondite secreto, considerando todo lo que le hacíamos tragar en la villa. Pero teníamos una voraz curiosidad por ese escondite.

Cuidé bien de Cándida durante la ausencia de su amo. Un día me la llevé conmigo de paseo a Niza y allí sucedió una cosa extraña.

Estaba paseando por las callejuelas recónditas, registrando tiendas, cuando me di cuenta de que yo ya no llevaba a la perra sino que ella me llevaba a mi. Sabía exactamente adonde iba y me condujo a la puerta de una gran casa con las persianas cerradas.

Una señora salió de la casa. Ella y el caniche se reconocieron. Le habló a Cándida en francés y Cándida meneó la cola, presumiblemente también en francés. Entonces la señora se dirigió a mi. Yo sabía para entonces suficiente francés para captar su intención. Cualquier amigo de la perrita también era amigo de ella, dijo, ¿quería hacer el favor de entrar?

Entré. La casa era un burdel de lujo y la señora amiga de Cándida era la *madame*. Cándida tenía allí otro amigo. En el salón del burdel se hallaba Alexander Woollcott, con bata de seda y zapatillas, reclinado en un diván de terciopelo negro y —lo juro ante Dios— recibiendo en la boca las uvas que le iba dando una de las chicas del establecimiento.

Todo lo que Aleck hacía lo hacía con elegancia.

Durante las dos últimas semanas de la temporada nos pusimos inquietaos y andariegos y realizamos excursiones por todo el mapa, siguiendo el itinerario que dictaba nuestro capricho. Podíamos conducir

cien kilómetros o más en busca de una fonda campestre de la que habíamos oído decir que era famosa por algo como la sopa de puerros o el *salmis* de aves de caza.

Cuando Noel Cowar escribió diciendo que salía de Londres en dirección a la Riviera, viajamos toda la noche hasta parís para pescarle en el cambio de trenes y darle una bienvenida sorpresa a Francia. Yo esperé su tren disfrazado de harapiento y barbudo músico callejero, y tocando un arpa en miniatura. Aleck se ocultó en las sombras de la estación para espiar la escena. Lo que tenía planeado era seguir a Noel, tocando lo peor que podía para ver si lograba molestarle lo suficiente para que llamara a un policía.

Noel bajó del tren, yo dejé de tocar y alargué mi sombrero para recibir propinas. Sin prestarme especial atención, Noel depositó en mi sombrero una moneda de seis peniques y dijo:

—Tienes mejor aspecto que nunca, Harpo, viejo. Ahora dónde diablos está Aleck.

Nuestra última excursión fue a Nápoles, para que Beatrice pudiera visitar al que más estimaba de todos sus conocidos italianos: el *sensitivo* del acuario de Nápoles. El *sensitivo era* un tipo fantástico de crustáceo. Se metía en la concha cuando cualquier objeto extraño se le acercaba y salía de la concha cuando éste se alejaba, todo ello con un escalofriante movimiento sincrónico. Beatrice podía observarlo y jugar con él durante horas. La verdadera razón por la que le fascinaba tanto, decía, era que conocía a muchas personas que eran *sensitivos*. Pero se negaba a dar nombres.

Tras dejar a Beatrice sola con su amigo en el acuario, Aleck y yo nos fuimos con el coche, por la costa, hasta Amalfi, en busca de un café del que nos habían hablado situado en lo alto del acantilado. Se decía que tenía la mejor vista del crepúsculo mediterráneo de toda Italia, encontramos el lugar y lo pasamos bien allí. Aleck nunca olvidó aquel viajecito nuestro. Cinco años más tarde escribió sobre él en *The New Yorker*. Esto fue lo que escribió:

> … Me embargo el recuerdo de una puesta de sol en Amalfi hace mucho tiempo. Allí hay que buscar, en lo alto del acantilado, un restaurante que antiguamente frecuentaba Enrico Wadsworth

> Longfellow hay una ascensión empinada de doscientos escalones y los nativos descalzos se pelean por el derecho a subirle a uno sentado en una silla. Me produjo considerable embarazo su manifiesta convicción de que necesitarían hacer relevos para llevarme hasta la cumbre. Estaban acometidos los últimos veinte escalones, un tanto nerviosos, cuando me di cuenta de que el interés popular por su heroico intento se había trasladado a la silla que me seguía, en la que venía Harpo Marx. Se produjeron tales aullidos de alegría local que tuve que volverme a mirar. Sonriendo en el asiento se hallaba uno de los cargadores más astrosos. Harpo le estaba subiendo *a él*...

Pero Aleck se olvidó de acabar la historia. Llegamos a la cima justo cuando el sol se estaba poniendo. Probablemente fue un crepúsculo maravilloso, pero yo no podría decirlo. En cuanto llegamos a la terraza, buscamos la mesa más alejada del panorama, nos sentamos, sacamos el marcador y las cartas y empezamos a jugar al siete y medio.

Ninguno de los dos lo habría reconocido, pero ambos éramos presas de la nostalgia. Ya habíamos tenido bastante mar y sol y vida internacional, la parte del zas, bang, paf y tras había terminado, hasta otro verano. Era la hora de volver a la otra orilla, a nuestra orilla, al jardín de infancia millonario.

XVI
EL JARDÍN DE INFANCIA CLAUSURADO



El viaje de vuelta en el *île de France* se presentaba como una travesía tranquila y aburrida. Y así habría sido, de no desbaratarla una de mis hazañas.

Todo el mundo parecía haberse gastado los últimos cuartos en el Continente, aquel verano, y no había mucha pasta a bordo. Yo por suerte aún tenía algo, pero lo único que ocurría en el barco era un *poker* individual entre un anciano agente inmobiliario de Connecticut y un guapo y joven brasileño. Dejaron bien claro que no me querían en el juego.

Así que me dediqué a mirar. En seguida vi que el brasileño estaba engordando al norteamericano para luego matarlo. Le dejó ganar un poco al póker y luego le persuadió de cambiarlo por los dados. Permitió que el viejo hiciera unos cuantos pases y luego empezó a cambiar los dados en su favor y empezó a dejarlo limpio. Era muy interesante verlo. El brasileño era diestro pero no demasiado rápido para mí.

En la cena, me llevé al anciano aparte y le dije que le estaba saqueando el peor tipo de tiburón, uno que usaba dados cargados. Me dio las gracias y se dirigió al brasileño y le acusó de ser un tramposo. El brasileño le retó a duelo. Nunca había sido insultado de aquella manera en su vida. Hizo tal escena que el viejo acabó disculpándose y volviéndose contra mí. Dijo que yo tendría que ser denunciado ante el capitán por ser una influencia perturbadora en el barco.

Al día siguiente, volvieron a jugar y la pasta siguió corriendo más rápido que nunca en una sola dirección: de Norteamérica a Sudamérica. Aquello me recordó un hecho que conocía desde hacía tiempo: a nadie le molesta más que le digan que está haciendo el primo que al que está haciendo el primo.

Dirigí mi atención hacia asuntos más placenteros, a saber, las chicas que había a bordo. Me decidí por una agraciada joven de Omaha, heredera de una fábrica de cojinetes de bolas. (¡Y lo que Woollcott se divirtió con ello!).

Era toda risas y, puesto que no bebía, salía bastante barata. Me felicité de que aquélla iba a ser una travesía poco costosa. Llegaría a Estados Unidos con casi toda la pasta que me quedaba al salir de Francia.

Entonces, repentinamente, mi pequeño ligue se convirtió en un triángulo. Quién había de entrometerse sino el viejo de Connecticut. Tal vez fuese el aire marino o tal vez aún estaba molesto conmigo, pero el viejo chivo se convirtió en un Tenorio. Jadeaba y resoplaba persiguiendo a *miss* Omaha y la volvía loca con su asedio. Si hubiera tenido veinte años menos, yo le habría sacudido un par de mamporros.

El capitán me pidió que organizara las diversiones para la fiesta de la última noche, que tenía por finalidad recoger dinero para el Hogar de los Marineros. En el viaje del *Roma*, en mayo, yo había puesto en escena todo un espectáculo, con una gran subasta, y habíamos recogido un par de miles

de dólares. Esta vez fue diferente. Todo el mundo estaba aferrado a su cartera. Nadie se presentó voluntario para actuar. Nadie ofreció nada para la subasta.

Se me ocurrió una idea. Pondría a *miss* Omaha en una parada y subastaría besos. Tal vez obtendría diez o quince pavos por cada beso. No sacaría tanto como dos de los grandes, pero por lo menos habría algo para darles a los marineros.

Se inició la subasta. Yo debería haber previsto lo que ocurriría, pero no me había preparado. El yanqui de Connecticut se sentó en primera fila, lascivo y babeante. Dejó bien claro que no pensaba dejarse derrotar en la puja. Subió hasta los veinticinco pavos y nadie más quiso seguir. La chica me dijo, en un susurro:

—¡Dios mío, Harpo, puja! Prefiero morir que dejarme besar por ese correoso don Juan.

Así que pujé a treinta. Él ladró «cincuenta». Subí cinco más. Él subió veinticinco. Seguí tras él, pero al llegar a cien me entró miedo. *Miss* Omaha tiraba de mi manga y me suplicaba que no parara. Su orgullo estaba en juego, dijo. También su fe en mí. No podía decepcionarla. No la decepcioné.

Tras dos rondas más, el tipo desistió. No había contado con este tipo de competencia. Así que me gané el beso. Lo que durante los últimos tres días no me había costado nada, me costó entonces ciento cincuenta y cinco pavos. Le traspasé la subasta a otro y me fui a mi camarote y directamente a la cama. Tuve que pedirle dinero prestado a Aleck para pagar el taxi desde el muelle hasta casa. Fue la travesía más cara de mi vida.

Era bueno estar de nuevo en casa. Lo primero que hice fue sacar el arpa. No me había dado cuenta de cuánto había echado de menos al monstruo hasta que toqué las cuerdas de nuevo. Había sido nuestra separación más larga.

Frenchie me preparó un banquete. Minnie y yo intercambiamos chismorreos: tenía que oír un informe completo sobre la Riviera y darme un informe completo sobre su club de *poker*. Me parecía un poco triste que

Minnie, que solfet revolotear llena de fuego y belicosidad sobre las agencias teatrales y preocuparse por la taquilla y los efectos especiales, no tuviera nada más de que hablar que su club de *poker*. Le pregunté si no echaba de menos su antigua vida.

¿Echarla de menos? Pero si nunca la había dejado, dijo. Ahora mismo estaba trabajando en un nuevo número, un número individual que pensaba llevar hasta el Palace.

—¿De quién se trata? —pregunté—. ¿Le conozco?

Claro que le conocía: era el chófer.

—No te rías —dijo Minnie rápidamente—. Tiene una voz tan buena como la de Lou. Pero necesita unas cuantas lecciones de baile y una temporada o dos en la carretera, y estará listo para el Gran Circuito.

Minnie no creía ni una sola palabra de aquello, y sabía que yo tampoco, pero le gustaba el sonido de esas palabras. Durante un minuto volvió a hallarse en su antigua forma. Luego sus ojos perdieron el brillo y, por primera vez, mi madre me pareció vieja.

Me reuní con Chico, Groucho y Zeppo en el escenario del Teatro de la Calle Cuarenta y Cuatro. Sam Harris tenía un nuevo espectáculo para nosotros y apenas me quedaba tiempo para deshacer mi baúl antes de que empezaran los ensayos. El nuevo espectáculo era *Animal Crackers*. Se estrenó en octubre y fue nuestro tercer gran éxito en Broadway.

La única nota triste de la temporada sonó a primeros de noviembre, producida por veintiún millones de extraños: los que votaron por su Herbert Hoover contra mi Al Smith. En mi opinión Al Smith era uno de los más grandes norteamericanos vivos. Simplemente no podía creer las cifras cuando llegó la información de que no había logrado ganar si siquiera en el estado de Nueva York. Lo que se había programado como una gran celebración de la victoria en el Yankee Stadium se convirtió en un velatorio. Yo toqué «The Sidewalks of New York». (Las aceras de Nueva York), al arpa. Fue la única vez que mi propia música arrancó lágrimas.

Pero no eran tiempos de uvas verdes o amarguras, y pronto olvidamos la derrota. De todas maneras, Franklin Roosevelt había ganado la gobernatura de Albany. Era uno de los pocos Roosevelts que corrían por ahí y que yo no

había conocido, pero Aleck y F. P. A. sí le conocían y estaban bastante locos por él y decían que no había que quitarle el ojo de encima.

Un jueves por la noche, el 22 de noviembre, la tribu de Woollcott se reunió en casa de Alice Miller. Me incorporé al acabar la función. Me preparaba para una velada a la antigua usanza de la isla, con adivinanzas y juegos. Pero aquello resultó ser una fiesta sorpresa para mí. El 23 de noviembre yo cumplía treinta y cinco años.

El regalo de Aleck fue el momento culminante de la fiesta. Se trataba de un juego de papel de cartas que había hecho imprimir. El encabezado decía: HARPO DUER MARX. Debajo había dos fotografías —«Mister Marx en casa» y «Mister Marx trabajando»— de mis tiempos en Chicago. Maldito si sabía de dónde las había sacado Aleck, yo no las había visto desde hacía años. El toque final era una columna que corría a lo largo del margen izquierdo y se titulaba: «Unos cuantos tributos rendidos a Mister Marx». Los tributos eran: «¿Por qué todos adoramos a Harpo Marx?». —*Somerset Maugham*; «Harpo Marx me puso en graves aprietos». —*G. Bernard Shaw*, y «Harpo Marx es uno de los Cuatro Hermanos Marx». —*Percy Hammond*. Hammond, el crítico de teatro del *Tribune* de Nueva York, no era exactamente un admirador nuestro.

Tuve que agradecerle a Aleck aquel papel de cartas a mi manera. Se había tomado muchas molestias para mandarlo hacer, así que yo debía tomarme algunas para mostrarle mi gratitud. La oportunidad se produjo un par de semanas más tarde, cuando Aleck se presentó en mi camerino para acompañarme a casa después de la función. Descubrí que su sombrero de *impresario*, negro y de alas anchas, era exactamente del mismo tamaño que el sombrero español de comedia que yo llevaba en el segundo acto de *Animal Crackers*: una monstruosidad con capacidad para unos diez galones, a rayas y cubierto de lentejuelas doradas y plateadas, con forma de volcán.

Al salir del camerino, le cambié su sombrero por el mío. Él no percibió la diferencia.

Sugerí que pasáramos por Times Square. Era una noche cálida para ser diciembre y había toda una multitud dando vueltas bajo las luces de neón. Era un espectáculo que había visto miles de veces pero siempre volvía a impresionarme. Esa noche había un espectáculo adicional: Woollcott, el

gordo búho parpadeante, con su capa operística, coronado con un sombrero tan llamativo y chillón como la marquesina del teatro Capítol.

Al subir por Broadway, Aleck se quedó encantado de que tanta gente le reconociera y le sonriera. Fue la única vez que le vi lo bastante afable para responder a todas las sonrisas del público.

En la esquina de la Cincuenta y Siete y Park Avenue, nos despedimos. Aleck se alejó muy satisfecho, con sus rayas y sus lentejuelas destellando cada vez que pasaba bajo un farol.

Pensé que tal vez nunca descubriría por qué había constituido una atracción tan notable en Times Square, lo que habría sido una verdadera lástima. Pero a las tres de la mañana sonó el teléfono. Woollcott me lanzó la familiar y calumniosa frase que yo esperaba oír y colgó. Acaba de descubrir que le había cambiado el sombrero. Por lo que sé, había estado caminando por las calles de Manhattan y sonriéndole a la gente que se detenía a mirarle desde que nos separamos a medianoche.

Volví a la cama contento. Harpo Duer Marx había sido vengado.

Mil novecientos veintinueve iba a ser el año más magnífico de la historia moderna. Empezó con una fiesta de Año Nuevo en casa de los Swopes. Al amanecer del primer día de enero había un cielo tan hermoso que nos trasladamos con fiesta y todo a Central Park para jugar al cróquet.

Parecía como si aquella fiesta de Año Nuevo no se hubiera disuelto. El círculo íntimo del Algonquin se reunía todas las noches tras el escenario del teatro de la Calle Cuarenta y Cuatro. De allí emigrábamos a casa de Woollcott o de Swope, Ruth, Alice o Neysa, y la diversión y los juegos duraban hasta el amanecer.

No había sitio para la pandilla en mi casa. Me había mudado a un nuevo ático y aquello ya estaba repleto de mazos, pelotas, arpas, cuadros, plantas, flores, pájaros, peces y montones de las piedras que mi perro recogía en sus paseos cotidianos. El efecto era el que se obtendría amontonando la Villa Galanon entera, con jardines, vida animal y todo, en un piso de la calle Noventa y Tres. Era la casa para mí.

Podía darme el lujo de vivir así porque los Hermanos Marx acababan de ser contratados por la Paramount Pictures para filmar tres películas —nada menos que habladas— por sesenta y cinco mil dólares cada película. La primera, *Cocoanuts* (Los cuatro cocos), se filmó en Nueva York aquella primavera, entre las representaciones de *Animal Crackers*. Sería mejor decir que la «dispararon»[48]. Lo único que hicieron fue apuntar la cámara hacia nosotros mientras nosotros repetíamos nuestra vieja versión teatral de *Cocoanuts*.

Pero no fue tan simple como podría parecer para el productor, Walter Wanger, ni para los directores, Joseph Santley y Robert Florey. Hubo muchas demoras en la filmación, en su mayoría debidas a las ausencias injustificadas de Chico en el set. Como nadie había comprado entradas para verle, Chico se imaginaba que nadie se quejaría si se escapaba un rato a consultar con su corredor de apuestas o a jugar un par de manos de pinacle. El problema era que si la cosa se ponía bien Chico se olvidaba de volver. Entonces Groucho, Zeppo y yo salíamos de expedición a buscarle. A veces, Chico volvía mientras nosotros estábamos buscándole y decía que al diablo: si tan poco nos importaba, él también se iba a tomar el día libre.

Cuando Santley y Florey sacaban el premio gordo y lograban reunir a los cuatro Hermanos Marx en el mismo set a la misma hora, y la cámara se ponía en funcionamiento, había que interrumpir la filmación cada vez que nosotros empezábamos a improvisar. Y no es que nuestras morcillas no fuesen buenas. El problema era que Florey no podía evitar interrumpir, porque cuando se reía se reía tan fuerte que ahogaba cualquier otra cosa registrada en la banda sonora. La risa le dejaba muy débil, así que tenía que acostarse para recuperar fuerzas antes de llamar de nuevo para repetir la toma. Esto le daba a Chico la oportunidad de escurrirse a ver cómo iban las cosas por alrededor, con lo que pronto nos marchábamos todos en busca de Chico.

Wanger resolvió el problema de Florey haciendo que los directores se comunicaran con nosotros por señas, desde el interior de una jaula de vidrio insonorizada. Pero seguíamos actuando para Florey. Cuando caía en un ataque de silenciosas convulsiones, sabíamos que habíamos hecho algo bueno. Era el público más extraño para el que jamás representamos.

A continuación, Wanger resolvió el problema de Chico. Hizo que atornillaran al suelo del estudio las cuatro celdas que utilizábamos en la escena de la cárcel. Hizo poner cuatro letreros a la puerta de las celdas: CHICO, HARPO, GROUCHO y ZEPPO, e hizo instalar un teléfono en la que le tocaba a CHICO. Ahora Chico podía llamar a su corredor de apuestas cuando quisiera, sin detener por ello la producción.

Entre toma y toma, nos encerraban en las celdas, y los directores podían salir de la jaula. Cuando se reemprendía la filmación, los directores eran devueltos a su jaula y las estrellas salían de sus calabozos. Lástima que no se filmó la filmación de *Cocoanuts*; habría sido mucho más divertida que la película.

Llegó el verano y *Animal Crackers* se suspendió por vacaciones. (Esto sucedía mucho antes de que los teatros tuvieran aire acondicionado). La itinerante y permanente fiesta de Año Nuevo de la tribu Woollcott se trasladó a Vermont. La isla de Neshobe estaba aún más hermosa de como yo la recordaba y aún más llena de vitalidad que dos veranos atrás.

Llegó el otoño. La fiesta permanente tomó barca hacia tierra firme, se embarcó en el Delaware & Huston y tocó «Corazones» durante todo el trayecto hasta la ciudad. Se iniciaba otra temporada en Nueva York, otros nueve meses agotadores de *poker* nocturno y *croquet* diurno, almuerzos de la Mesa Redonda y fines de semana en Long Island. Volvíamos a la rutina de la invención de chistes y bromas pesadas, tomarle el pelo a Woollcott, poner a Kaufman en situaciones embarazosas y jugar al nuevo juego de sociedad: La Bolsa.

También había que afrontar responsabilidades. Había que cambiar las cuerdas a las arpas, regar las plantas, llevar al perro a pasear y decidir si se podía apostar por los Cubs contra los Athletics seis a uno en la Serie.

Pero las perspectivas del porvenir se modificaron un tanto. Sam Harris decidió llevar *Animal Crackers de* gira. Ensayaríamos un par de semanas en Nueva York, para volver a poner el espectáculo en forma y calentar a los nuevos, y luego nos lanzaríamos a la carretera, en dirección a Boston, a mediados de octubre.

Durante la última semana de ensayos, los Marx se juntaron en una excepcional reunión familiar en el apartamento de Zeppo. No nos habíamos vuelto a reunir los siete para pasar una velada desde hacía casi cuatro años:

Mucho tiempo perdido que recuperar. Frenchie se pasó la mañana en el mercado y la tarde cocinando, en la casa de Long Island. Llegó a casa de Zep con cacerolas y cacerolas de nuestros manjares favoritos, todavía calientes y humeantes.

Mientras comíamos (¡y cómo comíamos!), todo el mundo se puso al corriente de lo que había hecho todo el mundo. El estado del guardarropa de Frenchie (podía competir con el príncipe de Gales, traje por traje). El estado del negocio de Gummo (ahora era un exitoso fabricante de ropa). Lo que Groucho había publicado recientemente (sus pasquines y viñetas aparecían en todas las columnas importantes). El último acto de generosidad de Chico (para su obra de caridad favorita, los Jugadores de Pinacle Empobrecidos de América). El último invento de Zeppo (conspiraba y tramaba formas de abandonar el mundo del espectáculo). Mi categoría de soltero (la familia nunca abandonó la idea de casarme).

La estrella de la noche fue Minnie, que se hallaba en su elemento. Había tenido unos pequeños problemas cardíacos, pero no se notaba. Llevaba una nueva peluca rubia y el color y la chispa de veinte años atrás habían vuelto a su rostro. Contó anécdotas que no habíamos vuelto a oír desde los tiempos de la calle Noventa y Tres. Nunca nos habían resultado tan graciosas. Luego se puso a recordar las funciones únicas de Texas y los aeródromos de Mississippi, y para concluir la cena (llevábamos dos horas comiendo sin parar), cantamos «Mandy Lañe», representamos *School Days* y cerramos con los siete coros de «Peasie Weasie».

Minnie se sentía tan bien que le dio hambre de nuevo y, qué diablos, se sentó a zamparse otra cena. Como todos éramos hijos leales, nos sentamos también y la imitamos.

Para digerir la segunda comilona, empezamos un torneo de *ping-pong*, corriendo en torno a la mesa y cogiendo las raquetas por turnos, tratando de mantener la bola en juego. Era un juego bastante absurdo, pero como Minnie aullaba cada vez que resbalaba al dar la vuelta a la mesa y su peluca se deslizaba sobre sus ojos, nosotros disfrutamos mucho.

Repentinamente se hizo tardísimo. Frenchie recogió sus cacerolas vacías. Todos besamos a Minnie y le dijimos que era nuestra chica favorita después de nuestro mejor ligue, y los dos partieron hacia Long Island.

Media hora más tarde, cuando estaba a punto de marcharme del apartamento de Zeppo, regresaron. Frenchie llevaba a Minnie en brazos. Estaba en coma. Había tenido un infarto.

Ocurrió mientras cruzaban el puente de Queensboro. Minnie iba diciendo que no se encontraba bien. Debería haber sido más prudente y no haber comido tanto. De pronto jadeó y se desplomó en el asiento. Su boca se movía, pero había perdido la voz. Por una vez Frenchie no perdió el control de la situación ni vaciló un instante. Le ordenó al chófer que se detuviera. Saltó del coche y detuvo el tránsito a ambos lados del puente. Giraron en redondo y volvieron a casa de Zeppo.

Llegó el médico y examinó a Minnie. Dijo que su estado era muy grave, pero que de nada serviría llevarla a un hospital antes de amanecer. Hasta entonces, había que mantenerla tan quieta como fuera posible. No se apartaría de su lado. Los demás podríamos verla de vez en cuando, unos cuarenta minutos cada vez, cuando él nos llamara. Minnie no podía hablar, dijo, y no debíamos asustarnos si parecía no escuchar nuestras voces o no reconocernos siquiera.

A las dos de la mañana, estaba esperando mi tumo para entrar en la habitación. El médico salió y dijo:

—Más vale que entres en seguida. A mí ya no me necesita.

Minnie tenía los ojos abiertos cuando entré. Me miraba sin verme. La llamé. Seguía sin verme. Le dije:

—He venido a colocar los claveles en la cabaña del señor Green, Minnie.

Entonces me vio. Hizo la cosa más difícil de todas las que había hecho en sus sesenta y cinco años de lograr lo imposible: sonrió. Sus labios temblaban y sus ojos estaban vidriosos de miedo. Pero dos diminutas estrellas destellaban a través del barniz, y sonrió.

La sonrisa desapareció rápidamente. Sus dedos se removieron sobre la colcha. Estaba tratando de decir algo. Yo comprendí lo que trataba de decirme. Estiré la mano y le enderecé la peluca, su nueva peluca rubia, comprada especialmente para esa noche. La sonrisa volvió por un segundo. Luego se desvaneció y toda la vida que había en Minnie se desvaneció con ella.

La cogí en mis brazos. No recuerdo qué dije o qué pensé. Sólo recuerdo que estaba llorando. Minnie estaba muerta.

Woollcott fue al Cementerio Judío de Woodlawn con el resto de nosotros, después del servicio fúnebre en la ciudad. Caminó a mi lado, con la mano en mi brazo, pero sólo me dijo una palabra en todo el día. Durante la procesión hasta la tumba de Minnie, se detuvo y señaló una lápida que llevaba el nombre KELLY labrado en ella:

—Espía —dijo.

Probablemente me reí a pesar de mí mismo. Pero me dolió, francamente, que eso fuera todo lo que Aleck tenía que decir, que no tuviera nada más que ofrecerme en el único momento en que yo necesitaba un poco de simple y ordinaria compasión.

A la semana siguiente me di cuenta de que había subestimado a mi amigo Woollcott una vez más. No había logrado expresar lo que había en su corazón durante el funeral. Seguramente, pensó que no era el momento para que un mal actor representara su papel. Lo representó cuatro días más tarde, no como actor, sino como escritor y como amigo. Esto fue lo que escribió:

> [49] Un cuento de la hija del mago, que fue madre y mánager de los Cuatro Hermanos Marx… La semana pasada, los Hermanos Marx

enterraron a su madre. El viernes por la noche, más por gregarismo que por apetito, se había zampado dos cenas en vez de la cena única convencional y, tras rematarlas con un breve e hilarante juego de *ping-pong*, se dirigía su casa por el puente de Queensboro cuando un ataque de parálisis la acometió. Una hora más tarde había muerto en brazos de su Harpo. De todas las personas que he conocido, yo la contaría entre las pocas de quienes podría decirse que poseían grandeza.

Había hecho mucho más que dar a luz a sus hijos, criarlos y convertirlos en actores. Los había *inventado*. No eran más que cómicos que ella se imaginaba para su propia diversión. A nadie divertían más que a ella, y la recompensa que recibían era su embelesada sonrisa.

Trabajaba en un taller de encajes cuando se casó con un sastre llamado Sam Marx. Pero durante cincuenta años su padre había sido mago ambulante en Hanover y, de niña, había conocido la alegría de los peregrinajes en carretera, de un pueblo alemán a otro.

Ahora el problema era que sus hijos habían llegado a Broadway. Creo que a partir del éxito ella perdió en parte el interés por sus vidas profesionales. Cuando alguien les pagó el rescate de un rey por su primera película hablada, ella sólo bostezó. Lo que añoraba era el entusiasmo de los principios. Incluso me he enterado de que el año pasado la pescaron empujando a su azorado chófer para que fuera a una escuela de baile con la idea de llevarle también a él al escenario. En su aburrimiento, se dedicó al *poker*, en el que su estilo estaba marcado por tal debilidad incurable por las escaleras, que la mayor parte del tiempo sus anillos estaban ausentes y su cajón repleto de papeletas de empeño. La noche en que se estrenó *Animal Crackers*, estaba tan absorta que casi se olvida de asistir. Pero en el último momento, envió a su marido a buscar su mejor peluca, despachó al chófer en busca de su nueva dentadura y, tras recomponer sus piezas en el trayecto hacia el centro, llegó al teatro a tiempo de recibir al público. Estaba hermosa como un cuadro cuando nos recibió en el pasillo. «Tenemos un gran éxito», dijo.

Minnie Marx era una matriarca sabia, tolerante, generosa y valiente. Ante la muerte de una mujer así, con una vida plena, el trabajo cumplido e hijos y nietos que acariciarán su memoria durante toda la vida, se tiene tan poco la sensación de la muerte como cuando el Hudson —iluminado por el sol, constante, avasallador— nos deja atrás, en la orilla, a su paso hacia el mar insondable.

Estuvo en este mundo sesenta y cinco años y vivió todos esos sesenta y cinco años. Murió durante los ensayos, en la única semana del año en que sus chicos podían estar a su alrededor, de regreso de sus vagabundeos veraniegos, pero todavía esperando para salir de gira. Si hubiese previsto esto —y no estoy nada seguro de que no fuera así— se habría reído y, combinando un astuto guiño con su hermosa sonrisa, habría dicho: «¿Qué os parece ese perfecto ritmo de la acción?».

Aleck no me había dicho que escribiría este panegírico sobre Minnie. No supe nada de él hasta que vi el ejemplar de *The New Yorker* escondido dentro del regalo de despedida que me había llevado al tren, la noche en que la compañía salió hacia Boston para iniciar la gira. El regalo de despedida era un buzón del R. F. D.[50] con Harpo Duer Marx escrito sobre la tapa. Como siempre, hacía las cosas con elegancia, con una elegancia que era de Woollcott y de nadie más.

No nos dejamos desanimar. Minnie se habría puesto furiosa si lo hubiésemos hecho. Afortunadamente temamos el apoyo de una fuente exterior, la bolsa de valores. El mercado subía continuamente y nosotros comprábamos continuamente, en coberturas, para mantenemos en la cima de la dorada ola de prosperidad.

Groucho me aconsejaba en qué invertir. A su vez, Groucho recibía consejos de su amigo Max Gordon, el productor teatral de Nueva York. Mientras estábamos en Boston con *Animal Crackers*. Groucho perdió temporalmente el contacto con Max Gordon, así que se atuvo a los consejos del ascensorista del hotel Copley Plaza, los cuales siguió pasándome

puntual y lealmente. Perdíamos más tiempo en las llamadas de larga distancia a nuestros corredores que Chico en sus llamadas locales a los apostadores.

Nuestras acciones subían como el precio del *Whisky* en la fiebre del oro. Yo valía ahora un cuarto de millón de dólares, a 68,50 por acción promedio invertida.

Tras una semana en Boston, la obra se trasladó a Baltimore. Los periódicos de Baltimore empezaron a publicar extraños rumores acerca de la bolsa. Mi corredor empezó repentinamente a sonar cauto en el teléfono. En vez de seguir gorjeando «Compre, compre, compre», decía «Tal vez sería prudente empezar a cubrir márgenes».

Montón de miedosos. Esto no era un auge que pudiese reventar como un globo. La bolsa era una institución sólida y yo estaba aconsejado por las mayores autoridades del país: Alexander Woollcott, Bernard Baruch, Max Gordon, Groucho Marx y el ascensorista del Copley Plaza. Seguí comprando. Mis acciones siguieron subiendo.

Nuestra siguiente escala era Pittsburgh. Llegamos a la ciudad el domingo 27 de octubre. Cuando la bolsa abrió el lunes, mis treinta y cinco mil acciones valían un promedio de 72 dólares por acción. Pero cuando la bolsa cerró su valor había cambiado. No fue un simple cierre el de aquel día. Fue la debacle. El hundimiento. El Crask.

Inmediatamente recibí un cable de mi corredor de Nueva York:

FORZADO A VENDER TODO A MENOS QUE RECIBA UN CHEQUE DE 15.000 DÓLARES PARA CUBRIR MÁRGENES. Me agencié los quince grandes y se los envié al corredor. Pensaba que así había logrado sobrevivir a la crisis.

Me equivocaba. A la mañana siguiente llegó otro SOS desde Nueva York con el mismo mensaje y la misma cantidad. De alguna manera, logré arañar esos dólares de aquí y de allá y los envié. El tercer día de la semana llegó un tercer cable: QUINCE MIL DÓLARES MÁS PARA CUBRIR MÁRGENES. El jueves por la mañana, Groucho desistió. Estaba completamente limpio. No le vi hasta la hora del almuerzo, cuando me saludó diciendo:

—¿Recibiste tu telegrama de hoy?

Su risa sonaba a hueco y había una mirada vacía en sus ojos.

Sí, yo había recibido mi telegrama. No era simplemente otro SOS. Era el gemido del que cae por tercera vez. El mensaje era: ENVÍE 10.000 DÓLARES EN 24 HORAS O ENFRÉNTESE A LA RUINA FINANCIERA Y DEMANDAS POR DAÑOS. DEBO RECIBIR ESOS 10.000 INDEPENDIENTEMENTE DE QUE PUEDA VENDER SUS ACCIONES.

Al reunir el dinero para los tres cheques que ya había enviado, yo había sacado los posos del barril. Había liquidado todas mis pertenencias excepto el arpa y el equipo de *croquet*. Había pedido tantos anticipos como podía sobre mi salario. Mis valores se habían encogido a un valor promedio de un dólar por acción. Pero eso eran cifras, no su valor de venta. Como mercancía, probablemente valían lo que una bolsa de caramelos de regaliz de tamaño mediano.

Estaba más absolutamente quebrado que el día que la unidad Shubert murió en Indianápolis. Entonces yo tenía por lo menos siete centavos en el bolsillo y no le debía ninguno de ellos a nadie. ¿Cómo, en nombre de Dios, podía reunir diez mil pavos en Pittsburgh, Pensilvania?

Zeppo tuvo una idea. Me dijo que dejara de arrastrarme por el hotel. Después de la función, dijo, me Devana al mejor sitio de la ciudad para reunir la cantidad de pasta que yo necesitaba.

—Yo lo arreglaré todo —dijo Zep—. Lo único que tienes que hacer es llevar contigo un poco de carbón quemado.

Me quedé viendo visiones, pero Zep no me dio más pistas.

Yo tenía una vaga intuición sobre el tipo de lugar adonde me llevaría y acerté. Poco después de media noche estábamos a bordo de un barco casino, en el río Ohio.

Al entrar sentí náuseas. El espectáculo de las apuestas, después de la forma en que me habían limpiado aquella semana, era demasiado para mí. Le dije a Zeppo que le agradecía su buena intención pero no, gracias. Simplemente no tenía el estómago para eso. No podía ni mirar a la cara una escalera de color.

Pero Zeppo dijo:

—No estamos aquí para apostar. Estamos aquí para ver a un tipo que conozco.

El tipo era el gerente del barco, un individuo simpático llamado Milt Jaffe. Por la manera en que Jaffe me miró de arriba a abajo cuando me lo presentaron, pude ver que Zep le había puesto al corriente sobre mí y mi problema.

Entramos al salón y charlamos un rato sobre cosas indiferentes. El tema del dinero no salía a relucir. Zep me dijo, en un susurro:

—Tenemos que calentarle un poco.

Y luego a Jaffe:

—Tengo una idea, Milt. Juguemos un poco al pincha-pellizca.

Jaffe estaba dispuesto pero no muy animado.

—¿Pincha-pellizca? —dijo—. No tengo a nadie aquí que sepa moverse en eso, según creo.

—No es ese tipo de acción —dijo Zeppo—, sino un juego de risa loca, ¿eh, Harpo?

Coincidí en que ciertamente lo era. ¡Pincha-pellizca! ¡Dios mío, no había jugado a eso desde los tiempos de Chicago! Ahora empezaba a ver lo que Zeppo se proponía.

Zep dijo que sería más divertido si teníamos a una cuarta persona para jugar, así que Jaffe trajo a uno de sus encargados, que hacía una pausa de descanso.

Las reglas eran simples, les dijimos. Yo empezaba por pinchar al encargado, sentado junto a mí, por ejemplo en la nariz o la mejilla o la oreja, diciéndole: «¡Pincha-pellizca!». El encargado tenía entonces que pinchar a Jaffe en el mismo sitio, y Jaffe hacer lo mismo con Zeppo. Al llegar mi tumo de nuevo, yo debía pinchar al encargado en otro lugar, y este nuevo pinchazo debía dar toda la vuelta, exactamente como yo lo había hecho. Se daban vueltas y vueltas tan rápido como fuese posible, hasta que alguien hacía mal su pinchazo y quedaba eliminado. Eso era todo. Tal vez parezca tonto, pero se requiere mucha agilidad mental.

Así que empezamos. Antes de acabar las primeras tres vueltas. Jaffe estaba riéndose tan fuerte que casi se caía de la silla. El encargado soltó unas risitas corteses. Obviamente no pensaba que el juego fuese *tan* divertido. Incluso daba la impresión de pensar que su patrón se había vuelto loco.

Lo que el encargado no sabía era que yo tenía en la mano un trozo de carbón quemado. Cada vez que le daba un pinchazo le dejaba una nueva mancha negra en la cara.

Cuando el rostro del encargado estuvo tan embadurnado de hollín que resultaba irreconocible, Jaffe estaba demasiado débil de tanto reírse para ponerse de pie. Zep y yo declaramos un empate y llevamos al encargado al retrete para que pudiera verse en el espejo. El encargado se lavó la cara y, ahora que sabía dónde estaba la gracia, se moría de ganas de seguir jugando.

Cuando volvimos, Jaffe no sólo se había recobrado sino que había ido a buscar a una nueva víctima, otro encargado de las apuestas. El segundo juego fue mejor que el primero. Los dos empleados sentían mucho tener que irse al acabar la partida, pero dijeron que tenían que volver al trabajo. Al diablo con eso, dijo Jaffe. Declararía sus mesas cerradas. Se quedaron.

El círculo del pincha-pellizca se iba haciendo cada vez mayor. Cada vez que un nuevo cliente llegaba al barco, Jaffe lo pescaba para que hiciese de víctima. Algunos de ellos parecían bastante duros de pelar, adictos tahúres desesperados por ponerse en actividad. Pero cuando Jaffe decía: «Va usted a jugar al pincha-pellizca», jugaban al pincha-pellizca. Era un tipo al que todos querían y respetaban.

¡Qué noche! Jaffe estaba absolutamente ebrio por el juego. Cada ronda le parecía más graciosa que la anterior. Cada vez que yo embadurnaba la cara de un nuevo personaje inocente, Jaffe estallaba de nuevo, con lágrimas en los ojos, doblándose en dos, pateando el suelo y cruzando los brazos para palmearse la espalda.

A las dos ordenó que se detuvieran las apuestas y trasladamos nuestro juego a la sala principal del casino. A las tres de la mañana, el casino era un hervidero. Había más de veinte jugadores en el círculo. La última víctima, el tipo al que yo estaba embadurnando, era uno de los más ricos de los alrededores, propietario de una fábrica de vidrio. El anterior había sido un contrabandista de licores, probablemente aún más rico. En torno al círculo, tahúres, corredores de apuestas, tramposos, guardaespaldas, marineros, destiladores ilegales y financieros, pinchaban, pellizcaban y se lanzaban codazos y puñetazos unos a otros con loca alegría, gritando «Pincha-

pellizca» y rodando por el suelo, muertos de risa como un hatajo de lunáticos.

Hacia las cuatro, Jaffe simplemente ya no tenía fuerzas para seguir jugando. Su voz se había reducido a un graznido, tenía los ojos enrojecidos de llanto y jadeaba sin conseguir recobrar el aliento. A regañadientes, cerró el barco por aquella noche.

Cuando todos los clientes se hubieron marchado, Jaffe me indicó que le siguiera a su oficina. Cerró la puerta, abrió la caja fuerte, contó cien billetes de cien, puso una goma en tomo al rollo de billetes y me tendió la pasta.

—Zeppo dijo que necesitabas diez de los grandes —graznó Jaffe—. ¿Cierto?

Puse la pasta en su escritorio. Tenía que saber con seguridad en qué me estaba metiendo. Le pregunté qué quería que le diera como garantía.

—Nada de garantías —dijo Jaffe.

—¿Qué interés pide?

—Nada de intereses.

—¿Dónde quiere que firme?

—Nada de firmas.

—Entonces, ¿cuál es la trampa?

—No hay trampa.

Me volvió a poner el dinero en las manos y dijo:

—Lo único que quiero a cambio es una cosa que, en el estado en que estoy, no podría soportar.

—¿Y que es?

—Otra partida de pincha-pellizca —dijo Jaffe.

Un año más tarde, había logrado devolverle a Jaffe sus diez mil a plazos. Con el último pago le envié un pequeño regalo. Me contestó con una nota de agradecimiento, pero siguió sin responder a la gran pregunta: ¿Por qué me había prestado, a mí, un tipo al que no había visto nunca antes, tanta pasta sin garantía de ninguna clase? Pasaron treinta años antes de que volviese a ver a Milt Jaffe. Sólo entonces supe la respuesta.

Abandoné Pittsburgh quebrado pero no arruinado. Tenía que saldar algunas deudas, pero no había amenazas de demandas, y yo tenía un buen trabajo fijo. Yo era uno de los ciudadanos más afortunados de todo el país. Mi Gran Depresión duró exactamente cuatro días, los últimos cuatro días de octubre de 1929. Cuando las cosas se pusieron tan difíciles que, como decía Groucho, «las palomas empezaron a dar de comer a la gente en Central Park», las estrellas del mundo del espectáculo seguíamos trabajando. Era una gran suerte ser una de ellas.

Así terminó mi depresión, pero también, ay, el mundo en el que había vivido y que había amado durante los cinco años, cinco meses y diecinueve días transcurridos desde aquella mañana en que un mal actor me llamó por teléfono y dijo: «El nombre es Woollcott». Se había declarado la ley marcial contra nosotros, contra los croquemaníacos y los tanatopsianos y los asiduos de la Mesa Redonda y todos los demás niños grandes de nuestro mundo. Estábamos bajo arresto domiciliario. La sentencia era la abolición de los años veinte.

La vida no podía seguir siendo, después de todo, sólo juegos y diversión. La parte del zas-bang-paf-y-tras se había acabado y también la itinerante y permanente fiesta de Año Nuevo. Nuestro jardín de infancia millonario estaba clausurado.

La dura verdad de todo esto no me entró en la cabeza hasta que, mientras representábamos en Cleveland, Ohio, después de Pittsburgh, recibí una llamada de Woollcott… a cobro revertido. El hecho de que me llamase a cobro revertido fue el primer sobresalto. Era su forma de decirme que había salido peor parado del *Crack* que yo.

Su voz sonaba extrañamente cansada y triste. Pensé: «Alguien de la tribu ha muerto». Pero no era eso.

—Estoy solo en casa con un gravísimo ataque de autoflagelación —dijo Aleck—. Te llamo para hacer una confesión.

Le pregunté qué había pasado.

—¡Harpo! —sollozó—. ¡Querido y bobo Harpo! ¿Recuerdas que la primavera pasada hicimos una colecta en el Tanatopsis para comprarle un

regalo al bebé de los Hackett?

Sí, lo recordaba.

—¿Recuerdas que me confiasteis la tarea de elegir el presente y entregarlo?

Claro que me acordaba.

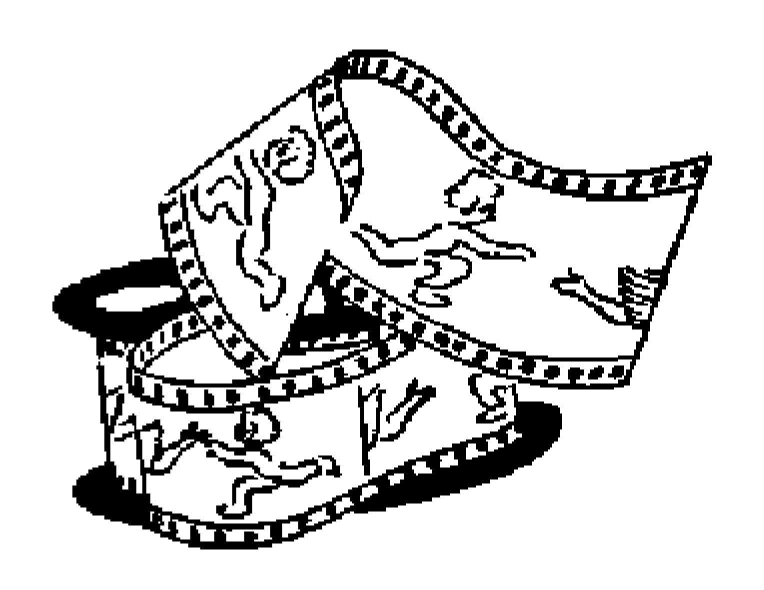
—¿Sabes lo que compré? Harpo, ¿sabes lo que le regalé a la inocente criatura de los Hackett?

No, yo no lo sabía.

—Le regalé una acción de la *United States Steel* —dijo Aleck—. Nunca me lo perdonaré.

Entonces supe que todo había terminado.

XVII
SOLTERO EN HOLLYWOOD: LA LUCHA INICIAL



Durante tres años, atracamos al público de *Animal Crackers* desde Broadway hasta Chicago y los puntos intermedios, al norte y al sur. Para decirlo suavemente, nos habíamos sobreexpuesto. Así que cuando la Paramount nos ofreció un nuevo contrato, que nos exigía filmar en la Costa Oeste, nos agarramos a él como a un clavo ardiendo y nos escapamos a California. Era el año 1931.

Al llegar a Los Angeles, me inscribí en el Jardín de Alá. El Jardín de Alá, una colección de palmeras, *bungalows* y apartamentos agrupados en

torno a una piscina con la forma del mar Negro, era el oasis más famoso del desierto de estuco de la colonia cinematográfica.

Era el cuartel general de los solteros de Hollywood, las actrices en tránsito de un matrimonio a otro y los viajeros procedentes del Este como F. Scott Fitzgerald, Dorothy Parker y Robert Benchley. Yo me consideraba uno de los pasajeros del Este. Tras una o dos películas volvería a mi lugar, el amable territorio del Algonquin.

Pero, al igual que un par de miles de pasajeros más, de alguna manera, ya no volví nunca a casa. Sin saber lo que estaba ocurriéndome, me convertí en californiano, cosa que sigo siendo veintinueve años después.

Woollcott describió una vez el Jardín de Alá como «el tipo de pueblo que uno podría buscar dentro de la madriguera del conejo». Era ciertamente un lugar bastante loco. La vida nocturna en y alrededor del mar Negro en miniatura mantenía a los periodistas amarillistas abastecidos de más jugosas nuevas de las que podían usar. Pero yo no habría servido como prueba de ello. Y o dormía durante todo aquello. El horario de filmación me exigía presentarme en el plato de la Paramount a las ocho de la mañana, lo cual significaba que tenía que levantarme a las seis. Se necesitó bastante tiempo para que un chico de la ciudad como yo se acostumbrara a los horarios propios de granjeros que seguían en los estudios de Hollywood.

Así que mi pequeño chalet del Jardín de Alá era un pacífico retiro. Era el mejor lugar que jamás tuve para practicar, hasta que un pianista se mudó al *bungalow* de enfrente y acabó con mi paz.

Yo me preparaba para todo un fin de semana de práctica sin interrupciones, cuando mi nuevo vecino empezó a meter ruido. Yo no oía ni una nota del arpa que no fuese un *forte*. No había indicios de que aquel hombre se dispusiera a dejar de aporrear el piano. Por el contrario, cada vez tocaba más fuerte. El personaje también se calentaba para todo un fin de semana de prácticas.

Fui a la oficina a presentar una queja. Uno de los dos tenía que marcharse, dije, y no iba a ser yo, porque yo había llegado primero. Pero la gerencia no veía las cosas como yo. El nuevo huésped, cuya música me estaba volviendo loco, era Sergei Rachmaninoff. No, no teman ninguna prisa por decirle que se fuera.

Me halagaba tener un vecino tan distinguido, pero de todas maneras tenía que practicar. Así que me libré de él a mi manera.

Abrí la puerta y todas las ventanas de mi chalet y empecé a tocar los cuatro primeros compases del Preludio en Do Menor sostenido, de Rachmaninoff, una y otra vez y *fortissimo*. Dos horas más tarde, mis dedos estaban casi insensibles. Pero no me detuve hasta que oí un atronador estruendo de notas al otro lado de la calle, como si el teclado estuviera siendo atacado con un par de almádenas. Luego se hizo el silencio.

Esta vez, fue Rachmaninoff quien se quejó. Pidió que le trasladaran a otro chalet inmediatamente, lo más lejos posible de ese espantoso arpista. La paz volvió al Jardín.

No supe hasta mucho más tarde cuán certera había sido mi intuición. Descubrí que el gran pianista y compositor detestaba su Preludio en Do Menor sostenido. Lo consideraba una pieza *muy* Menor. El preludio le perseguía a todas partes a donde iba, porque los estudiantes lo destripaban y el público lo exigía con grandes clamores, y deseaba no haberlo compuesto jamás. Tras tocar la maldita pieza sin descanso durante dos horas, yo sabía exactamente cómo debía sentirse.

Aparte de él, el único personaje que perturbó mi paz aquel año fue Harold Ross. Una noche me desperté pensando que había oído una serpiente de cascabel en el chalet. Resultó ser Ross, que acababa de llegar de Nueva York y agitaba un cubilete junto a mi ventana. Estaba ansioso de una partida de *backgammon*. Empezamos a jugar. De vez en cuando, Ross saltaba, miraba por la ventana y gritaba:

—¿Dónde están todas esas malditas beldades de Hollywood de las que tanto he oído hablar?

Yo insistía en que no vería a ninguna en aquel sitio. El Jardín de Alá era un refugio para los solteros tranquilos y de vida limpia, como yo. Resopló y me llamó maldito mentiroso y siguió llamando a gritos a las hermosas malditas gachís.

Decidí acallarle de una vez. Cuando fue al retrete telefoneé a una de las regentadoras de burdeles locales y le pedí que enviara a tres de sus más escogidas chicas a domicilio. Las chicas llegaron media hora más tarde y realmente constituían una buena selección. Pero Ross no se dejó

impresionar. Estaba furioso. Le tendió a cada una de ellas un billete de veinte dólares y gruñó:

—Váyanse a casa, chicas. ¿No ven que estoy a punto de darle una paliza a los dados a este señor?

A pesar de la esperada paliza, me quedé con doscientos pavos suyos. Ross no podía ganarme al *backgammon*, como no podía derrotar a Woollcott al siete y medio. Por la mañana, cuando llegó la hora de que yo me fuera a trabajar, recogió sus dados y su tablero y salió hecho una furia del chalet murmurando que nunca debería haber puesto los pies en «este antro de insignificantes actores de vodevil y mujeres perdidas». El editor de la revista más sofisticada del país, *The New Yorker*, hablaba como el héroe de un anticuado melodrama. Y pensaba exactamente lo que decía.

Nos instalamos en Hollywood para quedarnos por un tiempo. Frenchie vino también. Tornó un chalet en el Jardín de Alá y se dedicó a agenciarse un guardarropa californiano y a rastrear a los jugadores de pinacle californianos. Zeppo empleaba su tiempo en crear una agencia para talentos cinematográficos, con los Hermanos Marx como sus primeros clientes. Era una idea tan buena que finalmente persuadió a Gummo de venir al Oeste como socio suyo y declaró que renunciaría para siempre a la actuación en cuanto terminara el contrato de la Paramount.

Zeppo abrió su oficina en el Sunset Boulevard. Para no ser menos, Chico, Groucho y yo abrimos nuestra propia oficina en Beverly Hills y contratamos a una secretaria. Nuestra oficina estaba situada sobre la de un corredor de fincas, subiendo por unas escaleras viejas que crujían. Yo seguía siendo un chico de ciudad que creía que sólo debía haber escaleras en las casas de pisos. En los despachos tenía que haber un ascensor. Así que prefería llevar mis negocios en la calle.

Cuando yo silbaba desde abajo, Rachel, la secretaria, me bajaba el trabajo del día desde la ventana de la oficina en una cesta colgada de una cuerda. Entonces, yo me sentaba en la esquina de Berverly Drive para atender las facturas y la correspondencia. Cuando terminaba de leer el correo y de escribir cheques y memos, volvía a llenar la cesta y silbaba dos

veces para que Rachel tirara de la cuerda. Era una oficina muy eficaz. Yo nunca la vi.

Según Ruth Gordon, que visitó la costa durante aquella época, Rachel sólo terna tres tareas que cumplir: 1. conseguir libro para Groucho, 2. conseguir cuarto para el *bridge* de Chico, y 3. conseguir chica para Harpo.

El trabajo de nuestra secretaria no era tan simple, pero tal vez Ruth tenía motivos para creerlo así, por lo menos en lo que respectaba al número 3. Rachel llevaba una pequeña agenda negra para mí. Cuando salía con una chica, la llamaba y le daba ciertos datos para que los archivara como referencia. El problema era, como siempre, que mi memoria no relacionaba nombres con caras. Para mí Hollywood seguía siendo una ciudad llena de guapas gachís todas ellas llamadas *miss* Benson.

Establecí un código para ahorrar tiempo y trabajo de oficina. Siempre que salía con una chica nueva, le daba a Rachel su nombre, su dirección, su número de teléfono y su clasificación según mi código, y ella archivaba la información en su libreta negra. Las categorías del código eran «Soprano Coloratura», «Soprano Lírica», «Mezzo Soprano» y «Contralto».

Rachel nunca lo reconoció, pero creo que descifró la clave. Las cosas llegaron a tal punto que, cuando yo llamaba para pedir datos sobre alguna señora, Rachel consultaba el archivo y me informaba con alegría:

—¡Oh, *sí*, señor Marx! ¡Es una Soprano Coloratura!

O bien, otras veces, miraba y decía:

—¡Lo siento *muchísimo*, señor Marx, pero la tengo como Contralto!

La categoría de Contralto correspondía a las señoras a las que, en realidad, les gustaban más las mujeres que los hombres.

Fue un sistema magnífico mientras duró. Se vino abajo cuando conocí a una chica que formaba toda una categoría ella sola. Cuando la conocí, las demás pudieron irse —y se fueron— al diablo, y la pequeña agenda adquirió para mí el mismo valor que el listín de teléfonos de Staten Island correspondiente a 1920.

A pesar de la pequeña agenda, yo trabajaba muy duro en aquellos días, tanto en el plato como fuera de él. Fue entonces cuando finalmente reuní el

valor necesario para tocar el clarinete en público y lo incorporé a mi número. Naturalmente, no lo tocaba como Dios manda. Lo que hice fue fabricar un conducto especial a lo largo de mi clarinete, de la boquilla al pabellón, que llegaba hasta un recipiente oculto lleno de jabón líquido. A la mitad de una pieza, abría una válvula y empezaban a salir burbujas al ritmo de la música. Esto salía bastante bien, aunque limitaba mi repertorio de clarinete a un solo número: «I'm Forever Blowing Bubbles». (Siempre estoy feliz)[51].

Entretanto, aparececieron otros viajeros procedentes de Nueva York y mi antiguo compañero de cróquet de la tribu Woollcott, Charlie Lederer, se estableció en California como empleado de la Cadena Hearst.

Había croquemaníacos en la costa, como Sam Goldwyn y Darryl Zanuck, pero para los viejos profesionales del Este como Lederer y yo, la emoción del cróquet había desaparecido. Ya no era lo mismo sin los Dos Pilletes. Los prados aterciopelados de Hollywood no eran reto suficiente para nosotros después de las colinas en que tirábamos en Sands Point y los árboles que rodeábamos en la isla Neshobe.

En Hollywood, Lederer se dedicó al *ping-pong*, un juego en el que era un auténtico prodigio y en el que actuaba como todo un sinvergüenza. Yo me dedicaba al golf, juego en el que no era ningún prodigio, lo cual era una pena, porque ciertamente era todo un sinvergüenza en el fondo de mi corazón.

A través de Lederer, me incorporé a una nueva tribu, el Clan Hearst. William Randolph Hearst, jefe de Charlie y gigante entre los editores norteamericanos, se había trasladado a Hollywood. Su principal interés en el cine era la carrera de una encantadora y joven actriz llamada Marión Davies. La casa de *miss* Davies en la playa de Santa Mónica se convirtió en cuartel general de la invasión de Hearst en Hollywood, y allí conocí por primera vez al Clan.

Bueno, en realidad no nos conocimos. Mi iniciación fue un baile de disfraces, al que asistí sin haber sido invitado, vestido de Káiser Guillermo.

Gané el segundo premio. Nadie sabía quién era yo, salvo Charlie, que me había introducido de extranjis.

Fue divertido durante un rato jugar a Hombre Misterioso ante las cien personas más famosas de Hollywood. Pero tuve que acabar pronto, para no desplomarme de asfixia y agotamiento. Mi disfraz debía pesar unas cincuenta libras: casco de acero acabado en punta, peluca calva, mostachos, nariz y barbilla postizos, uniforme con charreteras y medallas, botas hasta la rodilla, tahalí tachonado de clavos y una espada ceremonial de tres pies de largo. Cuando me cansaba de dar vueltas aguijoneando a todo el mundo con la espada, sólo podía impedir que ésta se arrastrara por el suelo caminando de puntillas. Todavía era más fatigoso mantener el monóculo en el ojo. Me dolía más la cara que los pies.

Charlie vino a rescatarme. Me dijo que había encontrado quién me llevase a casa junto con dos de sus «personas favoritas», que también tenían que marcharse temprano.

Me metí junto con ellos en una monstruosa limusina. No era demasiado cómoda. Yo iba entre el marido y la mujer. Ambos estaban trompas. Yo sudaba a mares y no podía moverme. La punta de mi casco se clavaba en el techo del coche y la espada en el respaldo del asiento de delante. Ahora comprendía cómo se siente un cerdo dando vueltas en el asador.

Pronto me sentí todavía más incómodo. El tipo me dijo:

—Partimos para Europa el jueves, Harpo.

Su mujer dijo:

—¡El miércoles!

Él no la contradijo, simplemente se echó hacia adelante y la abofeteó en plena cara. En la confusión yo recibí un codazo. Ella se echó hacia adelante a su vez y lo abofeteó a él. Recibí un bocado de su disfraz. Me bajé la visera del yelmo. Pero ni aún así me sentía seguro. El tipo y su mujer se gritaban cosas tan terribles que me dio miedo de que uno de ellos me arrancara la espada y tratara de cortar al otro en rebanadas. Eso no habría sido muy saludable para mí, ya que yo hacía de campo de batalla.

Pelearon todo el rato, hasta su casa. El chófer no se inquietó en lo más mínimo. Me dijo que no me preocupara porque peleaban así cada vez que

se entrompaban, cosa que como todo Hollywood sabía, era por lo menos cuatro veces a la semana.

Yo no podía creer que nadie pudiera emborracharse tanto como aquellos dos personajes sin perder el conocimiento. Cuando subimos por el camino de entrada de una mansión situada en un lujoso barrio de Beverly Hills y el chófer abrió las puertas de la limusina, yo estaba seguro de que se irían de narices. Pero no. Corrieron hasta la casa, ella detrás de él, dando portazos y gritando aún más. Ahora, me imaginaba, el chófer me llevará al Jardín de Alá.

Pero no. El chófer cerró las puertas del coche y se desvaneció en la oscuridad. Yo me quedé varado.

Para empeorar las cosas, la visera de mi yelmo se había atascado y no podía levantarla. Cuando traté de gritarle al chófer que volviese, mi voz sonaba como un hipo en una bañera.

Sólo había una manera de volver a mi casa, que estaba tres millas más hacia el Este. Tendría que ir a dedo. Por la noche, no circulaba en Beverly Hills nada parecido a un taxi. Tampoco podía tomar el autobús porque no llevaba ni un centavo. Todos los bolsillos del disfraz eran simulados; no había sitio para llevar nada.

Caminar era imposible. No podía haberme arrastrado ni tres manzanas, menos aún tres millas, con toda la chatarra que llevaba encima. Además, no veía muy bien por las ranuras de la visera.

Así que tenía que pedir que me llevaran. La visión del Káiser Guillermo con su atuendo militar de gala agitando el dedo en medio de la noche en Sunset Boulevard detenía el tránsito, si es que podía llamársele tránsito, pero nadie se demoró lo bastante para recogerme, hasta que se acercó un coche de la policía. Los policías me recogieron con mucho gusto.

Durante las tres horas siguientes, primero en el coche y luego en la comisaría, los polis me trabajaron. Uno de ellos consiguió una ganzúa y levantó la visera del casco. Me echó una mirada, hizo una mueca y volvió a cerrarla de golpe. Todo el mundo se rió. Muy gracioso.

Los polis decían que podían acusarme de todos los delitos existentes. No llevaba ni dinero ni identificación: sospechoso de vagancia. Había causado demoras en el tránsito: sospechoso de ser un estorbo público.

Cuando expliqué por qué estaba disfrazado y dónde había estado, los polis dijeron, muy bien, llamarían a *miss* Davies y verían si yo estaba en la lista de invitados. Les dije que se olvidaran, que me había introducido en la fiesta de extranjís. ¡Ajá! Sospechoso de entrada ilegal.

Les persuadí de que llamaran a Chico. Le preguntaron a Chico si tenía un hermano que se hacía llamar «Harpo». Chico dijo que así era. ¿Sabía dónde estaba? No tenía la menor idea de dónde estaba. ¿Cuándo le vio por última vez? Cuando fue a visitarle en la cárcel de Gloversville, Nueva York. ¿De qué le acusaban *en esa ocasión* /'Fraude, falsificación y latrocinio menor, dijo Chico. ¿Cuál era la última dirección conocida de Harpo? El poli la repitió mientras Chico se la daba: «Taberna de los Tiempos Felices, Merrick Road, Long Island, Nueva York». ¿Podía describir a su hermano? El poli escribió la descripción que le dictaban: *Gran melena de pelo rojo y rizado. Bizquera. Mudo, no puede hablar. No muy brillante*. Sólo una de las señas —la última coincidía conmigo. Por lo demás: sospechoso de ser un impostor.

El poli le dio las gracias a Chico, se disculpó por haberle molestado a hora tan tardía y le pidió que por favor colaborara haciendo cuanto estuviese en su mano por localizar a su verdadero hermano Harpo. Chico se lo pensó un momento y luego preguntó:

—¿Ofrecen alguna recompensa?

Los polis, convencidos de que habían dado el mayor golpe desde la captura de Jerónimo, empezaron a interrogarme. Yo me quedé prontamente dormido, lo que probaba sin duda alguna que era un cliente duro de pelar.

Me despertaron martilleando con la espada sobre el yelmo y yo pensé: *Ya está: me han encarcelado definitivamente*. Pero todavía me hallaba en la comisaría. De pie, mirándome fijamente estaba Charlie Lederer. Sacudía la cabeza. Dijo:

—Otra vez borracho, pobre diablo. Bueno, oficial, yo me hago responsable de él. Le ayudaré a llegar a su casa y a recuperar la sobriedad.

Yo debería haber sabido que Charlie era demasiado buen amigo como para confiar en él.

Fui con Lederer —esta vez invitado— a pasar el fin de semana en el Rancho Hearst, en San Simeón, California. Era un lugar que había que ver para creerlo. Cuando uno lo veía, no lo creía. Más parecía un paisaje mitológico que un rancho. No me habría sorprendido ver a Ben Hur y Mésala en sus carros, corriendo en torno a los cuidados jardines, a Julio César sometido a un masaje junto al baño romano, a Miguel Angel retocando la pintura de la capilla, a Enrique VIII sentado y eructando a la cabecera de la mesa de banquetes o a Robin Hood y los suyos escabulléndose entre las colinas para sitiar el local.

Llegamos a San Simeón de noche. Tuvimos que identificamos ante los guardias de la entrada antes de pasar por las verjas. Por un momento pensé que debería haber llevado mi pasaporte. Tras avanzar durante cuarenta minutos llegamos al castillo principal. Allí nos recibió una azafata y nos llevó a nuestras habitaciones, como en un hotel de las montañas Catskill. Yo dormía en una cama que había pertenecido a la corte de Luis XIV. Lástima que no pudiera hablar.

Por la mañana no lograba encontrar a Charlie, así que seguí a la multitud que iba a desayunar y, después de desayunar, les seguí a las canchas de tenis, donde el señor Hearst estaba jugando. Lederer, el muy sinvergüenza, ya estaba allí. Me di cuenta de por qué me había eludido. Estaba desayunando, junto al campo de tenis, con una muñeca preciosa. Me uní a ellos. Lederer no me prestó la menor atención.

Pero cuando sonó el teléfono que había sobre la mesa de desayuno, Charlie me hizo señas con la mano y dijo:

—Cógelo, Harpo, sé buen chico.

Así que cogí el teléfono. Alguien preguntaba por Marión Davies. Yo dije:

—¿Marión *Davies*? No conozco a nadie aquí con ese nombre.

Allí fue Troya. La bonita muñeca me dijo:

—¿Quién diablos te imaginas que soy yo?

Charlie nos presentó. Era, como yo había sospechado, Marión Davies. La única ocasión en que yo la había visto antes iba disfrazada, la noche de

su fiesta en la playa.

Miss Davies y yo nos entendimos muy bien y me invitaron a San Simeón muchas otras veces.

Una cosa que teníamos en común era el gusto por la gimnasia. Durante un fin de semana lluvioso, Marión y yo practicamos proezas acrobáticas en la biblioteca principal, tras quitar de en medio un montón de chatarra. Entre el montón se hallaban relieves en jade y marfil, cálices de plata y aparejos medievales. Algunas veces nos exaltábamos un poco y tirábamos algunos libros de los estantes, pero teníamos cuidado de no romper nada. Los collares y brazaletes de diamantes de Marión se le caían continuamente y había que recogerlos sin cesar, pero hasta donde ella sabía no había perdido ninguno.

Charlie Lederer se nos acercó una vez mientras hacíamos una pausa para recobrar el aliento. Recogió uno de los libros que habíamos tirado al suelo.

—Esto es algo que podría gustarte incluso a ti, Harpo —dijo—. ¿Lo quieres? Tómalo. Qué diablos: el señor Hearst tiene aquí más libros de los que jamás llegará a leer.

A mí me pareció muy bien quedármelo. Estaba lujosamente encuadernado en piel. La letra era grande. Parecía un cuento divertido. Me lo metí en el bolsillo.

Seguía en mi bolsillo a la hora del cóctel. Cuando el señor Hearst entró para presidir el cóctel —único momento en que hablaba con los huéspedes «menores»— lo primero que vio fue el libro que sobresalía de mi bolsillo.

—¿De dónde ha sacado esto? —dijo, quitándomelo.

Le dije Charlie Lederer me lo había dado.

—¿Lo ha leído usted, señor Hearst? —pregunté.

Asintió. Yo dije:

—¿Es bueno?

Hearst no me contestó. Metió el libro en su propio bolsillo y se alejó. Entendí que había molestado al Amo de San Simeón, pero no sabía muy bien por qué.

Después de la cena averigüé la razón. El libro era un ejemplar de *Los viajes de Guiliver*. Era una primera edición, publicada en 1726. El señor

Hearst había pagado treinta y un mil pavos por él en una subasta en Inglaterra. La siguiente vez que entré en la biblioteca, los libros estaban protegidos con tela metálica. Las puertas que sostenían la tela tenían cerraduras de combinación.

Charlie Lederer, pariente lejano de Marion Davies, era uno de los pocos privilegiados que gozaban de entera libertad en el Rancho. Incluso asesinaba impúnemente.

Una vez fue allí, como invitado de honor del señor Hearst, el gobernador de California. El primer plato de la cena era una ensalada de frutas servida en media piña vacía para cada uno. Sobre la piña del Gobernador, encima de la ensalada, había una nota que decía: «Si sabe lo que es bueno, no se coma esto».

El chiste de Charlie no era demasiado sutil. El gobernador de California estaba recibiendo, por aquel entonces, cartas amenazantes de todo el país por haber indultado al famoso Tom Mooney, sospechoso de haber puesto varias bombas.

El comedor del castillo de San Simeón habría podido dar cabida al rey Arturo con todos sus caballeros y sus damas. Cuando los invitados bajaban a cenar, había troncos de tres metros de largo ardiendo en la chimenea y cientos de velas en gigantescos candelabros de plata. La luz de las velas parpadeaba sobre las históricas banderas de batalla que flotaban colgadas de las vigas, sobre la brillante superficie de la mesa de banquetes de veinticinco metros de largo y sobre las pequeñas islas de cristalería que punteaban a todo lo largo de la mesa. Cada una de esas islas estaba compuesta por una botella de *Ketchup*, una botella de salsa picante, una azucarera de restaurante barato, un vaso lleno de servilletas de papel y pimenteros con la forma de Mickey y Minnie Mouse.

Las primeras veces que comí en aquel salón no logré enterarme siquiera de si la comida estaba fría o no, porque me moría de calor. Como era un recién llegado en el Rancho, y no una Persona Importante, me colocaron de espaldas a la chimenea, que tenía siete metros de anchura; habría cabido en ella un autobús de la Quinta Avenida y en una cena se consumían dos árboles enteros. Todas las comidas eran para mí una carrera desesperada, a ver si podía comer lo bastante para compensar el peso que perdía sudando.

Le supliqué a Charlie que utilizara su influencia para que me destinaran a otro asiento. Charlie lo intentó una y otra vez. Finalmente, el Jefe cedió y encontré la tarjeta con mi nombre en el extremo fresco de la mesa. Eso significaba que me habían aceptado. Había pasado la prueba de fuego y ya pertenecía a la Tribu Hearst. Ahora podía saborear la comida. Era tan magnífica como el decorado.

Un fin de semana tuve el gran placer de descubrir que el invitado de honor en San Simeón era George Bernard Shaw. Nos divertimos mucho recordando los días que habíamos pasado juntos en Antibes durante el loco verano de 1928, antes de la Depresión. Sólo habían transcurrido cinco años, pero habían cambiado tantas cosas desde entonces que era como si hablásemos de cosas ocurridas en un remoto pasado.

Shaw mantuvo muy bien el tipo en el Rancho Hearst. Nada de lo que allí había le desconcertaba. Parecía estar tan divertido como ofendido por el lugar. Por muy socialista acérrimo que fuese, no creo que Shaw considerase San Simeón como una prueba de la perversidad del Sistema Capitalista. Lo consideraba una especie de engendro monstruoso: el mayor parque infantil jamás construido, repleto de los más extravagantes juguetes que nunca tuvo niño alguno.

En justa correspondencia, algunos de los demás invitados del Rancho tampoco se dejaban impresionar por Shaw. Una tarde estábamos paseando él y yo junto al borde de la piscina romana cubierta. Una dama rubia, esposa de un famoso actor de cine, estaba sola en la piscina, cabalgando un caballo marino de goma inflable. Cuando vio a Shaw empezó a salpicarle y a gritar:

—¡Eh, Bigotes! ¡Ven a darte un chapuzón!

La noche siguiente a la partida de Shaw cayó una inesperada tormenta de nieve sobre San Simeón. Charlie y yo contemplamos cómo caían los copos sobre las estatuas iluminadas desde las ventanas de la biblioteca. Se nos ocurrió la misma idea al mismo tiempo. Hicimos una incursión por todo el castillo y tomamos «prestados» diez abrigos de pieles de diez damas invitadas. Salimos al patio en medio de la nieve, envolvimos a las desnudas

chicas esculpidas con los abrigos y nos fuimos a la cama satisfechos de haber cumplido con tan galante tarea.

El efecto a la mañana siguiente resultó muy espectacular: la nieve acumulada sobre los abrigos de las estatuas. También se produjo otro efecto. Fue la primera vez que vi al señor Hearst enfadarse con Charlie Lederer. Delante de todo el mundo, a la hora del cóctel, degradó a Charlie a cenar junto a la chimenea.

Marzo de 1933 fue un mes de convulsiones y melancolía. Primero la insensata tormenta de San Simeón. Después el cierre de los bancos por el presidente Roosevelt. Una semana más tarde, Frenchie tuvo un grave ataque cardíaco y hubo que ingresarlo en el hospital, y el primer día que se me permitió visitarle fue el día del catastrófico terremoto de Long Beach.

Mientras estaba en la habitación de Frenchie en el hospital, una de las mayores sacudidas del temblor golpeó Los Angeles. Su cama, que tenía ruedas, empezó a girar por la habitación. Por alguna estúpida razón, yo intenté volver a ponerla en su sitio y terminé acorralado contra la pared. Frenchie estaba más preocupado por mí que por él mismo. Le dije que no se preocupara. Nunca había tenido las cosas tan fáciles, dije. Cada vez que la tierra temblaba, mi arpa tocaba en casa ella sola: me estaba ahorrando todo un día de práctica.

Dos semanas más tarde, Frenchie murió. Fue un momento de gran tristeza para todos sus hijos. Nos habíamos dado cuenta demasiado tarde de cuánto de lo que habíamos hecho con nosotros mismos se lo debíamos a Frenchie. Durante años, habíamos empeñado sus tijeras, nos habíamos zampado su deliciosa comida sin una palabra de gratitud, nos habíamos burlado de él por vender *lappas* de puerta en puerta y por su escasa habilidad como sastre, y le habíamos tomado el pelo por lo mal que jugaba a las cartas. Pero Frenchie nunca dejó de sonreír, y su sonrisa era como una radiación secreta. Todos los que estuvimos expuestos a ella quedamos afectados para toda la vida. Llevábamos grabado el significado de la lealtad y la indulgencia y la convicción de la futilidad de la cólera. Yo amaba a aquel hombre.

Fue maravilloso que el último día de Frenchie sobre la tierra fuese uno de sus días más felices. Les había enseñado a las enfermeras a jugar al pinacle y en el último juego de su vida apostó a cuatrocientas y las hizo.

A mediados de julio, me hallaba en San Simeón con Charlie Lederer. Hacía un calor asfixiante. Charlie y yo holgazaneábamos junto a una de las piscinas al aire libre. No había nadie a la vista. Nos aburríamos sin saber qué diablos hacer con nosotros mismos.

A Charlie se le ocurrió una idea.

—¿Qué te parece si caemos sobre Aleck en Bomoseen y le damos un susto de muerte al viejo farsante?

Yo respondí:

—Vamos.

No había visto a Woollcott desde hacía casi dos años.

Charlie se agenció una limusina de Hearst y nos fuimos al aeropuerto de San Francisco, para volar a Nueva York. Era un viaje rápido para aquellos tiempos: sólo tres escalas de costa a costa. En Nueva York alquilamos un hidroavión, en el que volamos hacia el norte, hasta el lago Champlain. Alquilamos un chófer que nos llevó a Bomoseen. En Bomoseen alquilamos una barca y remamos hasta la isla Neshobe. Una vez en la isla, avanzamos furtivamente entre los arbustos. Oímos el *tung-chung, tung-chung*, y los murmullos y maldiciones de un juego de *croquet*. Reconocimos las voces de Alice, Neysa, Beatrice y Aleck. Charlie y yo nos quitamos la ropa y saltamos desde los arbustos al campo de juego aullando como un par de salvajes desnudos.

Aleck, apoyado sobre su mazo de *croquet* como si fuera un palo de golf, alzó los ojos hacia nosotros, sin la más mínima señal de reconocemos, y volvió a interesarse por el juego.

—Alice —dijo, con un deje de acerada molestia en la voz—, es tu tumo, querida.

Charlie y yo volvimos a metemos entre los arbustos y nos vestimos. Remamos de vuelta al muelle de tierra firme. Nos llevaron en coche hasta el lago Champlain, donde el hidroavión nos estaba esperando. Volamos de

vuelta a Nueva York, donde tomamos el primer avión hacia el Oeste, con escalas en Chicago, Kansas y Denver. Volvimos a San Francisco, donde la limusina también nos esperaba. Una vez de vuelta en San Simeón, nos tendimos junto a la piscina.

—Creo que Aleck tenía muy buen aspecto, ¿no te parece? —dijo Charlie.

—Mejor que nunca —dije yo.

—Mejor que nunca —dijo Charlie.

Una vez cerrado el tema, nos preguntamos qué diablos íbamos a hacer ahora con nosotros mismos.

Una de las razones por las que yo era bien recibido en el Rancho consistía, sin duda, en que yo era un ardiente partidario del New Deal, como también —en 1933— William Randolph Hearst. Pero ninguno de los dos éramos tan fanáticos de Franklin Roosevelt como Aleck Woollcott. Aleck se tomó el New Deal como si hubiera sido idea suya desde el principio. Era muy amigo de la señora Roosevelt y entraba y salía de la Casa Blanca como Pedro por su casa.

A principios de aquel otoño llamó desde Nueva York. Acababa de enterarse, dijo, de que el presidente Roosevelt estaba a punto de cumplir su promesa de campaña electoral: reconocer a la Unión Soviética. Esto está muy bien, dije yo, y ¿qué más había de nuevo? Nada; dijo Aleck, excepto que yo iba a ir a Rusia. Le dije que estaba loco. Ni siquiera quería ir a Winnipeg, Manitoba, menos aún a Rusia. Me gustaba California. Me gustaba el sol. Me gustaba la gente. Me gustaba el idioma. Tenía la intención de quedarme en California.

Aleck no me estaba escuchando.

—He decidido —dijo— que Harpo Marx debería ser el primer artista norteamericano que actuase en Moscú, una vez que Estados Unidos y la URSS se conviertan en naciones amigas. ¡Piensa en eso!

Yo pensaba en eso. Estaba temblando de frío.

—Les encantarás —continuó Aleck—. Con un nombre como el tuyo, ¿cómo podrías fallar? ¿No te imaginas los titulares? «*Presentamos a*

Marx… ¡en persona!».

—¿Por qué demonios no vas tú? —le dije—. Les encanta el *ballet* por allá. Podrías hacer tu «Soy un conejito al sol». Les encantarás.

—Escúchame, culo de fauno —dijo Woollcott—. Ya he empezado a mover influencias para conseguirte un visado. Sugiero que te presentes en Nueva York antes de diez días a partir de hoy. —Yo hice un ruido desagradable—. Además —continuó Aleck—, no te he visto desde hace dos tristísimos años.

No mencionó la imprevista visita de médico que hicimos Charlie y yo a la isla de Neshobe aquel verano; habría perdido puntos si la hubiera recordado.

—Déjame ver —dije yo—. ¿Dónde estaré dentro de diez días? Podría estar en mi casa de la playa de Malibú. Podría bajar a la costa para pescar un poco. O podría simplemente quedarme aquí sentado y ver pasar a las chicas con sus trajes de baño. Sea como fuere, te enviaré una postal.

Diez días más tarde, por supuesto, yo estaba en Nueva York. Cuarenta días más tarde estaba en Moscú. Woollcott había hablado.

XVIII
EXAPNO MAPCASE, AGENTE SECRETO



Entrar en Rusia en otoño de 1933 no era fácil, a menos que conocieras a alguien que conociera a alguien en el gobierno soviético. En mi caso, Woollcott tenía amigos reporteros en Moscú que estaban en buenas relaciones con Maxim Litvinov, el Ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética. Conocer a alguien que conociese a alguien en la Casa Blanca tampoco sobraba, y mi visado llegó dos semanas después de mi llegada a Nueva York.

Entre tanto, yo había estado muy ocupado agenciándome un conjunto completo de disfraces y decorados —dado que no sabía cuál de mis

números les gustaría en Rusia— y tratando de fijar un itinerario en la oficina de Intourist de Nueva York. Tras un par de días de regateo, los rusos decidieron que habría que resolver todo eso una vez que yo llegase a Rusia. Me dieron una carta para el director del Teatro de Arte de Moscú y me desearon suerte.

Era como partir hacia Texas en una gira de funciones únicas: sin itinerario, sin contratos, sin fechas y sin garantías. Y encima, esta vez, sin Minnie.

Aleck vino a despedirme y me dio otra carta de presentación, para el corresponsal en Moscú del *New York Times*, Walter Duranty. En Rusia no se podía estar en mejores manos, me aseguró. Aleck tenía también una «milagrosa noticia» que darme. Yo sabía que reventaba de ganas de decirme algo, a manera de regalo de despedida.

—Harpo —dijo—, la búsqueda ha terminado. La he encontrado por fin. He encontrado a *miss* Flatto, tu carcelera de la E. P. 69 o cualquiera que fuese la escuela de cuyo segundo curso te fugaste.

—¿Ah, sí? ¿De veras? —pregunté—. ¿Se acuerda de mí?

—¿Podrá tu ego soportar el golpe? —dijo—. *Miss* Flatto, por desgracia, no se acuerda de Adolph Marx. Pero se acordará. Tengo una cita para tomar el té, nosotros tres, el día que vuelvas de Muscovy.

Así pues, con esa promesa, partí hacia el Circuito Soviético. A bordo del buque *Albert Balín*.

Fue una travesía difícil, con tormentas continuas hasta Hamburgo. De los once pasajeros que íbamos a bordo, sólo tres, incluyéndome a mí, se presentaban puntualmente a comer. Era difícil saber si los demás se mareaban más por causa de la mala mar o de ver comer al capitán. El capitán del *Albert Balín* era un enorme prusiano con un gran bigote colgante. Su plato favorito era el sauerkraut guisado en champán, que engullía a toneladas para desayunar, comer y cenar. Cuando se ponía en funcionamiento, no se podía distinguir el sauerkraut del bigote, y hacía más ruido que una bomba de agua descompuesta. Aquello bastaría para mantener a un pasajero sensible bajo cubierta durante el más tranquilo viaje marítimo.

Me pasé los diez días de travesía divagando en el piano del barco, jugando solitarios y preguntándome qué demonios hacía camino de Rusia yo solo, con un arpa, un baúl lleno de piezas de decorado y cartas para dos personas que nunca había visto. Naturalmente, tenía mucha curiosidad por el país. Como para muchos otros norteamericanos, la URSS era para mí tan misteriosa como la otra cara de la luna. Estaba ahí; tenía que estar ahí. Pero no tenía ni idea de cómo sería.

La antigua Rusia había producido a Tchaikovsky, Rachmaninoff, Irving Berlin y la suegra de Chico. Daba la impresión de que era un país donde todo el mundo se dedicaba, entre un viaje en trineo y otro, a beber té con mermelada de frambuesas, tocar la guitarra y discutir larga y amistosamente sobre qué estepa o qué pantano era el auténtico Paraíso Terrenal. Pero… ¿la Nueva Rusia? La idea que uno podía hacerse por lo poco que decían los periódicos era más bien vaga: bolcheviques saqueando palacios, tractores y personas fusiladas por haber mirado mal al Comisario.

Bueno, me consolaba a mí mismo, Shaw había estado allí, y también Woollcott, y ambos habían vuelto en buenas condiciones.

Yo había planeado tomarme con tranquilidad el viaje hasta Moscú desde mi llegada a Hamburgo, dar una vuelta por Alemania y hacer turismo. Pero no pude hacer turismo. En Hamburgo vi el espectáculo más aterrador y más deprimente que jamás había visto: una hilera de tiendas con Estrellas de David y la palabra «*Jude*» pintada encima, y dentro, tras los mostradores semi-vacíos, personas anonadadas, encogidas como si no supieran qué las había golpeado ni de dónde llegaría el golpe siguiente. Hitler sólo llevaba seis meses en el poder y su boicot ya estaba en pleno funcionamiento. No había vuelto a tener tan clara conciencia de ser un judío desde mi *bar mitzvah*. Era la primera vez desde que tuve el sarampión que me sentía demasiado enfermo para comer.

Atravesé Alemania lo más rápido que pude.

En el tren de Varsovia a Rusia hice amistad con otro norteamericano, un hombre que hablaba ruso. Había ido y vuelto de Nueva York a Moscú varias veces, tratando de establecer un negocio de exportación de aparatos de

radio y bujías, y estaba al tanto de todo. Me preguntó si llevaba mucho equipaje. Cuando se lo dije, me advirtió que tendría que pagar exceso de equipaje en la frontera rusa.

Entonces me hizo un favor. Me prestó cien rublos, que podría devolverle al llegar a Moscú. Los rusos estaban ansiosos de (Uñero americano, dijo. Creía que me ahorraría mucho dinero si insistía en pagar en rublos en vez de dólares.

Magnífico favor. Magnífico consejo.

Era de noche cuando llegamos a la población polaco-rusa de Negoreloye, donde debíamos cambiar al tren ruso. Todos recibimos orden de bajar y nos pusimos en fila junto al puesto de frontera. Hacía un frío endiablado. Debían ser unos treinta bajo cero y no se estaba más caliente dentro de la oficina, una barraca de madera con las grietas de las paredes cubiertas con periódicos. Cuando me llegó el turno en el escritorio del inspector, todo parecía estar en orden: pasaporte bien, visado bien. Magnífico. Yo me moría por volver al tren. Entonces el inspector me tendió un formulario. Tenía mi nombre, muchas cifras y abajo ponía: «Veinticinco dólares».

—Quipash —dijo el inspector, y yo supuse que quería decir «equipaje».

—¿Cuántos rublos son veinticinco pavos? —pregunté, sacando mi rollo de billetes rusos. El inspector se puso en pie de un salto y me arrebató el dinero de las manos. Gritó órdenes y apretó botones, sonaron timbres, tocaron campanas; las botas de los guardias que acudían corriendo resonaban por todo el local.

Me arrastraron a otra barraca. El encargado, un matón con la frente tan estrecha que la nariz parecía salirle del nacimiento del cabello, me interrogó mediante un intérprete. ¿Dónde había obtenido los rublos? Un tipo me los había prestado en el tren. ¿Cómo se llamaba? Yo no sabía su nombre; era un desastre para recordar nombres.

—Miente usted —dijo el coronel ruso—. Diga la verdad: ¿dónde obtuvo estos rublos?

Repetí la misma respuesta.

Un escuadrón de guardias trasladaron mi baúl y mi arpa a la barraca.

—Abra usted el baúl, por favor —dijo el funcionario.

Lo abrí y los rusos empezaron a vaciarlo. Cuando al principio sólo encontraron un impermeable y diversos tipos de pantalones, camisas y corbatas, su decepción fue evidente.

Pero luego vino lo bueno. Sacaron cuatrocientos cuchillos, dos revólveres, tres estiletes, media docena de botellas donde ponía VENENO y una colección de pelucas rojas y barbas, bigotes y manos falsas. Sonaron más timbres. Sonaron más campanillas. Tocaron los silbatos. Mas funcionarios y guardias corrieron con gran estruendo de botas a la barraca.

Empezaron a apretarme las tuercas de nuevo. ¿Podría explicar por favor por qué transportaba armas y disfraces? Les dije que eran accesorios de mi actuación teatral. ¿Actuación teatral? ¿Qué actuación? Yo había venido a Rusia para presentar un espectáculo. Los norteamericanos no actúan en Rusia, dijeron. Era mejor que dijera la verdad. Y más valía que dijera de dónde había sacado los rublos también. Según la ley sólo se podían cambiar dólares por rublos en Moscú. El mercado negro era un grave delito. Minaba la economía de la Unión Soviética.

Luego me preguntaron qué había en el estuche del arpa. Cuando se lo dije, me ordenaron que abriera el estuche y tocara algo, para probar que yo era un arpista. Eso habría sido mi salvación en cualquier otro momento y en cualquier otro lugar, pero no en una barraca abierta a treinta bajo cero. Estaba tan entumecido por el frío que no podía ni quitarme los guantes. Todo lo que pude hacer fue recorrer las cuerdas con las manos enguantadas un par de veces y rezar para que alguien reconociese el toque profesional.

No había mucho que reconocer. Uno de los guardias recorrió las cuerdas con *sus* manos y obtuvo la misma música que yo había obtenido. Los funcionarios sacudían la cabeza y sonreían malévolamente. Luego se enzarzaron en una acalorada discusión. Yo no necesitaba al intérprete para entender por dónde iban. Debatían si me fusilaban ahora mismo o esperaban a mañana por la mañana, cuando el pelotón tendría mejor puntería y se necesitarían menos balas.

Yo no sabía qué diantres hacer. Era un embrollo del que ningún disparate absurdo me sacaría. Además, no tenía ni un trozo de carbón quemado para organizar una ronda de Pincha-Pellizca. Así que empecé a gritar. ¡Yo conocía mis derechos! ¡Llévenme ante el cónsul norteamericano!

¿Era éste un país libre o no? Yo sabía por supuesto que no tenía ningún derecho, que no había cónsules norteamericanos en Rusia y que no era un país libre, pero seguí gritando, porque no sabía qué otra cosa hacer y porque eso me hacía entrar un poco en calor.

Entonces todo entró en calor. Los funcionarios terminaron su discusión. Se volvieron hacia mí con el ceño fruncido y el Coronel Poca Frente me dijo:

—Tome sus pertenencias y venga con nosotros, por favor.

Yo me encogí de hombros, tratando de parecer despreocupado, pero las rodillas me empezaron a temblar. La única de mis pertenencias que me importaba en aquel momento era mi piel.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

Nunca conocí la respuesta. Mi amigo del tren, que me había estado buscando, entró en escena. Rápidamente explicó en ruso lo de los rublos. Sí, me había prestado dinero. No, yo no le había dado dinero norteamericano a cambio. Simplemente era un préstamo que yo debía devolverle en Moscú. ¿Y de dónde había sacado él los rublos? Los había obtenido en Moscú, en el cambio legal, durante el último viaje a Rusia.

Los funcionarios aceptaron la explicación. Sólo en un momento se mostraron suspicaces, como a punto de tirar el cuento del tipo por la ventana. Fue cuando les dijo que yo era un gran artista muy popular en Estados Unidos. Ya me habían oído tocar el arpa. ¿Era eso un gran artista?

Les pagué los veinticinco dólares, en moneda americana, y subí al expreso de Moscú. El tren estaba increíblemente repleto, con diez o doce personas en cada compartimento de seis, y olía a desinfectante, pero di gracias a Dios por tener la fortuna de encontrarme con él.

Me desperté en las afueras de Moscú a la mañana siguiente y pude ver Rusia por primera vez. Era todo gris: la ciudad, sus kilómetros y kilómetros de chozas de madera sin pintar, el humo que salía de cada cabaña, el cielo y la nieve que todo lo cubría. Sí que parecía la otra cara de la luna: gris, plana y fantasmal. La parte fantasmal, según me di cuenta, venía del hecho de que

no se veían edificios altos ni cables de teléfono en ninguna parte, sólo el ocasional esqueleto de un árbol entre el tren y el horizonte.

Conforme íbamos entrando empezamos a ver pasar fábricas y aparecieron los cables de electricidad. Aquello ya se asemejaba más a una ciudad, pero no parecía ser en absoluto una ciudad. No podía descubrir qué era lo que seguía faltando, qué era lo que la hacía todavía más fantasmal.

Dos minutos más tarde, el tren se detuvo en una estación y una mujer rusa apareció en mi compartimento, buscándome.

—¿El señor Marx, por favor? —dijo.

Me identifiqué y me estrechó la mano.

—Soy la camarada Melekinov —dijo—. Seré su guía e intérprete durante su estancia en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Bienvenido. Por aquí, por favor, para la inspección del pasaporte y el visado.

Su inglés era bastante bueno.

Tuve que mirármela dos veces para convencerme de que de verdad *era* una mujer. Llevaba un abrigo cruzado de hombre, que le llegaba hasta más abajo del final de los chanclos, un gorro de piel gris, gafas con aro metálico y ni un rastro de maquillaje. El único color que había en su rostro era el azul de sus ojeras. Las cejas estaban sin depilar, al igual que unos cuantos pelos que brotaban de una verruga en su barbilla. Tuve que estudiarla un buen rato antes de decidir que era muy joven, probablemente no mayor de veinticinco.

Mientras yo sacaba mis cosas de la rejilla, me dijo:

—¿Alguna pregunta, por favor?

—Sí —le dije—. ¿Le importaría que la llamara *miss* Benson?

Se lo pensó por un minuto, luego cerró los ojos, asintió y dijo:

—Es una broma.

—Nada de broma, cariño —le dije—. Voy a tener problemas con un nombre como el tuyo.

—Mi nombre es camarada Mal-e-kíi-noff —dijo, sílaba por sílaba, como un maestro con un niño idiota.

Negociamos. Durante las seis semanas siguientes la llamaría «Melacrino», que recordaría porque era la marca de cigarrillos que fumaba

por entonces. Pero en una cosa nunca cedió. En mi presencia nunca se rió ni dejó escapar una sonrisa jamás. Más tarde, cuando hacía rodar a los rusos por los pasillos con mis pantomimas, yo solía mirar a hurtadillas a Melacrino, que me contemplaba desde las bambalinas. Asentía con los ojos cerrados. No podía oírla, pero sabía que se decía a sí misma:

—Es una broma.

Lo mejor que puedo decir sobre los rusos es que Melacrino no era nada típica.

Nos trasladamos al hotel en una limusina del gobierno que parecía un desecho de la línea de montaje de Stanley Steamer. Melacrino actuaba como si fuera la primera vez que viajaba en coche. Frotaba continuamente la raída tapicería y repetía:

—¡Preciosa máquina, preciosa, preciosa!

A mí me interesaba más Moscú, pero los muelles del asiento estaban muy gastados, de manera que quedaba hundido muy por debajo del nivel de la ventanilla. De todas maneras, la escarcha cubría totalmente los cristales. Así pues, durante todo el trayecto hasta el hotel tuve que admirar la coronilla del camarada Chófer, afeitada al rape, y los floreros cónicos de las puertas, cosa que no había vuelto a ver en un coche desde el viejo Chevy de Frenchie.

A lo largo mi vida, había conocido multitud de hoteluchos ruinosos, pero el Nationale de Moscú fue el primer gran hotel ruinoso en que jamás me hospedé. El tipo situado tras el mostrador vio que yo no estaba muy impresionado por la apariencia del local. Se disculpó diciendo que estaban construyendo un nuevo hotel para los visitantes internacionales, pero que aún no estaba listo. ¡Ah, pero iba a ser un hotel magnífico!

Nada funcionaba en el Nationale excepto la gente. La calefacción se apagaba constantemente, lo mismo que el agua caliente. El ascensor estaba siempre «temporalmente fuera de servicio» y el sistema telefónico se descomponía sin cesar. La única cosa que se podía obtener con absoluta seguridad era agua helada, generalmente por cualquiera de los dos grifos. Pero el servicio era apabullante. Mientras un camarada Mecánico se rascaba la cabeza y golpeaba el mecanismo del ascensor con una llave inglesa, seis

mujeres, todas ellas construidas como almacenes de ladrillo, llevaron mis cosas al quinto piso, baúl, arpa y todo.

Naturalmente, consideré que merecían una propina generosa cuando llegamos a mi habitación. Melacrino entró en combustión.

—La práctica degradante de la propina se desconoce en la Unión Soviética —dijo, y me hizo guardarme el dinero en el bolsillo. Las damas que habían subido mi equipaje le lanzaron miradas mortíferas y volvieron a descender a grandes trancos.

Empecé a desempacar. Melacrino no expresó intención alguna de marcharse. Me disculpé y me fui al retrete. Cuando salí, ella seguía allí. ¿Cuál era el plan? ¿Se proponía acompañarme a dormir? Me la imaginé por la noche, enroscada en el suelo como un perro guardián a los pies de mi cama.

De alguna manera fue filtrándose en ella la idea de que no me molestaría quedarme solo por un rato. Se marchó, diciendo que no tenía más que telefonear al mostrador de entrada cuando necesitase sus servicios y ella acudiría a mi habitación inmediatamente. Casi con cualquier otra chica en el mundo esto habría sido un arreglo de lo más conveniente. Pero con Melacrino, el camarada Detective del Hotel no tenía nada de que preocuparse.

No logré localizar a Walter Duranty por teléfono, ni siquiera con la ayuda del operador del Nationale. Por lo tanto, decidí salir a pasear —solo — y darle un vistazo a Moscú. No fui a pasear solo. Antes de que lograra salir por la puerta principal del hotel, Melacrino se situó a mi lado. Me lanzó una mirada severa, pero no dijo nada.

Mientras caminaba por aquella arteria importante hacia el Kremlin, me di cuenta de qué era lo que resultaba tan espeluznante en Moscú. No había ruido de tráfico. Las calles estaban llenas de gente, pero casi vacías de coches. Siempre que pasaba una limusina del gobierno o un camión, el ruido quedaba ahogado por la nieve amontonada sobre la calle y apilada en las esquinas. Era como ver cobrar vida a una película muda, sin títulos ni música de fondo.

Otra cosa a la que no lograba acostumbrarme era a ver a las mujeres haciendo toda clase de tareas pesadas —apartar la nieve con palas, cortar el hielo, recoger basura, conducir camiones, trabajar en la construcción con capachos y carretillas… Todas parecían iguales, achaparradas y redondas, con la cabeza envuelta en pañuelos y el cuerpo recubierto por varias capas de ropa de hombre, los pies empaquetados en tela de arpillera atada con tiras de harapos.

En todas partes, frente a las tiendas pequeñas y frente a las grandes, había colas de clientes esperando para entrar. A diferencia de los neoyorkinos, los moscovitas no empujaban ni trataban de colarse. Sólo arrastraban los pies silenciosa y pacientemente en la nieve. Todo el mundo en Moscú parecía concentrado en lo que estaba haciendo, incluso cuando no estaban haciendo nada.

Muchas personas nos miraban, aunque sin cambiar de expresión. Al principio creí que era yo, tan obviamente extranjero, el que atraía su curiosidad. Pero luego me di cuenta de que no era yo, sino Melacrino. Más específicamente, miraban su gorro de astracán, su abrigo sin remiendos y los chanclos forrados de piel, que la identificaban como una camarada de alto rango.

Yo quería explorar algunas callejuelas laterales, pero mi guía me obligó a limitarme a seguir una ruta estrecha y recta, por la vía principal que era, creo, la calle Tverskya. De vez en cuando lograba entrever, por un callejón, lo que ella no quería que viera. Tras los edificios de piedra de la calle Tverskya, a los dos lados, reinaba la más horrible miseria: casas de vecindad desvencijadas, ventanas sin cristales cubiertas con trozos de madera, papel de envolver y mantas desgarradas, y frente a las casas, montones de desperdicios que ardían sobre la nieve.

—Debe usted ser consciente —me dijo Melacrino—, de que sólo estamos 248en el primer año del nuevo Plan Quinquenal, hay muchas cosas que hacer, y sé harán.

Por lo que había visto de los rusos durante mis primeras diez horas en el país, yo no dudaba de que se harían.

Tenía demasiado frío y hambre para andar más y decidí ver el Kremlin algún otro día. De vuelta al hotel, nos detuvimos en una tienda de ropa del

gobierno para comprar algo más caliente para mí. Allí estaba la acostumbrada cola frente a la tienda. Automáticamente, me puse al final de la cola. Melacrino me cogió y me llevó directamente al interior.

—Los miembros del Partido y los huéspedes de honor de la Unión Soviética tienen prioridad —dijo.

Las personas que esperaban fuera, en el frío, no parecieron sorprenderse al vemos colamos. Melacrino no se molestó en disculparse o explicarse, y nadie se quejó en absoluto. La única persona descontenta era yo, porque aquello me parecía un abuso.

Me compré un gorro de piel, un abrigo de piel y botas de goma forradas de piel, todo por cuarenta dólares. De vuelta a la calle, con mi nuevo atuendo, entendí por qué el oso era el símbolo de Rusia. La única forma en que un ruso podía sobrevivir al invierno consistía en vestirse de oso.

Cenamos en el Nationale y la cena fue bastante buena: todo el caviar que logré comerme, sopa de col caliente, patatas hervidas y pescado hervido, pan negro, té y mermelada. La mermelada, por supuesto, era para el té, no para el pan. Durante toda mi estancia en Rusia, en todos los restaurantes en que comí, la comida fue bastante buena, lo que significa que no me cansé del caviar, ni de la sopa de col, ni de las patatas hervidas y el pescado hervido, ni del pan negro, el té y la mermelada. El menú del desayuno, que tampoco variaba mucho, consistía en compota de ciruelas, bollos y café. El café ruso fue la única cosa que no logré superar. Sabía como si lo hubieran hecho con pieles de patata quemadas.

Una vez más, tampoco pude localizar a Duranty. Le pedí a Melacrino que subiera a mi habitación para matar el tiempo y reímos un poco. Éstas eran expresiones desconocidas para ella en inglés y, mientras se limpiaba las gafas, frunció el ceño y practicó:

—Mataremos el tiempo y reiremos un poco. Sí, ciertamente.

Arriba en la habitación, se puso el abrigo y el sombrero y se sentó en una silla recta: era su manera de advertir que no habría travesuras. Yo saqué el arpa y ejecuté unos cuantos arpegios y glissandos de calentamiento. Me detuve para desentumecer los dedos. Melacrino preguntó:

—¿De quién es la música que ha tocado usted?

Le dije que era de Beethoven.

—Sí, —dijo—. Ciertamente, Beethoven.

Calenté un poco más.

—¿De quién es esa música —preguntó, y le dije que era de Tchaikovsky. Melacrino cerró los ojos, asintió y dijo:

—¡Hermoso! ¡Hermoso!

Después de un rato, la eché, diciéndole que quería meterme en la cama. Tenía curiosidad por averiguar una cosa. Media hora después de su marcha, bajé al vestíbulo. Allí estaba, en un rincón, mirando hacia la escalera, con el abrigo y el sombrero todavía puestos, leyendo un libro. Levantó la vista hacia mí prontamente. Yo sonreí y la saludé con la mano. Ella asintió y, tras comprobar que yo no estaba vestido para salir, volvió a su lectura.

No había duda: era una espía del gobierno. Pero eso no me importaba. No tenía nada que ocultar, nada que pudiera interesar a la Unión Soviética. Aún así, era una sensación un tanto inquietante saber que cualquier movimiento que uno hiciese era observado y que cada palabra que dijese probablemente iba a ir a parar a un informe para la policía secreta.

Por la mañana, hablé por teléfono con un corresponsal inglés de la agencia Reuters, que me dijo que Walter Duranty estaba en Leningrado y no volvería a Moscú hasta una semana más tarde. Antes de colgar, dije:

—Bueno, Melacrino, cariño, ya puedes subir.

El inglés quedó desconcertado. Nadie más que estuviese al teléfono se desconcertó. Melacrino subió a mi habitación dos minutos más tarde.

—Llévame con el director del Teatro de Arte de Moscú —dije.

Le tendí la carta de presentación del agente de Intourist de Nueva York. Leyó la carta y dijo:

—Sí, ciertamente. El camarada Director le estará esperando.

Había decidido no esperar a mis contactos norteamericanos. Pondría la función en marcha yo mismo. Eso era lo que Minnie habría hecho: irse derecha al encargado local.

La oficina del director del Teatro de Arte de Moscú estaba detrás de uno de los palcos del proscenio. Era la habitación con más clase que yo había visto en Rusia: la gruesa alfombra, los muebles pulidos, los cuadros en las

paredes. Pero estaba helada. Las habitaciones rusas estaban siempre demasiado calientes o demasiado frías. Aquella estaba demasiado fría.

El director leyó mi carta. No hablaba inglés. A través de Melacrino me dijo que ya me esperaba. ¿Pero qué era lo que yo hacía?

¿Qué era lo que yo hacía?

—Sí —dijo—, ¿qué tipo de actor es usted?

—Supongo que se podría decir que soy un actor cómico —dije.

Empecé a preguntarme qué clase de presentación me habían dado los camaradas de Nueva York.

—¿Pantomima? —preguntó, y yo dije que sí, que hacía pantomima.

El director dijo que bueno, entonces, qué me parecería hacerle una pequeña demostración. Dije que me encantaría, pero que necesitaba traer algunos accesorios del hotel antes de someterme a ningún tipo de prueba.

—Muy bien —dijo el director—. Traiga sus accesorios y vuelva mañana por la mañana a las once. Nos gustará juzgar su actuación.

Así que volví al día siguiente con mi disfraz, mi peluca y unos cien cuchillos. El director tenía consigo al resto del personal, seis o siete personajes de cara pétrea que constituían un público difícil como el que más. Me puse el disfraz, me metí los cuchillos en las mangas y dije que estaba listo para subir al escenario.

—No —dijo el director—. No en el escenario. Actuará usted aquí.

Pregunté si alguien se ofrecía voluntario para darme la réplica en el número.

—No —dijo el director—. Le veremos actuar a solas. Actuar a solas es la única prueba verdadera de un artista de la pantomima.

Así que tuve que hacer los dos papeles, el de serio y el de cómico. Hice algunas muecas, rematando con un Gookie, y me estreché la mano a mí mismo para hacer caer los cuchillos. La cubertería cayó sobre la alfombra del despacho, no con un clamoroso estruendo, sino con corteses y suaves golpecitos sordos. Nadie soltó ni una sonrisa. En la habitación remaba un silencio de muerte. A pesar del frío, yo estaba empapado en sudor. Era la actuación más triste de mi carrera.

El director me preguntó si había terminado. Yo asentí. Él miró a los Rostros Pétreos. Casi al unísono, se encogieron de hombros.

—Volverá usted por favor mañana a las once —dijo el director.

Se levantó y salió del despacho; sus ayudantes se levantaron y le siguieron.

Melacrino me ayudó a recoger los cuchillos. No hizo ningún comentario.

A la mañana siguiente, me presenté a las once. El director dijo que mis malabarismos con la cubertería no eran excepcionalmente brillantes. Yo dije que podía ejecutar una docena de números diferentes, pero que no significarían nada sin un público.

—Yo juzgaré lo que su actuación significaría con un público —dijo—. Por favor, vuelva mañana por la mañana a las once.

Yo decidí que de todas mis rutinas, la del clarinete sería la más graciosa sin un público. En mi cuarta visita al Teatro de Arte de Moscú, los Rostros Pétreos ya me esperaban en el despacho del director. Hice que Melacrino explicara que yo acompañaba a una chica que cantaba «Siempre estoy feliz»[52], y que debían imaginarse la parte cantada. Empecé a tocar la melodía bien, y luego abrí la válvula del clarinete y dejé salir las burbujas.

El director y todos los directores asistentes estudiaron las burbujas mientras flotaban por la habitación. Cuando la última burbuja estalló contra el suelo, me miraron, tan sombríos como los miembros de un jurado en un caso de asesinato. Melacrino les dijo algo en ruso. Ellos se encogieron de hombros, fuera lo que fuera.

Conferenciaron un momento. Me contemplaron desde sus asientos unos instantes y luego el director dijo:

—Le haremos saber nuestra respuesta. Por favor, venga mañana a las once.

Lo que yo tenía ganas de decir no era traducible, así que dije:

—Esta vez yo le haré saber mi respuesta, Jefe. Tal vez vuelva y tal vez no. El director se levantó y salió de la oficina y sus ayudantes se levantaron y le siguieron. Melacrino les vio partir. Sacudió la cabeza.

—Les dije que era una broma —dijo—. Por favor, créame. Lo dije.

—Sí, gracias —contesté—. Eres una claque estupenda, cariño.

Se había acabado la juerga. Me importaba un rábano quién iba a ser el primer norteamericano que hiciera el circuito soviético. Sólo sabía que no iba a ser Harpo Marx. Le dije a Melacrino que utilizase toda su influencia para reservarme un billete para salir de Rusia en el siguiente tren a Polonia. Me fui a mi habitación a empacar.

Llamé al hombre de Reuters y a un par de corresponsales más con los que había hecho amistad, para despedirme. Los tres me suplicaron que aguantara un poco. Ni hablar, dije. Los rusos no me entendían y yo no les entendía a ellos. Nunca me habían humillado tanto, ni siquiera el empresario más inculto y sivergüenza del local de vodevil más cutre del último pueblucho.

Yo tenía las maletas hechas, listo para partir, y esperaba sólo la confirmación de mi billete de tren, cuando recibí una llamada telefónica de una dama con acento británico. No escuché su nombre cuando se presentó y supuse que debía ser la esposa de alguno de los corresponsales.

Me dijo que acababa de enterarse de que iba a actuar en la ciudad y que pensaba que eso era maravilloso. Le dije que eso me había parecido maravilloso a mí en otros tiempos, pero que se había terminado antes de empezar. Me iba de Rusia.

—¡Pero no debe irse! —dijo ella—. No sabe usted con qué ilusión esperamos verle. ¿Qué le ha hecho cambiar de opinión?

Le expliqué, tan breve y cortésmente como pude, mi peregrinaje de cuatro días entrando y saliendo del Teatro de Arte de Moscú.

No se sorprendió.

—Ése no es el teatro para usted —dijo—. Le han enviado a las personas equivocadas.

—Bueno, entonces —le pregunté—, ¿a dónde debería haber ido?

—No lo sé seguro —dijo—. Pero ya arreglaremos las cosas. Mi esposo volverá de Washington por la mañana y yo me encargaré de que sea usted el primer asunto de que se ocupe.

—¿Tiene contactos aquí? —pregunté.

Hubo una pausa. Luego, la señora del acento inglés dijo:

—Tal vez no ha oído usted bien mi nombre, señor Marx. Soy Ivy Litvinov. Mi marido, Maxim, es el Ministro de Asuntos Exteriores. Sé que lamenta muchísimo no haber estado en Moscú para recibirle. La conferencia con el señor Roosevelt se ha prolongado más de lo que él había previsto.

No sé lo que dije después de eso. Sólo sé que accedí a posponer mi partida durante veinticuatro horas. Inmediatamente después de colgar, Melacrino entró corriendo en mi habitación. Estaba tan contenta que casi sonreía. No logré descubrir, sin embargo, si era el aplazamiento de mi partida lo que le agradaba o el haber tenido el honor de escuchar una conversación con la esposa del Ministro de Asuntos Exteriores. Por entonces, el prestigio y el poder del camarada Maxim Litvinov sólo era menor que el del camarada José Stalin.

Me quedé en mi habitación por la mañana, practicando el arpa y esperando la llamada que podía hacerme permanecer en Rusia. No hubo llamada. Después del almuerzo, invité a Melacrino a subir y toqué «Waltz me around again, Willie» para ella. Le dije que era de Rimski-Korsakov y ella dijo que era «Hermoso, hermoso, hermoso».

La llamada no llegaba. Volví a poner el arpa en el estuche y le dije a Melacrino que fuese a comprobar mi reserva como una buena espía. Ella sacudió la cabeza y suspiró, pero se fue.

Hubo unos golpecitos en la puerta.

—Entra, cariño —dije yo—, estoy decente.

La que entró no fue Melacrino. Fue una delegación de once rusos, once rusos *sonrientes*.

Uno de ellos, joven y alto, que se parecía un poco a George Kaufman dijo, en inglés:

—¿Mister Marx? Estamos a sus órdenes.

Se inclinó, y todo el resto de la delegación saludó también. Miraron preocupados el estuche del arpa y el baúl, y mi primer pensamiento fue que habían venido a llevar mi equipaje abajo, a la limusina.

Entonces el joven dijo:

—Permítame presentarle a su compañía. Mis colegas piden que les disculpe por no hablar inglés, pero ellos también esperan que tengamos una

larga y feliz asociación.

Los nombres de todos aquellos individuos me sonaron como «Bensonoff». Tras estrecharles la mano, el portavoz volvió a hacer la ronda, presentándolos por sus títulos:

—Productor. Director. Productor asistente. Director musical. Guionista. Arreglista. Regidor de escena. Gerente de la compañía. Escenógrafo. Asistente de dirección. Y yo mismo, escritor.

Litvinov había pronunciado la fórmula mágica. Al día siguiente me puse a trabajar, en un escenario, no en el despacho de nadie.

Y al día siguiente a las 7:50 a.m., para ser exacto, cuando yo estaba desayunando mis ciruelas, bollos y té en el comedor del hotel, Rusia se convirtió —oficialmente— en un país amigo. Era la hora preestablecida para que el pacto entre Litvinov y Roosevelt, se hiciese efectivo. Estados Unidos reconocía a la Unión Soviética, y la Unión Soviética reconocía a Estados Unidos.

De repente, toda la faz de Rusia pareció cambiar. Ya no parecía tan gris. Ni siquiera parecía que hiciese tanto frío.

Durante los ensayos, Walter Duranty volvió a Moscú, junto con otro escritor norteamericano, Eugene Lyons. Fueron maravillosos conmigo. Woollcott tenía razón: yo no podía estar en manos más eficaces. Ningún espectáculo itinerante tuvo dos adelantados mejores que lo míos, Duranty y Lyons. Duranty me llevó a conocer a William Bullitt, que había sido nombrado nuestro primer embajador en la Unión Soviética. Los Bullitt me invitaron a cenar. Los Lyons me invitaron a comer. Ivy Litvinov me prometió invitarme a cenar en cuanto su marido tuviese una noche libre. Al parecer estaba muy ocupado con el Jefe, tratando de explicar algunos puntos de su informe de gastos de Washington, me imaginé. Pero obviamente yo había sido, tal como su mujer me prometió, el primer asunto que había atendido a su regreso.

Me sentía como una rata por haber dicho, la semana anterior, que iba a largarme de Rusia.

Mi espectáculo se presentó en un teatro estatal pequeño pero bien equipado y, gracias a Dios, con buena calefacción. Hicimos un preestreno para la prensa internacional, los peces gordos del Comisariado de Cultura Popular y la «familia oficial» norteamericana en Moscú. El embajador Bullitt fue el invitado de honor. Tuvimos tanto éxito que tuvimos que hacer un segundo preestreno.

Luego hicimos el estreno para el público ruso (en este caso «público» significa los miembros del Partido que estaban en buena posición y podían obtener entradas del Comisariado). Fue un gran éxito. Salió dos veces mejor que en los preestrenos. A la mañana siguiente, Melacrino me leyó la crítica del *Izvestia*. Era la cosa más elogiosa que jamás habían escrito sobre mí desde la reseña de Woollcott en el *Sun* de Nueva York, en 1924.

Yo sabía que lo había hecho bastante bien. Mi tipo de comedia ya había resultado infalible con el público de Londres y desde Broadway hasta L. A., y había descubierto que la gente se reía de la misma manera en todo el mundo con la pantomima. Tenía confianza en mí mismo y estaba bien preparado.

Pero no estaba preparado para una cosa. Nunca había topado con gente que se riera tan fácilmente como los rusos. Tal vez la risa representaba para ellos un lujo, más que para nadie. Tal vez se morían de sed de ella. Dejé de intentar comprenderles. Al andar por la calle, al trabajar o al hacer cola, eran las personas más controladas que había visto jamás. En el teatro, las mismas personas eran incapaces de contenerse. Con cada uno de mis movimientos, el teatro se venía abajo. El director del Teatro de Arte de Moscú, el individuo que con sus pruebas casi me echa de la ciudad, todavía tenía lágrimas en los ojos de tanto reírse cuando vino a felicitarme.

Desde luego, no fue fácil montar mi número en Moscú. En mi vida había trabajado tanto para un estreno. El sentido del humor ruso era una cosa maravillosa una vez que funcionaba a tu favor. Peero ¿cómo ponerlo en funcionamiento? Ése era el problema.

Me habían destinado cuatro partes en el espectáculo, que había de ser una especie de revista. Yo decidí hacer un solo de arpa primero, para

presentarme, y luego el número del clarinete de las burbujas. En el segundo acto, hacía un número de pantomima cómica y en mi última salida volvía al arpa y tocaba cuanto el público quisiera.

La parte con la que menos problemas tendría pensaba yo, sería la pantomima. Pero no fue así: fue la única que me dio problemas.

La escena que preparé era la del principio de *Cocoanuts*, con unas cuantas variaciones tomadas de *Vil Say She Is*. Entro a inscribirme en un hotel. Rompo los telegramas y el correo. Decido que tengo sed. Pego un trago del tintero que hay sobre el escritorio. La tinta —una vez tragada— actúa como un veneno. Lanzo un Gookie. Necesito un antídoto. Saco un guante de goma, lo inflo y lo ordeño. La leche me desintoxica. Ahora me siento estupendamente. Salto sobre los hombros del actor que me da la réplica, y lanzo plumas como dardos hasta que golpeo una placa de la pared y suena un timbre y gano un puro. Se apagan las luces. La segunda parte de la escena era la vieja rutina de los cuchillos que caen de las mangas. Para acabar con un *gag* local, dejaba caer, en vez de una tetera de plata, un samovar en miniatura.

La primera vez que presenté mis números, en el primer ensayo, el elenco aplaudió el solo de arpa. Aullaron y aplaudieron cuando empezaron a salir burbujas del clarinete. Pero durante la escena cómica, en la que había trabajado toda la noche con mi actor de réplica ruso, permanecieron inmutables. Al acabar, sonrieron cortésmente, y nada más. ¡Oh, no!, pensé. ¡Ya estamos otra vez!

El escritor que hablaba inglés y se parecía a Kaufman trepó al escenario.

—Sus movimientos son extraordinarios —dijo—. Pero, por favor, perdónenos. No conocemos la historia. Si puedo decirlo así, se nos escapa el sentido.

—¿El sentido? —dije—. No hay ningún sentido. No son más que gansadas, sabe usted: puro juego.

—Sí, sí, claro —dijo, como si hubiera comprendido, lo cual no había sucedido en absoluto—. Pero, ¿podría preguntarle qué es lo que le empuja a destruir las cartas? ¿Por qué se bebe la tinta, sabiendo que es tinta? ¿Cuál era el motivo para robar los cuchillos que pertenecían al hotel?

Me quedé de piedra. Había hecho estos trabajitos cientos de veces y era la primera vez que alguien me preguntaba *por qué* los hacía.

—Lo único que sé —dije— es que si algo hace reír a la gente uno lo hace de nuevo. Es la única razón que hace falta. ¿No es así?

Ahora el ruso estaba desconcertado. Dijo:

—No.

—¿No? —pregunté yo.

—Perdóneme —dijo—. Tal vez es diferente en el teatro norteamericano. Aquí hay que contar una historia que responda a las preguntas del público, o su actuación fracasará.

Bueno, qué diablos. Era problema de ellos, no mío. Era para su gente para quien yo tenía que actuar.

—Bueno —dije—. Si piensan que necesito un guión, cocínenme uno. Lo seguiré. Pero recuerden: en escena yo no hablo.

Me lanzó una gran sonrisa.

—Mi colega y yo escribiremos la escena —dijo—. No tema. No cambiaremos su parte. Simplemente le daremos un sentido. Lo comprende, ¿verdad?

—Sí… Lo comprendo —dije yo, que ciertamente no comprendía.

Así pues, los escritores rusos —les llamaré George S. Kaufinanski y Morrie Ryskindov— prepararon un guión. No se metieron en absoluto con mis cosas, tal como Kaufmanski había prometido. Lo que hicieron fue incorporar tres nuevos papeles: un médico, una señora, y el marido celoso de la señora. Ellos se encargaban del drama entre mis trozos de comedia. Lo que yo había planeado como sketches de dos minutos se convirtió en una obra de diez minutos y dos actos. Pero la duración neta de mi trabajo seguía siendo de dos minutos. El resto del tiempo, mientras los actores declamaban, yo me congelaba, esperando a que el director me diera la entrada para iniciar mi siguiente rutina.

Yo no tenía la menor idea de lo que el médico, la señora y el marido de la señora decían en ruso. Nunca lo averigüé. Cuando se lo pregunté a Melacrino dijo:

—No es importante para usted.

Cuando se lo pregunté a George S. Kaufmanski, se encogió de hombros, sonrió y cambió de tema. Era muy extraño, por decir lo menos, ser la estrella de una obra cuyo argumento uno desconocía hasta en la más mínima frase.

Los escritores llamaron al resto del personal para un ensayo general de su versión de *Fun with Harpo* (Diversión con Harpo) para el Arté de Moscú. Esto no es nada, me dije. Simplemente no habéis podido con mi estilo de locuras sin quitar toda la comedia que había en ellas.

Pero que me muera y me condene si no los volvía locos.

Lo mismo sucedió con el teatro a reventar, el día en que estrenamos para el «público». Mientras los actores de apoyo declamaban, entre los fragmentos de comedia, nadie en el público se movía. Nadie arrugaba un periódico ni tosía. Cuando la parte dramática terminaba, podía ver las cabezas asistiendo en primera fila y los ojos que se volvían hacia mí. Entonces sólo tenía que hacer temblar una ceja para que el local se viniera abajo, así de dispuestos a reírse estaban. Me importaba un rábano el argumento. Era el sueño de un cómico.

Al final del espectáculo, el público se puso de pie para aplaudir y perdí la cuenta de cuántas veces me hicieron salir. El crítico de *Izvestia* dijo que yo había recibido «una ovación de pie, sin precedentes, de diez minutos de duración». Yo no tomé el tiempo, pero parecía que la multitud nunca se calmaría y se iría a casa. Tal vez odiaban la idea de salir del teatro, enfrentarse a las calles heladas y a sus casas llenas de corrientes de aire, y se imaginaban que mientras siguieran aplaudiendo y yo siguiera saliendo a saludar ellos podían seguir allí calentitos.

Ningún otro éxito me produjo jamás tanta satisfacción. Además, ocurrió en mi cuadragésimo cumpleaños.

Lo que dos semanas antes era una ciudad situada en la otra cara de la luna, ahora era una nueva ciudad mía. Me encantaba ver los carteles en todas las grandes avenidas anunciando el espectáculo y reconocer mi nombre en caracteres rusos. Era así: ХАРПО МАРКС. Lo más aproximado que yo lograba pronunciar, por la forma en que lo escribían era «Exapno Mapcase».

Así que yo era Exapno Mapcase, el ídolo de Moscú.

El espectáculo se presentó durante seis semanas en Rusia. Hicimos dos semanas en Moscú, una semana en Leningrado, una semana de funciones únicas en ciudades pequeñas y dos semanas finales en Moscú. Los números de variedades que llenaban el programa cambiaban cada semana, junto con los actores de mi «obra», pero dos permanentes siguieron conmigo: la cantante y el actor de réplica. Éste no era Groucho, pero hablaba Alto Alemán tan bien como yo hablaba *Plattdeutsch*, y podíamos comunicamos, en cierto modo.

Actuásemos donde actuásemos, los públicos rusos nunca me defraudaron. Las únicas veces en que yo les fallé fríe cuando me negué a hacer un tercer o cuarto encore de «Rose Marie». Durante el invierno de 1933-1934, todos en Rusia cantaban «Rose Marie, I love you». La canción había arrasado el país. Todos los actores de todos los espectáculos le hicieron homenajes. La cantaban barítonos (para quienes estaba escrita), sopranos masculinos y tenores femeninos, todos los cuales parecían tener bigotes y piernas como para sostener una mesa de billar.

Tuve oportunidad de ver otras puestas en escena en las noches libres y las tardes en que no tenía función vespertina. El vodevil soviético utilizaba abundantemente a los acróbatas, equilibristas, bailarinas de *kazatski*, malabaristas y animales amaestrados. En realidad, el Vodevil del Pueblo era una versión adulterada y escenificada del Circo del Pueblo. El circo era con mucho el tipo de espectáculo más popular.

Logré ver dos obras de teatro auténticas. Una era una puesta en escena de Chéjov, en el Teatro de Arte de Moscú, que me costó mucho seguir a pesar de los subtítulos de Melacrino. La otra era una obra antirreligiosa titulada «El Séptimo Regimiento va al Paraíso», presentada como una farsa de los Shubert. No tuve problemas para seguir esta última. Los personajes obscenos en que habían convertido a los santos y apóstoles me revolvían el estómago, y hacían al resto del público desternillarse de risa de principio a fin.

Yo nunca había sido estrictamente religioso, pero el recuerdo de aquel espectáculo todavía me pone enfermo.

Tras mi triunfo, Melacrino se sintió súbitamente más relajada, y ahora podía salir solo casi siempre que quería. Un día en que no tenía función vespertina, me escabullí y me fui a buscar algo de acción. Frente a un teatro de buen tamaño, uno en el que todavía no había estado, había una cola desusadamente larga de gente. La cola no se movía. No vendían entradas. Tenía que ser algo sensacional para que tanta gente esperara fuera.

Desde el día en que compré mi equipo en la tienda del gobierno me había acostumbrado a la idea de que los extranjeros no hacen cola. Me dirigí a la taquilla y agité un dólar frente al encargado. Éste me arrebató el billete y me dio una entrada. El *valootye* —las divisas extranjeras— hacían maravillas en Moscú.

El local estaba repleto y ruidoso. La mayor parte del público estaba de pie o andaba, charlando, bebiendo y comiendo. Otros dormían o leían. Al parecer, yo había entrado en el entreacto. Pero el telón estaba levantado y el escenario iluminado. Lo más extraño de todo era el decorado del escenario. Había una pequeña mesa y una silla. En la mesa había dos teléfonos y un montón de chismes. Detrás de la mesa había un gran espejo inclinado.

Era el entreacto más largo que jamás me había soplado. Pasaron quince minutos. Veinte minutos. Veinticinco. Nadie parecía preocuparse por tener que esperar tanto para el acto siguiente.

Entonces sonó un timbre. La gente casi se atropella para volver a sus asientos. En treinta segundos, el teatro estaba más silencioso que una tumba. Todo el mundo miraba el escenario vacío.

Un chico, de unos diez u once años, entra por un lado. Se sienta a la mesa. Toma uno de los auriculares de uno de los teléfonos. Escucha un momento, luego cuelga sin decir nada. Mueve uno de los pequeños accesorios que hay sobre la mesa. El local está tan silencioso que oigo el tic-tac de mi reloj de pulsera. El niño mueve otro chisme. Entra un individuo, anda hasta las candilejas, anuncia algo al público y el local se viene abajo.

La gente se pone en pie de un salto. Gritan y lanzan los sombreros al aire y se abrazan unos a otros. El tipo que ha hecho el anuncio estrecha la mano del niño y los vítores se vuelven ensordecedores. Éste es absolutamente el espectáculo más loco que jamás he visto.

Finalmente se me ocurrió qué era lo que estaba viendo: un torneo de ajedrez.

El niño del escenario, según descubrí, había estado haciendo las jugadas del campeón polaco de ajedrez y del campeón ucraniano, por larga distancia telefónica. Era bueno saber que el equipo local había ganado, pero habría sido mejor recuperar mi dólar.

En la víspera de su partida a Washington, el nuevo embajador soviético en Estados Unidos, Alexander Troyanovsky, dio una cena para la colonia norteamericana en Moscú. La fecha era el 30 de noviembre y que me condene si no nos obsequió con una cena de Acción de Gracias a la antigua usanza. Debo decir que el pavo relleno con todos sus acompañamientos fue un alivio muy de agradecer después del interminable caviar de cada día.

Troyanovsky se tomó grandes molestias para lograr que la cena fuera auténtica hasta en el último detalle. El detalle que más molestias le dio fue el apio. Su equipo de investigación le comunicó que tenía que haber apio picado en el relleno y ramitas de apio a manera de guarnición, así como aceitunas y pepinillos dulces. El equipo había conseguido patatas dulces, arándanos y calabazas. Pero fracasaron con el apio. En la medida de sus conocimientos, incluso con la ayuda del Ministerio de Agricultura, no existía ni una hoja en toda la Unión Soviética a esas alturas del año.

Enviaron un correo diplomático en misión especial. Tenía órdenes de dirigirse al oeste y seguir hacia el oeste hasta que encontrara apio fresco. No encontró apio fresco antes de Varsovia. Telefoneó al Kremlin diciendo que tenía la mercancía. En la frontera le recibió una escolta de soldados que le metieron en un avión del Ejército Rojo. En el aeropuerto de Moscú otra escolta le sacó del avión y le metió en una limusina. El apio llegó a la cocina del embajador a tiempo para intervenir en el relleno.

Fue una magnífica cena y un gesto estupendo. Sólo hacía dos semanas que habíamos reconocido a los rusos y ya confraternizaban con nosotros como si fuésemos antiguos aliados.

Todo esto dio esperanzas a los chicos de los periódicos extranjeros; podrían empezar a cazar sus propias noticias, en vez de sentarse a esperar

las sobras. No tenían razones para dudar —todavía— de que los Rojos cumplirían los términos de su pacto con Estados Unidos. En ese pacto, prometían estimular el intercambio de ideas e información. También se comprometían a «abstenerse de hacer propaganda contra la política o el orden social de Estados Unidos».

Los corresponsales extranjeros alquilaron un apartamento en Moscú a manera de club cooperativo. Allí se pasaban la mayor parte del tiempo, acurrucados en torno a una insuficiente estufa de carbón y jugando al *poker*, mientras esperaban la luz verde del Kremlin que les permitiría marchar a Siberia. Siberia era el mayor misterio de la misteriosa Unión Soviética. Los Rojos dejaban entender que era una tierra de milagros, donde las fábricas, incluso las de las ciudades, estaban excavadas en el hielo y la roca. Los occidentales sospechaban otra cosa: que Siberia era un campo de prisioneros continental, donde un millón de exiliados políticos trabajaban como esclavos.

El embajador Bullitt se empeñaba en obtener salvoconductos de viaje para los reporteros. El Kremlin seguía prometiendo que estaban a punto de dárselos. Pero hasta donde yo sabía, ningún corresponsal había logrado llegar a Siberia.

Una noche jugué con ellos al *poker*. Tuve buena suerte, pero salí perdiendo. Jugábamos con rublos, no con dólares, y el papel de moneda rusa era tan delgado que se desintegraba tras cambiar de manos unas cuantas veces. Fue la primera vez que perdí al *poker* por desgaste del dinero.

Se podían comprar muchos rublos con un dólar norteamericano, y si uno los gastaba antes de que se desgastaran podía obtener algunas buenas gangas. Los cablegramas eran una ganga. Envié cables a toda la gente que conocía, a granel, aproximadamente a dos centavos por cable.

Algunos pasaron la censura sin modificaciones, otros no. Uno de los que no pasaron fue un cable dirigido a Woollcott: «HE PASADO POR EL ARO MÁS DIFÍCIL. YA NO ESTOY BLOQUEADO CON EL ROJO. TODO VIENTO EN POPA. EXAPNO MAPCASE». Esto debió mantener las luces encendidas toda la noche en el departamento de contraespionaje del GPU.

Finalmente, logré ver el interior del Kremlin, gracias a la influencia de Duranty. (Esto fue veinte años antes de que el Kremlin empezara a competir con Disneylandia por los dólares de los turistas). La exhibición de los tesoros de los zares era fantástica. En comparación, el Rancho Hearst en San Simeón parecía una colección de *souvenirs* de Atlantic City. Ni en mis sueños más delirantes podría haber imaginado tal despliegue de riquezas: coronas, joyas, mantos, carruajes, todo tan deslumbrante que los ojos se te salían de las órbitas. Había más riquezas allí, según los criterios norteamericanos, que en las bóvedas del Chase National Bank. Según los criterios soviéticos, aquello no valía nada, no era más que un montón de trofeos.

Uno de los mantos de la zarina, que arrastraba por el suelo su larga cola, estaba ribeteado con armiño y recamado de perlas hasta parecer sólido, miles y miles de perlas perfectas. Uno de los carruajes del zar tenía ruedas de oro macizo. Por dentro, estaba recubierto de hoja de oro y repujado de perlas y esmeraldas.

Los muros del dormitorio de la zarina en el Palacio de Verano estaban cubiertos, del techo al suelo, de iconos. Otra habitación estaba hecha con ámbar puro: suelo, muros y techo. Los visitantes tenían que ponerse zapatillas para entrar en ella. Según el guía, el ámbar había sido un regalo del Kaiser al Zar. En retribución, el zar le había enviado al Kaiser un juego de tres soldados, magníficos ejemplares de seis pies y cinco pulgadas de altura, para su uso personal. El guía no aclaró para qué los había usado el Káiser.

En otra habitación más me sorprendió mucho ver, en medio de toda aquella magnificiencia, que la nieve entraba por las ventanas rotas. El guía explicó que los que luchaban en la calle habían tirado piedras a aquellas ventanas durante la Revolución. A continuación señaló que para él eran las únicas piezas preciosas de toda la exposición. Sobre la alfombra, al otro lado de la habitación, estaban las piedras que los bolcheviques habían lanzado. No habían tocado las piedras desde el día que entraron rompiendo las ventanas, dieciséis años atrás.

¡Tantas contradicciones, tantos contrastes! Los rusos eran a la vez el pueblo más cálido y más frío que jamás había conocido, el más serio y el más fácil de divertir.

Un viernes por la noche, durante la función, tuve la sorpresa de ver a uno de los tramoyistas con un *yarmilke*[53]. Recordando la obra antirreligiosa que había visto, le pedí a Melacrino que le preguntara al tramoyista si era verdad que no había *shuls* (sinagogas) en Moscú. El tipo bajó la vista a sus pies, que estaban cubiertos con trozos de harapos, y se encogió de hombros, azorado.

—Con esto estoy suficientemente caliente —dijo.

Me di cuenta de que Melacrino no me había comprendido. Creía que yo había dicho «zapatos»[54]. La corregí y ella volvió a enunciar la pregunta. Esta vez, le fue más fácil responder al hombre.

—Es cierto que no hay *shuls* —dijo—. Pero tampoco hay pogroms.

Me deseó un buen Sabbath y yo le deseé lo mismo.

Un día antes de la salida de la compañía hacia Leningrado, un extraño vino a verme a mi habitación del hotel. Había visto el espectáculo y quería darme las gracias personalmente por el placer que yo le había dispensado. El tipo era inconfundiblemente ruso. Pero su ropa, también inconfundiblemente, no lo era. Tenía elegancia y era de su talla. El traje que llevaba, de lana oscura con estrechas rayas rojas, me parecía extrañamente familiar. Miré la etiqueta del bolsillo interior. Efectivamente, el traje había sido confeccionado por Benham, un sastre teatral de Nueva York.

Algo en aquel traje tenía otras resonancias. Yo no lograba descubrir qué era. Le pregunté al hombre, a través de Melacrino, cómo era que llevaba aquella ropa. Un pariente lejano se la había enviado desde América, dijo. Le pregunté el nombre del pariente. Me lo dijo. Era la suegra de Chico.

El traje de rayas rojas había sido mío. Ahora lo recordaba muy claramente. Me lo hice hacer en Benham durante las representaciones de *Cocoanuts* y había desaparecido, una noche, de mi camerino. Yo no había denunciado el robo porque pensaba que quienquiera que lo hubiese

escamoteado, fuese el guardián nocturno o el hombre de la limpieza, lo necesitaba mucho más que yo.

Tendría que viajar a siete mil millas de casa, hasta el corazón de la Unión Soviética, para descubrir que Chico seguía siendo el Chico de la calle Noventa y Tres partidario de compartirlo todo, y que podía oler el dinero a través del papel de pared.

Tomamos el tren de día de Moscú a Leningrado, y ese viaje fue como un sueño para mí. El paisaje por el que pasamos era un continuo y milagroso despliegue de escenas de tarjetas de Navidad. Sobre un extraterreno telón de fondo blanco, desfilaban *tableaux* en miniatura ante el proscenio de mi ventana. Un caballo tirando de una *droshke*, con el conductor acurrucado entre pieles. Un grupo de pinos decorados con cientos de carámbanos. Una aldea medio enterrada, con la roja cebolla de lo que soba ser la iglesia destacando entre los tejados cubiertos de nieve. Niños, pequeñas bolas de pieles, patinando en un estanque helado mientras el humo de su hoguera asciende directamente al cielo gris pálido y sin viento.

Empezó a nevar pesadamente, como si hubieran bajado un telón para acabar con el sueño. Yo volví a la realidad.

Había un samovar gigantesco al final del vagón. Los pasajeros se servían ellos mismos vasos de té humeante. Tomé un vaso de té, aguardando esperanzado a que la nevada terminase. Entró un hombre que alquilaba radios. Tomé una y me puse los auriculares. Sólo se oía el golpeteo de las ruedas del tren. Seguía nevando. Me puse a dormir con los monótonos auriculares puestos. Me desperté cuando el asistente vino a recoger la radio. Estaba oscuro. Melacrino dijo que estábamos llegando a Leningrado.

En comparación con Moscú, Leningrado era una ciudad de postal. Hecha de puentes, palacios, catedrales y monumentos, atravesada por ríos y canales congelados, era exactamente el tipo de sitio al que uno espera llegar después de un viaje por un paisaje navideño. No vi barrios pobres en Leningrado, pero hay que considerar que no tuve mucho tiempo para pasear. Mis adelantados, Duranty y Lyons, habían hecho correr la voz de

que yo era uno de los proyectos personales de Litvinov y fui agasajado con vinos y manjares —bueno, quiero decir, con té y caviar— por toda la ciudad.

Sí logré pasar una tarde en el Palacio de Invierno, escenario del principio de la Revolución el 7 de noviembre de 1917. Un ala del palacio había sido convertida en museo de arte. Yo no me esperaba los cuadros que vi en aquel museo. Había obras de Rafael, Tiziano, Da Vinci, Botticelli, Rembrandt, y una sorprendente colección de impresionistas franceses.

No pude evitar comparar esta colección con lo que había visto en el Kremlin. En la época en que el resto de Europa producía obras de arte inmortales, los zares de Rusia habían estado al parecer demasiado ocupados, agenciándose carruajes de oro macizo, para patrocinar a ningún artista con excepción de los pintores de iconos. La mayoría de los iconos que vi eran bastante horribles. También lo eran, de otra manera, la mayoría de los cuadros soviéticos modernos. Tal vez no había ninguna moraleja en este caso, sino la vieja verdad de que los rusos son pésimos pintores.

Salimos de transhumancia desde Leningrado hacia poblaciones como Novgorod, Malaya Vishera, Vyhni Volochek y Kalinin. Esto era aproximadamente como hacer la gira de invierno desde Fargo hasta Spokane, en el circuito Pantages. Digo «aproximadamente» porque hacía aún más frío que en Montana y nunca vi ni un solo salón de billar.

Pero el público no podría haber sido más cálido. Aquel éxito en el interior de la Unión Soviética, donde no se había presentado ninguna película de los Hermanos Marx —donde, en realidad, nadie había oído hablar de ningún Marx que no fuese ruso, a excepción de Karl— me produjo una gran satisfacción.

También fue satisfactorio descubrir que en las poblaciones pequeñas yo podía cambiar cupones de la United Cigar Store —que llevaba en el baúl como parte de mis accesorios— por rublos, a la cotización del dólar.

Con todo, me alegré de volver a Moscú.

Fue un regreso triunfal. El teatro estaba vendido para todas mis actuaciones de la segunda estancia en Moscú. Ya no podía meter la pata, no podía fallar, así que me puse tan engreído que me negué a tocar «Rose Marie».

Cuando descendió el telón, al final de la última función programada, el público no me dejó marchar hasta que hice seis encores. Era muy tarde cuando llegué al hotel aquella noche. Había un mensaje para mí: «LLAME POR FAVOR AL SEÑOR LITVINOV. URGENTE».

El señor Litvinov, cuando le llamé, me dijo que me debía una disculpa. Estaba encantado de haberme visto tantas veces en sociedad, pero que sentía mucho no haber podido verme actuar ni una sola vez. Las presiones de su cargo habían sido simplemente aplastantes. Esto ya lo sabía. Cada vez que me encontraba con los Litvinov, en el té o el almuerzo o alguna recepción, recibía una llamada del Kremlin y tenía que salir corriendo. Stalin seguía el horario más loco de cualquier jefe para el que un tipo haya tenido que trabajar.

Litvinov dijo que le gustaría pedirme un favor enorme. ¿Podría yo —querría yo— hacer una función extraordinaria mañana por la noche? Nada le impediría verla.

—Por favor, no me interprete mal —dijo—. No es una función obligatoria. Es una humilde súplica personal.

Le dije que sería un honor para mí si el resto de la compañía estaba de acuerdo. Se rió.

—Para el resto de la compañía —dijo—, mucho me temo que será una función obligatoria.

A la hora de alzar el telón, la noche siguiente, sólo había un asiento vacío en la casa: el del invitado de honor. Esperamos. Entonces Ivy Lee Litvinov envió una nota a los camerinos desde su palco diciéndonos que empezásemos. Su marido había sido llamado a la oficina del Premier, explicaba, pero llegaría al teatro en unos minutos.

Hicimos la primera mitad del espectáculo. A la hora del entreacto el señor Litvinov no se había presentado. Esperamos. El público, como los rusos son siempre capaces de hacer cuando hay demoras en un teatro, convirtió el teatro en una fiesta. Paseaban en pequeños grupos, chismorreaban y discutían, bebían té y vodka y comían caramelos.

Una hora más tarde, Litvinov apareció en su palco, sonriendo y haciendo gestos de disculpa. El público le vitoreó y corrieron a sus asientos.

Fue el mejor público que tuve en Rusia. Creo que les di lo que se merecían. Pero no podía darme cuenta desde el escenario de si el Ministro de Exteriores estaba disfrutando con la actuación o no. Cuando salí para el primer *encore* mi entusiasmo se vino abajo. El palco del invitado de honor estaba vacío. Litvinov se había ido y también su mujer. Ataqué el arpa sin mucha alegría.

Cuando terminé la pieza, vi que pasaba algo raro con el público. Estaban aplaudiendo pero no me miraban a mí. Miraban al camarada Maxim Litvinov. Éste se hallaba en el escenario, justo detrás de mí. Se me acercó, me puso un brazo en el hombro e hizo un breve discurso en ruso. Luego se volvió hacia mí y dijo:

—Nos ha dado usted preciosos momentos de placer, Harpo. Siempre estaremos en deuda con usted. En nombre de la URSS, le doy las gracias.

Me tendió la mano. Yo se la estreché. Una cascada de cuchillos de metal cayeron de su manga con gran estrépito sobre el escenario.

El público explotó en un gran grito. Fue la carcajada más grandiosa que jamás logró aquel chiste. La única vez que hice de actor de réplica, obtuve mi mejor carcajada. Y mi cómico fue el Ministro de Exteriores de la Unión Soviética.

En la mañana de mi último día en Moscú, Walter Duranty me llamó para preguntarme si por favor podía reunirme con él en la embajada. El embajador quería decirme adiós.

En el despacho privado del señor Bullitt, los tres tomamos café —buen café americano— y hablamos de banalidades. En un momento dado, Bullitt dijo, como quien no quiere la cosa:

—Harpo, ¿me haría usted un favor? Me gustaría que esto fuera trasladado de vuelta a los Estados Unidos, personalmente.

Me tendió un delgado paquete de cartas atadas con un cordel.

Le dije que me encantaría llevarlas. Alargué la mano para tomarlas, pero Bullitt no me lo permitió.

—No es tan simple como pueda usted creer —dijo—. Este paquete debe llegar a Nueva York sin ser detectado. Nadie —*nadie*— debe saber que lo

tiene. Se lo ataremos a la pierna, bajo el calcetín. ¿Sigue usted queriendo hacerlo?

Claro que seguía queriendo. ¿Por qué no? Nadie sospecharía jamás que yo era un correo diplomático. Por eso precisamente me pedía que le hiciera aquel pequeño servicio, dijo Bullitt.

—¿Y a quién quiere que se lo entregue? —pregunté, y él dijo que no tenía que preocuparme por eso. Yo sería contactado en cuanto llegara al país.

—Bueno —dije—, átenme.

Sujetamos el paquete en la cara interna de mi pierna derecha y lo aseguramos con tiras de cinta adhesiva.

—Simplemente olvídese de que lo lleva —dijo el embajador—. Excepto cuando se meta usted en la ducha.

Me dio las gracias, me deseó un buen viaje y nos despedimos. Duranty me llevó al hotel. Melacrino estaba esperando en el pasillo delante de mi puerta. ¡Oh, Dios mío, Dios mío!, pensé, cómo se pondría si supiera que yo también me había convertido en agente secreto.

—Cariño —le dije—, me había olvidado de decirte una cosa. Yo también soy un espía. Me estoy llevando el diseño del tractor Ford de contrabando. Ella cerró los ojos, asintió y dijo:

—Es una broma.

Yo estuve de acuerdo: no era muy buena, pero era una broma.

Melacrino se quitó el abrigo, los chanclos, el sombrero de astracán y las gafas y se sentó a verme acabar de hacer las maletas. Era el momento más cálido que había tenido conmigo. Le dirigí un gran guiño procaz. Rápidamente, se puso las gafas y allí terminó nuestro *affaire* íntimo.

Me observó atentamente mientras guardaba los regalos que había comprado para llevarme. Era un buen montón de cosas: varios pares de guantes de piel negros, réplicas de la diadema de la zarina; portavasos de té, cucharillas y pitilleras de plata; iconos, juegos de ajedrez, bordados campesinos, juegos de trinchantes con mango de marfil, gorros de piel y botas forradas.

Me sentía culpable. No había comprado nada para Melacrino.

—¡Ey, espía! —le dije—. Quiero darte una cosa como recuerdo. ¿Qué te gustaría? Cualquier cosa de las que hay en el baúl: escoge tú.

Ella sacudió la cabeza.

—Tengo todo lo que pueda desear —dijo—. No puedo aceptar regalos, gracias.

Se levantó y pasó los dedos acariciadoramente por la pared de la habitación.

—¿Ve usted? —dijo—. Esto es tan mío como de cualquier otro. Éste es mi regalo.

Lo dijo en tono de desafío. Pero sonaba nostálgica a la vez, y se traicionó. Mañana, cuando yo hubiera partido, ella volvería a su piso helado y a la rutina de la sombría oficina en la que sin duda trabajaba. Se acabarían los lujos del Hotel Nationale, las limusinas, las recepciones diplomáticas, los viajes a Leningrado y las charlas entre bastidores con los peces gordos del Kremlin.

Cerré el baúl. Melacrino se puso el sombrero, el abrigo y los chanclos y me estrechó la mano. Aparentemente, había concluido el inventario mental de todo lo que me llevaba, los detalles de su informe final. Ya no tenía nada más que hacer.

—Adiós, mister Marx —dijo.

—Dahsvedahnya, cariño —le dije, y ella añadió:

—Ha sido una gran cantidad de risas.

Yo cerré los ojos y asentí, y ella salió de la habitación hacia su nueva misión.

Aquella tarde, Eugene Lyon y su mujer vinieron a despedirse. Insistieron en llevarme a la plaza Pushkin para hacer mi número de los cuchillos junto a la estatua de Pushkin. Luego, para los fotógrafos soviéticos, llené de cuchillos las mangas de la estatua y ellos fotografiaron a Pushkin haciendo mi número.

Más tarde, Duranty y un individuo de la embajada vinieron para llevarme al tren. El arpa y el baúl ya habían partido, transportados desde la

habitación del hotel por el habitual pelotón de mujeres cuadraditas con sus *babuschkas* y sus uniformes sobrantes del ejército de Gengis Khan.

En la estación, Duranty dijo que tal vez me divertiría saber que el crítico de Izvestia que había reseñado mi estreno moscovita acababa de ser ejecutado por un crimen contra el Estado. Pero no había sido fusilado por elogiar mi decadente y burguesa comedia. Lo habían ejecutado por mercado negro de rublos y *valootye*.

Hasta que Duranty me dijo eso, yo me había olvidado prácticamente del paquete de cartas que llevaba atado a la pierna. Ahora lo sentía como un grillete. Cuando el expreso de Polonia salió de la estación, no podía pensar en otra cosa. Así que verdaderamente me había jugado el pellejo aquella noche en la frontera, al entrar en Rusia. Me invadió un súbito escalofrío. ¿Qué tal si Poca Frente y su equipo estaban de guardia cuando yo saliera, y me reconocían? ¿Supongamos que me revisaran, sólo por recordar los viejos tiempos? ¿Qué sucedería cuando encontraran lo que llevaba oculto? ¡Dios Todopoderoso! ¿En qué me había metido Woollcott?

Podía oírme a mí mismo diciéndole a Melacrino, ocho horas antes:

—Sí, es una broma, cariño.

¡Y qué broma! Yo tenía miedo, tanto miedo que me quedé dormido y se me pasó la hora de la cena.

La siguiente cosa que oí fue una voz ronca que decía:

—¡Marx! ¡Marx! ¡*Tovarich* Marx!

Abrí los ojos. Era de día. El tren se había detenido. La voz pertenecía a un soldado rojo de la guardia fronteriza. Le reconocí de dos meses atrás y él me reconoció a mí. Hizo un gesto brusco con la cabeza para indicar que debía seguirle. Yo me puse el abrigo y el sombrero, cogí mi maleta, y le seguí fuera del tren.

Para entonces la mayoría de los pasajeros estaban en fila junto a la oficina de inspección, esperando para mostrar sus papeles. Le pregunté al guardia, en pantomima, si no sería mejor que me pusiera en la cola. Él me respondió en la misma lengua: «No». —Y me condujo al interior de la estación. Allí, esperándome, estaba mi viejo amigo el coronel Poca Frente.

—Su pasaporte, por favor —dijo, a través del intérprete. Le tendí mi pasaporte. Poca Frente se lo dio a un soldado que desapareció con él.

El coronel dijo:

—Por favor venga conmigo al cuartel general.

Yo no lograba pensar con claridad. Tal vez andaba derecho, pero me sentía como un ciclista mareado condenado a correr por la cubierta de un barco en plena tormenta. Llegamos al cuartel general. Poca Frente abrió la puerta y me indicó que entrase. Entré. Esperándome, de pie en medio de la oficina, había un oficial del ejército que debía ser por lo menos mariscal de campo, un tipo rollizo condecorado con igual número de estrellas y cicatrices. Me miraba fijamente y hacía rechinar sus dientes.

Yo dije:

—¿Alguno de ustedes se sabe alguna estrofa de «Peasie Weasie»?

El general miró al coronel. El coronel miró al intérprete.

El intérprete me dijo:

—¿Disculpe?

No le respondí. No podía.

El general me lanzó una diabólica sonrisa, que con todas las cicatrices de su rostro recordaba un mapa de ferrocarril de Rock Island. Gruñó y señaló una mesa al otro extremo de la oficina. Sobre la mesa, en torno a un samovar caliente, había botellas de vino y vodka, montones de pan, tazones de crema agria y bandejas de caviar, arenque, salchichas, pepinillos y *piroshki*.

El general lanzó una orden.

—¡Coma! —dijo—. Es su última oportunidad. En Polonia comen como cerdos.

Sin más, el general obedeció su propia orden. Por eso había estado haciendo rechinar los dientes. No podía esperar más. En quince minutos, había consumido la mitad de las viandas que había sobre la mesa, regándolas con media botella de vodka. Yo tampoco me abstuve, dado que me había perdido la cena en el tren.

El coronel Poca Frente me tranquilizó, mientras comíamos, diciendo que mis papeles y mi equipaje estaban siendo procesados por sus hombres. Un invitado de honor de la Unión Soviética, dijo, no debe hacer cola. Cuando otros tres oficiales entraron en el cuartel general, se sorprendieron de verme allí. El coronel les informó de quién era yo. Pude reconocer las

palabras: «*Tovarich* Marx» y «*Tovarich* Litvinov». Al coronel le gustaba dejar caer nombres famosos.

Un soldado trajo mis papeles y el intérprete dijo:

—Es hora de tomar el tren, por favor.

El general se chupó la crema agria de los dedos y me dijo adiós con la mano. Los demás oficiales estrecharon la mía, uno por uno, y fui escoltado hasta el expreso de Varsovia. Me sentía repleto y grogui cuando me dejé caer en mi asiento. Ahora ya no tenía nada que temer, me dije, pero se apoderó de mí una reacción tardía y empecé a temblar. Como no conocía ningún remedio para mi estado, temblé hasta quedarme dormido.

Si el viaje de Moscú a Leningrado había sido un sueño, el viaje de Moscú a Nueva York fue una pesadilla kilómetro por kilómetro. Originalmente, había planeado parar en París una semana o así, y luego saltar a Londres a ver a Chico, que debía estar allí a mediados de enero para una serie de actuaciones.

Pero mi misión secreta alteró mis planes considerablemente. Me detuve sólo cuando era absolutamente imprescindible y no más tiempo que el necesario para cambiar de trenes. Estaba tan consciente de lo que llevaba bajo el calcetín que favorecía mi pierna derecha sin darme cuenta, y me descubrí a mí mismo cojeando. Yo siempre había sido un individuo poco notable fuera del escenario, pero ahora la gente parecía mirarme como si me hubiera olvidado de ponerme los pantalones.

Era asombroso cuántos agentes de contraespionaje podía identificar, por sus miradas sombrías y sus movimientos escurridizos, en los trenes y las estaciones. Debí descubrir en total unos seiscientos agentes, seis más seis menos. Los más peligrosos, como yo sabía, no eran los tipos oscuros y escurridizos. Ésos eran demasiado evidentes. Con los que había que tener cuidado era con individuos como el que se me aproximó corriendo entre dos trenes, me dio una palmada en la espalda y me dijo:

—¡Hola, muchacho! ¡Me alegro de ver a otro Bobo *Dandy* Yanki! ¿Vas o vienes?

Yo iba. Me alejé de él rápidamente. Muy listo, tratar de hacerme bajar la guardia de aquella manera. Pero eso no servía con el viejo Mapcase. Yo veía su juego.

La travesía del océano duró siete días según los registros de la línea francesa. Según yo, duró siete meses.

Me fijé unas normas estrictas desde que el barco salió de Le Havre. Sólo debía salir del camarote para comer, y nada más. Pero después del segundo día, me desobedecí a mí mismo. Tenía que elegir entre dejarme pescar o volverme loco. Durante dos días no hice nada excepto solitarios y apuestas conmigo mismo sobre cuánto tiempo pasaría antes de que el barco chocara contra una gran ola. Cuando me descubrí a mí mismo comprobando que tenía los papeles en la pierna cada vez que le daba la vuelta a una carta, supe que me estaba volviendo loco.

Me puse a meditar sobre esas ocho semanas en Rusia. Incluso cuando ya me había convertido en una celebridad local en Moscú, no podía librarme de la horrible sensación (situada en la boca del estómago) de que era observado, donde quiera que fuese, por ojos invisibles. Nunca, ni por un instante, me sentí realmente a solas. Era un extraño que había caído en medio de una conspiración mortífera y al que había que mantener ignorante de la trama. Lo peor de todo era saber que, si no me hallaba a distancia auditiva de la embajada americana, no tenía a nadie a quien recurrir. No podía llamar a un policía o a un abogado, ni quejarme al gobierno, ni recurrir a la gente con la que trabajaba. Todos formaban parte de la conspiración, hasta el último de ellos. Los actores tanto como cualquier persona del público. Los encantadores Litvinov tanto como la insonriente Melacrino y el general caricortado de la frontera. El devoto tramoyista judío tanto como el camarada Stalin.

Lo que me hacía desconfiar de los rusos era aquello por lo que les había admirado al principio: su capacidad de concentración, su franca curiosidad, su entusiasmo por el teatro, su capacidad por el trabajo duro, su respeto por las normas. Maravillosas cualidades, pero fatales, fatales porque no encontré, entre los miles de rusos que vi, a un sólo excéntrico, un chalado, un sabelotodo arrogante, un holgazán o un resentido. Nunca vi a nadie

hacer nada por el solo gusto de hacerlo. Nunca oí a nadie soltar un chiste espontáneo.

Como había dicho George S. Kaufmanski, una broma no era graciosa simplemente porque causaba risa. Tenía que tener un motivo para ser verdaderamente graciosa. Pues bien, los soviéticos estaban demasiado envueltos en motivos, para mi gusto. Era una lástima que no pudiesen hacer el trabajo de la Revolución y al mismo tiempo divertirse un poco. Lo que Moscú necesitaba era una gran carcajada sin motivo alguno.

Sólo durante los últimos días de mi estancia allí empecé a digerir las primeras impresiones que Rusia había causado en mí. Cuando más pensaba en ello, peor era la sensación en la boca de mi estómago. Sabía que no desaparecería hasta que llegara a la frontera polaca y respirase de nuevo el aire fresco y libre del mundo occidental.

Entonces vino la reunión en la oficina del embajador Bullitt. Y ahí estaba yo, a sólo cuatro días de Nueva York, un ciudadano norteamericano en un barco de un país amigo, encerrado en mi camarote, actuando como un lunático fugitivo. Era ridículo.

Ocultándome así me hacía mucho más notorio. Era una travesía tranquila para ser invierno. Había en el barco un grupo de gente simpática. Así que, ¿por qué el famoso y alegre arpista se encerraba en su camarote?

Me puse en libertad. Decidí hacerme el despreocupado. Debía mezclarme con la gente, circular, recorrer el barco y perseguir a las chicas, como si fuese un espía cualquiera de nombre Joe. Jugué unos cuantos «rubbers» de *bridge*, charlé con un par de matrimonios ancianos que parecían dignos de confianza, y perseguí a las chicas.

No era tan difícil, esta historia de capa y espada, si se le tomaba el gusto. Lo principal era actuar como si uno no tuviese una solo preocupación en el mundo. Aún así, dormía con los calcetines puestos y me duchaba con el pie derecho fuera del plato de la ducha, como una bailarina con gota.

El viaje duraba y duraba. Las olas se hacían más espaciadas y los relojes del barco avanzaban más despacio. No podía estarme quieto el tiempo suficiente para jugar una mano de *bridge*. Circulaba, vagaba, daba vueltas. Los sobrecargos y los camareros y los encargados del bar se volvían cada vez más oscuros y más escurridizos. Empecé a preguntarme por los

matrimonios de ancianos que había en la biblioteca. Era con ellos que había que tener cuidado. Tratando de pescarme con la guardia baja.

Aún faltaban veinticuatro horas. Doce horas. El tiempo de ponerme ropa de ciudad y hacer la maleta. El tiempo de revisar por última vez las tiras que sujetaban el paquete. Podría caérseme al bajar del barco, o en la aduana.

Llamaron a la puerta de mi camarote. Traté de bajarme la pernera del pantalón a la vez que me ponía en pie, y me caí de narices. Por una pulgada no dejé la nariz en el borde de la silla.

No era más que el camarero.

—Atracaremos dentro de una hora —dijo.

—Dios le bendiga —dije yo.

Se han escrito muchas tonterías cursis sobre la Vieja Dama del muelle de Nueva York, y lo que su aparición significaba para el viajero que volvía a casa. Ahora sabía cuán ciertas eran. Cuando vi la Estatua de la Libertad por el ojo de buey, no se me ocurrió nada lo suficientemente cursi para decirle. Tal vez para las gaviotas y las palomas no era más que una gran letrina verde, y una amenaza para los capitanes de los *ferrys*, pero para mí era la chica más bella del universo.

Treinta y cinco minutos más tarde, habríamos atracado en el muelle 88.

Alguien llamó a mi puerta. A diferencia de la llamada cortés del camarero, era un toque sólido que significaba: «¡Abra o si no…!». No tuve que abrir; empujaron la puerta desde fuera. Dos voluminosos matones de rostro pétreo entraron en el camarote, cerraron la puerta tras de sí con un portazo y dieron vuelta a la llave. Yo no había visto a ninguno de esos tipos en ningún momento durante el viaje. Estaban vestidos para desembarcar y tenían puestos sus sombreros y abrigos. Uno de ellos llevaba un pequeño portafolios negro. Ambos llevaban trajes con hombreras, lo bastante holgados para ocultar fundas y pistolas.

Se quedaron un momento inmóviles, sin hablar, mirándome fijamente desde lo alto de su estatura, esperando para asegurarse de que nadie les había seguido.

El de la cartera negra dijo, en perfecto inglés:

—Marx, lleva usted algo que nosotros queremos. Probablemente lo tiene sujeto a su cuerpo en algún sitio, bajo la ropa. Tenga la amabilidad de quitárselo y dárnoslo.

Bueno, Exapno Mapcase, me dije, *lo intentaste pero no lo lograste. Se acabó la fiesta*.

Entonces, los tipos sacaron sus billeteras, las abrieron y me mostraron sus carnets. Eran agentes del Servicio Secreto. Del Servicio Secreto de Estados Unidos.

Me arremangué el pantalón, arranqué la cinta, desenredé las tiras, les tendí los despachos del embajador Bullitt, y me rasqué la pierna por primera vez en diez días. Era fantástico rascarse, puro éxtasis. Era la única recompensa que deseaba por lo que había hecho.

Cuando el barco atracó en el muelle, anunciaron por los altavoces que habría una pequeña demora antes de que los pasajeros pudiesen desembarcar. Yo era el único pasajero que sabía el motivo de la demora: permitirme ser el primero en desembarcar. Los oficiales del barco me saludaron mientras descendía. Caminé por la pasarela, seguido por los dos agentes. Me volví y agité la mano en dirección a los pasajeros amontonados contra la barandilla. Sin saber por qué, me aplaudieron. ¡Qué final!

En el muelle, al otro lado de la barrera de la aduana, estaban Gummo y su mujer, y Aleck Woollcott. Cuando los chicos del Servicio Secreto vieron que tenía amigos esperándome, me dieron la mano y dijeron:

—Le agradecemos esto —y:

—Nos alegramos de que no le causara molestias…

Y abandonaron prontamente el muelle en dirección a la calle.

Aleck se alegró tanto de verme y estaba tan asombrado por la forma en que me habían escoltado fuera del barco, que no podía hablar. Meneaba la cabeza y sonreía y levantaba las manos y resoplaba orgulloso. Gummo y Helen me abrazaron y me besaron. Fue una maravillosa bienvenida.

Ahora podía decirlo con todo el corazón: también había sido un viaje maravilloso.

Una cosa: sólo una cosa faltaba para que el triunfo fuese completo. Yo era un agente secreto que no sabía cuál era su secreto. Yo no tenía ni la menor idea de lo que había en los sobres que había llevado atados a la pierna, desde la otra cara de la luna.

Todavía no lo sé, ni lo sabré nunca, por supuesto.

XIX
EL OBOE BAJO LA MANTA



Miss Flatto, que Dios tenga en su santa gloria, había muerto mientras yo estaba en Rusia. Aleck estaba tristísimo, pero yo consideraba que era una suerte no haber tenido ocasión de vernos de nuevo y revivir aquellos exasperantes días de la E. P. 86. Así, *miss* Flatto había podido hacer pacíficamente el tránsito, rodeada de recuerdos más felices.

El día en que volví, tomé una *suite* en un hotel de Central Park, dejé caer allí mi botín y me fui con Woollcott a cenar con todos los miembros de la tribu que él había logrado reunir. Esperándonos en el restaurante estaban Adams, Broun, Bechley y Dorothy Parker. Un poco más tarde, llegó George

Kaufman. Traía un recorte de periódico y una mueca cruel y amarga en el rostro.

Cuando empecé a saludarle, Kaufman se llevó un dedo a los labios y me hizo callar. Se sentó, dejó el recorte sobre la mesa, golpeó sobre él con la palma de la mano y se quitó el reloj. Yo sólo podía ver el titular del artículo:

HARPO MARX OBTIENE UN GRAN ÉXITO EN MOSCÚ
El primer artista popular norteamericano que actúa ante los soviéticos recibe una ovación de diez minutos con el público en pie.

Cada vez que yo trataba de hablar, Kaufman sacudía la cabeza y levantaba las manos para detenerme. Por lo demás, permanecía totalmente quieto, mirando el reloj. Los demás estaban tan intrigados como yo y en la mesa reinaba el silencio. El camarero trajo las bebidas. Woollcott le dijo que aún no estábamos listos para pedir. Pasaba el tiempo. El camarero volvió. Woollcott dijo que aún no estábamos listos. Kaufman no se había movido. Yo dije:

—George… Me silenció con la mano. En tomo a nosotros, otros comensales terminaron de comer y se fueron, y nuevos clientes ocuparon su lugar. Kaufman seguía en trance, como hipnotizado por su reloj.

Tras lo que parecía una hora, se puso el reloj en el bolsillo, se volvió hacia mí y dijo:

—Eso fueron diez minutos, Marx. Los rusos te aplaudieron durante diez minutos, ¿eh?

Resopló burlonamente, recogió el recorte, se levantó de la mesa y salió del restaurante.

Era muy gratificante ver cuán orgullosos estaban mis amigos de mi más reciente éxito.

Benchley también me tomó el pelo esa noche, de una manera más astuta. Estábamos tomando el café cuando Benchley se encogió temeroso al ver a una magnífica rubia que se dirigía hacia él. La chica se interesaba por él y no lo disimulaba. Él intentó sacudírsela, pero se pegó a él como al papel de moscas, para gran diversión de Woollcott.

Entonces Benchley dijo:

—Quisiera presentarte a mi ídolo, querida, el famoso Harpo Marx —y un instante después Benchley se había largado y la rubia se pegaba a *mí* como al papel de moscas.

Bueno, francamente yo no tenía nada que temer. Tras ocho semanas de contemplar señoras con bigote y piernas como patas de mesa de billar, mi resistencia andaba bastante baja. Le pregunté a la chica si no quería venir a casa a tomar la última copa. Dijo que le encantaría. Aleck resplandecía de aprobación. Normalmente, habría estado furioso conmigo por echar a perder una fiesta para huir con una cretina como aquélla. Allí había algo raro.

Tras la sonrisa de Woollcott había un deje de burla, pero eso no me detuvo. Llevaba demasiado tiempo fuera de casa. Me marché con la rubia.

Cuando llegamos a mi *suite* en el hotel, la rubia empezó a actuar como si ella también hubiera estado ausente demasiado tiempo.

—¿Te importa que me ponga cómoda? —preguntó. Yo dije:

—Hazlo, hazlo.

Lo hizo. Exactamente en cinco segundos se quitó el abrigo, bajó la cremallera de su vestido y se quitó la combinación. No llevaba nada debajo.

Emprendí la tarea de ponerme igualmente cómodo. Pero no llegué muy lejos. La rubia me miraba de un modo extraño. Entonces vi que tenía algo en la mano. Era un pequeño cortaplumas. La hoja estaba abierta y apuntaba hacia mí. La sujeté por la muñeca, la obligué a abrir la mano y le arrebaté la navaja.

Ella empezó a gritar.

—¡Por favor! —decía—. ¿No puedo *rascarte* un poco solamente?

Yo había oído hablar de señoras de este tipo, pero nunca me había enfrentado a una de ellas. Hice un rápido recorrido por la *suite* y recogí todas las armas que había a la vista: un abridor de botellas, un abridor de cartas, una lima de uñas, un par de tijerillas de uñas, incluso la llave del hotel.

Cuando la rubia vio lo que estaba haciendo, se lanzó sobre mí, con dedos que parecían las garras de un halcón, y me desgarró el frente de la camisa.

Corrí al dormitorio y cerré con llave. Tenía una idea. Me desvestí, me unté de pies a cabeza con aceite para el cabello, para que la rubia no pudiese de ninguna manera —pensaba yo— cogerme. Salí del dormitorio: un cerdo engrasado con una bata encima.

Me había equivocado. La rubia me clavaba las zarpas con toda eficacia a pesar del aceite del pelo. Me retiré de nuevo al dormitorio. Ella empezó a golpear la puerta pidiéndome que saliera y la divirtiese un poco, sólo *un poco*. No parecía dispuesta a renunciar. Yo tampoco. Se me ocurrió otra idea. Abrí mi baúl y saqué la indumentaria que había adquirido en Moscú y me la puse.

Cuando abrí la puerta, la rubia se me quedó mirando, lanzó un gemido y dejó de gritar. Luego yo me miré en el espejo de la habitación y todo deseo huyó por la ventana. El aceite goteaba por debajo de mi gorro de astracán, corría por mi cara y dentro del cuello del abrigo de pieles. El abrigo llegaba hasta los tobillos de mis botas de piel. Era un espectáculo muy cómico.

Tambaleándome como un oso calzado con raquetas para la nieve, me fui hasta el sofá y me senté al lado de la rubia. Ella no dijo una sola palabra, sólo miraba la piel impenetrable que me cubría y flexionaba nostálgicamente los dedos.

—Escucha, cariño —le dije—, ¿por qué no te vistes y te vas a casa?

Contempló la piel un momento todavía y luego se encogió de hombros y dijo:

—Bueno.

En cinco segundos justos se introdujo en la combinación, se subió la cremallera del vestido, se puso el abrigo y salió de la *suite*.

Qué diablos, pensé. Por lo menos era bueno ver que mi antiguo número funcionaba tan bien hacia atrás como hacia adelante: recoger cuchillos en vez de dejarlos caer.

La vieja tribu seguía rebosante de travesuras a pesar de los años, pero las bromas eran más escasas y espaciadas. Ya no eran los mismos Katzenjammers locos de los años veinte. Habían cambiado, al igual que los tiempos. Siete u ocho años atrás habríamos montado todos juntos una fiesta

en el apartamento de Aleck, discutiendo sobre *croquet* o sobre la bolsa de valores o inventando delirantes juegos de palabras y espantosos menús. Ahora acabábamos hablando (quiero decir, ellos: yo seguía escuchando) sobre el NRA, el CCC, al última «charla junto al Fuego» de FDR[55] y Fiorello La Guardia, el nuevo alcalde de Nueva York. Más tarde o más temprano, Adolph Hitler intervenía en todas nuestras conversaciones, lo cual acababa con ellas, y todos se iban a casa envueltos en sus propios pensamientos deprimentes.

La primera vez que sucedió esto, me hizo pensar en lo que había visto en Hamburgo. Volví a ver a aquellos pobres diablos aterrados mirando sus escaparates adornados con la Estrella de David, y me fui a casa y vomité.

Woollcott, naturalmente, se había apropiado de los derechos de la historia de mi viaje a Rusia. Continuamente me llamaba y me ordenaba unirme a él para almorzar, en un cóctel o en alguna fiesta. Si no tenía ganas de ir, decía:

—¡Pero *tienes* que venir! ¡Estoy con gente que todavía no ha oído «Las aventuras de Harpo en Sovietilandia»!

En cuanto yo llegaba a donde fuese, él se lanzaba a contar la historia. Yo nunca tenía oportunidad de decir ni una palabra. Me habría cansado de tanto oírla si la historia no se hubiera ido haciendo cada vez mejor.

Fue después de una de esas sesiones cuando me pesé en una báscula de la suerte y mi tarjeta de la fortuna decía: HABLA USTED DEMASIADO. RECUERDE: EL SILENCIO ES ORO.

Yo no tenía prisa por volver a la costa. Fui con F. P. A. a Filadelfia para ver el estreno, fuera de la ciudad, de *Dodsworth*, la adaptación de Sidney Howard sobre la novela de Sinclair Lewis. Max Gordon —antiguo consejero de Groucho sobre inversiones— era el productor y pude ver la función de estreno entre bastidores con él. Como los productores han hecho siempre y siempre harán en un estreno de prueba fuera de la ciudad, Max paseó arriba y abajo durante toda la función, sudando con cada frase y cada escena y tratando de leer en la mente del público.

Cada dos o tres minutos se detenía, miraba rápidamente hacia el escenario y escribía algo en un trozo de papel. Los recordatorios de este tipo, como yo sabía, eran decisiones sobre la marcha, que podían convertir en éxito un perfecto desastre teatral. Para el tercer acto, sus bolsillos rebosaban de ellos.

Cuando cayó el telón final, Max corrió a la puerta del escenario. Uno de los trozos de papel se le cayó del bolsillo. Lo recogí para dárselo, pero no pude resistir la tentación de leerlo. ¿Quién sabe? Podría ser el golpe de genio teatral que le diera a Broadway su más reciente éxito.

El recordatorio decía: «Enviar camisas a la lavandería».

Cuando volví a Nueva York, había un cablegrama esperándome. Era de Chico, que todavía estaba en Inglaterra. El mensaje era desesperado: ME MUERO POR NOTICIAS DEPORTIVAS. IMPOSIBLE OBTENER RESULTADOS AQUÍ. POR FAVOR ENVÍA PERIÓDICOS. Dediqué el resto del día a satisfacer tan desesperada demanda. Recorrí la ciudad y compré ejemplares del *Times* de Londres, el *Observer* de Londres, el *Guardian* de Manchester y el *Scotsman*. En cada uno, subrayé los resultados de los encuentros de fútbol, *rugby* y críquet y envié todo el montón a Chico. Le mandé un cable diciendo que los periódicos estaban en camino con los últimos resultados y que le deseaba toda la suerte del mundo.

De repente, se apoderó de mí el deseo de volver a la costa. Aún faltaban varios meses para nuestra siguiente filmación con la Paramount y yo no tenía ningún motivo profesional para estar en Hollywood, pero me sentía nervioso e inquieto. Nueva York ya no era un lugar magnífico para no hacer nada. La gente estaba esperanzada, pero la Depresión todavía flotaba sobre la ciudad, y era un invierno crudo y catarriento. Cuando me oí a mí mismo quejarme del tiempo, tomé aguda conciencia de ser un pasajero provisional en Nueva York, un californiano desplazado. Todo el mundo tenía cosas que hacer menos yo. Así que me fui a casa.

El Jardín de Alá, después de las nieves de Moscú, las ventiscas del Atlántico Norte y la escarcha de Nueva York, me pareció el Jardín del Edén. El sol era un viejo amigo que no había visto desde hacía cinco meses. El Mar Negro en miniatura rebosaba de señoras estupendas. Hasta las palmeras estaban guapas.

Durante el día, pasaba horas sin interrupción tocando el arpa, volviendo a ponerme en forma. Durante la noche, pasaba horas en la ciudad —hecho un riguroso *dandy* hollywoodense, con traje de color crema, aerodinámico canotier y oscilante bastón— volviendo a ponerme en forma en otras técnicas.

Me inscribí en el Hillcrest Country Club y hacía por lo menos cuarenta y cinco hoyos de golf a la semana. Alquilé una casa en la playa, hice poner un suelo de madera como campo de badminton y lo rodeé con un muro para protegerlo del viento. Charlie Lederer solía venir los fines de semana, junto con Sam Goldwyn, Walter Wanger y John Gilbert. Cuando faltaba ya luz para jugar al badminton, nos trasladábamos al interior y seguíamos con el *bridge* o el *backgammon*.

Pero, qué diablos, seguía nervioso e inquieto. Algo andaba mal en todo aquello. De pronto me di cuenta de qué era. Había pasado demasiado tiempo encerrado en habitaciones de hotel, camarotes, apartamentos y *bungalows*. Los días más felices que podía recordar eran los que había pasado en el laberíntico club de Neshobe Island y en la Villa Galanon de la Riviera.

Tal vez yo era un solterón, pero las habitaciones de soltero no eran para mí. Yo era un hombre hogareño, hogareño de hogares grandes.

Alquilé una mansión amueblada que pertenecía a una reina de la pantalla muda jubilada, en Beverly Hills. Era un lugar impresionanate. Todas mis mundanas pertenencias, incluidos el arpa y su estuche, cabían en el armario del vestíbulo con abundante espacio de sobra. La casa debía tener unas veinte habitaciones. Nunca supe con certeza cuántas eran. Cada vez que me poma a contarlas, me perdía (mi sentido de la orientación nunca

ha sido muy bueno) o me cansaba y decidía acabar de contar algún otro día, pero me olvidaba de marcar hasta dónde había llegado.

Después de su primera visita a mi nuevo hogar George Burns advirtió a los chicos de Hillcrest:

—No debéis ir a casa de Harpo Marx sin un guía indígena.

Alguien quiso actuar como actor de réplica y preguntó por qué.

—Estaba con Harpo la otra noche —dijo George—. Le pregunto dónde está el retrete. Me dice, «sígueme, conozco un atajo». Como un tonto, le sigo. Para cuando llegamos, ya necesitaba cambiarme de ropa.

Pero George tuvo que admitir que una vez allí, el viaje valía la pena. En el cuarto de baño principal, el retrete estaba situado sobre una base elevada de mármol, como un trono romano. Colgando de una cadena de plata a su lado, había un silbato de policía plateado. La reina que había construido la casa tenía un miedo morboso de los merodeadores, y siempre creía que les oía acercarse cuando menos preparada estaba para enfrentarse con ellos. Burns tenía otras ideas sobre la utilidad del silbato, pero son impublicables.

El jardín era espacioso y bello, y había una enorme piscina sobre la cual se tendía un gracioso puente japonés.

Me lo pasé bomba adaptando el lugar a mi gusto. Lo llené a reventar de gatos, perros, pájaros, plantas tropicales y una mesa de billar. Contraté un jardinero, un cocinero, dos doncellas y un mayordomo. Ahora estaba preparado para representar un papel enteramente nuevo: el de anfitrión.

No fue difícil atraer invitados para mis cenas y fiestas. Tras operar durante diez años como soltero y gorrón, por fin estaba en condiciones de devolver por lo menos algunos intereses sobre toda la hospitalidad de que había disfrutado. La gente que yo conocía aprovechó inmediatamente la ocasión y también lo hizo mucha gente a la que no conocía. La veda estaba abierta sobre Harpo.

Nunca había una habitación de invitados vacía. Nunca había un momento de silencio. Siempre había algo funcionando a todas horas: arpa, piano, badminton, natación, discusión, comida, *bridge*, *backgammon*, *poker*, piscina o diversos tipos de actividad más íntima.

Para los viajeros procedentes del remoto Este como Sam Behrman, Sam Harris, Moss Hart, Max Gordon, Alice Miller, Ruth Gordon, Dorothy

Parker y George Kaufman y señora, mi casa era el Algonquin de Beverly Hills: siempre bueno para alojarse una noche, gozar de una comida caliente, charlar un rato y jugar un poco. Para los inmigrantes como Charlie Lederer, Charlie Brackett, Ben Hecht y los hermanos Gershwin, era un centro de intercambio de noticias de la madre patria, Nueva York. Para Burns, Benny, Jolson, Holtz, Cantor, Jessel y los hermanos Ritz, era una combinación de Retiro para Vodevilianos Jubilados y Anexo del Hillcrest. Para mí era un estupendo cuartel general, el primer cuartel general desde el cual no tenía que volver a casa en taxi.

Antes de que me enterase de lo que estaba ocurriendo, mi casa pasó de ser una cómoda guarida a convertirse en un local exclusivo. Me convertí en un *snob*, un tigre social, que era la última cosa que deseaba. Detestaba a los *snobs* tanto como a los sabuesos de la publicidad. Bueno, yo quería una casa. Me la había buscado.

En realidad, los invitados que habrían sido mejor recibidos nunca se presentaron. Aleck era ahora el «Town Crier». (Pregonero) de la radio, patrocinado por *Cream of Wheat*, y entre emisión y emisión hacía un circuito de conferencias. Cuando le escribí para que viniera con su cháchara a Los Angeles, me contestó con una copia al carbón de su programa para la primera mitad del mes siguiente. Tras enumerar dos emisiones y ocho conferencias en diez días, el programa terminaba así:

14. Conferencia, Toledo.

15. Conferencia, Detroit.

17. Emisión desde Chicago.

18. Muerte del señor Woollcott, entre aclamaciones de las multitudes.

19. Baile por las calles; fiesta en todas las escuelas; moratoria de los bancos.

20. Entierro en el mar.

Actuar en *Duck Soup* (Sopa de ganso), nuestra última película para la Paramount, fue el trabajo más difícil de mi vida. Es la única vez que puedo recordar que temí hacerlo realmente mal. El problema no eran las horas de trabajo, el guión, el director ni las caídas que tenía que soportar (nunca

utilicé un doble). El problema era Adolf Hitler. Sus discursos estaban siendo retransmitidos en Estados Unidos. Alguien tenía una radio en el plato y por dos veces suspendimos la filmación para oírle gritar. Hindenburg había muerto. Hitler era ahora dictador absoluto de Alemania. Amenazaba con hacerse tirabuzones con el Tratado de Versalles y crear una marina y una fuerza aérea alemanas. Amenazaba con apoderarse de Austria y parte de Checoslovaquia. Amenazaba con ir más allá del boicot y revocar la ciudadanía a todos los judíos.

Nunca había conocido hasta entonces la emoción de la cólera pura: estar tan furioso como para desear golpear a alguien a sangre fría. Muchas personas entre mis conocidos se escandalizaban de lo escandalizado que yo estaba. Las amenazas del dictador no serían nada, decían. Era un poco bluff, una llamarada de paja. Su número no era más que una mala imitación de ese otro cómico, Mussolini.

Yo sabía que no. Había visto las caras, aquellas caras de Alemania, que la mayoría de los demás no habían visto. Y ahora lo recordaba: ya me habían advertido incluso antes. Había sido Sam Harris, el dulce y amable Sam, quien me había abierto los ojos a esa cosa malvada que iba apoderándose de Alemania, antes de mi partida hacia Hamburgo en el otoño de 1933. Sam leía todas las noticias sobre aquel país, todo lo que se publicaba en todos los periódicos que podía conseguir, y había llegado a una conclusión.

—Harpo —me dijo—, ese Hitler no es una buena persona.

Era la cosa más violenta que jamás le había oído decir a Sam sobre otro ser viviente.

Las cosas se apaciguaron un tanto en la casa del silbato de plata. Me puse firme y dejé de invitar a todos los que me invitaban a invitarles. Una casa abierta está bien los días de fiesta, pero no siete días a la semana, veinticuatro horas al día.

La paz era maravillosa. Era maravilloso estar un poco a solas otra vez. Pero no esperaba que durase y no duró. La paz fue quebrantada por la entrada en mi vida del joven más extraño desde el día en que Seymour

Mintz vino deslizándose al bies por la calle Noventa y Tres en busca de un nuevo socio.

Una tarde, durante una pequeña cena para siete u ocho personas, el mayordomo me dijo que me llamaban al teléfono.

—No he entendido el nombre del caballero —dijo—, pero al parecer es un asunto muy urgente.

Cogí el teléfono y dije, como siempre:

—¿Sí?

Una voz que nunca había oído, una voz sorda, nasal, balbuceante, que sonaba como si alguien estuviese tocando el oboe bajo una manta dijo:

—¿Harpo? Voy para allá.

—¿Quién demonios habla?

—Es Oscar Levant quien demonios habla. Voy para allá. Ahora.

—¿Oscar qué?

—*Levant*, analfabeto musical.

—Ah, sí, he oído a George e Ira hablar de ti. Bueno, buena suerte en tu próximo concierto.

—No doy conciertos. Así que, ¿cómo voy a tu casa desde aquí?

—Mira, Benson, o como te llames. Lo siento pero tengo invitados a cenar. Estamos en medio de la cena.

—No importa. No me esperéis. Yo ya he cenado.

—Mira… ¿Por qué no llamas a los Gershwin?

—De su casa te llamo. George e Ira tenían un compromiso importante para jugar al *ping-pong* y estoy solo aquí. Así que te veré en cinco minutos.

—Mira… Tal vez mañana, ¿eh? ¿Qué te parece? ¿Estás libre mañana? Venid los tres. A comer, a cenar, cuando queráis. Ya te lo he dicho: tengo invitados esta noche, una fiesta.

Hubo una pausa, luego un aullido angustiado surgió del auricular del teléfono:

—*¡Mira, hijo de perra! No puedes dejarme aquí solo*.

Comprendí que no iba a poder frenarle.

—Muy bien, muy bien —le dije—. Ven a tomar una taza de café con nosotros.

Oscar llegó cinco minutos más tarde. Tomó una taza de café y decidió quedarse un rato más. Se quedó un año y un mes.

Yo era demasiado lento de gatillo y demasiado blando de corazón. Sabía más acerca de Oscar de lo que él creía. Me habían informado sobre él los Gershwin y también los Kaufman. Oscar idolatraba a George Gershwin. Durante años le había ido siguiendo por todas partes como un hermano pequeño. Le llevaba las partituras y le giraba las páginas mientras ensayaba, y durante años Gershwin fue el único compositor cuya música Oscar se dignaba tocar. De regreso en Nueva York, Ira y George habían vivido en un doble ático sobre el Riverside Drive. Oscar, sin haber sido invitado, decidió que podía pensionarse en su casa. Durante diez meses no se perdió ni una comida. Pero una noche de aquel otoño saltó de la mesa en medio de la cena y dijo:

—Siento mucho comer y salir corriendo, pero me perdonaréis…

Así diciendo, salió como una centella del ático y los Gershwin no volvieron a verle ni a oír hablar de él hasta mediados del invierno.

Poco después, lo adquirieron George Kaufman y su mujer. Oscar se presentó en su casa del condado de Bucks —por supuesto, sin haber sido invitado— para pasar el fin de semana. El sábado por la noche, se encaró repentinamente con Kaufman y gruñó que ya había sido insultado suficientemente y se iba. Se dirigió hacia la puerta. Pero de pronto dio media vuelta y volvió a entrar en la habitación quitándose el abrigo.

—Después de todo no me voy —dijo.

George le preguntó por qué no.

—Acabo de recordar que no tengo a dónde ir.

Se quedó todo el resto de la semana.

¿Qué puedo decir sobre Oscar Levant que no haya sido dicho ya, principalmente por el propio Oscar? Durante un año y un mes, consideró mi casa como suya. Durante un año y un mes se comió mi comida, tocó mi piano, acrecentó mi recibo de teléfonos, hizo agujeros de cigarrillos en los muebles de mi casera, monopolizó mi tocadiscos y mi cafetera, dio carta blanca a sus amigos en todo el lugar, insultó a mis invitados y nunca cesó de quejarse. Padecía de insomnio. Era un egocéntrico maniático. Era un parásito y un lunático: para abreviar, un chalado.

Pero yo lo adoraba.

Creía honradamente que tomaba lo que le correspondía y nada más. No había que confundir eso con la generosidad, que Oscar no sabía cómo aceptar. Si alguien le ofrecía ayuda, su respuesta favorita era:

—Hazme un favor: no me hagas un favor.

Pero si era él el que pedía el favor, todo estaba bien. Oscar era absolutamente incapaz de disfrutar una relación igualitaria con nadie: tenía que ser unilateral, a su favor, con la única excepción de George Gershwin. Una vez lo entendí y acepté, descubrí que Oscar era una de las personas más recompensantes que jamás había conocido. Perdí una casa, pero gané un amigo.

Tras haberla abandonado durante cinco años, reemprendí mi educación superior. Empecé a aprender de Levant a partir del punto en que me había parado con Woollcott. La cantidad de conocimientos que Oscar llevaba en la cabeza era fantástica. Nunca pude plantearle una pregunta que no supiera responder. Nunca le vi aburrirse con ningún tema que se trajera a colación en su presencia. Y si alguien se atrevía a decir que sabía más que Oscar de música, psiquiatría o béisbol, se ganaba una andanada de sarcasmos, seguida de un solo verbal que duraba toda la noche y que dejaba al retador en ridículo y sintiéndose como un retrasado mental marcado.

Yo nunca había estado expuesto a una cabeza como la de Oscar, ni siquiera en la Mesa Redonda del Algonquin. Tenía ingenio y talento para dar y vender. A veces creo que literalmente le sobraban. Cuando caía en sus periódicos silencios, meditando sobre la taza de café y fumando un cigarrillo tras otro, tal vez quemaba su exceso de talento y las frases ingeniosas que nunca tendría tiempo de soltar.

Cuando no estaba inmóvil meditando, era porque estaba haciendo todo a la vez. Como una vez que bajé y le vi leyendo sentado al piano mientras tocaba a Bach y escuchaba una nueva grabación de un concierto de Beethoven. Cantaba con Beethoven, luego cantaba un par de compases de Bach y luego leía en voz alta un trozo del libro. Se reía de lo que había leído, gemía cuando equivocaba una nota al piano y cerraba los ojos en éxtasis por una hermosa melodía del disco: todo ello casi simultáneamente.

Uno podría pensar que en esos momentos estaba ausente del resto del mundo. Pero en medio de esa triple actuación, decía, sin apartar los ojos del libro:

—Harpo, ¿por qué no me aborreces como todo el mundo? ¿Te soy simpático?

Otras veces, yo irrumpía cuando él estaba ensayando y le decía:

—¡Eh, Oscar! Toma un dólar. Tócame algo de Chopin.

Oscar interrumpía de inmediato la pieza de Bach o Rachmaninoff o Gershwin o lo que fuera, y tocaba uno de mis *Études* o *Nocturnes* favoritos, de principio a fin y de la manera más bella. Nunca se negaba a hacer eso por mí. Tampoco se negaba nunca a aceptar el dólar.

Leyendo música era un mago, absolutamente inhumano. Una noche hice venir al Trío Kapinsky, un famoso grupo concertista, a tocar para mis invitados después de la cena. Oscar nunca había tocado música de cámara, pero no pudo resistirse a hacer la prueba. Después de la primera pieza, se incorporó al piano. Yo pensé: «Por una vez, te vas a poner en ridículo, chiquillo». Pero no. Fue leyendo y tocando volúmenes de Mozart, Schubert y Brahms: música que nunca había leído antes, en gran parte música que nunca había oído. Su interpretación era lo bastante perfecta para un concierto. El piano se unía al violín y al cello como si los tres hubieran tocado juntos durante años. Los que conocíamos a Oscar estábamos orgullosos de él, aunque no totalmente sorprendidos. Los miembros del Trío Kapinsky estaban boquiabiertos: nunca habían visto un fenómeno semejante.

Pero el don más raro que Oscar podía ofrecer no era su virtuosismo, sino algo que muy pocas personas tuvieron la fortuna de recibir: su sonrisa. No la ofrecía con frecuencia, pero cuando lo hacía era como un rayo de sol en Moscú. Su boca se destorcía, sus ojos se entrecerraban y parpadeaban, bajaba la cabeza tan humildemente como un niño descubierto en una travesura y con esa desconcertante oleada cálida uno se daba cuenta de que Oscar, con todos sus sarcasmos y sus pullas malévolas, no tenía en realidad intención de hacer daño a nadie excepto a sí mismo.

Yo poco podía ofrecerle a Oscar de inmaterial, excepto escucharle. Pero tal vez era ése el regalo más precioso que se le podía hacer. Ciertamente, no

era barato.

Bueno, también logré mostrarle un poco el sur de California. Una de las fobias de Oscar eran los espacios abiertos al aire libre. Consideraba la naturaleza como una gigantesca conspiración para perseguir a Oscar Levant y evitaba los exteriores, al igual que otros emisarios del mal como el ejercicio físico, los sombreros, el número trece, las palabras «suerte» y «muerte» y cualquier mención de su infancia.

Oscar llevaba tres meses en California cuando yo descubrí que nunca había visto el océano Pacífico. Aquel día estaba de un extraño buen humor. Cuando le sugerí que fuésemos a la costa y le echásemos un vistazo al mar, dijo que bueno. Suponía que aquello formaba parte de su educación, como mirar al cielo, cosa que también se proponía hacer un día de ésos.

Fuimos en coche hasta las Palisades y aparcamos al borde del acantilado, donde el panorama de las montañas, las playas y el mar no se ve ofendido por los signos de la civilización. El agua estaba resplandeciente y tranquila. La isla Catalina, a cuarenta millas de la costa, se destacaba como una roca parda y aguda. El horizonte occidental era tan claro como una línea trazada con una regla. No había casetas de baño, ni hoteles, ni puestos de refrescos ni coches a la vista. Era magnífico.

Oscar lo contempló durante un rato. Soltó un silbido de incredulidad:

—¿Cómo? ¿Un océano *gentil*?

Mi deporte de interior favorito era organizar batallas de ingenio entre Oscar e individuos que podían darle su merecido. Cuando me resigné al hecho de que Oscar iba a seguir estando allí de todas maneras, empecé a planear las cenas con él como centro, jugando al viejo juego de mezclar gente que tanto le gustaba a Woollcott. Una de las fiestas que mejor recuerdo fue la noche de los Maxes. Los invitados eran Max Gordon, Max Reinhardt y Maxie Rosenbloom.

Cuando acabamos de cenar nos llevamos el café a la biblioteca. Yo le dije a Max Gordon:

—Max, Oscar dice que eres el peor productor de Broadway —y me senté tranquilamente a ver los fuegos artificiales.

Fueron las últimas palabras que pronuncié hasta las cinco de la mañana, cuando di las buenas noches. Uno de los Maxes —Reinhardt— se había ido. El segundo Max, Rosenbloom, estaba profundamente dormido sobre la mesa de billar. El tercer Max seguía enzarzado con Oscar. Levant sólo estaba empezando a calentarse, pero Gordon ya empezaba a desvanecerse. Fue la pelea de gallos más encarnizada de la historia. Habían discutido sobre el Teatro Norteamericano, la Novela Norteamericana, Schopenhauer, Dutch Schultz, Harry Hopkins, la Guerra de China, la Homosexualidad entre los Pesos Pesados (trataron de despertar a Maxie para que tomara parte pero no lo lograron), la bola rápida de Dizzy Dean y —finalmente— las Ansiedades, Inclinaciones y Hostilidades de Oscar Levant. Max empezó a tambalearse en medio de las Inclinaciones y a partir de ahí la cosa bajó mucho de tono.

Una de las razones por las que Oscar se pasaba tantas noches hablando era que de todas maneras no se habría ido a la cama, por lo menos no antes de las cuatro y media o las cinco de la mañana. Padecía de insomnio agudo. Necesitaba por lo menos tres píldoras para poder dormir. Cuando se levantaba, a primera hora de la tarde, estaba tan mareado por los barbitúricos que empezaba inmediatamente a beber una taza de café tras otra, lo que mantenía en funcionamiento aquel círculo vicioso. Después de cincuenta tazas de café, que era su medida diaria, rebosaba cafeína por las orejas y tenía que tomar píldoras para noquearse a sí mismo.

Técnicamente, Oscar no vivía conmigo, ya que nunca durmió en mi casa. En esto fui impasible desde que decidió instalarse allí. Podía hacer uso de todas las instalaciones excepto los dormitorios. Así que tomó un apartamento en otra zona de Beverly Hills, donde dormía, etcétera, y compró un Ford de segunda mano para desplazarse.

Las noches en que yo no tenía invitados y Oscar no tenía nada esperándole en casa excepto sus píldoras para dormir, se quedaba por ahí mucho después de que yo me hubiese ido a la cama, leyendo, meditando y —cuando la soledad se le hacía insoportable— hablando por teléfono, sin importarle la hora. Por la mañana, cuando me levantaba, ya se había ido. Yo sabía hasta qué hora se había quedado por el número de colillas que había en los ceniceros y por lo fría que estaba la cafetera. Pero por muy tarde que

se fuese, siempre se presentaba a las dos y media de la tarde siguiente, fresco como una rosa.

Una vez, mientras yo me entretenía por ahí antes de retirarme, Oscar llamó a su ex esposa Bárbara a su casa de Long Island. Bárbara se había vuelto a casar hacía ya tiempo. Su marido era Arthur Loew, de la famosa familia propietaria de cines y teatros. Cuando reconoció la voz de Oscar, se puso furiosa. Le preguntó por qué la despertaba en medio de la noche. Eran las cuatro de la mañana en Nueva York.

—Sólo quería preguntarte una cosa —dijo Oscar.

—¿Qué? —dijo Bárbara.

—¿Qué ponen mañana en el teatro Loew de la calle Ochenta y Seis?

Naturalmente, ella colgó. Oscar se volvió hacia mí y me dijo:

—Tengo la sensación de que todavía me aborrece, Harpo. No es algo explícito, pero sí una sensación muy fuerte.

Un invitado excepcional, que además de comer sí dormía en mi casa, era S. N. Behrman, que pasó varias temporadas en la costa escribiendo guiones de cine. Nunca vi dos tipos más diferentes que Sam Behrman y Oscar Levant. Sam era preciso, puntilloso y pensativo. Era un erudito y un *connoisseur*, un verdadero intelectual cosmopolita.

Sam nunca comprendía por qué dos adultos como Oscar y yo podían interesarse tanto por juegos tan infantiles como el béisbol y el boxeo. Renunció a tratar de reformamos, pero nunca renunció a la esperanza de que superásemos aquellas aficiones con la edad. Sam siempre veía la vida por el lado optimista. Tenía tanta tendencia al buen humor como Oscar al humor negro.

Pero Sam y Oscar tenían sin embargo una cosa en común. Ambos eran pésimos conductores. Una noche fuimos los tres a una fiesta en casa de Sonya Levien. Yo fui con Oscar, en su vapuleado Ford. Sam, que tenía que marcharse temprano, nos siguió en su Cadillac alquilado. Cuando la fiesta terminó, mucho después de la partida de Sam, Oscar fue a buscar su coche. Volvió a la casa gimoteando. ¡Le habían robado el coche! Le ayudé a buscarlo. Tenía razón. El Ford no estaba.

Mientras esperábamos a que llegase la policía, el ladrón de coches telefoneó: pidió hablar con Oscar y lo confesó todo.

El ladrón era Sam Behrman.

En el camino hacia casa, Behrman se había dado cuenta repentinamente de que un coche le seguía. No parecía un coche de la policía, así que trató de despistarle. Dio varias vueltas rápidas, y luego trató de correr más que el otro. Pero por más que aceleraba, el otro seguía pegado detrás. Decidió apresurarse a llegar a casa.

El coche le siguió por la entrada y se detuvo justo detrás de él. Sam estaba sudando y tenía muchísimo miedo. Odiaba cualquier tipo de violencia. Pero para entonces estaba también muy enfadado. En vez de entrar corriendo en la casa y llamar a la policía, se fue a decirle cuatro cosas al perseguidor. Pero el coche de detrás estaba vacío. Era el Ford de Oscar Levant, enganchado por el parachoques del Cadillac.

Entonces Sam recordó: al aparcar, en casa de Sonya Levien, le había dado un golpe al coche de detrás. Pero abollar otros coches era algo que a Sam le ocurría con frecuencia, y no le dijo nada a nadie.

Lo único que resultó dañado fue la naturaleza bondadosa de Behrman. Recibió una mordaz paliza verbal de Oscar. El tema era el «Infantilismo, o el Uso del Automóvil (Símbolo Moderno) como Instrumento de Hostilidad».

Cuando Behrman volvió a Nueva York al acabar su trabajo en Hollywood, dejó un gran vacío en la casa. Tanto Oscar como yo lo sentíamos y al hablar nos procurábamos todavía más nostalgia. Decidimos hacer una cura: un viaje a Nueva York. Hicimos las maletas y trepamos al Chief en dirección al este.

Yo tenía la litera de abajo y Oscar la de arriba en el Pullman. Era a mediados del verano y la primera noche fue de un calor asfixiante. Iba a ser difícil dormir hasta para la gente normal, no hablemos de los insomnes. A este respecto yo no era normal, desde luego. No tuve ningún problema. Lo último que recuerdo antes de que todo se disipara es a Oscar quejándose, revolviéndose y repicando con su botella de somníferos en la litera de arriba.

Una hora más tarde me desperté. Oscar pendía sobre mi cama, con la cabeza colgando entre las cortinas, y me gritaba. Le pregunté qué pasaba.

—¡Hijo de perra! —dijo—. No me molesta que duermas, pero ¿tienes que *sonreír* dormido?

¡Qué diablos!, dije, si eso le molestaba, ¿por qué no dejaba de mirarme?

—Eso no cambia nada en absoluto —dijo Oscar—. Aunque no te mire, estoy aquí acostado y sé que tú estás ahí sonriendo. Me he tomado cinco píldoras y no puedo tomar más y me estás sacando de quicio.

Yo sabía que no se trataba de un chiste. Este tipo de tortura era tan real y tan dolorosa para Oscar como si le tuvieran en la parrilla.

—Mira —le dije—, dormiré boca abajo, con la cara contra la almohada. ¿Te ayudará eso?

—Prueba —respondió.

Me di la vuelta. Oscar se retiró al fondo de su litera y todo se quedó en silencio. Transcurridos unos minutos, gritó desde arriba:

—¡Mucho mejor!

Pocos minutos después los dos dormíamos.

Aleck estaba pasando el verano en su isla y nos esperaba. Estaba ansioso de conocer a mi «joven amigo músico», de quien tanto había oído hablar. Oscar tenía reservas acerca de Woollcott, pero tras las repasadas que le di en la travesía del continente, también quería conocer a mi antigua «figura paterna de transferencia».

Sólo nos quedamos en Nueva York el tiempo suficiente para coger el tren a Bomoseen. Conforme nos acercábamos a Vermont, crecía el nerviosismo de Oscar. Se quedaba en el vagón comedor tomando café y meditando enfurruñado. Se negaba a mirar por la ventanilla. Cuando bajamos en Bomoseen, estaba demasiado transtornado para hablar. A bordo de la lancha que nos llevaba hacia la isla, se agarró convulsivamente al asiento, mirando con helado pánico el fondo de la barca.

Cuando desembarcó en la isla Neshobe, estaba como una sopa. Aleck bajó al muelle a recibirnos. Oscar le ofreció una mano sudorosa y exánime y murmuró algo ininteligible. De pronto, descubrió sobresaltado el sitio en que se encontraba. Nunca en su vida había estado Oscar tan al aire libre.

—¡Pájaros! —gimió—. ¡Aquí hay pájaros! ¡Las criaturas más enfermas de la Creación! ¡Árboles! ¡Hasta los árboles son psicóticos! ¡Bichos! ¡No me digan que no hay insectos aquí porque sé que los hay!

Se agarró a mi brazo.

—Harpo —dijo—. ¿Qué me has hecho? Sácame de aquí. *¡Sácame de aquí!*

No pudo quedarse en la isla Neshobe ni el tiempo suficiente para tomar una taza de café. Tomamos la lancha a Bomoseen y el siguiente tren a Nueva York. Oscar estaba hundido en un pozo negro de depresión. No me dirigió una sola palabra, hasta que llamó a su psicoanalista en la Costa Este desde la Estación Central y obtuvo la promesa solemne de una sesión de dos horas, como intervención de emergencia.

Cuando salió de la cabina, ya estaba en paz consigo mismo. Me dirigió una de sus escasas y cálidas sonrisas y dijo:

—¿No es maravilloso estar de regreso?

Jamás mencionó el desastroso viaje a la isla de Woollcott.

Nos quedamos en Nueva York un par de semanas. Yo no tenía instalaciones de las que Oscar pudiese apropiarse, así que me utilizaba de otras maneras. Principalmente, le era útil como señuelo para pescar señoras. Cuando íbamos a Broadway, Oscar solía caminar tres pasos detrás de mí. Cuando pasaba una mujer guapa, gritaba:

—¡Eh, Harpo! ¡Harpo Marx!

Yo me detenía, la chica se detenía. Oscar corría y le preguntaba si quería conocer a su amigo, el famoso Harpo Marx. Antes de que la chica llegara a conocer al famoso Harpo Marx ya estaba liada con Oscar Levant.

Una de las chicas que pescó era una corista de un club nocturno. Oscar se pasaba todas las noches en el club donde ella trabajaba y sus salidas juntos empezaban a las tres de la mañana, después de la última función. Esto encajaba a la perfección con el absurdo horario de vida y sueño que seguía Oscar. El único problema era que la chica vivía muy lejos, en Brooklyn, lo que le privaba del placer de acompañarla a casa. Oscar no era exactamente un derrochador, principalmente porque no tenía qué derrochar.

Así que al final de la noche, le daba un beso a la chica y cinco centavos para el metro.

Una noche fui al *cabaret* con Oscar. Tras recoger a la chica, nos luimos los tres al Lindy's, donde nos sentamos a comer pastel de queso y café. Cuando ella dijo que era hora de irse a casa, descubrimos que estaba lloviendo a cántaros.

Oscar, en un rapto de galantería, dijo que la enviaría a casa en un taxi. Era lo menos que podía hacer en una noche así. Hizo que el camarero llamara a un taxi de la calle. Cuando el taxista llegó goteando a nuestra mesa, Oscar le preguntó cuánto costaría ir a aquella dirección de Brooklyn. El taxista dijo que como no podía contar con que nadie la pagara el regreso desde un sitio tan lejano, el viaje costaría siete cincuenta.

Oscar soltó un aullido.

—¿Siete cincuenta? —dijo—. ¡Eso es ridículo! ¡Esta chica es *virgen*!

Le dio cinco centavos a la chica y se quedó el resto de la noche en Lindy's.

Durante escenas como ésta, yo solía olvidarme de los demás aspectos dela personalidad de Oscar. Pero luego sucedía algo que me recordaba que, a pesar de lo que hiciera o de cómo humillase a la gente, seguía siendo el mayor genio que yo había conocido.

Hacia el final de nuestra estancia en Nueva York, fui con Oscar a Harms, la tienda de música. Mientras estábamos allí, entró un desconocido. Oscar le reconoció y le saludó con la sonrisa más dulce y más sincera que jamás le vi dirigir a nadie. Por su acento, el hombre era ruso. Hablaron un poco y Oscar le preguntó si podría tocar el primer movimiento de su Segundo Concierto para Piano. Dijo que lo había oído un par de veces y le gustaba, pero nunca lo había tocado. El ruso accedió amablemente.

A mitad de un pasaje, se detuvo. Había olvidado su propio concierto. Oscar se puso tan impaciente que sacó al hombre del taburete, se puso al piano y acabó el movimiento sin un error o nota falsa.

—¡Bravo! —dijo el tipo que lo había escrito—. ¡Extraordinario!

Finalmente, Oscar me lo presentó. Era Sergei Prokofiev, probablemente el mayor compositor ruso después de Tchaikovsky.

Al volver a California, me informaron que no me renovarían el contrato de mi casa de Beverly Hills.

Cuando le comuniqué a Oscar que tenía que mudarme, me dijo:

—Harpo, me defraudas profundamente. Es la mala pasada más sucia que nadie me haya jugado nunca.

Salió de la casa, se metió en su Ford y se fue. Llegó a casa de los Gershwin justo a tiempo para la cena.

Durante un año y un mes, casi no había pasado una hora fuera del alcance de la voz balbuceante y nasal de Oscar, el oboe bajo la manta. Tres años más tarde se dio a conocer en toda América, en el programa de radio «Information Please». (Información por favor). A continuación, empezó a participar con cierta frecuencia en mesas redondas y su éxito público eliminó un número suficiente de sus fobias para darle una nueva carga de confianza.

Sólo en 1942, el hombre que había sido uno de los mejores músicos de América durante casi veinte años, se convirtió, por fin, en concertista. Mi pérdida fue una ganancia para el público. Qué suerte —si me perdonas esa horrible palabra, Oscar— la del público.

XX
CHERCHEZ LA FLEMING



Susan.

No oí bien su apellido. La habían sentado a mi lado en una cena en casa de Sam Goldwyn. Francamente, me sorprendió que personas de la calidad de Goldwyn hicieran de casamenteros conmigo. Parecía que en todas partes adonde me invitaban una estrellita sin pareja simplemente aparecía «por casualidad» sentada a mi lado. Y cada vez que eso ocurría, el hecho era mencionado en la columna de Louella Parson, Hedda Hopper o Winchell un día o dos después.

«¿Qué es lo que se dice de Harpo Marx y Bibi Bensonne?», solían escribir. «Los enterados dicen que va en serio».

O bien: «¡*Flash*! ¡Esperamos el futuro altercado entre la más rutilante y reciente estrella de la Paramount y el soltero más conveniente de Hollywood: iniciales B.B. y H.M!

Yo era soltero porque ésa era la forma en que había elegido vivir. No me importaba darle esperanzas a una chica optimista. No me importaba que un agente de prensa afirmara que yo había dicho que había trabajado en una película con «la hermosa y atractiva *Miss* Fulana de Tal, que tenía todo lo necesario para convertirse en estrella». Cualquier chica guapa, con órganos saludables y no demasiadas inhibiciones tenía todo lo necesario para convertirse en estrella de los años treinta. Pero me enfermaba que la gente insistiese en casarme con esas cretinas.

Ganaba todo el dinero que necesitaba. Tenía más ofertas de trabajo y papeles de los que podía aceptar. Tenía amigos, cientos de buenos amigos, y una vida social muy rica. Tenía una vida privada satisfactoria y la intención de que siguiera siendo privada. Nunca hablaba ni aparecía sin disfraz ante el público. No me gustaba nada ver mi nombre impreso, a menos que fuese en relación con una película de los Hermanos Marx. Lo último que quería en este mundo era publicidad personal.

Pero los casamenteros y chismosos no me dejaban en paz. ¿Qué demonios tiene toda la gente casada contra un soltero? ¿Por qué piensan que es su deber sagrado preocuparse de que todos los solteros sean atrapados? Yo no utilizaba mis malas artes para procurar que mis amigos casados se divorciaran.

De cualquier modo, aquella noche en casa de Sam Goldwyn, la estrellita-anzuelo se llamaba Susan. La hermosa y atractiva *miss* Susan No-Sé-Cuántos.

No estaba molesto con ella, pero sí con los Goldwyn. Gracias a ellos yo serviría de blanco para los columnistas una vez más. Al día siguiente habría una pequeña mención en la columna de alguien. ¿Y qué si sucedía que me gustaba la chica? No podría quedar con ella para salir aunque quisiera. Si nos veían juntos por segunda vez habría titulares de primera plana. ¿Qué podía hacer? Lo que hacía normalmente en noches como aquélla: ignorar a la chica sin ser desagradable y, si tenía que hacerlo, hablar con ella sin entrar en el terreno personal.

Una cosa debía reconocérseles a los Goldwyn. Habían tenido el buen gusto de elegirme una belleza. Era imposible, como pronto descubrí, ignorar a aquella Susan. Era una resplandeciente morena de rostro suave y claro y magnífica figura, y tenía algo además de la belleza. Daba señales de ser en realidad brillante. Tenía una risa fácil y sincera. Y todavía no había cogido la enfermedad hollywoodense de los «ojos que saltan por la mesa». Cuando hablaba con una persona no miraba por toda la habitación para ver si algún pez gordo la estaba mirando. Te miraba directamente y te desafiaba a mirarla directamente. Había algo burlón e insolente en el brillo de sus ojos. Eso me gustaba.

En casi todos los aspectos, la chica era poco hollywoodense y refrescante. No tenía deseos de hablar de agentes, de contratos, de quién tenía un *affaire* con quién, ni siquiera de sí misma. Principalmente, quería hablar de mí.

—Eres tan Nueva York —dijo—. No eres uno de esos tenorios de Beverly Hills. No los soporto.

Sentí mucho decepcionarla, pero tuve que confesar que yo también vivía en Beverly Hills, junto con el resto de los inútiles.

—Ya lo sé —dijo ella—. Cerca de la esquina de Elevado y Bedford. Oscar Levant vive contigo. Tiene un Ford al que sólo le funciona un faro. Tienes un gran perro blanco con manchas negras. Creo que el perro salía contigo en *Horse Feathers* (Plumas de caballo).

—Sí —dije yo—. Se llama Kayo. ¿Cómo lo sabes?

—He visto todas tus películas tres veces —dijo ella—. Los Hermanos Marx son mis cómicos favoritos y tú eres mi Hermano Marx favorito.

—Quiero decir, cómo sabes dónde vivo y lo de Oscar y su coche —dije yo, y ella respondió, en un susurro:

—*Soy una merodeadora*.

Le dije que era mejor que tuviese cuidado. Yo tenía un miedo mórbido a los merodeadores y tenía silbatos de policía, hechos en plata, colgados de cadenas por toda la casa.

—¿Por qué de plata? —inquirió, y le dije que en Berverly Hills los policías no acudían si no se utilizaba un silbato de plata.

Me gustaba aquella chica. Le pregunté:

—¿Juegas al *croquet*?

—¿Quieres decir ese juego de ancianos con largos palos que tienen en St. Petesburg, Florida?

Así que no era perfecta. Pero de todas maneras me gustaba.

Durante unos instantes, me miró sin decir nada.

—Has hecho algo con tu pelo —dijo, finalmente—. Lo llevabas mucho más largo hace cinco años.

—¿Sí? —pregunté—. ¿Cómo lo sabes? Nunca he actuado sin disfraz. Nunca me has visto sin la peluca, cariño.

Levantó las cejas y frunció los labios. Sus ojos se burlaban de mí.

—No te acuerdas, ¿verdad?

—¿No recuerdo qué?

—Hace cinco años: La primera vez que me viste.

Yo no me acordaba.

—Fui a ver *Animal Crackers* en Nueva York. Me elegiste entre la gente del público y me miraste fijamente: así —ella abrió los ojos hasta que parecían a punto de saltar y abrió la boca descomunalmente—. No me quitaste los ojos de encima durante toda una escena, y todo el mundo me miraba a mí en vez de a ti. Yo estaba tan avergonzada que quería morirme, y al final de la escena me levanté y salí del teatro. Más tarde averigüé que aquello era parte del número y que yo había tenido suerte de que me eligieras como comparsa entre el público, porque siempre buscabas la cara más bonita. Fue entonces cuando decidí que iba a conocerte y a pedirte personalmente disculpas por abandonarte en medio de tu actuación. Nos conocimos en la Sexta Avenida, frente al teatro Ziegfeld, durante el entreacto de una función de beneficencia. ¿Te acuerdas ahora?

No me acordaba. Sacudí la cabeza.

—Da igual. Cuando nos presentaron, estaba tan asustada que apenas podía hablar. Parecías un salvaje. El pelo te salía como arbustos por debajo del sombrero. Me mirabas fijamente de nuevo como si te estuvieras muriendo de hambre y yo fuera una costilla de cordero. Antes de haber logrado entender mi nombre, me pediste que saliera contigo. Yo era una chiquilla de veinte años y, como admiradora ilusionada, ya te tenía bastante miedo para empezar. ¡Pero descubrir que el gran Harpo Marx, tan dulce y

conmovedor en escena, era en la vida real un pérfido sinvergüenza! Creo que las únicas frases que te dije fueron «¿Cómo está usted, señor?» y «¡Oh, *no*, señor!».

—¿Todavía me tienes miedo?

—Prueba.

Le lancé mi mirada más malvada. Ella sacudió la cabeza solemnemente. Probé un Gookie depravado. Se rió.

—Creo que lo he perdido —dije—. Ya no soy pérfido.

—Yo ya no tengo veinte años —dijo ella.

Pero no parecía tener muchos más, y ahora, mientras la contemplaba, algo se movía en mi memoria. La escena de hacía cinco años empezaba a tomar forma: las luces de la marquesina, la multitud del teatro que daba vueltas durante el intermedio y, surgiendo de la muchedumbre, la figura luminosa de aquella pequeña hechicera.

—Perdona —le dije, tratando de completar el cuadro—. Cuando la señora Goldwyn nos presentó esta noche no entendí tu apellido. Sólo entendí Susan. Soy pésimo para los nombres.

—Ya sé —dijo—. Llamas a todo el mundo Benson, ¿no?

Esta chica ciertamente me tenía controlado. Debía tener más exploradores que Notre Dame.

Entonces dijo:

—Fleming. Mi nombre es Susan Fleming.

¡Fleming!

Hice una mueca, esta vez inconscientemente, y ella dijo:

—¿Qué tiene de gracioso este nombre? ¿Qué tienes contra Fleming?

—Nada —le dije—. Lo recomiendo mucho. Todo el mundo debería hacerlo[56] por lo menos una vez al año.

Era cierto que no tenía nada contra aquel nombre. También era cierto que «Fleming» tenía un significado muy especial para mí. Pero no conocía a Susan lo bastante para decírselo. Así que hice toda clase de acrobacias y disimulos hasta que cambiamos de tema, con la esperanza de qué olvidara mi extraña reacción.

Había conocido muchas mujeres en mi vida, en diversos grados de intimidad, pero sólo había habido una con la que las cosas llegaron a ser lo bastante serias como para que yo deseara casarme. Se llamaba Fleming.

Al llegar a Hollywood, conocí a una chica extraordinaria llamada June Fleming. Salimos juntos durante casi cuatro meses. June era una mujer activa e independiente. Jugaba espléndidamente al tenis y tenía un avión particular; era una excelente contrincante y muy divertida como acompañante. Decidí que quería estar con ella el resto de mi vida.

Estábamos citados para el sábado por la noche y éste era el plazo máximo que me había dado a mí mismo para pedirle que se casara conmigo. El viernes, June se estrelló contra una montaña volviendo de Palm Springs y se mató.

Susan Fleming

¿Y qué tal esta Fleming? Era la primera chica en mucho tiempo a la que quería seguir viendo mucho tiempo. Pero me preguntaba si el apellido sería un mal presagio.

Fue muy difícil resistir la tentación de pedirle a Susan que saliésemos juntos. Después de la cena, descubrí que no era una simple actricilla. En su última película, *Million Dollar Legs* (Piernas de un millón de dólares), hacía el papel principal, ¡y ciertamente estaba equipada para encamar al personaje que daba título al film! También descubrí que lo de sentarse junto a mí no había sido idea de los Goldwyn sino suya.

Aún así, resistí. No me importaba si yo era gafe para las Fleming o ellas lo eran para mí. No podía arriesgarme de nuevo. Terna que ser sensato. Nos dimos las buenas noches y eso fue todo.

No obstante, eso no fue todo, no lo fue en absoluto. Dos mañanas más tarde Susan Fleming me llamó. Estaba muy disgustada. Su voz silbaba y crepitaba, y yo tenía miedo de que salieran chispas del teléfono y me quemaran la oreja.

—*Mister Marx* —dijo—. Retiro todo lo que le dije en casa de los Goldwyn. Usted *sí es* uno de ellos. No es usted más que un lobo de Beverly Hills, que pierde el culo por conseguir publicidad, ambicioso y engreído.

Silbó y crepitó durante un rato, con variaciones sobre el mismo tema cada vez menos propias de una dama. Le faltó el aliento y tuve oportunidad de intercalar la primera palabra, que fue:

—¿Sí?

No pude decir nada más. Ella continuó. ¿A quién estaba engañando? ¡Qué tonta había sido en dejarse tomar el pelo! ¿Un hombre que no se daba aires? ¿Amante de la vida sencilla?

—¡Puf! —dijo—. ¡Un farsante! Lo sé todo sobre usted y su amigo Winchell. Sé que tuvo usted que disfrazarle para meterlo en *Cocoanuts* cuando los Shubert lo tenían en su lista negra.

—¿Sí? —dije yo, y ella dijo:

—¡Sí! No trate de hacerse el inocente. No me diga que no ha leído su columna de esta mañana. Probablemente ya la tiene pegada en su álbum de recortes. Pues bien, quiero notificarle aquí y ahora, *mister* Marx, que no soportaré que me utilice como excusa para que su estúpido nombre salga en los periódicos.

Dejé el auricular sobre el escritorio con todo cuidado y fui a coger los periódicos de la mesa del desayuno. Cuando volví ella seguía graznando. Encontré la nota en la columna de Walter Winchell:

> Nuestros espías de la Costa Oeste nos informan que Harpo Marx, el soltero más recalcitrante de Hollywood, se acurruca y arrumaca con la actriz Susan Fleming, la monada de las piernas de un millón de dólares. ¿Pue' ser que te ablandes, Harpo?…

Yo me sentía con ganas de saltar y gritar «¡Hurraa!». Pero en vez de eso, grité una y otra vez:

—¡*Miss* Fleming!

Hasta que dejó de ladrar. Entonces le dije:

—*Miss* Fleming, debo pedirle que deje la línea libre. Tengo que llamar a mi abogado inmediatamente o puede usted tener problemas.

—¿Problemas? ¿Yo?

—Problemas. Usted. He pedido a mis abogados que les demanden, a usted y a su agente de prensa, por invasión de la intimidad.

—¿Mi *qué*? —preguntó—. Prefiero morir de hambre antes que rebajarme a contratar a un agente de prensa.

Eso acabó conmigo. Toda mi resistencia, sensatez y superstición salieron volando por la ventana. Me importaba un rábano lo que pudiera escribir cualquier columnista. No me importaba ni salir en primera plana. Iba a volver a ver a mi segunda Fleming.

—Le diré lo que sería una buena idea —le dije—. Arreglemos las cosas sin acudir a los tribunales. ¿Qué le parece si paso a buscarla a las siete esta noche y buscamos un lugar tranquilo para cenar?

Reflexionó un momento, y dijo:

—¿Cómo debo vestirme? ¿Qué tipo de «lugar tranquilo» tiene usted en mente?

—Pienso en un pequeño local de Malibú.

—¿Su casa de la playa?

—Bueno, está muy cerca de allí, ahora que lo pienso.

—Acerté la primera vez, no es usted un inútil, sigue siendo pérfido.

—¿A las siete en punto?

—A las siete en punto. ¿No le importa si llevo a mi madre?

—No, perfecto. Yo llevaré a Jimmy Fidler y así seremos cuatro para el *bridge*.

—Todavía no me ha dicho cómo debo vestirme.

—Yo llevaré corbata negra.

—Oh, Dios mío. Tener que arreglarme dos veces en una semana. ¿Siete en punto?

—Siete en punto.

Cuando llegué al apartamento de Susan llevaba corbata negra. Pero también llevaba una abundante peluca oscura, un sombrero, pantalones a rayas, un chaqué, un chándal, zapatillas de *ballet* (que siempre llevo en escena para sentir los pedales del arpa) y un calcetín negro. El otro hacía de corbata.

Susan me recibió en la puerta. Estaba vestida como para matar, con un traje de noche de color turquesa. Le lancé un Gookie. Ella sonrió agradablemente y dijo:

—Una siempre puede distinguir a un neoyorkino por el corte de su ropa. ¿No es repugnante las cosas que los hombres llevan en público aquí? Entre, por favor, mamá se muere de ganas de conocerle.

La señora Fleming dijo que estaba emocionada de conocer a alguien a quien había admirado tanto durante tantos años. Tampoco ella se alteró lo más mínimo por mi apariencia. Me lanzó una cálida sonrisa y luego se excusó. Dijo que Susan y yo teníamos una gran noche por delante y que no quería privarnos de un minuto de diversión.

Cenamos en un sitio de la autopista de la costa donde me conocían lo bastante para no sorprenderse por mi disfraz. Después de cenar, dije que podíamos pasar un momento por mi casa de la playa, ya que estaba tan cerca. Susan dijo:

—¡Oh, Dios mío! Siempre he querido conocer un nidito de amor de Malibú. He leído *tanto* sobre ellos en los periódicos.

Nos quitamos los zapatos y caminamos por la playa. Susan llevaba recogido el borde de su vestido de noche para que no se arrastrara por la arena. Lo llevaba más alto de lo necesario y caminaba con un balanceo y un compás, cantando bajito, y ¡oh, Dios mío!, ¡era la cosa más adorable que había visto jamás! Y ¡oh, Dios mío!, ¡si lo sabría ella!

Abrí la puerta de la casa, la dejé entrar y encendí la luz. Ella dejó de cantar:

—Bueno —dijo—. La mansión del soltero.

—Sí —dije—. Lástima que la piel de tigre esté en el tinte.

Examinó el local pulgada a pulgada. Inspeccionó las mesas de juego, cubiertas de vasos de cerveza sucios, ceniceros llenos de colillas, restos de café, papeles para llevar la puntuación y restos de lápices. Apreció los muebles de bambú, uno por uno. Se fue a la cocina. Examinó el desastre que había en la pila. Hizo inventario de la despensa: medio bote de café sin tapa, dos tazas desconchadas, unos dientes falsos, un montón de terrones de azúcar de diversos restaurantes, una caja de galletas para perro, un par de zapatillas para tenis, un bote lleno de monedas de cinco centavos, un cepillo de dientes, una rosquilla colgada de un gancho y tres montones de fichas de *poker*. Hizo inventario de la nevera: ocho botellas de agua de Vichy, dos botellas de cerveza, algunos tubos de pintura al óleo, una botella de leche

vacía y sin lavar, un frasco de brillantina para el pelo, una lata de mantequilla de cacahuete y un bote de crema para la cara, media docena de «gallitos» de badminton, un huevo, una naranja verde, un aguacate negro y, en el compartimento en que ponía EXTRA FRÍO, un sombrero ruso de astracán enfermo de nostalgia.

No dijo nada, pero siguió inspeccionando. Cuando se fue a revisar el dormitorio, cogí una escoba e hice una rápida faena en la sala de estar. Estaba cubierta de arena, con tantas huellas que podría haber servido muy bien de decorado de *Robinson Crusoe*. Cuando hube depositado el montón de arena en la chimenea, Susan se rió. Había estado observándome desde la puerta del dormitorio. Iba todavía descalza y seguía con el vestido sujeto por el borde.

—Supongo —dijo— que piensas que voy a decir: «Lo que este lugar necesita es un toque femenino». Pues no. Me encanta tal como está. También se supone que me arremangaré y me pondré una vieja camisa tuya a manera de delantal y me pondré a trabajar y lavaré los platos y quitaré el polvo y pondré orden. ¿Verdad? Pues no. Me voy a sentar aquí y te voy a contemplar mientras preparas una cafetera y haces un fuego.

Se sentó en una de las mesas de juego, echó la basura a un lado, puso sus zapatos sobre la mesa y me lanzó esa mirada suya desafiante y burlona. Cuando hacía eso, podía derretirme a través de un muro de asbesto.

Puse una cafetera al fuego. Cogí un montón de leña de debajo del embarcadero, la puse en la chimenea y la encendí. Desde la cocina, donde esperaba que hirviera el agua, le pregunté:

—¿Te importa si me quito unas cuantas cosas y me pongo cómodo?

—¿Importarme? —respondió—. Tengo mis zapatos a mano y sé en qué dirección se encuentra la carretera. Así que ¿por qué podría importarme?

De modo que me despojé de unas cuantas prendas: el sombrero, la peluca, el chaqué. Me quité la corbata y me la puse en el pie, donde tenía que estar. Traje dos tazas de café, las situé sobre la mesa de cartas, quité sus zapatos de la mesa y los puse en el suelo.

Me senté frente a ella.

—Muy bien, cariño, ¿a qué jugamos primero? ¿A *Gin rummy*?

—No te preocupes de qué es lo primero —dijo—. ¿Exactamente cuál te imaginas que será el segundo juego?

Le lancé un entrecruzamiento de cejas tipo Groucho para indicar que me imaginaba toda clase de juegos malísimos. Susan dijo:

—Usted, mister Marx, es lo que mi madre llama «un tipo apresurado». ¿Siempre trabaja así de rápido la primera vez que sale con una dama?

Tuve que reírme.

—¿Yo, *apresurado*? —pregunté—. Tú me confundes con mi hermano Chico. Ése es el apresurado de la familia. Yo soy el lento. No es que sea lento pero constante; sólo soy lento. Cuando éramos niños, yo nunca conseguía una chica a menos que Chico la consiguiera para mí y saliésemos los cuatro juntos. Luego, la única cosa de la que se me ocurría hablarle a la chica era mi pipa de espuma de mar y contarle que me había costado por lo menos cuatro meses que pasara del blanco al marrón. Mientras yo hablaba sobre la pipa, Chico progresaba con su chica. Luego, mientras yo seguía hablando de la maldita pipa, Chico progresaba también con la mía. Cuando yo estaba listo, eran unas tres horas demasiado tarde y terna que ponerme el sombrero, frotarme el orzuelo e irme a casa. «Soy tan rápido que tengo que ponerme el despertador para coger un Año Bisiesto».

Susan no se rió. Dijo:

—¿Te sentías solo cuando eras joven?

—Bueno, era un lobo solitario, nunca tuve muchos amigos. Pero me gustaba estar solo.

—¿Y ahora? ¿Todavía te gusta estar solo?

—La verdad, he olvidado lo que es eso. Tendrías que pasar unos días en mi casa. No podría estar solo aunque quisiera.

Me miró directamente a los ojos.

—No —dijo—. Ya sabes lo que quiero decir. Quiero decir no estar casado, no tener una familia. ¿Es eso lo que quieres?

Me encogí de hombros para apartar su pregunta. La conversación se estaba volviendo incómoda. Pero no era fácil deshacerse de ella con un encogimiento de hombros. Me preguntó de nuevo. Dije:

—Sí, eso es lo que quiero.

—¿Nunca has conocido a nadie con quien quisieras casarte? —preguntó.

Cuando dijo eso fue como si el fuego se hubiera apagado y la habitación se hubiera quedado helada. Me levanté para llevar las tazas a la cocina y coger mi abrigo. Le pregunté:

—¿Siempre hablas de matrimonio la primera vez que sales con un tipo? ¡Por amor de Dios!

—¡Bueno, bueno! —dijo—. Olvídalo. De todos modos, ya me has contestado. ¿Nos vamos?

—Sí —dije—. Larguémonos de aquí.

Cuando llegamos a su casa, me invitó a entrar y tomar una verdadera taza de café, pero yo decliné la invitación y le di las buenas noches en la puerta. Ambos estábamos un poco deprimidos. Habíamos empezado la noche como dos bolas de fuego, y habíamos acabado como un par de cómicos malos.

—Me imagino que yo no habría entrado en la lista de Chico —dijo Susan.

—Me imagino que no.

Me apretó la mano y yo le di un ligero beso en la mejilla y bajé corriendo los escalones hasta el coche, pensando: Bueno, aquí termina la segunda Fleming.

¿Terminar? No lograba engañarme a mí mismo lo más mínimo. Para cuando llegué a casa, ya me preguntaba cómo sonaría su nombre si lo cambiaba ligeramente, y había decidido que no sonaría nada mal.

¿Susan Fleming Marx?

No vi a Susan durante un tiempo, después de nuestra primera salida. Ella estaba trabajando en una nueva película y yo no quería molestarla hasta que acabara de filmar. La verdadera razón, por supuesto, era que yo estaba avergonzado de la forma en que me había comportado esa noche en la casa de la playa. Allí estaba, solo con la chica más atractiva que había conocido jamás, disfrutando cada instante, y cuando se le ocurrió pronunciar la palabra «casarse» el pánico se apoderó de mí.

Yo, Harpo Marx, de cuarenta y un años de edad, un tipo que se las había visto con los más brillantes dramaturgos, jóvenes ricas y frívolas, escritores,

editores, artistas, ministros de exteriores, embajadores y tahúres, yo, Harpo, ¡actuando como un adolescente asustado! ¿Cuándo iba a crecer?

Cada vez me resultaba más difícil engañarme a mí mismo acerca de nada. Poco después de conocer a Susan, Sam Behrman vino al Oeste y se quedó en mi casa. Nunca me alegré más de ver a Sam. (Verdadera razón: cualquier tipo de diversión me ayudaba. No podía quitarme a Susan de la cabeza). Luego, cuando Sam se fue y la casa se quedó demasiado tranquila, me entró un ataque agudo de nostalgia y me fui con Oscar a Nueva York. (Verdadera razón: no estaba listo todavía para enfrentarme a Susan y Nueva York era un lugar perfecto adonde huir). Después de dos semanas en Nueva York me moría por volver a California, porque no confiaba en que nadie cuidara de mis plantas y mis animales tanto tiempo. (Verdadera razón: estaba listo para hablar con Susan).

La llamé tan sólo llegar. Dijo que le encantaría verme de nuevo. Esperaba oír noticias mías desde aquella agradable velada que pasamos juntos en casa de los Goldwyn. Ninguna mención de la noche en Malibú. A la noche siguiente, la llevé a cenar y a bailar, y también la siguiente, y la siguiente. La llevé a los lugares más lujosos, y nos vestíamos de etiqueta. Nunca antes me había vestido correctamente para cenar tres noches seguidas. Durante veinte años, yo había sido un desastre social, un espantapájaros con camisa deportiva, zapatillas y una chaqueta verde de billar. Ahora descubría que era muy satisfactorio ser Correcto. (Verdadera razón: a Susan le gustaba cómo se vestían los hombres de Nueva York).

Era alegre y graciosa. Y o era alegre y galante. Cada vez que nos dábamos las buenas noches nos decíamos uno al otro lo bien que lo habíamos pasado. Me apretaba rápidamente la mano y yo le daba un rápido beso en la mejilla. Ninguno de los dos se atrevía a romper el tono *impasse* en que estábamos metidos. Seguíamos siendo un par de malos cómicos.

Entonces me comunicaron que no me renovarían el contrato de alquiler de la casa. Decidí tomar temporalmente un apartamento. Era una medida prudente por dos razones. No habría espacio para huéspedes, lo que me dejaría más tiempo libre para practicar el arpa. En un apartamento viviría mes por mes, sin demasiados gastos, mientras me tomaba el tiempo necesario para encontrar exactamente la casa que deseaba. (Muy bien, sí,

había una tercera razón: podía traer a Susan Fleming conmigo a casa sin preocuparme de quién estaría allí, o quién podría presentarse inesperadamente).

Pensioné a todos mis animales excepto Kayo y tomé un apartamento con terraza en Sunset Towers, que era una especie de Jardín de Alá vertical. En cuanto me mudé, se produjo un cambio drástico en las relaciones entre Susan y yo, drástico pero tan sutil que durante un tiempo no supe qué me había ocurrido.

Un día me llamó y me preguntó si podía hacerle un gran favor. Le habían dado el papel principal en una nueva película, el papel más difícil que jamás había intentado. Le acababan de entregar el guión, le había echado un vistazo y estaba asustada. Si venía a casa, ¿podría yo ayudarla? ¿Ayudarla a estudiar el papel y aconsejarla sobre la actuación? Claro que sí, le dije. Vino inmediatamente.

Trabajamos juntos todas las tardes durante una semana. Yo me sentaba en la silla del director con el guión y le iba dando entradas a Susan mientras ella caminaba por la terraza, haciendo ademanes, con Kayo pegado a sus talones a cada paso, como un admirador devoto, cosa que en efecto era. Cada día, de alguna manera, dedicábamos menos tiempo al papel de Susan y hablábamos más y más de nosotros mismos. Le conté la loca vida de mi familia en la calle Noventa y Tres, el desfile de empleos de los que me habían despedido desde que yo era el chico con menos posibilidades de triunfar, mi horrible debut en Coney Island, los días de Chicago, los tiempos del vodevil, mi irrupción en el mundo cerrado de Alexander Woollcott, mi carrera como artista y mi carrera como oyente profesional.

Nunca se cansaba de oírme hablar de Minnie. Insistía en escuchar una y otra vez todas las anécdotas que podía recordar acerca de mi madre: Minnie la gran planificadora, que llevó a Groucho y Gummo al escenario y a Chico al taburete del piano, y me secuestró y me lanzó a la escena. Minnie de pueblo en pueblo. Las batallas de Minnie con los empresarios y los agentes teatrales. Las inspiraciones de Minnie para los efectos especiales. Minnie en nuestro estreno en Broadway. Minnie como esposa. Minnie como jugadora de *poker*. La historia de las últimas horas de Minnie en la tierra.

Una vez, Susan dijo:

—¿Crees que alguna vez encontrarás a otra mujer tan maravillosa como tu madre?

—Estoy… —dije. No acabé la frase.

Lo que quería decir era: «Estoy mirándola ahora», pero me faltó valor.

Finalmente, logré que Susan se decidiera también a hablar sobre sí misma. Su vida había sido una larga y frustrante búsqueda de un hogar verdadero. Su padre era ingeniero de minas y los Fleming siempre habían estado en movimiento. Cada vez que Susan, que era hija única, lograba hacerse amigos en un nuevo lugar, la familia recogía los bártulos y marchaba a otra parte del país. Su padre era un buen dibujante y artista aficionado. Susan había heredado su talento y lo que más le gustaba de niña era dibujar y ver a su padre trabajar con la pluma y el pincel. Fueron años solitarios para una niña tan comunicativa como Susan. Al hacerse mayor, el dibujo dejó de satisfacerla y empezó a actuar.

—Ahora —dijo una tarde—, no estoy segura de que la carrera de actriz, o cualquier *otra* carrera sea la respuesta. Es solamente una forma de escapar. Estoy cansada de moverme y correr. Lo que quiero hacer es establecerme. ¿Sabes lo que quiero decir? ¿No sientes lo mismo?

—Es mejor que le dé de comer a Kayo —dije. Era un tema peligroso.

Tras aquella semana de ensayos en la terraza, me fui a jugar al golf con George Burns. George me ganó por siete hoyos a dos, lo cual constituía el acontecimiento del año. La única explicación que encontró fue que yo debía estar enfermo. Cuando le pagué la apuesta me dijo:

—¿Qué diablos te pasa, Harpo? Andas por ahí en coma, como si hiciera dos días que estás muerto y nadie hubiera tenido corazón para decírtelo. Tendrías que ir a que te hicieran la autopsia.

Le dije a George que me sentía estupendamente, mejor que nunca. Él sacudió la cabeza.

—Ni siquiera sabes qué fue lo que te golpeó, ¿eh? —dijo, y salió de los vestuarios.

Fue entonces cuando se hizo la luz. Comprendí qué era lo que me había golpeado. Estaba tan enamorado de Susan que no podía ni pensar bien. Y como no podía pensar bien, no me había dado cuenta de lo que ella se traía entre manos. Susan quería pescarme. Estaba usando hasta el último de los

trucos conocidos. Halagos. Palabritas dulces. Astutas charlas sobre la soledad y el matrimonio y establecerse en un sitio. Me estaba ablandando para matarme. Me estaba cortejando y yo cada vez aflojaba más.

Ahora me daba cuenta de cuán absurda había sido aquella semana: yo ¡ayudándola a ella a prepararse para un papel dramático! Yo que no había dicho una palabra en escena desde los tiempos de *School Days*. Yo sabía tanto sobre la interpretación de un papel dramático como mi perro. Ni siquiera podía leer bien en voz alta. Pero Susan no se había quejado, ¡oh no! Todo era un plan para llevarme a un rincón donde pudiese trabajarme. Y yo había caído en sus redes como un conejo.

No perseguía mi pasta ni mi nombre. Me perseguía a mí. Me amaba tanto como yo a ella, eso era seguro. Pero qué diablos, yo no estaba listo. Yo trabajaba despacio, pensaba despacio, decidía despacio. Y tenía que pensar mucho antes de decidir que era hora de cambiar de vida.

De modo que aquélla fue la nueva forma que adoptó nuestra relación: Susan atacaba; yo la alentaba a seguir persiguiéndome, porque no soportaba estar lejos de ella. Pero cada vez que me sentía a punto de ceder, me entraba miedo y huía. Cuando huía, ella me perseguía y empezaba a atacar de nuevo. Ella no pensaba renunciar, y yo tampoco.

Susan Fleming Punto

Ella me gustaba tal como era y me gustaba su nombre tal como era.

La primera vez que salí huyendo fue de Sunset Towers, donde era demasiado fácil acorralarme, a la casa del productor Joe Schenck. Joe, en aquel tiempo, tenía la casa de soltero más lujosa de Hollywood. Era un palacio de estilo oriental, construido según sus necesidades particulares. Era una combinación de gimnasio, sanatorio, harén y casino. Incluso tenía una serie de habitaciones «dedicadas a los movimientos intestinales», con mesa de masajes, baño de vapor y todo, dotadas de suficientes adminículos higiénicos para equipar una clínica pequeña.

Joe me había ido detrás durante mucho tiempo para que fuese a vivir con él y me convirtiera en un compañero de diversiones de dedicación

exclusiva. Era un empleo para el que, sin embargo, yo no daba la talla. Se habrían necesitado tres personas para seguirle el paso a Schenck, por la forma en que apostaba y por la manera en que daba la batalla con las chicas.

Cuando obtuve un suspenso como compañero de juegos, Schenck me comunicó que seguía pensando que yo debía compartir su casa. Supongo que quería tenerme allí porque nos reíamos juntos. De vez en cuando asistía a sus sesiones de *poker*, hasta que me mareaban las cantidades que apostaban. Pero pasaba la mayor parte del tiempo solo, o con Susan.

Era como tener una casa propia. Joe me cedió todo un ala de su guarida. Y o saqué mis bichos de la pensión y los dejé sueltos, añadí un par de camiones de plantas en tiestos y muy pronto me hallé viviendo en un maravilloso caos patas arriba. Los gatos siameses volaban por todo el lugar o se calentaban sobre la chimenea. Mientras los gatos volaban, los estorninos deambulaban picoteando las manchas del dibujo de las alfombras persas (que le habían costado a Joe ochenta y cinco mil pavos cada una), los dos monos dormían en mi baúl de teatro, la tortuga daba vueltas en redondo y los caniches trataban de subir a los árboles. Kayo, molesto con todos ellos, lanzaba miradas iracundas sentado bajo el caballete, que él asociaba con Susan, la luz de su vida.

La primera vez que Susan vio mi principesca barraca en casa de Schenck, dijo:

—¡Así es exactamente como tendría que ser! ¡Por favor, no dejes que el toque femenino lo eche a perder!

En mi vida había oído una declaración más amorosa y menos sincera.

Allí fue donde Susan conoció a Oscar Levant. Oscar nunca me había perdonado por tirar de la alfombra debajo de él en Beverly Hills, pero aún nos veíamos con bastante frecuencia. De Susan, dijo, después de verla por primera vez:

—Harpo, es una persona adorable, adorable. Se merece un buen marido. Más vale que te cases con ella antes de que lo encuentre.

Oscar no se trasladó a mi nueva vivienda porque no tenía nada en común con mi anfitrión, y Oscar era un hombre de principios. Nunca exprimía a nadie a quien no admirase. Cuando le mostré a Oscar el palacio,

ala tras ala y *suite* por *suite*, no se dejó impresionar. Pero pensó que debía hacer algún comentario amable, ya que no había decidido vivir allí.

—Bueno —dijo, reflexionando sobre todas las maravillas y comodidades que había visto—, he de decir una cosa acerca de Schenck. Ciertamente sabe cómo cagar.

El pretexto de Susan para venir a verme era pintar y dibujar juntos. Ella podía hacer caricaturas mías y yo óleos de ella, y así nos ahorrábamos el coste de los modelos. No pasó mucho tiempo antes de que Susan empezara a derivar de nuevo hacia el mismo tema: el matrimonio.

Aquella vez tuve suerte, no tuve que mudarme para escapar: empecé a trabajar para la Metro-Goldwyn-Mayer.

Los Hermanos Marx habían caído en la rutina. Nuestras tres últimas películas, *El conflicto de los Marx, Plumas de Caballo* y *Sopa de ganso*, eran todas el mismo tipo de colección de gags y sketches cortos. Una película más como aquéllas y la ley del rendimiento decreciente entraría en vigor y nos veríamos camino de la calle. Lo que necesitábamos era un buen productor fuerte que nos diera un cambio de ritmo.

Los agentes de la familia, Zeppo y Gummo, buscaron por todas partes al hombre adecuado, pero fue Chico quien lo encontró, en un juego de *bridge*. Era un joven delgado, intenso y de ojos brillantes e intensos, llamado Irving Thalberg. Chico dijo que cualquiera que pudiera jugar tan bien al *bridge* era lo bastante bueno para producir nuestras películas. El hecho de que Thalberg fuese el jefe de producción de la Metro-Goldwyn-Mayer era un detalle sin importancia para Chico.

En 1935, Thalberg tenía planes para producir personalmente tres nuevas películas: *Romeo y Julieta, El motín del Bounty* y *La buena tierra*. Incorporó una cuarta película a su plan: *Una noche en la ópera*, de los Hermanos Marx.

Nuestro problema, según Irving, era que, siendo un grupo de primera, usábamos material de segunda. Nosotros debíamos estar en las películas de clase «A», no en esos batiburrillos informes. Nuestras películas debían tener argumentos verosímiles, historias de amor, grandes elencos, números coreográficos. Nosotros teníamos miedo de que eso nos sacara de nuestro elemento, pero Thalberg dijo:

—No se preocupen por nada. Ustedes me consiguen la risa y yo consigo la historia.

Thalberg no era ningún «niño prodigio» como algunas gentes le llamaban. Era un tipo duro y listo, un hombre maduro y trabajador, y un perfeccionista. Cuando entregaron el primer borrador de nuestro guión, nosotros pensamos que era formidable. Thalberg pensó que era bueno, pero ni mucho menos suficientemente bueno. La única forma de redondearlo, dijo, era que lo llevásemos de gira para probarlo con público en directo.

Así que nos fuimos de gira con *Una noche en la ópera*. Thalberg tenía toda la razón. Algunos de los números favoritos de los guionistas no obtuvieron ni una sonrisa. Así que fueron eliminados. Por otra parte, cosas que habíamos improvisado sobre la marcha, como «la escena del camarote», entraron en el guión de la filmación. Tal como estaba escrito —un grupo de tipos se amontonan en un camarote sin razón aparente para ello—, este fragmento no tenía gracia en el teatro. Los escritores se deprimieron al darse cuenta y decidieron eliminarlo. Pero nosotros decidimos darle una oportunidad.

Así que aquella noche lo hicimos a nuestro modo. Groucho, que debía ordenar la cena a un camarero mientras le empujaban a un rincón del atiborrado camarote, dijo:

—Y un huevo duro…

Yo hice sonar mi bocina.

—Que sean dos huevos duros —dijo Groucho.

El público se echó a reír y, así de sencillamente, un churro se convirtió en un clásico. La escena del camarote sigue siendo el número más recordado de todos los que representaron los Hermanos Marx.

Estrenamos en Salt Lake City. Entre una función y otra, descubrí una cosa nueva: unos peces tropicales que vendían en una tienda a diez centavos. Me gasté un dólar en la pecera y un par de pececitos sonrosados, pensando que le darían un poco de vida a mi camerino. Luego una pandilla de reporteros vinieron a los camerinos a entrevistamos y uno de ellos me preguntó por los peces. ¿Eran un pasatiempo?

—Oh —contesté—, más que un pasatiempo. Estos dos pececitos son mis amigos más queridos, y ni se me ocurriría irme de casa sin ellos. En

realidad, no podría estrenar si no supiera que me esperan en el camerino.

Así, las agencias de noticias divulgaron de costa a costa la historia de Harpo Marx, el experto en peces tropicales. A partir de su publicación, me llovieron catálogos de criaderos, peticiones de declaraciones publicitarias y cartas desde todos los puntos del país en que me pedían consejo para alimentar y criar peces tropicales y me ofrecían cambiar *Lebistes* por *Mollienisias*. Esto duró varias semanas. Lo primero que hice al volver de Hollywood fue instalar un acuario en mi casa. Otro caso en que el actor acaba creyéndose sus recortes de periódico.

A decir verdad, los peces de Salt Lake City me hicieron buena compañía durante la gira. Eran los únicos puntos brillantes en las largas horas que pasaban entre una llamada a Susan y la siguiente.

Volvimos a L.A. con el espectáculo perfectamente elaborado: todo medido, probado, comprobado y ensayado. Pero eso no era más que el principio. Trabajar con Thalberg era veinte veces más difícil que todo lo que habíamos hecho hasta entonces.

Las cosas eran diferentes en la Metro. Sam Wood, que dirigió *Una noche en la ópera*, era un perfeccionista, como tenía que ser cualquiera que trabajase con Thalberg. Filmaba una escena veinte veces, desde veinte ángulos distintos, antes de pasar a la siguiente. Y cada vez que se disponía a filmar, ya fuese la Toma Uno o la Toma Diecinueve, nos daba las mismas instrucciones:

—Bueno, chicos, ¡a por ellos! ¡Vendámosles un montón de ostras!

Mi trabajo era el más difícil, porque mi papel exigía muchas acrobacias. Tenía que pender colgado de una cuerda dos metros por encima de la cámara, caminar de puntillas por el borde de un precipicio de diez metros de altura y correr verticalmente por un telón de siete metros de largo, confiando en la resistencia de los alambres prácticamente invisibles. Les tomé aversión a las ostras.

Era la era de la especialización en la M-G-M. Un día, mientras filmábamos un número coreográfico, el director musical de otra película vino y preguntó si podíamos prestarle un acorde en si bemol. Le acompañaba un joven en el que reconocí a un tenor que había formado parte de nuestro coro en otras épocas. La orquesta, amablemente, tocó el acorde

solicitado y el tenor cantó un si bemol a dos compases. El director visitante dijo:

—Muchas gracias —y se llevó consigo al tenor.

Mucho después descubrí que el tenor era el Cantante de Notas Altas de Nelson Eddy (o «Eddie Nelson», como Louis B. Mayer siempre le llamó), que estaba haciendo por entonces *Naughty Marietta* (La traviesa Marieta). Una de las canciones de Eddy acababa por encima de su registro vocal, que sólo alcanzaba el la, de manera que hubo que doblar el si bemol en la banda sonora. Era una pena que aquél no fuese un trabajo fijo. De haberlo sido, podría haber incluido al Cantante de Notas Altas de Eddie Nelson en mi catálogo privado de oficios maravillosos, junto con el Chambelán del Himno del Rey Alfonso y el Removedor de Latas del Abuelo.

Durante la filmación de *Una noche en la* ópera Arnold Schônberg llegó a la ciudad. Schônberg era un famoso compositor contemporáneo que había huido de la Alemania de Hitler y estaba absolutamente arruinado. Arturo Toscanini había recurrido a Sam Behrman para ver si podía ayudar al compositor a encontrar trabajo en Hollywood. Behrman le pagó a Schônberg el billete hasta la costa y me escribió que hiciese cuanto estuviese en mi mano para conseguirle empleo en la M-G-M.

Yo le di la tabarra a Thalberg para que empleara al famoso compositor que acababa de llegar a la costa. Thalberg estaba produciendo *La buena tierra*. Todavía no había encargado a nadie la música y dijo que le gustaría ver a Schônberg al día siguiente a la hora del almuerzo. Le advertí a Irving que aquel individuo era uno de los músicos más grandes del mundo y todo un excéntrico, y que no debía hacerle esperar ni un minuto. Irving era famoso por llegar tarde a las citas. Pero me dio su palabra de que sería puntual con Schônberg.

Al día siguiente a las doce menos cuarto fui a la oficina de Thalberg. Allí estaba Irving. A las doce llamó a su secretaria por la línea interna y le dijo que iba a celebrar una reunión muy importante y no quería interrupciones. Esperamos. Las doce y cuarto, las doce y media, y nada de Schônberg. Irving pidió que nos trajeran el almuerzo. Comimos. Finalmente, a la una, se presentó el compositor. Iba con sombrero y abrigo (afuera hacía un calor veraniego) y llevaba un estuche de violín.

Schônberg nos explicó por qué llegaba tarde. Su inglés no era muy bueno y los guardias de la entrada habían tenido problemas con su acento. En vez de escoltarle hasta las oficinas de Thalberg, le enviaron a esperar con la gente que quería hacer un recorrido turístico de los estudios. Schônberg empezó a sospechar que algo andaba mal. Así que se escapó y encontró la oficina de Thalberg por sí mismo.

Cuando todos acabamos de almorzar, Irving entró en materia. Lo que más le preocupaba era la música de fondo de una de las escenas de *La buena tierra en* especial. Describió la escena y desarrolló todo su tratamiento. Una mujer que trabaja en un campo de arroz y empieza a gritar. Está dando a luz. Y justo en el momento en que el niño viene al mundo, se oye un zumbido amenazador. El zumbido se hace cada vez más fuerte. ¡Llegan las langostas! Millones y millones de langostas oscurecen el cielo y dejan caer la sombra de la hambruna sobre la tierra.

Irving terminó la escena. Schônberg, todavía conmocionado por los dolores de parto en el arrozal y los millones de langostas, parpadeó y dijo:

—Mi querido Thalberg, si está sucediendo todo eso, no necesita usted música.

Se levantó, se puso el sombrero y el abrigo, recogió su estuche de violín y salió de la oficina.

Siempre que veía al compositor —en el estudio, en el vestíbulo de su hotel, en las calles de Beverly Hills— iba con su abrigo y su sombrero, y llevaba el estuche de violín. Yo no podía imaginarme por qué llevaba consigo el violín a todas partes. Nunca se ofreció a tocarlo y no tenía ningún concierto programado. La única razón que se me ocurría era que se trataba de un Stradivarius, demasiado valioso para dejarlo en la bóveda de un banco.

Un día se presentó en casa de los Gershwin y decidí resolver el misterio de su violín de una vez por todas. Le pregunté por él directamente. Schônberg sonrió y abrió el estuche. Contenía cuatro raquetas y varias bolas de *ping-pong*.

—Hay que ir preparado —dijo—. Nunca se sabe cuándo puede uno encontrar una mesa.

El sótano de los Gershwin era mi escondite nocturno habitual cuando yo representaba el número de la fuga con Susan. Había allí una mesa de *ping-pong*, dos pianos y un mirón permanente: Oscar Levant. Era el mejor club de la ciudad.

El día que terminamos la filmación de *Una noche en la ópera*, Susan vino a cortejarme. La batalla empezaba de nuevo y más encarnizada que nunca. Esta vez su táctica consistió en convencerme de comprar una casa. Era muy amable por parte de Joe Schenck permitirme quedarme tanto tiempo, dijo, pero ¿no era demasiado? ¿No me sentía un poco culpable por ello? ¿No se merecían mis perros, gatos, monos, pájaros y tortugas un espacio adecuado? ¿No quería tener un lugar para recibir apropiadamente a mis amigos? ¿No quería un lugar que pudiera llamar mío y del cual enorgullecerme? ¿No quería un lugar con espacio para una mesa de billar?

La respuesta a todas estas preguntas era, naturalmente: Sí.

Era la cosa más lógica del mundo que me comprara una casa. Pero, dije, existe un leve problema financiero. No podía gastar pasta en una casa como si no tuviera que preocuparme por el futuro. Habíamos hecho nuestra primera película con la M-G-M. Nuestra primera película de gran presupuesto. Thalberg se estaba arriesgando mucho con nosotros. Pero, ¿y si no funcionaba?, ¿y si era un fracaso? La Paramount ya no nos volvería a contratar. Nadie querría saber nada de nosotros.

—¿Tienes alguna duda de que sea un éxito? —preguntó.

Tuve que decirle que sí tenía dudas. Ni siquiera se había preestrenado todavía. Nadie —ni siquiera Irving Thalberg o L. B. Mayer— podía garantizar que una película fuera a toda prueba, nadie excepto el público.

—Supongamos que el público se entusiasma con el preestreno —dijo—. Eso sería una garantía ¿no es cierto?

—Sí —dije—. Supongo que sí.

El preestreno secreto de *Una noche en la ópera* tuvo lugar en un teatro de Long Beach. Todos los Marx estaban allí, junto con las altas jerarquías de la M-G-M. Cuando los títulos aparecieron en la pantalla, el público soltó una carcajada. Fue la última. Para ellos, el film era un desastre, un churro, un fracaso. Cuando terminó, nos quedamos todos en la acera, delante del teatro, acurrucados junto a Thalberg, anonadados. Era algo que no nos había

vuelto a suceder desde la noche en que naufragamos en el teatro Royal, dieciséis años atrás. No lográbamos entenderlo.

Veo a Thalberg susurrar algo al oído de uno de sus ayudantes. Éstos entran corriendo en el teatro y vuelven con la película, en seis latas. Thalberg anuncia a todos los dolientes de la acera que la película se volverá a pasar en el teatro de enfrente. Se niega a aceptar el veredicto de un público: se ha jugado demasiado en este negocio. Todos cruzamos la calle, arrastrando los pies.

Así que volvieron a pasar la película. La diferencia fue como de la noche al día. Esta vez el público se rió cuando los títulos aparecieron y no dejó de reírse hasta el final, en que silbaron y aplaudieron. Era decididamente un éxito. Los ejecutivos de la M-G-M se abrazaban y besaban entre sí. Chico se fue a llamar a su corredor de apuestas. Groucho dijo:

—¡Por fin! ¡Ahora podré completar mi colección de *The Book of Knowledge* (El libro del saber)!

Mi acompañante me dijo:

—Ahora puedes comprar nuestra casa, Harpo —y yo dije que claro que podía. Reacción retardada: tres horas más tarde, en la cama, me di cuenta de que Susan había dicho «*nuestra* casa».

No luché. Me fui a ver casas por mi cuenta. Poco después del estreno de la película, encontré un lugar que me gustaba en Beverly Hills y lo compré. Sólo cuando ya se había arreglado y firmado todo, se lo dije a Susan y la llevé a ver la casa. Parecía muy grande y vacía y yo no tenía ni la menor idea de lo que quería hacer con ella, pero Susan dijo:

—¡Perfecto! Es el tipo de casa que sabía que elegirías. Veo exactamente cómo vas a amueblarla y decorarla. No necesitas decirme tus planes. Ya lo sé.

Se mantuvo firme mientras yo le enseñaba todo el territorio, hasta que llegamos a una habitación que había sido evidentemente utilizada como cuarto de los niños. Allí se vino abajo. Se quedó mirando por la ventana, de espaldas a mí, y me dijo:

—Harpo, ¿cuándo vas a pedirme que me case contigo?

—Cualquier día de éstos, cariño —le dije—. Cualquier día de éstos.

—¿Qué día?

De nuevo el miedo. Había muchos motivos, dije, por los que no debíamos apresurarnos en una empresa tan seria. Debíamos tener tiempo para planear, tiempo para eludir a la prensa. Si no hacíamos las cosas con cuidado, la publicidad nos asesinaría. No tendríamos ni un minuto de vida privada.

—Muy bien —dijo ella—, pues empecemos a planificar.

—Ya lo hago, cariño, ya lo hago. Pienso en ello sin cesar ahora mismo.

Se sentó en el alféizar de la ventana del cuarto de niños vacío.

—Sigue pensando —dijo, dirigiéndome su desafiante mirada y balanceando un pie—. No me importa esperar. No tengo nada más que hacer en el resto del día, ni el resto del año ni el resto de mi vida.

—Salgamos de aquí —le dije—. Tengo que llegar a casa y darle de comer a la tortuga.

Al día siguiente, me llamó Gummo disculpándose. La Metro, dijo, tenía la loquísima idea de que yo debía ir a Europa y hacer una serie de actuaciones personales para apoyar *Una noche en la ópera* antes de que se estrenara allí. Les había dicho que yo nunca perdía el tiempo en ese tipo de esfuerzos, pero insistían en que debía por lo menos preguntarme, así que me preguntaba, y ¿cómo iba todo, por lo demás?

Yo le dije:

—¿Cuando puedo marcharme?

Gummo creyó que bromeaba. Le dije que no bromeaba. Me preguntó para qué demonios quería ir a Europa. Le dije que tenía que poner pies en polvorosa y que no hiciera preguntas. Así que siguió haciendo preguntas. ¿Quién me perseguía? ¿Los de hacienda? Peor que eso, dije. ¿De qué se trataba? ¿Era algo grave? Era grave. ¿Cuánto podía caerme? Cadena perpetua, dije yo.

—Ah —dijo Gummo—. Susan.

Mi silencio le indicó que había acertado.

—Yo estoy de su parte, ¿sabes? —dijo—. Y creo que estás huyendo de lo mejor que te ha sucedido jamás. Pero eres mi cliente y trabajo para ti; te

pondré en el avión del viernes a Nueva York, y luego haré todo lo posible por buscarle un buen tipo a Susan mientras tú estás ausente.

—Haz eso —le dije.

Trabajé mucho, antes de marchar. Conferencié con el arquitecto, el decorador y el jardinero y les di el visto bueno a todos sus proyectos. A mi regreso, mi nueva casa estaría remodelada, redecorada, amueblada y ajardinada, lista para habitar.

Llevé a Susan a cenar para despedimos. Debo reconocer que se tomó mi partida muy valientemente. Dijo que sabía cómo eran las cosas con personas de mi posición. Mi vida nunca sería enteramente mía. Cuando el estudio decía «salta», yo no tenía más alternativa que saltar. Era terriblemente injusto, pero ella lo comprendía. La única cosa que la entristecía era mi pobre casa, la idea de que se quedaría allí, vacía y abandonada, hasta que yo volviera.

—Te sorprendería saber lo que le ocurrirá a la casa mientras yo estoy fuera —le dije, y esto la alegró inmensamente.

Pero no fue una velada muy alegre. En vísperas de separamos tanto, nos sentíamos más cerca que nunca.

Roma fue mi primera escala en el Viejo Continente. Mal tiempo. La siguiente parada fue en Milán, donde la M-G-M había planeado para mí una función de acrobacias publicitarias en la Scala. Milán fue memorable sólo porque bebí demasiado licor de menta en la cena. El licor tuvo sobre mí un desastroso efecto tardío en medio de la ópera, donde yo era el invitado de honor. Sólo salí del paso gracias a que logré hacer un trato con el encargado del lavabo de señores para que me cediera sus pantalones. Todavía no estoy muy seguro de qué se representó aquella noche. El único nombre que se me ocurre es *Il Purgativo*.

Ni siquiera París tuvo para mí muchos atractivos en aquel viaje. Sólo recuerdo de mi estancia allí que me alojé en el Hotel George V y que mi francés era tan malo que no podía lograr que los taxistas entendieran el nombre, hasta que se me ocurrió la idea de decir «Hotel Joe Schenck, por favor», lo que funcionó de maravilla.

Me alegré de llegar a Londres, última parada de la gira. Yo tenía muchos amigos en Inglaterra, admiradores de los Hermanos Marx desde la

noche en que estrenamos en el Alhambra poco después de la Primera Guerra Mundial. Un admirador al que no pude ver esta vez, sin embargo, fue el Príncipe de Gales.

La última vez que asistió a nuestra representación, Chico y yo hicimos nuestro número de la linterna. Estamos en el escenario buscando algo que se nos ha caído. Chico me pide una linterna. Yo me hago el tonto.

—¡La linterna! —me dice—. ¿Dónde está la linterna?

Yo, ansioso y nervioso por complacerle, me saco todo tipo de cosas equivocadas del abrigo —un frasco, una bandera, un pez, una escalera (de *poker*), una flauta[57], todo menos una linterna. Finalmente Chico dice:

—Eres imposible. Ven, ayúdame a buscarlo.

Entonces yo saco prontamente la linterna, la enciendo y le ayudo a buscarlo.

Al día siguiente, nos llevaron a los camerinos un regalo del Príncipe de Gales. Era una cesta forrada de terciopelo que contenía un frasco, una bandera, un pez, una escalera, una flauta, todo el inventarío del *sketch*, incluida la linterna.

Ahora, a mediados de 1936, ya no era Príncipe de Gales, sino el Rey aún no coronado de Inglaterra, Eduardo VIII. Le tenían envuelto en la mayor reserva durante el período de duelo que debía transcurrir entre la muerte de su padre y su propia coronación.

Me sorprendí mucho cuando el regidor de escena me dijo, durante el entreacto de mi primera función, que Su Majestad estaba en el teatro, en un palco privado, a cubierto de los ojos del público. Después de la función, un mensajero me trajo una nota, firmada «Ed. Rex», en que el rey me agradecía la agradable velada y me invitaba a una recepción en la residencia real.

Sólo había seis o siete personas en la recepción, que no era de etiqueta. Me puse en la fila para presentar mis respetos. Cuando me llegó el turno, decidí que no debía saludar con una reverencia, ya que no era súbdito inglés. Le tendí al rey la mano. El rey, con toda seriedad, me tendió su pierna. Era un viejo chiste que yo había hecho muchas veces en escena, pero nunca lo vi mejor ejecutado. Eso acabó con la dignidad de Su

Majestad y también con la mía. Le encantaban nuestros sketches y los conocía todos, y nos lo pasamos estupendamente haciendo el ganso.

Ciertamente no actuaba como una persona que está de duelo o abrumada por sus nuevas responsabilidades. Bueno, tenía algo que celebrar. No pasa todos los días que un jugador de polo sin empleo se convierta en Rey de Inglaterra.

Excepto por aquella breve visita de Edward, lo pasé fatal en Londres. Fue el verano más largo y solitario de mi vida. La vida tenía un enorme agujero vacío y no podría llenarlo hasta que viera a Susan y oyera su voz.

Aquello se había vuelto muy largo, incluso para un hombre de decisiones lentas. Tomé la decisión. Me iría a casa tan rápido como pudiera. Iba a casarme con Susan tan pronto como pudiera, y nunca más íbamos a separarnos. Ahora sabía que no lograría sobrevivir a otra separación.

Me metí una muda de calcetines y un cepillo de dientes en el bolsillo del impermeable, dejé mi baúl para que me siguiera por barco y salté a bordo de un avión transatlántico.

Traté de llamar a Susan desde Floyd Bennett Field, Nueva York, y de nuevo desde Chicago, pero no obtuve respuesta en su apartamento desde ninguno de los dos sitios. Yo estaba seguro de que me estaría esperando en el aeropuerto de L. A., porque había enviado un telegrama a Gummo anunciando mi llegada. Pero no estaba allí. La llamé por teléfono. No hubo respuesta.

Cuando el taxi se detuvo en casa de Schenck, se me ocurrió otra idea y le dije al chófer que siguiera hasta Beverly Hills. Para que mi regreso no fuese una total decepción, iría a ver mi nueva casa antes de nada. No la reconocí al llegar. Las plantas del frente eran hermosas, pero en nada se parecían a lo que yo me había imaginado por los proyectos del jardinero. Las columnas de la casa estaban pintadas de blanco y yo recordaba con toda claridad haber ordenado que fueran verdes.

Entonces vi un camión en la entrada, lleno de material de construcción. Dios mío, pensé, ¿todavía están trabajando aquí? Se suponía que el trabajo debía haber quedado terminado tres semanas antes.

Entré. Un individuo estaba colgando cortinas y una mujer con un vestido ligero, zapatillas de tenis y una gorra de béisbol supervisaba. La señora se dio la vuelta. Era Susan.

Cuando salimos del abrazo y volvimos a la tierra, miré por primera vez atentamente a mi alrededor. El lugar había sido remodelado, decorado y amueblado, en efecto, pero no de acuerdo con los planes que yo conocía. El toque femenino —un toque femenino— estaba en todas partes. El efecto de conjunto era magnífico, pero también era totalmente distinto de cualquier casa que yo pudiera imaginar como mía.

—He cambiado un par de cosas, aquí y allá —dijo Susan.

Por una vez, evitó mirarme directamente a los ojos y prefirió observar sus zapatos.

—Eso veo —dije yo.

Todavía me encontraba en estado de *shock*.

—Sabía que no te importaría —dijo, y se rió nerviosamente—. Llevo aquí desde las seis de la mañana. Estaba decidida a tenerlo todo listo antes de que llegaras. Casi lo he conseguido. Todo está listo excepto esas cortinas. Puedes mudarte esta noche.

Luego inspiró profundamente y dijo:

—Harpo, ¿cuándo puedo mudarme yo?

—El lunes —dije yo, sin motivo alguno. Había perdido la noción del tiempo en algún lugar entre Londres y Los Angeles. Cuando nos soltamos por segunda vez, le dije:

—¿Qué día es hoy, cariño? —y me dijo que era jueves, 24 de septiembre. Me había dado a mí mismo tres días de gracia.

El domingo yo seguía en estado de *shock*. Traté de calmarme practicando, pero no logré ni terminar el coro de «Annie Laurie». Intenté «Amame y el mundo es mío» y me quedé en blanco después de los dos primeros compases. Había olvidado completamente cómo iba.

No me había mudado a la nueva casa. Si me mudaba sin dar una fiesta, la gente sospecharía que algo estaba pasando, pero no podía dar una fiesta en el estado en que me hallaba. Así que me quedé en casa de Joe Schenck, como si todo siguiera igual, el viejo Harpo en la vieja casa, entre montones de ostras.

El domingo por la tarde, Susan y yo tuvimos una conferencia estratégica secreta mientras cenábamos en el *boulevard* Santa Mónica. Dije que yo la recogería en su apartamento a las nueve, la mañana siguiente. Si su madre estaba en casa, Susan le diría que íbamos a ver tiendas de peces tropicales. Tenía que reabastecer mi acuario después de mi larga ausencia.

—¿A dónde iremos? —dijo Susan—. ¿Al Ayuntamiento?

—No, de ninguna manera —dije yo—. Cada empleado es allí agente de algún columnista. Antes de que la tinta se secase en nuestra licencia, Louella y Hedda estarían escribiendo la noticia. Lo que haremos es metemos en el coche y seguir recto hasta que lleguemos a un sitio donde nadie quiera saber nada sobre nosotros salvo que tenemos más de veintiún años y llevamos dos dólares encima.

El juego se estaba volviendo divertido. Me retrotraía a mis tiempos de Agente Secreto. Mientras pagaba la cena, dije:

—Me alegro de haberte vuelto a ver, muñeca —y Susan, que demostró tener bastante talento para este tipo de trabajo, respondió:

—Yo también me alegro, Fred. No te olvides de darle recuerdos a la pandilla de Azusa, a todos excepto a Louella.

—Sí, —dije yo—. Nunca pude soportar a Louella, ¿y tú?

Al volver a casa, estaba orgulloso de mí mismo. Lo que más orgullo me daba era que no tenía miedo.

Joe me llamó por la línea interna y me preguntó si quería bajar a cenar y a jugar un poco al *poker*.

—Me encantaría —le dije. ¿Qué pensábais? Iba a tener una despedida de soltero, después de todo.

No cené mucho, pero después me bebí dos copas de *brandy* y navegué por el juego de cartas sintiéndome lo bastante afortunado para apostar ilimitadamente con Swope, Harry Sinclair y Nick el Griego. Cuando el *brandy* se disipó descubrí que no me estaba yendo muy bien. Tomé nota mentalmente de dejar el juego a medianoche ganara o perdiera. A medianoche casi me había repuesto. Prolongué el plazo hasta la una. No era un juego muy alegre. Como cortesía hacia mí, nadie apostaba mucho. Eso no estaba bien: yo estaba arruinando su estilo. Hacía tiempo que debía estar en la cama. Pero no lograba hacer el esfuerzo de levantarme y dejar la

mesa. A las dos seguía jugando. Las tres de la mañana. Las cuatro. La parálisis se estaba apoderando de mí con todos los síntomas de lo que yo creía haber superado: el miedo.

La partida se suspendió a las seis de la mañana. Cuando los demás se fueron, Joe me dijo:

—¿Qué tal un baño de vapor? Un buen baño de vapor deshace los nudos y duermes como un bebé todo el día.

—Suena bien —dije yo.

Sentado en el gabinete de vapor elucubré algunas excusas brillantes y originales para no llevar a cabo los planes del día. No tenía qué ponerme. Toda mi ropa buena estaba en el tinte o en el baúl que aún no había llegado de Inglaterra. No me gustaría casarme sin Zep, Gummo, Groucho o Chico como padrinos. No estaba bien que Susan tuviera que casarse sin la presencia de algún miembro de su familia. Debíamos ser listos: anunciar nuestro compromiso, dejar que la publicidad se disipara y luego casarnos como Dios manda. Habíamos estado comprometidos un total de tres días. ¿Quién podía estar realmente seguro de cuánto podía durar un matrimonio basado en un noviazgo de tres días? Nos debíamos a nosotros mismos un poco de espera.

Casi eran las siete y de día cuando me metí en la cama.

Tres horas más tarde me despertaron unos golpes que alguien daba en mi ventana. Me tambaleé hasta allí para ver quién era. Era Susan. Llevaba un sombrero de ala ancha que le cubría hasta los ojos, gafas oscuras, un traje *beige* año treinta y unos «sensatos» zapatos bajos de color marrón, y se había borrado las facciones con polvos para la cara.

—¿Crees que alguien podría reconocerme? —dijo.

Contesté que yo por lo menos no la reconocía en absoluto. Recibí órdenes de apresurarme a vestirme. Dijo que me esperaría en el coche.

Hice lo que me ordenaba. Cogí lo primero que encontré en mi baúl de repuesto y me lo puse. Me miré al espejo. Llevaba un flexible aplastado, corbata rojo escarlata, pechera postiza a rayas, frac, pantalones color caqui y gafas oscuras.

—La juerga —le dije a quienquiera que fuese el pobre payaso del espejo se acabó.

Susan estaba al volante, con el motor encendido.

—Al sur —le dije—. Ve hacia el sur.

Ella puso proa al sur y yo me quedé dormido.

¡Señora de Adolph Arthur Harpo Marx!

Cuando me desperté, el coche se había detenido.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—En Santa Ana —dijo Susan—. Parece un lugar seguro y agradable. A cincuenta kilómetros y medio de L. A.

El empleado del ayuntamiento nos dio la licencia —sin esperas ni preguntas impertinentes—. Yo me inscribí como «Adolph Marx», como medida precautoria adicional. Luego nos fuimos, de paseo por la ciudad, en busca de cada uno de los jueces de paz de la lista que el empleado nos había dado. El primero que abordamos nos echó una sola mirada a nosotros y a nuestros extravagantes atuendos y dijo que no sabía dónde estaba la gracia —probablemente alguna novatada de algún colegio—, pero no quería tomar parte en la broma. El siguiente que localizamos nos dijo que volviésemos cuando estuviéramos sobrios, y nos cerró la puerta en las narices.

El tercero llevaba una chapa de Landon[58] y nos fuimos de su casa sin haber llegado a decir una palabra.

Llegamos hasta las afueras de la ciudad y al final de la lista cuando por fin encontramos a un juez que tuvo por lo menos la decencia de pedir que le mostrásemos nuestra licencia matrimonial. La examinó cuidadosamente y nos examinó a nosotros cuidadosamente.

—Bueno —dijo—, ninguna ley dice cómo hay que vestirse para casarse. Bueno, les haré el favor.

Preguntó si habíamos traído a nuestros propios testigos para la ceremonia. Cuando le dijimos que no, dijo:

—Vengan aquí al lado al parque de bomberos. Buscaremos un par.

Fuimos allí al lado, al parque de bomberos.

Un bombero hacía la siesta en un catre, junto al camión. El juez de paz le sacudió para despertarle y le dijo que llamara a su mujer y le dijera que

viniera para hacer de dama de honor.

—Dígale que no espere ningún extra, usted ya me entiende. Pero por lo menos podrá llorar abundantemente su propia suerte.

El bombero se puso una corbata. La mujer del bombero acudió, con un sombrero y un ramo de crisantemos. Cuando nos vio, abrió la boca y casi deja caer las flores:

—*¿Éstos?* —preguntó, y el juez de paz respondió:

—Éstos.

Fue extremadamente incómodo.

Pero cuando descubrieron que me había olvidado de traer un anillo, la incómoda situación se convirtió en una agradable fiesta. Un novio que se olvida del anillo sólo puede ser un niño grande inofensivo, locamente enamorado. La dama de honor nos permitió usar el suyo.

Dado que no había ningún incendio en las afueras de Santa Ana hacia el mediodía del 28 de septiembre de 1936, la ceremonia se desarrolló sin interrupciones. Adolph Marx y Susan Fleming fueron declarados marido y mujer en el piso superior del parque de bomberos. La esposa del bombero lloró. El juez besó a la novia. El bombero besó a la novia. Yo besé a la novia.

El castigo por circular durante cuarenta y dos años como un lunático lobo estepario me había llegado, Como le dije a Gummo, era una condena seria. Obtuve la pena máxima: cadena perpetua. ¡Dulce, dulce sentencia!

Estábamos a punto de marchamos cuando el juez vino corriendo hasta el coche:

—Dígame, señor Marx —dijo—. ¿Le importa si le hago una pregunta personal? He estado pensando en su nombre, y me recuerda vagamente algo.

Yo traté de huir, pero el coche tenía una marcha puesta y se caló. Eso no desalentó al juez. Me dio alcance y dijo:

—Marx, Marx, Marx… ¿No está usted emparentado con los que tienen un colmado en Orange?

—Sí —le dije—. Remotamente.

Susan le envió un beso con la mano y nos marchamos.

Mantuvimos el secreto durante más de un mes, ante todo el mundo excepto la madre de Susan. Yo seguía viviendo en el domicilio de Joe Schenck, oficialmente, y Susan en su apartamento. Extraoficialmente, vivíamos en nuestra casa de Beverly Hills. Susan pasaba los días ayudándome a poner el lugar en condiciones, lo cual era muy generoso por su parte. De noche nos encerrábamos y apagábamos las luces, lo cual no representaba en realidad una molestia tan grave.

Después de un tiempo, aquella historia de capa y espada empezó a aburrirnos. Lo hacíamos demasiado bien. Nadie sospechaba. En realidad nos moríamos de ganas de dar nuestras nuevas al mundo. La pregunta era ¿cuándo? Se me ocurrió una idea. Elegiríamos un momento en que hubiera una noticia lo suficientemente importante para que nosotros quedásemos relegados al final del periódico: por ejemplo las elecciones presidenciales, el 3 de noviembre.

Para acabar de adobar el asunto, Alice Duer Miller llegó a la costa. Irving Berlin y su mujer le habían prestado su casa y ella decidió dar una pequeña cena la noche de las elecciones. Cuando llamó para invitamos, me dijo:

—Espero que tu encantadora amiga *miss* Fleming pueda venir también —y yo dije que era muy probable que pudiese venir.

No había esperado nunca el primer martes después del primer lunes de noviembre con tanta ansiedad desde la última vez que reuní leña para la hoguera Tammany de la calle Noventa y Tres. También tenía intereses financieros en juego. Gracias a la encuesta del *Literary Digest*, según la cual Alf Landon barrería el país, era posible obtener muy buenas apuestas si uno estaba a favor de Roosevelt. Junté todo el dinero que tenía suelto y aposté todo por F. D. R., como regalo de bodas para Susan.

Cuando llegamos a casa de Alice, ya estaban dando la primera información. Yo no quería hacerle sombra al futuro Presidente de Estados Unidos, así que me llevé a Charlie Lederer aparte y le dije lo nuestro directamente. Decírselo a Charlie, como yo bien sabía, era como decírselo a la Associated Press. Pero tan pronto como se lo dije, se apartó de mí como si le hubiera vendido al doctor Townsend para presidente.

Poco después de la cena anunciaron que los Demócratas habían arrasado. Alice hizo sonar su campanilla y apareció el champán. Llenamos las copas. Charlie Lederer se levantó para proponer un brindis. Todos nos preparamos para beber por Franklin Delano Roosevelt.

Pero Charlie dijo:

—Os presento al novio y a la novia, el señor y la señora Marx.

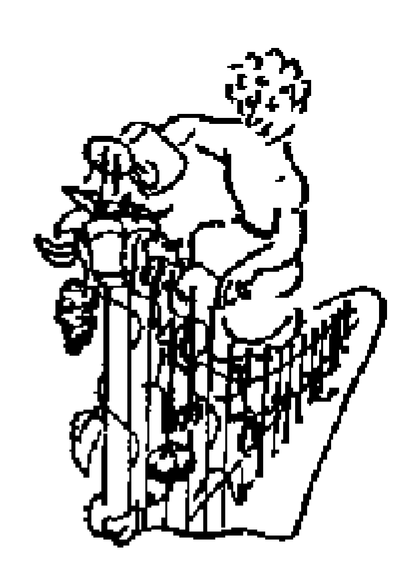
Nadie se lo creyó, pero yo iba preparado. Saqué el certificado de matrimonio y lo hice pasar de mano en mano por toda la mesa. Apareció más champán. Instantáneamente, la fiesta se convirtió en una espléndida bacanal al viejo estilo de Manhattan. Por la forma en que se comportaban, uno habría pensado que era yo y no Roosevelt quien acababa de ganar en todos los estados excepto Maine y Vermont.

Me escabullí para ver qué había pasado con Lederer, que había desaparecido. Le encontré al teléfono, leyendo algunas notas. Estaba dando la noticia a alguno de los periódicos de Los Angeles.

El periódico de Los Angeles me ganó la partida. Guardaron la noticia hasta pasadas las Elecciones. Y entonces nos dieron la bofetada en plena primera plana con un enorme titular (fotos en la página tres) y sacaron una edición extra para publicar la noticia.

Cuando los periódicos llegaron a la calle me sorprendí a mí mismo. No me alteré en lo más mínimo. Por un momento incluso jugué con la idea de contratar un avión de los que escriben en el cielo para darle el último toque al asunto.

XXI
EL HOMBRE MÁS NORMAL DE HOLLYWOOD



Era el año 1940. El lugar: cena en casa de David O. Selznick. Los invitados: Rose y Ben Hecht, el doctor Sam Hirshfeld, Susan y yo. La conversación versaba sobre psiquiatría. El psicoanálisis estaba de moda en la colonia cinematográfica y ninguna fiesta se consideraba completa sin una discusión sobre Freud, Edipo, la hostilidad, el deseo sexual y las tarifas comparativas de los psicoanalistas de Beverly Hills.

Rose Hecht pidió silencio. Tenía que hacer una declaración. Señaló desde el otro extremo de la mesa hacia mí y dijo:

—Allí sentado se encuentra el único hombre normal de Hollywood.

La declaración estaba especialmente dirigida a Sam Hirshfeld. Ovbiamente, Rose esperaba que el doctor dijera algo como: «¡Escuchen, escuchen!» o «Ésas son las únicas palabras ciertas que se han dicho esta noche». Pero su reacción no fue ésa. Sam dijo:

—Es una acusación muy seria, Rose. ¿Qué pruebas tienes para respaldarla?

—Harpo —dijo ella— es uno de los pocos hombres que conozco que no se ha pasado ni una hora en el diván. Es el único hombre que conozco que ni siquiera ha hablado de hacerse psicoanalizar. Está felizmente casado. Su hijo ha alcanzado los dos años sin que lo haya visto ni una sola vez el psicólogo infantil. Harpo no tiene enemigos. Nunca ha hecho régimen ni ha tomado píldoras para dormir. No va loco por el dinero ni le arrastra la ambición. Es maduro. Está *adaptado*. Es un soplo de aire fresco en una ciudad llena de neuróticos exhibicionistas y presumidos.

El doctor se lo pensó por un momento. Luego empezó a reírse.

—No voy a confirmar o negar estas pruebas —dijo—. Pero me gustaría contar una anécdota sobre este «adaptado» amigo nuestro, Rose. Un incidente que tuvo lugar el último verano en Hillcrest…

Yo sabía a qué incidente se refería, y esperaba que lo hubiese olvidado.

No había sido uno de mis momentos más gloriosos. Había sucedido un día en que cuatro de nosotros estábamos jugando una partida de golf: Joe Louis, el campeón de pesos pesados; Lou Clayton, el antiguo socio de Jimmy Durante; Sam y yo. En un hoyo de par tres mi bola cayó en una trampa de arena. Al sacarla la hice volar una milla más allá del *green*. Concedí el punto, recogí la bola y esperé a los demás cerca del hoyo siguiente.

Joe, Lou y Sam eran buenos jugadores, de nivel constante. Lo único de constante que tenía mi manera de jugar era su excentricidad. Cuando estaba inspirado, era muy bueno. Cuando no lo estaba, era pésimo. Aquel día no lo estaba. Calculé que iba a perder un par de cientos de pavos, así que decidí que tanto daba hacer el payaso.

Cerca del hoyo había un trozo de manguera, conectada a un grifo enterrado en el suelo, y un montón de hojas y hierba recién cortada. No era mucho con lo que trabajar, pero suficiente para improvisar una pequeña

broma. Me metí la manguera por la pernera del pantalón y me llené los pantalones con puñados de hojas. Cuando oí que los demás se aproximaban, abrí el grifo con el pie. Llegaron ante mí en el momento en que yo me aliviaba, con un fenomenal y poderoso arroyo cargado de verdes fragmentos de vegetación.

—¡Eh, doctor! —dije—. Tal vez sería mejor que me hicieran un análisis de orina. ¿No cree que algo raro me pasa?

—Nada que un buen psiquiatra no pueda curar —dijo Hirshfeld, y siguió andando, junto con Joe y Lou.

Pero si en aquel momento les pareció gracioso aquello, todavía les pareció más gracioso al día siguiente cuando se enteraron de por qué yo no me había presentado en el club para jugar otra partida.

Las «hojas y hierbas» que me había metido en los pantalones eran trozos recién cortados de hiedra venenosa.

—¿El único hombre normal de Hollywood? —preguntó el bueno del doctor, al terminar la historia en la mesa.

Rose Hecht sostuvo su teoría sobre mí.

—Bueno, por lo menos el más normal —dijo—. Lo que ocurrió en el campo de golf cabe en el capítulo «los niños siempre serán niños». Yo pensaba en las relaciones importantes de un hombre: con la gente con la que trabaja, con su mujer, con los desconocidos.

Entonces yo miré a Susan y ella a mí y nos reímos. Nos tocaba a nosotros contar una historia sobre nosotros mismos.

El primer verano después de nuestro matrimonio fuimos al rancho B-Bar-H en Palm Springs, para una segunda luna de miel. Hacía mucho calor. Las personas sensatas se mantuvieron lejos de aquel lugar y la ciudad estaba prácticamente desierta. Finalmente, encontré un campo de golf abierto y jugué unos cuantos hoyos yo solo. Al volver al edificio del club me encontré a un hombre, un almirante retirado, tan loco por el golf como yo y que también buscaba a alguien con quien jugar. Quedamos citados para el día siguiente.

Esa noche, Susan y yo nos preguntábamos adonde podíamos ir a divertirnos. Si queríamos pasarlo bien, nos habíamos equivocado de sitio.

—Ya sé lo que voy a hacer —dijo Susan—. Te voy a teñir el pelo, Harpo.

—Bueno, muy bien —dije yo—, pero espera a después de la partida de golf de mañana.

Así que jugué una partida con el almirante, con el pelo todavía de su color castaño natural. Esa noche Susan se puso a trabajar.

Le quedó de un rosa brillante. Al día siguiente, me presenté en el campo de golf con sombrero. A mitad de la partida, mientras el almirante se preparaba para dar un golpe final, me quité el sombrero. El anciano me miró, no hizo ningún comentario, y metió la bola en el hoyo.

Esa noche hice que Susan utilizara una navaja. Al día siguiente, me quité el sombrero hacia la mitad del undécimo hoyo. El lado izquierdo de mi cabeza todavía lucía un vibrante y vivaz color rosa. El derecho estaba rapado al cero. El almirante no hizo ningún comentario.

El cuarto día, yo llevaba toda la cabeza rapada excepto un pequeño cuadrado sobre la oreja izquierda. El quinto día, el mechón estaba teñido de un negro refulgente. El almirante siguió jugando tan bien como siempre y el golf siguió siendo nuestro único tema de conversación.

El sexto día, me presenté con el sombrero calado hasta las orejas. Debajo del sombrero llevaba la cabeza totalmente rapada, lisa como un huevo. Pero mi contrincante no se presentó. Llamé al hotel en que se alojaba. El encargado me dijo que el almirante se había despedido aquella mañana, una semana antes de tiempo, negándose a dar ninguna dirección.

Volví a casa como un Erich von Stroheim deshidratado y así fue como pasó su segunda lima de miel el Hombre Más Normal. Me temo que le creamos muchas dificultades a la teoría de Rose Hecht.

La verdad era que el matrimonio no me había cambiado demasiado. Como máximo, había sacado a la luz cada vez más lo que había en mí de Patsy Brannigan. Ahora contaba con una claque permanente para darme ánimos: una claque de una persona, Susan.

El doctor Sam Hirshfeld se había convertido en nuestro médico de cabecera y uno de nuestros mejores amigos. Nunca conocí a un hombre más

capaz de dar tiempo y afecto a los demás o más energía a su trabajo, y que aún tuviera fuerzas para medirse con cualquiera, en cualquier momento, en cualquier juego que a uno pudiera ocurrírsele. Era medio demonio y medio santo.

Años más tarde, cuando Sam ya había muerto, Ben Hecht escribió:

> Su trabajo como médico y cirujano sólo formaba una pequeña parte de sus actividades. Cuando terminaba sus rondas de hospital y sus llamadas profesionales, Sam corría a algún laboratorio donde investigaba los secretos de la longevidad y los remedios contra el cáncer. A medianoche, Sam volvía a su casa, se tendía en la cama y leía hasta el amanecer. Su mente incursionaba en todos los rincones de la ciencia y la psicología y, misteriosamente, encontraba tiempo para la poesía y las novelas.
>
> Pero la principal actividad de Sam era su trabajo voluntario de buen samaritano. Sus pacientes siempre eran sus amigos. Les buscaba empleo, les cuidaba durante sus borracheras, buscaba niños para las parejas sin hijos, inducía a los involucrados a casarse con las chicas a las que habían dejado embarazadas, restauraba el ego de los escritores derrotados y las esposas suicidas.
>
> Mientras escribo sobre él, veo de nuevo su amplia sonrisa, sus ojos tensos llenos de ansiedad y sabiduría, su cuerpo delgado e incansable. Era uno de los pocos amigos que podían enfrentárseme al badminton y en las carreras en la playa. De no ser por sus ojos, habría pasado por un boxeador…

Un grupo de nosotros solía ir al boxeo, al béisbol o al *hockey* —según la temporada— una vez por semana, y Sam era nuestro cabecilla. Entre todos los deportes, el *hockey* era su pasión particular. Nunca se perdía un encuentro a menos que tuviera una operación o que visitar a un paciente que estaba en cama. A los pacientes externos a menudo los llevaba consigo al *hockey*. Uno de ellos era nuestro común amigo Gene Fowler, el escritor.

Fowler era un individuo alto, agradable y alegre, que no creía por entonces en la moderación ni, especialmente, en la moderación en la

bebida. Cuando le daba a la botella, continuaba de juerga varias semanas seguidas. Pero Gene era a la vez un hombre sensato, lo bastante sensato como para saber que sólo los vivos disfrutan de la vida. Así que cuando veía venir una borrachera se ponía bajo la custodia de Sam y se pegaba a él tanto como podía hasta que el ansia se le pasaba. Si caía en la tentación, Sam estaría a mano para ponerle una inyección que le devolviese al mundo.

Una noche, Hirshfeld, Fowler y yo fuimos a un partido de *hockey*. Fowler juró que había dejado de beber. Incluso compró cuatro bolsas de palomitas antes del juego, para absorber su deseo de alcohol, según dijo. Todos menos Sam nos dejamos impresionar. El médico tenía esperanzas, pero no se comprometía. Parecía pensar: «Ya veremos».

Hacia el final de la primera parte, Gene, que devoraba palomitas sin cesar, había perdido en apariencia los síntomas de sed. Al llegar, había estado mudo y nervioso. Ahora parecía contento y dicharachero. Sam, finalmente, se sintió impresionado. Por primera vez pensaba que su paciente hacía algún progreso.

Hacia la mitad de la segunda parte, se hizo evidente qué tipo de progresos hacía el paciente. Cada vez estaba más borracho. Fowler estaba misteriosa pero inconfundiblemente trompa. Sam parecía intrigado. Gene no se había levantado ni una sola vez de su asiento, y Sam lo había vigilado todo el tiempo.

El doctor se puso a investigar. Ahora que Gene había ganado la batalla de abstemio, ya no tenía que seguir mintiendo, y alegremente lo confesó todo. Antes de empezar el juego, dijo, se había introducido en el lavabo de los hombres y había rociado un cuarto de *whisky* sobre las palomitas.

Cuando atravesábamos el aparcamiento, después del juego, Gene se sentía absolutamente genial. Estaba muy complacido consigo mismo y con el mundo. Pasamos junto a un tipo que tenía problemas para hacer arrancar su coche. Gene se detuvo, metió la cabeza bajo el capó, hurgó un poco y arrancó una cosa.

—Tenga —dijo—. Esto es lo que le está dando problemas, amigo.

Le tendió al tipo el carburador y siguió andando, rebosante de cariño por la humanidad.

Gene Fowler intentó una vez enseñarme el arte de beber. Yo no disfrutaba la bebida, decía, simplemente porque no sabía hacerlo bien. Lo mejor era empezar con *brandy*. El *brandy*, correctamente tomado, puede mantenerte resplandeciente sin emborracharte de verdad. El secreto estaba en tomarlo suficientemente despacio. Uno daba un sorbito y apretaba un cubito de hielo en la mano. Cuando el cubito de hielo se había derretido, podía dar otro sorbito.

Lo intenté a conciencia. Logré dar bien el primer trago, pero antes de que el hielo se derritiera me puse a pensar en el segundo y a temerlo tanto que tuve que vomitar.

Algo andaba mal en mi química. El alcohol y Harpo no se mezclaban. Esto incluso se me podía aplicar como barman, cuando recibía en casa. Charlie Lederer dijo una vez que yo era capaz de coger una botella nueva de *whisky* escocés añejo, destaparla y verterlo directamente, y aún así lograr que cuando el licor llegara al vaso fuese imbebible.

Por esta razón nunca me invitaban a salir con el grupo de Fowler, entre cuyos miembros se encontraban John Decker, Jack Barrymore y W.C. Fields, y cuyo vínculo común incluía también el *whisky*.

John Decker era un artista increíblemente hábil con los pinceles y el óleo. Solía pintar a imitación de los grandes maestros para ganarse el pan y, como otros artistas hacía portadas de revistas o retratos de damas de sociedad. Los lienzos de Decker no eran copias baratas de los maestros. Tenía genio para reproducir la sensibilidad, las luces y sombras y la profundidad de los originales.

Trabé amistad con Decker cuando pintó una serie de retratos de mis hermanos y yo a la manera de Gainsborough, Franz Hals y Rembrandt. Mientras yo posaba para él como «Blue Boy». (Niño triste), me dijo que hacía mucho tiempo que no veía a su amigo Jack Barrymore. Barrymore había entrado en decadencia. Se desintegraba física y mentalmente y yo lo sabía. Se avergonzaba incluso de ver a sus mejores amigos y se mantenía en un voluntario cautiverio entre médicos y sirvientes.

Le dije:

—¿Sabes?, tal vez para el tipo sería una inyección de ánimos si reuniésemos a una pandilla y nos lo lleváramos por ahí. Podríamos cenar en mi casa y luego ir a ver una pelea de boxeo.

A Decker le parecía una idea estupenda. El único problema era que, si Jack venía, su chica tendría que venir con nosotros también.

—Bien —dije yo—. Lo haremos el sábado por la noche.

Decker se puso de acuerdo con la novia de Barrymore. Ella dijo que el sábado le iba bien a ella, si su marido podía venir también.

—¿Por qué no? —dije yo.

Al día siguiente, Decker me dijo que se había puesto de acuerdo con el propio Barrymore.

—No te importa si el masajista de Jack viene también, ¿verdad?

Claro que no me importaba. Yo sabía que la tarea principal del frotador consistía en controlar la ración de alcohol de Barrymore. Al jefe se le permitía un vaso pequeño de vermut con agua cada dos horas.

Decker me advirtió una cosa. Todos debíamos beber libremente delante de Barrymore. Si nos reprimíamos o escondíamos las botellas, sospecharía que estábamos tratándole como a un niño y —como un niño— se pondría difícil. Contraté a un barman para el sábado. Le dije a Susan que, teniendo en cuenta todos los aspectos, tal vez sería una magnífica oportunidad para que llevara a su madre a cenar y al teatro.

Todos llegaron a tiempo: Barrymore, su chica, el marido de la chica, el masajista, la mujer del masajista, Decker, Fowler y tres o cuatro individuos que yo no conocía, del tipo que sólo se pueden denominar con una palabra: amigotes. El Gran Hombre entró en la casa con grandes zancadas a la cabeza de su séquito. Se le veía estupendamente, delgado y grácil como un atleta universitario. Paseó por toda la casa rindiendo un elocuente y erudito tributo ante cada uno de los cuadros de las paredes.

Dondequiera que estuviese, uno tenía la impresión de que Barrymore se hallaba bajo los reflectores. Era en todo su ser, hasta la última fibra y el último centímetro, un actor magistral. También era un prestidigitador magistral. Cuando llegó el momento de sentarnos a cenar, ya estaba trompa. Me había robado dos copas a mí solo, antes de que pudiese probar ninguna

de ellas. Me tenía bajo su hechizo y no supe qué había pasado hasta que ya era demasiado tarde.

Durante la cena me percaté de que estaba bañado en sudor. El sudor empapaba su camisa y su chaqueta y le corría por la cara. Le dije que por favor se quitara la chaqueta si tenía demasiado calor. Me miró a los ojos con la mirada dolorida y penetrante de un águila herida.

—Mi querido Marx —dijo—. Perspirar es un don de la Providencia. Me ahorra tener que hacer pis.

Después del boxeo terminamos tomando café y copas en un antro de mala muerte con máquina de discos cerca del Hollywood Boulevard; había serrín en el suelo para crear atmósfera y en consecuencia cobraban el doble de caro. Decker y Fowler dieron las buenas noches y abandonaron la fiesta. La chica y su marido les siguieron. Como anfitrión, consideré que era mi deber aguantar hasta el final, junto con el frotador y los amigotes. Eran las dos de la mañana. Barrymore trataba de ligar con la camarera, una señora rubia de unos cincuenta años con los ojos demasiado juntos y los dientes demasiado separados.

Finalmente, anfitrión o no, me harté. Al sacarse Barrymore el pañuelo, se le cayó del bolsillo el trozo de servilleta en que la camarera había anotado su número de teléfono. La última vez que vi a Jack Barrymore vivo estaba a cuatro patas: se arrastraba por el suelo, sollozando y resoplando, buscando entre el serrín el número de teléfono de la camarera de un local con máquina de discos.

La muerte de un hombre ordinario es triste. La muerte de un gran hombre es trágica, y doblemente trágica cuando la grandeza muere antes que el hombre.

La tribu que frecuentaba el Hillcrest Club era más mi estilo. Varios de nosotros almorzábamos allí con tanta regularidad que nos organizamos como Mesa Redonda.

Entre los miembros de la Mesa Redonda del Hillcrest se contaban Al Jolson, Eddie Cantor, George Jessel, Jack Benny, George Burns, Lou Holtz, Milton Berle, Danny Thomas, Danny Kaye y cuatro o cinco Hermanos

Marx. El hermano Marx dudoso era Chico. Chico sólo acudía de vez en cuando, y nunca por mucho rato, según como fuesen sus asuntos. El asunto de Chico en aquel momento era una partida diaria de pinacle en el Friars Club. Cuando escribo esto, unos veinte años después, sigue siéndolo.

Con frecuencia me han pedido que compare las dos Mesas Redondas, la del Algonquin y la del Hillcrest, ya que soy el único individuo afortunado que ha pertenecido a ambas. En realidad, no es posible establecer una comparación justa. Eran diferentes en todos sentidos.

En el Algonquin, cualquiera que se presentara, hombre o mujer, y fuese aceptado en la conversación, «pertenecía» a la Mesa Redonda. Contra lo que afirma la leyenda, la charla del Algonquin no era un continuo popurrí de destellante ingenio. Había largos trechos de conversación seria y de charla exclusivamente literaria, y cuando los algonquinitas contaban chistes o hacían juegos de palabras no competían por ver quién tenía más gracia. Era su forma de relajarse.

En el Hillcrest, el número de miembros era fijo. Era estrictamente para hombres.

La mesa estaba en el comedor masculino del club, donde ninguna mujer se atrevía a poner los pies. Si alguna señora hubiera intentado invadir nuestro territorio sagrado jamás habría vuelto. El lenguaje que se utilizaba en el Hillcrest rara vez era apto para un público mixto.

Había poca conversación propiamente dicha. Se trataba de una competencia abierta para ver quién podía hacer reír más a la concurrencia, un juego continuo de «¿Puedes superar esto?». Nunca era aburrido. Se contaban entre nosotros tres de los hombres más graciosos de nuestro tiempo: George Burns, George Jessel y Groucho Marx. Y entre nosotros, donde no había barreras, eran aún más graciosos.

Para mi gusto, George Burns era —y es— uno de los ingenios verdaderamente grandes de América. Siempre que George empezaba a hurgar en su baúl de recuerdos del vodevil, el resto de la competencia callaba y escuchaba. Fuera de la escena, no hacía *gags*. Siempre era original. Podía contar el mismo chiste una docena de veces sin que se notara que se repetía. Tenía una memoria prodigiosa para la gente y hacía resucitar nombres y rostros que todos los demás habíamos olvidado.

Tenía, sobre todo, el don de la sátira instantánea. Pero George era un hombre que no conocía el significado de la palabra «malicia». Nunca ha sido un cómico «insultante». Cuando cuenta un chiste sobre uno, a uno le encanta. Yo puedo decirlo. He sido uno de sus temas favoritos durante veinticinco años.

El *showman* virtuoso de la Mesa Redonda del Hillcrest era George Jessel. Jessel empezaba a «funcionar» desde el instante en que entraba en el comedor, aullando algo como:

—¿Qué creen que acabo de oír en la radio? ¡Alguien ha matado al presidente de un tiro! ¿Por qué habrán querido matar a un hombre tan simpático como McKinley?[59] Sólo se «apagaba» tras haber hilvanado un monólogo de tres horas de chistes, parodias, relatos populares, reminiscencias, intermedios y juegos dialectales, todos ellos igualmente hilarantes.

Con su tipo de humor, todo pega. Pero socialmente, Jessel es un rigorista de lo correcto y lo propio. Se ha negado, durante años, a llamar a los Hermanos Marx por nuestros nombres de guerra. Para él, Chico sigue siendo «Leonard», Groucho es «Julius», Gummo es «Milton», Zeppo es «Herbert» y yo soy indistintamente «Adolph» o «Arthur».

Cuando Jessel se embarcaba en uno de sus monólogos, incluso su amigo Julius se quedaba callado. Si no, Groucho era el Interruptor Mayor de la Mesa Redonda. Nos lanzaba «ganchos de izquierda» asesinos con su sinuosa voz suave, sus apartes y sus pullas. Ningún golpe de efecto estaba a salvo del contragolpe de Groucho. Nadie, en la Mesa Redonda o fuera de ella, se atrevió jamás a batirse con Groucho.

Es una lástima que algunas de las reuniones clásicas de la Mesa Redonda del Hillcrest no hayan podido grabarse para la posteridad. Un día escondimos un micrófono entre los aperitivos antes de que Jessel hiciera su entrada. Por desgracia, George lo descubrió antes de entrar en calor y calló como un muerto. Pero supongo que si alguna de nuestras sesiones se hubiese grabado, de todas maneras se habría perdido: habría sufrido demasiado en la traducción a un inglés publicable.

Un viernes por la tarde, cinco de nosotros nos hallábamos sentados a la Mesa Redonda: Burns, Jessel, Lou Holtz, Zeppo y yo. Esta vez no competíamos por ser el más gracioso. Tratábamos de averiguar si se podía hacer reír a Lou Holtz. La mujer de Lou le había pedido el divorcio. Acababan de notificarle los términos de la separación que ella exigía. Por la forma en que hablaba su abogado, iban a arrebatarle todas sus pertenencias materiales.

Como resultado, su úlcera se había puesto feroz. Cada vez que pensaba en el divorcio, la úlcera le daba un nuevo mordisco, y terna que darle un trago a una espesa medicina blanca que llevaba en el bolsillo. Nosotros hicimos el ganso como un hatajo de payasos, pero Lou no dejó escapar ni una sonrisa. No dejaba de pensar en ese divorcio ni de quejarse y darle tragos al mejunje blanco.

Zep tuvo una idea.

—¿Sabes lo que necesitas, Lou? —dijo—. Un fin de semana en Palm Springs, lugar cálido y seco. Túmbate al sol, nada, juega un poco al golf. Es el mejor tónico del mundo.

Lou dijo que estaba dispuesto a probar cualquier cosa salvo la cámara de gas. Zeppo se lo pintó tan bien que decidimos que todos debíamos marcharnos al desierto en aquel preciso instante. Llamé a Susan y le dije que llegaría un poco tarde —unos dos días tarde—, porque tenía una misión piadosa que cumplir con un amigo enfermo.

Cenamos temprano en la Mesa Redonda. Al acabar, dije:

—Cabemos todos en mi coche. Yo puedo conducir, conozco un atajo.

Burns puso cara de aprensión, pero trepó dócilmente al coche con los demás. Anuncié que llegaríamos a Palm Springs mucho antes de medianoche, gracias al atajo, y partimos justo cuando anochecía. Las condiciones de la conducción no eran exactamente perfectas. El coche estaba lleno de gritos y humo de puro. Las ventanillas se empañaban tanto que yo tenía que conducir con una mano, inclinado sobre el volante, mientras me despejaba una mirilla en el parabrisas con la otra.

Sin embargo, el tiempo transcurría bastante deprisa. No me di cuenta cuán deprisa, hasta que Lou Holtz gritó desde el asiento de atrás:

—¡Harpo! ¿Aún no estamos *allí!* Es la una de la madrugada, se me está acabando la medicina y me estoy helando.

Como el resto de nosotros, llevaba pantalones de golf y una camisa deportiva de manga corta.

Le recordé a Lou que las noches eran frías en el desierto, pero que se trataba de un frío *seco*, que le haría bien. Le expliqué que no me esperaba que las carreteras estuviesen en tal mal estado. Debían estar haciendo reparaciones. Pero ánimo: llegaremos a Palm Springs en cualquier momento.

Media hora más tarde, ya no estaba tan seguro de mí mismo. Paré el coche.

—Chicos —dije—, creo que nos hemos perdido.

—¿Qué te hace suponerlo? —preguntó George Burns, y yo contesté:

—Es que está nevando.

Seguí adelante, internándome en la tormenta. Por fin vimos las luces de una población. No era Palm Springs. Era Victorville. Victorville se halla a unas setenta millas de Palm Springs a vuelo de pájaro, si un pájaro pudiese volar sobre la cordillera de tres mil metros de altura que separa a las dos poblaciones.

Eran casi las tres de la mañana cuando nos refugiamos en el vestíbulo de un pequeño hotel, cerca de las vías de ferrocarril, en Victorville. Nadie tenía nada que decir, y yo menos que nadie. Lou Holtz sacó su botella de medicina, la contempló con tristeza, se estremeció y se tragó el último resto de su preciosa sustancia blanca. Estaba enfermo como un perro y morado de frío. Yo me sentía culpable e incómodo, así que saqué una armónica de mi bolsillo y me puse a tocar «Waltz me around again, Willie».

Lou me puso una mano en el hombro, con toda suavidad, y dijo:

—Ahora no, Harpo —con una voz débil y triste—. Lo que sea, menos el órgano bucal. Es el peor momento de mi vida.

Pedimos que nos llamaran a las diez de la mañana y nos fuimos tambaleándonos a nuestras habitaciones. Y o estaba exhausto de la tensión de conducir y me apagué como una vela. Pero cuando oí el timbrazo del

teléfono por la mañana, me desperté fresco como una rosa. Salté de la cama y fui de una habitación a otra, metiendo jaleo para que los demás se levantaran. Los desperté a todos antes de darme cuenta de que afuera todavía era de noche. Miré mi reloj. Eran las cuatro y media de la madrugada. Habíamos dormido en total una hora y media.

Lo que yo había tomado por la llamada de las diez era la campana de un tren de carga. Volví a la cama, pero no a dormir. El tren siguió repicando y resoplando toda la noche, bajo nuestras ventanas.

Por fin llegamos a Palm Springs. Normalmente, era un viaje que no debía haber durado más de dos horas y media. Pero con mi atajo, duró veintiuna horas y veinticinco minutos. Con todo, el fin de semana no fue un fracaso. Lou Holtz se sentía mejor. Y George Burns había adquirido una nueva historia para su expediente Harpo.

En aquellos tiempos, Burns y yo solíamos jugar juntos al golf. Yo siempre le ganaba. Eso me hacía sentir como un profesional. Para George resultaba imposible tomarse el golf en serio y siempre lograba reírse de mí por algo. Eso le hacía sentir como un gran cómico. Éramos la pareja ideal.

Pero los del Hillcrest no nos consideraban miembros ideales. Teníamos demasiado poco respeto por las normas del Club. Un verano, cuando el calor se hizo insoportable, George y yo nos quitamos la camisa en medio del campo, lo cual estaba prohibido por las normas. La Junta de Directivos nos envió una carta pidiéndonos que desistiésemos de tan flagrantes violaciones. Al día siguiente de la llegada de la carta seguía haciendo calor; volvimos al campo y nos quitamos las camisas de nuevo.

Nos llamaron para leernos la cartilla y nos advirtieron que si lo volvíamos a hacer nos expulsarían. Lo hicimos de nuevo. Nos expulsaron durante dos semanas.

Transcurridas las dos semanas, dimos nuestra palabra de que nunca más quebrantaríamos la norma de las camisas. Esta vez mantuvimos nuestra palabra y las camisas. Pero al llegar al tercer hoyo, nos quitamos los pantalones. Antes, nos habíamos asegurado de que no había ninguna regla contra esto. Así que jugamos dieciocho hoyos en camisa y calzoncillos y

nadie nos dijo nada. Afortunadamente para todos los afectados, empezó a hacer fresco antes de la siguiente reunión de la Junta Directiva.

Sólo una vez tuve un enfrentamiento serio con el club. Fue cuando encabecé una campaña para revocar el reglamento según el cual sólo podían ser miembros las personas de fe judía. Me enorgullece decir que gané la pelea y el Hillcrest dejó de ser un club exclusivo.

En el Hillcrest conocí a un individuo llamado Lee Langdon, que era uno de los más prestigiosos jugadores de *bridge* del país. Langdon tenía la idea de fundar un club de *bridge* y me pidió ayuda para financiarlo y usar mi nombre como propaganda. Me gustaba la idea y accedí.

El Club de Bridge de Beverly Hills fue un éxito inmediato. Alquilamos unas habitaciones lujosas en el Wilshire Boulevard, y elegimos a unos socios fundadores a la altura del local. La mayoría de los que participaban en la Mesa Redonda se incorporaron, junto con la flor y nata de la colonia cinematográfica, desde Norma Talmadge hasta George Raft. Cobrábamos a los miembros por hora de juego. Rara vez había un asiento vacío, así que antes de cumplir seis meses, el club me había devuelto mi inversión. Me convertí en accionista silencioso y dediqué mi tiempo libre al golf, como siempre. Debido a eso me perdí uno de los momentos más dramáticos de la historia del club de *bridge*.

Aquel día me vinieron a buscar a los vestuarios del Hillcrest. Era Lee Langdon al teléfono. Casi no podía ni hablar. Me dijo:

—Por Dios, Harpo, ven corriendo. No te pares ni en los semáforos.

Cuando llegué al local, una socia del club, una señora robusta de unos cuarenta años, esposa de un productor de cine, sollozaba histéricamente. Otras dos señoras trataban de calmarla, sin mucha eficacia, y Lee Langdon caminaba arriba y abajo retorciéndose las manos. Lee me introdujo en la oficina.

—Es una crisis grave —dijo—, tenemos que pensar rápido si queremos salvar el club.

Me contó lo que había sucedido.

La señora gruesa estaba jugando un *gin rummy* a cuatro manos con Harry Ritz y otras dos personas. Al terminar el juego, cambiaron de parejas, y Harry Ritz echó su silla hacia atrás para dejar pasar a la dama por delante de él. En ese momento, Harry fue súbitamente presa de un impulso diabólico y la mordió en el trasero.

Ella soltó un aullido y empezó a correr por todo el lugar gritando que «aquel hombre horrible» debía ser expulsado del club.

Lee dijo que no podía expulsar al señor Ritz del club. La idea era ridícula. Harry era un miembro fundador muy bien considerado.

Si no era expulsado, dijo la dama, ella se marcharía y formaría su propio club y se llevaría consigo a la mitad de los miembros, a todos los que quisieran pagar por un lugar decente y seguro para jugar. A continuación, se puso histérica, y entonces fue cuando Lee corrió a llamarme.

Salimos de la oficina para encarar la crisis. La dama se colgó de mi cuello. Tras escuchar su versión de la historia entera, le dije:

—Lo siento, pero el señor Langdon y yo hemos revisado las normas con todo cuidado; no se dice en ningún momento que un miembro no pueda morder a otro miembro en el trasero.

Ella estaba a punto de estallar de nuevo cuando levanté la mano, sonreí y le dije:

—*¡Sin embargo!* Sin embargo, con el mayor gusto incluiremos esa regla de ahora en adelante: cualquiera que haga lo que ha hecho Harry Ritz será expulsado por seis meses.

—No —dijo ella, secándose los ojos con el pañuelo—. Debe ser una expulsión de *un año*.

Yo dije que pensaba que todo un año era un castigo demasiado estricto. Lee coincidió conmigo. La dama dijo:

—Bueno, acepto diez meses.

—¿Ocho meses? —dije yo.

Ella cruzó los brazos y sacudió la cabeza.

Los tres nos lo pensamos por un momento. Entonces yo dije:

—¿Qué le parece si lo dejamos en nueve meses?

—Bueno —dijo la señora—. Acepto eso, pero ni un día menos.

Se levantó y volvió triunfalmente a su mesa.

Así pues, incorporamos al reglamento una nueva norma: *«A partir de la fecha, cualquier miembro del Club de Bridge de Beverly Hills al que se descubra mordiendo a otro miembro en el trasero será automáticamente expulsado por un período de nueve (9) meses».*

Para mi gran decepción, no llegamos a tener ocasión de aplicar esa norma antes de que estallara la guerra y el club desapareciera.

A diferencia de las esposas de muchos de mis amigos, Susan no era una «viuda de club campestre». Había ocurrido una cosa que nos acercaba más que nunca.

Lo primero que acordamos al volver del parque de bomberos de Santa Ana, el día en que nos casamos, fue que tendríamos una gran familia. Yo, porque la mía había sido así y me gustaba mucho. Susan porque había sido hija única y había soñado muchas veces que pertenecía a una gran familia.

Tres meses más tarde, empezamos a hacer averiguaciones para adoptar al primer miembro de nuestra familia.

No fue fácil. Susan y yo compartíamos un profundo amor el uno por el otro, por la vida y por todas las cosas vivientes. Compartíamos la fe en el mismo Poder Divino, aunque no teníamos un cómodo nombre de guerra con que Invocarle. Pero por nuestros antecedentes éramos incompatibles. Yo era judío y ella católica. Las agencias de adopción se mostraron amables pero nos advirtieron que debido a nuestra diferencia religiosa, los procedimientos de adopción serían mucho más largos y complicados de lo normal.

No teníamos a quien dirigirnos excepto nuestros amigos. Ellos se batieron por nosotros. El doctor Sam Hirshfeld encabezó la lucha. Marión Davies ayudó a mover montañas de papeles. Aleck Woollcott y Alice Miller escribieron cartas en apoyo nuestro. Swope no se contentó con escribir una carta. Tronó y relampagueó por teléfono, de una punta a otra del continente, sobre la gente de la agencia.

Aún así, tuvimos que bregar durante seis dolorosos meses antes de llevamos a casa a nuestro bebé. Lo habíamos encontrado inmediatamente. Era pálido y diminuto, pequeño para sus ocho meses. Las enfermeras estaban un poco desalentadas con él. Parecía apático, nunca sonreía y se

negaba a comer sólido. Pero en cuanto Susan y yo escrutamos sus ojos enormes, sombríos y oscuros, nos enamoramos de él.

Susan se inclinó sobre la cuna. El bebé estudió su rostro por un instante y soltó una sonrisa. Para la enfermera aquello fue un pequeño milagro. Le preguntó a Susan si quería probar a darle de comer. Susan le ofreció una cucharada de cereal. El bebé se la zampó. Comprendimos que era nuestro, y él también.

Una hermosa mañana de marzo de 1938, nos llevamos a nuestro hijo a casa. William Woollcott Marx entró en nuestras vidas y nos cambió el mundo.

Billy fue la cuerda cuadragésimo séptima de mi arpa. Los primeros sonidos que logró distinguir fueron las notas: las de la risa de Susan y las del arpa. La música ha sido su idioma personal desde entonces. Cuando tenía dos años su canción favorita para dormir era «Annie Laurie», al arpa. Cuando tenía cinco podía cantar de memoria todas las melodías de mi repertorio. Considerémoslo un milagro o simple suerte, pero Billy nos había elegido con tanta seguridad como nosotros lo elegimos a él.

Le habíamos pedido a Woollcott que fuese padrino de Billy y teníamos la esperanza de que pudiera estar con nosotros cuando le llevásemos a casa.

Pero el programa de conferencias y emisiones radiofónicas de Aleck seguía siendo tan brutal como antes, de manera que llevó a cabo sus deberes de padrino a larga distancia telefónica. Mientras yo sostenía el teléfono junto a la oreja de Billy, se presentó como «El tío Acky Wookie». A continuación cantó «soy un coneguito al sol», y concluyó así:

—Que Dios le bendiga, señor don William Woollcott Marx, y que su padre se ase en el infierno.

Antes de que Aleck terminara, Billy se había dormido. Era hijo mío, no había duda al respecto.

En el segundo cumpleaños de Billy, se apoderó de mí la nostalgia por el Este. Podía pensarse que la paternidad me haría sentir más profundamente arraigado al Oeste, pero el efecto fue justamente lo contrario. Supongo que

el impulso natural de un nuevo padre primerizo es exhibir a su familia ante sus viejos amigos.

El único comunicado que había recibido de Nueva York en mucho tiempo era una carta de Sam Behrman. Me encontré la carta, sin abrir, entre las páginas de una vieja revista amontonada entre otras en el estante de lecturas del retrete. Había sido enviada cinco años atrás. Debí recibirla aproximadamente cuando me marché del Jardín de Alá. ¿Qué más daban cinco años? De todas maneras, eran noticias de casa, y era bueno leer que Sam estaba bien y planeaba un viaje a Hollywood y tenía muchas ganas de oír todo lo que tenía que contarle sobre mi viaje a Rusia.

Le contesté a Sam inmediatamente. Mi respuesta empezaba, según creo recordar: «He recibido la tuya de la década pasada…».

Poco después de recibir la carta de Behrman, llegó un telegrama de otro viejo amigo y encendió recuerdos de un pasado más remoto:

> VOY DE NUEVA YORK A ANTIBES POR LA RUTA LARGA, PASANDO POR CALIFORNIA. TÚ ERES UNA DE LAS DOS PERSONAS QUE NO PUEDO DEJAR DE VER ANTES DE MARCHARME. CÓCTEL A LAS CINCO DE LA TARDE HOTEL BEVERLY HILLS. BAISERS MON PETIT VESTON VERT.
>
> DAISY FELLOWES

Tras conseguir que alguien me tradujera lo de *veston vert*, busqué y rebusqué hasta encontrar la chaqueta verde con botones de latón y la hice remendar y limpiar para llevarla a la fiesta de Daisy.

Volver a ver a Daisy Fellowes era como revivir todo aquel verano de 1928. No había cambiado en lo más mínimo. Era suficientemente rica como para no tener que cambiar, pero además, simplemente no quería hacerlo.

Su cóctel en Beverly Hills fue pequeño e informal, pero tan alegre como las fiestas elegantes que daba Daisy en la Riviera.

El único invitado al que no conocía era una mujer de aspecto sencillo, muy delgada, que llevaba vaqueros y estaba sentada en el suelo. No llevaba maquillaje y su cabello suelto necesitaba de un peine. Me era familiar, pero no podía situar dónde la había visto. ¿Antibes? ¿Neshobe Island? ¿San

Simeón? ¿Sands Point? ¿Broadway? ¿Londres? No podía relacionarla con nada.

Antes de que alguien me comunicara quién era la chica, me encontré sentado en el suelo hablando con ella. Por las preguntas que me hacía, se veía que sin duda me conocía y también a la mayor parte de mis amigos. Le seguí la corriente y fuimos dando rodeos uno en torno al otro durante la mitad de la fiesta. La única clave que tenía era su ligero acento. Pero no podía situar aquel acento. Podría haber sido francés. O tal vez ruso. O incluso, simplemente, de la vieja calle Ochenta y Seis de Yorkville.

Cuando terminó la fiesta, intercambiamos cariñosas despedidas. En cuanto salí con Susan, le dije:

—Por amor de Dios, ¿tienes idea de quién es la dama con la que he estado hablando en el suelo?

Susan me lanzó una mirada de profunda extrañeza, y luego se echó a reír:

—Ésa —dijo— era Greta Garbo.

Como caída del cielo, me llegó una llamada de Woollcott. Telefoneó para decirme que iba a tomarse el verano libre para iniciarse en el teatro y que yo iba a irme de gira con él.

—Estás loco —dije yo, a lo cual él respondió:

—Estrenamos en Marblehead, Massachusetts, el veintitrés.

De manera que tuve que ir al Este a exhibir a mi familia.

La obra se titulaba *Yellow Jacket*[60]. Era Un «drama ritual chino», sea lo que sea lo que eso signifique. Para mí la obra no tenía ningún sentido en absoluto. Lo que había perdido en la traducción era todo. Todo el mundo llevaba chaquetas bordadas de mandarín, gorros como cajas de píldoras, pantalones bombachos y zapatillas de seda. Cuando no hacían reverencias dándose la mano a sí mismos, galopaban por todas partes en caballos imaginarios o cantaban canciones con tan escasa melodía que era imposible decir si desafinaban o no. Había un cuarteto en el foso, constituido por dos guitarras chinas, un tantán y un tambor.

Los papeles principales corrían a cargo de Fay Wray y Alfred Drake. Woollcott hacía «El Coro», una especie de maestro de ceremonias. Yo era «El Attrezzista». En realidad hacía el papel de telón. La única forma que tenía el público de saber que una escena había acabado era cuando yo salía a escena y cambiaba el decorado. Además (¡sombras de Minnie y la Revista Shubert!) me encargaba de los efectos especiales. Por ejemplo, al final del tercer acto, cuando, tras mucho gruñir y forcejear, el héroe y la heroína ascendían al cielo, dejando al villano tirado en el suelo, yo salía lanzando confetti al aire para representar que nevaba. Entre cambio y cambio de escena yo me paseaba por el escenario fumando cigarrillos con una larga boquilla de jade, para crear atmósfera. Esto fue lo más difícil para mí. Había dejado de fumar, de manera que solía aparcarme cerca de los bastidores donde, mientras yo hacía los gestos, Susan, escondida detrás de mí, echaba humo.

Yo iba vestido de chino, pero insistí en ponerme la peluca roja en vez de una coleta. Aún así, nadie me reconocía con el maquillaje oriental.

Lo único que yo sabía con certeza sobre *Yellow Jacket* era que Aleck se lo tomaba en serio. Este proyecto era una cruzada tan sagrada para él como vender América en *Adiós Mr. Chips, Dumbo* o los perros para ciegos. Él me enviaba a freír espárragos cada vez que le preguntaba de qué trataba *Yellow Jacket*. Literalmente me dijo que sus profundos significados estaban fuera del alcance de mi escasa capacidad de comprensión, y que yo era un payaso afortunado de compartir el escenario con artistas de ese nivel, y que debía estar agradecido y callar.

Después del estreno, más que enfadarme, me aburría. Procuré con todas mis fuerzas hacer mi papel, y hacerlo bien. Un demonio de *Yellow Jacket*. Aquello parecía más bien *Strait Jacket*[61].

Luego, durante la segunda semana, Alfred Lunt y Lynn Fontanne vinieron a ver la obra. Con esas dos caras amigas allí enfrente no pude resistir el deseo de hacer alguna cosita especial. Durante el gran solo de Aleck en el tercer acto, yo debía permanecer sentado en primer término, único momento en que no me quedaba más remedio que fumar por mí mismo. Aquella noche, cuando Aleck arrancó, yo clavé los ojos en los Lunt como si fuesen a saltárseme, aspiré el cigarrillo y empecé a hacer anillos de

humo. Desde atrás, Aleck no podía saber lo que yo estaba haciendo. Pero cuando las carcajadas se hicieron cada vez más sonoras y el público dejó de mirarle, comprendió que yo estaba haciendo una de las mías.

Aleck estaba tan furioso después de la función que no podía hablar sin escupir.

—Estoy escandalizado —dijo—. Escandalizado y avergonzado. Tu comportamiento es reprensible y absolutamente indigno de un profesional. Es el que correspondería a un cómico barato de variedades.

Para empeorar las cosas, los Lunt vinieron a los camerinos y me abrazaron y dijeron, delante de Aleck, que yo era lo más refrescante de toda la obra.

Prometí ser un buen chico. Estaba verdaderamente arrepentido, pero Aleck no quería perdonarme.

Woollcott se alojaba en un apartamento vecino al nuestro, en el segundo piso de una pensión. Susan y yo le ayudábamos a subir empujándole desde atrás. Yo continué ayudándole a subir, pero él dejó de dirigirme socialmente la palabra tras el incidente de los anillos de humo. Se pasaba todo el tiempo libre con Susan, a la que adoraba, y con Billy. Billy lo dejaba tan blando y pegajoso como un bocado de queso derretido.

Pero para mí nunca tenía un momento. Qué diablos. No terna por qué preocuparse. Yo no iba a echar a perder su bodrio de drama ritual. Las funciones continuaron. Era más que aburrido: llegó a ser humillante. Yo hacía cuanto podía por atenerme al papel y la gente se reía cuando no debía. Después de cada función, recibía una conferencia de Aleck sobre mi actitud poco profesional. Pero estaba decidido a no perder los estribos.

Tenía que suceder y sucedió la noche de clausura. El público estaba repleto de amigos de Nueva York, muchos de los cuales habían venido a verme a mí, no *Yellow Jacket*. Durante el primer acto leí en sus caras. Estaban desconcertados e impacientes, esperando que yo hiciese algo. Que esperasen. Juré que no me saldría de mi personaje. Pero estaba preparado por si llegaba lo peor.

Lo que acabó con mi paciencia fue una observación que dejó caer Aleck en el entreacto. Ya no recuerdo qué fue —probablemente una frase trivial —, pero sentí que era la última frasecita condescendiente que estaba

dispuesto a tragar. Por primera vez en tantos años de conocerle me enfadé con Woollcott, y me enfadé muchísimo.

En el tercer acto hice todo excepto dejar caer cuchillos y perseguir rubias por el escenario. Le lancé miradas áridas a la primera actriz. Le hice al primer actor la broma de la pierna. Lancé muecas monstruosas. Cambié los decorados con tanta frecuencia que los actores no sabían qué escena estaban representando. Salí con un matamoscas y me dediqué a matar moscas. Como eso no era suficientemente eficaz fui a buscar un insecticida para acabar con ellas.

Cuando los guerreros se lanzaron al galope sobre sus imaginarios corceles, yo galopé detrás de ellos haciendo sonar mi bocina. Cuando hicieron mutis, les seguí, barriendo los desechos de los caballos con una escoba y un recogedor.

Llegó la escena final. El héroe y la heroína iniciaron su ascenso al cielo, caminando sobre el cuerpo del villano. Era mi señal para iniciar la nevada. Llené el aire de confetti. Dejé caer confetti de mis mangas, de debajo de mi sombrero y de mis bolsillos. Me quité los calcetines y los agité para sacarles el confetti. Eso no era ni remotamente suficiente, así que empecé a tirar baldes de confetti. La nieve formaba un montón tan enorme sobre el villano que el pobre tipo apenas podía respirar. Cuando bajaron el telón, yo estaba saltando y dándome palmadas en los costados para entrar en calor en medio de la tormenta.

Subieron el telón no sé cuantas veces. El público no nos dejaba marchar.

Aleck aguantó como un héroe pero yo veía las señales de peligro. Sus ojos relampagueaban y sus mandíbulas crujían.

Esperó a que Susan llegara tras los bastidores y entonces me lo soltó, delante de Susan. No llegó muy lejos. Me volví contra él. Le dije lo que podía hacer con su falsa película de vaqueros china y todas sus cátedras pedantes sobre la profesionalidad.

Aleck tenía la boca abierta. Su barbilla temblaba y no podía hablar. Era un Harpo que no había conocido nunca. Y tampoco Susan. Para ser sinceros, yo tampoco.

Le dejé con el último dardo.

—Empiezo a descubrir qué es lo que Harold Ross ve en ti.

Salí del teatro todavía maquillado y vestido. Susan intercambió miradas de asombro con Aleck y me siguió.

Dos horas más tarde, Aleck subió las escaleras por sus propios medios, jadeando y resoplando. Llamó a la puerta de nuestro apartamento y canturreó:

—¡Aquí está el tío Acky! ¡Con regalos para el señor William y la señora Susan y disculpas para el pequeño Harpo!

Llevaba allí cerca de una hora y todavía no había dado disculpa alguna. Que me colgasen si iba a dar yo el primer paso. Esta vez le tocaba a él. Saqué el tablero de *backgammon* y una baraja de cartas. Empezamos a jugar, pero no teníamos la cabeza en el juego. Finalmente, Aleck dejó sus cartas.

—Muy bien —dijo—. Lo siento. Fue un gran malentendido por tu parte y ninguna de tus acusaciones era cierta, pero de todas maneras lo siento. ¿Puedo explicarme?

Asentí.

Empezó a revisar todo el asunto de *Yellow Jacket* desde el principio; lo que yo había dicho, lo que había contestado él, lo que yo había tenido la cara de decir a continuación. Cuando llegó a la última función, ya no estaba explicando. Se estaba poniendo furioso de nuevo. Se encolerizó cada vez más. Empezó a golpear la mesa. Las cartas y el tablero cayeron al suelo.

—¡Maldita sea! —rugió—. ¡Si no te gustó *a ti*, Harpo, no hay ninguna razón para que le guste a nadie en toda la faz de la tierra!

No dije nada. Recogí las cartas y las puse en orden. Aleck dejó escapar un sonido como el de un globo que se desinfla. Recogí el tablero de *backgammon*.

—Creo —dijo— que se puede decir que la última mano estuvo mal dada.

Los dos nos echamos a reír al mismo tiempo.

El resultado de todo aquello fue que los Marx pasaron el resto del verano en la isla Neshobe.

XXII
ALEXANDER HACE MUTIS



Estados Unidos entró en guerra. Yo me hallaba dispuesto a luchar en el frente desde hacía ocho años, desde mi siniestro viaje por Alemania de camino hacia Rusia. Estaba inflamado de patriotismo y lleno de belicosidad. Me ofrecí a las fuerzas armadas.

Las fuerzas armadas no querían saber nada de mí. Me recordaron, con mucho tacto, que era demasiado viejo, demasiado bajito y que carecía de cualquier clase de adiestramiento militar. No tenía nada que hacer vestido de verde oliva o de azul marino. El único uniforme para el que estaba calificado era un sombrero de copa, una peluca roja, un impermeable y unos

pantalones bombachos. Las únicas armas que podían confiárseme eran una bocina de goma, un arpa, un clarinete y dos mangas llenas de cuchillos.

Acepté la sugerencia y así fue cómo fui a la guerra. Durante cuatro años hice el Circuito de los Soldados. Viajé trescientos mil kilómetros y actué para medio millón de soldados y trabajadores de guerra en campamentos, pistas de aterrizaje, estaciones navales, hospitales, puertos de embarque, centros de servicio y fábricas de material de guerra. Crucé el Continente tantas veces que perdí el escaso sentido de orientación que me quedaba.

Lo que hacía mi itinerario aún más confuso que los grandes saltos de un lugar a otro era el público. Digo «el» público porque era como actuar para una sola multitud inmensa. Estaba repartida y desperdigada por todo el país, pero de todas maneras era la misma muchedumbre. En los viejos tiempos, los que iban a hacer el siguiente número después de nosotros en una población siempre preguntaban:

—¿Cómo se han portado?

Y uno contestaba que habían sido maravillosos, o así así, o como un montón de bobos que no se dignaban aplaudir. Si uno decía: «Típico público de Boston» o «No han cambiado nada en Pittsburgh», los otros cómicos sabían exactamente lo que quería decir.

En el Circuito de los Soldados nadie tuvo que preguntar. Eran iguales en Boston y en Pittsburgh que en San Diego, las cataratas de Wichita o Newport News. Eran fantásticos. Siempre estaban dispuestos a morirse de risa. Lo único que había que hacer para encender la mecha era salir a escena. A partir de ese momento ya eran tuyos. Podías hacer cualquier cosa: tocar «Ñola» con los dientes, imitar a Dorothy Lamour, contar un chiste sobre las WACs[62] o hacer malabarismos con un montón de platos de aluminio, y el local se venía abajo como un arsenal lleno de dinamita.

Cuando me presenté por primera vez en un campamento del ejército, tuve la extrañísima sensación de que ya había estado allí. Luego comprendí por qué. Era como actuar para los rusos de nuevo, pero más todavía. Aquellos chicos estaban sedientos de risa, como el público de Moscú y Leningrado. La diferencia era que los soldados no necesitaban argumentos o historias o motivos. Se reían con todo.

Desde luego, nadie era tan bueno como le hacía parecer el público militar. Por esa razón, muchos cómicos, bailarines y cantantes jóvenes que conocí fueron bajas de guerra. Tuvieron éxito en los espectáculos de los campamentos, demasiado éxito. Cuando la guerra terminó no sabían, o habían olvidado, el duro trabajo que se necesitaba para ganarse un club nocturno lleno de borrachos o para impresionar a los productores o los directores de reparto.

Mientras duró, fue increíble. Aquello era el mercado ideal para la gente del espectáculo, pero para los que actuábamos era también una época de profundo dolor. Yo miraba aquel mar de rostros jóvenes, agitados por la risa como por la luz del sol, y me maravillaba de que alguno de ellos pudiese sonreír siquiera, sabiendo lo que estaban pasando y lo que tenían por delante. En mi imaginación les veía como a miles de Billies, no como los hombres que ya eran sino como los niños que habían sido sólo diez o quince años atrás, esperando que papá siguiera tocando y haciendo muecas graciosas y que la hora de irse a dormir no llegara nunca. No podía evitar pensar que, cuando finalmente llegara la hora de ir a dormir para algunos de estos niños, sería una pesadilla seguida de una noche eterna. No había explosiones de aplausos capaces de borrar esa horrible realidad.

Recordé muchas veces lo que el capitán Thornton Wilder, el dramaturgo, había escrito a Woollcott desde su destino militar: «Nada levanta tanto la moral al soldado como recibir una carta de casa y nada le deprime tanto como leerla».

Mi anécdota favorita de Thornton Wilder era aquélla sobre una niña que le pregunta qué es la guerra. Wilder replicó:

—Un millón de hombres con fusiles salen y se encuentran con otro millón de hombres con fusiles, y todos disparan y tratan de matarse unos a otros.

Ella se lo pensó un momento y preguntó:

—¿Y si nadie se presenta?

Y para eso, Wilder no tuvo respuesta.

Cuando se declaró la guerra en 1939 y quedó suficientemente claro que ambos bandos iban a presentarse, el *Herald Tribune* de Nueva York convocó una reunión urgente del comité editorial. El editor gerente dijo que lo primero que había que hacer era elegir un corresponsal especial para enviar a Europa. Alguien dijo:

—¿Y si enviamos a Aleck Woollcott?

Los demás consideraron que era una buena idea, todos menos el crítico teatral Percy Hammond.

—Es un riesgo que corremos —dijo Hammond—. A lo mejor, a Woollcott no le gusta la guerra.

Al final, Woollcott no llegó a escribir sobre lo que ocurría en el frente hasta dos años más tarde. Se moría por partir, pero la advertencia de Percy Hammond había calado hondo. Hacía demasiado tiempo que Aleck ya no trabajaba como periodista. Le pagaban por enunciar opiniones, no por informar sobre hechos.

Entretanto, durante el verano de 1939, cuando Moss Hart estaba de visita en Neshobe Island, Aleck dijo que en la próxima obra de Kaufman y Hart tenía que haber un papel para él. A Hart le encantó la idea. También a George Kaufman, y se pusieron a trabajar inmediatamente. El resultado fue *The Man Who Carne to Dinner* (El hombre que vino a cenar). El papel principal, «Sheridan Whiteside», no sólo estaba escrito para Woollcott, sino sobre Woollcott.

Aleck entró en éxtasis cuando leyó la obra. Pero se lo pensó mejor: decidió que sería de mal gusto que apareciese en una obra en la que él mismo era el protagonista. Le dieron el papel a Monty Woolley. Y era un papel jugoso —un prima donna egocéntrico, con los modales de un oso pardo, que se dedicaba a adular a las celebridades y los excéntricos, pero hacía picadillo a las personas buenas y corrientes. Era Woollcott con escasos adornos.

Uno de los personajes excéntricos era un bromista semianalfabeto llamado «Banjo». No era difícil imaginarse a *quién* se suponía que representaba.

Cuando la obra obtuvo un éxito arrasador en Nueva York, la tentación se volvió demasiado grande para Aleck y aceptó representar el papel

principal en la compañía de *The Man Who Carne to Dínner* para la Costa Oeste. El estreno en L.A. fue un triunfo personal de Woollcott, en más de un sentido. Probó que era un excelente actor cómico, en un papel largo y difícil. Y al representar la versión Whiteside de sí mismo con tanta fruición, demostró que era un ser humano consciente de sus muchos defectos y que no tenía miedo de burlarse de sí mismo en público.

Esto confirmaba mi vieja teoría sobre Aleck. Era un enorme, descomunal, maravilloso mal actor, y los que se lo tomaban en serio eran personas que se tomaban a sí mismas demasiado en serio.

La mayoría de los actores dormían hasta el mediodía cuando trabajaban en una obra de teatro. Pero Aleck no. A las ocho de la mañana ya estaba trabajando. Dictaba cartas y artículos a la hora del almuerzo, y luego se iba a pasar la tarde con sus amigos. Si no iba a mi casa o a la de Walt Disney o a la de Charlie Chaplin, daba audiencia en el Jardín de Alá, donde se alojaba. Kaufman, Hart, Charles Laughton, Robert Benchley, Dorothy Parker y Alice Miller también se alojaban allí, así que no le era difícil tener *quorum*. Cuando terminaba el trabajo nocturno en escena, llegaba la hora de las fíes tas: comer, hablar y jugar hasta altas horas de la madrugada. Luego, sin importar a qué hora se había ido a la cama, se levantaba y volvía al trabajo a las ocho.

En marzo de 1940 la compañía partió hacia San Francisco, donde estrenaron espectacularmente y se instalaron para una larga serie de representaciones. A principios de abril, Aleck escribió a Beatrice Kaufman:

> He disfrutado de los últimos doce meses más que de cualquier otro año que recuerde. No tengo idea, sin embargo, de a qué debo atribuir el hecho de que, desde que inicié esta peregrinación a finales de octubre, me he sentido mejor de salud que en los últimos doce años. Me siento elegante. Te sorprenderá enterarte de que, tras más de veinte años de fidelidad a un solo cigarrillo, ahora fumo otra marca y, por alguna razón desconocida, ya no eructo. No me reconocerías.
>
> PORKY

Una semana después de escribir estas líneas, sus docenas de años de vivir excesivamente se pusieron súbitamente al día en Porky. Tuvo un grave ataque al corazón. Era la primera enfermedad que padecía Aleck desde que casi se muere de paperas, al acabar el bachillerato.

Me permitieron una breve visita al hospital de San Francisco. Aleck parecía otro hombre. Nunca le había visto tan sumiso. Aunque más enfadado que asustado, se comportaba dócilmente con los médicos y obedecía sus órdenes al pie de la letra. El enfado no era tanto por la enfermedad misma como por la suspensión de las representaciones.

—No lo creerás después de lo mal que actué en Los Angeles —me dijo —, pero ya empezaba a hacerlo bastante bien. Un mes más, y habría estado absolutamente soberbio. —Sonrió—. Incluso había vencido el maleficio de aquella frase del segundo acto, ya sabes, la que siempre se salía de madre: «En Navidad, siempre me compadezco de los necesitados».

Coincidimos en que la frase que le causaba problemas a Aleck habría sido un tema perfecto para un comic de Peter Arno: el ricacho de Arno, con su abrigo de pieles y su chistera, recorriendo arriba y abajo una cola de pan gratuito y palpando a los necesitados[63].

Esa fue toda nuestra conversación. Estaba demasiado cansado para reírse.

Woollcott no conservó su docilidad por mucho tiempo. Aquel otoño volvió de su retiro en el lago Bomoseen para hacer campaña a favor de Roosevelt contra Wendell Willkie. Al parecer, la actividad le sentaba mejor que el descanso, y poco después de las elecciones volvió a salir de gira con *The Man Who Carne to Dinner*.

En el otoño de 1941, contra el consejo de todos los médicos, se fue a Inglaterra. El antiguo caballo de batalla no quería perderse por más tiempo las hostilidades. Hizo una serie de emisiones para la BBC que los ingleses, todavía mareados por el Blitz, encontraron muy alentadoras. Al volver a Estados Unidos se fue directamente al Medio Oeste, donde aporreó a los aislacionistas y a los de América Primero con inflamados discursos en los que proclamaba que la guerra en Europa era nuestra guerra, nos gustase o no.

Esto le produjo una recaída, seguida de una operación. La cirugía fue un éxito. Volvió a pasar la convalecencia en Bomoseen y empezó a recuperarse rápidamente. Pronto empezaron las llamadas woollcottianas: «Vuela inmediatamente a la isla, donde los diciembres son salvajes y hermosos».

Pero antes de que pudiera ir a verle, los japoneses atacaron Pearl Harbor, entramos en guerra y yo salí de gira con mi espectáculo por los campamentos de solados.

En algún lugar de la Costa Oeste

Un general de la Marina, que parecía suficientemente viejo como para haber peleado en las costas de Trípoli, ofreció una recepción en su chalet para toda la compañía después de la función. No había visto el espectáculo, pero había echado un vistazo a una de las chicas, se había prendado de ella y había decidido damos una fiesta. Durante la cena, yo me senté a un lado del general y la chica al otro lado. El general estaba totalmente trompa. Después de zamparse la sopa me dirigió una mirada algo perdida y me preguntó:

—¿Quién es usted?

Me coloqué bien la peluca —aún estaba vestido con la ropa que llevaba en el espectáculo— y le dije:

—Viajo por el país con estas estupendas señoras, general, y he venido a hacer un trato con usted.

—¿Qué clase de trato? —preguntó el general.

—Yo tengo quince chicas en mi compañía y usted tiene cuarenta mil hombres en su campamento —le dije—. Podríamos asociamos para montar un burdel y forrarnos.

El general gruñó y se puso a hablar con la chica. Un rato después volvió a dirigirme una mirada perdida y me preguntó:

—¿Quién es usted?

Le repetí la misma historia. Gruñó y se puso a hablar con la chica. Una hora más tarde, me dirigió una mirada perdida y preguntó:

—¿Quién es usted?

Por tercera vez, le esbocé mi proyecto sobre las quince chicas y los cuarenta mil hombres.

—Tiene gracia la cosa —dijo el general—. Esta chica me acaba de decir lo mismo.

En algún lugar de Arkansas

Muy pronto comprendí que nadie tiene más poder en una base militar que un civil, y que ningún civil tiene más poder que un cómico que viaja con una banda compuesta por chicas, como yo. Por esta razón, nunca tuve problemas para conseguir que un oficial de alto rango actuara como comparsa en el número de los cuchillos en ninguno de los sitios donde actué.

Después de la primera función en aquella base, le dije al tipo que había hecho de actor de réplica:

—Lo hizo usted muy bien en escena esta noche, coronel. Una vez John Barrymore actuó en ése *sketch* conmigo y no lo hizo mejor que usted.

Dado que el comparsa no hacía nada más que salir y estrecharme la mano para que cayeran los cuchillos, se trataba de un cumplido estrictamente irónico. Pero debería de haberlo previsto. Al coronel le entró la fiebre teatral. Cuando llegué al teatro para vestirme para la función de la segunda noche, lo encontré en mi camerino, maquillándose.

En realidad, aquello me convenía. Tenía que pedirle un favor al coronel. Esa tarde, mientras paseaba por la base me había sorprendido oír que alguien me llamaba. La voz venía del sótano de una de las barracas. Miré hacia abajo. Era un amigo mío de Beverly Hills, un joven abogado. Estaba sudando la gota gorda, fregando una letrina.

Me dijo que se había pasado toda la noche anterior de maniobras y que le habían endosado la tarea de la letrina sólo llegar al campamento. El tipo estaba muerto de cansancio y muy deprimido. No veía esperanzas de ascender jamás por encima del rango de soldado raso. Le dije que no se preocupara y que trataría de ayudarle.

De modo que esa noche le pregunté al coronel con vocación teatral si podía llevar un amigo a la fiesta que nos ofrecían después de la función.

—Claro que sí —dijo el coronel—. Cualquier amigo suyo es amigo mío, Harpo.

Cuando resultó que mi amigo era un recluta, el coronel se decepcionó un poco. Yo había arrancado al pobre tipo de la cama para que viniera a la fiesta (no había dormido en cuarenta y ocho horas, pero grogui y todo, mi amigo pudo darle al coronel una consulta gratis de una hora. Le demostró al militar que había pagado cuarenta y cinco pavos de más en su declaración anual, que era el tipo de conocimientos militares que impresionaban al coronel.

Un par de semanas más tarde, como por casualidad, mi amigo fue recomendado para el Adiestramiento de Oficiales. Acabó destinado a la compañía de Moss Hart, *Winged Victory*, donde conoció a muchas personas influyentes. Poco después de licenciarse —con el rango de capitán— le nombraron juez en Los Angeles.

En algún lugar de Nueva Jersey

Un actor que había conocido un poco en Hollywood estaba de cabo en un campamento de Jersey. Sólo dos horas después de llegar la compañía al campamento, quedó para verse con una chica —antigua artista del *striptease*— después de la función. Pero esa tarde, debido a los inminentes movimientos de tropas, revocaron todos los pases y ordenaron a todo el personal que permaneciera en el campamento hasta nuevo aviso.

El cabo estaba desesperado. Realmente le gustaba la chica y ella estaba dispuesta a dejarse querer. Así que me fui directamente a la oficina del comandante de la base para abogar por él. El coronel era un auténtico Babbitt[64] con uniforme. Terna frases famosas enmarcadas por toda la habitación, junto con diplomas y trofeos de los tiempos en que era un Eagle Scout. Vi que con la simple camaradería no llegaría muy lejos, de modo que intenté un tratamiento de choque.

—Coronel —dije—, quiero pedirle un gran favor.

—Estoy aquí para servirle, señor Marx —dijo—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Uno de sus chicos quiere acostarse con una de mis chicas —dije— y no puede conseguir un pase para esta noche.

El coronel se erizó, se puso rojo, resopló, resolló y por poco se ahoga. Pero era demasiado buen soldado para rehuir la cuestión. Dijo:

—¿Cuánto tiempo calcula usted que esta… eeh… maniobra requeriría?

Yo me encogí de hombros y dije:

—Usted lo sabe tan bien como yo, coronel. Algunos tipos sólo necesitarían…

No me dejó terminar.

—Muy bien, Marx —me espetó—. Veré lo que puedo hacer.

Esa noche, el cabo estaba viendo la función entre bastidores cuando le notificaron que le necesitaban para un servicio especial. El coronel le había elegido como chófer personal para el resto de la noche. Después de la función, el coronel nos ofreció a mí y a la chica del cabo llevarnos en su coche. Hizo que la chica se sentase delante y le ordenó al cabo que nos llevara al club de oficiales.

Al llegar al club, el coronel y yo bajamos del coche. El coronel le dijo al cabo que buscara un lugar agradable y oscuro donde aparcar, y que se tomara su tiempo antes de recogernos.

—Compréndame, no le estoy autorizando a marcharse de maniobras toda la noche —dijo el coronel—, pero, ¿digamos tres horas?

Tres horas estaba muy bien para el cabo, perfecto. El rango tiene sus privilegios, pero también, a veces, tiene su corazoncito.

En algún lugar de Indiana

Me presenté por primera vez en un hospital militar y no fue un éxito completo. Me programaron para actuar primero en el pabellón psiquiátrico. Los médicos me advirtieron que no me disfrazara. Debía ser estrictamente un concierto, un tratamiento de terapia musical. Me paseé por el pabellón antes de la función, charlando y bromeando con los pacientes y repartiendo

cigarrillos, para ganarme su confianza. Excepto los casos extremos, todos deseaban que tocase. Pedí que me trajeran el arpa.

En vez de sacar el arpa del estuche y hacerla rodar sobre sus ruedas hasta el pabellón, tres soldados la transportaron, con estuche y todo, sobre sus hombros. Parecía que llevasen un ataúd. Los pobres diablos del pabellón se pusieron a gritar. Entraron los enfermeros a toda prisa a calmarlos. Yo salí corriendo detrás de los enterradores. La terapia musical quedó cancelada por aquel día.

En algún lugar de California

En realidad, en ninguna parte conseguí hacer reír tanto a la gente durante la guerra como en aquel hospital. Era un edificio nuevo, de seis pisos, construido alrededor de un patio. Decidieron que yo debía dar un concierto en el patio, para que los pacientes pudieran mirar desde las ventanas y los balcones.

En el centro del patio había una copia de la famosa fuente de Bruselas, con la estatua del niñito que hace pis. Quienquiera que diseñara el hospital había tenido un golpe de genio al situar aquel motivo de conversación donde todos los pacientes pudieran verlo. Concordaba exactamente con el humor de los soldados convalecientes.

Antes de salir a actuar, conferencié con el equipo de mantenimiento del hospital. Al salir, no miré la estatua. Durante todos mis números cómicos evité darme cuenta de que existía. Entonces empezó la parte seria del programa. Trajeron el arpa. Empecé a tocar «Annie Laurie» muy suavemente. El público, la mayoría del cual colgaba sobre mí desde los balcones, estaba tan silencioso que se oía el ruido del agua de la fuente.

El ruido del agua me molestaba. Yo necesitaba absoluto silencio. Dejé de tocar. Me di la vuelta y vi por primera vez la estatua del pequeño *pisseur* Le lancé una mirada de desaprobación. Me llevé un dedo a los labios, señalé mi bragueta y agité un dedo en señal de advertencia. El chorro de la estatua disminuyó hasta convertirse en un tímido chorrito, y luego se

detuvo. El hombre del mantenimiento que se encargaba de la válvula del agua lo había hecho a un ritmo perfecto.

Nadie pudo oír el resto de «Annie Laurie», ni siquiera yo. Los soldados se rieron allá arriba hasta quedarse roncos y los miembros del personal del hospital que estaban en el patio tuvieron que ponerse a cubierto de las muletas y los gorros de enfermera que volaban por los aires. Después de ese principio, no pude marcharme hasta haber dado un concierto de una hora. Espero que aquello les levantara la moral. Desde luego, a mí me la levantó.

En el verano de 1942, trabajé en un comité del USO[65] en Hollywood mientras esperaba para volver a salir de gira.

A mediados de agosto, Susan y yo partimos hacia el Este de pronto, al recibir un telegrama de Woollcott. Era un mensaje de cuatro palabras:

> ALICE SE ESTÁ MURIENDO.

Encontré a Alice en su casa de Nueva York, en cama, torturada por el cáncer. Alice ya sabía que el suyo era un caso irreversible desde unos tres meses atrás, pero no se lo había dicho a nadie más que a Aleck. Aleck había decidido por su cuenta que yo debía saberlo, para darme la oportunidad de verla por última vez.

Me pasé dos días junto a su cama, tantos minutos seguidos como el médico me permitía. El primer día que la vi sólo tenía fuerzas para apretarme débilmente la mano con su mano derecha, y para hablar en un susurro. Pero el espíritu del antiguo *Butch* todavía destellaba dentro de ella. No había perdido ni un voltio de potencia.

Seguía siendo graciosa y valiente. Su espíritu deportivo no estaba dispuesto a concederle un solo punto, y no digamos la partida, a la enfermedad. Ardía más de curiosidad que de fiebre. Alice no quería tratos con el pasado; no era el momento de mirar atrás. El mundo estaba en guerra, ocurrían grandes acontecimientos y sus amigos se hallaban desperdigados por todo el mundo. Tenía que saber dónde estaba cada uno y qué hacía. Me exprimió todo cuanto podía contarle: desde el estado de la

bola rápida de Cari Hubbell hasta los progresos de los infantes de marina en Guadalcanal.

Al día siguiente, sólo pude permanecer con ella ratos más cortos. El susurro de Alice se había desvanecido. La única capacidad física que le quedaba era el movimiento de su mano derecha. Pero a través de sus dedos y de sus ojos, aún fluía la corriente de su espíritu. Aunque sólo yo hablaba, tuvimos un cálido diálogo.

Esa noche, cuando volví a su casa, me dijeron que había muerto.

Aleck estaba en la isla Neshobe. Yo me había mantenido en contacto con él en todo momento, pero el fin llegó un sábado por la noche, en tiempo de guerra, y no logré comunicarme con Vermont. Le envié un cable.

Una carta que Aleck envió a Charles Brackett desde el lago Bomoseen, dice con más elocuencia de la que yo sería capaz cuál fue su reacción ante la muerte de Alice.

> Debes sentir que tu mundo se despuebla. Te advierto que es uno de los castigos por permanecer en este escenario más allá de los cincuenta.
>
> Tarde por la noche, el sábado siguiente al último de agosto, mi querida Lilly Bonner y yo estábamos en la terraza, aquí, disfrutando de una luna maravillosa. A través de las ventanas, nos llegaban los murmullos y el ruido de las cartas en una partida de *gin rummy* que jugaban dentro de la casa Dorothy Gish y Louis Calhern.
>
> La quietud del lago sólo era perturbada por el ruido de la lancha a motor de Howard Bull que avanzaba hacia la isla. A esas horas, ese ruido sólo podía querer decir una cosa: un telegrama, y además importante, porque si no, él lo habría dejado para mañana. Los Bull examinan nuestros telegramas constituidos en jurado y deciden entre ellos si tenemos prisa por recibirlos. Así que, mientras Howard amarraba su lancha en el muelle, le dije a Lilly que Alice Miller había muerto.
>
> En una noche de sábado exactamente igual, quince años atrás, el mismo mensajero trajo las mismas noticias sobre Gregory Kelly (casado entonces con Ruth Gordon). Recuerdo ahora que encontró

todas las luces apagadas y, al llamar a la ventana del dormitorio de delante, en la planta baja, despertó a Neysa. Ella entró y me sacó de la cama; nos pusimos los albornoces, metimos un leño en el fuego y nos quedamos hasta altas horas de la madrugada hablando de Gregory.

Me imagino que puedes adivinar con cuánta cortesía y gracia de espíritu hizo Alice su último mutis. Me había escrito confidencialmente, a primeros de junio, que la juerga se había acabado y que de entonces en adelante nuestras relaciones debían tenerlo en cuenta. Era exactamente como si sintiera tener que marcharse temprano, pero lo comunicaba en voz baja, tras su abanico, para no perturbar a los demás invitados a la fiesta.

Finalmente, decidí que había que informar a Lederer y Harpo. Me alegro de haberlo hecho porque Harpo adelantó su viaje al Este y llegó a tiempo para ser recibido por ella durante cuarenta y ocho horas. El segundo día, ella no podía hablar pero le sostuvo la mano mientras él le hablaba, y se la oprimía cuando lo que decía le interesaba. Me enorgullece informar que, entre los temas del repertorio de Harpo, oprimió más fuerte por Charlie Lederer, yo mismo y los Gigantes, más que por nadie más.

Ha sido una experiencia enriquecedora volver a leer las cartas que había recibido de ella durante nuestros más de veintidós años de relación. El expediente se iniciaba con una tarjeta de Navidad pintada a mano. Como los versos que la acompañaban me calificaban de Proxeneta del Siete y Medio, supongo que con ellos venía un cheque, pero aparentemente no soy lo bastante sentimental como para haberlo archivado también.

El hecho sombrío es que no existe ahora en nuestro mundo nadie como Alice Duer Miller…

La única nota de alegría en aquel viaje al Este fue Aleck. Tenía un aspecto formidable. Conservaba toda la luminosidad y vitalidad de diez años atrás. Su sangre contaba de nuevo con una abundante y rica cantidad de glóbulos blancos (nata montada) y rojos (ácido). Los facultativos le habían dado luz verde para salir de su confinamiento y volver al trabajo.

Cuando le dejamos, buscaba un apartamento en Nueva York como cuartel general de invierno: su «Valley Forge»[66], como decía él.

Mi compañía se había ido de gira por los campamentos sin mí, de manera que envié a Susan a casa y me incorporé a una *troupe* de estrellas que hacía funciones de una sola noche para el War Bond Drive. En el Soldiers Field de Chicago actuamos ante ciento diez mil personas. Mientras esperaba para mi segunda aparición en el espectáculo, uno de los vendedores de perros calientes del estadio vino a los camerinos a saludarme.

—Por mi vida —dijo— que usted es lo mejor del programa.

Yo me sentí muy halagado, porque los demás integrantes del programa eran Mickey Rooney, Judy Garland, Fred Astaire, Lucille Ball, Betty Hutton, Kay Kyser y su banda, y José Iturbi.

—Sí señor, señor Marx —dijo—. Cuando usted tocó el arpa, vendí cuatro veces más perros calientes que con ninguno de los otros.

Uno se hace modesto, no nace.

El 12 de septiembre, volví a casa justo a tiempo para una reunión inesperada. Ivy Lee Litvinov se hallaba en la ciudad y había intentado ponerse en contacto conmigo. No había vuelto a verla desde aquella noche en el teatro de Moscú, nueve años atrás, cuando su marido apareció en el escenario como cómico y me convirtió a mí en comparsa serio. Maxim Litvinov era ahora el embajador soviético en Estados Unidos.

Llevamos a Ivy Lee a cenar en el restaurante de Mike Lyman. Yo hice todo un espectáculo, principalmente dedicado a Susan, recreando mis seis semanas en Rusia, desde los problemas para pasar rublos por la frontera hasta mi fracaso con el Teatro de Arte de Moscú y mi última actuación «obligatoria». En beneficio de la señora Litvinov, omití cualquier mención de lo que pasé por la frontera a mi regreso.

Mike Lyman había estado rondando la mesa. Finalmente dijo:

—Perdóneme por interrumpir, pero están dando unas noticias en la radio de la cocina que tal vez les interesen a ustedes. El Ejército Ruso ha detenido a los alemanes en Stalingrado.

A Ivy Lee Litvinov ciertamente le interesaban las noticias. Durante el resto de la noche, el champán en casa de Mike corrió a cargo de la Unión soviética.

Me incorporé a una *troupe* que se dirigía al Este. Llegamos a Watertown, Nueva York, en una tarde fría y gris de enero de 1943. Estaba empezando a nevar. Después de la función, aún seguía nevando. A la mañana siguiente me desperté temprano y vi salir el sol desde la ventana de mi hotel. La ciudad estaba cubierta de un denso manto de nieve. Nada se movía. Era un cuadro bellísimo.

Se me ocurrió una gran idea. Llamé a Woollcott a Nueva York, a su apartamento del hotel Gotham. Cuando dejó de maldecirme por haberle despertado en medio de la noche, le dije la idea que se me había ocurrido. Estaba seguro de que la consideraría una verdadera inspiración.

—Aleck —dije—, estoy en tu territorio, en las afueras de Nueva York, aquí en Watertown. La nieve tiene dos metros y medio de espesor y es hermosísimo, demasiado para trepar en el autobús con el resto de la compañía. ¿Sabes lo que voy a hacer? ¡Voy a alquilar un trineo y un caballo para el resto del viaje!

—¿Exactamente cuál es tu siguiente escala? —preguntó Aleck.

—Boston —dije yo—. ¿Qué te parece? Ven para acá y haremos el viaje en trineo juntos. Con campanillas y todo el asunto.

No aplaudió ni me dijo que era una auténtica inspiración. En cambio, respiró profundamente, dejó escapar un suspiro, y dijo:

—Harpo, no rondaste por la E.P. 86 el tiempo suficiente para verte expuesto a la asignatura llamada Geografía, ¿verdad?

—No —dije—, ¿por qué?

—Querido muchacho —dijo—, tal vez sea una dolorosa sorpresa para ti, pero Boston, Massachusetts, no está en las afueras de Watertown, Nueva York.

Me negué a desistir de mi idea. Le pregunté qué le parecería si tomaba un atajo por la ciudad y le recogía allí. Él dijo:

—¡Oh, es una idea *esplendorosa*! Te esperaré frente al Gotham a que llegues haciendo tintinear las campanillas de tu troika. Me reconocerás por mi barba blanca y el curioso ribete de piel blanca que adorna mi traje rojo. Soy gordo y alegre y tengo tendencia a ir por ahí diciendo: «¡Jo! ¡Jo! ¡Jo!» a los niños pequeños. Entretanto, si no te importa, me volveré a mi camita. Dios te bendiga y te proteja de cosas tan peligrosas como la sabiduría.

Colgó.

Más tarde aquella mañana, en el camino, le pregunté al conductor del autobús qué distancia hay de Watertown a Boston.

—Oh —dijo—, unos quinientos kilómetros.

Le pregunté cuánto sería si tomábamos el atajo a través de la ciudad de Nueva York.

El conductor fue sincero:

—El atajo sólo nos tomaría unos trescientos kilómetros más, señor Marx —dijo.

Cuando llegué a Nueva York, tras actuar en Boston, tuve la alegría de encontrarme allí a Charlie Lederer. Charlie dijo que Woollcott estaba insoportable. Había invitado a Eleanor Roosevelt a tomar el té en su apartamento, y después tenía una emisión, una especie de programa-debate. Después de la emisión, Aleck le había dicho a Charlie que se iba a ir a casa a dormir y que no se le podía ver hasta el mediodía del día siguiente, y eso sólo con cita previa.

Así que, ¿qué hacíamos? Fuimos a Abercrombi & Fitch y compramos dos mazos de cróquet y cuatro pelotas. Llegamos al hotel Gotham a la hora del té y subimos a la habitación de Woollcott. Llamé a la puerta. Charlie y yo empezamos a golpear las bolas arriba y abajo por el corredor en el mejor estilo de la isla Neshobe, paf, pumpaf.

Aleck abrió la puerta de su apartamento. Miró a través de mí como si yo fuera transparente. Miró a través de Charlie Lederer. No prestó atención alguna a las bolas de cróquet que saltaban y retozaban por el corredor. Oí la voz de la señora Roosevelt que decía desde dentro:

—Estoy segura de haber oído el timbre, ¿no hay nadie?

—Nadie —dijo Aleck—. Es extraño, nadie en absoluto —y cerró con un portazo.

Charlie y yo recogimos la bola roja, la azul, la amarilla y la negra, nos metimos los mazos bajo los abrigos y nos marchamos.

Lederer estaba invitado a cenar esa noche con Alfred Vanderbilt y su señora. Cuando me dijo que Oscar Levant también estaría allí, me invité a mí mismo.

Después de la cena, el anfitrión nos preguntó si nos gustaría que encendiera la radio para oír la emisión de Woollcott. Charlie dijo que no se molestase. Nos habría gustado oírla, dijo, pero no habíamos sido invitados. Woollcott se pondría furioso si descubría que nos habíamos presentado sin una cita previa.

Más tarde, antes de que terminase la fiesta, alguien llamó por teléfono para preguntar si habíamos oído la noticia. La noticia era que Alexander Woollcott había sufrido un ataque al corazón durante la emisión.

Corrí al teléfono. Las líneas de la CBS estaban saturadas. Todo el mundo en Nueva York estaba llamando allí por la misma razón. Seguí intentándolo hasta que logré comunicar y finalmente me dieron el nombre del hospital adonde habían llevado a Aleck.

Cuando llamé al hospital me dijeron que el señor Woollcott había muerto.

Paf.

El programa era un debate titulado «El Foro del Pueblo». Los invitados al debate eran Alexander Woollcott, Marcia Davenport y Rex Stout. Hablaban del papel de los civiles en el esfuerzo para la guerra. Aleck aceleró a fondo y se lanzó zumbando como una avispa enloquecida contra sus antiguos «enemigos tras las rejas»: los aislacionistas y los anti-rooseveltianos del Medio Oeste.

En mitad de una frase, Aleck dejó de hablar. Se puso muy pálido. Escribió en un trozo de papel: «*Me encuentro mal*» y le pasó la nota por

encima de la mesa a *miss* Davenport, que la leyó e inmediatamente hizo una señal a la cabina del director.

Quedaban diez minutos de emisión. Mientras la discusión continuaba, ayudaron a Woollcott a salir de su silla y del estudio, le tendieron en un catre y le llevaron así hasta una ambulancia.

Cuando llegó al hospital más cercano, ya nada se podía hacer por él. Murió justo antes de medianoche, el 23 de enero de 1943.

Un absurdo detalle se me quedó en la mente y aún sigue allí. Un tipo de la CBS me dijo que mientras llevaban a Aleck a la calle, en el catre, él fue tanteando con las manos hasta que encontró el borde de su sombrero, su gran sombrero negro de *impresario*, que le habían puesto sobre el estómago. Al pasar por la puerta y salir al aire de la noche, levantó el sombrero y se lo puso sobre la cara.

Lo más absurdo de aquello era que me recordaba lo que había hecho Jack Johnson cuando Jess Willard lo noqueó, en la arena de La Habana, Cuba, en 1915. Mientras el árbitro contaba, Johnson, que supuestamente se hallaba inconsciente, se puso un brazo sobre los ojos para protegerse del resplandor del sol. Todos los que habían apostado por Jack Johnson gritaron que la pelea estaba amañada, que el campeón fingía estar K.O. y que lo hacía fatal. La gente que había apostado por Willard decía que el movimiento de Johnson para cubrirse la cara no era más que un acto reflejo. Veía las estrellas, y no el sol, y no sabía lo que hacía.

Con Aleck, nunca he podido decidir si se protegió deliberadamente contra la noche o si había sido un acto reflejo. Era demasiado buen actor para mostrar sus cartas. Tras desempañar el papel de sí mismo hasta la muerte, ¿por qué había de pifiar su mutis y dar a los críticos una ocasión para vapulearle?

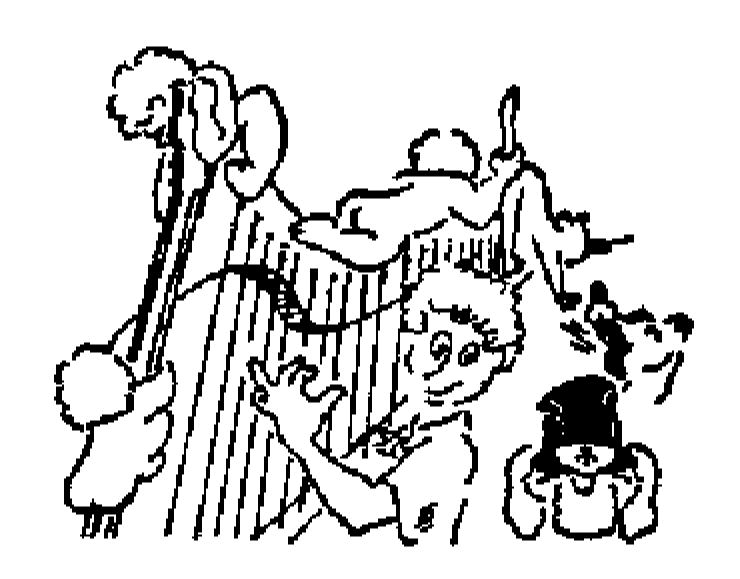
El funeral fue breve y sereno. Ruth Gordon y George Backer leyeron sendos panegíricos y Paul Robeson cantó el Salmo Veintitrés.

Al acabar, nadie tuvo que sugerir a dónde iríamos. Sin decir una palabra, nos encaminamos directamente al Algonquin. Era la última reunión de la tribu Woollcott, y la más extraña. Ni Neysa ni Dottie ni Ruth ni Beatrice ni George ni Frank ni Charlie ni el único Pillete superviviente

sabía muy bien qué decir y en cuanto a mí, por una vez, de nada me servía escuchar.

Me había quedado solo. El gordo, mimado, pendenciero, travieso, alegre, generoso, leal y cariñoso, pedante y presumido hijo de perra que me había arrastrado a un mundo en el que no tenía nada que hacer, me había dejado tirado. Como aproximadamente un millón de personas más, sentí mucha lástima por mí mismo cuando Aleck Woollcott murió. Pero supongo que así son las cosas. Cuando se pierde algo irreemplazable, uno no llora por lo que ha perdido, sino por uno mismo.

XXIII
LA VIDA EN UN RANCHO DE ARPAS



Me di cuenta al morir Aleck de que su amistad, entre las muchas cosas que había hecho por mí, me había mantenido joven. Cuando murió, mi primera reacción fue pensar que me había dejado tirado y completamente solo. Pero no estaba solo, por supuesto. Y a habían tomado el relevo Susan y Billy.

Después, seis años más tarde, vinieron tres Marxes más a nuestra casa para impedirme crecer. En el otoño de 1943 habíamos traído a casa a nuestro segundo hijo. Le pusimos por nombre Alexander. En 1944, James Arthur y Minnie Susan se habían unido a la familia.

Era una tribu en la que Aleck habría encajado perfectamente. Nuestra vida familiar no era muy correcta ni convencional, pero el combinado no resultaba nunca aburrido.

Al final de la guerra, ampliamos la casa. Despedimos al mayordomo, desconectamos el timbre del comedor, nos libramos del resto de las tonterías estilo Beverly Hills y convertimos el comedor en una sala de billar.

El siguiente despedido, después del mayordomo, fue el doctor Spock.

Yo hacía de padre lo mismo que hacía de arpista: de oído. Pero en ambas cosas he tenido suerte. El arpa me ha proporcionado un nivel de vida decente y mis hijos me han dado más placer del que yo creía que un hombre podía llegar a gozar.

Las reglas que regían en casa, como familia, se derivaban del hecho de que allí todos habíamos sido adoptados por los demás. Siempre tuvimos la misma cantidad de gratitud y respeto mezclada con el amor recíproco. Susan, una hija única que nunca había tenido raíces, y yo, un lobo solitario que se casó veinte años demasiado tarde, fuimos adoptados por los niños tanto como ellos por nosotros.

De alguna manera, sin soltar discursos ni amenazas ni estudiar muchos libros, todos seguimos las mismas reglas desde que los niños eran muy pequeños:

> La vida ha sido creada para que la disfrutes, pero no la disfrutarás a menos que pagues por ella con un buen trabajo duro. Éste es un precio que nunca tendrá rebajas.
>
> Puedes trabajar en lo que quieras mientras lo hagas tan bien como sepas y limpies lo que dejas sucio y estés en la mesa a la hora de la comida y en la cama a la hora de dormir.
>
> Respeta lo que hacen los demás. Respeta el arpa de papá, las pinturas de mamá, el piano de Billy, las herramientas de Alex, los diseños de Jimmy y la casa de fieras de Minnie.
>
> Si algo te enfurece, dilo enseguida. Tal vez los demás tengamos también ganas de pelea.

> Si algo te hace gracia, dilo también en seguida. Podemos reírnos todos juntos.
>
> Si tienes el impulso de hacer algo que no sabes si está bien, hazlo. Arriésgate. Lo más probable es que si no lo haces te arrepientas, a menos que quebrantes las reglas sobre las horas de comer y de dormir, en cuyo caso tan seguro como que el infierno está ahí abajo que te arrepentirás.
>
> Si el problema está entre hacer lo que te divierte o hacer lo que se supone que es bueno para ti, y nadie sale perjudicado por lo uno ni por lo otro, haz siempre lo que te divierta.
>
> Si todo te resulta demasiado y sientes que el mundo entero está contra ti, ponte de cabeza. Si se te ocurre algo más loco todavía, hazlo.
>
> No te preocupes de lo que piensen los demás. La única persona en el mundo lo bastante importante para que te conformes a sus deseos eres TÚ.
>
> Cualquiera que maltrate a un animal o rompa un palo de billar sufrirá una multa de un mes de salario.

Creo que a Woollcott le habría gustado la forma en que llevábamos el montaje. Era bastante parecida a su forma de llevar la isla. Sé con seguridad que mi padre y mi madre nos habrían aprobado. En nuestra casa, como en el piso de la calle Noventa y Tres, rara vez faltaba el sonido de las risas o de la música, las preguntas o los cuentos.

Billy, Alex, Jimmy y Minnie se han convertido en unos individuos sanos e inquisitivos con mentes propias. Estoy orgulloso de ellos. Soy el patinador cojo, pateador de alquileres subdesarrollado, arpista autodidacta y actor que no habla más afortunado de toda la historia.

Sentí un cierto estremecimiento al cumplir los cincuenta y seis: Aleck acababa de cumplirlos cuando murió. Susan y los niños no me dejaron condolerme demasiado por mi edad. Encendieron las luces de Navidad en honor de mi cumpleaños y el estremecimiento desapareció. Faltaba mucho para Navidad y las luces adornaban una jacaranda del patio, pero como era nuestra casa, hacíamos lo que nos daba la gana. La jacaranda era el orgullo

y la alegría de nuestro patio. Era suficientemente grande para dar sombra a la mesa de *ping-pong* durante todo el día y en cada primavera se cubría de ramilletes de color lavanda. Era un árbol útil y grácil. La Navidad en que Minnie y Jimmy cumplieron tres años, llenamos la jacaranda de luces de colores. A los chicos les gustaron tanto que no tuvimos corazón para quitarlas. Así que las dejamos conectadas, en el árbol, y las encendíamos siempre que queríamos declarar un día de fiesta.

Encendíamos las luces en todos nuestros cumpleaños, en el de Sam Goldwyn, en el día de San Patricio, el Día de los Inocentes, el día de la Toma de la Bastilla, el día de la Admisión de California como Estado de la Unión, el día en que Harry Traman ganó las Elecciones, el día en que Alex aprendió a nadar y el día en que el tío Chico ganó al Pinacle. Durante dos años, tuvimos una media de quince navidades por año.

Finalmente, los cables empezaron a desgastarse y tuvimos que hacer que quitaran las luces. Billy, que tenía doce años, contemplaba al hombre que retiraba las luces totalmente fascinado. Billy llevaba una vida rica y plena y tenía escasas oportunidades de disfrutar de espectáculos tales como un hombre trepado en una jacaranda, saltando de una rama a otra. Me temo que le exigíamos mucho a Billy, como suelen hacer los padres cuando su primer hijo da muestras de poseer algún talento fuera de lo común. Por entonces, recibía clases de piano, clases de montar, clases de socorrismo, clases de golf, clases de danza, clases de actuación, clases de artes y oficios e instrucción especial en teoría musical y composición.

Ahora se daba cuenta de que su vida no era suficientemente rica. Algo maravilloso faltaba. Así que cuando el hombre saltó del árbol al suelo, con los hilos de luces de colores enrollados al brazo, Billy, que no se había perdido ni un detalle de la operación, le preguntó:

—Señor, ¿quién le dio a usted clases de trepar?

Captamos el mensaje. Podía ser tan malo darle demasiado a un chico como negárselo todo. Nos relajamos considerablemente después del episodio de la jacaranda.

Al crecer los chicos, la casa se convirtió en un zoológico.

Teníamos caniches, perros cazadores, perros salchicha, pastores escoceses, y mestizos; finalmente nos quedamos con los mestizos como nuestra raza favorita. Para mantener el equilibrio de la naturaleza, teníamos una población gatuna igualmente numerosa, y además un mono para que no faltase nada. Minnie criaba hámsters. Los niños y yo construimos una pajarera en el patio trasero. Llegamos a tener más de cien pájaros allí, tras una reja a prueba de gatos. Durante una época hubo periquitos en el dormitorio principal, pero el sexo les obsesionaba hasta grados de locura, y hubo que exiliarlos a la pajarera.

El único elemento difícil que tuvimos entre nuestros bichos fue Siegel la Gaviota.

Un día iba en coche hacia el trabajo por la avenida Motor, la calle que separaba los campos de golf de El Rancho y Hillcrest. Me detuve al ver un gran pájaro blanco que saltaba al lado de la carretera. Era una gaviota con un ala rota. Al parecer, la había golpeado una pelota de golf voladora.

(Me recordó una vez que Sam Goldwyn lo estaba pasando mal en Hillcrest. Sam trataba de corregir su golpe, pero por mucho que se esmeraba, la bola seguía burlándose de él. Antes de golpear hacia un hoyo muy cercano, junto a la avenida Motor, le preguntó a su *caddie* qué debía usar, madera o hierro:

—Eso depende, señor Goldwyn —dijo el *caddie*—, de en qué campo esté usted jugando: ¿El Rancho o Hillcrest?

En fin, metí la gaviota herida en el coche, la cubrí con una manta para que no saltara y la llevé corriendo a la enfermería de la M-G-M. Allí los médicos no estaban seguros de si debían entablillar el ala o amputarla. El veterinario no nos sirvió de mucho. Era muy bueno cuando se trataba de la sarna de Rin-Tin-Tin III, los esparavanes de los caballos de los vaqueros o la falta de apetito de los leones encargados de devorar cristianos, pero no sabía nada de gaviotas.

Mientras los facultativos discutían, la noticia de aquella crisis se extendió por el estudio y toda la producción se detuvo. Llamé al único tipo que —seguro— sabría qué hacer: Sam Hirshfeld. Sam vino inmediatamente. Dijo que si no se amputaba enseguida había peligro de que se produjese una infección fatal. Como tutor del paciente, autoricé a Sam

para operar. En una habitación repleta de las estrellas y los ejecutivos mejor pagados de la Metro-Goldwyn-Mayer, el doctor Hirshfeld practicó una alectomía. Cuando terminó, le aplaudieron. Paul Muni no logró nunca una escena tan conmovedora ante la Academia Francesa en la Warner Brothers.

Cuando la llevé a casa, le pusimos por nombre Siegel, en honor de nuestro amigo productor Max Siegel. El doctor Hirshfeld había hecho un trabajo perfecto con Siegel. Por supuesto, el pájaro nunca más podría volar, pero en todo lo demás era una gaviota fuerte como un roble. Demasiado, según comprobamos con el tiempo. Se convirtió en una tirana. Se pavoneaba por toda la casa como si viniera a cobrar el alquiler. Tenía a los perros y los gatos aterrorizados: huían de su aguda lengua y su agudo pico, y ella les robaba la comida a diestro y siniestro. El mono no se atrevía a bajar de la jacaranda cuando Siegel estaba por los alrededores.

Al mismo tiempo, Siegel empezó a tener problemas con la administración. Se apoderó de la piscina como retrete particular. La tenía tan sucia, que el tipo de la compañía de limpieza de piscinas nos advirtió que tendría que subirnos la tarifa por el servicio mensual. La cosa empeoró. Las tarifas volvieron a subir. En realidad, los de la compañía no hacían otra cosa que limpiar lo que Siegel ensuciaba.

Le habíamos tomado mucho cariño a la gorda bandida manca, pero vimos que tenía que irse. Así que se la regalamos a Zeppo, que por entonces tenía un rancho. Allí vivió Siegel el resto de su vida. Murió, aparentemente por lo menos, de vieja, pero sólo después de pasarse todo un año muy contenta, teniendo a tres perros locos de terror y provocando que a Zeppo le subieran la tarifa de la limpieza de su piscina.

George Burns siempre tuvo la teoría de que Siegel era una infiltrada de la Compañía Paddock de Piscinas.

Ver a nuestros niños convertirse, de día en día, en cuatro personalidades claramente diferentes, era un espectáculo continuo, lleno de sorpresas, suspense y momentos cómicos de alivio. Yo observaba a los personajes con una mezcla de maravilla y asombro.

Bill era el más predecible. No había duda de que era un músico ya desde que tenía dos años. Al llegar a los trece, no había duda de que iba a ser un músico muy bueno. Ya sabía más del arpa de lo que yo mismo podría llegar a saber jamás. Bajo su influencia, empecé a cambiar de estilo. Me di cuenta de que había estado falsificando durante tantos años, cubriendo mi falta de conocimientos musicales con empalagosos arpegios y *glissandos* de relumbrón. Bill me enseñó las armonías correctas que debía tocar en lugar de eso, y puso al día —sacándome de los antediluvianos años veinte— mi ritmo de *jazz*. Procuraba convertirme en un arpista honrado. Y me hacía trabajar.

Mientras Bill se convertía en el músico que yo podría haber sido, Alex se convertía en el mecánico que yo jamás podría haber sido. Era muy bueno armando y desarmando, podía hablar con las máquinas en su propia lengua. Nunca había sabido qué significaba la palabra «laborioso» hasta que Alex apareció. Sólo estaba contento cuando tenía un cajón lleno de herramientas y algo que necesitaba compostura. La escuela no le era nada fácil, pero como era un reto, le intrigaba. Se lanzó sobre las matemáticas y la historia con tanta alegría como se encaraba con un grifo que goteaba o un radio roto en su bicicleta. Para ser un castor trabajador, Alex era notablemente poco convencional. Era, de hecho, el inconformista de la familia, y siempre que tenía que conformarse se tomaba las cosas a broma para salvar su orgullo.

A Jimmy le gustaba más pensar que armar. Era estrictamente un teórico. Allí dónde Alex hacía de ingeniero, Jimmy hacía de científico puro. Se lo pasaba mejor diseñando algo en un papel o construyendo un modelo a escala que trabajando con cosas reales. Como Susan, tenía mucho talento para dibujar. Y aunque era lo más próximo a un introvertido que teníamos en nuestro reparto, era probablemente el mejor atleta natural de la familia. Ya de niño, desarrolló un magnífico golpe de golf, y era un gran bateador en la Pequeña Liga de béisbol.

Minnie era la que más se parecía a mí. Nada la molestaba. Vivía la vida soñadoramente, día a día, y para ella las cosas venían y se iban con la misma facilidad. Por desgracia, también tenía esa actitud en su trabajo escolar, tal como la había tenido yo medio siglo antes. Pero, a diferencia de mí, Minnie era lo bastante lista para obtener de todas maneras buenas notas.

Su gran pasión era el reino animal. Les hablaba a los animales como Alex a las máquinas. Con las personas, prefería escuchar.

Si se piensa bien, nuestro espectáculo continuo de Beverly Hills no era muy distinto del espectáculo que la otra generación de los Marx montaba en la calle Noventa y Tres Este. Al empezar un nuevo día, cada uno se iba a lo suyo, porque cada uno tenía una noción diferente de cómo había que gastar el tiempo. Pero por mucho que nos separásemos, tarde o temprano siempre volvía a reunirnos el sonido de las risas o la música, o el deseo de poner en marcha algún juego colectivo. Como en el piso de mi antigua familia, nunca parecía haber tiempo para los celos o la cólera. Las condiciones de vida eran mil veces mejores respecto del East Side de mi infancia.

La palabra «agenciarse» había perdido su sentido delictivo. Pero no éramos más ortodoxos que los viejos personajes del East Side. Seguíamos siendo la misma raza de Alegres Gamberros.

En un departamento por lo menos no había ciertamente diferencia alguna: el de la Disciplina Paterna. Sólo una vez llegué a darle unos azotes a uno de los niños. Fue Jimmy. Había dejado un caos espantoso en el garaje después de armar un aeromodelo y ya se le había advertido que no podría hacer nada más hasta que hubiera limpiado. Trató de escaparse en su bicicleta a jugar al béisbol, pero lo intercepté y lo envié de vuelta a limpiar.

Instantes después, salía humo del garaje. Jimmy había hecho un montón con los restos y les había pegado fuego. Pensó que ahorraría tiempo quemando la basura *in situ* en vez de llevarla al incinerador.

Apagamos el fuego y me senté con él para hablar en serio. Le expliqué qué cosa más peligrosa e imprudente había hecho. Jimmy estuvo de acuerdo en que había cometido una falta grave, sí señor. Le dije que había que castigarle por ello y él dijo que él también lo creía. Le pregunté qué clase de castigo recomendaría si él fuese el padre y yo el hijo.

—Pues… unos azotes, supongo, Harpo —dijo. Para los otros chicos yo era «Papá», pero Jimmy siempre me llamó Harpo.

—¿Cuántos azotes? —pregunté.

Se lo pensó y dijo:

—Seis.

—Muy bien —dije yo—. Subamos a tu habitación y acabemos de una vez.

Jimmy se mostró muy dispuesto a colaborar. Se situó en la posición adecuada. Yo levanté la mano para darle el primer golpe. Casi me entra pánico. En mi mente, la escena quedó súbitamente traspuesta a un sombrío vestíbulo de un edificio de pisos. Frenchie agitaba su cepillo de la ropa delante de mi barbilla y decía: «¡Te voy a daj, muchacho, te voy a daj! ¡Te voy a jompej todos los juesos!». Me recordé a mí mismo lo que había hecho Jimmy e hice a un lado las fantasías. Toda la propiedad podía haber sido destruida. Alguien habría podido sufrir graves quemaduras.

Dejé caer la mano con un poderoso ¡paf!

Jimmy aulló, no de dolor sino de protesta.

—¡Eh! ¡Eso no es *justo*! Tú no me dijiste que ibas a pegar *tan* fuerte. Tenías que haberme dado una *muestra* antes de preguntarme cuántos azotes. Seis son *demasiados*.



Una de las escenas más reveladoras de El conflicto de los Marx.



Arpista y pianista comparan notas en una base aérea durante la guerra de Corea.



Los Hermanos Marx en el Oeste. Groucho: «¿No quieres a tu hermano?». Chico: «¡Bah! Sólo me he acostumbrado a él».



Un curioso con cara de inocente contempla a Edgar Kennedy y a su pequeño amigo intercambiar miradas en Pistoleros de agua dulce.



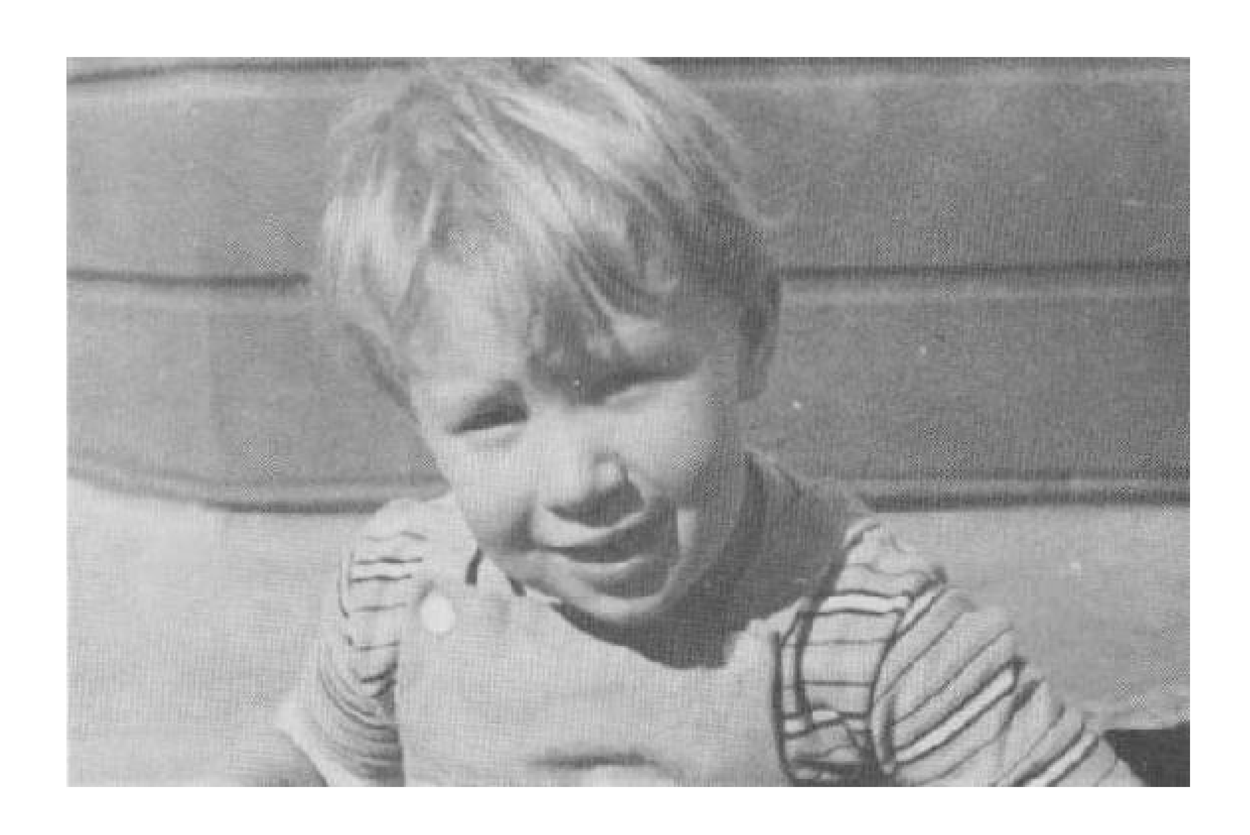
Posando para Salvador Dalí.



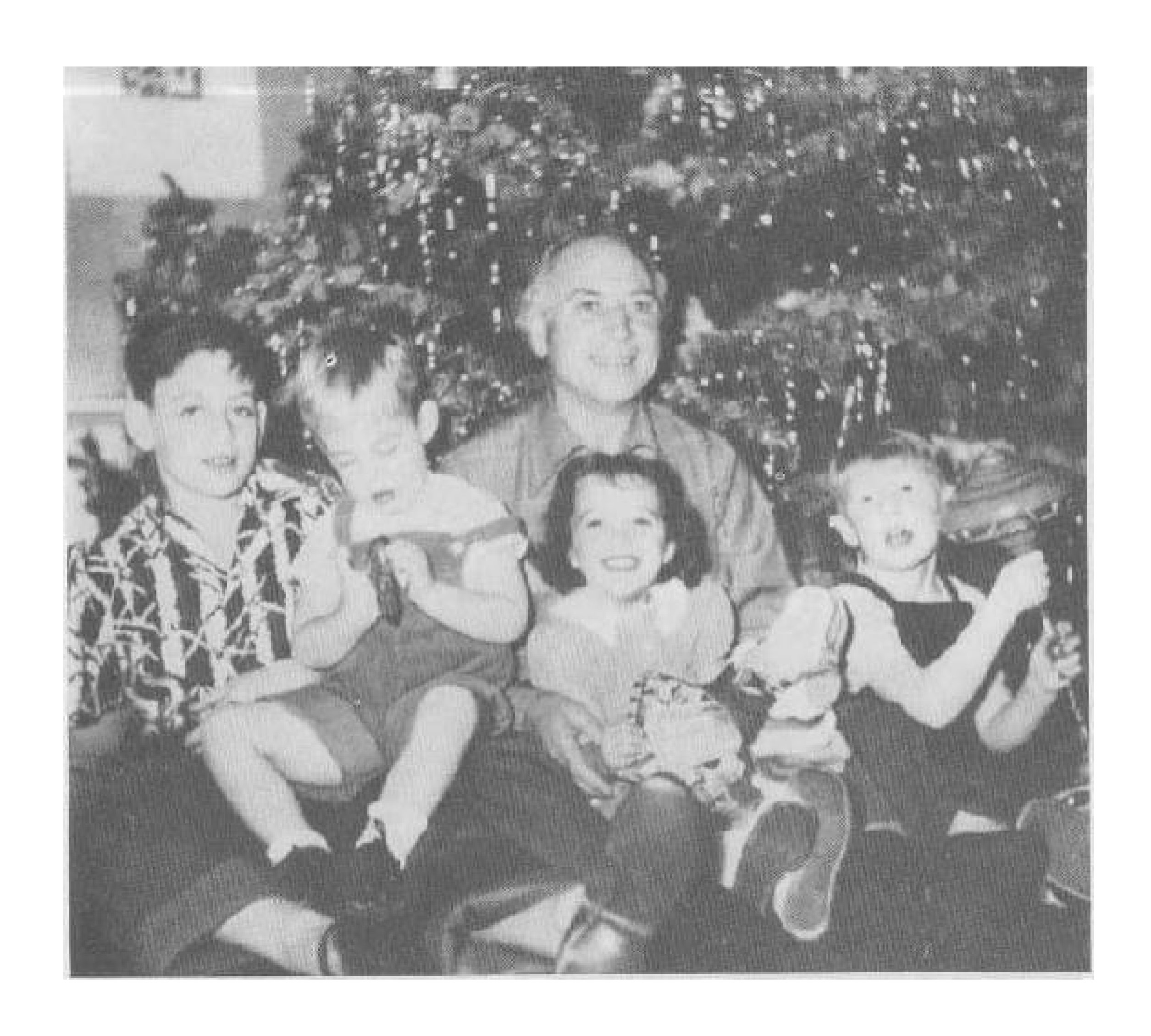
El resultado: una de las obras maestras de mi colección.



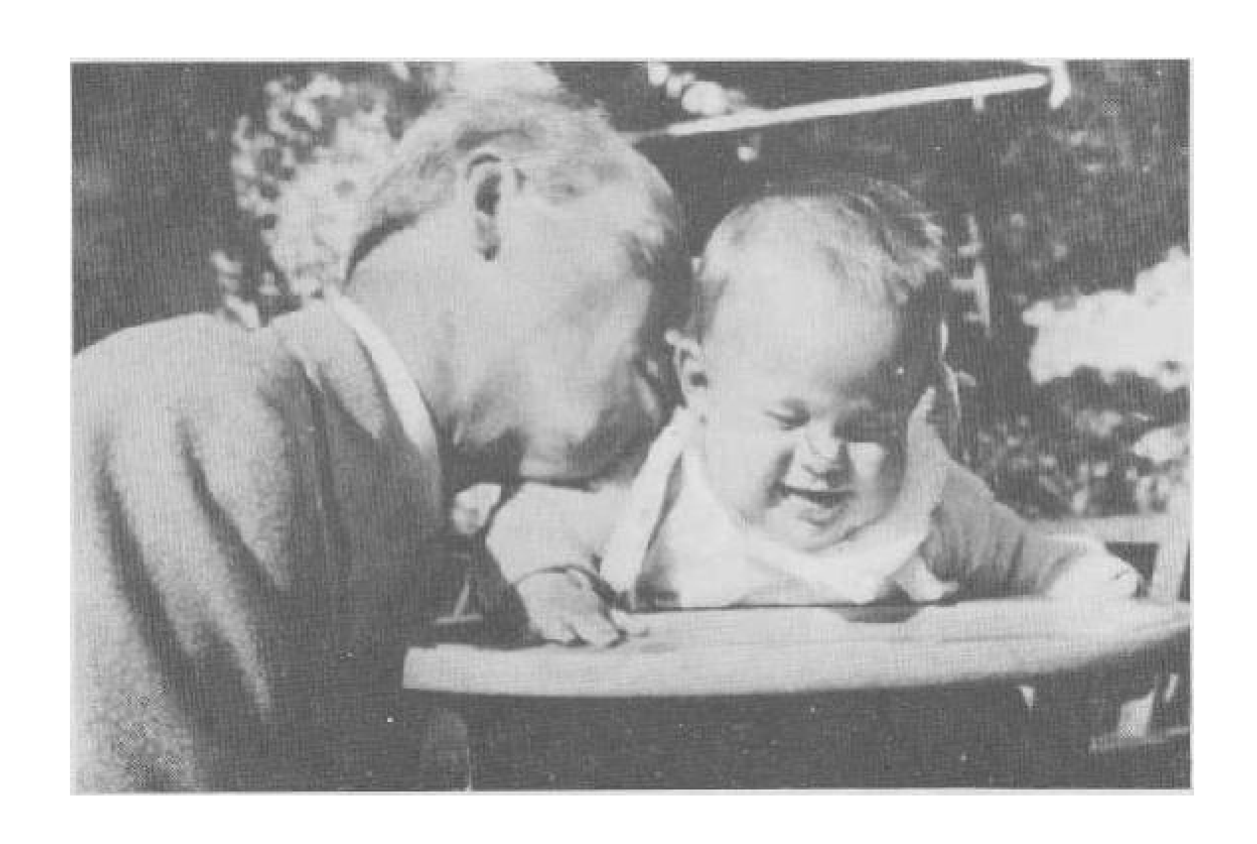
Billy visita a su viejo durante el rodaje de Tienda de locos.



Alex.



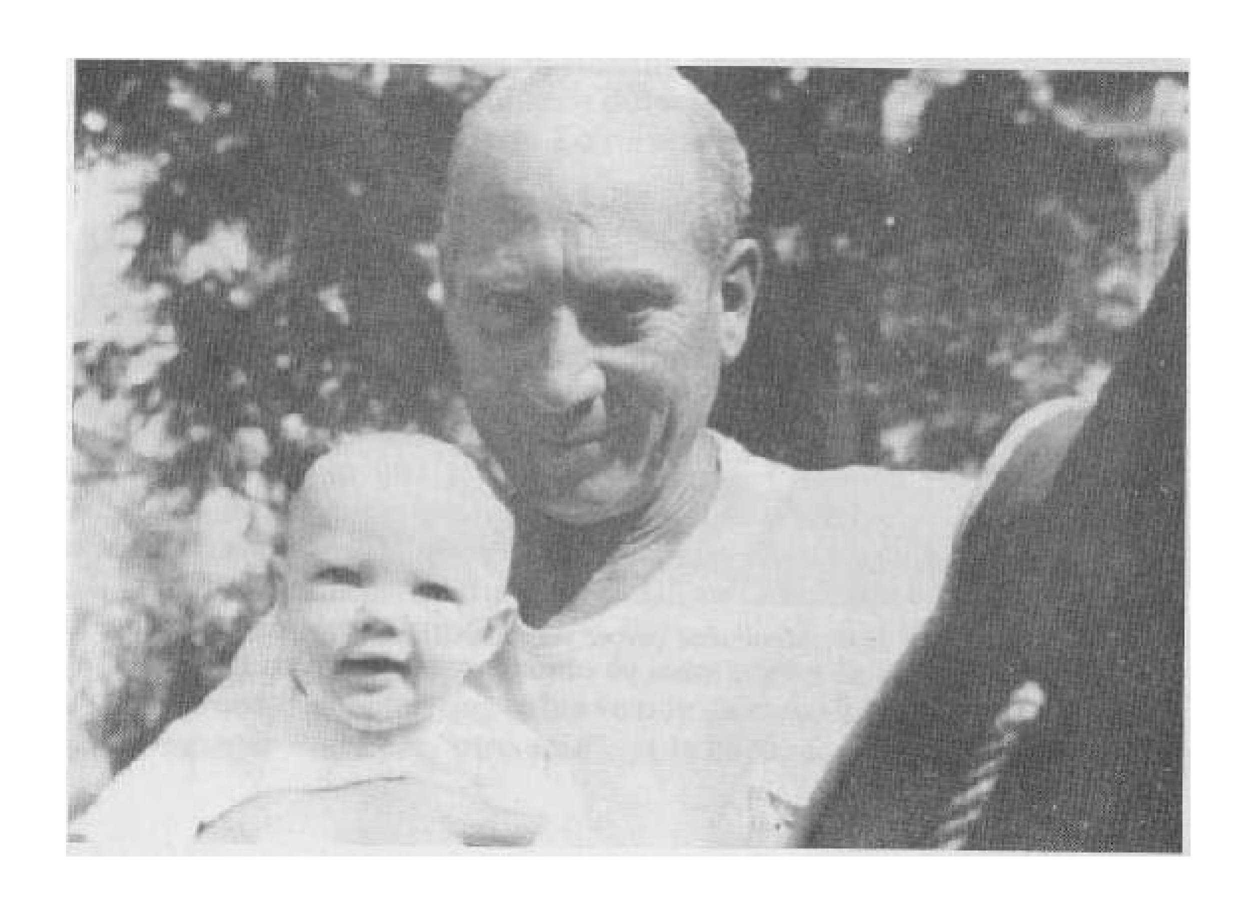
Navidad de 1947. Fue tan entrañable que nos dio pena quitar las luces y seguimos celebrándola durante todo 1948.



Jimmie



La familia al completo en Beverly Hills. La sonrisa sardónica de Mami se debe a que sabe demasiado bien que es la primera vez que veo el interior de una enciclopedia, y ¿a quién quiero engañar?





Navidad de 1953. Mami dice que de verdad existe un Papá Noel.

—¿Cuántos habrías dicho si te hubiese dado una muestra?

—Tres.

Le di dos más. Jimmy dijo:

—No han sido tan fuertes como el primero, Harpo. Más vale que me dés uno más.

Le di uno más. A continuación se levantó y me dijo que sentía mucho lo del fuego y todo eso. Lo había hecho, suponía él, para que yo «viera». Pero ahora, suponía, él había visto.

En la cena de esa noche, fue Jimmy, y no yo, el que le dijo a Minnie y a Alex lo que él había hecho y lo que había hecho yo. Se quedaron impresionados. Nunca tuve ocasión de ponerle la mano encima a ninguno de ellos.

Susan los trataba con más firmeza que yo. No era adversa a repartir azotes en el trasero, de vez en cuando, para mostrarles a los chicos que lo que decía iba en serio.

Pero, como yo, se oponía a los castigos extremos. Y, como yo, sólo una vez tuvo que dar una azotaina, porque se trataba de una cuestión grave de seguridad. Esta vez el culpable fue Alex. Encontró a Alex montado en su triciclo en medio de la calle, una noche de invierno después de la cena. Lo arrastró hacia casa y le dio una buena tunda. Aunque a Susan le dolió mucho, a Alex le dolió mucho más. Tenía la piel muy clara y muy sensible.

Cinco minutos después de la hazaña, Susan oyó en la calle unos alaridos que helaban la sangre. Corrió a investigar. Allí estaba Alex sentado en cuclillas en medio del camino de entrada, meciéndose atrás y adelante para abanicar su ardiente traserito y gritando hacia la oscuridad de la noche:

—¡Socorro! ¡Asesinos! ¡Policía! ¡Me han *matao*!

En un aspecto, yo era más afortunado que muchos otros padres. Tras enfrentarme a todo tipo de públicos durante cuarenta y tantos años, sabía que si les hacías reír, eran tuyos. Lo mismo sucede con los chicos: hazlos reír y harán cualquier cosa por ti.

Susan y yo decidimos que les diríamos a nuestros hijos que eran adoptados en cuanto pudieran entender cuatro palabras. Tenía que ser lo primero que aprendieran sobre la vida. Habíamos conocido algunos casos realmente tristes, en que los padres tenían miedo de los niños que habían adoptado (miedo, como lo expresaban ellos, de que los niños «se volvieran contra ellos»), y posponían una y otra vez el momento de decirles la verdad. Cuando se les decía demasiado tarde, los chicos realmente se volvían en contra, llenos de resentimiento y con la sensación de no ser queridos. Los resultados eran trágicos: matrimonios infelices demasiado temprano, delincuencia, incluso alcoholismo.

Billy tenía catorce meses cuando se incorporó a la familia, y ya sabía, cuando aprendió a hablar, que había venido de otro sitio. Antes de que pudiera preguntar sobre ese «otro sitio», ya le habíamos contado todo al respecto. Lo aceptó como lo que era: una realidad de la vida. Era como aprender que el sol se ponía por la noche y que la noche era para dormir y que Mamá quería a Papá y que ambos querían a Billy tanto como se querían entre sí: nada más y nada menos.

Alex, Jimmy y Minnie vinieron a casa cuando todavía eran bebés. Empezamos a decirles de dónde habían venido cuando Alex tenía dos años y Jimmy y Minnie apenas tenían un año. Lo contamos en forma de aventura de la vida real, al llevarles a la cama. Cuando tenían cuatro y tres años, no podían irse a dormir sin escuchar «El Cuento», como le llamábamos entre nosotros.

Se sentaban alrededor nuestro, en sus pijamas de conejito, mientras nosotros les contábamos El Cuento. Lo hacíamos con suspense, como un *thriller* al viejo estilo, y ¡cómo les gustaba!

Los ojos de Alex brillaban, porque sabía que él era el primero.

—Pobre, pobre Billy —empezaba Susan—. Crecía solo y triste, sin ningún hermanito con quien jugar. Teníamos que encontrar un hermanito para Billy, pero no cualquier hermanito, sino el hermanito *perfecto*, que se llamaría Alex y tendría el cabello amarillo y las mejillas sonrosadas. Bueno, pues buscamos y buscamos. Vimos un bebé y otro bebé, pero no: ninguno

de ellos era Alex. Luego un día, el doctor Hirshfeld llamó por teléfono y dijo: «¡Creo que ya sé dónde podéis encontrarle!». Así que Papá y yo hicimos las maletas y nos fuimos en tren todo el día y toda la noche, y bajamos del tren y corrimos al lugar del que nos había hablado el doctor Hirshfeld. Allí nos enseñaron un niñito. Lo miramos…

Susan hacía una pausa para crear efecto. Alex estaba inclinado y temblando por el terrible suspense.

—¡… y quién diríais que era! ¡Era Alex! Lo envolvimos bien y lo trajimos en el tren con nosotros, y los tres viajamos toda la noche y todo el día y vinimos a casa y Billy tuvo su hermanito y ya no volvió a estar triste y solitario nunca más.

Alex dejaba escapar el aliento y sonreía aliviado. ¡Le habían encontrado! Ahora le tocaba a Jimmy revolverse y contener la respiración.

—Pero Billy tenía seis años más que el bebé Alex, y se iba a jugar con los otros niños mayores, y ahora Alex iba a estar solo y triste si él no tenía un hermanito para jugar. Así que empezamos a buscar y buscar un hermanito para Alex: no cualquier hermanito sino el hermanito *exacto*, cuyo nombre sería Jimmy y que tendría ojos castaños, brillantes y resplandecientes. Bueno, pues buscamos por todos lados. La gente nos mostraba bebés y nos decían: «¿Es éste el que estáis buscando? ¿Es *éste!»*. Pero ninguno de ellos era el que queríamos. Empezamos a pensar que nunca encontraríamos a Jimmy. Entonces un día el doctor Hirshfeld nos llamó por teléfono y nos dijo: «He oído hablar de un bebé y creo que es el que estáis buscando». Así que Papá y yo tomamos el tren y esta vez viajamos durante tres días y tres noches y decíamos: «¿No sería espantoso que llegásemos allí y el bebé no fuese Jimmy?». Bueno, pues bajamos del tren y corrimos al sitito que nos había dicho el doctor Hirshfeld y nos mostraron a aquel bebé, y ¡oh, dios mío!…

Susan sacudía la cabeza. Jimmy se mordía los labios y cerraba y abría las manos.

—… ¡no era nuestro Jimmy! Empezamos a marcharnos, y entonces nos dijeron: «Tal vez no os hemos mostrado al que debía ser. Tal vez *éste* es el que estáis buscando». Y ¡qué os parece! ¡Era él! ¡Era Jimmy!

Jimmy sonreía y aplaudía al oír que por fin le habían encontrado, pero Minnie ya no podía más de ganas de escuchar el final del cuento. La tensión era tan insoportable para ella que le resultaba absolutamente delicioso.

Allí era donde yo solía tomar el relevo.

—Alex tenía ya a su hermanito y, por lo tanto, a alguien con quien jugar —empezaba—, pero lo que Alex y Jimmy deseaban ahora más que nada en el mundo era…

—¡*Una hermanita*! —susurraba Minnie, sin aliento.

—… una hermanita. No cualquier hermanita común y corriente, sino una muñequita llamada Minnie, alegre y feliz, que quisiera tres hermanos lo mismo que ellos la querían a ella. Bueno, no es fácil, sabéis, encontrar a una bebita así. Buscamos y buscamos, por toda la ciudad, y vimos todas las bebitas que había, pero no conseguíamos encontrar a Minnie. Entonces un día el doctor Hirshfeld llamó por teléfono y nos dijo: «¡Venid corriendo, pronto! ¡Creo que he encontrado a la niña que estáis buscando!». Así que Mamá y yo nos fuimos corriendo allí, y el doctor Hirshfeld nos enseñó a aquella niñita. ¿Y qué os parece? No era Minnie en absoluto.

Minnie se metía el puño en la boca para no dejar escapar el final y arruinar el misterio.

—Así que volvimos a casa, muy tristes, y les dijimos a Alex y Jimmy que no habíamos encontrado a su hermanita y que tal vez nunca la encontraríamos. El doctor Hirshfeld volvió a llamar otra vez, y otra vez, pero cada vez que íbamos a ver, se trataba de una niñita equivocada. Entonces, un día, la tía Gracie Burns nos llamó desde Nueva York, y nos dijo: «¡Creo que he encontrado a la niña que estáis buscando!», y nosotros dijimos, «¿Cómo es?», y la tía Gracie dijo: «Es una muñequita, alegre y feliz», y nosotros dijimos: «Sí, eso suena a Minnie».

Bueno, pues teníamos tanta prisa por verla que no podíamos esperar. Así que nos fuimos a Nueva York en tren. Les dijimos que nos trajeran a Minnie en un avión. Y al día siguiente mismo llegó una enfermera en un avión y nos trajo a nuestra niñita. Pero en cuanto la vimos, empezó a llorar y gritar, y se le puso la cara roja y no estaba alegre ni feliz en absoluto. «Tendrá que

llevársela usted en el avión», dijimos. «Esta no es Minnie. Nos ha traído a una bebita equivocada». Pero ¿sabéis qué pasó entonces?

Minnie cerraba los ojos con todas sus fuerzas. Asentía y se retorcía tratando de contenerse.

—Lo que sucedió fue que la niñita se quedó profundamente dormida, porque estaba muy cansada del largo viaje en avión. Y yo la miré, y, en sueños, ella sonreía alegre y feliz, y era la niña más bonita que jamás hayáis visto. Y grité: «¡Eh, Mamá! ¡Ven aquí rápido! ¡Sí, *es ella*, después de todo! ¡Es Minnie!».

Cuando por fin la reconocimos y decidimos quedárnosla, Minnie estaba exhausta de tan ardua prueba, exhausta pero flotando en las nubes de felicidad. Ahora que los tres habían sido encontrados, tenían algo maravilloso que llevarse a la cama para soñar, y rara vez había quejas cuando apagábamos las luces.

Alex, Jimmy y Minnie nunca se cansaron de escuchar El Cuento. Mucho después de alcanzar una edad en que ya no les contábamos cuentos para dormir, nos pedían que les contásemos El Cuento por lo menos una vez a la semana. Al llegar a la adolescencia, aún pedían oírlo un par de veces al año. Para entonces, naturalmente, Susan y yo ya lo habíamos convertido en todo un espectáculo. Con todos los retoques y ademanes nuevos que le fuimos añadiendo con los años, podríamos haber seguido los pasos de Alfred Hitchcock y haber tenido al público cogido del asiento.

Alex tenía unos doce años cuando un día se me acercó mientras yo tocaba el arpa. Parecía preocupado. Dejé de tocar y le pregunté qué le ocurría.

—Oh, nada, Papá —dijo.

Se quedó mirando fijamente los pedales del arpa, como si nunca los hubiese visto. No sabía qué hacer con sus manos.

Le recordé nuestra regla: nada de callarse las cosas. Si tenía algo que decir, adelante con ello.

—Bueno, Papá —dijo—, hemos estado hablando sobre El Cuento, Jimmy, Minnie y yo. Y, bueno, hay algo que ninguno de nosotros os ha

dicho pero que habría que deciros. Y, bueno, como yo soy el mayor, votamos que yo debía venir a decírtelo.

Yo tenía el corazón en la garganta. Tal vez la verdad estaba saliendo a relucir, después de todos esos años. Tal vez habíamos cometido un gran error. Tal vez les habíamos dicho a los niños demasiado o demasiado pronto.

—¿Qué quieres decirme, Alex? —pregunté.

Finalmente, reunió el valor para mirarme directamente. Inspiró profundamente y dijo:

—Gracias. Gracias por adoptamos.

Mi corazón volvió a su sitio y allí sigue desde entonces.

Cuando Billy tenía trece años, me acompañó una vez a revisar nuestra caja fuerte, en la bóveda del banco. Encontré su certificado de nacimiento y se lo mostré. Billy lo leyó, se echó a reír y me lo devolvió. Le pregunté por qué se reía. Oh, por nada, dijo. Era sólo que el apellido con que había nacido sonaba muy gracioso.

Ése fue el principio y el fin de la curiosidad de Billy por sus orígenes.

Una noche, cuando Minnie estaba haciendo sus deberes de geografía, le dijo a Susan:

—Oye, Mamá, ¿dónde nací yo? A lo mejor estoy estudiando el lugar donde nací, y no lo sé.

Susan se lo dijo. Era una pequeña ciudad cerca de Nueva York. Minnie la localizó en el atlas.

—Debe ser un auténtico pueblucho —dijo—. Sólo tiene un puntito; ni siquiera un círculo o una estrella.

Durante un tiempo, aquello fue un chiste recurrente de Minnie. Siempre que tenía que ir al Este, lo último que me decía era:

—No te olvides, Papá, de darle recuerdos a mi ciudad natal cuando vueles sobre ella.

Luego, el chiste se gastó y allí terminó la curiosidad de Minnie.

Un año o dos más tarde, Minnie volvió de la escuela muy divertida. Una amiga le había preguntado qué se sentía al ser adoptada.

—¡Qué pregunta más estúpida! —dijo Minnie—. Al principio le había dicho a su amiga que no se «sentía» nada. Pero luego se corrigió. Sí que se sentía algo, se sentía que uno era la persona más afortunada del mundo, por haber sido adoptada. No les habías simplemente sucedido a tu familia, como la mayoría de los niños. Habías sido elegida entre cientos de candidatos. Eras alguien muy especial.

—¡Uf! —dijo Minnie—. Espero no haberla molestado. No terna esa intención.

Cuando Alex y Jimmy pidieron ver sus certificados de nacimiento reaccionaron de un modo muy distinto. Jimmy leyó el suyo sin hacer comentarios y lo hizo a un lado como si se tratara de los deberes del año pasado. La reacción de Alex fue más retardada. Un par de meses más tarde, se me acercó y me dijo:

—Oye, Papá, si mi padre murió en la guerra, ¿no significa eso que yo podría estar en su testamento? ¿No sería mejor que contratásemos a un abogado para que encuentre el dinero que me corresponde?

Traté de explicarle a Alex que algún abogado lo habría encontrado mucho tiempo atrás, si le hubiera correspondido alguna herencia. Pero Alex mantuvo viva la idea de que era un heredero perdido durante todo un año, antes de tirar la toalla y admitir que yo tenía razón.

De los cuatro niños, Alex siempre ha sido el más consciente del dinero, probablemente porque necesitaba más pasta para comprarse máquinas y herramientas y piezas de recambio. Son mucho más caras que las partituras de Billy o la comida para animales de Minnie; En cuanto a Jimmy, sus gustos eran los más baratos de todos. Los cohetes los recibía en Navidad o en su cumpleaños. Cuando no estaba lanzándolos, se contentaba con enroscarse a leer un libro de la biblioteca o conjugar una partida de ajedrez contra sí mismo o ayudar a Susan en sus rosales.

La única vez que Jimmy derrochó el dinero fue un día que compró diez árboles nuevos para nuestra casa y los plantó él mismo, porque pensaba que nuestro jardín se veía muy desnudo.

Nunca le dimos a ninguno de los niños dinero. No había ninguna «asignación» en nuestra familia. Si alguien necesitaba algo se lo ganaba, haciendo trabajitos en casa o fuera de ella. Podía gastar un tercio de lo que ganaba —si nosotros aprobábamos el gasto— y los otros dos tercios iban a una libreta de ahorros. Establecimos la regla de que nadie podía sacar dinero de su cuenta hasta cumplir los dieciséis años y, entonces, sólo con nuestra aprobación.

Tal vez Alex tenía una hucha en el cerebro, pero no era un chico mercenario. Una de sus tareas consistía en mantener la grifería en condiciones —que no es poca cosa en un sitio seco como el sur de California— y conectar el agua todas las mañanas antes de irse a la escuela. Una noche anunció a la hora de la cena que ya no podía aceptar dinero por conectar el agua por las mañanas. Le preguntamos por qué. Dijo que porque el jardinero cerraba el agua mientras él estaba en la escuela. No estaba bien que le pagaran por un trabajo que sólo empezaba pero nunca terminaba.

Su sentido del bien y el mal era asombroso. A los trece años, Alex tenía tantos principios como cualquier candidato a la Presidencia, con la diferencia de que él se atenía a ellos.

Entretanto, el viejo se estaba volviendo casero. Susan y los niños me habían engatusado sutil y eficazmente. Dejé de ir al boxeo. Ya no iba a ver el béisbol, a menos que me llevara a la familia conmigo. Ya había dejado de fumar, y luego incluso abandoné las apuestas.

En los tiempos en que conocí a Susan, yo mantenía otra línea telefónica exclusivamente para comunicarme con los corredores de apuestas de Kansas City. La utilizaba para apostar al béisbol, al baloncesto, al fútbol, al *hockey*, a los encuentros de Copa Davis, a los torneos de *bridge*, a los trepadores de astas de bandera: cualquier cosa en que alguien estuviese dispuesto a apostar conmigo. Pero lo había dejado.

Yo no diría que mi familia me había reformado completamente. Seguía apostando por los demócratas en todas las elecciones y por los Gigantes de Nueva York en todos los juegos de liga o de serie. Pero esto era cuestión de convicciones, no de ganarse un pavo o dos, y no representaba gran cosa. Me

desesperé una mañana y descubrí que ya no era un jugador. Era un padre de familia al cien por cien.

Para empezar, no me había casado con una aficionada al juego. Susan era, y lo confesaba francamente, una completa cobarde en cualquier tipo de juego en que el dinero cambiase de manos o en que ganar fuese una cuestión religiosa. La única vez que trató de jugar al *poker* temblaba tanto que se le caían continuamente las cartas. La única vez que jugó al cróquet conmigo, en casa de los Goldwyn, la reñimos tanto por un golpe fallido que se pasó el resto de la noche llorando. Cuando jugaba al *bridge* conmigo, canturreaba sin cesar. Si le preguntaba por qué lo hacía, decía que era para ocultar el miedo que tenía de hacerlo mal y de que yo me enfadase. Era como silbar al pasar junto a un cementerio.

Bueno, pues Susan siguió canturreando y antes de que me diera cuenta yo había dejado de hacer grandes apuestas. Sé que la verdadera razón por la que paré no tenía que ver con su cobardía o con mi piedad por ella. Dejé de hacerlo porque me divertía demasiado en casa y no terna ganas de salir en busca de acción.

Estaba viviendo, a través de mis hijos, el tipo de infancia que nunca tuve y que siempre deseé haber tenido. Hubo una época en que pensé que haber entrado en el mundo de Aleck Woollcott era toda una compensación. Pero no era lo mismo. Aleck probablemente había tenido razón al llamarme adolescente detenido. En cambio, no había sitio para los adolescentes en el mundo de Billy, Alex, Minnie y Jimmy. Aquí yo podía ser un auténtico crío.

Y tampoco me detenían. Al contrario, hacía progresos. Era como si, después de sudar la gota gorda durante cincuenta y cinco años en la clase de *miss* Flatto, me hubieran ascendido por fin al tercer curso.

Nuestras filas perdieron un miembro. Bill —ya no «Billy»— se fue al Este a la Escuela Juilliard de Música. Se había graduado de la secundaria en Beverly Hills y había avanzado todo lo posible en el departamento de música de la Universidad de California, en Los Angeles. Su profesor de composición en la U.C.L. A. lo recomendó a la Juilliard, probablemente el conservatorio más duro del país, y Bill fue aceptado.

No sé para quién fue más dura la escuela Julliard, si para Bill o para su padre. ¡Qué acordes trajo cuando vino de vacaciones! Me hizo sacar del arpa sonidos que yo no creía posibles. Cuando logré dominar la armonía moderna, me echó encima sus piezas y arreglos originales y realmente me hizo sudar. Bill las tocaba una y otra vez al piano, pacientemente, mientras yo las traducía al arpa, de oído. Él trabajaba con un sistema de notación especial para mí, con letras que eran los nombres de las cuerdas, y me dejó mucho trabajo por hacer cuando volvió a la escuela.

Aquello fue una revelación para mí. Había dado voz a toda la gama del instrumento. Había producido colores tonales, destellos, cascabeleos, resplandores y estampidos que me ponían la carne de gallina. Mi hijo, a los diecinueve años, era uno de los pocos compositores vivos —e incluso muertos— que sabía escribir para el arpa.

Era una auténtica lástima que Minnie no llegara a enterarse de los fantásticos rendimientos de la inversión de cuarenta y cinco pavos que hizo en 1915, cuando decidió que el arpa podía darle cierta clase a «Las Seis Mascotas en *School Daya*». Cuando abrí la misteriosa caja negra en el depósito de carga de Aurora, Illinois, ciertamente no tuve presentimiento alguno del tipo de futuro que estaba inaugurando.

Incluso con Bill ausente, ya no cabíamos en nuestra casa de Beverly Hills, llena de laboratorios de naves espaciales, talleres, estudios, casetas de perros, rosaledas y *greens* para practicar el golf. Los chicos pronto ingresarían en la secundaria. Era hora de mudarnos. ¿En qué dirección? Sólo había una: fuera, fuera de la ciudad. Los Angeles no era lo bastante grande para retenemos.'¿Fuera, hacia dónde? A Palm Springs, por unanimidad. Pasábamos allí muchos fines de semana, y nos habíamos enamorado del desierto. Además, había dos cosas que me atraían allí: los pomelos y el golf.

Los pomelos eran el último negocio de Zeppo. El notable Zep había vuelto a las andadas. En los años transcurridos desde que dejó de ser un Hermano Marx profesional, Zep había hecho de las suyas varias veces. En realidad, su primera hazaña fue convertirse en un Hermano Marx profesional. Cuando ingresó en la compañía (para reemplazar a Gummo durante la Primera Guerra Mundial), los demás ya teníamos casi quince

años de experiencia teatral. Zep no tenía ninguna. Además, odiaba todos los aspectos del mundo del espectáculo, incluidos los actores. Pero aguantó hasta el final de nuestro contrato con la Paramount: cuatro años en el vodevil, tres obras en Broadway y cinco películas.

Su primera aventura por cuenta propia fue una agencia de colocación de talentos en la Costa Oeste, en la que más tarde Gummo le ayudó. Su elenco de estrellas y directores sólo era superado por los grandes gigantes de Hollywood. Después de algunos años, Zep traspasó el negocio a la *Music Corporation of America*, el mayor de esos gigantes, con ganancias de siete cifras. Cogió parte del dinero y se dedicó a la cría de caballos de pura sangre, empresa de la que sabía un total igual a cero. Compró una enorme granja, con pista de entrenamiento y todo, y la llenó de sementales y yeguas de su propia selección. El negocio de los caballos le fue tan bien que pronto recibió ofertas muy tentadoras. Lo traspasó también con grandes ganancias.

Entretanto se había hecho un taller, para divertirse con algunas ideas de inventos que tenía. Salió con un nuevo tipo de juntas de culata para cierta conexión de mangueras en los aviones. A mí no me parecía gran cosa, pero a las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos sí.

Una vez vendida la granja de caballos, Zep amplió su taller, convirtiéndolo en una planta industrial con una fuerza de trabajo de doscientos cincuenta empleados. Vendía las juntas a una de las grandes compañías de aviación, y no hace falta decir que obtenía enormes beneficios.

A continuación había decidido tranquilizarse. Se construyó una preciosa casa en Palm Springs, para jubilarse cómodamente. Poco después de trasladarse allí, se fue un día a Saltón Sea, a pescar. Pero nunca llegó. Por el camino vio un cartel que decía «100 hectáreas en venta». Se detuvo a preguntar. Eran cien hectáreas de polvo y malas hierbas. Zep las compró. Tenía la idea de cubrirlas de pomelos.

Sabía menos del cultivo de los pomelos que de la cría de caballos, pero en tres años era uno de los cultivadores de cítricos más prósperos del valle de Coachella. Zeppo nos ofreció a los demás hermanos participación en el negocio. Yo estaba dispuestísimo a aceptar una parte de cualquier negocio de Zeppo. Así que ahora me dedicaba a los pomelos.

Fue entonces cuando empecé a visitar el desierto con tanta frecuencia. Tenía que vigilar mis hectáreas y proteger mis intereses. Al mismo tiempo, me había convertido en cabecilla de un grupo de miembros del Hillcrest que querían fundar un nuevo club de golf en algún lugar cerca de Palm Springs. Los clubes más elegantes que había allí eran exclusivos. Queríamos hacer un campo tan bueno como el mejor, pero donde todo el mundo tuviese derecho a jugar, sin importar su religión ni el color de su piel.

Compramos tierras para el club en Cathedral City, seis millas al sureste de Springs, y allí empezó el Tamarisk Country Club. Yo personalmente compré cuatro hectáreas de arena y monte en un rincón del trazado, y aquello fue el principio de El Rancho Harpo.

Nuestro nuevo hogar, una casa de madera y estuco situada al final de una larga hilera de adelfas, estuvo acabado en la primavera de 1957, y nos trasladamos allí. Los Alegres Gamberros se convirtieron en ratas del desierto.

Era una casa de ensueño en todos los sentidos. Había un ala para los niños y otra para Susan y yo. Entre las dos alas había una enorme sala de estar con bóveda y grandes ventanales. Hacia el oeste veíamos la piscina y el desierto abierto, hasta las estribaciones de las montañas de San Jacinto. Hacia el este, a través de una pantalla de eucaliptos, el hoyo catorce del Tamarisk.

Minnie pudo por fin tener caballos. Jimmy tenía espacio suficiente para toda una gama de cohetes. Alex tenía un sistema de riego y una casa llena de aparatejos automáticos para armar y desarmar. Susan tenía espacio para pintar. Y yo tenía un campo de golf de dieciocho hoyos.

El escenario de nuestras vidas había cambiado drásticamente, pero nuestras costumbres no cambiaron. Los Marx se comportaron en el rancho de arpas como siempre lo habíamos hecho y siempre lo haríamos.

Consideré que debía hacer algo muy especial para inaugurar nuestro nuevo local, de manera que una tarde de agosto, a más de 43 grados y con el club desierto, subí al carro de golf con mis palos y una reserva de cincuenta bolas y me dirigí al hoyo catorce. Antes de tirar, me quité los

pantalones cortos y los zapatos. Estaba decidido a ser un Famoso Primero: el primer hombre desnudo de la historia que hace un hoyo de un solo golpe.

No lo logré, pero estuve endiabladamente cerca. Llegué a seis pulgadas, para ser exacto, de la inmortalidad.

En el día de Acción de Gracias, Gracie y George Burns vinieron a casa, para compensar por el día de Acción de Gracias del año anterior. En esa ocasión, nuestra casa no estaba terminada y vivíamos en un patio de apartamentos en Palm Springs. Susan compró un enorme pavo y luego descubrió que no cabía en la nevera. Se me ocurrió una solución. Lo encerraríamos, para pasar la noche, en el estuche del arpa, fuera de la casa. Allí estaría fresco y los perros y los gatos no se lo comerían.

Pues bien, los Bum llegaron a la mañana siguiente. Llegó el momento de poner el pavo en el horno. Fui a buscarlo, y el estuche había desaparecido. Entonces recordé por qué. El estuche estaba en la lista de las cosas que le habíamos pedido al portero que llevara al almacén, para que la casa no estuviese tan llena durante las fiestas. No logré encontrar al portero. El almacén estaba cerrado con llave. Tuve que volver al apartamento y anunciar un cambio de planes: íbamos a llevar a los Bum a cenar fuera, a cuenta del pavo desaparecido.

—¿Desaparecido? —preguntó Gracie—. ¿Dónde lo habíais guardado?

—En el estuche del arpa —dije yo.

—Claro —dijo George—, ¿dónde querías que lo tuvieran?

Pero al año siguiente les ofrecimos un auténtico banquete hecho en casa. Mientras tomábamos el café, dije:

—Casi me olvido. Ayer descubrimos unas uvas maravillosas, que tenéis que probar. Nunca habéis probado uvas así.

Pero ni Susan ni yo podíamos encontrarlas. Entonces me acordé de dónde las había escondido. Cuando traje las uvas a la mesa, Susan me preguntó dónde estaban.

—En el joyero —dije yo.

—Claro —dijo George—, ¿dónde querías que estuvieran?

También divirtió mucho a George, por alguna razón, encontrar mi arpa en el cuarto de baño. Era un sitio muy práctico, sin embargo, y no algún chiste. Las dos primeras cosas que yo hacía por la mañana eran practicar al

arpa e ir al *water*. De esta manera podía hacer ambas cosas al mismo tiempo y ahorrar muchos pasos. ¿Quién dijo que yo no conocía ningún buen atajo?

En Cathedral City descubrí que yo era mejor imponiendo la disciplina en efigie que en persona. Teníamos muchas dificultades para que nos creciera el césped alrededor de la casa, sobre todo por culpa de los pájaros. Cada vez que volvíamos a sembrar, venían en parvadas y se zampaban un almuerzo gratuito. Alguien nos sugirió que pusiésemos un espantapájaros. Lo hicimos. Alex hizo el marco y yo lo vestí con una peluca roja, un sombrero destartalado, una corbata roja, un impermeable enorme y unos pantalones anchos, y le puse una bocina metida en el cinturón.

A la mañana siguiente había en el prado la mayor bandada de pájaros que nunca habíamos visto. Pero no estaban buscando semillas. Estaban sentados allí, contemplando al espantapájaros. Obviamente, dijo Susan, esperaban a que empezase a tocar el arpa.

Como no lo hizo, se cansaron de esperar y se fueron, y nunca más volvieron. Finalmente, conseguimos un césped decente.

Las fiestas favoritas de los niños eran la Navidad y el cumpleaños de Susan. Inventar regalos para Mamá se convirtió en uno de los pasatiempos favoritos de la familia. En el primer cumpleaños que celebró en Cathedral City, recibió el mayor agasajo de su historia. Alex le dio una caja de Jello[67] (Alex nunca terna bastante Jello, estaba loco por ella). Yo le regalé una calculadora (Susan llevaba toda nuestra contabilidad). Jimmy le regaló una máquina de sellos (también llevaba toda nuestra correspondencia), y Minnie un juego de clips para el pelo (sin ninguna razón especial, salvo que estaban de rebaja). A manera de agradecimiento por un cumpleaños maravilloso, Susan nos cortó el pelo a todos. Había hecho de peluquera de la familia desde tiempo inmemorial. Ninguno de nosotros tuvo que volver nunca a la peluquería.

Cuando le pregunté qué quería por Navidad aquel año, dijo que, por una vez, quería dinero. Quería mil dólares para gastarlos en cualquier locura — pinturas, pinceles, accesorios para la máquina de coser, tela para cortinas,

arbustos de rosas, cualquier cosa. En Susan, que era muy práctica con la pasta, esto sonaba como un derroche delirante.

Habría sido muy triste poner un solo sobre bajo el árbol de Navidad para ella. No sería un bonito regalo y, para un actor, un espectáculo pésimo. Así que me fui a la ciudad a trabajar mucho antes de Navidad, en el Hillcrest.

A principios de diciembre, empezaron a llegar misteriosas tarjetas de Navidad dirigidas a Susan y con el rótulo *Personal* Llegaron diez en total. Dentro de cada tarjeta había un cheque a nombre de Susan con extrañas cantidades sin sentido: como 82, 97 dólares, 73, 33 o 26, 58. Cada una de ellas estaba firmada por un perfecto desconocido, un nombre que no significaba nada para ella. Decidió no preocuparme con el tema de los cheques hasta después de las fiestas, de modo que los escondió. Ella misma estaba muy preocupada, segura de que se trataba de algún tipo de extorsión.

La mañana de Navidad, encontró siete tarjetas más, con sus cheques respectivos, bajo el árbol de Navidad. Estos cheques también eran por cantidades extrañas, pero no estaban firmados por desconocidos, sino por George Burns, George Jessel, Danny Kaye, Harry Ritz, Eddie Cantor, Jack Benny y Milton Berle. Susan las estudió durante un minuto, y me lanzó una sonrisa astuta. Corrió a buscar los cheques misteriosos, escondidos en su cómoda, y su calculadora.

Los diecisiete cheques sumaban exactamente mil pavos. Dijo que aquélla era la mejor Navidad de su vida.

Aquel año les prometimos a los niños que por primera vez podían esperar hasta la medianoche del día último de año. Pero luego, empecé a preocuparme. No importaba que se quedaran despiertos hasta tan tarde, por una noche, pero me daba miedo que Susan y yo no lo lográsemos. Nos encantaban las fiestas, pero éramos un par de lechuzas nocturnas reformadas. Yo me había vuelto un pájaro tan madrugador que rara vez lograba quedarme despierto para ver el *show* televisivo de Groucho, que se emitía a la non sancta hora de las diez de la noche.

La mañana del 31 de diciembre, yo fui el primero en levantarme, como siempre. Antes de retirarme al retrete para practicar, recorrí la casa y adelanté tres horas todos los relojes. Cuando el resto de la familia se

despertó, se tomaron el pelo unos a otros por lo mucho que habían dormido, pero nadie notó la diferencia.

A las nueve de la noche de Año Nuevo, nuestros relojes dieron las doce. Le serví a todo el mundo un sorbo de champán. Cantamos «Auld Lang Syne»[68], brindamos por 1958, nos besamos unos a otros y los chicos se fueron corriendo a la cama. Mientras apagaba las luces, oí que Minnie decía:

—¡Oye, Jimmy! ¡Creo que estoy borracha!

—No, mujer —dijo Jimmy—, no has bebido lo bastante como para coger una trompa. Es esto de ir a dormir tan tarde lo que te ha mareado.

Uno de los chistes más clásicos y cursis es aquél de que todo individuo que lleva más de diez años casado siempre se olvida de su aniversario de bodas. Vuelve a casa del trabajo, aquel día, y se encuentra a su mujer vestida para salir, y ella se pone furiosa como una avispa cuando él no logra adivinar por qué está tan acicalada.

No ocurría eso en nuestra familia. Por alguna razón, Susan y yo cambiamos invariablemente de papeles. Soy yo el que se acuerda. Llego a la mesa del desayuno, el 28 de septiembre por la mañana, después de practicar el arpa, con un flexible aplastado, una brillante corbata roja sobre una pechera a rayas y gafas oscuras. Cuando Susan me ve, da un respingo, se atraganta, se lleva la mano a la boca y sale corriendo a cambiarse. Cuando vuelve a la mesa, lleva su enorme sombrero de alas anchas, un traje *beige* modelo 1930, medias de algodón, zapatos bajos y sensatos de color marrón, y la cara blanqueada con polvos.

Llevamos nuestros atavíos nupciales todo el día. El momento del día que más divierte a los chicos es cuando volvemos a casa, después de cenar fuera. Tienen que escuchar todo: adonde hemos ido, qué dificultades hemos tenido, si alguien nos ha reconocido, si hemos hecho reír a la gente, y luego tienen que escuchar de nuevo toda la historia de cómo nos casamos, en el piso superior del parque de bomberos de Santa Ana.

Para mí lo más gratificante es la forma en que los niños aceptan nuestro delirante estilo de celebración y hacen suyo el espíritu del día. He oído a

otros niños, que en realidad tienen que soportar mucho menos jaleo, decir:

—¡Caray, qué par de absurdos payasos tenemos por padres! —o bien—. ¡Canastos! ¿Por qué no pueden comportarse como adultos?

Los nuestros no. Si su padre actuase según la edad que tiene, le repudiarían.

No me había trasladado al desierto para jubilarme, ni mucho menos. Ya no hacía películas (nuestro último film, *Una noche en Casablanca*, se había filmado años atrás), pero seguía teniendo un programa bastante repleto de conciertos, actuaciones de beneficencia y apariciones como artista invitado, y una o dos veces al año Chico y yo hacíamos juntos algún que otro club nocturno.

La actuación de beneficencia más cara que hice jamás fue para el fondo de pensiones del Departamento de Policía de Palm Springs. Después de la función, descubrí que me faltaban treinta y dos cuchillos: los policías me los habían robado como *souvenirs*.

La actuación mejor pagada que hicimos Chico y yo (o por lo menos así lo creímos en aquel momento) fue para el petrolero tejano Glenn MacCarthy, en su deslumbrante hotel Shamrock de Houston. MacCarthy nos dio a elegir entre diecisiete mil quinientos dólares por semana, durante dos semanas, o acciones de su nuevo yacimiento de gas natural. Chico ni siquiera calculó las probabilidades. La única cifra importante a considerar era la deducción del 27,5 por ciento de derechos de explotación. Le dijimos a MacCarthy que se guardara su dinero en efectivo, porque nos interesaba más la otra opción.

Naturalmente, empezaron a llegar cheques con los dividendos de la *Texas Gas Corporation* a finales del mismo año. Aún siguen llegando, al final de cada trimestre.

Un día fui por casualidad al Hillcrest después de cobrar mis dividendos, y llevaba el cheque en el bolsillo. Vi una mesa de banqueros, entre los que había un par que yo conocía muy bien y que estaban almorzando. Me acerqué a su mesa.

—Me gustaría decirles algo que tal vez les sorprenderá —dije—. Probablemente piensan que todos los actores son idiotas en lo que respecta al manejo del dinero. Lo tiramos tan rápido como lo ganamos porque no

tenemos sentido de los negocios. Bueno, quiero que sepan que no es así, por lo menos en cuanto a Chico y a mí.

Les expliqué la alternativa que nos había dado el petrolero de Texas: treinta y cinco de los grandes en efectivo o dos acciones de un yacimiento de gas.

—¿Pensáis que elegimos la pasta? Pues no. Elegimos la inversión a largo plazo, y desde entonces hemos seguido recibiendo pagos trimestrales. Tal vez no quieran creer que un actor pueda ser tan listo. Pues bien, caballeros, tengo pruebas documentales conmigo. He aquí mi último cheque de dividendos, y es un cien por ciento más alto que el que recibí el trimestre pasado.

Les mostré el cheque a los banqueros. Era de trece centavos. El cheque anterior había sido de seis centavos.

El siguiente que recibí aquel año fue «por la cantidad de, exactamente, 0 dólares y 01 centavos».

Me temo que nadie me tomó jamás en serio como financiero. Como una vez que le pedí a la operadora local que me comunicara por favor con la oficina de Merrill Lynch, Pierce, Fenner y Smith, en Beverly hills, y ella preguntó:

—¿Sabe usted su nombre de pila, señor Marx?

Incluso terna dificultades para convencer a Jimmy de que era solvente. Cuando todavía vivíamos en la ciudad, un día volvía del desierto a casa. Era muy tarde, así que me detuve en una cabina telefónica junto a la carretera para decir en casa a qué hora llegaría. Sólo terna diez centavos en monedas, así que le dije a la operadora que llamase por cobro revertido.

Sucedió que Jimmy estaba solo en casa cuando sonó el teléfono. La operadora dijo:

—Tengo una llamada a cobro revertido del señor Marx. ¿Acepta usted la llamada?

Jimmy dijo:

—¿Qué es una «llamada a cobro revertido»? —y la operadora le dijo que significaba que la persona que recibe la llamada debe pagar por ella, en lugar de la persona que está haciendo la llamada.

—¿Quiere usted decir *yo*? —dijo Jimmy—. ¿Yo tengo que pagar la llamada?

La operadora dijo que ésa era la idea en términos generales. ¿Acepta la llamada?

—Uy, no —dijo Jimmy—. Yo no puedo pagarla.

Le dije a la operadora que por favor le explicara que era su padre quien llamaba. La operadora se lo comunicó a Jimmy.

—*¿Mi padre?* ¡Pues que pague *él* la llamada! —dijo, y colgó.

Era una brillante y clara mañana de mayo. Cuando los chicos se marcharon a la escuela, sentí ganas de practicar una hora más o así antes de irme a jugar al golf, de manera que trasladé el arpa junto al gran ventanal que daba al oeste. Mientras tocaba, contemplaba a nuestros tres perros que hacían su natación diaria. Era muy divertido: cada mañana, después de que los chicos se fueran a tomar el autobús escolar, los perros venían ladrando y galopando en torno a la casa y se tiraban a la piscina. Sus hábitos no eran más convencionales que los de sus amos.

Susan estaba en su habitación, cosiendo un vestido para el primer baile de Minnie. Los perros salieron de la piscina, se sacudieron y corrieron a buscar a los caballos, para ver si podían organizar una ronda amistosa de pilla-pilla. El único sonido era el del arpa. No había viento. Lo más parecido a un movimiento eran los cambios de las sombras en las montañas, mientras el sol se elevaba en el cielo. Me hallaba rodeado de paz.

Me puse a pensar en cuán afortunado era de ser quien soy, de estar donde estaba, un viejo culo de fauno de sesenta y cinco años, padre de cuatro chicos de quince a veintidós, sentado en una casa con aire acondicionado, admirando el espectáculo del desierto californiano mientras tocaba el arpa, sin nada por lo que preocuparme salvo si debía seguir tocando y disfrutando del paisaje y luego jugar nueve hoyos al golf o dejarlo ya y jugar dieciocho hoyos. Decidí seguir tocando.

Era una decisión que Woollcott habría aprobado. El golf no le atraía en absoluto. Desde luego, tampoco tenía mucha consideración por el arpa —particularmente, tocada por mí—, pero era mejor que el golf. Había tenido a

Aleck muy presente en los últimos tiempos. El último martes había sido el aniversario de lo que yo solía llamar mi *Bar Mitzvah* gentil. Hacía treinta y cinco años, un martes, Woollcott se había invitado a mi camerino, se había presentado y me había llevado consigo al hotel Algonquin, a «conocer a algunos de sus amigos».

Salté de vuelta al presente cuando me oí desgranar un afectado glissando, del tipo que yo consideraba sensacional treinta y cinco años atrás pero por el cual Bill me habría cantado ahora las cuarenta.

Seguí pensando cuán orgulloso habría estado Aleck si pudiese ver a William Woollcott Marx hoy día. Bill había cumplido su servicio en la Guardia Costera, tras estudiar dos años en Juilliard, y ahora tenía un apartamento propio en Hollywood. Era un hombre independiente. Insistía en pagar todos sus gastos. No se ganaba mucha pasta componiendo música seria, de manera que para mantenerse mientras seguía componiendo, tocaba *jazz* al piano en todo tipo de locales ignotos de Los Angeles y se agenciaba trabajitos de arreglista. En su tiempo libre, inventaba nuevos números para mí, con la idea de que hiciésemos un álbum juntos. Bill había encontrado un lugar en el mundo, y era un buen lugar.

Los otros tres también iban a encontrar su sitio. Yo no tenía dudas sobre ninguno de ellos. Minnie, a los quince años, nos había anunciado cuál iba a ser su futuro, en términos nada inciertos. Iba a casarse con un tipo que criara caballos. Punto. De momento, estaba cuidándose de poseer las calificaciones necesarias. Después de la escuela y durante los fines de semana, trabajaba con el veterinario local.

Jimmy esperaba ingresar en la universidad. Le habíamos tomado el pelo sobre su secretísimo proyecto de combustible para cohetes, hasta que ganó un primer premio en una gran feria científica regional. Sabía lo que hacía y no había nada de gracioso en ello.

Alex no estaba tan decidido en cuanto a los estudios. Su obsesión eran los coches, como la de Minnie los caballos. Tenía una sola ambición específica: universidad o no, iba a tener y dirigir algún día su propio taller de reparaciones. Se iba a llamar *Lou's Garage*. Cuando le preguntamos por qué *Lou's* dijo que no lo sabía, que simplemente sonaba como un buen nombre para un taller de reparaciones. Era el tipo de razonamiento que el

Alexander cuyo nombre llevaba, el que murió el año en que nació Alex, habría adorado.

Los perros volvieron a entrar en mi ángulo de visión, con las lenguas colgando, buscando un lugar sombreado para tumbarse a hacer la siesta. Las montañas bañadas de sol empezaban a perder sus arrugas matutinas. Eso significaba que se acercaba la hora del golf.

De todas maneras, estaba tocando muy mal. Pésimamente, en realidad. Di una nota totalmente falsa. Otra. ¡Dios mío! Pensé: «más vale que dedique una hora más cada día, como hoy. No lo habría hecho peor de haber llevado guantes puestos». De pronto, no pude seguir tocando en absoluto. Sentí un dolor a la altura del ombligo. La fuerza huyó de mis dedos. Me sentía mal, muy mal.

Llamé a Susan. Ella vino hasta el umbral, me miró y salió corriendo a su habitación a llamar al médico.

El médico me dio golpecitos y me palpó y comprobó todas mis vibraciones. Le dije que me sentía como un timbal cuando lo afinan para un concierto. Miró debajo de mis párpados y en otros lugares secretos. Le dije que ahora ya no sabía si parecía un timbalista o un inspector de aduanas. Hizo correr el extremo agudo de una lima de uñas por la planta de mis pies, con fuerza. Yo dije:

—Todavía no me ha encontrado las cosquillas. ¿Podría volver a rascarme en el pie izquierdo, esta vez ligeramente más despacio?

El médico no se rió. Ni siquiera me concedió una sonrisa piadosa. Me dijo:

—Señor Marx, soy un gran admirador de usted y me encantaría sentarme aquí e intercambiar chistes con usted. Pero debo decirle la verdad tal cual es. Usted ha tenido un ataque al corazón.

—¿Grave? —pregunté.

—No lo sé —dijo—. No lo creo.

Pero cuando pregunté. «¿Cuánto apostaría por mí?» sacudió la cabeza y me concedió una enfermiza sonrisa piadosa.

No había sido grave: había sido lo que se conoce como un ataque «leve». Me re-examinaron, me hicieron cardiogramas, me revisaron el colesterol, me recetaron medicinas y un régimen, y me enviaron a un hospital de Los Angeles para hacer seis semanas de «reposo preventivo en cama».

El especialista que se hizo cargo de mí me dio un consejo paternal el día que ingresé en el hospital. Me dijo que lo que más me serviría en el mundo era algo que sólo yo mismo podía recetarme: la jubilación.

Le pregunté qué quería decir y me lo explicó. No más trabajo. No más contratos de ningún tipo. No más golf. No más arpa. Nada más que puro ocio de dedicación exclusiva.

Le dije que me parecía una condena muy dura, teniendo en cuenta el delito cometido: un siniestro dolor de vientre. Me dijo:

—Piénselo un poco más.

Pensé en los últimos días de Frenchie y de Aleck. Pensé en todos los días del porvenir de Susan, Bill, Alex, Minnie y Jimmy.

—Bueno —dije—, supongo que tiene usted razón. Lo primero que haré cuando salga de esta cama y me vista y me vaya a casa será jubilarme. ¿Y qué hago luego?

—¿Cuál es la cosa más relajante que ha hecho en su vida? —me preguntó.

—Quitarme los zapatos, tumbarme en la hierba y dejar volar mi cometa mientras la cuerda me hace cosquillas en la planta de los pies —dije, sin vacilar ni un instante.

El médico me dijo:

—Harpo, el mejor consejo médico que puedo darle es ése: vaya a hacer volar su cometa.

No lo comprendí hasta que el médico se hubo marchado y empecé a reflexionar sobre la decisión que había tomado.

Significaba despedirme: adiós a la compañera más cercana que había tenido, una compañera que me había dado miles de horas de exasperación, molestias y alegría pura: mi arpa.

¿Y qué pasaría con mi nombre? Tal vez ahora tendría que cambiármelo ¿Qué tal sonaba *Adolph Ex Harpo Maní!* No, no era un chiste demasiado bueno. No se me ocurrió nada mejor, de manera que me puse a dormir.

XXIV
EL REGRESO DEL PINCHA-PELLIZCA
O SÓLO SE ES JOVEN PARA SIEMPRE



Estaba en un avión camino de Las Vegas. No iba allí para actuar, ni para jugar al golf, ni para apostar. Esas eran actividades que había abandonado para siempre. Viajaba como turista, un turista sin nada especial que hacer y nadie en especial con quien hacerlo. Tenía vagamente previsto mirar desde fuera el juego en los casinos, ver algunos espectáculos, tumbarme al sol unas horas, pero aparte de eso, nada.

Llevaba nueve meses jubilado. Mi disfraz estaba guardado entre bolas de naftalina. Mi arpa en un almacén. Mis palos de golf los había regalado. No echaba de menos ninguna de estas cosas; lo único que había perdido con

la jubilación era la piel tostada por el sol y unos cuantos kilos. Tal vez tenía un aspecto más pálido, flojo y viejo, pero me sentía sano y eso era lo único importante. Por eso me decía a mí mismo que no me arrepentía de la decisión que había tomado el primer día de mi primera estancia en el hospital.

El avión aterrizó en el aeropuerto de Las Vegas. Los demás pasajeros caminaban pisándose los talones unos a otros en su prisa por bajar. Pero no eran gente muy alegre. Todos tenían la mirada hueca y hambrienta, y hablaban en susurros. En nada se distinguían de los apostadores que van al matadero de las mesas de juego en todo el mundo: Monte Cario, Covington, Juan-les-Pins, o el viejo Saratoga Springs. Pero iban a Las Vegas y yo era el único turista entre todos ellos, y me aburrían.

Durante un instante consideré la posibilidad de tomar el primer avión y volver a casa, pero deseché la idea. Las insinuaciones de Susan habían sido bastante claras. Sería mejor para todo el mundo si yo dejaba de rondar por la casa durante un tiempo.

En realidad, me había retirado tres veces en los últimos nueve meses, después de un total de tres ataques cardíacos. La primera y la segunda vez que salí del hospital dije que lo dejaba todo pero no me lo tomé muy en serio. Ahora, después de la tercera vez, iba en serio. Esta vez era para siempre.

El verano que siguió a mi primera enfermedad había sido una época de descubrimientos para mí. Primero descubrí que no echaba de menos el arpa en absoluto. Segundo, volví a la pintura y la encontré apasionante. Tercero, descubrí que el tiempo pasaba igualmente rápido sin hacer nada que cuando mis días estaban llenos de actividad.

Cuando salí del hospital, cerramos la casa de Cathedral City. Susan empaquetó a los niños en un vagón de tren y se fueron todos de campamento por las montañas Rocosas. Yo tomé un tranquilo apartamento de soltero en West Hollywood, donde podría dedicar el verano a adaptarme a mi nueva vida, bajo la vigilancia de mi médico.

Me preparaba el desayuno yo mismo, generalmente almorzaba en el Hillcrest y para cenar hacía la ronda de la familia: una noche en casa de Bill, otra en casa de Groucho, otra en la de Gummo y otra en la de Chico. Entre una comida y otra pintaba, leía, veía la televisión, echaba siestas o no hacía absolutamente nada.

La única cosa parecida a un juego que me permitía era la toma nocturna de mis píldoras. Tenía un horario de medicinas muy complicado que abarcaba las veinticuatro horas del día. La alineación que había junto a mi lecho era impresionante: píldoras y cápsulas de todas formas y tamaños, que había que tomarse a diferentes intervalos. Odiaba encender la luz durante la noche, de manera que practiqué con los frascos hasta que pude distinguirlas por el sonido que hacían al agitarlas. Me compré un reloj despertador con carátula fosforescente. Cuando el despertador sonaba para advertirme que era hora de tomar una píldora, sólo levantaba el brazo por encima de mi cabeza y agitaba los frascos hasta que oía la medicina indicada, me zampaba mi cápsula o tableta, volvía a poner el despertador y seguía durmiendo.

Probablemente no fui el primer tipo que tocó el arpa de oído y ciertamente no fui el primero que tocó el piano de esa manera, pero no conozco a nadie más que toque las píldoras de oído.

Pintaba de cuatro a cinco cuadros al día. Trabajaba con acuarelas, que eran un medio desconocido para mí. Había empezado mientras estaba en el hospital, que fue donde sentí de nuevo el deseo de pintar, y allí los óleos habrían causado demasiado desorden. Las acuarelas eran entretenidas, pero empezaban a convertirse en una rutina. Cada paisaje veraniego que hacía se convertía en Vermont visto desde la isla Neshobe. Cada paisaje invernal se convertía en Watertown, Nueva York, visto desde la ventana del hotel. Todas mis figuras se convertían en un tipo bajo la lluvia con un paraguas negro. El paraguas negro no tenía otro significado excepto que era la mejor manera de cubrir la cara del tipo cuando no me salía bien, y nunca me salía bien.

Necesitaba un enfoque diferente. Tenía que cambiar a otro medio. No quería armar desorden con los óleos, de manera que me compré un montón de libros de arte, para ver lo que había. Encontré el medio perfecto. La

inspiración vino en parte de los libros de arte y en parte del nuevo régimen que me había ordenado el médico. Para desayunar, podía comer las claras dedos huevos. Esto planteaba el problema de qué hacer con las yemas. Respuesta: pintar a la caseína, que se puede preparar con una yema de huevo.

Eso me sacó de la rutina. Mi pintura se hizo más suelta, hasta el punto de que logré hacer algunas cosas abstractas. Para mí, eso representaba un gran progreso. Pero todos los que veían mi colección me preguntaban si por favor podía pintarles «una de esas bonitas figuras con paraguas negro». Podía haberlas vendido al por mayor.

Entonces descubrí por qué yo era diferente de la mayoría de las personas. La mayoría tienen una conciencia y un inconsciente. Yo no. Yo siempre había operado en el subconsciente y el sub-subconsciente.

En agosto sufría otro tipo de rutina. Tenía nostalgia. Con cada postal que recibía de la familia desde Arizona, Colorado o Montana, peor me sentía. Me pasaba más tiempo en el Hillcrest que pintando, pero eso no me servía de mucho. Los únicos tipos que había por allí después de almorzar jugaban a las cartas o al golf. La Mesa Redonda a menudo se quedaba vacía a las dos de la tarde. George Burns estaba produciendo programas de televisión y organizando un espectáculo para representarlo en Reno y Las Vegas. Jessel no se quedaba suficiente tiempo entre sus viajes a Seattle, Minneapolis, Tallahassee y Tel Aviv para poner en marcha un monólogo. Benny estaba ocupado. Cantor estaba ocupado. Berle estaba en Nueva York. Danny Kaye estaba en Europa. Groucho, cuando no trabajaba en su nuevo libro, trabajaba en su programa de televisión. Y Chico, naturalmente, tenía un compromiso ineludible en el Friars Club. Todos hacían algo excepto yo.

Cuando terminó el verano y me fui a casa, a Cathedral City, me sentía como si volviera de Rusia. Susan y los niños llegaron al día siguiente. Mi exilio había terminado.

Susan y yo convertimos el cobertizo que había junto al garaje en un estudio para los dos. Ahora, todas las mañanas, cuando los chicos se iban al colegio, los perros saltaban a la piscina y Mamá y Papá se ponían a pintar. Nos complementábamos de maravilla en el estudio. Ella prefería el óleo y era una dibujante endiabladamente buena. Yo prefería pinturas que no

fuesen al óleo. No podía dibujar nada, ni podía lograr perspectiva alguna, de manera que tenía que dejar que los colores hablaran solos. Yo admiraba su destreza para dibujar. Ella admiraba mi sentido del color.

Pero no pude seguir con ello por mucho tiempo. La alegría de la vuelta a casa se estaba agotando. Empezaba a pintar como una tempestad, lanzando salvajes pinceladas sobre el lienzo, y luego me quedaba sin gas. Vagaba por la casa, salía y hablaba con los caballos de Minnie y rascaba las cabezas de los perros. Iba a dar una vuelta por las tierras en el carro de golf, para inspeccionar los árboles que habíamos plantado. Volvía a la casa y buscaba algo para leer. No encontraba nada que retuviese mi atención. Encendía la televisión. No había nada más que películas viejas y seriales. Volvía al estudio. Susan estaría a la mitad de un nuevo cuadro. Yo miraba lo que había empezado dos horas antes y lo tiraba a la basura.

Sabía a qué se debía mi inquietud. Tenía ansias de volver a poner los dedos en las cuerdas del arpa. Tenía ansias de volver a coger un palo de golf. Me estaba engañando a mí mismo. ¿Por qué diablos debía sentarme a leer y pintar? De todas maneras, yo vivía, como se suele decir, entre algodones.

Un día di un leve manotazo a las cuerdas del arpa al pasar junto a ella. Al día siguiente, me detuve a tocar un par de acordes. Al día siguiente me senté y toqué un coro de «I’ve Got Rhythm». (Tengo ritmo). Al cuarto día, practiqué durante media hora, y luego me fui a dar la vuelta a la piscina golpeando una pelota de golf.

Esa tarde, según supe después, Susan hizo una llamada desesperada a Gummo. Le dijo que yo mostraba síntomas de estarme escapando de la jubilación. Le hizo prometer que rechazaría todas las ofertas de actuaciones que recibiera para mí, sin importar de dónde ni de quién eran ni cuánto pagaban, antes de que yo me enterase. Gummo se lo prometió.

La llamada de Susan no era necesaria en realidad. Al quinto día, sufrí otro ataque al corazón, muy parecido al primero, y me llevaron a Los Angeles para otras seis semanas de reposo absoluto en una cama de hospital.

Al volver a casa, todo empezó de nuevo exactamente igual. Juré que me jubilaba definitivamente. Volví a pintar y durante un tiempo pinté como un demonio. Luego volvió la inquietud. Me escocían los dedos, y empecé a practicar de nuevo. Me sentía tan bien que llamé a Gummo y le dije que estaba listo para cualquier trabajo, en cualquier sitio: televisión, clubes nocturnos, beneficencias, lo que fuese. Gummo dijo que me avisaría si había algo. Naturalmente, estaba mintiendo. Susan, alarmada por mis síntomas, ya había hablado con él y le había hecho renovar su promesa de que ninguna oferta de trabajo llegaría a mis tiernos oídos.

Me pasaba mucho tiempo en la ciudad, en el Hillcrest. Hablaba con los productores y agentes, y así fue cómo descubrí la conspiración entre Susan y Gummo. Varios tipos me preguntaron por qué rechazaba todas las ofertas. Les dije que no era así, que, por el contrario, estaba buscando trabajo. No había sido eso lo que Gummo les había dicho, dijeron.

Esto me enfureció. Pero antes de que pudiese hacer algo al respecto, sufrí un nuevo ataque. Esta vez, me encontraba en el centro de Palm Springs, comprando con Susan. Sentí como si me hubiera golpeado un saco lleno de arena.

El médico no trató dé suavizar las cosas. Aquello no era un «ataque leve». Era una trombosis coronaria.

El día que salí del hospital, llamé yo mismo a Gummo. Le dije que ya no era cliente suyo ni de nadie más. Esta vez iba en serio. El susto había despertado algo de sensatez en mí. Devolvería el arpa al almacén, junto con mi disfraz, y me desharía de mis palos de golf.

—Espero por Dios que lo digas en serio —dijo Gummo—. Un par de rondas más, y te habrás retirado más veces que Sarah Bernhardt.

—En mi vida he hablado más en serio —le dije a Gummo.

Volví a pintar, y empecé a dedicar una o dos horas al día a trabajar en notas para mi libro. Fui al centro del condado, Indio, y presenté una

solicitud de seguro de desempleo. Tomaba mis píldoras y respetaba mi régimen y mis horas de reposo como un buen chico.

Cuando menos lo esperaba, me encontraron perfectamente sano en uno de mis exámenes semanales. El médico dijo que era una recuperación prácticamente increíble. Susan dijo que ella misma estaba asombrada de verme mejorar ante sus ojos de día en día.

—Es esa vieja sangre de Ruiseñor —le dije—. Me ha salvado de nuevo.

Entonces las horas empezaron a demorarse y arrastrarse, especialmente cuando los chicos estaban en el colegio. No podía estarme quieto, pero cada vez que me levantaba a hacer algo descubría que no había realmente nada que quisiera hacer. Gracias a Dios el arpa no estaba allí, tentándome. Lo más inteligente que había hecho en mi vida había sido llevarla a un almacén. *Si por lo menos los chicos estuviesen aquí*, me decía a mí mismo, *habría un poco de vida en la casa*.

Pero cuando llegaban los chicos, las cosas no cambiaban demasiado. Al principio pensaron que era magnífico tener al padre en casa todo el día. Yo pensé que era magnífico estar dondequiera que estuviesen ellos, y durante un tiempo así fue. Yo hacía trucos con las cartas, les enseñaba a jugar al *backgammon*, escuchaba todos sus problemas de la escuela.

Luego se volvió fastidioso. Por primera vez, me di cuenta de que los chicos podían ser unos latosos terribles. Dando vueltas a tu alrededor esperando que tú los diviertas. Detrás de ti preguntando cosas, haciendo preguntas que no tienen por qué hacer.

—¿Te sientes mejor hoy, papá?

—¿Puedo traerte una almohada, Papá, o tus zapatillas?

—Si es tan caro tener el arpa en el almacén y te cobran tanto por el seguro, ¿por qué no la vendes? ¿Por qué elegiste tocar el arpa al principio, en vez de algo como la trompeta? Además, ¿no son la mayoría de los arpistas mujeres y no hombres?

—¿Por qué el señor Woollcott se ve tan gordo en todas las fotos? ¿Su médico no le hacía seguir un régimen, como a ti?

—¿Qué hacías por la noche cuando eras niño, si no había televisión?

—Y, si no había televisión, ¿cómo sabías quién había ganado las elecciones, el día de las Elecciones?

—¿Por qué dices que es importante que todos nosotros acabemos el bachillerato si tú no terminaste ni la escuela elemental? ¿Entonces no era tan importante?

—¿Es cierto que el tío Groucho se hizo actor antes que tú?

—¿Eran Minnie y Frenchie pus verdaderos nombres o eran apodos como el tuyo y el del tío Chico y el del tío Gummo?

—¿Quién es el hombre más viejo que jamás conociste? ¿El presidente Franklin D. Roosevelt? Si no hubieran matado a Abraham Lincoln, ¿le habrías conocido?

—Si teníais tanto frío en invierno cuando tú eras niño, ¿por qué no os mudasteis a California en vez de ir a Chicago?

—Si estás de acuerdo con el tío Zeppo cuando dice que el mundo del espectáculo es una porquería, ¿por qué te hiciste actor en vez de estudiar una carrera?

—¿Seguro que no quieres una almohada, Papá?

—Si no acabaste la escuela elemental, ¿significa que eras un delincuente juvenil? No eras un delincuente juvenil, ¿verdad? Porque si hubieses tenido antecedentes penales, Mamá no se habría casado contigo y te habrían puesto en la lista negra y no habrías podido hacer películas, ¿verdad?

—Sí, pero entonces habrías tenido cosas mucho más interesantes que escribir en tu libro, ¿no?

—¿Cómo te sientes *ahora*. Papá? ¿Mejor?

Aguanté todo lo que pude. Yo soy una buena persona y un padre tolerante, pero me estaban volviendo loco. Llegó un punto en que tuve que decirles que se callaran y atrincherarme en mi habitación para tener un poco de intimidad.

Entonces Susan empezó a pincharme. Debía salir, debía hacer esto y aquello. Ir en el carro de golf hasta el campo y ver jugar a la gente un rato. Le dije que el juego ya no me interesaba en lo más mínimo. Ve a la ciudad con más frecuencia y reúnete con la vieja pandilla del Hillcrest. Le dije que el Hillcrest había cambiado y se había vuelto aburrido.

—¿Más que aquí? —dijo ella.

Me encogí de hombros.

—Harpo —dijo—, ¿te estás aburriendo?

Dije que sí. Francamente, así era.

—¿Sabes qué es un tipo que se aburre, en realidad? —preguntó.

—¿Qué?

—Un tipo aburrido.

La breve discusión que siguió estuvo muy cerca de ser una pelea. Ésta, me dije, no es mi vieja Susan. Algo le pasa. Se volvía contra mí, al igual que los chicos.

Para mantener la paz familiar, dije que había decidido marcharme un par de días. Susan me preguntó adonde. El primer lugar que se me ocurrió, sin ninguna razón, fue Las Vegas. A ella le parecía una espléndida idea, aunque todos me echarían de menos. No lograba ocultar lo contenta que estaba de verme marchar. Yo habría deseado sentir lo mismo.

Así que me fui a Las Vegas.

La cosa no fue tan mal como yo esperaba, aquella noche. Después de la cena, me fui a dar una vuelta por el casino de mi hotel. Había algo dulce y tranquilo en el ruido de los dados y las fichas y la rueda de la ruleta, como escuchar a los grillos al atardecer. Al ver el fieltro verde de las mesas de *black-jack* y de dados, comprendí cómo debía sentirse un chico de pueblo al versus primeros campos verdes después de vivir demasiado tiempo en la ciudad.

Pero no aflojé.

Crucé el Strip y entré en otro local. Allí, en el vestíbulo contiguo al casino, había toda una multitud mirando la televisión, que transmitía una pelea de boxeo. Me incorporé a la multitud. Uno de los jefes (siempre se les puede identificar en Las Vegas) salió del casino y se puso delante de mí para ver cómo iba la pelea. Su silueta tenía una forma que me era muy familiar.

Yo conocía a aquel tipo. Incluso desde detrás, le reconocí, aunque no le había visto desde hacía treinta años. La última vez —la única vez— que nos vimos fue en un barco de juego en el río Ohio, frente a Pittsburgh,

Pensilvania. Era Milt Jaffe, el hombre que me salvó la vida prestándome diez mil pavos aquella noche de 1929.

Le pinché en las costillas.

—¿Qué posibilidades hay de que me deje usted diez de los grandes? —dije, con voz de estafador.

Jaffe no se dio la vuelta. Me hizo un gesto vago e impaciente con el dorso de la mano. Le pinché de nuevo. Esta vez, su gesto fue muy claro. Significaba que le dejara en paz. Le pinché por tercera vez.

—Si me dejó usted diez de los grandes una vez, ¿por qué no habría de hacerlo de nuevo? —pregunté.

Sin apartar la mirada del combate de boxeo, dio un paso a un lado para apartarse de mí. Había que ser un diplomático de piel dura para manejar a los borrachos y los perdedores en Las Vegas. Podían resultar clientes riquísimos. No se podía correr el riesgo de ofenderles.

Cuando sonó la campana para el fin del *round* y la multitud se relajó momentáneamente, yo canturreé, con un fuerte falsete:

—¡Pincha-pellizca!

Mientras se volvía, incluso antes de verme, Jaffe gritó:

—*¿Pincha-pellizca?* ¡Harpo Marx!

Una vez nos hubimos dicho el uno al otro cuán maravilloso aspecto teníamos (él mentía y yo no) y cuántos cambios se habían producido en el antiguo mundo desde aquella noche que pasamos juntos, le hice a Jaffe la pregunta que me había inquietado durante treinta años.

—Dime, por favor —le dije—, ¿por qué me diste la pasta, allá en Pittsburgh? ¿Sin referencias? ¿Sin garantías? ¿Sin firmas?

—Harpo —me dijo—, te lo voy a decir. En mi tipo de negocio, lo mismo entonces que ahora, la única garantía que tengo es mi juicio personal sobre la gente. Si no puedo distinguir a un buen hombre de un sinvergüenza a la primera mirada, no pertenezco a este negocio. Si mi instinto perdiera agudeza, tendría que buscarme otro trabajo. De manera que lo que he hecho siempre es practicar con mi juicio, lo mismo que tú practicas con el arpa. De vez en cuando, hago una prueba con la gente. Siempre lo he hecho, y

sigo haciéndolo. Hice la prueba contigo aquella noche del barco. Me dije a mí mismo que si no acertaba contigo, nunca acertaría con nadie. ¿Sabes por qué? No fue porque tuvieras cara de persona honrada. Para mí, no existen caras así. Te diré lo que fue. Tú sabías pasártelo bien sin gastar dinero. Un tipo que tiene que tirar la casa por la ventana para divertirse no es de fiar. ¿Quieres que te diga otra razón? También eras una buena baza desde el punto de vista del seguro de vida. Se veía que eras un tipo entre mil, del género de los que siguen siendo jóvenes para siempre. No te me ibas a morir antes de haberme pagado.

Jaffe me dirigió una amplia sonrisa.

—Tal vez no lo hice tan calculadoramente como ahora lo cuento —dijo —. ¿Sabes? Estaba bastante ebrio en el momento en que te di la pasta: no creo haberme reído tanto nunca en mi vida.

Al recordarlo, se echó a reír de nuevo.

Yo ya sabía lo que se avecinaba. Jaffe dijo:

—Tenemos que organizar un juego para esta noche, Harpo. ¡Tenemos que hacerlo!

—Oh, no —dije yo.

Jaffe no me escuchó. Estaba demasiado entusiasmado.

—Podemos utilizar la oficina principal —dijo—. ¿Qué necesitas? ¿Un trozo de carbón? Conseguiremos un poco de uno de los camerinos.

—No —le dije.

Esta vez me oyó. Me miró como un niño al que Papá Noel quisiera quitarle los juguetes que acaba de encontrar bajo el árbol de Navidad. Le decepcioné tan suavemente como pude.

El pincha-pellizca, le dije, simplemente ya no era para mí. Muchas cosas ya no eran para mí. Dar saltos por el escenario. Cargar con un arpa por ahí. Pegarle a una bola de golf. Todo eso lo había dejado atrás. Llega un día, te guste o no, en que un hombre tiene que dejar de engañarse a sí mismo sobre lo joven que se siente. Ese día había llegado para mí. Me sentía muy bien y no me pasaba nada. Pero había dejado de engañarme a mí mismo. Me había jubilado.

Jaffe me escudriñó como si una densa niebla se hubiera interpuesto entre nosotros.

—¿Jubilado? —preguntó—. ¿Jubilado de *qui!*

No me dio oportunidad de contestar. De todas maneras no sabía qué contestar.

—Por amor de Dios, Harpo —dijo, ¿no sabes por qué los burros como yo siempre envidiamos a los tipos como tú? ¿Alguna vez has tenido que contar el dinero para pagar la nómina o aguantar a los auditores o declararte en bancarrota?

Sacudí la cabeza.

—Has estado llevando —dijo— un tipo de vida que es la que los demás nos imaginamos que disfrutaremos al jubilarnos. ¿Cómo diablos puedes jubilarte de *eso*?

No supe qué responder.

Jaffe, avergonzado de su exabrupto cambió de tema y me preguntó cómo estaba Zeppo. Le hice un informe de los tratos y contratos de Zep. Me preguntó cómo estaban el resto de mis hermanos. Groucho, más ocupado que nunca. Chico todavía en el centro de la acción y planeando un viaje a Europa. Gummo todavía con su vieja ocupación, representante y guardián de todos nosotros.

Mientras yo hablaba, Jaffe me examinaba con mucha atención. Yo sabía lo que estaba pensando. Le dije:

—Si no me conocieras, no me prestarías ni diez centavos esta noche, ¿verdad?

—¡Qué diablos! —dijo, eludiendo la respuesta—. Cambiamos. El tiempo pasa. Como tú dices, no puedes engañarte a ti mismo. Sólo se es joven una vez.

No nos quedaba gran cosa que decirnos. Pero yo tenía repentinamente mucho en que pensar. El boxeo había terminado y habían apagado el televisor. Estábamos en la barra, donde Jaffe podía vigilar el casino, al otro lado del vestíbulo. Como no tenía nada mejor que hacer, yo había cogido una caja de cerillas de la barra y las iba encendiendo, una a una, soplándolas y dejándolas caer en un cenicero.

Jaffe hizo un gesto que indicaba que tenía que volver a su trabajo.

—Ha sido magnífico verte, Harpo —dijo.

Me tendió la mano. En vez de estrechársela, le di un pellizco en la mejilla y le dije:

—¡Pincha-pellizca!

Se rió y me devolvió el pellizco. La única diferencia era que yo le había dejado la cara llena de hollín, ya que había quemado suficientes cerrillas para conseguir una buena mancha negra. Me pregunto si entendería el mensaje cuando finalmente lo descubrió.

Una hora más tarde, tomé un avión hacia Los Angeles. Me sentía tan bien que podía haber volado sin avión, excepto que en ese caso habría tomado un atajo y con seguridad me habría perdido. Tenía buenos motivos para sentirme como si me hubieran salido alas. Acababa de recuperarme de la enfermedad más larga y más grave de mi vida: la jubilación. Pero se había acabado, así que ¡bailemos el vals de nuevo, Willie!

Saqué mi arpa del almacén, aireé el disfraz y pedí un nuevo juego de palos de golf.

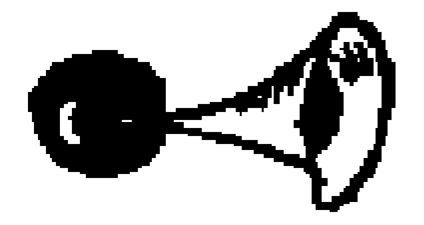
Mis hijos dejaron de resultarme pestíferos. Mi mujer dejó de insinuar cosas. Yo firmé un contrato para un club nocturno de Chicago y tres apariciones en televisión y le dije a Bill que más valía que me agenciara algunos nuevos arreglos. Volví a pintar al óleo. Todo lo que pintaba parecía un payaso, pero ésa era una rutina en la que ya llevaba algún tiempo y no me molestaba.

En esos tres programas de televisión, logré hacer las tres cosas que me habían advertido que no hiciera nunca más. En el primero, toqué el arpa; en el segundo, jugué una partida de golf con Sam Snead, y en el tercero, no sólo salté arriba y abajo sino que salté arriba y abajo durante tres días, en la nieve.

El otro día llamó Zeppo para decirme que iba a poner un nuevo cultivo en el rancho. De manera que ahora no sólo vivo entre algodones y rebosante de salud, sino que me dedico a los pomelos y también a los tomates. Acabo de informárselo a Susan. Ella dice:

—Para ser un tipo que se las da de ser un oyente profesional, últimamente hablas una barbaridad.

Entendido el mensaje. ¡Jonk, jonk!



NOTA DEL EDITOR

En este año de 1988 se cumplen veinticuatro de la muerte de Harpo, uno de los cinco hermanos Marx, luego reducidos a cuatro, convertidos finalmente en tres: el pianista Chico; el hombre que continuamente enarcaba las cejas (Groucho); y el mudo con peluca que tocaba el arpa pero al que se recuerda sobre todo por su bocina y por convertir sus abrigos en un almacén de los objetos más descabellados. En estos veinticuatro años el prestigio de «The Marx Brothers» no ha hecho sino ir en aumento, sin necesidad de contar con apoyos tan ilustres como el que tuvieron de George Bernard Shaw, quien los calificó como «los actores más geniales del mundo». Veinticuatro años no son demasiado tiempo dentro de una vida con vocación de perdurable: enseguida habrá transcurrido el primer cuarto de siglo sin Harpo. Y una buena prueba de que el tiempo no transcurre en el delirante mundo de los Marx —incluyendo la lucidez en ese delirio— la constituye este libro de memorias, en el que, de hacer caso a la imagen tradicional del escritor, Harpo, sentado, cambió el arpa por la máquina de escribir, la improvisación por el recuerdo, aunque todos sepamos que los memorialistas son más aficionados a dictar. No es la primera ocasión en que una figura cinematográfica lega sus memorias a la posteridad, pero, milagros aparte, sí es la primera en que un «mudo» habla. Si el cine de los Hermanos Marx, salvo excepciones, sigue mostrando una gran vitalidad gracias a su humor explosivo, insurrecto y surreal, el testimonio escrito de ese estupendo actor e inventor de «gags» prueba también que no hacen falta mil imágenes para que una sola palabra colocada en el sitio exacto valga por todas ellas.



HARPO MARX (Ciudad de Nueva York, Nueva York, Estados Unidos, 23 de noviembre de 1888 - 28 de septiembre de 1964) fue un músico, mimo y actor de cine estadounidense, uno de los cinco hermanos Marx. Su verdadero nombre era Adolph Marx, aunque posteriormente se lo cambiaría a Arthur. Se hizo famoso gracias a su papel de mudo con su característica peluca naranja, su gabardina con los bolsillos siempre llenos y una bocina.

Su familia provenía de una larga tradición de artistas de variedades judíos alemanes. Dejó la escuela primaria a los ocho años porque le acosaban. Su madre le hizo aprender a tocar el arpa y el piano, sobresaliendo en especial en el manejo del primer instrumento, para el que tuvo que inventar su propia técnica, ya que no había dinero para contratar a ningún profesor, si bien su madre y su abuela materna habían sido ya arpistas. Cuando su éxito le hizo poder pagarlos, se defraudó, porque parecían más interesados en aprender su método que en enseñarles el oficial. Según cuenta su hermano Groucho, recibió su nombre artístico, al igual que sus hermanos, durante una partida de póker en el que Art Fisher «rebautizó» a Groucho, Chico (originalmente Chicko), Gummo y el propio Harpo, cuyo apodo le vino dado por su afición a tocar el arpa (no sólo en las películas). Posteriormente ellos mismos bautizaron a su hermano Herbert como Zeppo (en un principio Zippo). Pero ningún investigador ha sido capaz de encontrar rastro alguno del tal Fisher. Otra teoría es que cogieron los nombres de una conocida tira cómica llamada Sherlocko el Monje, pero esta historia se dejó de publicar en 1913, y la primera aparición de los nombres se produjo en 1919. Declarada la I Guerra Mundial, la madre evitó que sus hijos fueran alistados comprando una granja avícola, ya que los granjeros estaban exentos.

Desarrolló un estilo cómico visual, que tomaba elementos de la tradición del payaso o *clown* pero también de la pantomima. Llevaba una peluca rizada de color rubio rojizo y nunca hablaba durante las actuaciones (tocaba una bocina o silbaba para comunicarse). Vestía una gabardina con unos bolsillos sin fondo, llenos de pintorescos artefactos. Con frecuencia hacía un número de mímica en que transmitía un mensaje verbal por medio de charadas mímicas que eran interpretadas por su hermano Chico.

Harpo y Chico se parecían tanto físicamente, que se alternaron tocando el piano en un burdel y la *madame* creyó que eran el mismo joven. Tras innumerables trabajos y actuar como músico aficionado, ingresó al vodevil con sus hermanos. Fueron refinando sus números pasando de la música al humor. Allí Harpo adoptó el papel de cómico mudo tras el fracaso de su voz chillona. Una vez famoso, la gente creía que él era realmente así por lo que cuando se quitaba la peluca y siendo muy hablador, cambiaba totalmente y era el hermano que mejor pasaba desapercibido en la vida real. Groucho solía imitar a alemanes y Chico a italianos. Con la Primera Guerra Mundial se extendió un sentimiento antialemán en EE. UU.. Groucho abandonó esos personajes, Harpo cambió su nombre de pila de Adolph a Arthur y los hermanos ocultaron sus orígenes alemanes.

A pesar de no finalizar el segundo grado, durante su vida Harpo se codeó con lo más granado de la cultura americana de la época, siendo muchos de ellos grandes amigos suyos. De esta manera formó parte de la Mesa Redonda del hotel Algonquin, donde se reunían los más brillantes autores, editores, críticos, artistas, compositores, etc. del mundo neoyorkino. De entre sus amistades en este grupo cabe destacar a Alexander Woollcott, crítico de Broadway muy famoso en su época, al que le unió una relación muy especial a lo largo de los años, hasta tal punto que le puso Alexander a uno de sus hijos.

Después de ser uno de los solteros más famosos de Hollywood, se casó finalmente con la actriz Susan Fleming, con la que adoptó cuatro hijos: Bill, Jimmy, Alex y Minnie. Su casa en Palm Springs era muy pintoresca, porque Harpo, gran amante de los animales, adoptaba además a todos los que veía por la calle u observaba en la Protectora y llenaba la casa.

Publicó sus memorias en el libro *¡Harpo Habla!* (1961). Allí cuenta toda su vida y bastante de la de sus hermanos. Por ejemplo, como trabajó como espía de los Estados Unidos en un viaje de buena voluntad a la URSS que hizo en 1933, donde obtuvo un gran éxito como cómico (aunque los rusos no entendían el concepto de contrabando en sus bolsillos como algo cómico). Su matrimonio con la actriz Susan Fleming fue muy feliz. Sus distracciones fueron fundamentalmente el golf y el *croquet*; de este último fue un fanático y consagrado jugador, que incluso pasó al salón de la fama del juego. También grabó tres discos de arpa.

Tras sufrir varios infartos, Harpo Marx falleció el 28 de septiembre de 1964 (su 28.º aniversario de bodas), a los 75 años, en un hospital del oeste de Los Ángeles, un día después de someterse a una cirugía cardíaca, debido a las complicaciones subsiguientes. Algunas fuentes dicen que la muerte de Harpo afectó mucho a Groucho y a los otros dos hermanos que aún quedaban vivos (Gummo y Zeppo). El hijo de Groucho, el escritor Arthur Marx, quien asistió al funeral junto a la mayor parte de la familia Marx, dijo más tarde que el funeral de Harpo fue la única vez en su vida que vio llorar a su padre. En su testamento, Harpo Marx donó su arpa de marca registrada al Estado de Israel. Sus restos fueron incinerados y sus cenizas fueron esparcidas en un campo de golf en Rancho Mirage, en California.

Notas

[1] Cadena de teatros de tercera categoría. (N. del T.). <<

[2] Del alemán *lappen*, «harapos, jirones». (N. del T.). <<

[3] Poderosa organización demócrata de la ciudad de Nueva York fundada en 1789. El nombre deriva de Tamanend, jefe indio del siglo XVII. (N. del T.). <<

[4] En el *Talmud*, una anécdota que ilustra algún punto de la ley. (N. del T.).
<<

[5] Juego de palabras con *chick*, «chavala, jovencita». (N. del T.). <<

[6] Juego de cartas. <<

[7] En Yidish dinero (N. del T.) <<

[8] *Queer*, en inglés, que significa «raro», pero también homosexual. (N. del T.). <<

[9] De *bohemio y húngaro*: inmigrante de origen centroeuropeo, generalmente de clase trabajadora; término ofensivo. (N. del T.). <<

[10] Bizcocho relleno de nata. (N. del T.). <<

[11] Fiesta en que se celebra la mayoría de edad masculina entre los judíos (N. del T.) <<

[12] Apodo ofensivo dirigido a los judíos. (N. del T.). <<

[13] Especie de rosquilla. (N. del T.). <<

[14] En *yiddish*, sinagoga. (N. del T.). <<

[15] Juego de palabras: *blackjelly beans* significa «caramelos de regaliz», pero también «papanatas». (N. del T.). <<

[16] Finas tortas de pan sin levadura que comen los judíos en su Pascua. (N. del T.). <<

[17] Sociedad fundada por el ornitólogo, pintor y naturalista John James Audubon (1785-1851) (N. del T.). <<

[18] Especie de empanadas de masa de maíz, rellenas de pollo con salsa picante. De origen azteca, se comen en México y el sur de EE.UU. (N. del T.). <<

[19] Estas dos últimas han sido llevadas al cine y traducidas al castellano con los títulos arriba mencionados. (N. del T.). <<

[20] En inglés, la palabra *bee* («abeja») se pronuncia igual que el nombre de la letra *B*. (N. del T.). <<

[21] En inglés la palabra *see* («ver») se pronuncia igual que el nombre de la letra C. (N. del T.). <<

[22] El Maestro, que tiene acento alemán, dice *noddings* (asentimientos) en vez de *nothing* (nada). (N. del T.). <<

[23] En inglés *horseplay* (literalmente, «hacer el caballo») equivale a nuestro «hacer el ganso». (N. del T.). <<

[24] Fundador de una gran cadena de almacenes de descuento (originalmente, con precios de diez centavos como máximo), en Estados Unidos. (N. del T.). <<

[25] Nombres obtenidos añadiendo una «o» a una onomatopeya o a verbos como «aporrear», «saltar», «tumbar», etcétera, para sustantivarlos. (N. del T.). <<

[26] *Harp, es Arpa*, en inglés; *Chick* es «chavala», «gachí». *Groucho* es quejarse, refunfuñar y *grouch-bag* monedero. *Gum* es «goma» y *Zep* refiere a Zeppelin. (N. del T.). <<

[27] Juego de palabras: *dog act* es también una obra pésima, un churro. (N. del T.). <<

[28] Juego de palabras: *creóle*, «criollo», y *queer old*, «homosexual» se pronuncian de manera muy semejante. (N. del T.). <<

[29] Término que hace referencia a los elementos empalagosos y sensibleros de una obra, un cuento, etc., usados para provocar una inmediata respuesta sentimental. (N. del T.). <<

[30] Fiesta que se celebra la víspera de Todos los Santos y en la que los participantes se disfrazan de brujas y fantasmas. (N. del T.) <<

[31] Gran almacén neoyorquino. (N. del T.). <<

[32] Juego de palabras: «Agua helada», *ice water* se pronuncia igual que «llorar los ojos», *eyes water*. (N. del T.). <<

[33] Dos juegos de palabras: Wit’s End (lugar del ingenio) es una variación sobre *West End* (Lado occidental de Manhattan); Jew Drop Inn (Inn = posada) de *Jew Drop In* (Apeadero judío, lugar donde los judíos van de visita sin avisar). (N. del T.). <<

[34] Juego de palabras con los dos sentidos de *cuing*: dar la entrada a un actor en escena y hacer trenzas. (N. del T.). <<

[35] En inglés *whangs*; el chiste inconcluso seguramente jugaba con las resonancias «chinas» de la palabra whang. (N. del T.). <<

[36] *How punk Tillie is* (Qué mala es Tillie) se pronuncia casi igual que *How punctillious* (Qué puntillosa). (N. del T.). <<

[37] *Whisker*, significa «pelo de la barba» pero *whisper* significa «susurro». (N. del T.). <<

[38] *Foul-Weather es* «mal tiempo», pero *full-weather* es «para todo tiempo», «en lo bueno y en lo malo». (N. del T.). <<

[39] Pasteles de higo. (N. del T.). <<

[40] Personajes de comic. (N. del T.). <<

[41] Secta cristiana fundada en Inglaterra en 1650. (N. del T.). <<

[42] En el sentido de pagano, no judío. (N. del T.). <<

[43] En inglés, Demosthenes suena igual que «Lo más que Inés…» (*The most Ines…*). (N. del T.). <<

[44] Bola que ha pasado ya por todos los aros y que saldría de juego si tocara la estaca pero, en cambio, se sigue jugando. (N. del T.). <<

[45] Nombres propios que significan literalmente: «Felicidad calma el ingenio», «Feliz Hiedra Wentworth», «Deuteronomio Newton», «Lucía piel Tomás» (que suena como «*Licifer* Thomas») «Draga de Política de Honradez», «Adelante Cristiano Purdy», y «Primera Cora Buscona», «Segunda Cora Buscona», «Última Cora Buscona» e «Inmaculada C. Buscona». (N. del T.). <<

[46] Apelativo cariñoso que suele aplicarse a los chicos, especialmente a los más rudos y fornidos. (N. del T.). <<

[47] Resaca resultante de una borrachera y también «estruendo, algarabía». (N. del T.). <<

[48] *Shoot*, en inglés, significa a la vez «filmar» y «disparar». (N. del T.). <<

[49] 1929, 1957 The New Yorker. <<

[50] *Rural Free Delivery*, reparto gratuito de correo en el campo. (N. del T.).
<<

[51] Literalmente, «me paso la vida haciendo burbujas». (N. del T.). <<

[52] Literalmente, «me paso la vida haciendo burbujas». (N. del T.). <<

[53] Solideo de los judíos ortodoxos. (N. del T.). <<

[54] En inglés *shoes*, que se pronuncia casi igual que *shuls*. (N. del T.). <<

[55] NRA: National Republican Association; CCC: Civilian Conservation Corps (Cuerpo de Protección Civil); las «Charlas…», eran discursos radiofónicos del Presidente Roosevelt. (N. del T.). <<

[56] *Fleming en* inglés, es el gerundio del arcaico verbo *to fleme*, desaparecer. (N. del T.). <<

[57] En inglés, *flask, flag, fish, flush, flute*, palabras que se asemejan por su sonido a *flash*, «linterna». (N. del T.). <<

[58] Candidato republicano a la Presidencia de Estados Unidos, contra Roosevelt. (N. del T.). <<

[59] Presidente de los Estados Unidos asesinado en 1901. (N. del T.). <<

[60] Literalmente, «chaqueta amarilla». (N. del T.). <<

[61] Literalmente, «camisa de fuerza». (N. del T.). <<

[62] *Women's Army Corps*, cuerpo militar femenino. (N. del T.). <<

[63] En inglés *feel* puede significar tanto «compadecer» como «palpar». (N. del T.). <<

[64] Personaje arribista, filisteo y sin escrúpulos de una novela de Sinclair Lewis. (N. del T.). <<

[65] United Services Organization, Organización de Servicios Unidos. (N. del T.). <<

[66] Pueblo del suroeste de Pensilvania donde Washington y sus tropas acamparon en el invierno de 1777-1778. (N. del T.). <<

[67] Polvos para hacer gelatina. (N. del T.). <<

[68] En escocés, «los buenos tiempos». (N. del T.). <<

Document Outline

- Cubierta
- ¡Harpo habla!
- I - Confesiones de un arpista varón
- II - La educación de mí mismo
- III - A la deriva en la democracia del abuelo
- IV - Entra en escena un personaje
- V - Basta de caramelos de regaliz
- VI - Ámame y el mundo es mío
- VII - ¡Greenbaum, chiquillos locos!
- VIII - De cómo silenciaron a Patsy Brannigan
- IX - Pum-pums, pedales y poker
- X - Pero. ¿Puedes transportarlo en el chief?
- XI - El nombre es Woollcott
- XII - Es inútil hablar
- XIII - ¡Toma ya! ¡Al lago!
- XIV - ¡Croquemaníacos del mundo, uníos!
- XV - La parte del zas-bang-paf-y-tras
- XVI - El jardín de infancia clausurado
- XVII - Soltero en Hollywood: La lucha inicial
- XVIII - Exapno Mapcase, agente secreto
- XIX - El oboe bajo la manta
- XX - Cherchez la Fleming
- XXI - El hombre más normal de Hollywood
- XXII - Alexander hace mutis
- XXIII - La vida en un rancho de arpas
- XXIV - El regreso del pincha-pellizca o sólo se es joven para siempre
- Nota del editor
- Sobre el autor
- Notas